

Fiódor Dostoyevski

# **Humillados y ofendidos**

# Primera parte

# Capítulo I

En la noche del 22 de marzo del pasado año me ocurrió un suceso de lo más extraño. Llevaba todo el día recorriendo la ciudad en busca de alojamiento. El que tenía era muy húmedo y por aquel entonces ya había empezado a toser de modo alarmante. Desde el otoño quería mudarme, pero lo había postergado hasta la primavera. Aquel día no pude hallar nada en condiciones. En principio, deseaba un piso independiente, que no tuviera que compartir con otros inquilinos, aunque me habría conformado con una habitación, la cual tendría que ser grande, así como lo más barata posible, claro está. Había observado que en un alojamiento estrecho hasta las ideas se constriñen. Y a mí, cuando medito una futura novela, siempre me ha gustado ir y venir por la habitación. Por cierto: siempre me resultaba más agradable meditar mis obras y fantasear acerca de cómo me iban a salir, que el hecho de escribirlas, y, la verdad, eso no se debía a la pereza. ¿A qué entonces?

Ya desde por la mañana me había sentido indispuerto, y para cuando se puso el sol me encontraba muy mal incluso: empezaba a notar cierta sensación de fiebre. Además, no había parado en todo el día y estaba cansado. Al caer la tarde, justo cuando empezaba a oscurecer, me hallaba en la avenida Voznesenski. Me encanta el sol de marzo en San Petersburgo, sobre todo al ponerse y especialmente en un atardecer claro y frío. Toda la calle de pronto resplandece, inundada por una radiante luz. Todas las casas parecen fulgar de repente. Sus colores grises, amarillos y verduzcos pierden por un instante todo su aspecto sombrío; es como si a uno se le iluminara el alma, como si uno se estremeciera o alguien le hubiera empujado con el codo. Una nueva mirada, un nuevo pensamiento... ¡Es asombroso lo que puede hacer un rayo de sol en el alma de un hombre!

Pero el rayo de sol se extinguió; el frío arreciaba y comenzaban a sentirse sus efectos; la oscuridad se hacía más densa; las lámparas de gas se encendieron en almacenes y tiendas. Al pasar frente a la confitería de Müller, me quedé de pronto como clavado en el suelo y me puse a mirar al otro lado de la calle, como si presintiera que en ese momento iba a sucederme algo extraordinario, y en ese preciso instante vi en la acera de enfrente a aquel anciano con su perro. Recuerdo muy bien cómo se me encogió el corazón con una sensación desagradable, cuya naturaleza no era capaz de determinar.

No soy un místico; apenas creo en premoniciones y augurios; sin embargo, me han sucedido algunas cosas en la vida —como probablemente le hayan ocurrido a todo el mundo— bastante inexplicables. Aquel viejo, por ejemplo: ¿por qué sentí de inmediato al verlo que esa misma noche iba a sucederme algo extraordinario? Además, estaba enfermo, y las sensaciones de los enfermos suelen ser casi siempre engañosas.

El anciano se aproximaba a la confitería con paso lento y débil, moviendo las piernas como si fueran palos, sin doblarlas, golpeando ligeramente con el bastón las

baldosas de la acera. En mi vida he visto un personaje tan extraño y estrambótico. Las otras veces que había coincidido con él en la confitería de Müller antes de aquel encuentro, me había producido siempre una lastimosa impresión. Su gran estatura, su espalda encorvada, su cadavérico rostro de octogenario, su viejo abrigo de costuras descosidas, su sombrero redondo, todo roto, que no tendría menos de veinte años y que cubría su cabeza calva, en la que conservaba, en la misma nuca, un mechón de pelo, más que blanco, amarillento, todos sus movimientos, que parecía hacer de forma automática, como si le hubieran dado cuerda... Todo aquello habría dejado pasmado a cualquiera que se topase con él por primera vez. En verdad, resultaba un tanto extraño ver a un viejo así de decrepito solo, sin vigilancia, sobre todo porque parecía un loco que hubiera escapado de sus celadores. También me asombraba su extraordinaria delgadez: apenas tenía cuerpo, y daba la sensación de ser sólo huesos y piel. Sus ojos, grandes pero apagados, rodeados de ojeras, miraban siempre de frente, nunca de soslayo, aunque jamás veían nada, de eso estoy seguro. Por más que pareciera estar mirando a alguien, se le echaba invariablemente encima, como si tuviese delante un espacio vacío. Lo había comprobado en varias ocasiones. Hacía poco que se le había empezado a ver en la confitería de Müller, siempre acompañado por su perro. Nadie sabía de dónde había salido. Ninguno de los clientes de la confitería se había atrevido jamás a dirigirle la palabra, y él tampoco hablaba con nadie.

«¿A qué irá a la confitería de Müller, qué tendrá que hacer allí?», pensaba yo, parado al otro lado de la calle, mientras le contemplaba embelesado. Cierta enojo, debido a la enfermedad y el cansancio, se apoderaba de mí. «¿En qué estará pensando? —seguía preguntándome—. ¿Qué se le pasará por la cabeza? ¿Pensará aún en algo siquiera? Su rostro está completamente muerto: ha perdido toda expresión. Y ¿de dónde habrá sacado ese asqueroso perro, que nunca se separa de él, como si formaran un todo indivisible? ¡Hay que ver cómo se le parece!»

Aquel pobre perro parecía tener también ochenta años; sí, seguro que los tenía. En primer lugar, porque su aspecto indicaba una ancianidad impropia de un perro, y en segundo lugar, porque en cuanto lo vi me dije que ése no era un perro cualquiera, que era un perro extraordinario, que forzosamente tenía que haber en él algo de fantástico, de encantado, que posiblemente se tratara de una especie de Mefistófeles en forma canina y que su destino estaba ligado al de su amo por arcanos e ignotos senderos. Bastaba con mirarlo para convencerse de que seguramente habrían pasado ya veinte años desde que había comido por última vez. Estaba flaco como un esqueleto, o, mejor dicho aún, como su amo. Se le había caído casi todo el pelo, incluso en el rabo, que le colgaba como un palo y siempre lo llevaba entre las patas. Su cabeza de largas orejas se inclinaba taciturna hacia el suelo. En mi vida había visto un perro tan desagradable. Cuando paseaban los dos por la calle —el amo delante y el perro detrás—, su hocico siempre iba tocando los faldones del abrigo de su dueño, como si estuviera pegado. El modo de andar de ambos y todo su aspecto parecían decir a cada

paso: «¡Qué viejos somos, cielo santo, qué viejos!».

Recuerdo que alguna vez también se me pasó por la cabeza que el viejo y el perro de alguna manera se habían escapado de una página de Hoffmann, ilustrada por Gavarni, y que andaban por el mundo en calidad de anuncios ambulantes para publicitar la obra<sup>[1]</sup>. Crucé la calle y entré en la confitería detrás del viejo.

En la confitería, el viejo solía comportarse de un modo extraño, y Müller, siempre de pie tras el mostrador, había empezado ya en los últimos tiempos a hacer un gesto de desagrado cada vez que veía entrar al inoportuno parroquiano. En primer lugar, el extraño visitante no pedía nunca nada. Se encaminaba siempre directamente al rincón, hacia la estufa, y allí se sentaba en una silla. Si el sitio de la estufa estaba ocupado, entonces, después de un tiempo absurdamente perplejo enfrente del señor que le había quitado el asiento, se marchaba como desconcertado al rincón opuesto, al lado de la ventana. Allí elegía una silla, se sentaba despacio, se quitaba el sombrero, lo colocaba a su lado en el suelo, dejaba el bastón junto al sombrero y, a continuación, recostándose en el respaldo de la silla, permanecía inmóvil tres o cuatro horas. Nunca cogió en sus manos un periódico, jamás pronunció una palabra ni emitió sonido alguno; se limitaba a estar ahí sentado, mirando al frente con los ojos muy abiertos, pero con una mirada tan inexpresiva y vacía que podría apostarse cualquier cosa a que no veía ni oía nada de cuanto sucedía a su alrededor. El perro, después de dar dos o tres vueltas en el sitio, se tumbaba con aire sombrío a sus pies, metía el hocico entre sus botas, lanzaba un profundo resuello y, tendiéndose cuanto largo era en el suelo, se quedaba también inmóvil toda la velada, como sin vida. Parecía como si durante todo el día estas dos criaturas yacieran muertas en algún lugar y, tan pronto como se ponía el sol, resucitaran de repente con el único fin de dirigirse a la confitería de Müller y cumplir así con alguna misteriosa obligación que nadie conocía. Tras estar sentado unas tres o cuatro horas, el viejo por fin se levantaba, cogía su sombrero y se marchaba a su casa, dondequiera que estuviese. Se levantaba también el perro y, metiendo de nuevo el rabo entre las patas e inclinando la cabeza, le seguía maquinalmente con el paso lento de siempre. Los clientes de la confitería acabaron por evitar al viejo a toda costa, ni siquiera se sentaban a su lado, como si les produjera repugnancia. Él, sin embargo, no se daba cuenta de nada de eso.

Los clientes eran en su mayor parte alemanes. Iban allá de toda la avenida Voznesenski; eran propietarios de distintos establecimientos: cerrajeros, panaderos, tintoreros, sombrereros, guarnicioneros... Todos ellos gente patriarcal, en el sentido germánico del término. En la confitería de Müller siempre se observaban las costumbres patriarcales. A menudo, el propietario se acercaba a los clientes habituales, se sentaba a su mesa y consumía con ellos la consabida cantidad de ponche. Los perros y los hijos pequeños del dueño también salían a veces a ver a los parroquianos, y éstos acariciaban a niños y perros. Todos se conocían y se respetaban mutuamente. Y, cuando los clientes se enfrascaban en la lectura de la prensa alemana,

detrás de la puerta, en la vivienda del dueño, sonaban los acordes de *Augustin*<sup>[2]</sup>, tocado en el tintineante piano por la hija mayor del propietario, una rubita alemana con rizos, que se parecía a un ratoncito blanco. El vals era acogido con agrado. Yo iba a la confitería de Müller los primeros días de cada mes para leer las revistas rusas que allí se recibían.

Al entrar en la confitería, vi que el viejo estaba ya sentado junto a la ventana y el perro, como siempre, estirado a sus pies. Me senté en silencio en un rincón y me dije: «¿Para qué habré entrado aquí si no tengo absolutamente nada que hacer en este lugar, si estoy enfermo y debería irme en seguida a casa, tomarme un té y meterme en la cama? ¿No será que, en realidad, estoy aquí únicamente para observar a este anciano?». Me sentí enojado. «¿Qué tengo yo que ver con él? —pensé, recordando aquella extraña y morbosa sensación con la que le había observado ya en la calle—. ¿Y qué tengo que ver con todos estos tediosos alemanes? ¿A qué se debe esta increíble disposición de ánimo? ¿A qué obedece esta trivial angustia por menudencias que noto en los últimos tiempos y que me impide vivir y ver la vida con claridad, tal y como señaló un agudo crítico al analizar indignado mi última novela?» Pero, entre cavilaciones y lamentos, el caso es que no me movía de mi sitio, y entre tanto me iba encontrando cada vez peor y me resistía a abandonar aquel cálido local. Cogí un periódico de Frankfurt, leí dos líneas y me quedé amodorrado. Los alemanes no me molestaban. Leían, fumaban y, sólo de cuando en cuando, una vez cada media hora, intercambiaban entrecortadamente y a media voz alguna noticia de Frankfurt o algún *Witz*<sup>[3]</sup> o *Scharfsinn*<sup>[4]</sup> del célebre humorista alemán Saphir<sup>[5]</sup>, después de lo cual, con redoblado orgullo patriótico, volvían a sumirse en la lectura.

Estuve adormilado una media hora, hasta que me espabilé de una tiritona. Decididamente, debía irme a casa. Pero en aquel momento me retuvo una escena muda que se desarrollaba en el local. Ya he mencionado que el viejo, tan pronto como se acomodaba en su silla, clavaba la mirada en un punto y ya no la desviaba hacia ningún otro objeto en toda la velada. Alguna vez yo también fui el blanco de aquella mirada, absurdamente fija y que nada distinguía: la sensación resultaba tremendamente desagradable, insoportable incluso, y yo solía cambiar de sitio lo antes posible. Ahora, la víctima del viejo era un alemán menudo, regordete y extraordinariamente acicalado, con el cuello bien almidonado y el rostro asombrosamente colorado. Era un cliente de paso, comerciante de Riga; se llamaba Adam Ivánich Schultz, según supe después, y era amigo íntimo de Müller, pero aún no conocía al viejo ni a muchos de los parroquianos. Estaba leyendo plácidamente el *Dorfbarbier*<sup>[6]</sup> y bebiendo su ponche cuando de pronto, al levantar la cabeza, notó la mirada fija del viejo clavada en él. Aquello le desconcertó. Adam Ivánich era un hombre muy susceptible y quisquilloso, como lo son en general todos los alemanes «distinguidos». Le pareció extraño y ofensivo que le examinaran de forma tan insistente y descarada. Con contenida indignación apartó la vista del indiscreto cliente, refunfuñó algo y, sin decir palabra, se tapó con el periódico. Sin embargo, no

pudo contenerse y al cabo de un par de minutos se asomó furtivamente: la misma mirada terca, el mismo examen inexpresivo. Adam Ivánich tampoco dijo nada en esta ocasión. Pero, cuando la circunstancia se repitió por tercera vez, montó en cólera y consideró que era su obligación defender su dignidad y no dejar malparada ante aquel noble público la hermosa ciudad de Riga, de la cual, probablemente, se consideraba representante. Con un gesto de impaciencia tiró el periódico sobre la mesa, golpeando enérgicamente la varilla con la que estaba sujeto y, encendiéndose con un sentimiento de dignidad personal, todo colorado por culpa del ponche y del amor propio, clavó a su vez los pequeños ojillos inflamados en el irritante viejo. Parecía que ambos pugnaban por dominar a su adversario con la fuerza magnética de sus miradas y aguardaban a ver quién era el primero en turbarse y bajar la vista. El golpe de la varilla y la excéntrica actitud de Adam Ivánich atrajeron la atención de los parroquianos. Al punto, abandonaron todas sus ocupaciones y, con una curiosidad grave y silenciosa, se pusieron a observar a ambos contendientes. La escena resultaba muy cómica. El magnetismo de los desafiantes ojillos del coloradote Adam Ivánovich fue completamente vano. El viejo, sin ninguna preocupación, continuaba mirando fijamente al enfurecido señor Schultz y no se daba cuenta en absoluto de que se había convertido en objeto de la curiosidad general, como si tuviera la cabeza en la luna y no en la tierra. Por fin a Adam Ivánich se le agotó la paciencia, y estalló.

—¿Por qué me mira usted así? —gritó en alemán, con voz bronca y penetrante y aspecto amenazador.

Pero su adversario seguía sin decir nada, como si no hubiese comprendido o no hubiese oído siquiera la pregunta. Adam Ivánich se decidió a hablar en ruso.

—Prrecunto usted porr qué tan fijamente me mirarr —gritó con furia redoblada—. ¡Yo soy conocido a la corрте, y usted no conocido! —añadió, saltando de la silla.

Pero el viejo ni se inmutó. Entre los alemanes cundió un murmullo de indignación. El propio Müller, atraído por el ruido, entró en la sala. Enterado del asunto, pensó que el viejo era sordo y se inclinó hacia su oído.

—Señorr Schultz ruega usted encarecidamente no mirarr de esa manera —le dijo a voz en grito, mirando fijamente al enigmático parroquiano.

El viejo dirigió maquinalmente una mirada a Müller y, de pronto, en su rostro, hasta entonces impasible, se manifestaron indicios de cierto desasosiego, de cierta zozobra. Comenzó a agitarse, se inclinó gimiendo hacia su sombrero, lo agarró rápidamente junto con el bastón, se levantó de la silla y, con una dolorida sonrisa —la humillada sonrisa del pobrecillo al que echan de un sitio en el que se ha sentado por equivocación—, se dispuso a salir del local. La presteza resignada y sumisa del anciano decrepito daba tal lástima, rompía de tal modo el corazón que todos los presentes, empezando por Adam Ivánich, cambiaron al punto de actitud. Era evidente que el viejo no sólo era incapaz de ofender a nadie, sino que él mismo era consciente de que en todo momento podían echarle de cualquier lugar como a un mendigo.

Müller era un hombre bueno y compasivo.

—No, no —empezó a decir, dándole al viejo unas palmaditas en el hombro para reconfortarle—. ¡Siéntese usted! *Aber*<sup>[7]</sup> *Herr* Schultz ruega encarecidamente que no lo mire. Es conocido en la corte.

Pero aquel pobre seguía sin comprender nada; se agitó aún más que antes, se agachó para recoger su pañuelo, un viejo pañuelo azul agujereado que se le había caído del sombrero, y se puso a llamar a su perro, que seguía tumbado en el suelo, sin moverse, y que, por lo visto, dormía profundamente, con el hocico metido entre las patas.

—¡Azorka, Azorka! —masculló con voz temblorosa y senil—. ¡Azorka!  
Azorka ni se inmutó.

—¡Azorka, Azorka! —repitió el viejo, lleno de angustia, y sacudió al perro con el bastón, pero el animal seguía en la misma postura.

El bastón se le cayó de las manos. Se agachó, se puso de rodillas y levantó con las dos manos la cabeza de Azorka. ¡Pobre Azorka! Estaba muerto. Había muerto en silencio, a los pies de su amo, tal vez de viejo o tal vez de hambre. Por un momento, el anciano se quedó mirándolo estupefacto, como si no acabara de comprender que hubiera muerto; después, se agachó en silencio hacia el que había sido su servidor y su amigo y apretó su pálido rostro contra el hocico inerte. Guardó un minuto de silencio. Estábamos todos conmovidos... Finalmente, el pobre hombre se levantó. Estaba muy pálido y temblaba como si le dieran escalofríos.

—Se puede desecarr —dijo el compasivo Müller, tratando de consolar al viejo de algún modo («desecarr» quería decir «disecar»)—. Sí, se puede desecarr; Fiódor Kárlovich Krieger es magnífico desecadorr; Fiódor Kárlovich Krieger muy grande maestro —insistía Müller, mientras recogía el bastón del suelo y se lo entregaba al viejo.

—Sí, yo serr magnífico desecadorr —intervino con modestia el propio *Herr* Krieger, saliendo a primer plano. Era un alemán larguirucho, enjuto y bonachón, con un ensortijado cabello rojizo y un par de lentes sobre la nariz aguileña.

—Fiódor Kárlovich Krieger tiene grran *Talent* para hacerr toda clase de excelentes desecaciones —agregó Müller, comenzando a entusiasmarse con la idea.

—Sí, yo tengo grran *Talent* parra hacerr toda clase de excelentes desecaciones —volvió a corroborar *Herr* Krieger—, y yo a usted hacerr grratis desecación de su perro —añadió en un arrebato de magnánimo altruismo.

—¡No, yo a usted pagarr porr hacerr desecación del perro! —gritó a voz en cuello Adam Ivánich Schultz, aún más colorado que antes, también movido por su generosidad, considerándose ingenuamente la causa de todas las desgracias.

El viejo escuchaba todo aquello sin entender nada y seguía temblando de pies a cabeza.

—¡Esperarr! ¡Beba una copa de bueno coñac! —exclamó Müller, al ver que el enigmático visitante se disponía a irse.

Sirvieron el coñac. El viejo cogió maquinalmente la copa, pero las manos le

temblaban y, antes de aproximársela a los labios, derramó la mitad y, sin probar una gota, volvió a depositarla en la bandeja. A continuación, sonriendo de forma extraña, con una sonrisa que no venía a cuento, salió de la confitería a paso acelerado e irregular, dejando allí a Azorka. Todos quedaron estupefactos; se oyeron exclamaciones.

—*Schwer Not! Was für eine Geschichte*<sup>[8]</sup>! —decían los alemanes, mirándose los unos a los otros.

Corrí tras el viejo. A pocos pasos de la confitería, girando a la derecha, había un estrecho y oscuro callejón bordeado de casas enormes. Algo me decía que el viejo tenía que haberse ido por allí. La segunda casa a la derecha estaba en construcción y se hallaba toda rodeada de andamios. La valla que cercaba la casa daba prácticamente al centro del callejón; junto a la valla habían colocado unos tablones de madera para facilitar el tránsito a los peatones. En el oscuro rincón que formaban la valla y el edificio encontré al viejo. Estaba sentado en el borde de la acera de madera y, con los codos apoyados en las rodillas, se sostenía la cabeza con las manos. Me senté a su lado.

—Escuche —dije, casi sin saber por dónde empezar—, no se aflija por Azorka. Venga, le llevaré a su casa. Tranquilícese. Voy a buscar un coche ahora mismo. ¿Dónde vive usted?

El viejo no contestaba. Yo no sabía qué decisión tomar. No pasaba nadie. De repente me agarró la mano.

—¡Me ahogo! —dijo con voz ronca, apenas perceptible—. ¡Me ahogo!

—¡Vamos a su casa! —exclamé levantándome y tratando de levantarlo a él con gran esfuerzo—. Va a tomarse un té y a acostarse... En seguida traigo un coche. Llamaré a un médico... Conozco uno...

No recuerdo qué más le dije. Trató de ponerse en pie, pero, apenas se levantó un poco, volvió a caer al suelo y a farfullar algo con aquella voz ronca y apagada. Me incliné más hacia él y agucé el oído.

—En la isla Vasílievski<sup>[9]</sup> —musitó el viejo—, en la Sexta Línea... en la Sex-ta Lí-ne-a...

Y se calló.

—¿Vive usted en Vasílievski? Pero si no se dirigía hacia allá; eso queda a la izquierda, no a la derecha. En seguida le llevo a su casa...

El viejo no se movía. Le cogí de la mano; la mano cayó como sin vida. Eché un vistazo a su rostro, lo toqué; ya estaba muerto. Me parecía como si todo aquello no fuera más que un sueño.

Este incidente me obligó a encargarme de muchas gestiones, en el transcurso de las cuales mi fiebre desapareció por sí sola. Hallé el domicilio del viejo. Residía, sin embargo, no en la isla Vasílievski, sino a dos pasos del lugar donde murió, en la casa de Klugen, bajo el tejado mismo, en una vivienda independiente situada en la quinta planta compuesta de un pequeño recibidor y una habitación grande de techo muy bajo

con tres aberturas a modo de ventanas. Vivía en la mayor miseria. No había más muebles que una mesa, dos sillas y un viejísimo sofá, duro como una piedra y del que asomaba por todas partes la borra; además, pertenecían al propietario. La estufa, por lo visto, llevaba ya mucho tiempo sin encenderse; tampoco se veía vela alguna. Ahora estoy profundamente convencido de que el viejo acudía a la confitería de Müller con el único fin de sentarse a la luz de las velas y calentarse un poco. Encima de la mesa había una jarra de barro vacía y una corteza de pan duro. No se encontró ni un kópek. Ni siquiera había una muda de ropa blanca para amortajarlo; alguien tuvo que dar una camisa. Estaba claro que no podía vivir de ese modo, completamente solo; probablemente alguien, aunque fuera de tarde en tarde, iba a verle. En el cajón de la mesa se encontró su pasaporte. El difunto era de origen extranjero, pero súbdito ruso: Jeremiah Smith, mecánico, setenta y ocho años de edad. En la mesa había dos libros: un compendio de geografía y una versión rusa del Nuevo Testamento, con los márgenes llenos de marcas de lápiz y señales de uñas. Me quedé con los libros. Se preguntó a los inquilinos, al propietario del inmueble, pero nadie sabía casi nada. Los vecinos de aquel edificio eran muy numerosos, casi todos artesanos y mujeres alemanas que tenían alojamientos con servicio y pensión. El administrador de la casa, un noble, tampoco pudo aportar gran cosa sobre su antiguo huésped, salvo que el cuarto rentaba seis rublos al mes, que el difunto llevaba alojado en él cuatro meses y que los dos últimos no había pagado ni un kópek, por lo que se había visto obligado a echarle. Se preguntó si recibía alguna visita, pero nadie supo dar una respuesta satisfactoria. El edificio era grande: no poca gente entraba y salía en semejante arca de Noé, era imposible recordarlos a todos. El portero, que llevaba unos cinco años prestando sus servicios en el inmueble y que, probablemente, habría podido aportar algún dato esclarecedor, por pequeño que fuera, se había ido dos semanas antes del suceso a su tierra, de permiso, y había dejado en su puesto a un sobrino suyo, un chico joven, que aún no conocía personalmente ni a la mitad de los inquilinos. No sé a ciencia cierta cómo acabaron todas aquellas investigaciones, pero finalmente enterraron al viejo. Durante esos días, entre otras diligencias, fui a la Sexta Línea de la isla Vasílievski y, nada más llegar allí, no pude por menos que reírme de mí mismo: ¿qué esperaba encontrar en la Sexta Línea, aparte de una hilera de casas vulgares y corrientes? «Pero ¿por qué —me decía yo— hablaría el viejo en su agonía de la Sexta Línea y de la isla Vasílievski? ¿No estaría delirando?»

Examiné el alojamiento vacío de Smith, y me gustó. Lo alquilé para mí. Lo principal era que se trataba de una habitación grande, aunque tenía el techo tan bajo que al principio me parecía continuamente que iba a darme en la cabeza. No obstante, no tardé en acostumbrarme. Por seis rublos al mes no se podía pedir más. La independencia me fascinó; tan sólo faltaba procurarme alguna clase de servicio, ya que allí no era posible vivir sin criada. El portero, al principio, se ofreció a subir cuando menos una vez al día para atenderme en lo más imprescindible. «Y ¿quién sabe? —pensaba—, a lo mejor viene alguien a preguntar por el viejo». Sin embargo,

ya habían pasado cinco días desde su muerte, y aún no había aparecido nadie.

## II

En aquella época, hace justo un año, aún colaboraba yo en revistas, redactaba artículos y estaba firmemente convencido de que lograría escribir algo grande y bueno. Estaba trabajando por aquel entonces en una gran novela; acabé, sin embargo, internado en un hospital, donde al parecer moriré pronto. Aunque, si me queda tan poco tiempo, ¿para qué escribir unas memorias?

Los recuerdos de todo este penoso último año de mi vida acuden de forma constante e involuntaria a mi memoria. Quiero anotarlos todo ahora; si no me hubiera inventado esta ocupación, creo que me moriría de aburrimiento. Todas esas impresiones del pasado me turban, a veces, hasta el dolor, hasta el tormento. Al pasar por la pluma tal vez adquieran un carácter más sereno, más armonioso; se parecerán menos a un desvarío, a una pesadilla. Así lo espero. El mero mecanismo de la escritura tiene ya un valor en sí mismo: servirá para calmarme, para aplacarme, para despertar en mi interior las antiguas costumbres del literato, convirtiendo mis recuerdos y mis dolorosos sueños en una ocupación, en una tarea... Sí, he tenido una buena idea. Y después legaré mis memorias al practicante; al menos, las hojas le servirán para tapar las rendijas de las ventanas cuando pongan el doble marco para el invierno.

Pero, por otra parte, he comenzado mi relato, no sé bien por qué, por la mitad. Ya que pretendo contarlos todo, he de empezar por el principio. Así que empecemos por el principio. Por lo demás, mi autobiografía no será demasiado larga.

No he nacido aquí, sino lejos, en la provincia de \*\*\*. Cabe suponer que mis padres fueron buenas personas, si bien quedé huérfano de niño y me crié en casa de Nikolái Sergueich Ijménev, un pequeño terrateniente, que me acogió por compasión. Sólo tenía una hija, Natasha, una niña tres años menor que yo. Crecimos como hermanos. ¡Ah, mi querida infancia! ¡Qué absurdo resulta añorarte y lamentarte a mis veinticinco años y, a las puertas de la muerte, recordarte sólo a ti con entusiasmo y gratitud! Lucía entonces en el cielo un sol tan radiante, tan distinto del sol peterburgués, y nuestros pequeños corazones latían con tanto vigor, con tanta alegría. Entonces había campos y bosques a nuestro alrededor, y no un montón de piedras inertes como ahora. ¡Qué maravillosos eran el jardín y el parque en la aldea de Vasílievskoie, donde Nikolái Sergueich trabajaba de administrador! Natasha y yo solíamos pasear por aquel jardín, más allá del cual se extendía un enorme y húmedo bosque, donde en cierta ocasión, siendo niños, nos perdimos... ¡Bello tiempo dorado! La vida se manifestaba por primera vez, misteriosa y cautivadora, y ¡qué dulce era familiarizarse con ella! En aquel tiempo parecía que detrás de cada arbusto, detrás de cada árbol, habitara todavía algún ser enigmático y desconocido: el mundo fantástico se fundía con el real. Cuando en los profundos valles se espesaba la bruma vespertina y, formando sinuosos mechones canos, se enganchaba en la maleza que crecía en la vertiente pedregosa de nuestro gran barranco, Natasha y yo, en el borde,

cogidos de la mano, con temerosa curiosidad, contemplábamos el abismo y esperábamos que de un momento a otro alguien llegara hasta nosotros o respondiera desde la niebla del fondo, convirtiendo los cuentos de la nodriza en pura y genuina verdad. Un día, mucho tiempo después, le recordé a Natasha cómo nos regalaron en cierta ocasión un ejemplar de *Lecturas infantiles*<sup>[10]</sup> y cómo corrimos inmediatamente hacia el estanque del jardín —donde bajo un viejo y frondoso arce se hallaba nuestro banco predilecto de color verde—, nos sentamos y nos pusimos a leer *Alfonso y Dalinda*<sup>[11]</sup>, un cuento de hadas. Aun ahora no puedo acordarme de aquel relato sin sentir un extraño vuelco en el corazón y hace un año, cuando le recordé a Natasha los dos primeros renglones: «Alfonso, el protagonista de este relato, nació en Portugal; don Ramiro, su padre...», etcétera, etcétera, poco faltó para que me echara a llorar. Debió de sonar tremendamente ridículo y probablemente por eso Natasha sonrió de aquel modo tan extraño ante mi entusiasmo. Por lo demás, en seguida cayó en la cuenta (me acuerdo perfectamente) y, para consolarme, se puso ella misma a rememorar el pasado. Hablando y hablando, ella también se emocionó. Fue una velada inolvidable; fuimos recordándolo todo: hasta cuando me mandaron a un internado de la capital de la provincia —¡Señor, cómo lloró ella entonces!—, así como nuestra última separación, cuando abandoné para siempre Vasílievskoie. Entonces ya había concluido mis estudios en el internado, y me trasladé a San Petersburgo a fin de prepararme para el ingreso en la universidad. Tenía entonces diecisiete años y ella catorce. Según Natasha, en aquella época yo era tan desgarbado, tan larguirucho, que uno no podía evitar reírse al contemplarme. En el momento de la despedida, la llevé aparte para decirle algo de suma importancia; pero de pronto se me trabó la lengua y me quedé mudo. Recuerda ella que me encontraba muy agitado. Nuestra conversación, claro está, languideció. Yo no sabía qué decir, y ella probablemente no me habría comprendido. Sencillamente, rompí a llorar con amargura y me fui así, sin haber dicho nada. Volvimos a vernos, ya mucho tiempo después, en San Petersburgo. Hará de eso un par de años. El viejo Ijménev había venido aquí para atender ciertas gestiones en relación con un pleito suyo y yo acababa de lanzarme por aquel entonces a la literatura.

### III

Nicolái Sergueich Ijménev procedía de una buena familia, venida a menos hacía mucho tiempo. Sin embargo, a la muerte de sus padres le quedó una buena propiedad con ciento cincuenta almas. A los veinte años se dispuso a ingresar en el cuerpo de húsares. Todo iba bien, pero en el sexto año de servicio, en el transcurso de una aciaga velada, perdió en el juego todos sus bienes. Aquella noche no pudo pegar ojo. Al día siguiente volvió a sentarse en la mesa de juego y apostó su caballo a una carta: era lo último que le quedaba. Aquella carta resultó ganadora, y después de ella otra más, y también una tercera, y al cabo de media hora había recuperado una de sus propiedades, la aldea de Ijménevka, en la que había cincuenta almas, según el último censo. Dejó de jugar y al día siguiente presentó su dimisión. Había perdido irremisiblemente un centenar de almas. Al cabo de dos meses fue licenciado con el grado de teniente y se marchó a su aldea. Después de aquello, nunca en la vida habló de sus pérdidas y, a pesar de su bien conocida bondad, no cabe duda de que se habría peleado con quien osara recordárselas. Una vez en la aldea, se entregó a la concienzuda administración de su hacienda, y a los treinta y cinco años se casó con una noble pobre, Anna Andréievna Shumílova, desprovista de dote pero educada en el aristocrático internado provincial dirigido por la emigrada Mont Revèche, algo de lo que se enorgulleció toda su vida, aunque nadie pudo averiguar nunca en qué consistía exactamente dicha educación. Nicolái Sergueich se convirtió en un excelente patrón. De él aprendían a llevar sus haciendas los terratenientes de los alrededores. Pasaron algunos años cuando de pronto, venido de San Petersburgo, llegó a la hacienda vecina, a la aldea de Vasílievskoie, de novecientas almas, el príncipe Piotr Aleksándrovich Válkovski, su propietario. Su llegada causó una fuerte impresión en los alrededores. El príncipe aún era joven, aunque ya no un muchacho, disfrutaba de un alto cargo e importantes contactos, era bien parecido, adinerado y viudo, para más señas, lo cual les resultaba especialmente interesante a las damas y señoritas de todo el distrito. Se hablaba de la esplendorosa recepción que le había brindado en la capital de la provincia el gobernador, con quien guardaba cierto parentesco; de cómo a todas las damas de la capital las «había vuelto locas con su galantería», y de mil cosas más. En pocas palabras, era uno de esos deslumbrantes miembros de la alta sociedad peterburguesa que rara vez se dejan ver en provincias y que, cuando lo hacen, producen un extraordinario efecto. El príncipe, sin embargo, no se mostraba en absoluto amable, sobre todo con aquéllos a quienes no necesitaba y consideraba, aunque fuera levemente, inferiores. Con los vecinos de las haciendas colindantes no se dignó entablar relaciones, por lo que inmediatamente se granjeó muchos enemigos. Por eso todo el mundo se asombró tanto cuando, un buen día, se le ocurrió hacerle una visita a Nicolái Sergueich. Si bien es cierto que Nicolái Sergueich era uno de sus vecinos más cercanos. En casa de los Ijménev, el príncipe causó una magnífica impresión. Fascinó en el acto al matrimonio; sobre todo se entusiasmó con

él Anna Andréievna. Al poco tiempo visitaba su casa con toda naturalidad, iba a verlos a diario, los invitaba a su casa, decía agudezas, contaba anécdotas, tocaba el destartalado piano, cantaba. Los Ijménev no salían de su asombro: ¿cómo era posible que de un hombre tan amable y encantador se dijese que era arrogante, altivo, un completo egoísta, como proclamaban unánimemente todos los vecinos? Cabía pensar que al príncipe realmente le hubiera caído bien Nikolái Sergueich, hombre sencillo, franco, desinteresado y noble. Pero en seguida se aclaró todo. El príncipe había ido a Vasílievskoie con la intención de despedir a su administrador, un alemán pródigo, con ambiciones, experto agrónomo, con venerables canas, lentes y nariz aguileña, pero que, pese a todas estas excelencias, robaba sin pudor ni censura y, por si esto fuera poco, había martirizado a varios campesinos. Iván Kárlovich había sido, por fin, desenmascarado y pillado in fraganti; se mostró muy ofendido y habló mucho de la honradez germánica; pero, a pesar de todo, le echaron de una forma bastante ignominiosa. El príncipe necesitaba un administrador y escogió a Nikolái Sergueich, excelentísimo patrón y hombre honradísimo, atributos de los que, naturalmente, nadie albergaba la más mínima duda. Al parecer, el príncipe habría deseado fervientemente que el propio Nikolái Sergueich se hubiera ofrecido como administrador; pero no sucedió así, y el príncipe, una hermosa mañana, le hizo personalmente el ofrecimiento en forma de la más cordial y humilde súplica. En un primer momento, Ijménev rechazó la oferta, pero el considerable salario sedujo a Anna Andréievna, y las redobladas gentilezas del solicitante acabaron por disipar las últimas vacilaciones. El príncipe había conseguido su objetivo. Sin duda alguna, conocía muy bien a la gente. En el poco tiempo que llevaba tratando a Ijménev se había dado perfecta cuenta de qué clase de hombre era y había comprendido que tenía que conquistarle de un modo amistoso y cordial, que había que ganarse su corazón y que, sin eso, el dinero serviría de muy poco. Necesitaba un administrador en quien pudiese confiar ciegamente y para siempre, a fin de no tener que volver jamás por Vasílievskoie, pues ese era su verdadero propósito. La fascinación que ejerció sobre Ijménev fue tan fuerte que éste creyó sinceramente en su amistad. Nikolái Sergueich era uno de esos individuos de buen corazón e ingenuamente románticos que tanto abundan en Rusia, y cuya bondad —por mucho que se diga de ellos— llega al extremo de que, cuando le cogen cariño a alguien (a veces, sabe Dios por qué), se le entregan con toda el alma, extremando en ocasiones su adhesión hasta un punto cómico.

Pasaron muchos años. La hacienda del príncipe prosperaba. Las relaciones entre el propietario de Vasílievskoie y su administrador discurrían sin el menor roce por ambas partes, limitándose a una estricta correspondencia laboral. El príncipe, sin intervenir en absoluto en las disposiciones de Nikolái Sergueich, le daba ocasionalmente unos consejos que asombraban a Ijménev por su extraordinario pragmatismo y eficiencia. Estaba claro que no sólo no le gustaban los gastos superfluos, sino que además sabía obtener ganancias. Unos cinco años después de su visita a Vasílievskoie le envió a Nikolái Sergueich un poder que le facultaba para

comprar otra magnífica propiedad de cuatrocientas almas en la misma provincia. Nikolái Sergueich estaba entusiasmado; los éxitos del príncipe, así como los rumores de sus triunfos y de su encumbramiento se los tomaba tan a pecho como si se tratara de su propio hermano. Pero su entusiasmo llegó al colmo cuando el príncipe le mostró en cierta ocasión la extraordinaria confianza que tenía depositada en él. Esto fue lo que sucedió... No obstante, llegados a este punto, considero imprescindible referir algunos pormenores particulares de la vida de este príncipe Váلكovski, que es, en parte, uno de los protagonistas de mi relato.

## IV

Ya he mencionado antes que era viudo. Se había casado en su primera juventud, y lo había hecho por dinero. De sus padres, definitivamente arruinados en Moscú, apenas heredó nada. Vasílievskoie había sido hipotecada y rehipotecada; pesaban sobre ella enormes deudas. Con veintidós años el príncipe se vio obligado a trabajar en Moscú en cierta oficina, no le quedaba ni un kópek y entraba en la vida como «un mísero vástago de alta alcurnia<sup>[12]</sup>». El matrimonio con la hija, ya más que madura, de un comerciante rentista le salvó. El rentista, cómo no, le engañó con la dote; pero, a pesar de todo, con el dinero de la mujer pudo rescatar su patrimonio y ponerse en pie. La hija del comerciante que tomó por esposa el príncipe apenas sabía escribir, no podía decir dos palabras seguidas, era fea de cara y no tenía más que una cualidad importante: era buena y sumisa. El príncipe se aprovechó al máximo de tal cualidad: cuando llevaban un año casados, dejó a su mujer, que por aquel entonces le dio un hijo, en manos de su padre el rentista, en Moscú, y se marchó a trabajar a la provincia de \*\*\*, donde, al amparo de un ilustre pariente de San Petersburgo, obtuvo un puesto bastante relevante. Su alma estaba ávida de distinciones, de prominencia, de una carrera y, calculando que con su mujer no podría vivir ni en San Petersburgo ni en Moscú, resolvió, en espera de tiempos mejores, empezar su carrera en provincias. Cuentan que ya durante el primer año de convivencia martirizó a su mujer con sus malos tratos. Tales rumores indignaban siempre a Nikolái Sergueich, que defendía con vehemencia al príncipe, asegurando que éste era incapaz de tan ruin comportamiento. Pero, al cabo de unos siete años, murió finalmente la princesa y, de inmediato, el viudo se trasladó a San Petersburgo. Allí causó cierta impresión. Joven todavía, bien parecido, con una posición, dotado de muchas y brillantes cualidades, de indudable donaire, de buen gusto e inalterable jovialidad, se presentó, no como quien busca fortuna y protección, sino de manera bastante independiente. Contaban que en él había algo realmente fascinante, algo subyugador, algo poderoso. Gustaba extraordinariamente a las mujeres, y su relación con una belleza de la alta sociedad le procuró una escandalosa fama. Derrochaba el dinero sin escatimar, pese a su innata tacañería que rayaba en la avaricia; perdía grandes cantidades a las cartas y ni siquiera se inmutaba ante las más graves pérdidas. Pero no era entretenimiento lo que había ido a buscar a San Petersburgo: tenía que ponerse definitivamente en marcha y consolidar su carrera. Lo logró. El conde Naínski, su ilustre pariente, que no le habría hecho caso de haberse presentado como un vulgar solicitante, impresionado por sus éxitos en sociedad, juzgó posible y conveniente dedicarle especial atención, e incluso se dignó llevarle a su casa para que se encargara de la educación de su hijo de siete años. A esta época corresponde el viaje del príncipe a Vasílievskoie y sus relaciones con los Ijménev. Finalmente, tras conseguir por mediación del conde un puesto relevante en una de las más importantes embajadas, se marchó al extranjero. Luego

corrieron rumores un tanto turbios acerca de él: hablaban de cierto incidente desagradable que le había ocurrido en el extranjero, pero nadie podía precisar de qué se trataba. Sólo se supo que había logrado comprar cuatrocientas almas, como ya he mencionado. Regresó del extranjero al cabo ya de muchos años con un rango importante y no tardó en ocupar en San Petersburgo un puesto muy destacado. En Ijménevka se difundió el rumor de que iba a casarse en segundas nupcias y a emparentar así con cierta familia ilustre, rica y poderosa. «Fijaos: ¡qué gran señor!», decía Nikolái Sergueich, frotándose las manos de satisfacción. Yo me encontraba en aquel momento en San Petersburgo, en la universidad, y recuerdo que Ijménev me escribió expresamente para pedirme que averiguara si eran ciertos los rumores relativos a su boda. Escribió también al príncipe, pidiéndole su amparo para mí, pero el príncipe no respondió a esta carta. Yo sabía únicamente que su hijo, educado primero en casa del conde y luego en el liceo, había terminado entonces, a los diecinueve años, los estudios de Ciencias. Así se lo comuniqué a Ijménev, y también le informé del gran amor que el príncipe profesaba a su hijo, de cuánto le mimaba y de cómo se preocupaba ya por su porvenir. De todo ello me enteré a través de unos condiscípulos del joven príncipe. Por aquel entonces, una hermosa mañana, Nikolái Sergueich recibió del príncipe una carta que le asombró extraordinariamente...

El príncipe, que hasta ese momento, como ya he dicho, se había limitado en sus relaciones con Nikolái Sergueich a la mera correspondencia laboral, le escribía ahora del modo más pormenorizado, franco y amistoso acerca de sus asuntos familiares. Se quejaba de su hijo; decía que le apenaba con su mala conducta, que aunque naturalmente no había que tomarse demasiado en serio las travesuras de semejante muchacho (evidentemente, trataba de excusarle) había decidido castigarlo, amedrentarlo un poco mandándole una temporada a la aldea bajo tutela de Ijménev. El príncipe escribía que confiaba plenamente en «su buenísimo y nobilísimo Nikolái Sergueich y, sobre todo, en Anna Andréievna», y les rogaba a los dos que acogieran a aquel veleta en su familia, que durante su retiro le abrieran los ojos, que le amaran, a ser posible, pero que, ante todo, corrigieran su irreflexivo carácter y «le inculcaran esas normas estrictas y salvadoras, tan imprescindibles en la vida del hombre». El viejo Ijménev, desde luego, se puso manos a la obra entusiasmado. Cuando se presentó el joven príncipe, le acogieron como a un hijo. Nikolái Sergueich no tardó en cobrarle vivo afecto, y le amaba no menos que a su propia Natasha; incluso más tarde, después de la ruptura definitiva entre el príncipe padre e Ijménev, el viejo se acordaba a veces con regocijo de su Aliosha (así se había acostumbrado a llamar al príncipe Alekséi Petróvich). Era éste, en efecto, un muchacho encantador: guapo, débil y nervioso como una mujer, pero, al mismo tiempo, alegre y cándido, de espíritu abierto y capaz de los más nobles sentimientos, y con un corazón amoroso, sincero y agradecido. Se convirtió en un ídolo en casa de los Ijménev. A pesar de que tenía diecinueve años, seguía siendo un niño. Resultaba difícil imaginar por qué le habría confinado allá su padre, quien, según decían, le amaba tanto. Decían que en

San Petersburgo el joven llevaba una vida ociosa y frívola, que no quería trabajar, y eso apenaba a su padre. Nikolái Sergueich no quiso preguntarle nada a Aliosha, puesto que el príncipe Piotr Aleksándrovich, aparentemente, se había callado en su carta la auténtica razón que tenía para exiliar a su hijo. Además, corrían rumores acerca de una imperdonable veleidad de Aliosha, de una relación con una dama, de un desafío a batirse en duelo, de unas exorbitantes pérdidas en el juego; se hablaba incluso de un capital ajeno que, al parecer, habría malversado. Se decía también que el príncipe había decidido alejar a su hijo no porque éste fuera culpable de nada, sino por motivos egoístas particulares. Nikolái Sergueich negaba indignado estos rumores, tanto más cuanto que Aliosha amaba extraordinariamente a su padre, al cual no había tratado a lo largo de toda su infancia y adolescencia; hablaba de él con entusiasmo, con pasión; resultaba evidente que estaba sometido por completo a su influencia. Aliosha solía hablar también de cierta condesa a la que tanto su padre como él habían hecho la corte: el propio Aliosha había prevalecido, y el padre se había enfadado terriblemente con él. Siempre contaba esta historia con entusiasmo, con una candidez infantil, con risotadas alegres y sonoras, pero Nikolái Sergueich le interrumpía inmediatamente. Aliosha confirmaba también el rumor de que su padre quería casarle.

Llevaba ya casi un año viviendo en su exilio; en determinadas fechas escribía a su padre cartas respetuosas y prudentes y, al final, se acostumbró de tal manera a Vasílievskoie que, cuando el príncipe fue a pasar el verano en la aldea (lo cual había notificado con antelación a los Ijménev), el propio exiliado se puso a rogar a su padre que le permitiera quedarse el mayor tiempo posible, asegurándole que la vida en la aldea era su auténtico destino. Todas las resoluciones y arrebatos de Aliosha provenían de su excesiva e impresionable susceptibilidad, de su fogoso corazón, de su imprudencia, rayana a veces en la insensatez, de su extraordinaria facilidad para someterse a cualquier influencia exterior y de su absoluta carencia de voluntad. El príncipe, sin embargo, escuchó sus súplicas con cierto recelo... En general, a Nikolái Sergueich le costaba reconocer a su antiguo «amigo», pues el príncipe Piotr Aleksándrovich había cambiado considerablemente. De pronto se había vuelto extraordinariamente quisquilloso con Nikolái Sergueich; al revisar las cuentas de la hacienda mostró una repugnante avaricia, tacañería y una incomprensible desconfianza. Todo esto afligió terriblemente al bueno de Ijménev, que durante mucho tiempo intentó no dar crédito a lo que había visto. Esta vez ocurrió todo lo contrario que en la primera visita del príncipe a Vasílievskoie, catorce años atrás: en esta ocasión se presentó a todos los vecinos, a los más importantes, se entiende; en cambio, nunca iba a casa de Nikolái Sergueich y le trataba como a un subordinado. De repente sucedió algo inexplicable: sin ninguna razón aparente, tuvo lugar una violenta ruptura entre el príncipe y Nikolái Sergueich. Se oyeron palabras fuertes, ofensivas, proferidas por ambas partes. Ijménev, indignado, abandonó Vasílievskoie, pero la historia no acabó ahí. De buenas a primeras, empezaron a divulgarse

abominables chismes por toda la comarca. Se aseguraba que Nikolái Sergueich, habiendo comprendido el carácter del joven príncipe, tenía la intención de aprovecharse de sus defectos en beneficio propio; que su hija Natasha, que ya tenía entonces diecisiete años, había sabido enamorar al muchacho, de veinte; que tanto el padre como la madre amparaban dicho amor aunque fingían no darse cuenta de nada; que la astuta e «inmoral» Nastasha había embrujado por completo al joven, quien gracias a su empeño no había visto en un año entero prácticamente a ninguna auténtica señorita noble de las que tanto abundaban en las honorables casas de los terratenientes vecinos. Por último, se decía que los amantes ya habían convenido casarse a quince verstas de Vasílievskoie, en la aldea de Grigórievo, al parecer a escondidas de los padres de Natasha, quienes, no obstante, conocían hasta el último detalle y asesoraban a la hija con sus viles consejos. En resumen: en un libro entero no cabrían todas las calumnias que habían levantado los cotillas del distrito, hombres y mujeres, a propósito de esta historia. Pero lo más asombroso fue que el príncipe se creyó a pies juntillas todo aquello y hasta llegó a presentarse en Vasílievskoie por ese único motivo, a raíz de una denuncia anónima que le habían enviado desde la provincia a San Petersburgo. Desde luego, nadie que conociera un poco a Nikolái Sergueich habría podido dar crédito a una sola palabra de todas las acusaciones que se le imputaban; no obstante, como suele ocurrir, todo el mundo se agitaba, hablaba, comentaba, movía la cabeza y... condenaba irrevocablemente. Ijménev era demasiado orgulloso para excusar a su hija ante los chismosos y prohibió tajantemente a Anna Andréievna que entrara en explicaciones de ningún tipo con los vecinos. La propia Natasha, a la que habían difamado de tal modo, un año después apenas sabía nada de todas aquellas falacias y chismorreos: le habían ocultado escrupulosamente toda la historia, y ella se mostraba tan inocente y alegre como una chiquilla de doce años.

Entre tanto, las desavenencias iban en aumento. Los entrometidos no descansaban. Aparecieron denunciadores y testigos, y por fin lograron convencer al príncipe de que la administración que había ejercido Nikolái Sergueich durante varios años en Vasílievskoie distaba mucho de caracterizarse por su honradez ejemplar; por si esto fuera poco, le aseguraron que tres años antes, con ocasión de la venta de una arboleda, Nikolái Sergueich había sustraído doce mil rublos de plata, de lo cual podían presentarse pruebas claras y legítimas ante el juez, especialmente porque carecía de cualquier poder legal del príncipe para la venta de dicha arboleda y había actuado por cuenta propia; luego había convencido a su patrón de la necesidad de la venta, entregándole una suma incomparablemente inferior a la realmente recibida por la arboleda. Naturalmente, se trataba de burdas calumnias, como se demostraría más tarde, pero el príncipe les dio crédito y llamó ladrón, en presencia de testigos, a Nikolái Sergueich. Ijménev no pudo contenerse y respondió con una ofensa igualmente fuerte; la escena fue espantosa. Inmediatamente se inició el proceso. Nikolái Sergueich, que carecía de ciertos documentos y, sobre todo, de protectores y

experiencia en tales pleitos, llevó desde el primer momento las de perder. Le embargaron su hacienda. El viejo, exasperado, lo abandonó todo y finalmente decidió trasladarse a San Petersburgo para gestionar personalmente su pleito, dejando en su puesto en la provincia a un experto apoderado. El príncipe, al parecer, no tardó en darse cuenta de que había agraviado injustamente a Ijménev. Pero los ultrajes por ambas partes habían sido tan graves que no cabían palabras para reconciliarse, y el príncipe, irritado, empleaba todas sus fuerzas para sacar provecho de aquel pleito, es decir, para arrebatarse a su antiguo administrador hasta el último mendrugo de pan.

## V

Los Ijménev, pues, se trasladaron a San Petersburgo. No voy a describir mi encuentro con Natasha después de tan prolongada separación. A lo largo de aquellos cuatro años nunca me había olvidado de ella. Lo cierto es que yo mismo no comprendía del todo el sentimiento con que la recordaba, pero al volver a encontrarnos no tardé en darme cuenta de que aquélla era la mujer que me reservaba el destino. En los primeros días de su llegada, me seguía pareciendo como si apenas se hubiera desarrollado en esos años, como si no hubiera cambiado en absoluto y continuara siendo la misma chiquilla que cuando nos separamos. Pero luego cada día iba descubriendo en ella algo nuevo, hasta entonces desconocido para mí, como si se me ocultara adrede, como si la muchacha se escondiera de mí a propósito... Y ¡qué gozo me producían estos descubrimientos! El viejo, una vez instalado en San Petersburgo, se mostraba en los primeros tiempos irritado y colérico. Le iban mal las cosas, y se indignaba, perdía los estribos, se ocupaba de sus gestiones oficiales y no estaba para prestarnos atención. Por su parte, Anna Andréievna andaba como aturdida y al principio no podía comprender nada. San Petersburgo la asustaba. Suspiraba y temblaba, lloraba al pensar en su antigua vida, en Ijménevka, al preguntarse por qué a Natasha, que estaba en edad casadera, no le salían pretendientes, y recurría a mí para desahogarse con extraña franqueza, puesto que no contaba con otra persona más idónea a quien hacerle sus confidencias.

Fue precisamente en aquella época, poco antes de que ellos llegaran, cuando acabé mi primera novela, con la que se inició mi carrera literaria, y, como escritor novel, en principio no sabía hacia dónde encaminarla. En casa de los Ijménev no hablaba de eso; de hecho, casi se habían enfadado conmigo porque vivía ocioso, es decir, porque ni trabajaba ni me esforzaba por encontrar un empleo. El viejo me lo recriminaba con amargura y hasta con cólera; naturalmente, eso obedecía al interés paternal que sentía por mí. Pero a mí, simplemente, me daba vergüenza contarles a qué me dedicaba. Así que, como no podía declarar abiertamente que no quería trabajar, sino que deseaba escribir novelas y que por eso los había estado engañando hasta ese momento, le decía que no me daban un empleo aunque hacía todo lo posible por conseguirlo. Él no tenía tiempo para comprobar si decía la verdad. Recuerdo cómo en cierta ocasión Natasha, harta de escuchar nuestras conversaciones, me llevó aparte discretamente y, con lágrimas en los ojos, me rogó que pensara en mi porvenir, me interrogó, trató de sonsacarme para averiguar a qué me dedicaba exactamente y, como no me abrí a ella, me hizo jurarle que no me echaría a perder como un perezoso y un holgazán. Lo cierto es que, aunque no le confesé a qué me dedicaba, creo que habría cambiado por una palabra suya de aprobación de mi trabajo, de mi primera novela, los más favorables juicios que más tarde escucharía de los críticos y de quienes valoraron mi obra. Por fin salió mi novela. Mucho antes de su aparición ya

había levantado un gran revuelo en el mundillo literario. B.<sup>[13]</sup> se alegró como un niño al leer mi manuscrito. ¡No! No fue en los embriagadores momentos iniciales de mi éxito cuando me sentí más dichoso, si es que alguna vez lo he sido, sino cuando aún no había leído ni enseñado a nadie mi manuscrito: en aquellas largas noches, entre entusiastas esperanzas, sueños y apasionado amor a mi trabajo; cuando me familiarizaba con mi fantasía, con los personajes que había creado como si fueran parientes, seres de carne y hueso. Los amaba, me alegraba y me entristecía con ellos y a veces hasta lloraba con las más sinceras lágrimas por mi modesto héroe. No puedo describir cómo se alegraron los ancianos de mi éxito, aunque en un principio se sorprendieron muchísimo: ¡se quedaron pasmados! Anna Andréievna, por ejemplo, no acababa de creer que aquel nuevo escritor a quien todo el mundo alababa fuera... el mismísimo Vania<sup>[14]</sup> que había hecho esto y aquello y lo de más allá; y la buena mujer no paraba de mover la cabeza. El viejo tardó mucho en rendirse y al principio, al oír los primeros rumores, llegó incluso a asustarse; se puso a hablar de mi carrera de funcionario perdida y de la vida desordenada que llevan la mayoría de los escritores. Sin embargo, los rumores que se sucedían sin pausa, las reseñas en las revistas y, por último, unos cuantos panegíricos sobre mí que les había escuchado a ciertas personalidades en las que creía con fervor le hicieron cambiar de opinión. Cuando vio que de pronto me encontraba con dinero y supo lo que se podía ganar con la literatura, se desvanecieron sus últimas dudas. Pasó rápidamente de la duda a la plena y apasionada confianza y, alegrándose como un chiquillo de mi suerte, se entregó de repente a las ilusiones más disparatadas y a los sueños más deslumbrantes sobre mi porvenir. Cada día trazaba para mí nuevas carreras y planes, y ¡qué no habría en esos planes! Empezó a mostrarme un singular respeto, sin precedente hasta entonces. Pero, a pesar de todo, recuerdo que en ocasiones, repentinamente, le asaltaban de nuevo las dudas, a menudo en medio de la más arrobada fantasía, y volvían a dejarle desorientado.

—¡Escritor, poeta! Qué cosa más extraña... ¿Cuándo se ha visto que los poetas se hayan abierto camino o alcanzado honores? ¡Esos escritorzuelos no son dignos de confianza!

Me di cuenta de que esas dudas y esas espinosas preguntas se le ocurrían con mayor frecuencia al anoecer (¡tan grabados tengo todos aquellos detalles y toda aquella edad dorada!). A esa hora nuestro anciano se mostraba siempre especialmente nervioso, impresionable y desconfiado. Natasha y yo lo sabíamos y nos reíamos de antemano. Recuerdo que yo le reconfortaba contándole anécdotas del general Sumarókov<sup>[15]</sup>, de cuando a Derzhavin le regalaron una tabaquera llena de *chervontsy*<sup>[16]</sup>, de la visita que la emperatriz en persona hizo a Lomonósov<sup>[17]</sup>; le hablaba de Pushkin<sup>[18]</sup>, de Gógol<sup>[19]</sup>.

—Ya sé todo eso, hermano, ya lo sé —replicaba el viejo, que quizá oía por primera vez en su vida todas aquellas historias—. ¡Hum! Oye, Vania, me alegro de que al menos no hayas escrito en verso tu obra. Los versos, hermano, son una sandez;

no me discutas y cree a este viejo; yo sólo quiero tu bien; ¡una auténtica sandez, una forma de perder el tiempo! Los versos son para que los escriban los estudiantes, pero en un joven de tu edad sería para acabar en el manicomio... Admitamos que Pushkin es grande, ¿quién puede negarlo? Sin embargo, no dejan de ser versitos y nada más; es algo tan efímero... Yo, la verdad, no lo he leído mucho... Pero la prosa es algo distinto. Con ella el escritor puede hasta instruir... o hablar del amor a la patria o de las virtudes en general... ¡Sí! Yo, hermano, no sé explicarme bien, pero tú me comprendes; te lo digo porque te quiero. Pero... bueno, ¡venga! ¡Léenos eso! —concluyó con cierto tono protector, cuando por fin llevé el libro y después del té nos sentamos todos en torno a la mesa redonda—. Léenos lo que has emborronado. ¡Se habla mucho de ti! ¡Veamos, veamos!

Abrí el libro y me dispuse a leer. Aquella misma tarde acababa de salir mi novela de la imprenta y, tras hacerme al fin con un ejemplar, corrí a casa de los Ijménev a leerles mi obra.

¡Cuánto me había afligido, cuánto me había enojado no haber podido leérsela antes, directamente del manuscrito, que estaba en manos del editor! Natasha había llegado a llorar de despecho, me había reñido reprochándome que unos desconocidos hubieran leído mi novela antes que ella... Pues bien, por fin nos sentamos a la mesa. El viejo puso una cara extraordinariamente seria y crítica. Quería juzgar con toda severidad, «convencerse por sí mismo». La viejecilla también miraba de un modo desusadamente solemne, poco faltó para que se pusiera una cofia para la ocasión. Se había dado cuenta hacía mucho tiempo de que yo miraba a su incomparable Natasha con infinito amor, de que se me cortaba la respiración y se me nublaba la vista cuando hablaba con ella, y de que también Natasha me lanzaba miradas más vehementes que antes. ¡Sí! ¡Había llegado por fin ese instante, y lo había hecho justo en el momento del éxito, de las doradas esperanzas y de la más plena felicidad! Todas las cosas habían confluído, ¡todo a la vez! La anciana se había percatado también de que su marido había empezado a elogiarme sin reservas y nos miraba de una manera especial a su hija y a mí... y, de pronto, se asustó: yo no era ningún conde, ni duque, ni príncipe reinante, ni siquiera consejero colegiado de la Escuela de Jurisprudencia, joven, condecorado y guapo. A Anna Andréievna no le gustaban las medias tintas. «Elogian a este hombre —pensaba refiriéndose a mí—. Pero ¿por qué? No se sabe. Un escritor, un poeta... pero ¿qué diantres es un escritor?»

## VI

Les leí mi novela de una sentada. Comenzamos inmediatamente después del té y estuvimos sentados hasta las dos de la madrugada. Al principio el viejo fruncía el ceño. Esperaba algo ininteligiblemente sublime, tanto que, probablemente, no fuera capaz de comprenderlo, pero, desde luego, elevado; y en lugar de eso lo que se encontró resultaba tan cotidiano, tan familiar: exactamente las mismas cosas que suceden de manera habitual a nuestro alrededor. Si por lo menos el protagonista hubiese sido un gran hombre, un tipo interesante o algún personaje histórico, como Róslavlev o Yuri Miloslavski<sup>[20]</sup>, y no un pequeño funcionario, apocado y algo bobo incluso, al que se le caían los botones del uniforme<sup>[21]</sup>; y para colmo estaba escrito con un estilo tan simple como el que empleamos nosotros mismos al hablar... ¡Qué extraño! La anciana miraba perpleja a Nikolái Sergueich y hasta se enfurruñó un poco, como si se hubiera ofendido por algo. «¿De veras merece la pena publicar semejantes bobadas, escucharlas y que encima den dinero por ellas?», podía leerse en su rostro. Natasha era toda oídos; escuchaba con avidez, no me quitaba los ojos de encima, miraba atentamente mis labios y, conforme pronunciaba yo cada palabra, movía ella sus hermosos labios. Bueno, pues, antes de que hubiese llegado yo a la mitad de la novela, a todos mis oyentes se les saltaron las lágrimas. Anna Andréievna lloraba con sinceridad, compadeciendo de todo corazón a mi héroe y deseando ingenuamente ayudarle de algún modo en sus desgracias, como me daban a entender sus exclamaciones. El viejo ya había descartado todo sueño sublime: «En seguida se da uno cuenta de que es una cosa modesta, algo regular, una simple historieta y, sin embargo —dijo—, llega al corazón, resulta claro y le recuerda a uno lo que sucede a su alrededor; nos hace comprender que hasta el más apocado, el último de los hombres, es también una persona y merece que se le trate como a un hermano». Natasha escuchaba, lloraba y, por debajo de la mesa, a escondidas, apretaba con fuerza mi mano. La lectura concluyó. La muchacha se levantó; le ardían las mejillas, había lágrimas en sus ojos; de pronto, me cogió la mano, la besó y salió corriendo de la sala. El padre y la madre cambiaron una mirada.

—¡Hum! ¡Qué chica tan exaltada! —exclamó el viejo, sorprendido por el proceder de su hija—. No tiene importancia. ¡Eso es bueno, es un noble impulso! Es buena muchacha... —farfulló, mirando de reojo a su mujer, tratando de disculpar a Natasha y al mismo tiempo, sin saber por qué, también a mí.

Pero Anna Andréievna, a pesar del grado de emoción y turbación que ella misma había experimentado durante la lectura, se quedó mirando, como si fuera a decir: «Nadie duda de que Alejandro de Macedonia fuera un gran héroe, pero ¿por qué tenía que cargarse esa silla?»<sup>[22]</sup>.

Natasha no tardó en regresar, feliz y contenta, y, al pasar junto a mí, me pellizcó a hurtadillas. El viejo se puso de nuevo a juzgar mi novela «con seriedad», pero la

alegría no le permitió mantener su firmeza y se entusiasmó:

—¡Muy bien, hermano Vania, muy bien! ¡Me has reconfortado! Más de lo que cabía esperar. No es nada elevado, sublime, eso está claro... Ahí tengo *La liberación de Moscú*<sup>[23]</sup>, escrito asimismo en Moscú... Bueno, pues desde el primer renglón, hermano, uno siente, por así decirlo, que se eleva cual águila... Pero ¿sabes, Vania? Lo tuyo es algo más sencillo, más comprensible. Precisamente por eso me gusta, ¡porque resulta más accesible! Es más próximo; como si me hubiera sucedido a mí mismo todo eso. Después de todo, ¿de qué sirve lo elevado? Yo mismo no lo habría entendido. En cuanto al estilo, lo habría corregido: ya ves que te estoy elogiando, pero, digas lo que digas, le falta altura... Aunque ahora ya es tarde, puesto que está impreso. ¿Quizá en la segunda edición? Porque supongo, hermano, que habrá segunda edición, ¿no? Entonces habrá más dinero... ¡Hum!

—¿Cómo es posible que haya recibido usted tanto dinero, Iván Petróvich? —comentó Anna Andréievna—. Le miro, y no acabo de creérmelo. ¡Ay, Señor, por qué cosas dan ahora dinero!

—¿Sabes, Vania? —prosiguió el viejo, cada vez más entusiasmado—. Esto no es un empleo, pero al fin y al cabo es una carrera. Lo leerán también altas personalidades. ¿No decías que a Gógol le han asignado una pensión anual y le han mandado al extranjero? ¿Y si hicieran lo mismo contigo? ¿Eh? ¿O aún es pronto? ¿Tienes que escribir todavía más? ¡Pues escribe, hermano, date prisa! No te duermas en los laureles. ¡No te quedes embelesado!

Y decía esto tan convencido, con tanta bondad, que no tuvo valor para interrumpirle y enfriar su fantasía.

—O tal vez te regalen una tabaquera... ¿Por qué no? Pues para los obsequios no existen reglas. Querrán estimularte. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor te reciben en la corte —añadió a media voz, con aires de importancia, guiñando el ojo izquierdo—. ¿O no? ¿O aún es pronto para lo de la corte?

—¿En la corte? —dijo Anna Andréievna como ofendida.

—Un poco más, y me hace usted general —contesté, muerto de risa.

El viejo también se echó a reír. Estaba extraordinariamente contento.

—Vucencia, ¿no desea comer algo? —gritó vivamente Natasha, que entre tanto nos había servido la cena.

Y la muchacha, riendo a carcajadas, corrió hacia su padre y le abrazó fuerte con sus cálidos brazos:

—¡Qué bueno eres, papá, qué bueno eres!

El viejo se sentía emocionado.

—¡Bueno, bueno, ya está bien, ya está bien! Se lo digo sin mala intención. General o no, vamos a cenar. ¡Ay, qué muchacha más sentimental eres! —añadió, acariciando la mejilla colorada de Natasha, como le gustaba hacer siempre que se presentaba ocasión—. Date cuenta, Vania, de que te lo he dicho porque te quiero. Bueno, aunque no seas general (¡ni falta que hace!), de todos modos eres un

personaje famoso. ¡Un autor!

—Ahora se dice escritor, papá.

—¿Y autor no? No lo sabía. Bueno, pues digamos escritor; pero lo que yo quería exponer es esto: claro está que no te van nombrar chambelán por haber escrito una novela, ni que decir tiene. Puedes, no obstante, abrirte camino; hacerte, por ejemplo, agregado diplomático. Pueden mandarte al extranjero, a Italia, para restablecer tu salud o para ampliar estudios o lo que sea... Te ayudarán con dinero. Desde luego, es necesario que por tu parte actúes con nobleza; que sea realmente por tu trabajo por lo que recibas dinero y honores, y no de cualquier manera, por favoritismo...

—Y no presumas demasiado entonces, Iván Petróvich —añadió entre risas Anna Andréievna.

—Mejor que le den una condecoración, papá, porque, al fin y al cabo, ¿qué es un agregado?

Y la muchacha volvió a pellizcarme en el brazo.

—¡Ésta no deja de burlarse de mí! —gritó el viejo, mirando extasiado a Natasha, a quien se le habían encendido las mejillas y los ojos le resplandecían alegres como luceros—. Creo que en efecto he ido demasiado lejos, hijos míos, me he excedido; siempre he sido así... Pero ¿sabes, Vania?, te miro y te veo tan normal...

—¡Ay, Dios mío! ¿Y cómo iba a ser si no, papá?

—No, no pretendía decir eso. Sólo que tu semblante, Vania... no es en absoluto de poeta... Ya sabes: los poetas, según dicen, suelen ser pálidos y con cabello largo, y tienen algo en los ojos... Como Goethe o alguien así... eso he leído en *Abadón*<sup>[24]</sup>... ¿Qué pasa? ¿He vuelto a decir alguna tontería? ¡Qué traviesa, cómo se ríe de mí! Yo no soy ningún sabio, amigos míos, pero puedo entenderlo. Bueno, el aspecto no tiene tanta importancia; a mí el tuyo me parece bien y me gusta mucho... No me refería a eso... Tan sólo sé honrado, Vania, sé honrado, eso es lo fundamental. ¡Vive con honradez y no seas engreído! Tienes ante ti un ancho camino. Cumple honradamente con tu trabajo; ¡eso es lo que trataba de decir, eso precisamente!

¡Qué época tan maravillosa! Pasaba en casa de los Ijménev todas las horas libres, todas las veladas. Al viejo le llevaba noticias sobre el mundillo literario y sobre los literatos, por quienes, de repente, sin saber por qué, empezó a mostrar un extraordinario interés; hasta empezó a leer las críticas de B., del que tanto le había hablado y al que apenas comprendía, pero le elogiaba vehementemente y lamentaba con amargura lo que sus enemigos escribían en *El zángano del Norte*<sup>[25]</sup>. La vieja nos vigilaba atentamente a Natasha y a mí; pero no llegó a sorprendernos. Nosotros ya nos habíamos prometido: por fin, había oído cómo Natasha, inclinando la cabeza y entreabriendo los labios, apenas en un susurro, me decía: «Sí». Pero también se enteraron los viejos; lo habían adivinado, lo habían supuesto. Anna Andréievna estuvo cabeceando largo rato. Aquello le resultaba extraño, le daba miedo. No tenía fe en mí.

—Sí, ahora ha tenido un gran éxito, Iván Petróvich —decía—; pero, si se le acaba

el éxito o pasa cualquier otra cosa, ¿entonces, qué? ¡Si al menos trabajara usted en algún sitio!

—Oye bien lo que te digo, Vania —resolvió el viejo tras mucho reflexionar—. Yo mismo lo he visto, me he dado cuenta de ello, y, debo confesarte, incluso me ha alegrado, que tú y Natasha... ¡Bueno, no hay nada de malo en ello! Mira, Vania: los dos sois aún muy jóvenes y mi Anna Andréievna tiene razón. Vamos a esperar un poco. Admitamos que tienes talento, incluso un talento formidable... pero no eres un genio, como dijeron de ti al principio, sino que simplemente tienes talento (mira, hoy mismo he leído la crítica que te han dedicado en *El zángano*; qué mal te tratan, pero ¡qué clase de periódico es ése!). Sí, ya lo ves: aunque tengas talento, eso no significa que tengas dinero en el monte de piedad, y los dos sois pobres. Vamos a esperar un año y medio, o por lo menos un añito: si te va bien, si te has consolidado, Natasha es tuya; si fracasas, ¡juzga tú mismo...! Eres un hombre honrado: ¡piénsatelo bien!

Y en eso quedamos. Y esto es lo que ocurrió al cabo de un año.

¡Sí, prácticamente había transcurrido un año! Un espléndido día de septiembre, antes de que cayera la tarde, llegué enfermo y con el alma en vilo a casa de los ancianos, y me derrumbé en una silla, medio desfallecido, por lo que hasta se asustaron al verme. Pero, si me daba vueltas la cabeza y estaba tan angustiado que me había aproximado diez veces a su puerta y había retrocedido otras tantas antes de entrar, no se debía a que hubiera fracasado en mi carrera y no hubiera logrado fama y dinero, ni tampoco a que aún no fuera «agregado» y estuviera lejos de que me enviaran a Italia para restablecerme, sino, simplemente, a que se pueden vivir diez años en uno solo, y en ese año mi Natasha había vivido diez. Se había abierto un abismo entre nosotros... Recuerdo que estaba sentado frente al viejo, en silencio, estrujando distraídamente con la mano el ala ya destrozada de mi sombrero; estaba esperando, sin saber por qué, a que Natasha saliera. Llevaba un traje lamentable que me sentaba mal; tenía el rostro consumido, demacrado y amarillento, pero, a pesar de todo, no parecía ni remotamente un poeta, y mis ojos no traslucían nada de aquella grandeza de la que tanto habló en cierta ocasión el bueno de Nikolái Sergueich. La vieja me miraba con franca y un tanto precipitada compasión, como diciendo para sus adentros: «Y pensar que semejante hombre ha estado a punto de convertirse en el prometido de Natasha. ¡Válgame Dios! ¡Que el Señor nos guarde!».

—Bueno, Iván Petróvich, ¿le apetece un té? —El samovar hervía en la mesa—. ¿Cómo le va, *bátiushka*<sup>[26]</sup>? Parece enfermo —me dijo con una voz lastimera, que aún resuena en mis oídos.

Es como si la estuviera viendo ahora mismo: me hablaba, pero en sus ojos había otra preocupación, la misma que afligía a su marido y le hacía estar ahí sentado, absorto en sus pensamientos, ante la taza de té que se enfriaba. Yo sabía que en aquel momento estaban abrumados por el pleito con el príncipe Válkovski, que no les iba del todo bien, y que además habían sufrido nuevos disgustos que habían abatido a Nikolái Sergueich hasta hacerle enfermar. El joven príncipe, por cuya culpa se había

iniciado toda la historia de este proceso, había tenido unos cinco meses antes ocasión de visitar a los Ijménev. El viejo, que amaba a su querido Aliosha como a un hijo, se acordaba de él casi a diario y le recibió con gusto. A Anna Andréievna le recordaba a Vasílievskoie, y se deshacía en lágrimas. Aliosha empezó a visitar su casa cada vez con más frecuencia, a escondidas de su padre; Nikolái Sergueich, hombre honrado, abierto y franco, rehusó indignado tomar ninguna clase de precauciones. Por noble orgullo, ni siquiera se paraba a pensar en lo que diría el príncipe si se enteraba de que su hijo era recibido de nuevo en casa de los Ijménev, y desdeñaba en su cabeza todas las absurdas sospechas que aquél pudiera abrigar. Pero el viejo no sabía si le quedarían fuerzas para soportar nuevos agravios. El joven príncipe empezó a ir a su casa casi todos los días. Los ancianos se sentían a gusto con él. Compartía con ellos largas veladas hasta bien pasada la medianoche. El padre, naturalmente, acabó enterándose de todo. Aquello dio lugar a las más abominables habladurías. El príncipe ofendió a Nikolái Sergueich con una horrible carta, insistiendo en el tema de siempre, y a su hijo le prohibió terminantemente visitar a los Ijménev. Aquello había sucedido dos semanas antes de que yo me presentara en la casa. El viejo se puso muy triste. ¡Cómo! ¡Involucrar de nuevo a su inocente y noble Natasha en aquella sucia calumnia, en aquella vileza! El nombre de la muchacha había sido mancillado por el mismo individuo que antes le había ultrajado a él... ¡Y dejar todo eso sin una reparación! Los primeros días había caído en cama por el disgusto. Todo eso ya lo sabía yo. Toda aquella historia había llegado a mis oídos con detalle; no obstante, enfermo y abatido en los últimos tiempos, llevaba casi tres semanas sin aparecer por allí, guardando cama en mi piso. Pero yo sabía, además... ¡No! Entonces tan sólo lo presentía; sabía, aunque no quería creerlo, que aparte de esa historia tenía que haber otra cosa que los inquietaba más que nada en el mundo, y los observaba con angustia. Sí, sufría; me daba miedo adivinarlo, me daba miedo creerlo y deseaba con todas mis fuerzas retrasar el fatídico momento. Y, sin embargo, fui hasta allí por ella. ¡Era como si algo me empujase a su casa aquella noche!

—¿Y qué, Vania? —preguntó de pronto el viejo, como volviendo en sí—. ¿No habrás estado enfermo? ¿Por qué has estado tanto tiempo sin venir? Me siento culpable: hace tiempo que quería ir a verte, pero siempre surgía algo... —Y volvió a quedarse pensativo.

—He estado enfermo —contesté.

—¡Hum! ¡Enfermo! —repitió cinco minutos más tarde—. ¡Enfermo! ¡Ya te lo decía yo, ya te lo advertía, pero no me hacías caso! ¡Hum! No, hermano Vania: está claro que la Musa, desde que el mundo es mundo, ha morado hambrienta en una buhardilla, y así continuará. ¡Así son las cosas!

No, el viejo no estaba de buen humor. De no tener herido el corazón, no se habría puesto a hablar conmigo de la Musa hambrienta. Observé su rostro: se había puesto amarillo, en sus ojos se traslucía cierta perplejidad, un pensamiento en forma de problema que no era capaz de solucionar. Se mostraba violento e inusitadamente

bilioso. Su mujer le miraba inquieta y sacudía la cabeza. Una de las veces en que él se volvió, ella aprovechó para hacerme un gesto sigiloso.

—¿Qué tal Natalia Nikoláievna? ¿Está en casa? —pregunté a la inquieta Anna Andréievna.

—Así es, *bátiushka*, está en casa —respondió, como si mi pregunta la hubiera contrariado—. En seguida sale. ¡Casi nada! ¡Tres semanas sin vernos! Pues sí, se nos ha vuelto un tanto... No hay manera de saber qué es lo que le pasa: si se encuentra bien o si está enferma. ¡Que Dios la asista!

Y lanzó una mirada temerosa a su marido.

—¡Qué va! No le pasa nada —replicó Nikolái Sergueich de mala gana y con brusquedad—. Se encuentra perfectamente. La muchacha se está haciendo mayor, ha dejado de ser una niña; eso es todo. ¿Quién puede comprender las penas y los caprichos de las muchachas?

—¿Qué dices de caprichos? —intervino Anna Andréievna en tono quisquilloso.

El viejo se calló y empezó a repiquetear con los dedos en la mesa. «¡Dios mío! ¿No habrá habido algo entre ellos?», pensé horrorizado.

—Bueno, y ¿qué tal le van las cosas a usted? —prosiguió el viejo—. ¿Qué, sigue B. escribiendo críticas?

—Sí, así es —contesté.

—¡Ah, Vania! ¡Vania! —concluyó, haciendo un ademán con la mano—. ¡Qué más dará la crítica!

Se abrió la puerta y entró Natasha.

## VII

Traía el sombrero en las manos y, al entrar, lo dejó sobre el piano; después, se dirigió hacia mí y, sin pronunciar palabra, me tendió la mano. Sus labios se movieron ligeramente; daba la impresión de que quisiera decirme algo, como un saludo, pero no dijo nada.

Llevábamos tres semanas sin vernos. La observé con perplejidad y temor. ¡Cómo había cambiado en tres semanas! Se me encogió el corazón al contemplar aquellas mejillas pálidas y hundidas, aquellos labios agrietados, como por la fiebre, y aquellos ojos que, bajo las oscuras y largas pestañas, centelleaban con un fuego delirante e irradiaban una apasionada determinación.

Pero ¡Dios mío, qué hermosa estaba! Nunca, ni antes ni después, la he visto como en ese fatídico día. ¿Era aquélla la misma... la misma Natasha, la misma chiquilla que sólo un año antes no apartaba los ojos de mí y que, moviendo sus labios al tiempo que yo movía los míos, escuchaba la lectura de mi novela; la misma que, tan alegre y despreocupada, reía y bromeaba aquella noche con su padre y conmigo durante la cena? ¿Era la misma Natasha que en aquella habitación, inclinando la cabeza y toda ruborizada, me había dicho: «Sí»?

Se oyó el profundo sonido de la campana llamando a vísperas. La muchacha se estremeció y se santiguó la vieja.

—Pensabas ir a vísperas, Natasha, y ya están tocando a misa —dijo la anciana—. Ve, Natáshenka, ve a rezar. ¡Por suerte, la iglesia no queda lejos! De paso, tampoco te vendrá mal darte un paseo. ¿Cómo vas a quedarte aquí encerrada? Mira qué pálida estás, ni que te hubieran echado mal de ojo.

—Yo... quizá... no vaya hoy —respondió Natasha pausadamente, en voz baja, casi en susurros—. Yo... no me encuentro bien —añadió y se puso pálida como una pared.

—Mejor sería que fueras, Natasha; hace un instante querías ir y hasta traías el sombrero. Ve a rezar, Natáshenka; ruégale a Dios que te dé salud —la exhortaba Anna Andréievna, mirando con temor a su hija, como si le tuviera miedo.

—Sí, vete; así aprovechas para darte un paseo —añadió el viejo, lleno también de preocupación, escrutando con la mirada el rostro de su hija—; tu madre tiene razón. Que Vania te acompañe.

Me pareció que una amarga sonrisa cruzó por los labios de Natasha. Se acercó al piano, cogió el sombrero y se lo puso; le temblaban las manos. Todos sus movimientos parecían inconscientes, como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Sus padres la miraban fijamente.

—¡Adiós! —dijo con voz apenas audible.

—¿A qué viene ese adiós, ángel mío? ¡Ni que fueras muy lejos! Al menos te dará un poco el aire; mira qué pálida estás. ¡Ah, se me olvidaba! (Si es que todo lo olvido...) Ya te he acabado el escapulario; he cosido en él una oración, ángel mío;

una monja de Kiev me la enseñó el año pasado, es una oración muy eficaz; acabo de coserla hace un momento. Póntelo, Natasha. Tal vez Dios te devuelva la salud. Eres lo único que tenemos.

Y la viejecilla sacó del costurero una crucecita de oro que Natasha siempre llevaba; el escapulario recién cosido colgaba de la misma cinta.

—¡Que te traiga buena salud! —añadió poniéndole a su hija la cruz y persignándola—. Antes te persignaba de este modo todas las noches al acostarte, rezaba una oración y tú repetías mis palabras. Pero ahora has cambiado, y Dios no te concede paz de espíritu. ¡Ah, Natasha, Natasha! ¡Ni siquiera las oraciones de tu madre te sirven de ayuda! —Y la anciana rompió a llorar.

Sin decir nada, Natasha le besó la mano y se dirigió hacia la puerta; pero de pronto, volvió rápidamente sobre sus pasos y se acercó a su padre. Su pecho estaba intensamente agitado.

—¡Padre! Bendiga usted también... a su hija —dijo con voz ahogada, y se hincó ante él de rodillas.

Nos quedamos todos perplejos al ver su inesperada actitud, tan solemne. Durante unos instantes su padre la miró atónito.

—¡Natáshenka! ¡Niña mía! ¡Hija mía! ¡Cariño! ¿Qué te ocurre? —gritó al fin, y se le saltaron las lágrimas—. ¿Qué te angustia? ¿Por qué lloras día y noche? Yo lo veo todo; ¡no duermo por las noches, me levanto y escucho a través de tu puerta! Cuéntamelo todo, Natasha, sincérate con este viejo, y nosotros...

No llegó a acabar la frase; levantó a la muchacha y la abrazó con fuerza. Ella, temblorosa, se apretó contra su pecho y ocultó la cabeza en su hombro.

—No es nada, no es nada, sencillamente... no me encuentro muy bien... —repetía, ahogándose con las lágrimas contenidas.

—¡Que Dios te bendiga como yo te bendigo, cariño mío, mi niña preciosa! —dijo el padre—. Que te envíe por siempre paz para tu alma y te guarde de todo mal. Rézale a Dios, querida mía, para que la oración de este pecador llegue hasta Él.

—¡Yo también, yo también te doy mi bendición! —añadió la anciana, deshaciéndose en lágrimas.

—¡Adiós! —musitó Natasha.

Se detuvo en la puerta, volvió a echarles una mirada, quería decir algo, pero no pudo y salió corriendo de la habitación. Me lancé tras ella, presintiendo alguna desgracia.

## VIII

La muchacha caminaba en silencio, deprisa, con la cabeza baja y sin mirarme. Pero, cuando llegó al final de la calle y alcanzó el muelle, se detuvo de pronto y me cogió una mano.

—¡Me ahogo! —murmuró—. Me oprime el corazón... ¡Me ahogo!

—¡Regresa, Natasha! —grité, asustado.

—¿Es que no te das cuenta, Vania, de que me he marchado *para siempre*, de que me he ido de casa y no volveré jamás? —dijo, mirándome con tremenda congoja.

Se me cayó el alma a los pies. Todo esto ya lo presentía cuando me dirigía a su casa; todo esto me lo había imaginado vagamente, tal vez mucho antes de ese día; pero en ese momento sus palabras me dejaron fulminado.

Caminábamos tristes por el muelle. Yo era incapaz de decir nada; trataba de pensar, de reflexionar, pero estaba completamente trastornado. Me daba vueltas la cabeza. ¡Aquello me parecía tan horrendo, tan imposible!

—¿Me lo reprochas? —preguntó finalmente.

—No, sólo que... que no doy crédito; ¡eso no puede ser!... —respondí sin pensar lo que estaba diciendo.

—Sí, Vania, ¡es así! Me he ido de casa, y no sé qué será de ellos... ¡Ni tampoco sé qué será de mí!

—Vas *a casa de él*, ¿verdad, Natasha?

—¡Sí! —contestó.

—¡Pero eso no puede ser! —grité exaltado—. ¿No sabes que eso es imposible, Natasha, pobrecita mía? ¡Es una insensatez! ¡Vas a matarlos a ellos y a arruinar tu propia vida! ¿Lo sabes, Natasha?

—Lo sé, pero ¡qué le voy a hacer, no puedo evitarlo! —dijo, y en sus palabras se percibía tanta agonía como si se encaminara a su ejecución.

—Vuelve, regresa antes de que sea tarde —le suplicaba, pero, cuanto mayor era mi ardor e insistencia, más cuenta me daba de la total inutilidad de mis exhortaciones y de lo absurdas que resultaban en aquel preciso instante—. ¿Eres consciente, Natasha, del daño que vas a hacerle a tu padre? ¿Lo has pensado siquiera? ¿No te das cuenta de que *su* padre es enemigo del tuyo, de que el príncipe le ha injuriado y le ha acusado de haberle robado dinero, de que le ha llamado ladrón, de que tienen un pleito? ¿Eh? Y eso no es lo peor, ya lo sabes, Natasha... (¡Oh, Dios mío, si lo sabes de sobra!) ¿No comprendes que el príncipe ha acusado a tus padres de que ellos mismos, a propósito, te han comprometido con Aliosha cuando estaba en vuestra casa, en la aldea? Piénsalo, figúrate cómo habrá sufrido tu padre por esa calumnia. ¡Si se le ha puesto todo el pelo blanco en estos dos años! ¡Si no hay más que mirarlo! Pero lo principal es que tú lo sabes todo, Natasha, ¡por Dios! ¡Ya no hablo de lo que supone para ambos perderte sin remedio! A ti, que eres su tesoro, que eres todo lo que les ha quedado en su vejez. No quiero ni hablar de eso: tú ya debes saberlo; recuerda

que tu padre considera que has sido injustamente calumniada, agraviada por esa gente altanera, ¡sin que se te haya vindicado! Y ahora, precisamente ahora, se ha reavivado todo eso, se ha recrudecido la vieja y dolorosa hostilidad por haber acogido a Aliosha en vuestra casa. El príncipe ha vuelto a calumniar a tu padre, al viejo le hierve la sangre por esta nueva ofensa, ¡y ahora va a resultar que todo eso, todas esas acusaciones son ciertas! Todos los que conocen el asunto le darán la razón al príncipe, y os acusarán a tu padre y a ti. ¿Qué será de él ahora? ¡Esto va a acabar con él! Vergüenza, deshonra, y ¿por culpa de quién? Por culpa tuya, por culpa de su hija, ¡su querida y única niña! ¿Y tu madre? No sobrevivirá al viejo... ¡Natasha, Natasha! ¿Qué estás haciendo? ¡Vuelve! ¡Recapacita!

La muchacha guardaba silencio; finalmente me lanzó una mirada de reproche, y vi en sus ojos tanto sufrimiento, tan intenso dolor, que comprendí cómo sangraba, sin necesidad de mis palabras, su herido corazón en esos momentos. Comprendí cuánto le había costado tomar su decisión y cómo la estaba atormentando yo con mis palabras vanas y tardías; comprendí todo eso, y, sin embargo, no pude contenerme y proseguí:

—Si hace un instante le decías a Anna Andréievna que *quizá* no saldrías de casa... para ir a vísperas. ¿Significa eso que querías quedarte, que aún no te habías decidido del todo?

En respuesta tan sólo me sonrió con amargura. ¿Y para qué le había preguntado eso? De sobra sabía que su decisión era irrevocable. Pero yo también me hallaba fuera de mí.

—¿Tanto le amas? —grité, mirándola ansioso, casi sin comprender lo que le estaba preguntando.

—¿Qué puedo responderte, Vania? ¡Ya lo ves! Me ha dicho que venga y aquí estoy, esperándole —dijo con la misma amarga sonrisa.

—Pero escucha, escucha un momento —me puse a suplicarle de nuevo, agarrándome a un clavo ardiendo—. Aún puede arreglarse todo esto, aún puede hacerse de otro modo, ¡de un modo completamente distinto! No tienes por qué irte de casa. Yo te diré lo que has de hacer, Natáshechka. Me comprometo a arreglároslo todo, todo, las citas y todo eso... Pero ¡no te vayas de casa!... Os llevaré vuestras cartas, ¿por qué no iba a hacerlo? Será mejor que lo de ahora. Sé cómo hacerlo; os serviré a los dos; ya verás... Y tú, Natáshechka, no arruinarás tu vida como en este momento... ¡Porque estás a punto de arruinar tu vida por completo! Accede, Natasha: todo saldrá bien, de maravilla, y os amaréis cuanto os venga en gana... Y, cuando vuestros padres dejen de pelearse (porque no hay duda de que dejarán de pelearse), entonces...

—¡Basta, Vania, déjalo! —me interrumpió, apretando con fuerza mi mano y sonriendo entre lágrimas—. ¡Mi buen Vania! ¡Eres un hombre bueno y honrado! ¡No dices ni una palabra de ti mismo! He sido yo quien te ha dejado y, sin embargo, me perdonas, y sólo piensas en mi felicidad. Quieres llevarnos nuestras cartas... —La

muchacha rompió a llorar—. Yo sé, Vania, cómo me has amado, cómo has seguido amándome hasta el día de hoy, y ¡no me has dirigido un solo reproche, una sola palabra amarga en todo este tiempo! Y yo, yo... ¡Dios mío, qué mal me he portado contigo! ¿Recuerdas, Vania, recuerdas el tiempo que pasamos juntos? ¡Ah, ojalá nunca le hubiera conocido a él, ojalá no me hubiera topado jamás con él! Viviría contigo, ¡contigo, mi buen Vania, mi querido Vania...! ¡No, no te merezco! Ya ves cómo soy: en un momento como éste te recuerdo nuestra dicha pasada, ¡cuando tú ya sufres bastante sin eso! Has estado tres semanas sin venir: pero te juro, Vania, que ni una sola vez se me ha pasado por la cabeza la idea de que pudieras maldecirme y odiarme. Conocía el motivo de tu ausencia: no querías incomodarnos ni ser para nosotros un vivo reproche. ¿Acaso a ti no te daba pena vernos? ¡Y cómo te esperaba, Vania, cómo te esperaba! Escucha, Vania, si amo a Aliosha como una loca, como una insensata, a ti como amigo te quiero posiblemente más aún. Siento, sé, que no podré vivir sin ti; te necesito, necesito tu corazón, tu alma maravillosa... ¡Ay, Vania! ¡Qué tiempo tan amargo y duro se nos avecina! —Se deshizo en lágrimas; sí, lo estaba pasando muy mal—. ¡Ah, qué ganas tenía de verte! —continuó, ahogando sus lágrimas—. ¡Cómo has adelgazado, qué enfermo pareces, qué pálido estás! ¿Es que has estado enfermo, Vania? ¡Vaya, y yo sin preguntarte! No hago más que hablar de mí; pero ¿cómo te va ahora con los críticos? Y tu nueva novela, ¿avanza?

—¡No es momento para hablar de novelas ni de mí, Natasha! ¡Mis asuntos dan igual! No tienen importancia; van tirando; ¡pueden irse al cuerno! Pero dime, Natasha: ¿ha sido él quien te ha exigido que vayas a su casa?

—No, no ha sido sólo cosa suya, más bien ha sido mía. Cierto que él lo decía, pero yo también... Vania, querido, voy a contártelo todo: pretenden casarle con una novia rica y muy notable, de una familia muy ilustre. Su padre quiere a toda costa que se case con ella, y ese hombre, como bien sabes, es un tremendo intrigante; ha tocado todos los resortes, pues ni en una década se le iba a presentar otra ocasión semejante. Contactos, dinero... Dicen además que ella es muy bonita, instruida y de buen corazón... ¡vamos, que lo tiene todo! Aliosha ya se ha prendado de ella. Además, su padre quiere quitárselo de encima cuanto antes para casarse él mismo, y por esa razón se ha propuesto, cueste lo que cueste, romper nuestra relación. Tiene miedo de mí y de la influencia que pueda ejercer sobre Aliosha...

—¿Acaso el príncipe —la interrumpí, lleno de asombro— sabe de vuestro amor? Sólo tenía sospechas, y tampoco eran fundadas.

—Lo sabe, lo sabe todo.

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Aliosha se lo ha contado todo hace poco. Él mismo me dijo que le había contado todo.

—¡Cielo santo! Pero ¿qué es lo que os pasa a vosotros? ¿Se lo ha contado él mismo? Y ¿en un momento así?

—No le culpes, Vania —me interrumpió Natasha—. ¡No te burles de él! No se le

puede juzgar como a los demás. Sé justo. No es como tú y como yo. Es un niño; no le han educado como es debido. ¿Acaso comprende lo que hace? La primera impresión, la influencia del primero que pasa es capaz de distraerle de aquello que había jurado un minuto antes. No tiene carácter. Te hace una promesa y ese mismo día, con la misma sinceridad y franqueza, se entrega a otro; y encima viene él mismo a contártelo. Quizá cometa alguna mala acción, pero no se le puede culpar, sino que más bien habría que apiadarse de él. También es capaz de mostrar abnegación, ¡y de qué manera! Sin embargo, en cuanto recibe una nueva impresión, vuelve a olvidarse de todo. *Por eso, también se olvidará de mí, si no estoy continuamente a su lado.* ¡Él es así!

—Ah, Natasha, puede que no sea cierto, tal vez sólo sean rumores. ¿Cómo va a casarse si no es más que un chiquillo?

—Su padre tiene sus razones particulares, ya te lo he dicho.

—¿Y por qué sabes que su novia es tan bonita y que está prendado de ella?

—Pues porque él mismo me lo ha dicho...

—¿Cómo? ¿Que él mismo te ha dicho que puede amar a otra y al mismo tiempo te exige este sacrificio?

—¡No, Vania, no! Tú no le conoces, has pasado poco tiempo con él; hace falta conocerle mejor para juzgarle. ¡No hay corazón en el mundo más sincero y puro que el suyo! ¿Qué? ¿Acaso sería mejor que mintiera? Para que se quede prendado de otra, basta con que estemos una semana separados, pero después, al verme, cae de nuevo a mis pies. ¡Sí! Lo bueno, además, es que yo lo sé, que no me lo oculta, porque, de lo contrario, me moriría de desconfianza. ¡Sí, Vania! Ya he tomado una decisión: *Si no estoy a su lado siempre, constantemente, en todo momento, dejará de amarme, se olvidará de mí y me abandonará.* Él es así: cualquier otra mujer puede arrastrarle. Y ¿qué haría entonces yo? Me moriría... Pero ¡qué más me da morir! ¡Moriría gustosa ahora mismo! ¿Cómo voy a vivir sin él? ¡Eso es peor que la propia muerte, es peor que todos los tormentos! ¡Oh, Vania, Vania! ¡Puedes imaginarte cuánto le amo para abandonar en estos momentos a mis padres por él! No trates de persuadirme: ¡todo está decidido! Tiene que estar a mi lado cada hora, cada instante; no puedo volverme atrás. Sé que estoy arruinando mi vida, y también la de otros... ¡Ah, Vania! —gritó de repente y se estremeció—. ¿Y si fuera verdad que ya no me quiere? ¿Y si fuera cierto lo que acabas de decir de él —eso nunca había salido de mi boca—: que simplemente está engañándome y que, aunque parece tan sincero y franco, es en realidad ruin y vanidoso? Mira que si estoy defendiéndole yo ante ti, mientras él está con otra, riéndose para sus adentros... Cuando yo, yo, infame de mí, lo he abandonado todo y ando buscándole por las calles... ¡Oh, Vania!

Y se le escapó un gemido tan lastimero del corazón que toda el alma se me llenó de pena. Comprendí que Natasha ya no era dueña de su voluntad. Sólo los celos podían cegarla de tal modo, hasta el punto de obligarla a tomar una decisión tan insensata. Pero los celos también ardían dentro de mí y desbordaban mi corazón. No

pude contenerme y un sentimiento miserable se apoderó de mí.

—Natasha —dije—, hay algo que no entiendo: ¿cómo puedes seguir amándole después de lo que tú misma acabas de decir? No le respetas, no crees siquiera en su amor y, sin embargo, te vas con él para siempre y les arruinas la vida a todos por él. ¿Cómo es eso? Te va a amargar toda la vida, y tú también a él. ¡Le amas demasiado, Natasha, demasiado! No comprendo esa clase de amor.

—Sí, le amo con locura —respondió, poniéndose pálida, como de dolor—. A ti jamás te he querido así, Vania. Bien sé que he perdido la razón, que no debería amarle de este modo. No es bueno amar así... Escucha, Vania: yo ya me había dado cuenta, y hasta en nuestros momentos más dichosos presentía que sólo iba a traerme sufrimientos. Pero ¿qué puedo hacer si hasta los sufrimientos que él me causa son felicidad para mí? ¿Crees que busco la dicha uniéndome a él? ¿Acaso no sé de antemano lo que me espera a su lado y lo que voy a sufrir por culpa suya? Ha jurado amarme, me ha hecho toda clase de promesas; pero yo no les doy crédito, ni lo hago ahora ni lo he hecho antes, aun sabiendo que no me mentía ni podía mentirme. Yo he sido la primera que le he dicho que no pretendo comprometerle a nada. Con él es mejor así: a nadie le gustan las ataduras, a mí la primera. Pero, de todos modos, me alegra ser su esclava, su esclava voluntaria, y ¡consentírselo todo, todo, con tal de que esté conmigo, con tal de que me mire! Creo que hasta le dejaría amar a otra mujer, con tal de que fuera en mi presencia, de que yo estuviera a su lado... ¿Verdad que es una bajeza, Vania? —preguntó de pronto, con una mirada febril, inflamada; por un segundo creí que estaba delirando—. ¿No son una ruindad semejantes deseos? ¿Y qué? Yo misma opino que es una bajeza, pero si él me dejase le seguiría al fin del mundo, aunque me rechazara, aunque me echara de su lado. Tú me exhortas ahora a que regrese, pero ¿de qué serviría? Regresaría, pero mañana volvería a marcharme. Si él me lo ordenara... volvería a marcharme; con que me silbe, con que me llame como a un perro, yo le seguiré... ¡Sufrimientos! ¡No tengo miedo a tales sufrimientos! Sabiendo que es *por él* por quien sufro... ¡Ah, pero no vayas a contárselo a nadie, Vania!

«¿Y su padre y su madre?», me dije. Parecía haberse olvidado ya de ellos.

—Entonces, ¿no va a casarse contigo, Natasha?

—Me lo ha prometido, me lo ha prometido todo. Precisamente me ha llamado por eso: para casarnos mañana en secreto, fuera de la ciudad; pero no sabe lo que dice. Probablemente no sepa ni cómo se casa la gente. ¡Menudo marido! Da risa, la verdad. Y, si se casa, será desdichado, empezará a hacerme reproches... No quiero que me reproche nunca nada. Se lo daré todo sin exigirle nada a cambio. Si el matrimonio ha de hacerle infeliz, ¿para qué causarle tal desdicha?

—No son más que fantasías, Natasha —le dije—. ¿Y qué? ¿Vas ahora directamente a su casa?

—No, me ha prometido que iba a venir él aquí a recogerme; en eso hemos quedado...

Y miró ansiosa en la distancia, pero aún no se veía a nadie.

—¡Aún no ha venido! ¡Y has llegado tú la *primera*! —exclamé indignado. Natasha se tambaleó, como si hubiera recibido un golpe. El rostro se le descompuso de dolor.

—Tal vez no venga —dijo con una amarga sonrisa—. Anteayer me escribió diciendo que, si no le daba mi palabra de que iba a venir, no tendría más remedio que posponer su decisión de marcharse de casa y casarse conmigo, y que su padre le llevaría a visitar a su novia. Y lo escribía con toda sencillez, con toda naturalidad, como si le diera igual... ¿Y si, en efecto, hubiera ido a verla?

No respondí. Me apretó con fuerza la mano, sus ojos centellearon.

—Está con ella —dijo con voz apenas perceptible—. Confiaba en que yo no acudiría, para poder ir a su casa y decir después que él estaba en lo cierto, que me había advertido de antemano y que yo no había venido. Se ha cansado de mí y me abandona... ¡Ay, Dios mío! ¡Estoy loca! Él mismo me dijo la última vez que estaba cansado de mí... Entonces, ¿a qué espero?

—¡Ahí está! —grité, viéndole de pronto en el muelle, a lo lejos. Natasha se estremeció, lanzó un grito, miró a Aliosha según se acercaba y de repente soltó mi mano y corrió hacia él. Aliosha también apretó el paso y un instante después la muchacha estaba ya entre sus brazos. En la calle, aparte de nosotros, no había casi nadie. Ellos se besaban, reían; Natasha reía y lloraba al mismo tiempo, como si se hubieran encontrado tras una interminable separación. Sus pálidas mejillas se ruborizaron; estaba como frenética... Aliosha se percató de mi presencia y en seguida se acercó a mí.

## IX

Yo le escudriñaba ávidamente, aunque antes ya le había visto muchas veces; miraba sus ojos, como si su mirada pudiera disipar todas mis dudas, como si pudiera aclararme de qué manera aquel chiquillo había podido fascinarla y despertar en ella un amor tan insensato, un amor que le hacía olvidar su deber más elemental y sacrificar irreflexivamente todo lo que para Natasha había sido lo más sagrado hasta entonces. El príncipe me cogió ambas manos, las apretó con fuerza, y su mirada, dulce y serena, me llegó al corazón.

Me di cuenta de que había podido formarme una idea equivocada de él por el mero hecho de ser mi rival. No, yo no le tenía ningún afecto y confieso que nunca pude tenerlo; y en esto era quizá el único entre todos los que le conocían. Tenía muchas cosas que me desagradaban terriblemente, incluso su aspecto delicado, tal vez precisamente por parecerme demasiado delicado. Más tarde comprendí que también a este respecto le había juzgado con parcialidad. Era alto, esbelto, delgado; tenía el rostro alargado, siempre pálido, el cabello rubio y unos grandes ojos azules, dulces y meditabundos, en los cuales de vez en cuando brillaban súbitos destellos de la alegría más inocente e infantil. Sus pequeños pero carnosos labios bermejos, perfectamente dibujados, exhibían casi siempre un gesto serio, por lo que resultaba más inesperada y cautivadora la repentina aparición en ellos de una sonrisa, tan ingenua y cándida que uno, al verle, sentía la inmediata necesidad de corresponderle igualmente con una sonrisa, cualquiera que fuese el estado de ánimo en que se encontrara. Vestía sin afectación, pero siempre con elegancia; se apreciaba hasta en los menores detalles que esta elegancia no le suponía el más mínimo esfuerzo, que le era innata. Bien es cierto que también tenía algunos malos hábitos, algunas costumbres lamentables, consideradas de buen tono: frivolidad, engreimiento y una gentil impertinencia. Pero era demasiado franco y sencillo, y él era el primero en reconocer tales hábitos, confesarlos y reírse de ellos. Me daba la impresión de que ese chiquillo nunca sería capaz de mentir, ni siquiera en broma, y, de llegar a hacerlo, realmente no vería en ello nada malo. Incluso su egoísmo resultaba en cierto modo encantador, precisamente porque no trataba de esconderlo, de disimularlo. No había en él nada oculto. Era débil, crédulo y tímido de corazón; carecía por completo de voluntad. Ofenderle, engañarle, habría sido un pecado y una lástima, como sería hacerlo con un niño. Era muy ingenuo para su edad y apenas comprendía nada de la vida real; y a buen seguro que cuando cumpliera los cuarenta años seguiría sin saber nada de ella. Ese tipo de personas parecen condenadas a una eterna minoría de edad. Creo que nadie podría dejar de quererle; como un niño, se gana a todo el mundo con su actitud zalamera. Natasha me había dicho la verdad: podría cometer una mala acción arrastrado por una irresistible influencia, pero, al conocer las consecuencias de su tal acción, moriría, creo yo, de remordimiento. Natasha percibía instintivamente que sería su ama y señora, y que él sería, incluso, su víctima. Saboreaba de antemano

el placer de amar con locura y torturar hasta el martirio a aquél a quien amaba, precisamente porque le amaba, y quizá por eso se había apresurado a ser la primera en sacrificarse. Pero en los ojos de Aliosha brillaba asimismo el amor, y la contemplaba extasiado. Ella me dirigió una mirada triunfal. En aquel instante se olvidó de todo: de los padres, de la despedida y de las sospechas... era dichosa.

—¡Vania! —exclamó—. He sido injusta con él y no le merezco. Creía que ya no ibas a venir, Aliosha. Olvida mis malos pensamientos, Vania. ¡Ya lo repararé! —añadió mirándole con infinito amor. Él sonrió, le besó la mano y, sin soltársela, dijo dirigiéndose a mí:

—No me culpe usted. ¡Hace mucho que deseaba abrazarle como a un hermano! ¡Natasha ha hablado tanto de usted! Hasta ahora apenas hemos tenido trato y, en cierto modo, no nos hemos entendido muy bien. Seamos amigos y... perdónenos —añadió a media voz, algo ruborizado, pero con una sonrisa tan encantadora que no pude por menos que responder de todo corazón a su saludo.

—Sí, sí, Aliosha —dijo Natasha—, es de los nuestros, es nuestro hermano, ya nos ha perdonado y sin él no podremos ser dichosos. Ya te lo había dicho... ¡Oh, Aliosha, qué crueles somos! Pero viviremos los tres juntos... ¡Vania! —prosiguió, con un temblor en los labios—. Vuelve ahora a casa con *ellos*. Como tienes un corazón de oro, aunque no me perdonen, al ver que tú sí lo has hecho quizá se ablanden un poco conmigo. Cuéntaselo todo, todo, con palabras que broten de *tu* corazón; encuentra las palabras precisas... Defiéndeme, sálvame; exponles todas las razones, explícaselo todo tal como tú lo has entendido. ¿Sabes, Vania, que posiblemente yo no habría tomado *esta* decisión si no te hubieras encontrado hoy conmigo? Eres mi salvación: en seguida deposité en ti todas mis esperanzas, estaba convencida de que serías capaz de comunicárselo de tal modo que al menos pudiera mitigarles el espanto inicial. ¡Ay, Dios mío, Dios mío...! Diles de mi parte, Vania, que sé que ahora no tengo perdón: aunque ellos sean indulgentes, Dios no me perdonará; pero que, si ellos me maldicen, yo, no obstante, seguiré bendiciéndolos y rezaré por ellos toda mi vida. ¡Mi corazón está con ellos! ¡Ah! ¿Por qué no seremos todos felices? ¿Por qué, por qué?... ¡Dios! ¿Qué he hecho yo? —gritó de repente, como si hubiera vuelto en sí, y, temblando toda ella de espanto, se cubrió el rostro con las manos. Aliosha la rodeó con sus brazos y, sin decir nada, la estrechó con fuerza contra su pecho. Hubo un largo silencio.

—¡Y usted ha sido capaz de exigirle semejante sacrificio! —dije, con una mirada de reproche.

—¡No me culpe! —repitió—. Le aseguro que todas estas desdichas, por terribles que sean, pasarán en un abrir y cerrar de ojos. De eso estoy completamente seguro. Sólo necesitamos firmeza para soportar este momento; eso mismo me ha dicho ella. Usted sabe que la culpa de todo esto la tiene ese orgullo de familia, esas querellas absolutamente innecesarias, ¡esos malditos pleitos! Pero... (y he reflexionado largamente sobre esto, se lo aseguro) todo esto debe acabar. Volveremos todos a

reunirnos y entonces seremos tan felices que hasta nuestros padres se reconciliarán al vernos. ¡Quién sabe, a lo mejor precisamente nuestro matrimonio sirve de acicate para su reconciliación! Yo creo que no puede ser de otro modo. ¿Y usted?

—Matrimonio, dice usted. ¿Y cuándo van a casarse? —pregunté mirando a Natasha.

—Mañana o pasado; a más tardar pasado mañana, supongo. Aún no lo sé con certeza; a decir verdad, todavía no he arreglado nada. Pensaba que Natasha tal vez no viniera hoy. Mi padre, para colmo, estaba empeñado en llevarme hoy a casa de mi novia (porque pretende casarme, ¿se lo ha contado Natasha?, pero yo no quiero). Por eso no he podido decidir aún nada. De todos modos, seguramente nos casemos pasado mañana. Al menos, eso es lo que creo, porque no se puede hacer de otro modo. Mañana mismo tomaremos el camino de Pskov. No muy lejos de aquí, en una aldea, tengo un compañero del liceo, un hombre estupendo; tal vez se lo presente a usted. En esa misma aldea habrá también un sacerdote, aunque, por otra parte, no estoy seguro de si lo hay o no. Tendría que haberlo comprobado con antelación, pero no ha habido tiempo... Bueno, después de todo, eso no tiene mayor importancia, siempre que no perdamos de vista lo principal. También se puede llamar al sacerdote de alguna aldea vecina, ¿qué le parece? Hay varias cerca. Lástima que hasta ahora no me haya dado tiempo de escribir unas pocas líneas con objeto de prevenir a mi amigo. Tal vez no se encuentre en estos momentos en casa... Bueno... ¡eso es lo de menos! Con tal de que haya resolución, lo demás se arreglará solo, ¿no es verdad? Y mientras tanto, hasta mañana o pasado mañana, ella se quedará en mi casa. He alquilado un piso independiente en el que nos instalaremos a nuestro regreso. Como comprenderá, no quiero volver a casa de mi padre. Vendrá usted a vernos a nuestro piso; lo he arreglado primorosamente. Me visitarán mis compañeros del liceo, organizaré veladas...

Yo le miraba perplejo y afligido. Natasha me imploraba con la mirada que no le juzgase con severidad y que fuera más condescendiente. Ella escuchaba sus planes con una sonrisa triste y, al mismo tiempo, parecía admirarle, como se admira a un niño querido y alegre, al escuchar su absurdo, pero gracioso parloteo. Yo le dirigí a la muchacha una mirada de reproche. Ya no aguantaba más aquella situación.

—Pero ¿y su padre? —pregunté—. ¿Está usted seguro de que le va a perdonar?

—Desde luego; ¿qué otra cosa puede hacer? Al principio, claro está, me maldecirá; de eso no me cabe la menor duda. Él es así; así es de severo conmigo. Probablemente se quejará ante alguien, hará valer, en resumidas cuentas, su autoridad paterna. Pero no será nada serio. Me quiere con locura; se enfadará un poco y acabará por perdonarme. Entonces todos se reconciliarán y seremos todos felices. El padre de ella, también.

—¿Y si no le perdona? ¿Ha pensado usted en ello?

—Me perdonará, no cabe duda, sólo que tal vez no lo haga de inmediato. No importa. Le demostraré que yo también tengo carácter. No hace más que reprenderme

diciendo que no tengo carácter, que soy frívolo. Ahora verá si soy frívolo o no. Llevar una familia no es ninguna broma; entonces ya no seré ningún crío... Lo que quiero decir es que seré como todos los demás... me refiero a los que tienen una familia. Viviré de mi trabajo. Natasha dice que eso es mucho mejor que vivir a expensas de otro, como hacemos todos los de mi clase. ¡Si supiera usted los buenos consejos que me da! A mí nunca se me habría ocurrido; es que yo me he criado de otra forma, no me han educado así. En verdad, yo mismo sé que soy un atolondrado y que apenas valgo para nada; sin embargo, mire, anteaayer se me ocurrió una idea excepcional. Aunque ahora no es el momento, se lo voy a contar de todos modos, porque es preciso que lo oiga también Natasha, y que usted nos aconseje. Verá: quiero escribir novelas y vendérselas a las revistas, igual que usted. Me ayudará con la prensa, ¿verdad? Contaba con usted. Ayer me pasé toda la noche ideando una novela, a modo de prueba, y ¿sabe usted?, podría salir una obrita bastante agradable. El tema lo he tomado de una comedia de Scribe<sup>[27]</sup>... Más tarde se lo contaré. Lo importante es que cobraré dinero por ella... porque a usted le pagan, ¿no?

No pude por menos que sonreír.

—Se ríe usted —dijo sonriendo también él—. No, escuche —añadió con inconcebible ingenuidad—. No me juzgue por las apariencias; realmente tengo un extraordinario don de observación; ya lo verá. ¿Por qué no intentarlo? Quizá salga algo... Además, parece que tiene usted razón, pues no sé nada de la vida real; eso mismo me decía Natasha y, por otro lado, me lo dice todo el mundo. ¿Qué clase de escritor voy a ser? Ríase, ríase, pero corríjame; pues lo hará usted por ella, ya que tanto la quiere. Yo, la verdad, no la merezco; soy consciente de ello y me apena, y no consigo saber por qué me ama de esa forma. ¡Creo que daría mi vida por ella! Lo cierto es que hasta este momento no he tenido miedo de nada; ahora, en cambio, estoy asustado. ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Dios mío! ¿Será posible que cuando un hombre está enteramente entregado al cumplimiento del deber le falte, precisamente, la habilidad y la resolución para llevarlo a cabo? ¡Ayúdenos usted al menos, amigo! Es el único amigo que nos queda. ¡Yo solo sería incapaz! Perdóneme por contar de esta manera con usted; le considero un hombre de gran nobleza, muy superior a mí. Pero me enmendaré, no tenga ninguna duda, y seré digno de ustedes dos.

Volvió entonces a apretarme la mano, y en sus bellos ojos brilló un hermoso sentimiento de bondad. ¡Con qué confianza me estrechaba la mano, qué seguro estaba de que yo era su amigo!

—Ella me ayudará a corregirme —prosiguió—. Por otro lado, no tenga mal concepto de nosotros ni se preocupe demasiado. Tengo, a pesar de todo, muchas esperanzas y, en cuanto a la cuestión material, podemos estar totalmente tranquilos. Yo, por ejemplo, si no sale bien lo de la novela (a decir verdad, creo que es una tontería y se lo he contado tan sólo para conocer su opinión), entonces, en último extremo, puedo dar clases de música. ¿No sabía usted que tengo conocimientos de música? No me da vergüenza vivir de mi trabajo. Tengo a ese respecto ideas

totalmente modernas. Y, además de eso, poseo muchas baratijas de las que puedo sacar un dinero, cositas de tocador; ¿para qué las quiero? ¡Las venderé y podremos vivir de eso una buena temporada! En el peor de los casos, siempre puedo buscarme una colocación. Mi padre hasta se pondría contento; constantemente me está diciendo que lo haga y yo siempre alego mala salud. (Además, ya estoy inscrito en alguna parte.) En cuanto vea que el matrimonio me resulta beneficioso y me hace madurar, y que, efectivamente, tengo una colocación, seguro que se alegra y me perdona...

—Pero, Alekséi Petróvich, ¿ha pensado usted en el conflicto que puede producirse ahora entre su padre y el de Natasha? ¿Qué cree que ocurrirá esta noche en su casa?

Y le señalé a Natasha, muerta de espanto por culpa de mis palabras. Yo había sido implacable.

—¡Sí, sí, tiene usted razón, es horrible! —respondió—. Ya he pensado en ello, y estoy consternado... Pero ¿qué puedo hacer? Tiene razón: ¡si al menos sus padres nos perdonasen! ¡Y si usted supiera cuánto los aprecio! Me han tratado siempre como a un hijo y ¡así es como se lo pago...! ¡Ay, dichosas querellas, dichosos procesos! ¡No puede imaginarse lo desagradable que nos resulta en estos momentos! ¡Y hay que ver por lo que se pelean! ¡Nos queremos todos tanto, y aun así nos peleamos! ¡Tendrían que hacer las paces, y asunto concluido! Ciertamente yo, en su lugar, actuaría así... Me asusta lo que acaba usted de decir. Es horrendo, Natasha, ¿qué va a ser de nosotros? Ya lo he dicho antes... Tú eres la que insiste... Ya verá, Iván Petróvich, cómo todo esto al final se arregla, ¿no cree usted? ¡Acabarán por reconciliarse! Nosotros haremos que se reconcilien. Seguro que sí, no cabe duda; no podrán resistir frente a nuestro amor... Aunque nos maldigan, nosotros seguiremos queriéndolos; no resistirán. ¡No se imagina usted el buen corazón que a veces tiene mi padre! Lo que pasa es que él ve todo esto con recelo, pero en otras ocasiones es de lo más razonable. ¡Si supiera con qué ternura me hablaba hoy, tratando de convencerme! Y mientras tanto yo actúo en su contra; eso me produce mucha tristeza. ¡Y todo a causa de los viles prejuicios! ¡Es sencillamente un disparate! ¿Qué pasaría si él la mirase con buenos ojos y estuviese con ella aunque sólo fuera media hora? Nos daría su permiso en el acto. —Diciendo esto, Aliosha dirigió una mirada llena de ternura y pasión a Natasha—. Miles de veces he imaginado con deleite —siguió su palabrería— cómo la va a apreciar mi padre cuando la conozca y cómo va a sorprender ella a todo el mundo. ¡Jamás han visto a una muchacha así! ¡Mi padre está convencido de que no es más que una intrigante! ¡Tengo la obligación de reparar su honor, y eso es lo que voy a hacer! ¡Ah, Natasha! Van a quererte todos, todos; nadie podría dejar de quererte —añadió entusiasmado—. Aunque no te merezca en absoluto, ámame, Natasha, y yo... ¡Tú ya me conoces! ¡No necesitamos mucho para ser felices! Creo... creo que esta noche ha de traernos a todos dicha, paz y concordia. ¡Bendita sea esta noche! ¿No te parece, Natasha? Pero ¿qué te sucede? ¡Dios mío! ¿Qué te sucede?

Estaba pálida como una muerta. Mientras Aliosha hablaba, ella le había estado

mirando atentamente; pero su mirada se fue volviendo cada vez más turbia y fija, y el rostro, más pálido. Me dio la sensación de que al final ya no escuchaba, que estaba como ensimismada. El grito de Aliosha pareció despertarla súbitamente. Reaccionó, miró a su alrededor y, de pronto, vino corriendo hacia mí. A toda prisa, atropelladamente, como a escondidas de Aliosha, sacó una carta del bolsillo y me la entregó. Era una carta para sus padres, escrita ya la víspera. Al dármele, me miró fijamente, como aferrándose a mí con la mirada. Había desesperación en sus ojos; jamás olvidaré aquella terrible mirada. El espanto se apoderó también de mí; me di cuenta de que hasta ese momento ella no había sido plenamente consciente de lo terrible de su proceder. Trataba de decirme algo; incluso empezó a hablar, pero de repente se desvaneció. Logré sostenerla. Aliosha palideció del susto; le frotaba las sienes, le besaba las manos y los labios. Al cabo de un par minutos recobró el conocimiento. No lejos de allí se encontraba el coche de alquiler en el que había venido y lo llamó. Al subir al coche, Natasha, como fuera de sí, me cogió la mano, y una ardiente lágrima abrasó mis dedos. El coche se puso en marcha. Yo me quedé clavado en el sitio mucho tiempo, siguiéndolo con la vista. Toda mi felicidad se arruinó en aquel instante, mi vida estaba rota. Me daba cuenta con dolor... Despacio, regresé por el mismo camino a casa de los ancianos. No sabía qué decirles ni cómo presentarme en su casa. Mis pensamientos eran confusos, se me doblaban las piernas...

Y ésa es toda la historia de mi dicha; así terminó y concluyó mi amor. Ahora reanudaré mi relato.

## X

Unos cinco días después del fallecimiento de Smith, me instalé en su piso. Aquel día me resultó insoportablemente triste. Hacía un tiempo desapacible y frío; caía aguanieve y llovía. Sólo al atardecer, por un instante, se asomó el sol y un rayo perdido, movido sin duda por la curiosidad, penetró en mi habitación. Empecé a arrepentirme de haberme mudado. Aunque la habitación era espaciosa, tenía los techos muy bajos, las paredes ahumadas, olía a rancio y estaba desagradablemente vacía, pese a contar con algunos muebles. En seguida pensé que aquel piso acabaría con la poca salud que me quedaba. Y así fue.

Me había pasado toda la mañana entretenido con mis papeles, clasificándolos y poniéndolos en orden. A falta de cartera, los había trasladado en una funda de almohada; estaban todos arrugados y embarullados. Luego me senté a escribir. Aún seguía trabajando en mi gran novela, pero no lograba concentrarme; tenía la cabeza en otras cosas...

Dejé la pluma y me senté junto a la ventana. Estaba oscureciendo y yo me sentía cada vez más triste. Me asaltaban pensamientos sombríos. Tenía la sensación de que finalmente moriría en San Petersburgo. Se acercaba la primavera; se me ocurrió que a lo mejor revivía si escapaba de aquel cascarón y salía a disfrutar del aire libre, a respirar la fragancia de los campos y los bosques: ¡hacía tanto que no los veía...! Recuerdo que también pensé en lo magnífico que sería si por arte de magia o por un milagro pudiera olvidar todo lo que había vivido en los últimos años: olvidarlo todo, refrescar mis pensamientos y empezar otra vez con renovadas fuerzas. Entonces aún soñaba con eso y abrigaba la esperanza de una resurrección. «Debería ingresar en un manicomio —llegué a pensar—; de ese modo, todo cambiaría en mi cabeza, volvería a orientarme y así recobraría la salud.» ¡Aún tenía ansias de vivir, tenía fe en la vida! Pero también recuerdo que entonces me eché a reír. «¿Y qué iba a hacer al salir del manicomio? ¿Volver a escribir novelas?»

Así estaba yo, soñando y lamentándome, mientras el tiempo iba pasando. Estaba anocheciendo. Había quedado aquella noche con Natasha, que me había hecho llegar la víspera una nota muy persuasiva. Me levanté de un salto y empecé a prepararme. De todos modos, necesitaba salir lo antes posible de aquel piso, a pesar de la lluvia y el mal tiempo.

Conforme aumentaba la oscuridad, mi habitación parecía hacerse más amplia, como si fuera ensanchándose más y más. Me dio por pensar que todas las noches vería a Smith por los rincones: estaría ahí sentado, mirándome fijamente como a Adam Ivánovich en la confitería, con Azorka a sus pies. Y en aquel preciso instante sucedió algo que me afectó profundamente.

En primer lugar, he de reconocer sinceramente que, no sé si sería por la depresión nerviosa, por las impresiones del nuevo piso o por mi reciente melancolía, pero el caso es que, de forma gradual y paulatina, con la llegada del crepúsculo fui cayendo

en un estado de ánimo que ahora, durante mi enfermedad, me invade con frecuencia por las noches, y que yo denomino *terror místico*. Es un miedo atroz y angustioso a algo que yo mismo no puedo definir, a algo inconcebible, que está fuera del orden natural de las cosas, pero que indefectiblemente, en el momento menos pensado, puede materializarse y, como burlándose de todos los argumentos de la razón, presentarse ante mí e imponerse como un hecho irrefutable, horrendo, monstruoso e inexorable. Generalmente, ese temor va en continuo aumento, a despecho de todas las evidencias racionales, de modo que al final la razón —a pesar de que en esos momentos puede alcanzar incluso una mayor lucidez— pierde toda capacidad de resistirse a tales sensaciones. No la escuchamos, y se vuelve inútil; este desdoblamiento intensifica más aún la temerosa angustia de la espera. Recuerda, en cierto modo, al temor que cierta gente tiene a los muertos. Pero en mi angustia la indeterminación del peligro agrava el tormento.

Recuerdo que estaba de espaldas a la puerta, cogiendo mi sombrero de la mesa, cuando de pronto, en ese mismo instante, me asaltó la idea de que al girarme, con toda seguridad, iba a ver a Smith: primero abriría sigiloso la puerta, se detendría en el umbral y examinaría la habitación; luego, en silencio, bajando la cabeza, entraría, se situaría delante de mí, clavaría en mí sus turbios ojos y, de repente, se echaría a reír en mi cara con una prolongada risa, desdentada y silenciosa, que le sacudiría de pies a cabeza y le haría agitarse durante un buen rato. Esta visión se dibujó de pronto en mi imaginación de una forma extraordinariamente viva y nítida, y tuve, al mismo tiempo, la más absoluta y plena certeza de que todo eso iba a suceder ineludiblemente, de que ya estaba sucediendo, y si no lo veía era por estar de espaldas a la puerta, la cual, posiblemente, ya se estaría abriendo en aquel preciso instante. Me volví bruscamente, y ¿qué fue lo que vi? La puerta, en efecto, se estaba abriendo: se abría despacio, silenciosamente, tal y como había imaginado hacía un instante. Solté un grito. Pasaba el tiempo y no se veía a nadie, como si la puerta se hubiera abierto sola; de pronto una extraña figura apareció en el umbral; unos ojos, según pude vislumbrar en la oscuridad, me miraban fija y persistentemente. Un escalofrío recorrió todos mis miembros. Descubrí con horror que era una criatura, una niña; la presencia del mismísimo Smith probablemente no me habría asustado tanto como me asustó la extraña e inesperada aparición de una chiquilla desconocida en mi habitación, a tales horas y en aquellas circunstancias.

Como ya he dicho, abrió la puerta en absoluto silencio, muy despacio, como si tuviera miedo de entrar. Tras dejarse ver, se detuvo en el umbral y se quedó un buen rato mirándome extrañada, casi estupefacta; por fin, muy despacio, dio dos pasos al frente hasta pararse delante de mí, pero seguía sin decir palabra. Pude examinarla más de cerca. Era una niña de doce o trece años, de pequeña estatura, delgada, pálida, como recién salida de una grave enfermedad, lo cual hacía que sus enormes ojos negros refulgieran con mayor intensidad. Con la mano izquierda sujetaba una vieja y raída toquilla que le cubría el pecho, aún tembloroso por el frío vespertino. Bien se

podía decir que iba envuelta en harapos; su espesa cabellera morena la llevaba toda desgreñada. Estuvimos así un par minutos, examinándonos porfiadamente.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó al fin la niña, con una voz ronca apenas perceptible, como si le doliera el pecho o la garganta.

Todo mi terror místico se desvaneció al oír aquella pregunta. Por fin alguien se interesaba por Smith; inesperadamente, había dado con su rastro.

—¿Tu abuelo? ¡Pero si está muerto! —le espeté bruscamente, pues no estaba preparado para responder a una pregunta como ésa, y en seguida me arrepentí. Permaneció inmóvil un minuto y de pronto se estremeció toda ella con tanta fuerza como si estuviese a punto de sufrir un grave ataque de nervios. La sujeté para evitar que se desplomara. A los pocos minutos ya se encontraba mejor, y pude ver claramente que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultarme su turbación—. ¡Perdóname, niña, perdóname! ¡Perdóname, criaturita mía! —le dije—. Te lo he dicho de un modo tan brusco, y a lo mejor ni siquiera se trata de la misma persona... ¡Pobrecilla! ¿A quién estás buscando? ¿Al viejo que vivía aquí?

—Sí —susurró con esfuerzo, mirándome alterada.

—¿Su apellido era Smith? ¿Verdad?

—¡S-sí!

—Pues entonces... sí es él quien ha muerto... Pero no te aflijas, querida mía. ¿Cómo es que no te has presentado antes? ¿De dónde vienes ahora? Ayer fue el entierro; murió de repente, súbitamente... Así que tú eres su nieta, ¿no?

La niña no respondió a mis atropelladas y caóticas preguntas. Sin decir nada, dio media vuelta y salió en silencio de la habitación. Yo estaba tan impactado que dejé de retenerla e interrogarla. Se detuvo de nuevo en el umbral y, volviéndose hacia mí, preguntó:

—¿Ha muerto también Azorka?

—Sí, Azorka también ha muerto —contesté a su pregunta, que me había parecido muy extraña: era como si tuviera la absoluta certeza de que Azorka había de morir junto con el viejo. Tras oír mi respuesta, la niña salió en silencio de la habitación y, con cuidado, entornó la puerta detrás de sí.

Al cabo de un minuto salí corriendo tras ella, terriblemente disgustado por haberla dejado marchar. Salió con tanto sigilo que ni siquiera la oí abrir la otra puerta, la que daba a la escalera. Creía que no le había dado tiempo a bajar y me detuve en el zaguán, aguzando el oído. Pero estaba todo en silencio, no se oían pasos de nadie. Tan sólo un portazo en un piso inferior, y de nuevo se hizo el silencio.

A toda prisa, empecé a bajar por la escalera. Desde la puerta misma de mi piso, en la quinta planta, hasta la cuarta planta había una escalera de caracol; a partir de allí continuaba recta. Era una escalera sucia, negra y siempre oscura, de esas que suele haber en los edificios de las capitales con pisos pequeños. En aquel momento, la oscuridad era absoluta. Estaba bajando a tientas hasta la cuarta planta y me detuve; de pronto, tuve la sensación de que allí en el rellano había alguien que se ocultaba de mí.

Me puse a tentar con las manos. Ahí estaba la niña, en un rincón, de cara a la pared, llorando suave y silenciosamente.

—Escucha, ¿de qué tienes miedo? —le dije—. Te he asustado; ha sido culpa mía. Tu abuelo, al morir, me habló de ti; fueron sus últimas palabras... Dejó algunos libros en casa; como es natural, te pertenecen. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? Dijo que en la Sexta Línea...

Pero no pude acabar la frase. La niña soltó un grito, como si la hubiera asustado que yo supiera dónde vivía, me empujó con su manita delgaducha y huesuda y echó a correr escaleras abajo. Fui tras ella; aún se oían abajo sus pasos. De repente, los pasos cesaron... Cuando salí a la calle, ya no estaba. Me acerqué corriendo hasta la avenida Voznesenski, y allí comprendí que mi búsqueda era inútil: la niña había desaparecido. «Probablemente se escondiera de mí en alguna parte —pensé— mientras bajaba por las escaleras».

## XI

Acababa de poner los pies en la embarrada y empapada acera de la avenida cuando me topé con un transeúnte que caminaba a buen paso, con la cabeza gacha, aparentemente ensimismado. Para mayor sorpresa mía, vi que se trataba del viejo Ijménev. Aquélla era para mí una noche de encuentros inesperados. Sabía que había sufrido una indisposición grave unos tres días antes, y de pronto me lo encontraba en la calle con aquella humedad. Además, nunca había salido mucho de noche y, desde que se marchó Natasha, es decir, desde hacía casi ya medio año, se había vuelto muy casero. Se alegró extraordinariamente al verme, como quien encuentra por fin a ese amigo con el que puede compartir sus pensamientos; me estrechó la mano, la apretó efusivamente y, sin preguntarme adónde iba, me arrastró consigo. Se le veía inquieto por alguna razón, precipitado y brusco. «¿Adónde irá?», me dije. Habría sido inútil preguntarle; se había vuelto terriblemente aprensivo y a veces en la más simple pregunta u observación veía una insinuación insultante, una ofensa.

Le miré de reojo: tenía cara de enfermo; en los últimos tiempos había adelgazado mucho; llevaba una semana sin afeitarse. Los cabellos, completamente blancos ya, asomaban en desorden por debajo del chafado sombrero, cayéndole en largas greñas sobre el cuello de su viejo y raído abrigo. Yo ya había advertido anteriormente que en algunos momentos se le olvidaban las cosas; se le olvidaba, por ejemplo, que no estaba solo en la habitación, y se ponía a hablar consigo mismo y a gesticular con las manos. Daba pena verle.

—Bueno, Vania, ¿qué tal? —comenzó a preguntar—. ¿Adónde ibas? Yo, hermano, he salido; unos asuntos. ¿Estás bien de salud?

—¿Y usted? —le respondí—. Ha estado enfermo hace nada, y ya sale a la calle.

El viejo no contestaba, como si no me hubiera oído.

—¿Cómo está Anna Andréievna?

—Bien, está bien... Aunque un poco achacosa. Y está algo triston... Antes se ha acordado de ti: se preguntaba por qué no venías a vernos. A lo mejor en este momento te dirigías a nuestra casa. O puede que no. ¿Igual tenías algo que hacer y te estoy entreteniendo? —preguntó de repente, mirándome con suspicacia y desconfianza. El viejo Ijménev, siempre aprensivo, se había vuelto hasta tal punto sensible e irascible que, de haberle contestado en aquel momento que no me dirigía a su casa, a buen seguro se habría ofendido y se habría despedido de mí fríamente. Me apresuré a decirle que, efectivamente, iba a ver a Anna Andréievna, aunque sabía que aquello me retrasaría o que ni siquiera me dejaría tiempo para pasarme por casa de Natasha.

—Estupendo —dijo el viejo, totalmente tranquilizado con mi respuesta—, eso está muy bien... —De pronto se calló y se quedó pensativo, como si le quedara algo por decir.

Al cabo de unos cinco minutos, como despertando de un profundo sueño, repitió

maquinalmente:

—¡Sí, eso está muy bien! Hum... ya lo sabes, Vania, para nosotros siempre has sido como un hijo; Dios no nos ha bendecido a Anna Andréievna y a mí... con un hijo... pero te envió a ti; eso es lo que siempre he creído. Y también mi mujer... ¡Sí! Y tú en todo momento nos has tratado con respeto y cariño, como un hijo agradecido, como un hijo carnal. Que Dios te bendiga por ello, Vania, como esta pareja de ancianos te bendice y te aprecia... ¡Sí! —Le temblaba la voz; hizo una breve pausa—. Bueno... ¿y tú qué? ¿No habrás estado enfermo? ¿Cómo es que llevas tanto tiempo sin venir a vernos?

Le conté la historia de Smith, y me excusé diciéndole que todo aquel asunto con el anciano me había tenido ocupado, que además había estado a punto de caer enfermo y que, con tantas cosas que hacer, me resultaba difícil ir hasta la isla Vasílievski (allí vivían ellos por aquel entonces). Poco faltó para que se me escapara que, a pesar de todo, había tenido ocasión de visitar a Natasha, pero me contuve a tiempo.

Al viejo le interesó mucho la historia de Smith. Empezó a prestar más atención. Al enterarse de que mi nuevo piso era húmedo y acaso peor que el anterior, aunque sólo costaba seis rublos al mes, se indignó. En general, se había vuelto especialmente brusco e impaciente. Tan sólo Anna Andréievna sabía cómo tratarlo en ciertos momentos, y no siempre.

—¡Hum! ¡Ahí tienes tu literatura, Vania! —gritó casi con rabia—. ¡Te ha llevado hasta una buhardilla y acabará llevándote al cementerio! ¡Te lo dije entonces, te lo vaticiné! Y ese tal B., ¿sigue escribiendo críticas?

—Pero si está muerto; murió de tuberculosis. Creo que ya se lo conté.

—¡Muerto! ¡Hum! ¡Está muerto! Claro, es lógico. ¿Y dejó algo a su mujer y a sus hijos? Porque me dijiste que estaba casado, ¿no? ¡Para qué se casará esa gente!

—No, no dejó nada —respondí.

—¡Ya lo ves! —exclamó tan acalorado como si el asunto le concerniera o le afectara a él personalmente, como si el difunto B. fuera su propio hermano—. ¡Nada! ¡Nada de nada! Pues debes saber, Vania, que yo ya tenía el presentimiento de que iba a acabar así cuando tú no parabas de colmarlo de elogios, acuérdate. Se dice pronto: ¡no ha dejado nada! ¡Hum! ¡Se ha ganado la gloria! Pues por mucho que se haya ganado la gloria imperecedera, eso no da de comer. Yo, hermano, también presentía lo que te iba a pasar a ti, Vania; te elogiaba, pero en mi fuero interno lo presentía. ¡Conque murió B.! ¡Cómo no iba a morir! La vida es hermosa... y también este sitio, ¡fíjate!

Con un gesto rápido y espontáneo me señaló la brumosa perspectiva de la calle, débilmente iluminada por las farolas que refulgían entre la húmeda niebla: las sucias casas, las baldosas de las aceras, empapadas y relucientes, los malhumorados y taciturnos transeúntes calados hasta los huesos; me señaló todo aquel cuadro coronado por la bóveda, negra como la tinta, del cielo de San Petersburgo.

Llegábamos ya a la plaza; ante nosotros, en mitad de las tinieblas, se alzaba el monumento<sup>[28]</sup>, alumbrado en su parte inferior por faroles de gas, y un poco más allá la enorme y oscura mole de la catedral de San Isaac, que destacaba vagamente sobre el lóbrego fondo del cielo.

—Solías decir, Vania, que era un hombre bueno, magnánimo, simpático, con sentimientos, con corazón. ¡Bueno, así son todos esos hombres con corazón, esos hombres simpáticos! Lo único que saben hacer es multiplicar el número de huérfanos. ¡Hum! ¡Me figuro que hasta morirle le resultaría divertido...! ¡Ay! ¡Con tal de marcharse de aquí, cualquier sitio está bien, aunque sea Siberia! ¿Qué quieres, niña? —preguntó de pronto, al ver en la acera a una chiquilla que pedía limosna.

Era una niña pequeña y flacucha, de unos siete u ocho años a lo sumo, vestida con sucios andrajos; llevaba los piecitos desnudos en unos zapatos agujereados. Tiritando de frío, trataba de cubrir su frágil cuerpecillo con algo que recordaba a una bata diminuta, que se le había quedado pequeña hacía ya mucho tiempo. Tenía vuelta hacia nosotros su cara demacrada, pálida y lastimosa; nos miraba tímidamente, sin decir nada, y con una especie de resignado miedo al desaire nos tendía su mano temblorosa. Al verla, el viejo se estremeció y se volvió hacia ella con tanta rapidez que la asustó. La niña dio un respingo y se apartó.

—¿Qué quieres, niña? —gritó—. ¿Qué? ¿Pides limosna, verdad? Toma, para ti... ¡Anda, toma!

Alterado, temblando de emoción, empezó a hurgarse en el bolsillo y sacó dos o tres monedas de plata. Pero al anciano le pareció poco; sacó el monedero, extrajo de él un billete de un rublo —todo cuanto había— y puso el dinero en la mano de la pequeña mendiga.

—¡Que Cristo te ampare, pequeña... hija mía! ¡Que el ángel del Señor esté contigo!

Y con su mano temblorosa hizo varias veces la señal de la cruz sobre la pobrecilla; pero, de repente, al caer en la cuenta de que yo estaba mirándole, frunció el ceño y reanudó la marcha con paso rápido.

—Mira, Vania, si hay algo que no puedo soportar —dijo, rompiendo un incómodo silencio, bastante prolongado—, es ver a esas criaturas inocentes temblando de frío en la calle... por culpa de sus malditos padres. Aunque, bien mirado, ¿qué madre enviaría a una niña como ésa a semejante horror sin ser ella misma una desgraciada? Seguro que la madre está enferma y tiene otros pequeños en el rincón en el que vive, y ésta debe de ser la mayor y... ¡Hum! ¡No son los hijos de ningún príncipe! ¡Hay muchos en el mundo, Vania... que no son los hijos de ningún príncipe! ¡Hum! —Se calló por unos instantes, como si no supiera qué añadir—. Oye, Vania, le he prometido a Anna Andréievna... —siguió diciendo de manera un tanto embrollada y confusa—, le he prometido... es decir, hemos acordado Anna Andréievna y yo adoptar una huerfanita para criarla... una cualquiera; que sea pobre y pequeña, claro está, para llevarla a casa, para siempre, ¿comprendes? Porque este par de viejos ya

está aburrido de tanta soledad. ¡Hum! Sólo que Anna Andréievna ha empezado a ponerme algunas objeciones. Así que habla tú con ella, no de mi parte, claro, sino como cosa tuya... Hazla entrar en razón, ¿entiendes? Hace mucho que te lo quería pedir... a ver si la convences; es que a mí me cuesta insistirle... Pero ¿para qué seguir hablando de estas cosas? ¿Qué falta me hace a mí una niña? No me hace ninguna falta; si acaso, como consuelo... para poder oír una voz infantil... pero, sobre todo, a decir verdad, lo hago por mi mujer; siempre estará más distraída que si sigue sola conmigo. ¡Pero esto no son más que bobadas! Oye, Vania, así tardamos mucho: vamos a coger un coche; hay un buen trecho y Anna Andréievna nos está esperando...

Eran las siete y media cuando llegamos a su casa.

## XII

Aquellos dos ancianos se querían mucho. El amor y una larga convivencia los habían unido indisolublemente. Pero Nikolái Sergueich, no sólo ahora, sino ya en el pasado, en los tiempos felices, siempre había sido algo arisco con Anna Andréievna, y hasta áspero a veces, sobre todo delante de otras personas. Algunos individuos de carácter sensible y delicado manifiestan en ocasiones cierta obstinación, cierta resistencia pudorosa a expresarse y a mostrarle su afecto incluso a la persona más querida, no solamente en público, sino también en la intimidad; más aún, de hecho, en la intimidad; sólo de tarde en tarde se les escapa una muestra de cariño, que surge con más fuerza, con más fogosidad, cuanto más tiempo haya sido reprimido. Así se había venido comportando, en buena medida, el viejo Ijménev, ya desde joven, con Anna Andréievna. La respetaba y la amaba inmensamente, pese a no ser más que una buena mujer que lo único que sabía era amarle, pero le molestaba mucho que ella, en su simplicidad, le demostrara abiertamente su amor, y a veces de una forma demasiado efusiva. Pero tras la marcha de Natasha se habían vuelto algo más cariñosos el uno con el otro, movidos por la penosa sensación de haberse quedado solos en el mundo. Y, aunque Nikolái Sergueich en algunos momentos se volvía terriblemente sombrío, eran incapaces de estar dos horas separados sin empezar a echarse de menos. Tenían el acuerdo tácito de no decir ni una palabra sobre Natasha, como si ésta no existiera. Anna Andréievna ni tan siquiera se atrevía a aludir a ella delante de su marido, aunque le resultara muy duro. En su corazón, hacía ya mucho tiempo que la había perdonado. Entre nosotros se había establecido en cierto modo el compromiso de que cada vez que fuera de visita le llevara noticias de su querida hija, en la que no dejaba de pensar.

La anciana se ponía enferma si tardaba en recibir noticias y, cuando yo se las llevaba, se interesaba por el más mínimo detalle, me interrogaba con febril curiosidad y se desahogaba al oír mi relato. Poco faltó para que se muriera del disgusto cuando, en cierta ocasión, Natasha cayó enferma, y estuvo a punto de presentarse en su casa. Aquello fue, no obstante, un caso extremo. Al principio, tampoco se atrevía a expresar ante mí el deseo de ver a su hija y, por lo general, después de nuestras conversaciones, cuando ya me lo había sacado todo, consideraba que en cierto modo debía contenerse en mi presencia y proclamaba indefectiblemente que, aunque se interesaba por la suerte de su hija, la falta que había cometido era tan grave que no la podían perdonar. Pero todo era puro fingimiento. A veces, Anna Andréievna añoraba a Natasha con locura: lloraba, le dedicaba las expresiones más tiernas y se quejaba amargamente de Nikolái Sergueich; más tarde, en presencia de su marido, empezaba a *hacer insinuaciones*, aunque muy comedidas, acerca del orgullo del ser humano, de la dureza de corazón, de nuestra incapacidad para perdonar las ofensas y de que Dios no perdonará a quienes no perdonan; no obstante, delante de su marido no se atrevía a ir más lejos. En tales momentos el anciano se volvía de inmediato hosco y taciturno,

callaba, fruncía el ceño o, de pronto, cambiaba de tema, levantando habitualmente la voz, en un tono desagradable, o acababa por marcharse *a su habitación*, dejándonos solos y dándole de esta manera a Anna Andréievna la posibilidad de expresar todo su dolor con lágrimas y lamentaciones. En ese sentido, cada vez que los visitaba, se retiraba a su habitación nada más saludarme, para que yo tuviera tiempo de comunicarle a Anna Andréievna las últimas novedades de Natasha. Y eso fue precisamente lo que hizo en aquel momento.

—Estoy empapado —dijo nada más entrar—, voy a mi cuarto; tú, Vania, quédate aquí. Le ha ocurrido una historia con su nuevo piso; ¡anda, cuéntasela! Vuelvo en seguida...

Y salió precipitadamente, tratando de no mirarnos siquiera, como si le diera vergüenza habernos reunido. En tales ocasiones, sobre todo cuando volvía, solía mostrarse hosco e irritable, tanto conmigo como con Anna Andréievna, e incluso quisquilloso, como si estuviera enfadado consigo mismo y se recriminara su blandura y su condescendencia.

—Ya lo ves —dijo la anciana, que en los últimos tiempos había abandonado toda afectación y toda reserva cuando conversábamos—. Siempre es así conmigo. Pero, si él mismo sabe que nos damos cuenta de sus tretas, ¿por qué se pone así conmigo? ¿O es que soy una extraña para él? Con nuestra hija era igual. Podría perdonarla; lo mismo hasta está deseando perdonarla, sabe Dios. ¡Por las noches le he oído llorar! Pero, de cara a la galería, se hace el duro. Es víctima de su orgullo... *Bátiushka* Iván Petróvich, cuéntame rápido dónde ha estado.

—¿Nicolái Sergueich? No tengo ni idea; precisamente iba a preguntárselo a usted.

—Me asusté al verle salir. Estando enfermo, con este tiempo y de noche, pensé que debía de tratarse de algo importante. ¿Y qué puede haber más importante que el asunto que usted ya sabe? Eso es lo que creo, pero no me atrevo a preguntar. Últimamente no me atrevo a preguntarle nada. ¡Dios mío, si me consumo pensando en el uno y en la otra! Me figuraba que habría ido a su casa, que a lo mejor había decidido perdonarla. Porque está enterado de todo, está al corriente de las últimas noticias sobre ella; estoy convencida de que lo sabe, pero no alcanzo a imaginar de dónde le llega la información. Ayer estuvo muy inquieto, y también hoy. Pero ¿por qué guarda usted silencio? Dime, *bátiushka*, ¿qué está pasando allí? Te estaba esperando como a un ángel del Señor, era toda ojos, asomada a la ventana. Dime, pues, ¿va a dejar ese desalmado a Natasha?

Inmediatamente le conté a Anna Andréievna todo lo que sabía. Con ella siempre era totalmente franco. Le dije que Natasha y Aliosha parecían estar, efectivamente, a punto de romper y que había entre ellos desavenencias más profundas que en ocasiones anteriores, y también que Natasha me había enviado una nota el día anterior, en la que me rogaba que fuera a verla esa noche a las nueve, por lo que no tenía intención de ir a visitarlos aquel día; había sido Nicolái Sergueich el que me

había traído. Le expuse con todo detalle que la situación ya era crítica; que el padre de Aliosha, que había regresado de su viaje hacía un par de semanas, no quería saber nada del asunto y se había puesto serio con su hijo; pero lo más importante era que Aliosha, al parecer, no tenía nada en contra de la novia que le había buscado su padre, y que, según decían, hasta se había enamorado de ella. Agregué que, por lo que podía deducirse, Natasha había escrito su nota en un estado de profunda alteración; en ella decía que esa misma noche iba a decidirse todo, pero que no sabía con qué resultado; también resultaba extraño que me hubiera escrito la víspera pero que me citara a una hora precisa: las nueve. Por eso, debía ir sin falta y lo antes posible.

—¡Ve, ve, *bátiushka*, no dejes de ir! —exclamó la anciana, agitada—. En cuanto él salga, te bebes el té... ¡Ah, aún no han traído el samovar! ¡Matriona! ¿Qué pasa con el samovar? ¡Menuda tunanta estás hecha!... Como te decía, te bebes el té, luego pones una buena excusa y te marchas. Y mañana vienes sin falta a verme y me lo cuentas todo; procura venir un poco antes. ¡Ay, Señor! ¡A ver si ha ocurrido alguna otra desgracia! ¡Aunque difícilmente podrá haber nada peor que lo que ya padecemos! Nikolái Sergueich tiene que saberlo todo, me lo dice el corazón. Yo me entero de muchas cosas por Matriona, y ésta, por Agasha; Agasha es ahijada de Maria Vasílievna, que vive en casa del príncipe... Bueno, eso ya lo sabes. Hoy mi Nikolái estaba terriblemente enfadado. Yo no me encontraba del todo bien y le ha faltado poco para levantarme la voz; pero luego parecía arrepentido, y me ha dicho que andaba mal de dinero. ¡Como si el dinero fuera el causante de sus gritos! Después de comer, se retiró a dormir. Eché una ojeada a su habitación a través de la rendija (hay una en la puerta, pero él no lo sabe) y al pobre me lo encontré arrodillado ante el icono, rezándole a Dios. Al ver aquello, me flaquearon las piernas. Ni tomó té ni durmió; agarró el sombrero y se fue. Salió a las cinco. No me atreví a preguntarle: se habría puesto a gritarme. Ha cogido la costumbre de gritar, sobre todo a Matriona, pero también a mí, y, en cuanto empieza a dar voces, de inmediato se me paralizan las piernas y se me parte el corazón. Sólo son arrebatos pasajeros, ya lo sé, pero no deja de ser horrible. Cuando se fue, estuve rezándole a Dios una hora, para que le inspire buenos pensamientos. ¿Dónde está su nota? ¡Enseñamela!

Se la enseñé. Yo sabía que Anna Andréievna abrigaba la secreta ilusión de que Aliosha, a quien tan pronto tildaba de desalmado como de insensible y necio, acabara por casarse con Natasha y de que su padre, el príncipe Piotr Aleksándrovich, diera su consentimiento. Incluso se le había escapado alguna vez hablando conmigo, aunque en otras ocasiones se arrepentía y se retractaba de sus palabras. Pero por nada del mundo se habría atrevido a expresar sus esperanzas en presencia de Nikolái Sergueich, aunque sabía que el viejo lo sospechaba e incluso más de una vez se lo había reprochado indirectamente. Creo que él habría condenado definitivamente a Natasha y la habría arrancado para siempre de su corazón si hubiera sabido de la posibilidad de dicho matrimonio.

Eso era lo que todos pensábamos entonces. Anhelaba la vuelta de su hija con toda

la fuerza de su corazón, pero esperaba que volviera sola, arrepentida, habiendo desterrado de su corazón hasta el último recuerdo de su Aliosha. Ésa era la única condición para perdonarla y, aunque no la había formulado, bastaba con observarle para comprender que resultaba clara e incuestionable.

—No tiene carácter; ese crío no tiene carácter, ni corazón; siempre lo he dicho — prosiguió Anna Andréievna—. No han sabido educarle y ha salido un veleta. ¡La abandona por esa otra, Dios mío! ¿Qué va a ser de mi pobre hija? ¡No entiendo qué ha podido ver en la nueva!

—He oído decir, Anna Andréievna —repliqué—, que la prometida es una muchacha encantadora, y Natalia Nikoláievna también dice lo mismo de ella...

—¡Pues no te lo creas! —me interrumpió la anciana—. ¡Qué va a ser encantadora! A los escritorzuelos como tú, en cuanto veis unas faldas, cualquiera os parece encantadora. Pero, si la elogia Natasha, es por su generosidad. No sabe cómo retenerle, se lo perdona todo y sufre. ¡Cuántas veces la habrá engañado ya! ¡Ese bandido desalmado! Yo, Iván Petróvich, estoy horrorizada. El orgullo les ciega a todos. Si al menos mi marido se apaciguara, perdonara a mi querida hija y la trajera de vuelta a casa... ¡Si pudiera volver a abrazarla, a mirarla! ¿Ha adelgazado?

—Sí, ha adelgazado, Anna Andréievna.

—¡Ay, mi querido Iván Petróvich, qué desgraciada soy! No he dejado de llorar en toda la noche y todo el día de hoy... Pues sí... Ya te lo cuento luego... Cuántas veces habré intentado sugerirle, discretamente, que la perdonase; como no me atrevía a decírselo a las claras, tenía que andarme con rodeos, recurrir a artimañas. Pero el corazón se me paraba: ¡temía que se enfadara y la maldijera para siempre! Nunca le he oído maldecirla... y me da mucho miedo que lo haga. ¿Qué iba a pasar entonces? La maldición paterna da paso al castigo divino. Así que me paso la vida temblando de miedo. Pero a ti, Iván Petróvich, debería darte vergüenza: tú, que te has criado en nuestra casa y que has recibido de nosotros tantas muestras de cariño paternal, ¡cómo puedes decir que esa muchacha es encantadora! No es eso lo que cuenta Maria Vasílievna. (Sin duda hice mal, pero reconozco que la invité un día a tomar café, mientras mi marido estaba fuera toda la mañana atendiendo unos asuntos.) Ella me ha aclarado todos los pormenores de la historia. El príncipe, el padre de Aliosha, mantiene relaciones ilícitas con cierta condesa. Dicen que ésta, desde hace ya un tiempo, le echa en cara que no se case con ella, pero él no se da por aludido. Esa condesa, cuando aún vivía su marido, era célebre por su conducta escandalosa. Al morir el marido, se marchó al extranjero: siempre estaba rodeada de italianos y franceses, anduvo enredada con varios barones; fue entonces cuando cazó al príncipe Piotr Aleksándrovich. Mientras tanto su hijastra, la hija de su primer marido, un rentista, se iba haciendo mayor. A todo esto, la madrastra, o sea, la condesa, ha despilfarrado todo su dinero, y Katerina Fiódorovna, entre tanto, ha seguido creciendo, y también han crecido los dos millones que su padre, el rentista, le había dejado en el Monte de Piedad. Ahora, según dicen, tiene tres millones; ¡y el príncipe

ha tenido la feliz ocurrencia de casarla con Aliosha! (No tiene un pelo de tonto, y no iba a dejar escapar una ocasión como ésta). El conde, su pariente, ese ilustre cortesano (igual te acuerdas de él), también está de acuerdo; tres millones no son cosa de broma. «Adelante —le dijo—. Hable con la condesa». Así que el príncipe le comunicó su deseo a la condesa, pero ella se puso de uñas, porque, según dicen, es una escandalosa que no respeta norma alguna. Aquí, por lo visto, no todo el mundo la recibe; esto no es como en el extranjero. «Nada de eso, príncipe —le respondió—. Tú eres el que se va a casar conmigo, y no mi hijastra con tu Aliosha». Según cuentan, la muchacha, o sea, la hijastra, tiene a su madrastra en un pedestal; la venera y la obedece en todo. Dicen de ella que es un alma cándida, un verdadero ángel. El príncipe, dándose cuenta de lo que ocurre, le dice: «No te preocupes, condesa. Has despilfarrado tu fortuna y tienes un montón de deudas por pagar. Pero, si tu hijastra se casa con Aliosha, harán una pareja estupenda: ella es una inocente y mi Aliosha un simplón; los tendremos bajo nuestra tutela y los manejaremos a nuestro antojo; así tú también tendrás dinero. ¿Qué necesidad tenemos de casarnos?». ¡Qué hombre más taimado! ¡Es un masón! De esto hace ya medio año, y la condesa no acababa de decidirse, pero ahora, por lo visto, han estado en Varsovia, y allí han llegado a un acuerdo. Eso es lo que he oído. Me lo ha contado todo Maria Vasílievna, me ha puesto al corriente de todos los detalles, y ella se lo ha oído decir a un individuo digno de confianza. Conque eso es lo que hay: mucho dinerito, millones, ¡y nada de que sea encantadora!...

El relato de Anna Andréievna me dejó estupefacto. Coincidía punto por punto con todo lo que le había escuchado hacía poco al propio Aliosha. Él, al contarlo, se jactaba de que jamás se casaría por dinero. Pero Katerina Fiódorovna le había impresionado y cautivado. También le había oído decir a Aliosha que a lo mejor su padre también se casaba, aunque desmentía esos rumores para no enojar prematuramente a la condesa. Ya he dicho que Aliosha adoraba a su padre, le admiraba, estaba orgulloso de él y le creía como si fuese un oráculo.

—Además, esa muchacha que dices que es tan encantadora no es hija de ningún conde —insistía Anna Andréievna, muy molesta por mi elogio de la futura prometida del joven príncipe—. Natasha sería mejor partido para él. La otra es hija de un rentista, mientras que Natasha procede de una familia ilustre, es una joven de la alta nobleza. Ayer mismo mi marido (ya se me olvidaba) abrió esa arqueta bardada que tiene, ¿la conoces?, y se pasó toda la velada sentado frente a mí, repasando documentos antiguos. Estaba muy serio. Yo hacía calceta sin atreverme a mirarle. Viendo que no le decía nada, se enfadó conmigo y me dio un grito, y luego se pasó toda la velada explicándome nuestra genealogía. Resulta que nosotros, los Ijménev, ya éramos nobles en tiempos de Iván Vasílievich el Terrible, y que mis antepasados, los Shumílov, ya eran célebres en la época de Alekséi Mijáilovich; tenemos documentos que lo prueban, y se nos menciona en la *Historia* de Karamzín<sup>[29]</sup>. Así que, como ves, en ese aspecto no somos menos que nadie, *bátiushka*. En cuanto mi

marido empezó a explicármelo, comprendí lo que tenía en mente. Está claro que a él también le ofende que esa gente desprecie a Natasha. Nos aventajan tan sólo en riqueza. Muy bien, pues que ese bandido de Piotr Aleksándrovich se desviva por la riqueza; todo el mundo sabe que es un hombre cruel y codicioso. Dicen que en Varsovia se ha hecho jesuita en secreto. ¿Será verdad?

—No es más que un absurdo rumor —contesté, aunque me llamó la atención la persistencia de tal habladuría. Pero la noticia de que Nikolái Sergueich hubiera estado revisando sus pergaminos me pareció muy llamativa. Antes, nunca se había jactado de su ascendencia.

—¡Son todos unos miserables desalmados! —continuó Anna Andréievna—. ¿Y qué hace mi pobre palomita? ¿Sufre, llora? ¡Ah, ya es hora de que vayas a verla! ¡Matriona, Matriona! ¡Menuda tunanta!... ¿No la habrán faltado al respeto? Dime, Vania.

¿Qué podía contestarle? La vieja rompió a llorar. Le pregunté cuál era esa otra desgracia a la que poco antes había aludido.

—¡Ay, *bátiushka*, como si no bastara con una desgracia! ¡Por lo visto, aún el cáliz no estaba agotado! No sé si te acordarás, querido, a lo mejor lo has olvidado, pero yo tenía un medallón de oro, uno de ésos donde se guardan recuerdos, y dentro había un retrato de Natáshechka de cuando era niña; tenía entonces ocho años, ¡angelito mío! Nikolái Sergueich y yo se lo encargamos por aquel entonces a un pintor itinerante. Pero ya veo que no te acuerdas, *bátiushka*. Era un buen pintor, la representó como un amorcillo, con los cabellos claros y ondulados, como los tenía entonces, vestida con una camisita de muselina que dejaba transparentar el cuerpecito, y salió tan bonita que no se hartaba una de admirarla. Le pedí al pintor que le añadiera unas alitas, pero no quiso. Pues bien, *bátiushka*, después de todos aquellos horrores que nos tocó vivir, saqué el medallón de la cajita donde lo tenía guardado y me lo colgué al cuello de un cordón, de modo que lo llevaba junto a la cruz; no obstante, temía que mi marido me lo viera, pues por aquel entonces había ordenado que se tiraran o quemaran todas sus cosas para que no quedara nada en casa que nos la recordase. Pero yo necesito poder mirar al menos su retrato; a veces lloro al contemplarlo y así me siento aliviada; otras, cuando me quedo sola, me lo como a besos, como si la estuviera besando a ella; le digo palabras tiernas y todas las noches, antes de dormir, lo persigno. Cuando me quedo sola, le hablo en voz alta, le pregunto cosas y me imagino que ella me responde y le hago más preguntas. ¡Ay, querido Vania, sólo de contarle ya me pongo triste! Yo estaba tan contenta viendo que él no sabía lo del medallón y que no se había dado ni cuenta; sin embargo, ayer mismo por la mañana me desapareció; de mi cuello sólo colgaba el cordoncito, que estaba roto, así que el medallón se me debía de haber caído. Creí morirme. Tenía que encontrarlo; lo busqué y lo volví a buscar, pero ¡nada! ¡Había desaparecido! ¿Y dónde podría haber ido a parar? Pensé que probablemente se me habría caído en la cama; lo revolví todo, ¡y nada! Entonces se me ocurrió que a lo mejor se me había soltado y se había caído en alguna otra parte y

que alguien lo habría encontrado, pero ¿quién iba a haberlo encontrado, más que él o Matriona? No cabe pensar en Matriona: me es absolutamente fiel... Matriona, ¿traes ya ese samovar o qué?... Me pregunto qué puede pasar como él lo encuentre. Me he pasado todo el día abatida, sin hacer otra cosa que llorar, sin poder contener las lágrimas. Y Nikolái Sergueich se mostraba más cariñoso que nunca conmigo; cada vez que me miraba, se ponía triste, como si supiera por qué estaba llorando y se compadeciera de mí. «Pero ¿cómo va a saberlo?», me he dicho a mí misma. «Igual es verdad que ha encontrado el medallón y lo ha tirado por la ventana. En un arranque de cólera, él es muy capaz de hacerlo; lo habrá tirado y ahora está triste y arrepentido de lo que ha hecho». Total, que he salido al patio con Matriona a mirar bajo la ventana, pero no hemos encontrado nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Me he pasado toda la noche llorando. Es la primera vez que no lo persigno antes de dormir. Ay, Iván Petróvich, esto no puede traer nada bueno; llevo todo el día llorando sin parar. Te he estado esperando, querido, como a un ángel de Dios, para poder al menos desahogarme... —Y la anciana rompió a llorar amargamente—. ¡Ah, se me olvidaba! —exclamó de pronto, alegrándose de haberlo recordado—. ¿Le has oído decir algo sobre una huérfana?

—En efecto, Anna Andréievna; me ha comentado que habían pensado, y estaban los dos de acuerdo, en adoptar a una niña pobre, a una huérfana, para educarla. ¿Es verdad eso?

—¡Ni por asomo se me ha pasado tal cosa por la cabeza, *bátiushka*, ni por asomo! ¡No quiero ninguna huérfana! Me haría recordar nuestra amarga suerte, nuestra desdicha. No quiero a nadie más que a Natasha. Ha sido nuestra única hija y seguirá siéndolo. ¿De dónde habrá sacado semejante idea, *bátiushka*? ¿Tú qué crees, Iván Petróvich? ¿Pretenderá con ello consolarme, viendo mis lágrimas, o tratará de desterrar definitivamente de su memoria a su propia hija, tomándole afecto a otra criaturita? ¿Qué le ha dicho a usted de mí por el camino? ¿Cómo le ha encontrado? ¿Hosco, malhumorado? ¡Chitón, que ahí viene! Ya me lo contarás en otro momento, *bátiushka*... No te olvides de venir mañana...

## XIII

Entró el viejo. Nos dirigió una mirada curiosa y apurada, frunció el ceño y se acercó a la mesa.

—¿Y el samovar? —preguntó—. ¿Cómo es que aún no lo han traído?

—En seguida lo traen, *bátiushka*, en seguida; mira, ya está aquí —se apresuró a responder Anna Andréievna.

En cuanto vio a Nikolái Sergueich, Matriona se presentó con el samovar, como si hubiera estado esperando su aparición para sacarlo. Matriona era una vieja sirvienta experimentada y fiel, así como la más rezongona y testaruda de todas las criadas del mundo, con un carácter terco y obstinado. A Nikolái Sergueich le tenía miedo y, estando él delante, se mordía siempre la lengua. En cambio, se despachaba a gusto con Anna Andréievna, cada dos por tres se mostraba insolente con ella y pretendía claramente dominar a su señora, aunque, al mismo tiempo, les profesaba un cordial y sincero afecto tanto a ella como a Natasha. Yo a Matriona la había conocido ya en Ijménevka.

—¡Hum! Qué molesto es estar empapado, y que encima a uno *no le quieran* servir el té —refunfuñaba el viejo a media voz.

Inmediatamente Anna Andréievna me guiñó un ojo. Su marido no podía soportar esa clase de señales hechas a hurtadillas y, aunque en aquel momento estaba haciendo todo lo posible por no mirarnos, se pudo advertir por su semblante que se había dado perfecta cuenta del guiño que acababa de hacerme Anna Andréievna.

—He salido para atender unos asuntos, Vania —dijo de pronto—. Ha sido una canallada. ¿No te lo he dicho? Me condenan definitivamente. Al parecer, no tengo pruebas; no puedo aportar los documentos necesarios; por lo visto, los informes no son fidedignos... Hum...

Se refería a su pleito con el príncipe; el proceso aún estaba abierto, pero había tomado un cariz muy negativo para Nikolái Sergueich. Yo, sin saber qué responder, guardaba silencio. Me miró con recelo.

—¡Pues muy bien! —exclamó súbitamente, como irritado por nuestro silencio—. Cuanto antes, mejor. No van a conseguir que me sienta un canalla, aunque se resuelva que tengo que pagar. Tengo la conciencia tranquila, así que pueden decidir lo que quieran. Por lo menos, el asunto ya está zanjado. Aunque me arruinen, me dejarán en paz... Lo abandonaré todo y me iré a Siberia.

—¡Dios mío! ¿Adónde vas a ir? ¿Por qué tan lejos? —no pudo evitar decir Anna Andréievna.

—Y aquí ¿de qué estamos cerca? —preguntó con rudeza, como regodeándose de su propia réplica.

—Pues, no sé... de la gente... —contestó Anna Andréievna, y me miró con tristeza.

—¿De qué gente? —gritó, posando alternativamente sobre su mujer y sobre mí su

fogosa mirada—. ¿De qué gente, eh? ¿De los expoliadores? ¿De los calumniadores? ¿De los traidores? De éstos hay muchos en todas partes; no te preocupes, los encontrarás también en Siberia. Si no quieres acompañarme, puedes quedarte; no te voy a obligar.

—¡*Bátiushka* Nikolái Sergueich! ¿Qué iba yo a hacer aquí sin ti? —gritó, pálida, Anna Andréievna—. Si no tengo a nadie más en el mundo...

Entonces se le trabó la lengua, guardó silencio y me dirigió una mirada de espanto, como implorándome que interviniese en su ayuda. El viejo estaba irritado, ponía reparos a todo; no había quien le llevara la contraria.

—Déjelo, Anna Andréievna —dije—, en Siberia no se está tan mal como parece. Si ocurre una desgracia y han de vender Ijménevka, el plan de Nikolái Serguéievich no es nada desdeñable. En Siberia se puede encontrar un trabajo honrado, y entonces...

—Bueno, por lo menos tú, Iván, dices algo con sentido. Eso es precisamente lo que he pensado. Lo dejo todo y me voy.

—¡Pues eso sí que no me lo esperaba! —exclamó Anna Andréievna, levantado las manos en señal de asombro—. ¡Y tú también estás de acuerdo, Vania! Tampoco me esperaba eso de ti, Iván Petróvich... Tú, que no has recibido de nosotros más que muestras de cariño, y ahora...

—¡No me hagas reír! ¿Y qué esperabas? Piensa: ¿de qué vamos a subsistir aquí? Hemos gastado nuestros ahorros, ¡estamos en las últimas! ¿No pretenderás que vaya a ver al príncipe Piotr Aleksándrovich y le pida perdón? —Al oír hablar del príncipe, la anciana se puso a temblar de miedo. La cucharilla que tenía en la mano comenzó a tintinear sonoramente en el platillo—. No, claro que no —prosiguió Ijménev, recreándose en sus palabras con obstinada malicia—. ¿Qué opinas tú, Vania? ¿He de ir o no? ¿Para qué me voy a marchar a Siberia? Será mejor que mañana me acicale, me peine y me atuse; que Anna Andréievna me prepare una pechera nueva (¡a un personaje como ése no se le puede visitar de otro modo!), me compraré unos guantes para rematar adecuadamente el conjunto e iré a casa de su excelencia: «¡*Bátiushka*, excelencia, bienhechor, padre querido! Perdóname y apiádate de mí, dame un pedazo de pan... ¡tengo mujer e hijos pequeños!»... ¿Qué te parece, Anna Andréievna? ¿Es eso lo que quieres?

—*Bátiushka*... ¡Yo no quiero nada! Lo he dicho sin pensar; perdóname si te he disgustado, pero no grites —dijo temblorosa, cada vez más asustada.

Estoy seguro de que a él se le partió el corazón en cuanto vio las lágrimas y el miedo de su pobre mujer; estoy seguro de que todo aquello le resultaba a él mucho más doloroso que a ella; sin embargo, era incapaz de controlarse. Eso es frecuente en las personas de buen corazón pero de temperamento nervioso, las cuales, a pesar de su bondad, se dejan llevar, hasta el delirio, por su propio dolor y su ira, expresándose sin ningún reparo, llegando incluso a ofender a alguna persona inocente, preferentemente a la más cercana... La mujer, por ejemplo, experimenta a veces la

necesidad de sentirse desgraciada, ofendida, aunque no haya habido ofensa ni desgracia. Hay muchos hombres que se parecen en este aspecto a las mujeres, sin que tengan nada de débiles ni de afeminados. El viejo Ijménev sentía la necesidad de reñir con alguien, aunque eso le hiciera sufrir.

Recuerdo que en aquel instante se me pasó una idea por la cabeza: ¿no habría salido, de hecho, con el propósito de realizar ya alguna gestión como la que había imaginado Anna Andréievna? Quién sabe si Dios no le había inspirado tal idea y se había dirigido efectivamente a casa de Natasha, pero había cambiado de parecer por el camino; o tal vez algo le había salido mal y su plan se había frustrado —como seguramente había ocurrido— y había tenido que volver a casa, irritado y abatido, avergonzado por sus recientes deseos y sentimientos, buscando en quién descargar la cólera debida a su propia *flaqueza* y eligiendo precisamente a aquellos de quienes sospechaba que compartían los mismos deseos y sentimientos. A lo mejor, al plantearse la idea de perdonar a su hija, se había imaginado el entusiasmo y el gozo que experimentaría la pobre Anna Andréievna, y dado su fracaso la había emprendido, *naturalmente*, con ella en primer lugar.

Pero, al verla abatida y temblando de miedo, se conmovió. Parecía avergonzado de su arranque de cólera, y se contuvo por un instante. Todos guardábamos silencio; yo procuraba no mirarle. Pero aquel momento bueno no duró mucho. Tenía que desahogarse a toda costa, ya fuera con un estallido o con una maldición.

—Mira, Vania —dijo de repente—, lo siento, no quería hablar, pero ha llegado el momento de expresarme francamente, sin rodeos, como corresponde a todo hombre recto... ¿comprendes, Vania? Me alegro de que hayas venido y por eso quiero decir delante de ti en voz alta, para que *los demás* lo oigan, que todas esas tonterías, todas esas lágrimas, suspiros y desdichas han acabado por hartarme. Lo que he arrancado de mi corazón, tal vez con sangre y con dolor, jamás volverá a él. ¡Así es! Lo he dicho y cumpliré mi palabra. Me refiero a lo que ocurrió hace medio año, ¿entiendes, Vania? Y hablo de ello de forma tan franca y directa precisamente para que luego no te puedas llamar a engaño con mis palabras —añadió, mirándome con sus ojos inflamados y rehuyendo de forma manifiesta las miradas temerosas de su mujer—. Te lo repito: es absurdo; ¡no quiero!... Lo que más me enfurece es que a mí, como si fuera un bobo, como si fuera el peor de los canallas, *todos* me atribuyan sentimientos tan ruines, tan mezquinos... Creen que me he vuelto loco de dolor... ¡Absurdo! ¡He desechado, he olvidado mis antiguos sentimientos! Para mí no existen los recuerdos... ¡No, no, no y no...!

Saltó de la silla y dio tal puñetazo en la mesa que las tazas tintinearón.

—¡Nicolái Sergueich! ¿Acaso no le da lástima Anna Andréievna? ¿No ve lo que le está haciendo? —dije, sin poder contenerme, mirándole casi con indignación. Pero lo único que hice fue echar más leña al fuego.

—¡No me da ninguna lástima! —exclamó tembloroso, poniéndose pálido—. ¡No me da ninguna lástima porque de mí tampoco la tiene nadie! ¡No me da lástima

porque en mi propia casa se conspira contra mí, que he sido ultrajado, en favor de una hija depravada, que se merece todas las maldiciones y todos los castigos!

—¡*Bátiushka*, Nikolái Sergueich, no la maldigas! ¡Haz lo que quieras, pero no maldigas a tu hija! —gritó Anna Andréievna.

—¡La maldigo —gritó el viejo, el doble de fuerte que antes—, porque a mí, que he sido ofendido y ultrajado, se me exige que vaya a casa de esa maldita y le pida perdón! ¡Sí, sí, así es! ¡Con eso se me atormenta constantemente, día y noche, en mi propia casa, por medio de lágrimas, suspiros y estúpidas insinuaciones! Pretenden que me apiade... ¡Mira, Vania, fíjate! —añadió, al tiempo que, con sus manos temblorosas, se sacaba atropelladamente unos papeles del bolsillo—. ¡Aquí están los extractos de nuestro pleito! ¡De ahí resulta ahora que soy un ladrón, que soy un granuja, que he robado a mi benefactor! ¡Se me ha difamado, se me ha deshonrado, y todo por culpa de ella! ¡Aquí lo tienes, mira, mira!...

Y empezó a sacar del bolsillo lateral de su levita distintos papeles, uno tras otro, tirándolos sobre la mesa, y se puso a rebuscar entre ellos, impacientemente, el que quería mostrarme; pero, como hecho aposta, no aparecía el que necesitaba. En su ansiedad, sacó de un tirón todo lo que encontró en el bolsillo y, de repente, algo sonoro y pesado cayó sobre la mesa... Anna Andréievna lanzó un grito. Era el medallón extraviado.

Casi no daba crédito a mis ojos. Al viejo se le subió la sangre a la cabeza, tiñendo sus mejillas. Se estremeció. Anna Andréievna estaba de pie, cruzada de brazos, y le miraba suplicante. Su rostro se iluminó con una clara y gozosa esperanza. Aquel rubor, aquella turbación del viejo delante de nosotros... sí, no se había equivocado, ¡ahora entendía cómo había desaparecido su medallón!

Comprendió que lo había encontrado él, que este hallazgo le había llenado de alegría y que, temblando acaso de júbilo, lo había ocultado celosamente de todas las miradas; que en algún lugar, a solas, se habría dedicado a contemplar a escondidas con inconmensurable amor la carita de su querida hija, sin poder dejar de mirarla; que, posiblemente, al igual que hacía la pobre madre, se habría encerrado solo para hablar con su adorada Natasha, para imaginar las respuestas de la muchacha y sus propias réplicas; y que de noche, torturado por la añoranza y ahogando los sollozos en su pecho, habría acariciado y besado la querida imagen y, en vez de imprecaciones, habría invocado el perdón y la bendición para aquella misma a la que en público rehusaba ver y maldecía.

—¡Así que aún la amas, querido! —exclamó Anna Andréievna, sin poder contenerse más delante del severo padre que un minuto antes maldecía a su Natasha.

Pero, en cuanto oyó aquello, una insensata furia brilló en los ojos del viejo. Agarró el medallón, lo tiró con fuerza al suelo y se puso a pisotearlo lleno de rabia.

—¡Maldita sea por los siglos de los siglos! —dijo con voz ronca, ahogándose—. ¡Por los siglos de los siglos!

—¡Dios mío! —gritó la vieja—. ¡A ella, a ella! ¡A mi Natasha! ¡Le está

pisoteando la carita! ¡Se la está pisoteando!... ¡Tirano! ¡Qué hombre más soberbio, cruel y desalmado!

Al oír los lamentos de su mujer, el viejo loco se detuvo, horrorizado por lo que acababa de hacer. De pronto, recogió del suelo el medallón y se precipitó hacia la puerta, pero, tras dar dos pasos, cayó de rodillas, apoyó las manos en el diván que tenía delante y, agotado, inclinó la cabeza.

Sollozaba como un crío, como una mujer. Aquellos sollozos le oprimían el pecho como si quisieran hacerlo estallar. En un instante el terrible viejo se había tornado más débil que un niño. ¡Oh! Ahora ya no podía maldecir; ya no se avergonzaba de nuestra presencia y, en un febril arrebató de amor, volvió a cubrir de incontables besos la imagen que acababa de pisotear. Parecía como si toda la ternura, como si todo el amor por su hija, reprimidos durante tanto tiempo, pugnaran ahora por salir al exterior con una fuerza irresistible y la violencia de tal impulso desgarrara todo su ser.

—¡Perdónala, perdónala! —gritó entre sollozos Anna Andréievna, inclinada sobre él y abrazándole—. ¡Tráela de vuelta a la casa paterna, querido, y en el Juicio Final el mismo Dios te premiará por tu humildad y tu misericordia!

—¡No, no! ¡Por nada del mundo, jamás! —gritaba con voz ronca y ahogada—. ¡Jamás! ¡Jamás!

## XIV

Llegué ya tarde a casa de Natasha, a las diez. Vivía entonces en Fontanka, cerca del puente Semiónovski, en un mugriento bloque propiedad del comerciante Kolotushkin, en la cuarta planta. En los primeros tiempos, tras abandonar su casa, Aliosha y ella vivieron en un apartamento bastante agradable, algo pequeño pero bonito y cómodo, situado en un tercer piso de la calle Litéinaia. Pero al joven príncipe se le agotaron pronto los recursos. No se hizo profesor de música, sino que empezó a pedir dinero prestado y contrajo enormes deudas. Había utilizado el dinero para decorar el apartamento y hacerle regalos a Natasha, la cual se oponía a semejantes dispendios, le sermoneaba y a veces hasta lloraba. Aliosha, sensible y emotivo, se pasaba en ocasiones la semana entera pensando con deleite en qué regalarle y en cómo acogería ella sus presentes, haciendo de todo esto una auténtica fiesta para sí mismo. Entusiasmado, me comunicaba de antemano sus esperanzas e ilusiones, pero luego, en vista de los reproches y lágrimas de la muchacha, se sumía en un doloroso desconsuelo, y por culpa de aquellos regalos surgían entre ellos recriminaciones, disgustos y peleas. Además, Aliosha despilfarraba mucho dinero a espaldas de Natasha; se dejaba arrastrar por los compañeros, la engañaba y visitaba a toda suerte de Joséphines y de Minnas. Y, sin embargo, la quería mucho. La amaba de un modo tormentoso. Solía presentarse en mi casa, triste y afligido, diciendo que no valía ni el dedo meñique de su Natasha, que era un hombre bruto y malvado, incapaz de comprenderla, y que no era digno de su amor. En parte tenía razón; no se trataban como iguales; él se sentía ante ella como un niño y ella siempre le consideraba como tal. Deshecho en lágrimas, me confesaba sus relaciones con Joséphine y, al mismo tiempo, me imploraba que no le contara nada a Natasha; y cuando, azorado y tembloroso, regresaba a casa después de hacerme todas aquellas confidencias, me tocaba a mí acompañarle (forzosamente a mí, pues me aseguraba que él no tenía valor para mirarla a los ojos tras cometer aquella falta y que yo era el único que podía apoyarle). En esas ocasiones Natasha, con sólo verle, sabía ya de qué se trataba. Era muy celosa; no comprendo cómo le perdonaba siempre sus insensateces. Por lo general, la escena se desarrollaba del siguiente modo: entrábamos Aliosha y yo, él se ponía a hablar tímidamente con ella y la miraba a los ojos con azorada ternura. Ella en seguida adivinaba su culpa, pero no lo dejaba entrever, nunca era la primera en hablar del asunto, ni le tiraba de la lengua; al contrario, redoblaba de inmediato sus caricias y se mostraba más tierna, más alegre. Y eso no obedecía a ninguna actuación ni estratagema. En absoluto; aquella maravillosa criatura encontraba una infinita satisfacción en mostrarse indulgente y misericorde, como si en el proceso mismo de perdonar a Aliosha hallase un goce particularmente intenso. Es verdad que por aquel entonces se trataba sólo de las Joséphines. Al verla tan tierna y tan clemente, Aliosha no podía contenerse e inmediatamente le confesaba todo, sin necesidad de que ella le preguntase, para aliviar así su corazón y conseguir que todo volviera a «ser como

antes», decía. Tras obtener su perdón, caía en éxtasis, a veces hasta lloraba de emoción y júbilo, y la besaba y abrazaba. En seguida se ponía muy alegre y empezaba a contar con infantil sinceridad todos los pormenores de sus aventuras con Joséphine, reía a carcajadas, colmaba a Natasha de bendiciones y alabanzas, y la velada concluía feliz y alegremente. Cuando se le acabó todo el dinero, empezó a vender cosas. Atendiendo los requerimientos de Natasha, encontró un piso pequeño, pero barato, en Fontanka. Siguieron desprendiéndose de cosas; Natasha vendió incluso sus vestidos y se puso a buscar trabajo. Cuando Aliosha se enteró de aquello, su desesperación no tuvo límites: se maldecía a sí mismo, gritaba diciendo que se despreciaba y, sin embargo, no hizo nada para remediar la situación. Por aquel entonces se les agotaron los últimos recursos; sólo quedaba el trabajo, pero la paga era insignificante.

Al comienzo de la relación, cuando Aliosha vivía aún con su padre, tuvo lugar una terrible discusión entre ellos por este motivo. En aquel momento, el propósito del príncipe de casar a su hijo con Katerina Fiódorovna Filimónova, la hijastra de la condesa, no pasaba de ser un proyecto, aunque insistía enérgicamente en él; llevaba a Aliosha a casa de su futura novia, le exhortaba para que procurara gustarle e intentaba convencerle con su trato severo y con razonamientos; pero la condesa le desbarató los planes. Entonces el padre empezó a hacer la vista gorda en lo tocante a la relación de su hijo con Natasha, dando tiempo al tiempo y confiando —pues sabía de la volubilidad y ligereza de Aliosha— en que su amor se enfriaría pronto. Hasta el último momento, el príncipe no quiso preocuparse por la posibilidad de que su hijo se casara con Natasha. En cuanto a los amantes, aplazaron el asunto hasta que padre e hijo se reconciliaran formalmente y cambiaran las circunstancias. Además, Natasha no quería, por lo visto, tratar el tema. Aliosha me contó en secreto que su padre estaba bastante satisfecho con aquella historia: de todo ese asunto le complacía la humillación de Ijménev. Para guardar las apariencias, siguió mostrándose descontento con su hijo: le redujo la ya de por sí exigua asignación (pues era extraordinariamente tacaño con él) y le amenazó con retirársela en su totalidad; pero poco tiempo después se marchó a Polonia en pos de la condesa, que tenía allí ciertos negocios, con el firme propósito de llevar a cabo su proyecto matrimonial. Ciertamente, Aliosha era aún demasiado joven para casarse, pero la novia era tan rica que no se podía dejar pasar una oportunidad como aquélla. El príncipe consiguió finalmente su objetivo. Nos llegaron rumores de que la cuestión de la boda por fin se había arreglado. En el momento al que me estoy refiriendo, el príncipe acababa de regresar a San Petersburgo. Al encontrarse con su hijo, lo trató con cariño, pero la perseverancia de su relación con Natasha le sorprendió desagradablemente. Comenzó a vacilar, a ponerse nervioso. Severa e imperiosamente exigió la ruptura; pero pronto se le ocurrió un remedio mucho más eficaz, y llevó a Aliosha a casa de la condesa. Su hijastra era casi una belleza, aunque era prácticamente una niña, y además tenía un corazón excepcional y un alma pura e inocente; era alegre, inteligente y cariñosa. El

príncipe suponía que, a pesar de todo, el medio año transcurrido había tenido que hacer mella, que Natasha ya no le ofrecía a su hijo el encanto de la novedad y que éste ya no miraría a su futura prometida con los mismos ojos que medio año antes. Acertó sólo en parte... Aliosha, efectivamente, se quedó prendado. Añadiré además que el padre, de pronto, se volvió extraordinariamente afectuoso con su hijo (no obstante, seguía sin darle dinero). Aliosha sospechaba que bajo ese cariño se ocultaba una férrea e inexorable decisión, y estaba triste; aunque no tanto, la verdad, como lo habría estado si no hubiera visitado diariamente a Katerina Fiódorovna. Yo sabía que llevaba ya cinco días sin ver a Natasha. Mientras me dirigía a casa de ésta desde la de los Ijménev, me preguntaba con ansiedad qué sería lo que quería decirme. De lejos distinguí una luz en su ventana. Habíamos convenido tiempo atrás que, si le surgía una necesidad urgente de verme, pusiera una vela en la ventana, de modo que, si yo pasaba cerca (algo que ocurría casi todas las noches), la luz inusual en la ventana me permitiría saber que ella me esperaba y me necesitaba. Últimamente ponía a menudo la vela...

## XV

Encontré a Natasha sola. Paseaba en silencio de un lado a otro de la habitación, con los brazos cruzados, ensimismada. El samovar, apagado, llevaba mucho tiempo esperándome sobre la mesa. Sin decir nada, me tendió la mano con una sonrisa. Tenía el semblante pálido, enfermizo. Había en su sonrisa algo de sufrimiento, de ternura, de paciencia. Sus claros ojos azules parecían más grandes que antes, y su cabello más espeso; todo era consecuencia de la delgadez y la enfermedad.

—Creía que ya no vendrías —dijo al estrecharme la mano—. He estado a punto de enviar a Mavra a tu casa para comprobar si habías vuelto a caer enfermo.

—No, no he vuelto a caer enfermo, es que me han entretenido; ahora te cuento. Pero ¿qué te ocurre, Natasha? ¿Qué ha sucedido?

—No ha sucedido nada —respondió como extrañada—. ¿Por qué lo dices?

—Como me has escrito... me pediste ayer que viniera, indicándome hasta la hora a la que debía presentarme, ni antes ni después. Lo encuentro un tanto extraño.

—¡Ah, sí! Es que ayer le esperaba *a él*.

—¿Cómo? ¿Y tampoco vino ayer?

—No. Y pensé que, si no venía, debía hablar contigo —añadió tras un momento de silencio.

—¿Y esta noche le esperabas?

—No, no le esperaba; hoy iba *allí*.

—¿Y qué es lo que piensas, Natasha? ¿Acaso crees que ya nunca va a venir?

—Claro que va a venir —contestó, mirándome de un modo especialmente serio.

No le gustaba la celeridad de mis preguntas. Guardamos silencio, y seguimos paseando por la habitación.

—Te he esperado todo el rato, Vania —dijo con una sonrisa—. Y ¿sabes lo que he estado haciendo? Paseando de acá para allá, recitando poemas de memoria. ¿Recuerdas? La campanilla, el camino invernal: «Mi samovar hierve sobre la mesa de roble...»; solíamos leerlo juntos<sup>[30]</sup>:

Cesa la ventisca; la senda está iluminada,  
la noche mira con millones de ojos turbios...

»Y luego:

De pronto oigo una voz apasionada  
cantando a coro con la campanilla:  
“¡Ah, algún día, algún día volverá mi amado  
y posará su cabeza en mi pecho!  
¡Esto no es vida! Cuando los rayos de la aurora

se ponen a jugar con la escarcha en el cristal,  
mi samovar hierve sobre la mesa de roble  
y la estufa chisporrotea, alumbrando en un rincón  
la cama oculta tras la cortina de colores”...

»¡Qué hermoso! Qué versos tan conmovedores, Vania, y qué cuadro tan fantástico, tan inmenso. Un simple cañamazo, y una figura esbozada... y cada cual que borde lo que quiera. Sólo dos sensaciones: la primera y la última. Ese samovar, esa cortina de percal... resulta todo tan familiar... Es como aquellas casitas burguesas de nuestra pequeña ciudad provinciana; me parece estar viendo una de ellas: una nueva, de troncos, aún sin revestir con tablas... Y más adelante este otro cuadro:

De pronto oigo otra vez la misma voz,  
cantando tristemente con la campanilla:  
“¿Dónde estará mi viejo amigo? Tengo miedo;  
¡si entrase y me abrazase con cariño!  
¡Qué vida la mía! Es estrecha y lóbrega  
y triste mi alcoba; el viento sopla en la ventana...  
Fuera crece un cerezo solitario  
que no deja ver el cristal escarchado;  
tal vez haya muerto hace tiempo.  
¡Qué vida ésta! La cortina ha perdido el color;  
vago enferma, pero no vuelvo con los míos;  
no hay quien me riña, mi amado no está...  
Tan sólo refunfuña la anciana”...

»“Vago enferma...” ¡Qué bien traído está aquí eso de “enferma”! “No hay quien me riña”; cuánta ternura, cuánta dulzura en este verso y cuánto sufrimiento, fruto de los recuerdos, sufrimiento que uno mismo causa y con el que uno mismo se deleita... ¡Señor, qué hermoso es! ¡Y qué real! —Se calló un momento, como intentando contener el inicio de un espasmo en su garganta—. ¡Vania, querido! —dijo poco después, y de pronto volvió a guardar silencio, como si se le hubiera olvidado lo que iba a decir, o hubiera dicho aquello sin pensar, movida por un impulso repentino.

Entre tanto, seguíamos paseando por la habitación. Ante el icono ardía una lamparilla. Últimamente Natasha se estaba volviendo cada vez más devota, pero no le gustaba que le hablaran de eso.

—¿Es fiesta mañana? —pregunté—. Lo digo por esa lamparilla que tienes encendida.

—No, no es fiesta... Pero siéntate, Vania, debes de estar cansado. ¿Quieres té? ¿No has tomado todavía?

—Sentémonos, Natasha. Ya he tomado té.

—Pero ¿de dónde vienes ahora?

—De *casa de ellos*. —Así nos referíamos siempre a la casa de sus padres.

—¿De casa de ellos? ¿Cómo te ha dado tiempo? ¿Fue idea tuya o te llamaron?

Me sometió a mil preguntas. Su rostro se puso aún más pálido por la emoción. Le referí pormenorizadamente mi encuentro con su padre, la conversación con su madre, la escena del medallón; se lo conté con todo detalle, con todos los matices. Yo nunca le ocultaba nada. Ella escuchaba con avidez, captando cada una de mis palabras. Las lágrimas brillaron en sus ojos. La escena del medallón la emocionó profundamente.

—Alto, para, Vania —decía, interrumpiendo cada dos por tres mi relato—. Dame más detalles; cuéntamelo todo, todo, con el mayor detalle posible. ¡No eres muy preciso!

Repetía las cosas una y otra vez, contestando continuamente a sus incesantes preguntas a propósito de los detalles.

—¿Y crees realmente que venía a verme?

—No lo sé, Natasha, no tengo ni idea. Que te echa de menos y que te quiere, eso está claro; pero que viniera a verte, eso ya...

—¿Y besaba el medallón? —me interrumpió—. ¿Qué decía cuando lo besaba?

—Palabras incoherentes, exclamaciones tan sólo; se refería a ti con las palabras más tiernas, decía tu nombre...

—¿Decía mi nombre?

—Sí.

Rompió a llorar en silencio.

—¡Pobrecillos! —exclamó—. ¡Pero si lo sabe todo! —añadió tras un breve silencio—. No es de extrañar. También está muy bien informado de lo que hace el padre de Aliosha.

—Natasha —le dije tímidamente—, deberíamos ir a verlos...

—¿Cuándo? —preguntó alarmada, dando un respingo en el sillón. Creía que le estaba proponiendo que fuéramos inmediatamente—. No, Vania —añadió, posando sus dos manos sobre mis hombros y sonriendo con tristeza—, no, querido; siempre estás con lo mismo, pero... mejor no insistas.

—¡Así jamás va a llegar a su fin esta horrible discordia! —grité con pesar—. ¿Tan orgullosa eres que te niegas a dar el primer paso? Te corresponde a ti, tú tienes que ser la primera en darlo. A lo mejor eso es lo único que espera tu padre para perdonarte... ¡Él es tu padre y tú has sido la que le ha agraviado! Respeta su orgullo: es legítimo y natural. Debes hacerlo. Inténtalo, y te perdonará sin condiciones.

—¡Sin condiciones! Eso es imposible; no me hagas reproches, Vania, es inútil. He pensado en ello día y noche, y sigo dándole vueltas. Desde que me fui de casa, posiblemente no haya habido un solo día que no lo haya pensado. ¡Y cuántas veces lo he hablado contigo! ¡Bien sabes que es imposible!

—¡Inténtalo!

—No, amigo mío, no puede ser. Si lo intentara, le enfurecería aún más. No hay vuelta atrás, y ¿sabes, en concreto, por qué? Pues porque es imposible que vuelvan aquellos felices días de la infancia que viví con ellos. Aunque mi padre me perdonase, ya no me reconocería. Él seguía amando a una chiquilla, a una niña grande. Admiraba mi candidez infantil, acariciaba mi cabeza del mismo modo que cuando era una cría de siete años a la que, sentada en sus rodillas, cantaba canciones infantiles. Desde mi más tierna infancia hasta el último día que pasé con ellos venía a mi habitación para bendecirme antes de acostarse. Un mes antes de nuestra desgracia, me compró unos pendientes sin decirme nada (aunque yo me enteré), y se alegraba como un niño al imaginarse lo contenta que me pondría con el regalo, y se enfadó muchísimo con todos, y conmigo la primera, cuando le dije que sabía desde hacía mucho lo de la compra de aquellos pendientes. Tres días antes de mi marcha, notó que yo estaba triste, e inmediatamente él también se entristeció hasta el punto de caer enfermo, y ¿qué dirías que hizo? Pues para alegrarme se le ocurrió ¡sacar entradas para el teatro!... ¡Te juro que pretendía animarme con eso! Te lo repito: él conocía y amaba a la niña; se negaba a pensar siquiera que algún día me convertiría en mujer... No se le pasaba por la cabeza. Ahora mismo, si volviera a casa, no sabría ni quién soy. Aunque me perdonara, ¿con quién se iba a encontrar? Ya no soy la misma, no soy una niña, he vivido mucho. Aunque llegara a aceptarme, seguiría lamentando que ya no sea la de antes, cuando me quería como a una niña; ¡el pasado siempre nos parece mejor! ¡Siempre lo recordamos con nostalgia! ¡Ay, Vania, qué hermoso es el pasado! —gritó arrebatada, interrumpiéndose a sí misma con esas palabras que, con tanto dolor, le habían salido del corazón.

—Todo eso que dices es cierto, Natasha —dije—. Y significa que tendrá que aprender a conocerte y a amarte de nuevo. Sobre todo a conocerte. Y entonces volverá a quererte. ¿Acaso piensas que no es capaz de conocerte y comprenderte? ¡Él, con el corazón que tiene!

—¡Ay, Vania, no seas injusto! ¿Y qué hay que comprender en mí? No me refería a eso. Pero date cuenta de que el amor paterno también es celoso. Mi padre está dolido por el hecho de que mi relación con Aliosha comenzara y se desarrollara a sus espaldas, sin que él se enterara, sin que lo advirtiera. Sabe que no lo había presentido, y atribuye las nefastas consecuencias de nuestro amor, empezando por mi fuga, precisamente a mi «ingrato» disimulo. No acudí a él en el primer momento; más tarde, no le confesé cada impulso de mi corazón, desde que nació este amor; al contrario, me lo guardé todo, se lo oculté, y te aseguro, Vania, que en el fondo eso le resulta más ofensivo, más insultante que las propias consecuencias de mi amor, que el hecho de que los haya abandonado, de que lo haya dejado todo por mi amante. Supongamos que me acogiera como un padre, con toda su ternura, con todo su calor; aun así, siempre quedaría el germen de la enemistad. Un día u otro empezarían las amarguras, las reticencias, los reproches. Además, nunca me perdonaría incondicionalmente. Supongamos que le digo, y que le digo sinceramente, de todo

corazón, que soy consciente de cómo le he ofendido y de hasta qué punto soy culpable ante él. Pero, por mucho que me duela, si él se niega a comprender todo lo que me ha costado, también a mí, esta *felicidad* con Aliosha y los muchos sufrimientos que yo misma he tenido que padecer, ya puedo yo ahogar mi dolor, ya puedo yo soportar lo que haya que soportar, que a él le seguirá pareciendo insuficiente. Me exigiría un precio que no estoy dispuesta a pagar: que maldiga mi pasado, que maldiga a Aliosha y que reniegue de mi amor por él. Querría algo imposible: resucitar el pasado y borrar de nuestra vida los últimos seis meses. Pero yo no voy a maldecir a nadie, ni puedo arrepentirme de nada... Ha pasado lo que ha pasado... No, Vania, ahora mismo no es posible. Aún no ha llegado la hora.

—¿Y cuándo llegará?

—No lo sé... Aún tengo que sufrir para alcanzar nuestra futura felicidad, comprarla a costa de nuevos tormentos. El sufrimiento lo purifica todo... ¡Ay, Vania, cuánto dolor hay en la vida!

Me quedé callado y la miré pensativo.

—¿Por qué me miras así, Aliosha... digo... Vania? —preguntó, sonriendo al rectificar.

—Me estaba fijando en tu sonrisa, Natasha. ¿De dónde la has sacado? Antes no tenías esa sonrisa.

—¿Y qué le pasa a mi sonrisa?

—Aún conserva su viejo candor infantil, es verdad... Pero, cuando sonrías, parece al mismo tiempo como si se te partiera el corazón. Cómo has adelgazado, Natasha; y tu cabello parece más espeso... ¿Qué vestido es ese que llevas? ¿Es uno de los que te hiciste cuando aún vivías con tus padres?

—¡Cuánto me quieres, Vania! —contestó, dirigiéndome una mirada cariñosa—. Bueno, y tú ¿qué haces ahora? ¿Cómo te van las cosas?

—Como siempre; sigo escribiendo mi novela; pero me cuesta mucho, no me sale nada. Se me ha agotado la inspiración. Trabajando mucho a lo mejor saldría algo interesante; sería una pena echar a perder una buena idea. Y ésa es una de mis favoritas. Pero tengo que cumplir los plazos con la revista. Estoy pensando incluso en abandonar la novela e inventarme a toda prisa algún relato, algo gracioso y ligero, nada de cosas sombrías... ¡Nada de eso! ¡Todo el mundo tiene que estar contento y alegre!

—¡Pobre, tú sí que trabajas! ¿Y qué hay de Smith?

—Pero si Smith murió.

—¿No se te había aparecido? Te estoy hablando en serio, Vania: estás enfermo, tienes los nervios destrozados, andas siempre perdido en tus sueños. Cuando me dijiste que ibas a alquilar ese piso, ya me di yo cuenta de lo que te pasaba. ¿Y qué? ¿Es húmedo, insalubre?

—Pues sí. Y, para colmo, esta noche me ha ocurrido una historia... Luego te la cuento.

Ya no me escuchaba, estaba profundamente ensimismada.

—No comprendo cómo pude marcharme entonces de *su casa*; fue un arrebato — dijo por fin, mirándome con unos ojos que no demandaban respuesta.

De haberle replicado en ese momento, no me habría escuchado.

—Vania —dijo con voz apenas audible—, te he pedido que vinieras para hablar de un asunto.

—¿De qué?

—Rompo con él.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ya has roto o que vas a romper?

—Hay que poner fin a esta vida. Te he llamado para contarte todo, absolutamente todo, lo que se ha ido acumulando y que te había ocultado hasta ahora. —Cuando hablaba conmigo siempre empezaba revelándome sus intenciones secretas y casi siempre resultaba que esos secretos ya me los había contado anteriormente.

—¡Ay, Natasha! ¡Te he oído decir eso miles de veces! Claro que no podéis vivir juntos; vuestra unión es algo extraña; entre vosotros no hay nada en común. Pero... ¿vas a tener el valor de hacerlo?

—Antes sólo tenía la intención, Vania; ahora estoy totalmente decidida. Le amo con locura y, a pesar de eso, resulta que soy su principal enemigo; estoy arruinando su porvenir. Tengo que devolverle la libertad. No puede casarse conmigo, no tiene fuerza para oponerse a su padre. Yo tampoco quiero atarle. Y, por eso, hasta me alegro de que se haya enamorado de la muchacha con quien pretenden casarle. Así le costará menos separarse de mí. ¡He de hacerlo! Es mi deber... Si le amo, tengo que sacrificarlo todo por él, tengo que demostrarle mi amor. ¡Ése es mi deber! ¿No es cierto?

—No podrás convencerle.

—Ni siquiera lo voy a intentar. Si se presentara ahora mismo, yo sería la misma de siempre. Pero tengo que encontrar la manera de que le resulte fácil dejarme sin que le remuerda la conciencia. Eso es lo que me atormenta, Vania; ayúdame. ¿No podrías darme algún consejo?

—Sólo hay un modo —repliqué—, deja de quererle y enamórate de otro. Pero no sé si dará resultado. Ya conoces su carácter. Lleva cinco días sin aparecer. Supón que te ha abandonado definitivamente; bastará con que le escribas diciendo que eres tú quien le abandonas, para que se presente aquí en el acto.

—¿Por qué no le aprecias, Vania?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¡tú! Tú eres su enemigo, ¡en secreto y a la luz del día! No puedes referirte a él sin rencor. ¡Miles de veces he comprobado que tu mayor placer consiste en humillarle y denigrarle! ¡Sobre todo, denigrarle, ésa es la verdad!

—Y miles de veces me lo has repetido. Basta, Natasha; dejemos el tema.

—Quisiera mudarme a otro piso —prosiguió tras una breve pausa—. Pero no te enfades, Vania...

—¿Y qué más da? Irá al otro piso. Y, en cuanto a mí, te juro que no estoy enfadado.

—El amor es poderoso; ese nuevo amor puede retenerle. Aunque vuelva conmigo, será tan sólo por un instante, ¿no crees?

—No lo sé, Natasha. En todo muestra un grado sumo de incoherencia. Quiere casarse con esa mujer y quiere amarte a ti. Y, en cierto sentido, es capaz de hacer todo eso a la vez.

—Si estuviera segura de que la ama, tomaría una determinación... ¡Vania! ¡No me ocultes nada! ¿Es que sabes algo que no quieres decirme?

Me observaba con una mirada inquisitiva, agitada.

—No sé nada, amiga mía, palabra de honor; siempre he sido sincero contigo. Por otro lado, pienso que a lo mejor no está tan enamorado de la hijastra de la condesa como nosotros nos figuramos. Tal vez sea un mero arrebató...

—¿Tú crees, Vania? ¡Dios mío, si lo supiera con seguridad! Ah, cómo desearía verle en este mismo instante, echarle un simple vistazo. ¡Con verle la cara lo sabría todo! ¡Y no está aquí! ¡No está!

—¿Es que le esperas, Natasha?

—No, no, está con *ella*; lo sé. Me he informado. Cómo me gustaría verla a ella también... Escucha, Vania, voy a decirte una bobada, pero ¿no habría algún modo de que yo la viera, no podría encontrarme con ella en alguna parte? ¿Qué te parece?

Aguardaba intranquila mi respuesta.

—Por poder, es posible. Pero, si sólo la ves, no te va a servir de mucho.

—Me conformaría con verla; eso me permitiría hacerme una idea. Escucha: me he vuelto una idiota; no hago más que ir y venir aquí dentro, sola, siempre sola... sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Los pensamientos se me arremolinan como un torbellino, ¡resulta agotador! Se me ha ocurrido lo siguiente, Vania: ¿y si la conocieras tú? En vista de que la condesa (tú mismo lo dijiste) ha elogiado tu novela, y puesto que acudes en ocasiones a las veladas del príncipe R., a las cuales ella también suele asistir, haz que te la presenten. A lo mejor podría presentártela Aliosha. Así tú podrías contármelo todo después.

—Natasha, amiga mía, ya hablaremos de eso más tarde. Pero dime una cosa: ¿de verdad crees que tendrás fuerzas suficientes para romper con él? Mírate ahora, no pareces tranquila.

—¡Las... las tendré! —replicó con voz apenas audible—. ¡Haría cualquier cosa por él! ¡Daría mi vida por él! Pero ¿sabes, Vania?, no puedo soportar la idea de que esté ahora en su casa, sin acordarse de mí, sentado a su lado charlando y riendo, como solía hacer aquí, ¿recuerdas?... Estará mirándola a los ojos, siempre mira de esa manera, y seguro que ni se le pasa por la cabeza que yo estoy aquí en estos momentos... contigo.

Se calló, sin acabar de hablar, y me miró desesperada.

—Natasha, pero si hace un momento decías que...

—¡Nos separaremos los dos a la vez! —Me cortó con una mirada fulminante—. Tendrá mi bendición para hacerlo. Pero va a ser muy duro para mí, Vania, que él sea el primero en olvidarme. ¡Ay, Vania, qué suplicio! Ni yo misma me entiendo: ¡las cosas nunca ocurren como las habíamos pensado! ¿Qué va a ser de mí?

—¡Basta, basta, Natasha, cálmate!

—Y son ya cinco días en que cada hora, cada minuto... tanto si estoy dormida como despierta... no hago más que pensar en él, ¡en él! Mira, Vania, ¿por qué no vamos allí? ¡Acompáñame!

—Ya está bien, Natasha.

—¡En serio, vamos! ¡Te estaba esperando para eso, Vania! Llevo tres días dándole vueltas. Por eso te he escrito... Tienes que acompañarme; no puedes negármelo... He estado esperándote... Tres días... Hoy se celebra una velada... Él está allí... ¡Vamos!

Estaba desvariando. En esto, se oyó ruido en el recibidor; parecía que Mavra estaba discutiendo con alguien.

—Espera, Natasha, ¿quién será? —pregunté—. ¡Escucha!

Aguzó el oído, con una sonrisa escéptica, y de repente se puso muy pálida.

—¡Dios mío! ¿Quién será? —dijo con voz apenas perceptible.

Quiso detenerme, pero salí al recibidor, donde estaba Mavra. Era Aliosha, ¿quién si no? Estaba preguntándole algo a Mavra. Ésta no le quería dejar entrar.

—Y tú, ¿de dónde sales? —decía Mavra, investida de autoridad—. ¿Qué? ¿Dónde te habías metido? ¡Venga, pasa, pasa! Pero ¡a mí no me la das! Adelante, ¿qué tienes que decir?

—¡No le tengo miedo a nadie! ¡Yo entro! —decía Aliosha, algo desconcertado, la verdad.

—¡Pues entra! ¡Menudo espabilado!

—¡Eso es lo que voy a hacer! ¡Caramba, también está usted aquí! —dijo al verme—. ¡Celebro encontrarle! Bueno, pues aquí estoy yo también, ya lo ve. ¿Qué cree que debería...?

—Entre, simplemente —contesté—. ¿A qué le tiene miedo?

—No tengo miedo de nada, se lo aseguro, puedo jurarle que no soy culpable. ¿Cree usted que sí lo soy? Ahora mismo me explico, ya lo verá. Natasha, ¿se puede? —gritó con fingido valor, parado ante la puerta cerrada.

Nadie le respondió.

—¿Qué significa eso? —preguntó inquieto.

—Nada, nada; estaba ahí ahora mismo —contesté—. Si acaso algo...

Aliosha abrió la puerta con mucho cuidado y echó un tímido vistazo a la habitación. No había nadie.

De pronto la vio en un rincón, entre el armario y la ventana. Estaba allí, como escondida, sin dar señales de vida. Incluso ahora, al recordar la escena, no puedo evitar una sonrisa. Despacio, con cautela, Aliosha se acercó a ella.

—Natasha, ¿qué te ocurre?... Hola, Natasha —dijo tímidamente, mirándola algo asustado.

—¿Qué quieres que me ocurra? ¡Nada! —respondió muy confusa, como si ella fuera la culpable—. Tú... ¿quieres té?

—Escucha, Natasha... —dijo Aliosha, completamente trastornado—. Probablemente me creas culpable... pero ¡no lo soy! ¡No soy culpable en absoluto! Ahora mismo vas a verlo cuando te lo cuente.

—¿Para qué? —susurró Natasha—. No, no, no hace falta... Mejor dame la mano y... asunto concluido... como siempre... —En ese momento salió del rincón; sus mejillas se ruborizaron.

Tenía la vista gacha, como si no se atreviera a mirar a Aliosha.

—¡Ay, Dios mío! —gritó extasiado—. Si fuera culpable, creo que no me atrevería a mirarla a la cara después de esto. ¡Fíjese, fíjese! —me decía gritando—. Me considera culpable; todo está en mi contra, todos los indicios me delatan. No aparezco en cinco días. Se rumorea que estoy en casa de mi prometida. ¿Y qué hace ella? ¡Va y me perdona! Dice: «Dame la mano y asunto concluido». ¡Natasha, cariño, ángel mío, tesoro! ¡No soy culpable y tú lo sabes bien! ¡No soy culpable en absoluto! ¡Al contrario, al contrario!

—Pero... pero si ahora tenías que estar *allí*... Te habían invitado. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Qué... qué hora es?

—Las diez y media. He estado allí... Pero luego he dicho que estaba enfermo y me he marchado, y es la primera, es la primera vez en estos cinco días que estoy libre, que he tenido la oportunidad de escaparme de allí para venir a verte, Natasha. Mejor dicho, podía haber venido antes, pero no he querido hacerlo. ¿Sabes por qué? Ahora mismo te vas a enterar, te lo voy a explicar; a eso he venido, a explicártelo todo. ¡Y te juro que esta vez no soy culpable de nada! ¡De nada!

Natasha levantó la cabeza y le miró... La mirada que le devolvió Aliosha era tan franca, su rostro era tan radiante, tan honrado, tan alegre, que era imposible no creerle. Yo esperaba que dieran un grito y se fundieran en un abrazo, como había sucedido otras veces, con ocasión de otras reconciliaciones semejantes. Pero Natasha, como abrumada por la felicidad, apoyó la cabeza en su pecho y de pronto... rompió a llorar en silencio. Aliosha fue incapaz de soportarlo y se arrojó a sus pies. Le besaba las manos, los pies; estaba fuera de sí. Le acerqué un sillón a Natasha. Se sentó. Le temblaban las piernas.

## Segunda parte

# Capítulo I

A los pocos segundos ya estábamos todos riendo como locos.

—Pero dejadme, dejadme que os cuente. —Aliosha nos hizo callar con su vozarrón—. Seguro que pensáis que todo sigue igual que antes... que lo que me ha traído hasta aquí será una simple tontería... Pero os aseguro que lo que voy a contaros es extremadamente interesante. ¡Haced el favor de callar de una vez!

Tenía unas ganas tremendas de contarnos algo. A juzgar por su aspecto, se notaba que traía noticias importantes. Aunque su estudiada seriedad, fruto de su ingenuo orgullo por estar en posesión de semejantes noticias, en seguida hizo reír a Natasha. Yo, sin querer, me contagié de su risa. Y, cuanto más se enfadaba él, más nos reíamos nosotros. Primero el enojo y después el desconsuelo infantil de Aliosha nos pusieron en ese estado en el que, como le pasaba a aquel alférez de navío de Gógol<sup>[31]</sup>, basta con que a uno le muestren un dedo para que se desternille de inmediato. Mavra, que venía de la cocina, se había quedado parada en la puerta y nos miraba con auténtica indignación, enojada al ver que Aliosha no se llevaba una buena reprimenda de Natasha, tal y como había estado esperando con fruición esos cinco días, y que, en lugar de eso, estábamos todos tan contentos.

Por fin Natasha, consciente de que nuestras risas incomodaban a Aliosha, dejó de reírse.

—¿Qué es lo que querías contar? —le preguntó.

—¿Qué hago? ¿Saco el samovar? —preguntó Mavra, interrumpiendo a Aliosha sin ningún miramiento.

—Lárgate, Mavra, lárgate —respondió, y le hizo un gesto con la mano con el que la invitaba a marcharse cuanto antes—. Voy a contar todo lo que ha pasado, todo lo que está pasando y todo lo que va a pasar, porque lo sé todo. Ya veo, amigos míos, que deseáis saber dónde he estado estos cinco días: eso es, ni más ni menos, lo que me dispongo a contaros, pero no me dejáis. Bueno, en primer lugar, he de decir que todo este tiempo te he estado engañando, Natasha; te vengo engañando desde hace ya mucho, y eso es lo fundamental.

—¿Que me has engañado?

—Sí, te he engañado; desde hace ya un mes. Empecé a engañarte antes de que viniera mi padre. Ahora ha llegado el momento de sincerarse. Hace un mes, antes de la llegada de mi padre, recibí de él una larguísima carta, cosa que os oculté a ambos. En esa carta me comunicaba, de un modo directo y sin ambages (para que os hagáis una idea, el tono era tan serio que llegué a asustarme), que la cuestión de mi matrimonio ya estaba decidida, que mi prometida era perfecta y que, aunque yo, por descontado, no estaba a su altura, tenía que casarme con ella de todas todas. En consecuencia, tenía que irme preparando y quitándome de la cabeza toda clase de absurdos y disparates y etcétera, etcétera... Bueno, ya se sabe a qué disparates se

refería. Ésa es la carta que os he ocultado...

—Pero ¡si no nos la has ocultado en absoluto! —le interrumpió Natasha—. ¡No sé de qué presumes! Si nos hablaste de ella desde el primer momento. Todavía recuerdo que de pronto te volviste de lo más obediente, de lo más dócil, y no te apartabas de mí ni un instante, como si te sintieras culpable de algo. Aunque lo fuiste dejando caer poco a poco, el caso es que acabaste por revelar todo el contenido de la carta.

—No puede ser; estoy seguro de que no os he contado lo más importante. Puede que vosotros dos os hayáis imaginado algo, eso ya es cosa vuestra, pero yo no os lo he contado. Yo lo he guardado en secreto, y lo he pasado muy mal.

—Me acuerdo, Aliosha, de que no paraba usted de pedirme consejo y me lo contó todo. Poco a poco, desde luego, como si fueran meras conjeturas —añadí, mirando a Natasha.

—¡Nos lo contaste todo! ¡Y deja ya de darte importancia! —me respaldó Natasha—. ¿Desde cuándo eres tú capaz de guardar un secreto? ¿A quién pretendes engañar? Pero si hasta Mavra estaba al corriente de todo. ¿A que lo sabías, Mavra?

—Claro, ¡cómo no lo iba a saber! —contestó Mavra, asomando la cabeza por la puerta—. No habían pasado tres días y ya lo habías contado todo. ¡Lo tuyo no son las tretas!

—¡Uf! ¡Qué molesto es hablar con vosotros! Todo esto lo dices para fastidiar, Natasha. Y en cuanto a ti, Mavra, estás en un error. Me acuerdo de que, en aquellos días, yo estaba como loco, ¿no te acuerdas, Mavra?

—Como para no acordarse. También ahora estás como loco.

—No, no, no me refiero a eso. ¡Tienes que acordarte! Por entonces seguíamos sin dinero, y tú habías llevado a empeñar mi pitillera de plata; pero, sobre todo, permite que te diga, Mavra, que te estás propasando tremendamente conmigo. Todo esto lo has aprendido de Natasha. Muy bien, admitamos que, en efecto, yo os lo hubiera contado ya todo por aquellos días, de un modo fragmentario... Sí, ahora ya me acuerdo... Pero lo que no conocéis es el tono de aquella carta, y en una carta lo fundamental es el tono. A eso es a lo que me refiero.

—¿Y cómo era ese tono? —preguntó Natasha.

—Mira, Natasha, lo preguntas de una forma que cualquiera diría que estás bromeando. No *bromees*. Te aseguro que es algo muy importante. La carta estaba escrita en un tono tal que se me cayó el alma a los pies. Mi padre nunca se había dirigido a mí de ese modo. ¡Como para oponerse a sus deseos! ¡Podría arder Troya! ¡Ése era el tono!

—Bueno, bueno, cuenta de una vez. ¿Qué necesidad tenías de ocultarme esa carta?

—¡Ay, Dios mío! No quería asustarte. Confiaba en arreglarlo todo yo solo. Pero resulta que, después de recibir esa carta, en cuanto llegó mi padre, empezaron mis cuitas. Me había propuesto darle una contestación firme, clara, seria, pero el caso es

que no me fue posible. Él ni siquiera me preguntaba, ¡el muy ladino! Al contrario, hacía ver como si todo estuviera ya resuelto y no pudiera haber ninguna discusión, ningún malentendido entre nosotros. Fíjate bien: como si *no pudiera haberlo* siquiera; ¡cuánta presunción! Y se mostraba tan cariñoso, tan afectuoso conmigo. Yo no salía de mi asombro. ¡Ni se imagina, Iván Petróvich, lo inteligente que es! Se lo ha leído todo, sabe de todo; le basta con una simple mirada y adivina todos tus pensamientos, como si fueran propios. Por algo le llamaban «el jesuita». A Natasha no le gusta que le ponga por las nubes. No te enfades, Natasha. Bueno, a lo que iba. Al principio, no me daba dinero, pero ahora sí, ayer mismo me dio. ¡Natasha! ¡Ángel mío! ¡Nuestra pobreza ha llegado a su fin! ¡Mira, mira! Todo lo que había ido deduciendo de mi asignación, como castigo, durante este último medio año, me lo entregó ayer; fijaos cuánto; yo todavía no lo he contado. ¡Mira, Mavra, cuánto dinero! ¡Ya no vamos a tener que llevar a empeñar las cucharas y los gemelos!

Se sacó del bolsillo un paquete bastante abultado de dinero, mil quinientos rublos de plata, y lo puso encima de la mesa. Mavra lo miraba satisfecha y felicitaba a Aliosha. Natasha no hacía más que apremiarle.

—Ya veis, ¿y qué podía hacer yo? —prosiguió Aliosha—. ¿Cómo iba yo a oponerme a mi padre? Es decir... os juro a ambos que, si se hubiera portado mal conmigo, si no hubiera sido tan cariñoso, ni me lo habría pensado. Le habría dicho claramente que no lo quería, que ya soy mayorcito, que soy una persona adulta, ¡y se acabó! Y podéis estar seguros de que me habría mantenido en mis trece. Pero, ahora, ¿qué queréis que le diga? A mí no me culpéis. Ya veo que tú no estás muy satisfecha, Natasha. ¿Por qué os cambiáis las miradas? Seguramente estáis pensando: qué forma de enredarlo, hay que ver qué poca firmeza. Pues sí tengo firmeza, ¡y mucha más de la que creéis! Prueba de ello es que, a pesar de mi situación, inmediatamente me dije: «Es mi deber; tengo que contárselo todo a mi padre, todo». Y empecé a hablar, y le dije lo que me pasaba, y él me escuchó.

—¿Y qué es lo que le dijiste exactamente? —preguntó intranquila Natasha.

—Pues que no necesito ninguna otra prometida, que yo ya tengo una, y ésa eres tú. Bueno, eso todavía no se lo he dicho abiertamente, pero le estuve preparando para una noticia como ésa, y mañana se lo voy a comunicar; ya está decidido. Al principio, empecé a decirle que casarse por dinero es una vergüenza y una deshonra, y que sería una estupidez que nosotros pretendiéramos pasar por aristócratas (como digo, estuve hablando con él con toda franqueza, de igual a igual). Después le expliqué que yo me considero del *tiers état*, y que el *tiers état c'est l'essentiel*<sup>[32]</sup>; que estoy orgulloso de ser igual que todo el mundo, que no necesito distinguirme de nadie... Se lo expuse con ardor, con vehemencia. Estaba asombrado de mí mismo. Por último, le demostré que también desde su punto de vista... Le dije claramente que no tenemos nada de príncipes. Sólo por nuestra cuna; pero, en el fondo, ¿qué tenemos de principesco? Para empezar, no puede decirse que seamos ricos, y la riqueza es lo principal. En la actualidad, no hay príncipe que se iguale a Rotschild. En segundo lugar, en el

auténtico gran mundo hace mucho que no han oído nada de nosotros. Mi abuelo, Semión Válkovski, fue el último que dio que hablar, pero sólo en Moscú, y para colmo por haberse quedado sin las trescientas almas que aún poseía. O sea que, si mi padre no hubiera hecho fortuna, es muy posible que los nietos hubiéramos acabado arando la tierra, como les ha pasado a otros príncipes. De modo que no tenemos de qué presumir. En resumen, le hablé de todo lo que me reconcomía, de todo, y lo hice con vehemencia, con sinceridad, y hasta pude añadir algunas cosas más. Él no replicó; se limitó a reprocharme que me hubiera alejado de la casa del conde Naínski, y después empezó a decirme que tenía que ganarme la simpatía de la princesa K., mi madrina, ya que si ésta me mostraba su afecto se me abrirían todas las puertas y mi carrera estaría garantizada y no sé cuántas cosas más. No paraba de insinuar que, desde que te conocí a ti, Natasha, me había olvidado de todos ellos, y que eso, sin duda, obedecía a tu influencia. Pero hasta ahora aún no ha hablado de ti a las claras; se diría, incluso, que trata de eludir la cuestión. Los dos nos andamos con tretas, esperando el momento propicio para sorprender al otro, pero puedes estar segura de que también a nosotros nos va a sonreír la fortuna.

—Ojalá; pero ¿cómo acabó todo? ¿Qué decisión tomó? Eso es lo más importante. Hay que ver la de vueltas que le das a todo, Aliosha...

—Cualquiera sabe: no hay forma de averiguar qué es lo que habrá decidido. Y no es verdad que dé muchas vueltas a las cosas: lo cuento tal y como fue. Lo cierto es que no decidió nada, acogió todos mis comentarios con una sonrisa, como si yo le diera lástima. Comprendo que es algo humillante, pero no me avergüenzo. «Mira — me decía—, yo estoy totalmente de acuerdo contigo; pero ¿qué te parece si vamos a ver al conde Naínski? Y espero que no se te ocurra decir allí estas cosas. Yo te entiendo, pero esa gente no te entendería.» Tengo la impresión de que últimamente a mi padre tampoco lo reciben con los brazos abiertos; por alguna razón, están enfadados con él. En general, en la alta sociedad no se le tiene mucho aprecio. De entrada, el conde me recibió con desdén, mirándome por encima del hombro, como si se hubiera olvidado por completo de que me había criado en esa casa. Claro que luego empezó a hacer memoria, es verdad. Sencillamente, estaba enfadado conmigo por mi ingratitud, pero lo cierto es que no había tal; yo en aquella casa me aburría terriblemente, así que había dejado de aparecer por allí. A mi padre también lo recibió con frialdad; con tanta frialdad que no me explico cómo puede seguir yendo a esa casa. Todo aquello me sublevó. Mi pobre padre prácticamente se ve obligado a doblar el espinazo ante ellos; comprendo que lo hace por mí, pero el caso es que a mí no me hace ninguna falta. Más tarde, quise manifestarle a mi padre todos mis sentimientos, pero me contuve. Total, ¡para qué! Sus convicciones no se las voy a hacer cambiar, lo único que voy a conseguir es enojarle; y bastante sufre él ya. «Bueno —pensé—, habrá que recurrir a la astucia; tengo que ser más astuto que ellos, haré que el conde me respete». ¿Y bien? ¡No voy a tardar en conseguirlo, en un solo día todo ha cambiado! El conde Naínski ahora mismo no sabe qué hacer conmigo. ¡Y todo esto lo

he conseguido yo solo, gracias a mi astucia, y mi padre me ha abierto sus brazos!

—Escucha, Aliosha, ¿por qué no vas al grano? —gritó impaciente Natasha—. Creía que nos ibas a contar algo que tuviera que ver con nosotros, pero ya veo que sólo te apetece hablar de cómo te luciste en casa del conde Naínski. ¡Qué me importa a mí tu conde!

—¡Cómo no te va a importar! ¿La oye usted, Iván Petróvich? ¡Dice que no le importa! Pero ¡si es lo más importante de todo! Ya verás cómo al final todo se aclara. Si me dejarais hablar... Mira, para ser sinceros, tengo que darte la razón, Natasha, y también a usted, Iván Petróvich, y debo reconocer que es posible que en algunas ocasiones yo sea muy poco juicioso, o, incluso, porque también me ha pasado a veces, que actúe sencillamente como un imbécil. Pero, en este caso, os aseguro que he demostrado mucha astucia y... eh... al fin y al cabo, hasta inteligencia. Así que pensé que a vosotros también os alegraría saber que no siempre soy igual de... igual de torpe.

—¡Ay, Aliosha, amor mío, qué cosas tienes! ¡Olvídate de eso!

A Natasha le sentaba muy mal que alguien considerara a Aliosha poco inteligente. Cada vez que yo, sin excesivos miramientos, le hacía ver a Aliosha que había hecho alguna tontería, ella se enfadaba conmigo, aunque no me dijera nada; era muy sensible al respecto. No podía soportar las humillaciones de Aliosha; en parte, posiblemente, porque ella misma era consciente de sus limitaciones. Pero nunca le daba a conocer su opinión, y tenía mucho miedo de herir su orgullo. En esas situaciones, él mostraba una especial perspicacia y siempre intuía los sentimientos ocultos de Natasha. Ella se daba cuenta y se ponía muy triste, y en seguida empezaba a adular a Aliosha y le trataba con mucho cariño. De ahí su reacción tan sentida ante las palabras que acababa de escuchar...

—¡No insistas, Aliosha! —siguió diciendo—. ¡Tú no eres nada de eso! Tan sólo eres un poco atolondrado. ¿Por qué te humillas de ese modo?

—Bueno, muy bien; pero dejadme que os siga contando. Después de aquel recibimiento en casa del conde, mi padre se puso hecho una furia conmigo. «¡Ya es suficiente!», pensaba yo. Entonces nos dirigimos a visitar a la princesa. Yo ya había oído decir hacía tiempo que está muy senil, que tiene la cabeza perdida y, para colmo, está sorda, y que adora los chuchos. Tiene la casa llena, y con tanto jaleo no oye nada de nada. A pesar de lo cual, conserva una gran influencia en las altas esferas, hasta el punto de que el propio conde Naínski, *le superbe*<sup>[33]</sup>, tiene que hacer *antichambre*<sup>[34]</sup> con ella. Así que, mientras nos dirigíamos para allá, yo ya iba planeando mis siguientes pasos. Y ¿sabéis en qué se basaban mis planes? ¡En que a mí todos los perros me adoran, os lo aseguro! Me he dado cuenta. No sé si será que poseo una especie de magnetismo, o si será porque a mí también me encantan los animales; no lo sé, pero ¡el caso es que los perros me quieren con locura! Por cierto, hablando de magnetismo, aún no te había contado, Natasha, que hace unos días estuvimos invocando espíritus; fui a ver a un espiritista. Es algo de lo más curioso, Iván

Petróvich, que me dejó muy sorprendido. Yo invoqué a Julio César.

—¡Ay, Dios mío! Pero a ti ¿qué falta te hacía Julio César? —exclamó Natasha, echándose a reír—. ¡Lo que me quedaba por oír!

—Pues me hacía... la misma falta que a cualquiera. ¿O es que yo no tengo derecho a invocar a Julio César? ¿Qué le va a pasar? ¡No es para reírse!

—No, claro, tienes razón, no le va a pasar nada... ¡Ay, amor mío! Bueno, ¿y qué te dijo Julio César?

—Pues no me dijo nada. Yo me limitaba a sujetar un lapicero, y el lapicero se movía solo por la hoja e iba escribiendo unas palabras. Según decían, el propio Julio César las estaba escribiendo. Pero yo no me lo creo.

—¿Y qué es lo que escribió?

—Pues escribió una cosa absurda, como en la obra esa de Gógol<sup>[35]</sup>... Bueno, ¡basta de bromas!

—Sí, háganos de la princesa.

—Claro, si es que no hacéis más que interrumpirme. Fuimos a ver a la princesa y, de entrada, me puse a coquetear con Mimí. Mimí es una perra vieja, antipática, de lo más desagradable, y encima es una cabezota y no para de morder. La princesa está loca por ella, no la deja ni a sol ni a sombra; se diría que las dos tienen la misma edad. Lo primero que hice fue darle golosinas a Mimí, y en cosa de diez minutos ya le había enseñado a dar la patita, algo que, en toda su vida, nadie había sido capaz de enseñarle. La princesa estaba entusiasmada, poco le faltó para echarse a llorar de alegría: «¡Mimí! ¡Mimí! ¡Dame la patita, Mimí!». Llegaba alguien: «¡Mimí sabe dar la patita! ¡Le ha enseñado mi ahijado!». Llegó el conde Naínski: «¡Dale la patita, Mimí!». A mí me miraba enternecida, con lágrimas en los ojos. Qué anciana más bondadosa; daba verdadera lástima. Vi que no había errado el tiro, y en seguida se me presentó una nueva ocasión para lisonjearla: en la tabaquera de la princesa hay un retrato suyo de cuando era soltera, hace de eso sesenta años. Resulta que se le cayó la tabaquera; yo se la recogí del suelo y dije, haciéndome el tonto: «*Quelle charmante peinture*<sup>[36]</sup>! ¡Es una belleza ideal!». Eso la hizo derretirse; quería saberlo todo sobre mí, me preguntaba dónde había estudiado y qué casas solía frecuentar, y me decía que tenía una cabellera magnífica, y mil cosas más. Yo no me quedé atrás: le conté una historia escandalosa que la hizo reír. Esas cosas le gustan; me amonestó con el dedo, pero lo cierto es que se rió mucho. Cuando me dejó marchar, me besó y me persignó, y me exigió que fuera todos los días a verla, para distraerla un poco. El conde me dio la mano, mirándome con ojos lánguidos; en cuanto a mi padre, lo creáis o no, poca gente hay más noble, más honrada, más bondadosa que él, y a punto estuvo de echarse a llorar de alegría cuando íbamos de vuelta a casa; me abrazó y le dio por sincerarse conmigo, confesándome toda clase de secretos sobre la forma de hacer carrera, los contactos, el dinero, los enemigos, aunque yo no me enteraba de muchas cosas. En ese momento fue cuando me dio el dinero. Ayer mismo ocurrió todo esto. Mañana voy otra vez a ver a la princesa; pero mi padre, insisto, es un ser de lo más

noble, no vayáis a pensar otra cosa. Si pretende apartarme de ti, Natasha, es porque le ciegan los millones de Katia, y tú no tienes ese dinero; ansía esos millones únicamente para mí, y es sólo la ignorancia la que le lleva a ser injusto contigo. Pero ¿qué padre no desea que su hijo sea feliz? Él no tiene la culpa si le han enseñado a creer que el dinero trae la felicidad. A todos les pasa lo mismo. Si se le mira desde esa perspectiva, no tarda uno en darse cuenta de que no le falta razón. De eso, precisamente, es de lo que quería tratar de convencerte, Natasha, y por eso he venido en seguida a verte, porque sé lo mucho que desconfías de mi padre. Naturalmente, no pretendo juzgarte por eso, la culpa no es tuya...

—¿Y eso es todo lo que te ha pasado? ¿Que has hecho carrera con la princesa? ¿A eso se reduce toda tu astucia? —preguntó Natasha.

—¡No, no! ¡Qué va! Eso es sólo el principio... Te he contado lo de la princesa para llegar a parar después a mi padre, pero la parte principal de la historia aún no ha empezado.

—Vamos, ¡cuéntalo de una vez!

—Hoy me ha sucedido otra cosa más, y además ha sido algo muy extraño; aún no me he repuesto de la conmoción —continuó Aliosha—. Conviene aclarar que, si bien mi padre y la condesa están de acuerdo en casarnos, oficialmente aún no se ha tomado ninguna decisión al respecto, de modo que, si no llegara a celebrarse la boda, no supondría ningún escándalo: el único que está al corriente es el conde Naínski, pero se le considera un pariente y protector. Además, a pesar de que en estas últimas dos semanas me he encontrado a menudo con Katia, hasta hoy mismo no habíamos vuelto a pronunciar una sola palabra de nuestro futuro; quiero decir, de la boda y... vaya, de nuestra relación. Por otra parte, habrá que contar, en primer lugar, con la aprobación de la princesa K., de la que se espera toda la protección posible, así como una lluvia de dinero. Lo que ella dice va a misa; tiene tantos contactos... Y a mí quieren presentarme a toda costa en sociedad y ayudarme a que me abra camino. Pero la que está más empeñada es la condesa, la madrastra de Katia. Y es que, probablemente a causa de todos sus líos en el extranjero, la princesa sigue sin recibirla. Y, mientras la princesa no se digne recibirla, siempre habrá mucha gente que tampoco la reciba. De modo que mi matrimonio con Katia puede ser una estupenda ocasión para acabar con esa situación. De ahí que la condesa, que al principio era contraria a la boda, se haya alegrado hoy tanto al saber de mi éxito con la princesa. Pero, al margen de todo eso, lo más importante es lo siguiente: a Katerina Fiódorovna ya la conocí el año pasado, pero por entonces yo no era más que un chiquillo, y no me daba cuenta de nada; por eso, en aquella ocasión no vi nada en ella...

—Lo que pasa es que entonces tú me querías más —le interrumpió Natasha—, por eso no te fijaste en ella, pero ahora...

—¡De eso nada, Natasha! —gritó Aliosha, acalorándose—. ¡Estás completamente equivocada y me duele que digas eso! No pienso replicarte siquiera; si sigues

escuchando, tú misma lo verás... ¡Ay, si conocieras a Katia! ¡Si vieras qué alma tan tierna, tan clara, tan cándida! Pero ya lo verás: tú escucha hasta el final. Hace dos semanas, cuando, poco después de la llegada de esa familia, mi padre me llevó a casa de Katia, me dio por mirarla con más atención. Me di cuenta de que ella también se fijaba en mí. Eso estimuló mi curiosidad; ya no me estoy refiriendo únicamente a mi propósito de conocerla mejor: ese propósito ya me lo había hecho cuando recibí aquella carta de mi padre, que me dejó tan sorprendido. No voy a hablar de ella, no pretendo ensalzarla; sólo quiero decir una cosa: en todo su círculo, ella constituye una excepción evidente. Tiene una naturaleza tan peculiar, es un alma tan fuerte y tan sincera, con una fuerza que surge, justamente, de su pureza, de su sinceridad, que a su lado yo no soy más que un chiquillo, un hermano pequeño, y eso que ella sólo tiene diecisiete años. Y pude advertir otra cosa: en su interior hay mucha tristeza, como si ocultara algún secreto; no es nada locuaz; en casa casi siempre está callada, parece asustada... Es como si estuviera dándole vueltas a algo. A mi padre cualquiera diría que le tiene miedo. Y me he dado cuenta de que no quiere a su madrastra; es la propia condesa la que va diciendo, por la razón que sea, que su hijastra la adora. Pero no es verdad: Katia se limita a obedecerla sin rechistar, y hace como si estuviera de acuerdo con ella; hace cuatro días, después de tantas observaciones, decidí llevar a la práctica lo que había resuelto, y esta misma tarde lo he cumplido. Y lo que he hecho ha sido contárselo todo a Katia, confesar lo ocurrido, ponerla de nuestra parte y zanjar todo este asunto de una vez...

—¡Cómo! ¿Qué tenías tú que contarle? ¿Qué había que confesar? —le preguntó Natasha intranquila.

—Todo. Absolutamente todo —respondió Aliosha—, y le doy gracias a Dios por haberme inspirado esa idea. Oídme bien. Hace cuatro días tomé una decisión: evitaros a vosotros y acabar yo solo con todo esto. Si hubiera estado con vosotros, habría tenido muchas dudas: os habría escuchado y jamás me habría decidido. En cambio, estando yo solo, habiéndome puesto en una situación en la que no tenía más remedio que convencerme a mí mismo continuamente de que necesitaba, de que *debía*, acabar con todo eso, me he armado de valor, ¡y he zanjado el asunto!

—¿Cómo? ¿Cómo ha ocurrido todo? ¡Venga, cuenta!

—¡Ha sido de lo más sencillo! Me he dirigido a ella sin titubeos, con toda franqueza, resuelto... Pero, primero, tengo que contaros otra cosa que me había pasado antes, y que me ha afectado mucho. Antes de salir de casa, mi padre ha recibido una carta. Justo en ese momento, yo me he asomado a su despacho y me he quedado en la puerta. Él no me ha visto. Aquella carta le había dejado tan aturdido que estaba hablando solo, exclamando, mientras paseaba por la habitación, fuera de sí. Por fin, ha estallado en una carcajada, sin soltar la carta. Yo no me atrevía a entrar; he esperado unos segundos, y por fin me he acercado. Por alguna razón, mi padre estaba contento, muy contento; se ha dirigido a mí en un tono algo extraño; después se ha interrumpido bruscamente y me ha mandado prepararme para salir de

inmediato, a pesar de que era muy temprano aún. Hoy no había visitas. Sólo estábamos nosotros, así que no tenías razón, Natasha, al pensar que había una fiesta. No te han informado bien...

—Ay, Aliosha, no te apartes del tema, te lo ruego; ¡dinos lo que le has contado a Katia!

—Por fortuna, nos han dejado solos par de horas. Yo, sencillamente, le he hecho ver que, aunque pretenden casarnos, nuestra boda es imposible; que ella cuenta con todas mis simpatías y que ella es la única que me puede salvar. En ese momento se lo he confesado todo. Imagínate: ¡ella no tenía ni idea de nuestra historia, de mi relación contigo, Natasha! Si hubieras visto hasta qué punto se ha conmovido; al principio, parecía incluso asustada. Se ha quedado pálida. Yo le he contado toda nuestra historia: que habías abandonado tu hogar por mí, que vivíamos juntos, que ahora lo estábamos pasando muy mal y todo nos daba miedo, y que habíamos decidido recurrir a ella (hablaba también en tu nombre, Natasha) para que nos apoyara y le dijera claramente a su madrastra que no deseaba casarse conmigo, que de eso dependía nuestra salvación y que no podíamos esperar nada más de nadie. Me ha escuchado con gran interés, con enorme simpatía. ¡Qué maravilla de ojos tenía en esos momentos! Su alma entera se asomaba a esos ojos. Tiene unos ojos totalmente azules. Me ha agradecido que haya confiado en ella y me ha dado su palabra de que va a ayudarnos con todas sus fuerzas. Después, ha empezado a preguntarme por ti, decía que tiene muchas ganas de conocerte; me ha pedido que te diga que te quiere como a una hermana y que le gustaría que tú también la quisieras a ella como a una hermana. Y, en cuanto se ha enterado de que llevaba ya cuatro días sin verte, ha empezado a meterme prisa y a decirme que viniera aquí...

Natasha estaba emocionada.

—¡Y tú venga a contarnos tus hazañas con esa princesa sorda! ¡Ay, Aliosha, Aliosha! —exclamó, dirigiéndole una mirada de reproche—. ¿Y cómo se ha quedado Katia? ¿Estaba contenta, estaba alegre cuando os habéis despedido?

—Sí, estaba contenta por tener la ocasión de llevar a cabo una acción tan noble, aunque se ha echado a llorar. ¡Y es que ella también me quiere, Natasha! Ha reconocido que estaba empezando a enamorarse de mí; que no tiene trato con la gente, y que hace ya tiempo que me aprecia. Que se había fijado en mí sobre todo porque en su entorno todo es malicia y mentira, y yo le había parecido honrado y sincero. Se puso de pie y me dijo: «Que Dios le acompañe, Alekséi Petróvich, aunque yo creía que...». No acabó la frase: se echó a llorar y se marchó. Habíamos quedado en que mañana mismo le va a decir a su madrastra que no quiere casarse conmigo, y que yo, por mi parte, tengo que hablar con mi padre y exponérselo todo con firmeza y decisión. Me ha reprochado que no se lo haya dicho todavía: «¡Un hombre honrado no debe tenerle miedo a nada!». Cuánta nobleza hay en ella. Tampoco le gusta mi padre; dice que es un hombre taimado, y que sólo le interesa el dinero. Yo intenté defenderlo, pero no me creyó. Si mañana fracaso con él (y ella debe de pensar que

voy a fracasar), está de acuerdo entonces en recurrir al amparo de la princesa K. De ese modo, nadie se atreverá a ponerse en nuestra contra. Katia y yo nos hemos hecho la promesa de ser como hermanos. Ah, si te contara toda su historia, lo infeliz que es, cómo aborrece su vida con su madrastra, todo ese ambiente... No es que me lo dijera abiertamente, era como si también a mí me tuviera miedo, pero lo deduje por algunas de sus palabras. ¡Natasha, amor mío! ¡En cuanto te conozca, seguro que te coge mucho cariño! ¡Tiene tan buen corazón! ¡Es todo tan fácil con ella! Vosotras dos estáis hechas para ser como hermanas y tenéis que quererlas la una a la otra. No he hecho más que pensar en todo esto. Y lo cierto es que me gustaría juntaros a las dos, y quedarme a vuestro lado admirándoos. No vayas a pensar cosas raras, Natáshechka, y déjame que hable de ella. Contigo es con quien más me apetece hablar de ella, igual que con ella me apetece hablar de ti. Sabes que a ti te quiero más que a nadie, más que a ella... ¡Tú lo eres todo para mí!

Natasha lo miraba en silencio, con una mezcla de ternura y tristeza. Sus palabras la halagaban, pero también parecían hacerla sufrir.

—Y hace ya tiempo, desde hace dos semanas, que siento tanto aprecio por Katia —prosiguió Aliosha—. Si es que iba a visitar a su familia cada tarde. De vuelta a casa, no hacía más que pensar en vosotras dos, y no dejaba de compararos.

—Y ¿cuál de las dos salía mejor parada? —preguntó Natasha con una sonrisa.

—A veces tú, a veces ella. Pero al final tú siempre salías ganando. Aunque, cuando hablo con ella, tengo siempre la sensación de que, en cierto sentido, me vuelvo mejor, más sabio, más noble. Pero ¡mañana, mañana se resolverá todo!

—¿Y no te da pena de ella? Porque ella te quiere; ¿no decías que te habías dado cuenta de eso?

—¡Sí, Natasha, sí me da pena! Pero nos vamos a querer los tres, y entonces...

—Y entonces ¡adiós! —dijo Natasha en voz baja, como hablando para sí. Aliosha la miró con perplejidad.

Pero nuestra conversación se vio interrumpida de un modo completamente inesperado. En la cocina, que hacía también las veces de recibidor, se oyó un ligero murmullo, como si hubiera entrado alguien. Poco después, Mavra abrió la puerta y, muy discretamente, empezó a hacer señas a Aliosha, llamándolo.

Todos nos volvimos hacia ella.

—Aquí hay alguien que pregunta por ti, por lo visto —dijo en un tono un tanto misterioso.

—¿Quién puede preguntar por mí a estas horas? —comentó Aliosha, mirándonos perplejo—. ¡Voy!

En la cocina se encontró con un lacayo de su padre, vestido con librea. Volviendo a casa en carruaje, el príncipe había ordenado hacer una parada al pie de la vivienda de Natasha y había mandado al lacayo a averiguar si Aliosha estaba ahí. El lacayo se limitó a informar de esto y se volvió a marchar.

—¡Qué raro! Nunca había hecho esto —dijo Aliosha, mirándonos desconcertado

—. ¿Qué pasará?

Natasha le miraba intranquila. De pronto, Mavra volvió a abrir la puerta.

—¡Viene el príncipe en persona! —susurró a toda prisa y desapareció de inmediato.

Natasha palideció y se puso de pie. De pronto, los ojos se le encendieron. Se quedó de pie, apoyándose ligeramente en la mesa, y miraba con inquietud a la puerta, por la que estaba a punto de entrar aquel huésped al que nadie había invitado.

—No temas, Natasha, ¡estás conmigo! No voy a consentir que te ofenda —le susurró Aliosha, que estaba turbado, pero conservaba su entereza.

La puerta se abrió, y en el umbral apareció el príncipe Váلكovski en persona.

## II

Nos dirigió una rápida y atenta mirada. Esa mirada no permitía adivinar aún si había llegado como amigo o como enemigo. Describiré detalladamente su aspecto. Aquella noche me causó una profunda impresión.

Yo ya lo había visto anteriormente. Era un individuo de unos cuarenta y cinco años, no más, con unos rasgos correctos, de gran belleza, cuya expresión variaba en función de las circunstancias, y lo hacía de un modo tajante, completo, con una rapidez insólita: tan pronto parecía de lo más agradable como se mostraba sombrío o disgustado, como si alguien hubiera accionado un resorte. El impecable óvalo del rostro, ligeramente atezado; la magnífica dentadura; los labios, pequeños y bastante finos, bellamente perfilados; la recta nariz, algo alargada; la frente despejada, en la que no se veía ni una sola arruga; los ojos pardos, bastante grandes; todo esto hacía de él un hombre bastante apuesto, a pesar de que, al mismo tiempo, su rostro no transmitía una sensación agradable. Y eso se debía a que su expresión nunca parecía genuina, sino que resultaba siempre afectada, premeditada, ajena, y quien lo contemplaba desarrollaba la vaga convicción de que jamás llegaría a descubrir cuál era su auténtica expresión. Mirándolo atentamente, uno empezaba a sospechar que, bajo una perpetua máscara, se escondía algo pérfido, taimado, egoísta en grado sumo. Lo que más llamaba la atención eran sus hermosos ojos, grises y despejados. Se diría que sólo esos ojos eran incapaces de someterse por completo a su voluntad. Él habría deseado observar con dulzura y suavidad, pero los rayos de su mirada parecían dividirse, y entre los rayos suaves y dulces centelleaban otros crueles, desconfiados, inquisitivos, malignos... Era un hombre bastante alto, bien proporcionado, aunque algo flaco, y aparentaba muchos menos años de los que tenía. Prácticamente no había ninguna cana en sus suaves cabellos, de tono castaño claro. Sus orejas, sus manos, sus pies, eran dignos de admiración. Era la suya una belleza puramente racial. Vestía con elegancia refinada y con frescura, aunque con ciertas concesiones al gusto juvenil, algo que, por cierto, le sentaba muy bien. Parecía el hermano mayor de Aliosha. En todo caso, nadie habría pensado nunca que pudiera tener un hijo de esa edad.

Se acercó directamente a Natasha y le dijo, mirándola con dureza:

—Mi presencia en esta casa, a estas horas, y sin haberme anunciado de antemano, es algo extraña y no se ajusta a las reglas habituales; pero confío en que usted concederá que, al menos, soy capaz de admitir lo excéntrico de mi comportamiento. Yo también sé con quién estoy tratando: sé que es usted tan perspicaz como noble. Sólo le pido que me conceda diez minutos, con la esperanza de que pueda comprenderme y justificarme.

Dijo todo esto con solemnidad, pero también haciendo un esfuerzo y en un tono algo apremiante.

—Siéntese —dijo Natasha, que todavía no se había librado de la turbación inicial

y de cierto temor.

Inclinó levemente la cabeza y se sentó.

—Permítame, ante todo, que le diga un par de cosas —empezó, señalando a su hijo—. Al poco de marcharte, Aliosha, sin esperarme y sin despedirte siquiera, le comunicaron a la condesa que Katerina Fiódorovna se encontraba mal. La condesa ya estaba dispuesta a ir corriendo a averiguar qué le había ocurrido cuando la propia Katerina Fiódorovna apareció de pronto, muy agitada y abatida. Nos dijo, sin más preámbulos, que no puede convertirse en tu esposa. También dijo que iba a ingresar en un convento, que le habías pedido su ayuda y le habías confesado que amas a Natalia Nikoláievna... Esta declaración tan increíble de Katerina Fiódorovna y, por añadidura, en un momento así, era consecuencia de las explicaciones, verdaderamente estrambóticas, que acababas de darle. Parecía estar fuera de sí. Como podrás comprender, la noticia me ha afectado profundamente. Al pasar por aquí cerca, he visto que había luz en sus ventanas —prosiguió, dirigiéndose a Natasha—. En ese momento se ha apoderado de mí una idea que me rondaba ya hacía tiempo, con tanta fuerza que no he sido capaz de contener mis impulsos y he decidido subir a verles. ¿Con qué fin? Ahora voy a ello, pero quisiera pedirles de antemano que no se sorprendan si hay cierta brusquedad en mis explicaciones. Ha sido todo tan repentino...

—Espero que sabré entender todo lo que usted diga y... valorarlo debidamente —dijo titubeando Natasha.

El príncipe la observó con atención, como si tuviera prisa por analizarla íntegramente en cuestión de segundos.

—Confío en su perspicacia —siguió diciendo— y, si me he tomado la libertad de venir a su casa en este momento, ha sido precisamente porque sabía con quién iba a tratar. Hace ya tiempo que la conozco, por más que en ciertos momentos haya podido ser injusto con usted. Escuche: usted sabe de las desavenencias que, desde hace ya mucho tiempo, tengo con su padre. No pretendo justificarme; es posible que, en mi relación con él, haya más cosas de las que arrepentirme de las que yo mismo pensaba. Pero, en tal caso, yo era el primer engañado. Soy un hombre desconfiado, lo reconozco. Me inclino siempre a sospechar que estoy en presencia de algo malo, jamás de algo bueno: es un rasgo desgraciado de mi carácter, propio de un corazón endurecido. Aunque no acostumbro a disimular mis defectos. Yo había dado crédito a todas aquellas falacias, así que, cuando usted dejó la casa de sus padres, me asusté por Aliosha. Pero yo a usted aún no la conocía. Todo lo que fui averiguando poco a poco me permitió recobrar el ánimo. Me dediqué a observar y a investigar, y finalmente llegué al convencimiento de que mis sospechas eran infundadas. Me enteré de que usted se había peleado con su familia; también sé que su padre se opone con todas sus fuerzas a su matrimonio con mi hijo. Ya el solo hecho de que usted, teniendo tal influencia, tal poder, podríamos decir, sobre Aliosha, no se haya aprovechado hasta ahora de ese poder y no le haya obligado a casarse con usted, dice

mucho en su favor. Pero, a pesar de todo, lo reconozco sin tapujos, había decidido hacer todo lo que estuviera en mi mano para impedir su matrimonio con mi hijo. Sé que me estoy expresando con excesiva franqueza, pero en estos momentos lo más importante es que sea sincero; cuando haya escuchado todo lo que le tengo que decir, usted misma me dará la razón. Poco después de que usted hubiera abandonado su casa, yo me marché de San Petersburgo; pero, al marcharme, ya no temía por Aliosha. Confiaba en su noble orgullo: era consciente de que usted sería la primera en no querer casarse con mi hijo mientras no quedaran zanjadas nuestras desavenencias familiares, y de que no desearía sembrar la discordia entre nosotros dos, puesto que yo nunca le habría perdonado a Aliosha que se casara con usted; también era consciente de que trataría de evitar que la gente afirmara que lo único que buscaba era el matrimonio con un príncipe y entrar a formar parte de nuestra casa. Al contrario, usted no disimulaba su desprecio por nosotros y acaso esperaba el momento en que yo viniera a rogarle que nos honrara otorgándole su mano a mi hijo. Pero, de todos modos, mi rechazo hacia usted seguía siendo firme. No tengo por qué justificarme, pero no voy a ocultarle mis razones. Son éstas: no tiene usted ni dinero ni títulos. Y, aunque yo tenga una fortuna, nos hace falta más. Somos una familia en decadencia. Necesitamos contactos y dinero. La hijastra de la condesa Zinaída Fiódorovich, aunque no está bien relacionada, es muy rica. A poco que nos demorásemos, aparecerían los cazafortunas y nos dejarían sin novia; y no podíamos perder una ocasión como ésta: a pesar de que Aliosha es aún muy joven, había decidido casarlo. Como ve, no le oculto a usted nada. Puede mirar con desprecio a este padre que admite que, movido por la codicia y los prejuicios, había inducido a su hijo a dar un mal paso: porque dejar a una muchacha generosa, que lo ha sacrificado todo por él y que tantas cosas le tiene que perdonar, es dar un mal paso. Pero no estoy tratando de justificarme. La segunda razón para el matrimonio de mi hijo con la hijastra de la condesa Zinaída Fiódorovna es que se trata de una muchacha digna, en grado sumo, de amor y respeto. Es una joven bonita, muy bien educada, con un magnífico carácter y muy sensata, a pesar de que en muchos sentidos aún no sea más que una chiquilla. Aliosha no tiene personalidad, es superficial y nada razonable; a sus veintidós años sigue comportándose como un niño pequeño, sin otra virtud que su buen corazón, una cualidad que puede resultar peligrosa en vista de sus defectos. Hace ya tiempo que vengo notando que mi influencia sobre él empieza a debilitarse: la fogosidad juvenil, los impulsos propios de la edad reclaman lo que es suyo e incluso se imponen a sus auténticas obligaciones. Tal vez le quiera más de la cuenta, pero estoy convencido de que yo apenas puedo ya orientar sus pasos, y al mismo tiempo sé que necesita de una influencia firme y positiva. Tiene una naturaleza dependiente, débil, afectuosa, más inclinada a aceptar de buen grado y obedecer que a mandar. Y así será hasta que se muera. Puede usted imaginarse cómo me alegré al ver en Katerina Fiódorovna a esa muchacha ideal que siempre había deseado como mujer para mi hijo. Pero ya era demasiado tarde cuando me alegré; él ya estaba sometido a

otro influjo indestructible: el de usted. Hace un mes, cuando regresé a San Petersburgo, me dediqué a observarlo atentamente, y me quedé sorprendido al detectar que había experimentado una notable mejoría. Su superficialidad, su infantilismo, apenas habían cambiado, pero habían arraigado en él ciertas tendencias nobles; vi que empezaba a interesarse por algo más que por los meros pasatiempos, también se preocupaba por asuntos más elevados, magnánimos, nobles. Sus ideas podían resultar extrañas, vacilantes, a menudo disparatadas; pero sus deseos, sus inclinaciones, su corazón, habían mejorado, y ésa es la base de todo lo demás. Sin duda alguna, toda esa mejoría venía de usted. Usted le ha vuelto a educar. Confieso que, en esos momentos, me cruzó por la cabeza la idea de que era usted la persona indicada para hacerle feliz. Pero en seguida descarté esa idea, no necesitaba esa clase de ideas. Lo que tenía que hacer era apartarle de usted a toda costa; empecé a actuar y llegué a pensar que había conseguido mi objetivo. Hasta hace una hora todavía creía que me había alzado con la victoria. Pero los acontecimientos en casa de la condesa han alterado súbitamente todos mis presupuestos, y lo que más me ha afectado ha sido un hecho inesperado: la extraña seriedad de Aliosha, la firmeza del cariño que siente por usted, la tenacidad, la vitalidad de sus sentimientos. Le repito que usted ha vuelto a educarlo definitivamente. De pronto me he dado cuenta de que la transformación que había experimentado había ido más lejos de lo que suponía. Hoy, de pronto, me ha dado muestras de una inteligencia que yo no podía adivinar en él en modo alguno, así como una insólita sutileza, una perspicacia en sus sentimientos. Ha elegido el camino más justo para salir de una situación que consideraba embarazosa. Ha sacudido y despertado las más nobles capacidades del corazón humano, en particular la capacidad de perdonar, de responder con magnanimidad ante el daño sufrido. Se ha puesto en manos de una criatura a la que él mismo había agraviado y ha acudido a ella para pedirle compasión y ayuda. Ha herido el amor propio de una mujer que le amaba, confesándole abiertamente que tenía una rival, y a la vez ha despertado su simpatía por esa rival, obteniendo para sí mismo el perdón y la promesa de una amistad fraterna y desinteresada. Sincerarse de esa manera, sin insultar a la otra persona, sin ofenderla, es algo de lo que en ocasiones ni los mayores sabios son capaces: sólo quienes tienen un corazón lozano, puro, bien orientado, como el suyo, pueden lograrlo. Estoy convencido de que usted, Natalia Nikoláievna, no ha intervenido en su actuación de hoy, ni con palabras ni con consejos. Posiblemente, mi propio hijo se lo habrá contado todo hace apenas un rato. ¿No es así? ¿Me equivoco?

—No se equivoca usted —admitió Natasha. Tenía el rostro encendido y había un extraño brillo en sus ojos, como si se encontrara en un estado de inspiración. La dialéctica del príncipe había empezado a hacer efecto—. Llevaba cinco días sin ver a Aliosha —añadió—. Todo esto se le ha ocurrido a él y lo ha hecho él solo.

—No podía ser de otra manera —afirmó el príncipe—; a pesar de lo cual, toda esta repentina sagacidad en él, toda esta determinación, esta conciencia del deber, en

fin, toda esta noble firmeza es consecuencia de la influencia que usted ha ejercido sobre él. No he acabado de caer en la cuenta de todo eso hasta hace unos momentos, mientras iba reflexionando de camino a casa, y ha sido justo entonces cuando me he sentido con fuerzas para tomar una decisión. Nuestro enlace con la familia de la condesa ha quedado roto y no es posible restaurarlo; e incluso aunque así fuera, ya no tendría razón de ser. Qué remedio, si yo mismo me he convencido de que sólo usted puede hacerle feliz, de que usted es la persona que realmente ha guiado a mi hijo, ¡de que usted ha dado comienzo a su futura dicha! No le he ocultado nada; no lo voy a hacer ahora: tengo en alta estima las carreras, el dinero, los títulos, las categorías; soy consciente de que en gran parte todo eso no son más que prejuicios, pero me gustan esos prejuicios y, decididamente, no quiero acabar con ellos. Pero en determinadas circunstancias es preciso dejar paso a otras consideraciones, sabiendo que no se puede medir todo por el mismo rasero... Aparte de eso, quiero a mi hijo con fervor. En resumen, he llegado a la conclusión de que Aliosha no debe separarse de usted, porque eso supondría su perdición. Me cuesta reconocer que, posiblemente, hace un mes ya había tomado esta decisión, pero sólo hace un momento he descubierto que se trataba de la decisión más justa. Naturalmente, para manifestarle todo esto podría haberla visitado mañana, en vez de venir a molestarla a estas horas, cerca ya de medianoche. Pero mi precipitación tal vez sirva para demostrarle con qué entusiasmo y, lo que es más importante, con qué sinceridad encaro este asunto. No soy ningún niño, a mis años sería incapaz de dar ningún paso sin haberlo meditado largamente. Al entrar aquí, todo estaba ya decidido y pensado. Pero tengo la sensación de que voy a tener que esperar mucho tiempo para convencerla plenamente de mi sinceridad... Bueno, ¡al grano! ¿Tendré que explicarle qué es lo que me ha traído hasta aquí? He venido a cumplir mi deber con usted, así que... con toda solemnidad, con todo mi ilimitado respeto por usted, le ruego que haga feliz a mi hijo y le conceda su mano. Oh, no vaya usted a pensar que me he presentado aquí como un padre severo que por fin ha decidido perdonar a sus hijos y que acepta, compasivo, su dicha. ¡No, no! Me humilla usted si me atribuye tales pensamientos. Tampoco vaya usted a creer que yo ya contaba de antemano con su conformidad, basándome en los enormes sacrificios que había hecho por mi hijo; ¡no, no, en absoluto! Antes diré bien alto que él no es digno de usted y... Es bondadoso y franco... él mismo lo puede corroborar. Pero eso es lo de menos. Lo que me ha traído hasta aquí, a estas horas, no es eso únicamente... He venido... —se levantó de su asiento respetuosamente y con cierta solemnidad— ... ¡he venido con el propósito de que seamos amigos! ¡De sobra sé que no tengo ningún derecho, todo lo contrario! Pero ¡permítame hacerme acreedor a ese derecho! ¡Permítame abrigar esa esperanza!

Se inclinó respetuosamente ante Natasha y se quedó esperando una respuesta.

Mientras estuvo hablando, yo no dejé de observarlo atentamente. Él se había dado cuenta.

Había pronunciado su discurso con frialdad, con ciertas pretensiones dialécticas, e

incluso, en ocasiones, con algún desdén. A veces, el tono no se había correspondido siquiera con el arrebató que lo había impulsado a reunirse con nosotros a esas horas, tan poco adecuadas para tratarse de una primera visita, especialmente dadas las circunstancias. Algunas de sus expresiones las había subrayado de un modo evidente, y en ciertas fases de su largo discurso, de una extensión insólita, se había esforzado por presentarse como un individuo extravagante, que trataba de ocultar un sentimiento que pugnaba por salir a la superficie bajo una máscara de humor, desdén y burla. Pero no reparé en todo eso hasta más tarde; por el momento me ocupaban otros asuntos. Había pronunciado sus últimas palabras con tal animación, con tal sentimiento, dando tal sensación de respeto sincero por Natasha que nos conquistó a todos. Incluso algo parecido a las lágrimas apareció fugazmente en sus ojos. Natasha, imitándole, se puso de pie y después, en silencio, profundamente conmovida, le tendió su mano. Él la tomó y se la besó con delicadeza y sentimiento. Aliosha no cabía en sí de alegría.

—¿Qué te había dicho, Natasha? —exclamó—. ¡Y tú no me creías! ¡No estabas dispuesta a creer que se trata del hombre más noble del mundo! ¡Ahora ya lo estás viendo!

Se abalanzó hacia su padre y lo abrazó con fervor. El príncipe le correspondió, pero se apresuró a abreviar tan tierna escena, como si le diera vergüenza mostrar sus sentimientos.

—Ya es suficiente —dijo, y recogió su sombrero—, me marchó. Le había pedido diez minutos y ya ha pasado una hora —añadió con una sonrisa—. Pero me marchó impaciente por volver a verla a la mayor brevedad. ¿Me permite venir a visitarla a menudo?

—¡Sí, sí! —respondió Natasha—. ¡Tan a menudo como le sea posible! Me gustaría... llegar a quererle cuanto antes... —añadió turbada.

—¡Qué sincera es usted, qué honrada! —dijo el príncipe, sonriendo ante sus palabras—. No trata usted de disimular, mostrando una vulgar gentileza. Pero su franqueza es preferible a todas esas falsas galanterías. ¡Sí! Confieso que voy a necesitar mucho tiempo para hacerme acreedor a su cariño.

—Basta ya de elogios... ¡ya es suficiente! —murmuró Natasha, confusa. ¡Qué hermosa estaba en esos momentos!

—Como quiera —admitió el príncipe—. Pero permítame un par de palabras más sobre esta cuestión. Imagínese lo mal que me siento. Porque el caso es que mañana no puedo venir a visitarla; ni mañana ni pasado mañana. Esta misma tarde he recibido una carta, muy importante para mí: se requiere mi intervención inmediata en un asunto, y me es totalmente imposible sustraerme a él. Mañana por la mañana me voy de San Petersburgo. Por favor, no vaya usted a pensar que he venido tan tarde precisamente porque mañana no tengo tiempo, ni mañana ni pasado. Naturalmente, usted no lo piensa, pero ya lo ve: ¡aquí tiene una muestra de mi desconfianza! ¿Por qué me ha parecido a mí que tenía usted que pensar eso? Sí, esta actitud de

desconfianza me ha pesado mucho en la vida, y es posible que todas mis disensiones con su familia hayan sido una consecuencia de este carácter mío tan deplorable... Hoy estamos a martes. Miércoles, jueves y viernes voy a estar fuera de San Petersburgo. El sábado mismo espero estar de vuelta y ese mismo día vendré a verla. Dígame: ¿puedo pasar aquí toda la velada?

—¡Sí, sí, por supuesto! —exclamó Natasha—. ¡El sábado por la tarde le espero! ¡Le espero impaciente!

—¡Qué alegría! ¡Así podré conocerla cada vez mejor! Bueno... me voy... Pero no puedo irme sin estrechar su mano —continuó, dirigiéndose a mí de repente—. ¡Disculpe! Ya sólo decimos cosas incoherentes... Ya he tenido el placer de verle en algunas ocasiones, e incluso nos han presentado. No puedo marcharme de aquí sin expresarle lo mucho que me ha agradado volver a encontrarme con usted.

—Es cierto que nos habíamos visto —respondí, dándole la mano—, pero, discúlpeme, no recuerdo que nos hayan presentado.

—El año pasado, en casa del príncipe R.

—Disculpe, lo había olvidado. Pero le aseguro que esta vez no se me olvidará. Esta noche ha sido memorable para mí.

—Sí, tiene usted razón, también para mí. Sé desde hace tiempo que es usted un amigo sincero, un verdadero amigo de Natalia Nikoláievna y de mi hijo. Espero llegar a ser uno más entre ustedes. ¿No les parece? —añadió, volviéndose hacia Natasha.

—¡Sí, es un amigo sincero, y tenemos que estar todos unidos! —respondió Natasha con profunda emoción. ¡Pobrecilla! Qué contenta se había puesto al ver que el príncipe no se olvidaba de dirigirse a mí. ¡Cuánto me quería!

—He conocido a mucha gente que reverencia su talento —siguió diciendo el príncipe—; y entre mis amistades se cuentan dos de sus más rendidas admiradoras. Estarán encantadas de conocerle en persona. Se trata de mi queridísima amiga la condesa y de su hijastra, Katerina Fiódorovna Filimónova. Confío en que no me negará usted el placer de presentarle a esas damas.

—Es una propuesta muy halagüeña, aunque ahora mismo apenas hago vida social...

—En ese caso, puede usted darme su dirección. ¿Dónde vive usted? Será un placer para mí...

—No recibo en casa, príncipe; al menos no en estos tiempos.

—No merezco que haga una excepción conmigo, pero...

—Si así lo desea, yo estaría encantado. Vivo en el callejón M., en la casa de Klugen.

—¡En la casa de Klugen! —exclamó; parecía sorprendido—. ¡Cómo! Y usted... ¿lleva mucho tiempo viviendo allí?

—No, no mucho —respondí, y le miré atentamente, casi sin darme cuenta—. Mi apartamento es el número 41.

—¿En el 41? ¿Vive usted... solo?

—Completamente solo.

—Ya. Se lo decía, porque... en fin, resulta que conozco esa casa. Mejor así... Iré sin falta a verle, ¡sin falta! Tengo muchas cosas que comentarle, espero mucho de usted. Le estaré muy agradecido. Ya ve usted: desde el primer momento, ya estoy pidiendo favores. Bueno, ¡hasta la vista! ¡Aquí tiene mi mano otra vez!

Nos dio la mano a Aliosha y a mí, volvió a besar la mano de Natasha y salió, sin invitar a Aliosha a acompañarle.

Nos quedamos los tres completamente atónitos. Había sido todo tan inesperado, tan repentino. Nos dábamos cuenta de que todo había cambiado en un instante, de que empezaba algo nuevo, desconocido. Aliosha, sin hablar, se sentó junto a Natasha y le besó la mano en silencio. De vez en cuando la miraba a la cara, pendiente de lo que pudiera decir.

—Aliosha, cariño, ve mañana mismo a ver a Katerina Fiódorovna —se decidió por fin a hablar.

—Eso mismo pensaba yo —contestó—; iré sin falta.

—¿No le resultará duro verte? ¿Qué puedes hacer en ese caso?

—No sé, querida. También lo había pensado. Ya veremos... Iré a ver qué pasa... y ya tomaré una decisión. Bueno, Natasha, ahora sí que ha cambiado nuestra situación —dijo Aliosha, que no se resistía a hacer un comentario.

Ella le sonrió y le dirigió una mirada larga y cariñosa.

—Qué delicadeza la suya. Ha visto en qué casa tan modesta vives, y no ha dicho ni palabra...

—¿De qué?

—Bueno... de mudarte a otra vivienda... o algo así —añadió Aliosha, ruborizándose.

—Ya basta, Aliosha, ¿a qué viene eso?

—Es lo que yo decía, que ha tenido mucha delicadeza. ¡Y te ha puesto por las nubes! Si ya te lo había dicho yo... ¡ya te lo había dicho! En cambio, hablaba de mí como si no fuera más que un niño; es lo que piensan todos de mí. Qué se le va a hacer, realmente, es lo que soy.

—Eres un niño, pero eres más listo que nadie. ¡Mi buen Aliosha!

—Y ha dicho que tener buen corazón me perjudica. ¿Qué querría decir? No lo entiendo. ¿Sabes, Natasha? Creo que tendría que ir ahora mismo a verle. Estaré aquí contigo a primera hora de la mañana.

—Anda, sí, vete, cariño. Bien pensado. Y no dejes de entrar a verle, ¿me oyes? Y mañana ven a verme en cuanto puedas. Ahora no tendrás que pasarte cinco días alejado de mí —añadió con picardía, mirándole con ternura. Los tres nos encontrábamos en un estado de alegría callada, pero plena.

—¿Me acompañas, Vania? —gritó Aliosha, saliendo del cuarto.

—No, él se queda; tengo que hablar contigo, Vania. No te olvides: ¡a primera

hora!

—¡A primera hora! ¡Adiós, Mavra!

Mavra estaba muy agitada. Había oído el discurso entero del príncipe; no se había perdido palabra, pero no había comprendido demasiado. Le habría gustado hacer sus conjeturas e interrogarnos. Pero por el momento se limitaba a mirarnos muy seria, con altivez incluso. También ella se daba cuenta de que muchas cosas habían cambiado.

Nos quedamos los dos solos. Natasha me cogió de la mano y estuvo un momento en silencio, como buscando lo que iba a decir.

—¡Qué cansada estoy! —dijo al fin con voz débil—. Dime una cosa: ¿puedes ir mañana a ver a mis padres?

—Sin falta.

—Cuéntaselo a mamá, pero *a él* no le digas nada.

—De todos modos, nunca le hablo de ti.

—Eso es; aunque se va a enterar de todos modos. Y tú estate pendiente de lo que dice. ¿Cómo se lo tomará? ¡Ay, Señor! ¿Será posible que me maldiga por esta boda? ¡No, no puede ser!

—Al príncipe le toca arreglarlo todo —me apresuré a sugerir—. Tiene la obligación de reconciliarse con él, y entonces todo se arreglará.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ojalá! ¡Ojalá! —exclamó suplicante.

—No te preocupes, Natasha, ya verás cómo todo se arregla. Todo irá bien.

Natasha me miró fijamente.

—¡Vania! ¿Qué piensas tú del príncipe?

—Si ha sido sincero, en mi opinión, es un hombre de una gran nobleza.

—¿Si ha sido sincero? ¿Qué quieres decir? ¿Es que ha podido no serlo?

—Eso me ha parecido —contesté. «Indudablemente, algo se le pasa por la cabeza —pensé—. ¡Qué raro!»

—Tú no hacías más que mirarle... tan fijamente...

—Sí, es un individuo algo extraño; esa impresión me ha dado.

—A mí también. Dice todo de una manera que... Estoy cansada. Anda, vete tú también a casa. Y mañana ven a verme, si puedes, antes que nadie. Y dime otra cosa: ¿tú crees que ha podido sentirse ofendido cuando le he dicho que me gustaría llegar a quererle cuanto antes?

—No... Ofendido ¿por qué?

—Y... ¿no habrá sido una tontería? Porque así le he dado a entender que, por ahora, aún no le quiero.

—Al contrario, ha sido algo muy bonito, ha parecido ingenuo, espontáneo. ¡Estabas tan guapa en esos momentos! Más tonto será él si no es capaz de entenderlo con toda su nobleza.

—Se diría que estás enfadado con él, Vania. Yo sí que me porto mal, ¡no soy más que una desconfiada y una presuntuosa! No te rías; no quiero ocultarte nada. ¡Ay,

Vania, mi querido amigo! Ya sé yo que, si vuelvo a ser infeliz, si la tristeza regresa, seguro que estarás a mi lado; puede que no haya nadie más, pero ¡tú estarás ahí! ¡Es tanto lo que te debo! ¡No me maldigas nunca, Vania!

De vuelta a casa, me desvestí en seguida y me acosté. Mi cuarto estaba húmedo y oscuro, como una tumba. Me asaltaron toda clase de extraños pensamientos y sensaciones, y tardé mucho en dormirme.

Seguramente en aquellos momentos sólo un hombre se estaría riendo, mientras aguardaba el sueño en su confortable cama; siempre y cuando, claro está, se dignara reírse de nosotros. ¡Seguro que no!

### III

A la mañana siguiente, a eso de las diez, cuando salía precipitadamente a la calle para ir a casa de los Ijménev, en la isla Vasílievski, con la intención de ir luego desde allí a casa de Natasha, me encontré de repente en el portal con la nieta de Smith, que ya me había visitado el día anterior. Quería verme. No sé por qué, pero recuerdo que me alegró mucho encontrarme con ella. La víspera apenas había tenido tiempo de fijarme en ella, y en esos momentos me llamó todavía más la atención. Realmente, no era fácil toparse con una criatura menos corriente, más singular, al menos por su aspecto. Menuda, con unos brillantes ojos negros que no parecían rusos, con una espesísima melena morena y una mirada misteriosa, callada y obstinada, cualquiera que pasara por la calle habría reparado en ella. Lo más llamativo, precisamente, era su mirada: en ella se reflejaba su inteligencia, así como cierto recelo inquisitivo que rayaba en la desconfianza. Visto así, a la luz del día, su viejo y sucio vestido parecía aún más andrajoso. Me dio la impresión de que era víctima de alguna enfermedad de curso lento, tenaz y prolongada, que de forma gradual, pero implacable, acabaría por destruir su organismo. Su cara, pálida y delgada, tenía un tono cetrino, bilioso, que no parecía natural. No obstante, en conjunto, pese a todas sus deformidades, fruto de la miseria y la enfermedad, no era nada fea. Tenía unas cejas bien marcadas, finas y bonitas, pero lo más atractivo eran su frente alargada, aunque algo baja, y sus labios, bellamente delineados, con una comisura orgullosa y rotunda, a pesar de su evidente palidez.

—¡Ah, eres tú otra vez! —exclamé—. Vaya, ya sabía yo que volverías. ¡Pasa!

Entró, franqueando despacio el umbral, como el día anterior, mirando recelosa a su alrededor. Examinó atentamente aquella habitación en la que había vivido su abuelo, como si hubiera advertido lo mucho que había cambiado desde que había un nuevo inquilino. «Caramba, es igual que su abuelo —pensaba yo—. ¿No estará mal de la cabeza?» Ella no decía nada; yo estaba esperando.

—¡Los libros! —susurró finalmente, sin levantar la mirada del suelo.

—¡Ah, claro! Tus libros; ¡ahí los tienes, cógelos! Te los he guardado a propósito.

Me miró con curiosidad y torció la boca de un modo extraño, como si hubiera pretendido sonreír sin convicción. Pero las ganas de sonreír dejaron paso en seguida a la misma expresión de antes, severa y enigmática.

—¿No le hablaría de mí el abuelo? —preguntó, recorriéndome irónicamente con la mirada.

—No, no me habló de ti, pero...

—¿Y cómo sabía que iba a venir? ¿Quién se lo había dicho? —me interrumpió de inmediato.

—Es que tenía la impresión de que tu abuelo no podía vivir solo, abandonado por todo el mundo. Era muy viejo, muy débil; así que pensé que alguien tenía que ocuparse de él. Venga, coge tus libros. ¿Te sirven para estudiar?

—No.

—Entonces, ¿para qué los quieres?

—Antes me enseñaba mi abuelo, cuando iba a verle a su casa.

—¿Y después dejaste de ir?

—Después dejé de ir... Caí enferma —añadió, como justificándose.

—¿Tienes familia? ¿Madre, padre?

De pronto frunció el ceño y me dirigió una mirada asustada. Luego bajó los ojos, se dio la vuelta sin decir nada y salió del cuarto en silencio, sin dignarse contestar, igual que la víspera. Yo la seguí con la vista, perplejo. Pero se detuvo en el umbral.

—¿De qué murió? —preguntó con voz entrecortada, volviéndose mínimamente hacia mí, con el mismo gesto, con los mismos movimientos del día anterior, cuando, en esa misma postura, también de cara a la puerta, había preguntado por Azorka.

Me aproximé a ella y a toda prisa empecé a contarle lo ocurrido. Me escuchó en silencio, expectante, con la cabeza gacha y dándome la espalda. También le conté cómo su abuelo, justo antes de morir, había hablado de la Sexta Línea.

—Así que me imaginé —añadí— que allí debían vivir algunos de sus seres queridos, por eso esperaba que viniera alguien a interesarse por él. Seguro que te quería, cuando se acordó de ti en sus últimos instantes.

—No —murmuró, casi sin pensarlo—, no me quería.

Estaba muy emocionada. Mientras le hablaba, me incliné hacia ella y me fijé en su cara. Noté que estaba haciendo un tremendo esfuerzo para dominar su agitación, como si fuera cuestión de orgullo. Cada vez se iba poniendo más pálida y se mordía con fuerza el labio inferior. Pero lo que más me impresionó fueron los extraños latidos de su corazón. Cada vez le latía con más fuerza, hasta que llegó un momento en que se podía oír a dos o tres pasos de distancia, como si sufriera un aneurisma. Estaba convencido de que iba a romper a llorar súbitamente, como le había pasado la víspera; pero logró controlarse.

—Y ¿dónde está la valla?

—¿Qué valla?

—La valla junto a la que murió.

—Luego te la enseño... cuando salgamos. Dime, ¿cómo te llamas?

—Da igual...

—¿Cómo que da igual?

—Da igual; no tiene importancia... no me llamo de ninguna forma —dijo entrecortadamente. Parecía enfadada e hizo ademán de marcharse. Pero la detuve.

—Espera, ¡hay que ver lo rara que eres! Pero si yo te deseo todo lo mejor; lamento lo que pasó ayer, cuando te echaste a llorar en la escalera, parada en un rincón. No quiero ni acordarme... Aparte de eso, tu abuelo murió en mis brazos, y puedes estar segura de que estaba pensando en ti cuando le dio por hablar de la Sexta Línea: fue como si te hubiera puesto en mis manos. Sueño con él... Así que te he guardado los libros, pero tú mira que eres huraña, cualquiera diría que me tienes

miedo. Me imagino que serás muy pobre, y hasta es posible que seas huérfana y que vivas con extraños. ¿Qué dices?

Le hablé con vehemencia, tratando de convencerla; ni yo mismo sé qué era lo que me atraía tanto de ella. Había algo en mis sentimientos que no era simple compasión. Tal vez fuera lo enigmático de la situación, o la impresión que me había causado Smith, o mi propio carácter fantasioso: no sé qué pudo atraerme de ella de un modo tan irresistible. Mis palabras parecieron conmoverla; seguía mirándome de un modo un tanto extraño, pero ya no lo hacía con severidad, sino dulcemente, con calma; después volvió a sumirse en sus reflexiones.

—Yelena —musitó de repente, con voz casi inaudible.

—¿O sea, que te llamas Yelena?

—Sí...

—¿Y qué, vendrás a verme?

—No sé... no hace falta... Bueno, sí —susurró abstraída; parecía estar luchando consigo misma. En ese momento, se oyeron los tañidos de un reloj de pared. Se estremeció y, mirándome con una tristeza indescriptible, preguntó—: ¿Qué hora es?

—Deben de ser las diez y media.

Gritó asustada.

—¡Dios mío! —dijo antes de echar a correr.

Una vez más, la detuve en el zaguán.

—No voy a dejarte marchar así como así —le dije—. ¿A qué le tienes tanto miedo? ¿Llegas tarde?

—¡Sí, sí! ¡He salido sin que lo notaran! ¡Déjeme! ¡Seguro que ella me pega! —gritó, tratando de zafarse de mí. Evidentemente, se le había escapado un secreto.

—Escúchame bien, y no intentes escapar; tú vas a la isla Vasílievski, y yo también voy en esa dirección, a la Decimotercera Línea. También a mí se me ha hecho tarde y pienso coger un coche. ¿Quieres venir conmigo? Te llevo. Es más rápido que si vamos a pie...

—A mi casa, no; no puede ser, no puede ser... —exclamó, cada vez más asustada. Una mueca de terror le había deformado la expresión de la cara, sólo de pensar que pudiera presentarme en su casa.

—Pero ¡si ya te he dicho que voy a la Decimotercera Línea, a resolver unos asuntos! ¡No vamos a tu casa! No pienso seguirte. En coche llegaremos antes. ¡Vámonos!

Salimos de inmediato a la calle. Detuve al primer cochero que pasaba por allí, una tartana de mala muerte. Yelena debía tener mucha prisa, en vista de que había accedido a venir conmigo. Curiosamente, yo ya no me atrevía a seguir interrogándola. Se me había ocurrido preguntarle quién le inspiraba tanto temor en su casa, y ella había empezado a hacer aspavientos y había estado a punto de bajarse de un salto del coche. «¿Qué misterio es éste?», me preguntaba yo.

Iba muy insegura en el coche. A cada sacudida, para no perder el equilibrio, se

agarraba de mi abrigo con su mano izquierda, sucia, pequeña, costrosa. Con la otra mano sujetaba firmemente sus libros; estaba claro que eran muy valiosos para ella. En cierto momento, al enderezarse, dejó un pie al descubierto, y me quedé asombrado al comprobar que no llevaba más que unos zapatos agujereados, sin medias. Aunque había decidido no hacerle más preguntas, no me pude contener.

—¿Será posible que no tengas unas medias? —le pregunté—. ¿Cómo se puede salir a la calle descalza, con esta humedad, con este frío?

—No tengo —me contestó con voz entrecortada.

—¡Ay, Dios mío! Pero ¡si vives con otras personas! Deberías pedirles unas medias prestadas cuando vayas a salir.

—Siempre salgo así.

—Pues vas a caer enferma, te vas a morir.

—Ojalá me muera.

Estaba claro que no quería contestarme y se enfadaba con mis preguntas.

—Mira, ahí fue donde murió —dije, indicándole la casa junto a la cual había muerto el anciano.

La observó atentamente; de pronto, se volvió hacia mí, implorándome:

—¡Por Dios se lo ruego, no me siga usted! ¡Ya iré yo a verle! ¡En cuanto me sea posible, iré a verle!

—Muy bien, pero si ya te he dicho que no voy a ir a tu casa. ¿A qué viene tanto miedo? Me imagino que lo estarás pasando muy mal. Me da lástima verte...

—Yo no le tengo miedo a nadie —me contestó con cierta irritación.

—Pero hace un momento dijiste que alguien te iba a pegar.

—¡Pues que me pegue! —contestó, y los ojos le empezaron a brillar—. ¡Que me pegue! ¡Que me pegue! —repitió con amargura, mientras el labio superior se le elevaba en un gesto de desprecio y empezaba a temblar.

Por fin llegamos a la isla Vasílievski. Le dijo al cochero que parara al comienzo de la Sexta Línea, y se apeó de un salto, mirando inquieta a su alrededor.

—¡Siga su camino! ¡Ya iré yo a verle, ya iré yo! —repitió muy nerviosa, suplicándome que no la siguiera—. ¡Rápido, rápido, váyase!

Echamos a andar. Pero, tras avanzar unos pasos a lo largo del malecón, despedí al cochero y, de vuelta a la Sexta Línea, crucé rápidamente al otro lado de la calle. No tardé en verla; no había tenido tiempo de alejarse demasiado, a pesar de que caminaba a muy buen paso, mirando sin cesar a todas partes; incluso se detuvo unos instantes, para poder asegurarse mejor de que no la fuera siguiendo. Pero me oculté en un portal y no detectó mi presencia. Siguió andando, y yo detrás de ella, por la otra acera.

Mi curiosidad no podía ser mayor. Aunque había decidido no seguirla, necesitaba saber en qué casa entraba, por lo que pudiera llegar a pasar. Me encontraba bajo el influjo de una poderosa y extraña impresión, parecida a la que me había causado en aquella confitería su abuelo, cuando murió Azorka...

## IV

Seguimos andando un buen rato, hasta llegar a la avenida Maly. La chiquilla iba muy deprisa, casi corriendo; al final, entró en una tienda. Yo me quedé parado, esperándola. «No va a vivir en una tienda», pensé.

En efecto, un minuto más tarde salía de la tienda, pero ya no tenía los libros. En su lugar, llevaba una especie de taza de barro. Siguió caminando y un poco más adelante entró en el portal de una casa con mala pinta. Era una casa pequeña, aunque de piedra, vieja, de dos pisos, pintada de un color amarillo sucio. De una de las ventanas de la planta baja —había tres en total— colgaba un pequeño féretro rojo, que anunciaba el taller de un modesto fabricante de ataúdes. En el piso de arriba había unas ventanas minúsculas y perfectamente cuadradas, con unos cristales deslucidos, verdes y rajados, a través de los cuales se adivinaban unas cortinas rosadas de calicó. Crucé la calle, me acerqué a la casa y leí la placa de hierro que colgaba sobre el portal: aquella casa pertenecía a la señora Búbnova, una burguesa.

Pero apenas había tenido tiempo de leer el cartel cuando de pronto se oyó en el patio un agudo chillido de mujer, seguido de unos insultos. Eché un vistazo por encima de la valla: en las escaleras de acceso al zaguán había una señora gorda, vestida como una burguesa, con la cabeza envuelta en un pañuelo y un chal verde sobre los hombros. Su tez amoratada resultaba desagradable; sus pequeños ojos, hinchados e inyectados en sangre, echaban chispas de furia. Se veía que no estaba sobria, a pesar de lo temprano de la hora. Estaba chillándole a la pobre Yelena, que estaba parada delante de ella, en un estado de estupefacción, con la taza en una mano. En esas mismas escaleras, a la espalda de aquella mujer roja de ira, se podía ver a otra mujer, desgreñada y pálida, a la que se le habían subido los colores. Poco después se abrió la puerta de la escalera que subía desde el sótano hasta la planta baja, y apareció, seguramente atraída por los gritos, una mujer de mediana edad, modestamente vestida, de aspecto agradable y humilde. Otros inquilinos de la planta baja, un anciano decrepito y una jovencita, asomaron también por esa puerta entreabierta. Un hombretón alto y recio, probablemente el portero, estaba parado en medio del patio, con una escoba en la mano, y contemplaba desganado la escena.

—¡Ah, desgraciada, sanguijuela, maldita piojosa! —gritaba la mujerona, soltando una retahíla de insultos, sin puntos ni comas en su mayoría, atragantándose al decirlos—. ¡Así me pagas todo lo que he hecho por ti, desharrapada! ¡La mando por unos pepinos y desaparece! El caso es que ya andaba yo con la mosca detrás de la oreja. ¡Ay, qué disgusto! ¡Mira que ayer ya tuve que darle una buena tunda, y hoy vuelve a las andadas! ¡Adónde irás tú, descastada, adónde irás! ¡Qué se te habrá perdido a ti por ahí! ¡Adónde irás tú, mal bicho, con esos ojos de rana! ¡Dime, dime adónde vas, asquerosa, si no quieres que te mate ahora mismo!

Entonces la señora, completamente fuera de sí, se lanzó sobre la pobre niña, pero, al ver que había otra mujer, una inquilina de la planta baja, mirando desde el zaguán,

se paró en seco y, dirigiéndose a esa vecina, empezó a chillar en un tono aún más estridente que antes y a hacer aspavientos, como poniéndola por testigo del monstruoso crimen de su pobre víctima.

—¡Sí, sí, su madre estiró la pata! Y ya sabéis, buenos vecinos, se ha quedado sola en el mundo. Y, claro, yo veía que, habiendo aquí tanta escasez, nadie iba a poder ocuparse de ella; total, que me dije: «Bueno, qué se le va a hacer, aunque sólo sea por san Nicolás, me haré cargo de esa huérfana». Dicho y hecho. Y ¿os podéis creer que en dos meses que llevo ya manteniéndola no ha hecho más que chuparme la sangre y sacarme el alma? ¡Sanguijuela! ¡Mala víbora! ¡Demonio de niña! ¡Mira que es testaruda! ¡No hay quien pueda con ella! ¡No hay forma de arrancarle una palabra! ¡Con ella no valen ni golpes ni amenazas! ¡No dice ni pío! ¡Es que me saca de mis casillas! Pero ¿tú quién te has creído que eres, mal bicho, mono verde? Si no fuera por mí, ya te habrías muerto de hambre, tirada en la calle. ¡Tendrías que lavarme los pies y beberte el agua, monstruo, negro florete francés! ¡Ya habrías espichado, de no ser por mí!

—Sí que está usted buena, Anna Trífonovna. Y ¿qué le ha hecho esta vez? —le preguntó respetuosamente la vecina a la que se había dirigido la encolerizada arpía.

—¿Que qué me ha hecho, dices? ¿Que qué me ha hecho? ¡Yo no tolero que nadie me conteste! ¡Conmigo, si no se hacen las cosas por las buenas, habrá que hacerlas por las malas! ¡Yo soy así! ¡Y hoy por poco no me lleva a la tumba! ¡La mando por pepinos a la tienda, y me vuelve a las tres horas! Ya me olía yo algo cuando la mandé. ¡Qué disgusto, Señor, qué disgusto! ¡Qué disgusto más grande! ¿Dónde habrá estado? ¿Adónde habrá ido? ¿Qué clase de protectores se habrá buscado? ¡Como si yo no me hubiera portado bien con ella! Pero si a la asquerosa de su madre ya le perdoné catorce rublos que me debía, y corrí con los gastos del entierro, y luego me he hecho cargo de ese diablo; todo eso ya lo sabes tú, querida. ¿Qué pasa, es que después de todo eso no tengo ningún derecho sobre ella? ¡Pues ella, en vez de comprenderlo, no hace más que enfrentarse a mí! Yo sólo quería lo mejor para ella. Quería que esa piojosa llevara vestidos de muselina, le compré unas botitas en el Gostiny Dvor<sup>[37]</sup>... ¡Cómo la puse, le alegraba a uno la vista! Y ¿os podéis creer, buenos vecinos, que a los dos días ya me había destrozado el vestido, lo tenía hecho trizas? ¡Y así va ella ahora, así va! Y además, no os vayáis a creer, lo destrozó aposta; no os miento, lo vi con mis propios ojos, fue como si dijera: «Prefiero ir hecha una andrajosa, no quiero llevar un vestido de muselina». Entonces, claro, me desahugué con ella, le di una buena paliza, si hasta tuve que llamar luego a un médico, mi dinero me costó. Debería espachurrarte, maldito piojo, aunque me castigaran a pasarme una semana sin tomar leche, porque no creo que me mereciera mayor castigo. Para que aprendiera, le hice fregar los suelos; y, no os vayáis a creer, ¡friega! ¡Vaya si friega esa infame! Cada vez que me saca de quicio, ¡a fregar! Pero, claro, pensé: «¡Seguro que se escapa!». Fue pensarlo y ayer mismo, cuando me quise dar cuenta, ya se me había escapado. Ya oísteis ayer, buenos vecinos, cómo le sacudí por lo que había

hecho, me dolían las manos. Le quité las medias, los zapatos... «No va a salir descalza», pensaba yo; ¡y hoy se repite la historia! ¿Dónde has estado? ¡Habla! ¿A quién le has ido con el cuento, semilla de ortiga? ¿A quién te has quejado de mí? ¡Habla, gitana, máscara extranjera, habla!

Y, hecha una furia, se lanzó sobre la niña, paralizada de terror, la agarró de los pelos y la tiró al suelo. La taza con los pepinos salió volando y se hizo añicos; eso no hizo más que aumentar la rabia de aquella arpía bebida. Empezó a pegar a su víctima en la cara y en la cabeza, pero Yelena se obstinaba en guardar silencio: por más golpes que le cayeron, no salió de su boca una sola palabra, un solo grito, una sola queja. Sin poder dominar mi indignación, irrumpí en el patio y fui decidido hacia aquella borracha.

—¿Qué hace usted? ¿Cómo se atreve a tratar de esa manera a una pobre huérfana? —le grité, al tiempo que le sujetaba la mano a esa furia.

—¿A qué viene esto? ¿Y tú quién eres? —gritó, dejando a Yelena y poniendo los brazos en jarras—. ¿Qué se le ha perdido en mi casa?

—¡Lo que se me ha perdido es que no tiene usted compasión! —grité—. ¿Cómo se le ocurre abusar así de una chiquilla? No es su hija; he oído cómo decía que usted sólo la ha acogido, que es una pobre huérfana...

—¡Señor Jesús! —estalló la furia—. Pero ¿quién te ha dado vela en este entierro? ¿Has venido con ella, verdad? ¡Ahora mismo pienso ir a hablar con el comisario! ¡Y Andrón Timofeich me trata con muchísimo respeto! ¿No será a ti a quien va a visitar? ¿Se puede saber quién eres tú? Y encima vienes a armar alboroto en una casa ajena. ¡Guardias!

Y se abalanzó sobre mí, blandiendo sus puños. Pero justo en ese momento se oyó un grito desgarrador, inhumano. Volví la mirada: Yelena, que se había quedado inmóvil hasta entonces, como sin sentido, de repente, con un grito aterrador, que no parecía natural, cayó redonda al suelo y empezó a sufrir unas convulsiones espantosas. Tenía la cara desfigurada. Había tenido un ataque del mal caduco. Una joven desgreñada y una mujer se acercaron corriendo, la levantaron y se la llevaron rápidamente para el piso de arriba.

—¡Así reviente, la muy desgraciada! —gritaba la mujer, mientras se la llevaban—. Es el tercer ataque en un mes... ¡Fuera de aquí, charlatán! —dijo, increpándome de nuevo—. ¿Y tú, portero, qué haces ahí parado? ¿Para qué se te paga?

—¡Lárgate de una vez si no quieres tener problemas! —soltó con desgana el portero, sólo por guardar las apariencias—. No te metas donde no te llaman. ¡Hala, adiós!

No había nada que hacer. Salí a la calle, convencido de que mi intervención no había servido de nada. Pero estaba indignado, me hervía la sangre. Me quedé en la acera, enfrente del portal, mirando por encima de la valla. En cuanto me fui, la mujer salió corriendo hacia el piso de arriba, mientras el portero, después de haber cumplido con su deber, desaparecía. Muy poco después la mujer que había ayudado a trasladar

a Yelena salió del zaguán y bajó a toda prisa hacia el sótano, donde ella vivía. Al verme, se detuvo y me miró con curiosidad. Yo volví a entrar en el patio y me dirigí a ella.

—Permita que le pregunte —empecé— quién es esa niña y qué es lo que le está haciendo esa horrible mujer. No vaya usted a creer que se lo pregunto por mera curiosidad. He visto anteriormente a esta niña y, por una serie de circunstancias, tengo mucho interés en saber de ella.

—Pues si le interesa, lo mejor que puede hacer es llevársela a su casa o encontrarle algún otro sitio, y no dejar que se pierda aquí —dijo aquella mujer con aparente desgana, e hizo ademán de apartarse de mí.

—Pero, si usted no me explica lo que pasa, no sé qué puedo hacer. Le digo que no sé nada de nada. Me imagino que esa mujer sería la propia Búbnova, la dueña de la casa.

—Así es, la misma.

—Así que la chiquilla ha ido a parar a sus manos. ¿Fue aquí donde murió su madre?

—Pues sí, ha ido a parar... Pero eso no es asunto mío. —Hizo un nuevo ademán de retirarse.

—Pero hágame el favor; ya le he dicho que estoy muy interesado en esta cuestión. Tal vez esté en condiciones de hacer algo. Esta niña ¿quién es? ¿Sabe usted quién era su madre?

—Parecía extranjera, venida de fuera; vivía ahí abajo; estaba enferma; murió tísica.

—Entonces, sería muy pobre, si vivía en ese sótano, en un cuartocho.

—¡Uf, no sabe usted lo pobre que era! Me partía el alma. Nosotros vivimos al día, pero en cinco meses que estuvo aquí nos dejó a deber seis rublos. Tuvimos que enterrarla nosotros; el ataúd se lo hizo mi marido.

—¿Y cómo es que dice esa Búbnova que fue ella la que la enterró?

—¡Que va a enterrarla ella!

—Y ¿cómo se llamaba?

—No sabría decirle, *bátiushka*; tenía un apellido muy complicado; creo que era alemana.

—¿Smith?

—No, así no era. Bueno, en cuanto a la huérfana, Anna Trífonovna se ha hecho cargo de ella; para criarla, dice... Pero la cosa no anda bien...

—¿No la habrá acogido con algún otro propósito?

—No se dedica a nada bueno —respondió la mujer, pensativa, como preguntándose si debía o no debía responder—. Pero, a nosotros, ni nos va ni nos viene, no es asunto nuestro...

—¡Estarías mejor callada! —dijo a nuestra espalda una voz de varón. Se trataba de un hombre ya maduro, que llevaba puesto un caftán por encima de un batín; tenía

aspecto de artesano; era el marido de mi interlocutora—. Créame, *bátiushka*, no tenemos nada de que hablar con usted; esto no es asunto nuestro... —siguió diciendo, mirándome de reojo—. ¡Y tú ve para casa! Que tenga un buen día, señor; somos fabricantes de ataúdes. Si necesita de nuestros servicios, con muchísimo gusto... Pero, fuera de eso, no hay nada que discutir...

Salí de aquella casa pensativo y muy alterado. No podía hacer nada, pero me resultaba muy duro dejar las cosas como estaban. Algunas de las cosas que había dicho la mujer del artesano me habían preocupado especialmente. Allí se ocultaba algo siniestro; lo presentía.

Me marché, cabizbajo y meditabundo, cuando de pronto oí una voz brusca que me llamaba por mi apellido. Alcé la vista y me encontré con un individuo bebido, casi tambaleante, vestido con bastante pulcritud, salvo por el capote inmundo y el gorro mugriento que llevaba. Su cara me resultaba familiar. Me quedé mirándole. Me guiñó un ojo y me sonrió irónicamente.

—¿No me reconoces?

## V

—¡Ah! Pero ¡si eres tú, Maslobóiev! —exclamé, reconociendo de pronto a un antiguo compañero de estudios en el gimnasio—. ¡Caramba, qué sorpresa!

—¡Sí, toda una sorpresa! Seis años llevábamos sin vernos. Bueno, sí nos habíamos visto, pero su excelencia no tuvo a bien dirigirse a mí. Como el señor es general; literario, me refiero... —Mientras decía todo esto, seguía con su sonrisa burlona.

—Vamos, Maslobóiev, amigo mío, no digas disparates —le interrumpí—. En primer lugar, yo no tengo nada de general, por muy literario que sea; en segundo lugar, permite que te diga que, en efecto, me acuerdo muy bien de que en dos ocasiones nos cruzamos por la calle, y fuiste tú, claramente, el que me evitó a mí. Y ¿qué sentido tenía dirigirme a alguien que pretendía evitarme? Y ¿sabes lo que pienso? Pues que, si ahora mismo no estuvieras borracho, tampoco me habrías dicho nada. ¿A que sí? Bueno, ¿cómo te va? No sabes cuánto me alegro de verte, hermano.

—¿De verdad? ¿Y no te pondré en un compromiso con... *con este aspecto mío*? Bueno, mejor no preguntar; no tiene importancia. Siempre me acuerdo, hermano Vania, de lo buen tipo que eras. ¿Recuerdas cómo te zurraron por mi culpa? Tú no dijiste nada, no me traicionaste, y yo, en lugar de agradeceréte, me estuve burlando una semana entera de ti. ¡Eres un bendito! ¡Qué alegría, querido amigo mío, qué alegría! —Nos besamos—. Son ya tantos años sufriendo en soledad, día y noche, noche y día, pero no me olvido de los viejos tiempos. ¡Como para olvidarlos! Y tú, ¿qué ha sido de ti?

—Pues yo, lo mismo, sufriendo en soledad...

Me dirigió una larga mirada, con la intensa emoción propia de un individuo enternecido por el alcohol. Aunque, de cualquier modo, era un hombre de lo más bondadoso.

—¡No, Vania, tú no eres como yo! —se animó a decir, finalmente, en un tono trágico—. ¡Lo he leído, Vania, lo he leído! ¡Claro que lo he leído! Escucha, ¿por qué no hablamos con calma de todo esto? ¿Llevas prisa?

—Pues sí, llevo prisa; y te confieso que estoy muy atareado con cierto asunto. Pero se me ocurre una solución mejor: ¿dónde vives?

—Ya te lo diré. Pero ésa no es una solución mejor; ¿quieres que te diga cuál es la mejor solución?

—A ver, ¿cuál?

—Pues mira, ¡ahí la tienes! ¿La ves? —Me señaló un rótulo situado a una decena de pasos de donde estábamos—. Mira: «Confitería y restauración»; en realidad, se trata de una modesta casa de comidas, pero es un buen sitio. Te prevengo: el local es decente, pero el vodka, ¡no hay palabras! ¡Ha venido a pie desde Kiev! Sé de lo que me hablo, lo he probado unas cuantas veces, y aquí no se atreverían a darme nada malo. Conocen a Filipp Filíppich. Yo soy Filipp Filíppich. ¿Qué? ¿Tuerces el gesto?

No, deja que te cuente. Ahora mismo son las once y cuarto, acabo de verlo; mira, exactamente a las doce menos veinticinco te dejo marchar. Y entre tanto refrescamos el gaznate. Veinte minutos para un viejo amigo, ¿de acuerdo?

—Si no son más que veinte minutos, de acuerdo; porque, mi buen amigo, te aseguro que ese asunto...

—De acuerdo, pues. Pero un par de palabras primero: no tienes buena cara, da la impresión de que acabas de llevarte un buen disgusto, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Ya me lo imaginaba. Últimamente, hermano, me ha dado por el estudio de las fisionomías, ¡tampoco es mala ocupación! Bueno, vamos a entrar y charlamos un rato. En veinte minutos, para empezar, me da tiempo a tragarme un *admiral Chainski*<sup>[38]</sup> y a meterme en el cuerpo una *beriózovka*<sup>[39]</sup>, después un vodka de hierbas, luego otro de naranja amarga, luego un *parfait amour*<sup>[40]</sup>, y luego ya se me ocurrirá algo. ¡Bebo, viejo amigo! Sólo estoy sobrio los días festivos, antes de misa. Pero tú no bebas. Te necesito tal cual. Y, si bebes, demostrarás una especial nobleza de espíritu. ¡Vamos! Decimos cuatro cosas, y luego nos separamos para otros diez años. ¡No hacemos buena pareja, Vania!

—Vamos cuanto antes, y no te entretengas tanto. Tienes veinte minutos, y luego me tienes que soltar.

Para acceder al restaurante había que subir por una escalera de madera de dos tramos que llevaba del porche al segundo piso. Pero, una vez en la escalera, nos topamos con dos caballeros borrachos como cubas. Al vernos, se hicieron a un lado, tambaleantes.

Uno de ellos no era más que un muchacho, de aspecto juvenil, aún imberbe, con un incipiente bigotillo y una expresión marcadamente estúpida. Vestía como un petimetre, pero de forma algo ridícula, como si se hubiera puesto el traje de otra persona. Llevaba anillos caros, un alfiler caro en la corbata e iba peinado de un modo extremadamente absurdo, con un extraño copete. No paraba de sonreír y de soltar risitas. Su compañero era un grueso cincuentón, panzudo, vestido con notable descuido, aunque también él llevaba un vistoso alfiler en la corbata; completamente calvo, tenía un rostro carnosos, abotargado por el alcohol y picado de viruelas, y sujetaba las gafas en una naricilla chata, que semejava un botón. Su expresión era maliciosa y sensual. Sus ojos, desagradables, aviesos y desconfiados, nadaban en grasa y parecían mirar a través de una rendija. Evidentemente, los dos conocían a Maslobóiev, pero el barrigudo hizo una mueca fugaz de fastidio al vernos, mientras el joven nos ofreció una sonrisa empalagosa y servil. Hasta se quitó la gorra. Llevaba gorra.

—Disculpe, Filipp Filíppich —balbuceó, mirándole con ternura.

—¿Qué pasa?

—Perdóneme, señor... Verá... —Se dio un capirotazo en el cuello—. Mitroshka está ahí adentro. Y resulta, Filipp Filíppich, que es un canalla.

—¿Y qué pasa?

—El caso es que... bueno, que a éste —señaló a su compañero—, la semana pasada, por culpa de ese Mitroshka, le pusieron los morros perdidos de nata en un lugar indecente... ¡Ji!

Su compañero, enojado, le propinó un codazo.

—¿Podemos confiar tal vez, Filipp Filíppich, en que nos acompañe a Dussaud, a beber con nosotros media docena?

—No, *bátiushka*, ahora es imposible —contestó Maslobóiev—. Estoy ocupado.

—¡Ji! Yo también estoy ocupado, es un asunto que le concierne a usted... —Su compañero volvió a darle un codazo.

—¡Luego, luego!

Indudablemente, Maslobóiev hacía todo lo posible por no mirarlos. Pero, nada más entrar en la primera sala —recorrida, de extremo a extremo, por un impecable mostrador, magníficamente surtido de aperitivos, empanadas, tortas rellenas y garrafas con licores de distintos colores—, me condujo rápidamente a un rincón y me dijo:

—El joven es Sizobriújov, hijo del célebre comerciante; heredó medio millón de su padre y ahora se lo pasa en grande. Estuvo en París, y allí gastó dinero a espuestas; de haber seguido allí, se habría quedado en la ruina, pero murió un tío suyo y heredó nuevamente, y regresó de París; aquí se dedica a malgastar el resto. En un año no tendrá dónde caerse muerto. Es un estúpido, un verdadero ganso; cuando no está comiendo en los mejores restaurantes, está en bodegas y tabernas, o en compañía de actrices; pretende hacerse húsar, hace muy poco presentó su solicitud. El otro, el mayor, Arjípov, también es una especie de comerciante o de gerente, anda metido en asuntos de arriendos; es un pícaro redomado, un bribón, y últimamente es el compañero de Sizobriújov; es un Judas y un Falstaff, todo en uno; dos veces se ha arruinado; es un bicho de una sensualidad repugnante, dado a toda clase de extravagancias. En ese sentido, sé de un asunto delictivo en el que estuvo implicado, pero se fue de rositas. Por una parte, me alegro de haberle visto aquí; esperaba encontrarme con él... Arjípov, naturalmente, se dedica a desplumar a Sizobriújov. Conoce toda clase de antros, por eso lo aprecian tanto esos cabezas huecas. Hace ya tiempo, hermano, que ando detrás de él. También Mitroshka le enseña los dientes últimamente; mira, es ese joven gallardo que lleva una vistosa *poddiovka*<sup>[41]</sup>; ahí, al lado de la ventana, con cara de gitano. Es un chalán, y se conoce a todos los húsares locales. Créeme, es un pillo de tal categoría que es capaz de falsificar un billete en tus propias narices y cambiártelo luego, por más que le hayas visto hacerlo. Con esa *poddiovka*, aunque sea de terciopelo, parece un eslavófilo (aparte de que, para mi gusto, le sienta muy bien); pues vístelo ahora con un elegante frac y ropa de ese estilo, llévatelo al club inglés y di: «Señores, les presento al conde Barabánov», y durante dos horas pasará por un conde; ahí le tendrías jugando al *whist* y hablando como un conde, que nadie se iba a enterar; daría el pego. Acabará mal. El caso es que

este Mitroshka se la tiene jurada al gordo, porque ahora está en una situación delicada, y el gordo fue el culpable de que Sizobriújov se apartara de su lado; antes eran amigos, pero a Mitroshka no le dio tiempo a sacarle los cuartos. Si han coincidido aquí, en el restaurante, seguro que se traen algo entre manos. Yo ya me imagino lo que puede estar pasando, porque fue precisamente Mitroshka quien me dio la noticia de que Arjípov y Sizobriújov andarían por esta zona, metidos en algún asunto turbio. Tengo mis propios motivos para tratar de aprovecharme del odio de Mitroshka a Arjípov, y de hecho he venido aquí, principalmente, por esos motivos. Pero no quiero que Mitroshka se dé cuenta, así que deja ya de mirarle. Cuando salgamos de aquí, seguro que se dirige a mí y me cuenta lo que necesito saber... Y ahora, ¿qué te parece, Vania, si pasamos a ese cuarto de ahí? ¿Lo ves?... Bueno, Stepán —prosiguió, dirigiéndose a un camarero—, ya sabes lo que necesito.

—Ya lo sé, señor.

—Y ¿podrás traérmelo?

—Sí, señor.

—Pues tráemelo. Siéntate, Vania. ¿Por qué me miras así? Ya veo cómo me estás mirando. ¿Estás sorprendido? No tienes por qué. A un hombre pueden pasarle muchas cosas; cosas incluso con las que nunca habría soñado; sobre todo, aquellos días... sí, precisamente aquellos días, ¡cuando estudiábamos juntos a Cornelio Nepote<sup>[42]</sup>! Puedes estar seguro de una cosa, Vania: aunque Maslobóiev se haya apartado del buen camino, en el fondo de su corazón sigue siendo el mismo de siempre, son las circunstancias las que han cambiado. Aunque me veas revolcarme en el fango, no soy más despreciable que otros. Tenía intención de doctorarme, me preparé para ser profesor de literatura rusa, escribí un artículo sobre Gógol; luego quise trabajar en el negocio de las minas de oro, y estuve muy cerca de casarme... A nadie le amarga un dulce, y *ella* estaba conforme, y eso que yo pasaba más hambre que el perro de un ciego. Ya estaba a punto de alquilar unas botas decentes para la boda, porque las mías estaban llenas de agujeros desde hacía año y medio... Pero, al final, nada. Ella acabó casándose con un maestro, y yo entré a trabajar en una oficina, no en una oficina comercial, me refiero, sino en una oficina vulgar y corriente. Pero ahora suena otra música. Han pasado los años, y aunque ya no trabajo en esa oficina, me gano bien la vida: pongo el cazo, sí, pero defiendo la justicia. Más vale ser cabeza de ratón que cola de león. Tengo mis principios: sé, por ejemplo, que no se debe hacer leña del árbol caído; y, en fin, voy a lo mío. Me ocupo, en general, de asuntos confidenciales... ¿me sigues?

—¿No serás policía secreta o algo por el estilo?

—No, no es que sea policía secreta, pero sí me ocupo de algunos asuntos, en parte de forma oficial, y en parte por mi propia iniciativa. Mira, Vania: bebo vodka. Pero, como no he perdido la razón bebiendo, sé lo que me espera. Mi tiempo ha pasado, las cosas son como son y no hay vuelta de hoja. Te diré una cosa: si el hombre que hay en mí no se hiciera aún sentir, hace un rato no te habría llamado. Es verdad: te había

visto antes, muchas veces había querido acercarme a ti, pero nunca me atrevía, siempre lo dejaba para la siguiente ocasión. No soy digno de ti. Y también en eso tenías razón, Vania: si me he animado a dirigirme a ti, ha sido, sencillamente, porque estaba borracho. Y, aunque todo esto es un tremendo disparate, basta ya de hablar de mí. Mejor, hablemos de ti. Bueno, hermano, ¡la he leído! ¡Vaya si la he leído! ¡De cabo a rabo! Me refiero, amiguito, a tu hijo primogénito. Al leerla, hermano, ¡casi me vuelvo una persona decente! A punto estuve; pero me lo pensé mejor y preferí seguir siendo un indecente. Así pues...

Y me dijo muchas más cosas. Cada vez estaba más bebido, y empezó a enternecerse, poco le faltó para echarse a llorar. Maslobóiev siempre había valido mucho, pero era demasiado pillo y le faltaba fuerza para ir a más; ya en la escuela era un chico astuto, taimado, pícaro, intrigante; pero en el fondo no era una persona sin corazón: era un hombre que había perdido el rumbo. Hay mucha gente como él en Rusia. Es gente con mucho talento, pero algo se tuerce en su interior; lo peor es que esa clase de gente es capaz, en ciertos momentos, de actuar deliberadamente contra su propia conciencia, por culpa de su debilidad, y no sólo terminan siempre sucumbiendo, sino que ellos mismos saben de antemano que se dirigen a su perdición. Maslobóiev, por ejemplo, se había hundido en el alcohol.

—Y ahora, amigo mío, una cosa más —continuó—. Al principio, oí lo lejos que llegaba el eco de tu fama; después leí algunas críticas sobre ti. Sí que las leí, aunque tú te creas que ya no leo nada. Más tarde, te he visto llevando unos zapatos viejos, metido en el barro sin chanclos, con un sombrero roto, y he sacado mis conclusiones. ¿Ahora te ganas la vida como periodista?

—Sí, Maslobóiev.

—O sea, que te has vuelto un correveidile.

—Algo así.

—Pues mira lo que te digo, hermano: ¡es mejor beber! Yo, cuando he bebido, me tumbo en mi sofá (tengo un sofá estupendo, de muelles) y me da por pensar, por ejemplo, que soy una especie de Homero o de Dante, o un nuevo Federico Barbarroja; cada uno se imagina lo que quiere. En cambio, tú no puedes creerte un Dante o Federico Barbarroja: primero, porque quieres ser tú mismo, y segundo, porque eres un correveidile. Para mí, la imaginación; para ti, la realidad. Escúchame bien; dime con toda sinceridad, sin rodeos, como a un hermano (si no, me sentiré ofendido y despreciado durante diez años): ¿necesitas dinero? Yo tengo. No pongas esa cara. Toma lo que te haga falta, arregla tus cuentas con los editores, sacúdete el yugo; y, cuando tengas un año de vida asegurado, siéntate a desarrollar tu idea más querida: ¡escribe una gran obra! ¿Eh? ¿Qué me dices?

—Escucha, Maslobóiev. No sabes cómo aprecio tu propuesta fraternal, pero ahora no puedo contestarte nada. ¿Por qué no? Sería una larga historia. Se dan ciertas circunstancias. De todos modos, prometo contártelo todo más adelante, como a un hermano. Y te agradezco tu propuesta; te prometo que iré a verte, e iré a verte a

menudo. Pero mira lo que pasa: tú has sido sincero conmigo, y por eso mismo me he animado a pedirte consejo, sobre todo porque tú eres un experto en la materia.

Le conté toda la historia de Smith y de su nieta, empezando por lo ocurrido en aquella confitería. Aunque parezca extraño, según se lo iba contando, algo en sus ojos me decía que él ya sabía algo de esta historia. Se lo pregunté.

—No, no exactamente —respondió—. Aunque sí había oído algo de ese Smith, me habían contado que un anciano había fallecido en una confitería. De quien sí sé algo más es de *madame* Búbnova. Hace ya dos meses, acepté un soborno de esa dama. *Je prends mon bien où je le trouve*<sup>[43]</sup>, sólo en eso me parezco a Molière. Pero, a pesar de haberle arrancado cien rublos, me prometí entonces sacarle no cien, sino quinientos. ¡Qué señora más detestable! Se dedica a unas actividades inadmisibles. Y eso no tendría mayor importancia si no fuera demasiado lejos en ocasiones. No vayas a tomarme por un Don Quijote, te lo ruego. Lo único que pasa es que todo esto me puede venir muy bien, y hace media hora, cuando me encontré con Sizobriújov, me llevé una alegría enorme. A Sizobriújov, evidentemente, le han hecho venir hasta aquí, y ha sido ese gordo el que le ha traído, y como yo ya sé en qué clase de negocios anda metido el gordo, tengo que concluir que... ¡Sí, ahora le tengo bien cogido! Cuánto me alegro de haber sabido por ti de esa chiquilla; es una nueva pista. Yo, hermano, acepto todo tipo de encargos, ¡y tendrías que ver a qué gente conozco! Hace poco he estado investigando un asuntillo para cierto príncipe, y te puedo asegurar que nadie se habría esperado que ese príncipe estuviera metido en esa clase de asuntos. Pero, si quieres, también te puedo contar otra historia, sobre una mujer casada. Tienes que venir a verme, hermano; vas a escuchar unas cosas tales que, como se te ocurra escribirlas, no te va a creer nadie...

—¿Y cómo se llama ese príncipe? —le interrumpí, con un presentimiento.

—¿Por qué lo preguntas? Se llama Válkovski.

—¿Piotr?

—El mismo. ¿Le conoces?

—Sí, le conozco, aunque no muy bien. Bien, Maslobóiev —dije levantándome—, tendré que ir a verte en otras ocasiones a preguntarte por ese caballero; me ha resultado todo de un enorme interés.

—Ya sabes, viejo amigo, que puedes venir a verme siempre que quieras. Te puedo contar bonitas historias, aunque dentro de ciertos límites, ¿entiendes? Si no, uno pierde el crédito y el honor, me refiero al profesional, y todo lo demás.

—Muy bien, iré todo lo que el honor permita. —Yo estaba emocionado. Él se dio cuenta—. Bueno, ¿qué me puedes decir de la historia que te acabo de contar? ¿Has pensado algo al respecto?

—¿De tu historia? Espérame un par de minutos; voy a pagar.

Se acercó al bufé y allí, como por casualidad, se situó al lado del joven de la *poddiovka*, ése a quien, con tanta familiaridad, llamaba Mitroshka. Me dio la impresión de que Maslobóiev lo conocía bastante mejor de lo que me había dado a

entender. Al menos, resultaba evidente que no era la primera vez que se encontraban. Mitroshka me pareció un joven bastante peculiar. Con su *poddiovka* y su camisa de seda roja, con aquellos rasgos duros, pero agradables, con su aire juvenil, su rostro atezado, su mirada decidida y relampagueante, tenía un aspecto interesante y atractivo. Sus ademanes eran deliberadamente desafiantes y, sin embargo, en aquellos momentos, se notaba que se estaba conteniendo, en su deseo de dar ante todo una imagen de seriedad y diligencia.

—Escucha, Vania —dijo Maslobóiev al volver a mi lado—, ven a verme a casa a las siete; tal vez tenga algo que contarte. Yo, como ves, soy un don nadie; en otros tiempos tuve mi importancia, pero ahora soy sólo un borracho, que no cuenta para nada. Pero me quedan mis viejos contactos; eso me permite averiguar ciertas cosas, meter la nariz entre la gente fina; así saco algo. No es menos cierto que en mi tiempo libre, o sea, en los ratos en que estoy sobrio, hago alguna cosa por mi cuenta, también por medio de mis conocidos... más que nada, labores de investigación... Bueno, suficiente... Aquí tienes mi dirección, en la calle Shestilávochnaia. Y ahora, hermano, creo que ya me he pasado de la raya. Otra copa dorada, y a casa. A echarme un rato. No dejes de venir: te presentaré a Aleksandra Semiónovna y, si tenemos tiempo, hablaremos de poesía.

—Ya, ¿y de lo otro?

—Bueno, de lo otro puede que también.

—Puede que vaya; es muy probable que vaya...

## VI

Anna Andréievna llevaba mucho rato esperándome. Lo que le había contado la víspera sobre la nota de Natasha había despertado su curiosidad, y pensaba que iría a su casa mucho más temprano, a las diez como muy tarde. Así que, cuando me presenté pasada la una, el tormento por la espera estaba a punto de acabar con las fuerzas de la pobre anciana. Además, deseaba hacerme partícipe de las nuevas esperanzas que abrigaba desde el día anterior, así como hablarme de Nikolái Sergueich, que se encontraba enfermo desde entonces, y estaba abatido, aunque al mismo tiempo se mostraba especialmente cariñoso con ella. Cuando me presenté allí, me recibió con una expresión de frialdad y disgusto, se limitó a farfullar algo entre dientes y no manifestó el menor interés por mí, como diciendo: «¿A qué has venido? Aún tendrás ganas de venir por aquí a diario»... Estaba enfadada por mi retraso. Pero yo llevaba prisa, y sin más preámbulos le conté toda la escena de la noche anterior en casa de Natasha. En cuanto la buena señora me oyó hablar de la visita del príncipe padre y de su propuesta solemne, su aparente apatía se desvaneció de inmediato. No tengo palabras para describir su alegría: llegó a perder la compostura, se santiguó, lloró, se postró delante del icono, me abrazó y quiso ir corriendo a comunicarle su alegría a Nikolái Sergueich.

—Perdóneme, *bátiushka*, pero es que son todas estas humillaciones, todas estas ofensas, las que le han deprimido, así que, cuando se entere de que a Natasha se le ha dado completa satisfacción, se olvidará de todo eso al instante.

Me costó mucho disuadirla. La buena anciana, a pesar de llevar veinticinco años viviendo con su marido, seguía sin conocerlo bien. También le entraron ganas de venirse conmigo a ver a Natasha. La hice ver que no sólo Nikolái Sergueich podía desaprobarme su conducta, sino que incluso era posible que lo echáramos todo a perder. Finalmente, y tras muchos esfuerzos, se lo pensó mejor, pero me retuvo allí otra media hora y en todo ese tiempo ella fue la única que habló. «Y ahora ¿con quién me quedo yo? —decía—. Verme aquí sola, radiante de alegría, entre estas cuatro paredes.» Finalmente pude convencerla de que me dejara marchar, recordándole que Natasha me estaría esperando ansiosa. La anciana me persignó varias veces antes de salir, me encomendó que le transmitiera una bendición muy especial a Natasha y estuvo a punto de echarse a llorar cuando me negué en redondo a volver ese mismo día, por la tarde, a menos que hubiera novedades importantes en relación con Natasha. En esta ocasión no vi a Nikolái Sergueich: no había dormido en toda la noche, se había estado quejando de jaqueca y tenía un resfriado, y en esos momentos dormía en su despacho.

También Natasha llevaba toda la mañana esperándome. Cuando entré en su casa, estaba, como de costumbre, dando vueltas por la habitación, con los brazos cruzados, meditando algo. Incluso ahora, siempre que la recuerdo, me parece estar viéndola sola en aquel modesto cuartito, pensativa, sin compañía alguna, expectante, con los

brazos cruzados, con la mirada gacha, yendo sin rumbo de acá para allá.

Sin dejar de dar vueltas, me preguntó en voz baja por qué llegaba tan tarde. Le hice un resumen de mis andanzas, pero casi no me escuchó. Su ansiedad saltaba a la vista. «¿Alguna novedad?», le pregunté. «Ninguna», contestó; pero, por la cara que puso, no me costó adivinar que sí tenía noticias y que estaba deseando que llegara para contármelas. Sin embargo, como era habitual en ella, no me las iba a contar al principio, sino cuando ya estuviera a punto de marcharme. Siempre nos pasaba lo mismo. Yo ya estaba acostumbrado, así que me preparé para esperar.

Naturalmente, empezamos nuestra conversación comentando los acontecimientos del día anterior. Lo que más me chocó fue que estuviéramos completamente de acuerdo en nuestras impresiones sobre el príncipe: decididamente, no le gustaba; ahora le gustaba mucho menos incluso que la noche anterior. Y, mientras estábamos analizando, punto por punto, la visita, Natasha dijo súbitamente:

—Escucha, Vania, ya sabes lo que pasa: si al principio una persona no nos gusta, eso suele ser una señal de que más adelante nos va a gustar. Eso, al menos, es lo que siempre me ha pasado a mí.

—Ojalá sea así, Natasha. Y ésta es mi opinión, y ya es definitiva: le he estado dando vueltas y he llegado a la conclusión de que, aunque es muy posible que el príncipe actúe como un jesuita, el hecho es que está conforme con vuestro matrimonio. Realmente conforme, con toda seriedad.

Natasha se detuvo en medio del cuarto, mirándome con severidad. Estaba demudada; incluso los labios le temblaban un poco.

—Sí, ¿cómo podría, en un caso como éste, dedicarse a embaucarnos y... a mentir? —preguntó con altiva incredulidad.

—¡Eso es, eso es! —me apresuré a darle la razón.

—Desde luego, no mentía. En mi opinión, no hay ni que pensar en eso. Tampoco creo que tuviera ningún motivo para tratar de embaucarnos. Y, sobre todo, ¿qué podría haber visto en mí para burlarse de ese modo? ¿Cómo iba a haber nadie dispuesto a ofender así a la gente?

—¡Claro, claro! —asentí, aunque me dije: «Seguro, pobre amiga mía, que no pensabas en otra cosa hace un rato, cuando no parabas de dar vueltas por la habitación, y es posible que tengas aún más dudas que yo».

—¡Ay, cuánto me gustaría que regresara pronto! —dijo—. Quería pasarse toda la tarde aquí conmigo, pero resulta... Seguro que se trataba de un asunto importante, porque ha tenido que renunciar a todo y se ha marchado. ¿Sabes de qué podía tratarse, Vania? ¿No habrás oído algo?

—Cualquiera sabe. Como siempre está ganando dinero... He oído decir que tiene parte en una contrata, aquí en San Petersburgo. Nosotros, Natasha, de negocios no entendemos nada.

—No, claro. Ayer Aliosha mencionó no sé qué carta.

—Sería alguna noticia. ¿Ha estado aquí?

—Sí.

—¿Temprano?

—A las doce; ya sabes que duerme hasta tarde. Ha estado aquí un rato. Le insistí en que fuera a ver a Katerina Fiódorovna; no sé si he hecho bien, Vania.

—¿Es que no tenía intención de ir?

—No; sí que tenía...

Quería añadir algo más, pero se lo guardaba. Yo la miraba expectante. Se la notaba triste. Yo estaba deseando interrogarla, pero en ciertas ocasiones no le gustaba nada que le hicieran preguntas.

—Es un joven extraño —dijo al fin, torciendo levemente el gesto, evitando mirarme.

—¡Vaya! Entonces, ¿os ha pasado algo?

—No, nada; sólo que... El caso es que ha estado muy cariñoso... Pero...

—Por fin han terminado todas sus angustias y sus sinsabores —dije.

Natasha me dirigió una mirada intensa, inquisitiva. Probablemente habría querido replicarme: «Tampoco lo ha pasado tan mal hasta ahora», pero debió de pensar que el sentido de mis palabras era precisamente ése, y se enfadó.

Aunque en seguida volvió a mostrarse amable y cordial. Esta vez estuvo especialmente dócil. Me quedé más de una hora en su casa. Estaba muy inquieta. El príncipe la había asustado. Algunas preguntas suyas me dieron a entender que estaba ansiosa por saber qué impresión le habría causado ella. ¿Se había comportado bien? ¿No se habría excedido al manifestar abiertamente su alegría? ¿No habría sido demasiado suspicaz? ¿O, por el contrario, excesivamente indulgente? ¿Qué habría podido pensar él? ¿Se había reído de ella? ¿No la había mirado con desprecio?... Las mejillas le ardían pensando en todo eso.

—¿Cómo puedes estar tan preocupada únicamente por lo que piense una mala persona? ¡Déjale que piense lo que quiera! —dije.

—¿Mala persona? ¿Por qué? —me preguntó.

Natasha era suspicaz, pero franca, con un corazón puro. Sus sospechas se alimentaban en una fuente cristalina. Era orgullosa, de un orgullo noble, y no podía tolerar que lo que para ella era sublime fuera objeto de burlas en su presencia. Al desprecio de un hombre mezquino habría respondido, naturalmente, con su propio desprecio; pero le dolía profundamente que se burlaran de algo que consideraba sagrado, quienquiera que fuese el autor de las burlas. Esa actitud no obedecía a falta de convicción. Obedecía, en parte, a su limitado conocimiento del mundo, a su escaso trato con la gente, a su retraimiento. Había vivido siempre aislada en su rincón, sin salir casi nunca de allí. Y, por añadidura, ese atributo de la gente bondadosa —que posiblemente había heredado de su padre— que consiste en ensalzar a los demás, empeñarse en considerarlos mejores de lo que son, exagerar con vehemencia todo lo que hay de bueno en ellos, estaba excepcionalmente exacerbado en Natasha. Las personas como ella sufren después un duro desengaño, sobre todo cuando se dan

cuenta de que no pueden culpar a nadie de su situación. ¿Por qué habían de esperar de los otros más de lo que éstos podían dar? Son personas continuamente expuestas al desengaño. Más les vale quedarse tranquilamente en su rincón, sin salir al mundo exterior; he podido observar que se encariñan tanto de ese oscuro rincón que acaban por convertirse en gente insociable. Natasha, además, había sufrido muchas adversidades, muchas ofensas. Era una criatura herida, y no se la podía culpar de nada, en caso de que pudiera parecer que de mis palabras se desprende alguna acusación.

Pero tenía prisa y me levanté para irme. Ella pareció sorprendida y estuvo a punto de echarse a llorar al ver que me iba, a pesar de que en todo ese rato no se había mostrado particularmente cariñosa; al contrario, había estado conmigo algo más fría que de costumbre. Me besó calurosamente y me miró largamente a los ojos.

—Escucha —me dijo—, Aliosha ha actuado hoy de un modo ridículo, tanto que me ha sorprendido. Ha estado muy simpático, se le veía muy contento; pero me ha parecido tan fatuo, tan engreído, no paraba de pavonearse delante del espejo... Últimamente, es un tanto desconsiderado... Aparte de que ha estado aquí poco tiempo. Imagínate: me ha traído caramelos.

—¿Caramelos? Bueno, resulta tan ingenuo, tan encantador. ¡Ay, cómo sois los dos! Habéis empezado a vigilaros, a espiaros, a estudiar la cara del otro, a intentar descubrir en ella no sé qué pensamientos ocultos (¡aunque luego no entendéis nada de nada!). Pero no le pasa nada. Es el mismo chiquillo alegre de siempre. ¡Ay, cómo eres!

Siempre que Natasha adoptaba ese tono y acudía a mí para quejarse de Aliosha, o para que le aclarara ciertas dudas sutiles, o para revelarme algún secreto —confiando en que yo sería capaz de captarlo con medias palabras—, recuerdo que me miraba con una sonrisa forzada, como implorándome que tomara, indefectiblemente, una decisión que le permitiera sentir un alivio inmediato. Aunque también recuerdo que, en tales casos, yo adoptaba un tono severo y tajante, como si estuviera amonestando a alguien y, aunque improvisaba, siempre *me salía bien*. Mi severidad y mi gravedad eran de lo más convincente, parecían enormemente resolutivas; y es que a veces la gente siente una necesidad irresistible de ser reprendida. Natasha, por lo menos, solía marcharse perfectamente consolada.

—No, Vania, mira —siguió diciendo, poniéndome una mano en el hombro, mientras con la otra me estrechaba una mano, y sus ojos buscaban mis ojos—, es que le he visto poco preocupado, estaba hecho todo un *marido*... ya sabes, como esos hombres que llevan ya diez años casados, pero todavía se muestran cariñosos con su mujer. ¿No es demasiado pronto para actuar así? Se reía, revoloteaba, y era como si a mí no me afectara nada de eso, como si apenas tuviera que ver conmigo; no era el mismo de antes... Tenía prisa por ir a ver a Katerina Fiódorovna... Cuando le hablaba, él no me escuchaba, o cambiaba de tema; ya conoces esa costumbre suya, típicamente aristocrática, que hemos procurado quitarle entre los dos... En resumen,

me ha parecido... hasta indiferente... Pero ¡quién me mandará hablar! ¡Empiezo y ya no paro! ¡Ay, qué exigentes somos, Vania! ¡Qué caprichosos déspotas! ¡Ahora me doy cuenta! ¡Somos incapaces de perdonarle a un hombre un cambio insignificante en su cara, sin saber a qué obedece tal cambio! ¡Has hecho bien en reprochármelo, Vania! ¡Toda la culpa es mía! Nosotros mismos somos los causantes de nuestra pena, y encima nos quejamos... Gracias, Vania, por consolarme. ¡Ay, ojalá vuelva luego! Aunque quién sabe. Igual está enfadado por lo de antes.

—Pero ¡si decías que no habíais discutido! —exclamé perplejo.

—¡Y no hemos discutido! Aunque es verdad que yo estaba algo tristonza, y él, que había llegado muy contento, se puso más serio, y me ha parecido que se despedía con cierta sequedad. Sí, le avisaré para que venga... Ven tú también más tarde, Vania.

—Vendré sin falta, a menos que me entretenga cierto asunto.

—¿Qué asunto es ése?

—¡Pues que me he metido en un buen lío! Pero seguro que nos vemos luego.

## VII

A las siete en punto estaba en casa de Maslobóiev. Vivía en la Shestilávochnaia, en el ala de una casa pequeña, en un apartamento poco acogedor de tres habitaciones, aunque no estaban mal amuebladas. Incluso se podía apreciar cierta holgura y, al mismo tiempo, una dejadez extrema. Me abrió la puerta una joven preciosa, de unos diecinueve años, vestida con tanta sencillez como encanto, muy atildada, con unos ojos muy simpáticos y alegres. No tardé en adivinar que se trataba, precisamente, de esa Aleksandra Semiónovna a la que había aludido por la mañana, invitándome a conocerla. Me preguntó quién era yo y, al oír mi nombre, me dijo que Maslobóiev me esperaba, pero que en esos momentos estaba durmiendo en su cuarto, y me condujo hasta allí. Dormía en un estupendo y confortable sofá, tapado con su capote sucio, con la cabeza apoyada en un raído cojín de piel. Tenía el sueño muy ligero, de modo que, nada más entrar, me llamó por mi nombre.

—Ah, ¿eres tú? Te esperaba. Justo en estos momentos estaba soñado que venías y me despertabas. Entonces ya es la hora. Vámonos.

—¿Adónde vamos?

—A ver a una señora.

—¿A qué señora? Y ¿para qué?

—Vamos a ver a *madame* Búbnova, a ajustar cuentas con ella... ¡Es toda una belleza! —exclamó, dirigiéndose a Aleksandra Semiónovna, e incluso se besó las puntas de los dedos al aludir a *madame* Búbnova.

—¡Qué cosas se te ocurren! —comentó Aleksandra Semiónovna, pensando que enfadarse un poco era, indudablemente, su deber.

—¿No os conocéis? Te la presento, hermano: Aleksandra Semiónovna, permite que te presente a un general literario; sólo una vez al año se exhiben gratis, el resto del año hay que pagar por verlos.

—¡Qué tontería! No le haga caso, por favor; siempre me está tomando el pelo. ¿Qué generales son éstos?

—Ya he dicho que no es un general cualquiera. Y tú, excelencia, no te vayas a creer que somos unos estúpidos, somos bastante más listos de lo que parece a primera vista.

—Ni caso; continuamente me está dejando en ridículo delante de las personas decentes, el muy desvergonzado. Ya podía llevarme alguna vez al teatro.

—Hay que amar a los allegados, Aleksandra Semiónovna... ¿Ya se le ha olvidado? ¿No se le habrá olvidado esa palabrita que le enseñé?

—Claro que no se me ha olvidado esa sandez.

—Muy bien, ¿y qué palabra era ésa?

—No voy a cubrirme de oprobio en presencia de un invitado. Seguro que es algo indecente. Que se me seque la lengua si lo digo.

—O sea, que se te ha olvidado...

—¡Que no se me ha olvidado! ¡Penates! ¡Amad a vuestros penates! ¡Ya ve qué cosas se le ocurren! Es muy posible que nunca haya habido penates; y ¿por qué habría que quererlos? ¡Siempre las mismas tonterías!

—En cambio, en casa de *madame* Búbnova...

—¡Al diablo tú y tu Búbnova! —Y Aleksandra Semiónovna salió corriendo, tremendamente indignada.

—¡Bueno, ya es hora! ¡Vámonos! ¡Adiós, Aleksandra Semiónovna!  
Salimos.

—Mira, Vania, lo primero, vamos a tomar ese coche. Eso es. Y, en segundo lugar, tengo que decirte que, desde que hablamos antes, he podido averiguar alguna cosa, y no se trata de conjeturas, sino de certezas. Estuve otra hora más en la isla Vasílievski. El gordo aquel es un canalla redomado, sucio, repugnante, extravagante y con toda clase de gustos abyectos. Esta Búbnova es conocida hace tiempo por ciertos negocios suyos de ese mismo género. Hace unos días estuvieron a punto de sorprenderla con una chiquilla de una familia respetable. Los vestidos de muselina con los que ataviaba a esa huérfana (según tú mismo me contaste hace unas horas) me dieron que pensar, porque antes ya había oído yo algo parecido. Hoy he podido enterarme de algunas cosas más; por pura casualidad, cierto, pero parecen fiables. ¿Cuántos años tiene la niña?

—A juzgar por su cara, tendrá unos trece.

—Y a juzgar por su estatura, menos. Sí, seguro que eso es lo que hace: según convenga, unas veces dirá que tiene once, y otras veces dirá que quince. Y como la pobrecilla no tiene quien la ampare, ni familia...

—¡Será posible!

—¿Qué te creías? *Madame* Búbnova nunca habría acogido a una huérfana sólo por compasión. Y, si encima ese gordo la frecuenta, ya no hay ninguna duda. Esta misma mañana se han visto. Y a ese badulaque de Sizobriújov hoy le han prometido una belleza: una mujer casada con un funcionario de alto rango. Entre los jueguistas, los hijos de comerciantes muestran esa propensión: siempre preguntan por el rango. Pasa como en la gramática latina, acuérdate: el significado depende de la desinencia. Aunque me parece que aún sigo borracho desde esta mañana. Vaya, cómo habrá tenido la Búbnova la osadía de dedicarse a esos negocios. Mira que pretender engañar a la policía, ¡qué ocurrencia! Por eso mismo, le voy a dar un buen susto, porque sabe que yo, como de costumbre... bueno, y todo lo demás, ¿entiendes?

Yo estaba estupefacto. Todas esas noticias me habían causado una profunda conmoción. Temía que no llegáramos a tiempo, y apremié al cochero.

—No te preocupes, ya se han tomado medidas —siguió diciendo Maslobóiev—. Mitroshka está allí. Sizobriújov le pagará en efectivo, pero ese gordo miserable pagará en especie. Hoy mismo se ha decidido. Y a mí me toca cobrar a *madame* Búbnova... Que se ande con cuidado...

Llegamos al restaurante; pero ese individuo al que llamaban Mitroshka no estaba

allí. Ordenamos al cochero que nos aguardase junto al porche del restaurante y nos dirigimos a casa de Búbnova. Mitroshka nos esperaba al lado del portal. Las ventanas estaban intensamente iluminadas, y podía oírse la risa estrepitosa, de borracho, de Sizobriújov.

—Ahí están todos, desde hace un cuarto de hora —nos informó Mitroshka—. Éste es el momento indicado.

—Pero ¿cómo entramos? —pregunté.

—Como invitados —replicó Maslobóiev—. Ella me conoce; y también a Mitroshka. Es verdad que todas las puertas están cerradas, pero no para nosotros.

Llamó tranquilamente al portal, y en seguida vinieron a abrir. Nos abrió el portero, que intercambio una señal con Mitroshka. Entramos en silencio; los de dentro no nos oyeron. El portero nos guió por la escalera y llamó a una puerta. Le respondieron; dijo que era él, pero que, por lo visto, alguien preguntaba por la señora. Abrieron, y aprovechamos para entrar todos a la vez. El portero desapareció.

—Ay, pero ¿quién está ahí? —exclamó *madame* Búbnova, borracha y desgredada, sorprendida en el pequeño vestíbulo con una lámpara en la mano.

—¿Quién? —respondió Maslobóiev—. ¿Cómo es eso, Anna Trífonovna? ¿Es que no reconoce usted a los buenos amigos? ¿Quién iba a ser? Somos nosotros... Filipp Filíppich.

—¡Ah, Filipp Filíppich! Son ustedes... Queridos amigos... Pero cómo es que... Yo... no sabía... Por aquí, señores, se lo ruego...

No sabía dónde meterse.

—¿Por dónde dice usted? Pero si aquí hay un tabique... Nos esperábamos mejor recibimiento. Nos gustaría tomar algo fresco, y ¿no habrá por ahí algunas preciosidades?

La señora no había tardado en recobrar el ánimo.

—Para tan excelentes huéspedes, las sacaré, si hace falta, de debajo de la tierra; aunque tenga que encargarlas al reino de la China.

—Una cosa, mi querida Anna Trífonovna: ¿está aquí Sizobriújov?

—Sí... aquí está.

—Pues necesito hablar con él. ¿Cómo se habrá atrevido, el muy canalla, a venir de parranda sin contar conmigo!

—Pero si seguro que no se ha olvidado de usted. Ha estado todo el tiempo esperando a alguien; sería a usted, sin duda.

Maslobóiev empujó la puerta, y nos encontramos en una habitación pequeña, con dos ventanas, geranios, unas sillas de rejilla y un piano destartado, todo como cabía esperar. Pero antes de entrar allí, mientras estábamos hablando en el vestíbulo, Mitroshka ya había desaparecido. Más tarde supe que no había llegado a entrar, sino que se había quedado esperando al otro lado de la puerta. Tenía que abrir a alguien más después. La mujer desgredada y repintada que había visto aquella mañana asomando por detrás de *madame* Búbnova resultó ser su comadre.

Sizobriújov estaba sentado en un pequeño sofá de caoba, delante de una mesa redonda, cubierta con un mantel. En la mesa había dos botellas de champán tibio, una botella de ron barato, unos platos con caramelos, dulces y tres clases de frutos secos. Detrás de la mesa, enfrente de Sizobriújov, había una criatura repugnante de unos cuarenta años, picada de viruelas, con un vestido negro de tafetán, y unos brazaletes y broches de bronce. Se trataba de la mujer, evidentemente falsa, del funcionario de alto rango. Sizobriújov estaba borracho y parecía muy satisfecho. Su camarada barrigudo no estaba con él.

—¡Lo que hacen algunos! —gritó Maslobóiev a pleno pulmón—. ¡Después de haberme dicho que me invitaba a Dussaud!

—¡Filipp Filíppich, qué alegría! —balbuceó Sizobriújov, levantándose con aire satisfecho para ir a nuestro encuentro.

—¿Estabas bebiendo?

—Discúlpeme.

—No te disculpes e invita a los amigos. Hemos venido a divertirnos un rato en tu compañía. Traigo a otro invitado: es un amigo. —Maslobóiev me señaló.

—Encantado; quiero decir, que es un placer, señor... ¡Ji!

—¡Vaya, y a esto lo llaman champán! Parece sopa agria.

—Me ofende usted.

—O sea, que no te atreves a presentarte en Dussaud, ¡y para colmo invitas!

—Precisamente me estaba contando que ha estado en París —terció la mujer del funcionario—; ¡sin duda, mentía!

—Fedosia Titishna, me ofende usted. Claro que he estado. He viajado.

—¡Semejante palurdo en París!

—Claro que he estado. ¿Por qué no iba a poder? Karp Vasílich y yo nos hicimos notar allí. ¿Conocen ustedes a Karp Vasílich?

—¿Para qué quiero yo conocer a ese Karp Vasílich tuyo?

—Bueno, no sé... asuntos de política... Pues nosotros dos, en ese villorrio, en París, estando en casa de *madame* Joubert rompimos un tremó inglés.

—¿Que rompisteis qué?

—Un tremó, señor. Era enorme, ocupaba toda la pared, hasta el techo; y Karp Vasílich estaba tan borracho que se puso a hablarle en ruso a *madame* Joubert. Estaba al lado del tremó, rozándolo con el codo. Y la Joubert, gritándole (en su idioma, claro): «Ese tremó vale setecientos francos; te lo vas a cargar». (Un franco viene a ser como un *chetvertak*<sup>[44]</sup> de los nuestros.) Él me miraba con una sonrisa maliciosa; yo estaba enfrente de él, sentado en un sofá, en compañía de una belleza, no de un adefesio como éste, de cuidado, dicho sea de paso. Total, que va él entonces y me dice a gritos: «¡Stepán Teréntich, Stepán Teréntich! ¿Qué le parece si vamos a medias?». Y yo: «¡De acuerdo!». Y en ese momento soltó un puñetazo en el tremó, y ¡zas!, el espejo se hizo añicos. La Joubert empezó a chillar, y le espetó a la cara: «¿Tú qué te has creído, bandido?» (en el idioma de ellos, naturalmente). Y él: «Toma el

dinero, *madame* Joubert, y no te opongas a mis costumbres», y le largó sin más seiscientos cincuenta francos. Y estuvieron regateando por el medio centenar que faltaba.

En ese momento nos sobrecogió un chillido aterrador. Había atravesado varias puertas: venía de dos o tres habitaciones más allá de aquélla en la que nos encontrábamos. Me estremecí, y también yo dejé escapar un grito. Había reconocido aquel chillido: era la voz de Yelena. A ese grito lastimero le siguieron más gritos, insultos y un gran alboroto; por último, se oyó el impacto —alto, claro, nítido— de una bofetada en pleno rostro. Seguramente, eso era obra de Mitroshka. De repente, la puerta se abrió impetuosamente, y Yelena —pálida, con la mirada turbia, con un vestido blanco de muselina todo roto y arrugado, con el pelo, que había sido peinado con esmero, alborotado como después de una pelea— irrumpió en la habitación. Yo estaba enfrente de la puerta, y ella se dirigió hacia mí y se echó en mis brazos. Todo el mundo pegó un brinco, alarmado. Su llegada se vio acompañada de gritos y exclamaciones. Tras ella, apareció en la puerta Mitroshka, tirando del pelo a su grueso rival, que tenía un aspecto lamentable. Lo llevó a rastras hasta el umbral de la puerta y lo arrojó al interior de la habitación.

—¡Aquí está! ¡Es vuestro! —exclamó Mitroshka, con una cara de completa satisfacción.

—Escucha —dijo Maslobóiev, dirigiéndose a mí, tranquilamente, y dándome unas palmadas en el hombro—, coge a la niña, avisa al cochero y llévatela a tu casa, aquí ya no tienes nada que hacer. Mañana arreglaremos el resto.

No tuvo que repetírmelo. Cogí de la mano a Yelena y la saqué de aquel antro. No sé cómo terminaría allí todo. Nadie intentó detenernos: la dueña de la casa estaba muerta de miedo, paralizada. Todo ocurrió tan rápido que no fue capaz de intervenir. El cochero nos estaba esperando, y veinte minutos más tarde ya estábamos en casa.

Yelena parecía medio muerta. Le aflojé el vestido, la rocié con agua y la tumbé en el sofá. Le estaba subiendo la fiebre y empezó a delirar. Contemplé su pálida cara infantil, sus labios descoloridos, sus cabellos negros, untados con pomada, el elaborado peinado que se le había caído hacia un lado; me fijé en todo su atavío, en aquellos lacitos rosa del vestido, que sólo se conservaban en parte, y acabé de convencerme de la veracidad de esa repugnante historia. ¡Pobrecilla! Todo le había ido de mal en peor. No quería apartarme de ella y decidí no ir aquella tarde a casa de Natasha. De vez en cuando, levantaba sus largas pestañas y me dirigía una mirada: me miraba larga y fijamente, como si me reconociera. Muy tarde, pasada ya la medianoche, se durmió. Yo me quedé dormido a su lado, en el suelo.

## VIII

Me levanté muy temprano. Me había pasado toda la noche despertándome casi cada media hora, acercándome a mi pobre huésped y examinándola atentamente. Tenía fiebre y deliraba levemente. Pero al alba se quedó profundamente dormida. Buena señal, pensé; no obstante, al despertarme por la mañana, decidí ir corriendo en seguida a buscar un médico, aprovechando que la pobrecilla seguía durmiendo. Conocía a un doctor, un bondadoso solterón que vivía desde tiempo inmemorial en la calle Vladímirskaia con su ama de llaves alemana. Fui a verlo. Me prometió venir a casa a las diez. Todavía eran las ocho; me habría encantado acercarme de paso a ver a Maslobóiev, pero deseché esa idea: seguramente, aún estaría durmiendo; además, Yelena podía despertarse y se asustaría al verse en mi apartamento. Dado su delicado estado de salud, era muy posible que no recordara cómo, cuándo y por qué medios había ido a parar a mi casa.

Se despertó justo en el momento en que yo entraba en el cuarto. Me acerqué a ella y le pregunté, con mucha delicadeza, cómo se encontraba. No me respondió, sino que se quedó mirándome fijamente, durante mucho rato, con sus expresivos ojos negros. Aquella mirada suya me hizo pensar que se acordaba perfectamente de todo lo ocurrido. Sin embargo, no me dijo nada, ateniéndose tal vez a su costumbre de siempre. Tanto la víspera como la antevíspera había hecho lo mismo: cada vez que le preguntaba algo, ella no abría la boca, sino que empezaba de pronto a mirarme a los ojos, con una mirada persistente y tenaz, en la que, además del recelo y una curiosidad primitiva, había también un extraño orgullo. En esta ocasión, detecté en su mirada severidad, e incluso cierta desconfianza. Quise ponerle la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre, pero ella, sin decir nada, me la apartó con su pequeña mano y se volvió hacia la pared, dándome la espalda. Me retiré, para no alterarla.

Tenía en casa una tetera de cobre grande. Desde hacía tiempo, la usaba, en lugar del samovar, para hervir agua. Tenía leña, el portero me acababa de suministrar una cantidad suficiente para cinco días. Encendí el fuego, fui a coger agua y puse la tetera. Saqué todo lo necesario para preparar el té y lo coloqué sobre la mesa. Yelena se volvió hacia mí y se quedó mirando todo aquello con curiosidad. Le pregunté si necesitaba algo. Pero volvió a darme la espalda, sin responder nada.

«¿Por qué estará enfadada conmigo? —pensé—. ¡Qué chiquilla más rara!»

A las diez, como ya he dicho, vino mi viejo doctor. Examinó a la enferma con toda su diligencia alemana y me reconfortó enormemente al decirme que, a pesar de que el estado febril persistía, no había nada que temer. Añadió que la niña tenía que padecer, además, una enfermedad crónica, algún tipo de arritmia cardiaca. «Pero esa cuestión —añadió— va a requerir una especial vigilancia; de momento está fuera de peligro». Le recetó una mixtura y unos polvos, más por rutina que por necesidad, tras lo cual empezó a interrogarme, deseoso de averiguar cómo había venido a parar a mi casa. Al mismo tiempo, lleno de asombro, no dejaba de observar mi apartamento. Ese

anciano era un charlatán terrible.

Yelena le había causado una profunda impresión. Al tomarle el pulso, ella se había resistido a darle la mano y no había querido enseñarle la lengua. No había respondido ni una palabra a ninguna de sus preguntas, limitándose a mirar de hito en hito la enorme cruz de San Estanislao que le colgaba del cuello.

—Me imagino que le dolerá mucho la cabeza —observó el viejo doctor—, pero, de todos modos, ¡vaya una mirada!

No consideré necesario contarle lo que le había ocurrido a Yelena, y me excusé diciendo que era una larga historia.

—Si fuera preciso, hágamelo saber —dijo al marcharse—. Pero, por ahora, no hay peligro.

Decidí quedarme todo el día con Yelena y, si nada me lo impedía, dejarla a solas lo menos posible. Pero, sabiendo que tanto Natasha como Anna Andréievna se iban a preocupar si seguían esperándome en vano, decidí, al menos, hacer saber a Natasha, por medio del correo, que no podía ir a verla en todo el día. A Anna Andréievna no podía escribirle una carta. Ella misma me había rogado, en cierta ocasión, que dejara de enviarle cartas, de una vez por todas, después de que le hubiera estado mandado noticias durante la enfermedad de Natasha. «En cuanto ve una de tus cartas, mi viejo hombre se deprime —me dijo—; está deseando, de todo corazón, saber lo que dice, pero no se anima a preguntar. Y se pasa todo el día de mal humor. Aparte de eso, *bátiushka*, lo único que consigues con tus cartas es sacarme de mis casillas. ¿Qué son diez líneas? Una necesita conocer los detalles, y no te tengo a mano para preguntarte». Por eso, sólo escribí a Natasha, y, cuando fui a la farmacia con la receta, aproveché de paso para enviar la carta.

Mientras tanto Yelena había vuelto a dormirse. En sueños, se quejaba ligeramente y tiritaba. El doctor tenía razón: le dolía mucho la cabeza. De vez en cuando se le escapaba un grito y se despertaba. Me miraba muy irritada, como si mis desvelos le resultaran especialmente odiosos. Reconozco que eso me hería.

A las once llegó Maslobóiev. Estaba preocupado y parecía distraído; sólo estuvo un minuto, tenía mucha prisa por ir a no sé dónde.

—Caramba, hermano, no contababa con que vivieras en un palacio —comentó, mirando a su alrededor—, pero tampoco esperaba encontrarte en un baúl como éste. Esto no es un apartamento, sino un baúl. Muy bien, admitamos que, en sí mismo, eso no tiene mayor importancia, pero lo más lamentable es que todos estos quehaceres te impiden trabajar en paz. Ayer, mientras nos dirigíamos a casa de la Búbnova, ya iba pensando yo en esto. Y es que yo, hermano, por mi temperamento y por mi condición, soy de esas personas incapaces de hacer nada sensato por sí mismas, pero que se dedican a dar lecciones a los demás. Y ahora escúchame: es posible que mañana o pasado mañana venga por aquí, y tú tienes que venir sin falta a mi casa el domingo por la mañana. Confío en que para entonces todo el problema de esta niña se haya resuelto definitivamente; también quiero que hablemos en serio, porque

contigo hay que hacer algo. Así no se puede vivir. Ayer me limité a sugerírtelo, pero ahora te lo quiero exponer racionalmente. Dime, en definitiva: ¿te parecería una deshonra que te prestara dinero por un tiempo?

—¡Venga, no te enfades! —le interrumpí—. Mejor cuéntame cómo terminó ayer todo.

—Pues todo terminó perfectamente, habiendo conseguido mi objetivo, ¿entiendes? Pero ahora no hay tiempo. Sólo quería entrar un minuto para hacerte saber que ahora mismo no tengo tiempo ni siquiera para ti; y, de paso, para que me digas si piensas llevar a la niña a algún sitio o si prefieres tenerla aquí contigo. Porque conviene meditarlo bien y tomar una decisión.

—La verdad es que aún no sé qué hacer, y confieso que estaba esperando para consultártelo. Por ejemplo, no sé en calidad de qué podría tenerla aquí conmigo.

—Pues, no sé, como no sea como sirvienta...

—Habla más bajo, por favor. Aunque esté enferma, está plenamente consciente, y me he dado cuenta de que, cuando te ha visto aparecer, se ha puesto nerviosa. O sea, que se acuerda de lo de ayer...

Entonces le hablé del carácter de la niña y de todo lo que había advertido en ella. Maslobóiev estaba interesado en lo que le contaba. Añadí que a lo mejor podía colocarla en una casa, y le hablé por encima de mis viejos amigos. Para mi sorpresa, él ya conocía algo de la historia de Natasha y, cuando le pregunté de qué la conocía, me contestó:

—Bueno; hace tiempo oí algo de pasada, en relación con otro asunto. Ya te he contado que conozco al príncipe Válkovski. Me parece muy buena idea la de mandarla con esos ancianos. Si no, va a suponer una molestia para ti. Y otra cosa más: necesita algún documento. No te preocupes por eso, ya me encargo yo. Adiós, ven a verme con frecuencia. ¿Está dormida ahora?

—Eso parece —respondí.

Pero, nada más marcharse, Yelena me llamó.

—¿Quién es? —preguntó con voz temblorosa, aunque me dirigió, como siempre, una mirada inquisitiva y un tanto altiva. No sabría definirla de otro modo.

Le dije que se llamaba Maslobóiev y añadí que gracias a él había podido librarla de las garras de *madame* Búbnova, y que ésta le tenía mucho miedo. De pronto, se ruborizó intensamente, seguramente a causa de sus recuerdos.

—Pero ¿ella va a venir aquí alguna vez? —preguntó Yelena, escrutándome con la mirada.

Yo me apresuré a tranquilizarla. Se quedó callada, y me cogió fugazmente la mano con sus ardientes deditos, pero la soltó de inmediato, como dándose cuenta de lo que hacía. «No es posible que le inspire tanta repugnancia —pensé—. Tienen que ser sus modales, o... o sencillamente la pobre lo ha pasado tan mal que ya no confía en nadie».

A la hora señalada fui a recoger la medicina y aproveché para entrar en una fonda,

donde comía a veces y donde me fiaban. Me había traído de casa un recipiente, y le llevé a Yelena una ración de caldo de gallina. Pero no tenía ganas de comer, y de momento el caldo se quedó en la cocina.

Tras administrarle la medicina, me senté a escribir. Creí que estaba durmiendo, pero, al mirarla inadvertidamente, vi que tenía la cabeza levantada y estaba pendiente de mi trabajo. Hice como si no me hubiera dado cuenta.

Finalmente acabó por dormirse; además, para mi enorme satisfacción, vi que dormía plácidamente, sin delirios ni gemidos. De pronto, caí en la cuenta de que Natasha, ajena a lo ocurrido, no sólo podía enfadarse conmigo por no haber ido a verla en todo el día, sino que probablemente se sentiría dolida por mi desinterés en un momento como ése, cuando le haría más falta que nunca. Era muy posible, incluso, que le surgieran ciertas dificultades, o que tuviera la necesidad de encomendarme determinadas tareas, y yo, como hecho aposta, no estaba disponible.

En cuanto a Anna Andréievna, no tenía ni idea de cómo disculparme con ella al día siguiente. Tras darle muchas vueltas, decidí acercarme un momento a los dos sitios. Mi ausencia no iba a prolongarse más de un par de horas, a lo sumo. Yelena estaba dormida y no iba a enterarse de mi marcha. Me levanté rápidamente, me puse el abrigo y cogí la gorra, pero, en el momento mismo en que me disponía a salir, Yelena me llamó. Me quedé sorprendido: ¿de verdad había estado haciéndose la dormida?

Debo mencionar, por cierto, que, a pesar de que Yelena dejaba claro que no quería hablar conmigo, sus frecuentes llamadas, su necesidad de dirigirse a mí en cada momento de apuro, daban a entender lo contrario, y confieso que me halagaban.

—¿A quién quiere usted entregarme? —preguntó cuando me acerqué a ella. En general, solía preguntar de un modo un tanto brusco, de forma completamente inesperada. En este caso, al principio no entendí a qué se estaba refiriendo—. Hace un rato —prosiguió—, le comentaba usted a su amigo que quería llevarme a no sé qué casa. Yo no quiero ir a ningún sitio.

Me incliné sobre ella: había vuelto a subirle la fiebre; estaba sufriendo una nueva crisis. Empecé a consolarla y a tranquilizarla; trataba de convencerla de que, si ella prefería quedarse allí conmigo, no iba a llevarla a ningún sitio. Diciendo esto, me quité el abrigo y el gorro. No me atrevía a dejarla sola en ese estado.

—¡No, no! ¡Márchese! —dijo, dándose cuenta de inmediato de mi intención de quedarme con ella—. Me apetece dormir; me voy a dormir en seguida.

—Pero ¿cómo vas a quedarte aquí sola? —le dije, indeciso—. Aunque la verdad es que en un par de horas estaré de vuelta...

—Pues claro, vaya usted. Si me paso un año entero enferma, no va a estar todo un año sin salir de casa. —Intentaba sonreír y me miraba de un modo algo extraño, como si luchara con algún buen sentimiento que estuviera despertando en su corazón. ¡Pobrecilla! Su tierno, su inocente corazón se asomaba al exterior, a pesar de su aversión a la gente y su evidente encallecimiento.

Primero fui corriendo a casa de Anna Andréievna. Me esperaba con ansiedad febril y me recibió con reproches; estaba terriblemente inquieta: nada más comer, Nikolái Sergueich había salido, pero ella no sabía adónde había ido. Yo ya me imaginaba que la anciana no se habría podido resistir y se lo habría contado todo, como era habitual en ella, a base de *alusiones*. Lo cierto es que ella misma casi me lo confesó, diciéndome que no había podido resignarse a la idea de dejar de compartir tan inmensa alegría con él, pero que el humor de Nikolái Sergueich se había vuelto —según su propia expresión— más negro que un nublado, y no había abierto la boca.

—Estuvo todo el tiempo callado —me decía—, sin contestar siquiera a mis preguntas. Y, de repente, después de comer, se ha preparado para salir y se ha marchado.

Mientras me contaba todo esto, Anna Andréievna casi temblaba de miedo, y me imploraba que esperáramos juntos a Nikolái Sergueich. Yo le dije que me resultaba imposible, y le anuncié, de forma tajante, que seguramente no podría volver al día siguiente, y que si me había acercado había sido, precisamente, para prevenirla. A punto estuvimos de pelearnos en esta ocasión. Se echó a llorar; me reprendió con aspereza y amargura, y sólo cuando salía por la puerta se me colgó del cuello, me estrechó con fuerza entre sus brazos y me pidió que no me enfadara con ella, una pobre «huérfana», y no me tomara a mal sus palabras.

A Natasha, en contra de lo esperado, volví a encontrármela sola y, extrañamente, me dio la impresión de que esta vez no se alegraba de verme, a diferencia de lo que había ocurrido la víspera y, en general, siempre que iba a visitarla. Fue como si la estorbara o la molestara de algún modo. A mi pregunta de si Aliosha había ido a verla, me contestó:

—Claro que sí, ha venido, aunque no ha estado mucho tiempo. —Y añadió, con aire pensativo—: Me ha prometido volver esta tarde.

—¿Y anoche estuvo?

—Pues... no. Le entretuvieron —añadió atropelladamente—. Bueno, Vania, ¿cómo van tus asuntos?

Vi que, por alguna razón, quería zanjar la cuestión y cambiar de tema. La observé detenidamente: se notaba que estaba muy desanimada. De hecho, al darse cuenta de que la estaba examinando minuciosamente, volvió rápidamente los ojos hacia mí, con furia repentina y con tanta intensidad que parecía dispuesta a abrazarme con la mirada. «Otra vez está disgustada —pensé—, y no quiere hablar de eso conmigo».

En respuesta a su pregunta sobre mis asuntos, le conté la historia de Yelena con todo detalle. Mi relato la interesó vivamente, y le causó una gran impresión.

—¡Dios mío! ¡Cómo has podido dejarla sola, así enferma! —exclamó.

Le expliqué que no tenía intención de salir en todo el día, pero que luego había pensado que igual ella se enfadaba conmigo si no iba a visitarla, y que a lo mejor me necesitaba para algo.

—Que si te necesito para algo... —comentó pensativa, como si estuviera

hablando consigo misma—. Bueno, igual te necesito, Vania, pero mejor en otra ocasión. ¿Has ido a ver a mi gente?

Le hablé de mi visita.

—Sí, sólo Dios sabe cómo va a asimilar mi padre todas estas novedades. Aunque ¿qué es lo que hay que asimilar?

—¿Que qué hay que asimilar? —le pregunté—. ¡Con semejante cambio!

—Bueno, sí... ¿Adónde habrá ido mi padre? La otra vez, creíais que había venido a verme. Mira, Vania, si puedes, pásate mañana por aquí. Tal vez te cuente una cosa... Aunque me pesa tener que molestarte; pero ahora deberías volver a casa a atender a tu invitada. ¿No han pasado ya dos horas desde que saliste?

—Sí, ya han pasado. Adiós, Natasha. Pero dime, ¿cómo estaba hoy Aliosha?

—¿Aliosha? Pues bien... Me sorprende tu interés.

—Hasta la vista, amiga mía.

—Adiós. —Me dio la mano con cierta desidia y evitó mi última mirada de despedida. Me marché de su casa un tanto perplejo. «Aunque la verdad —pensaba yo— es que no le faltan cosas en que pensar. No es para tomárselo a broma. Pero ella misma me lo contará mañana».

Regresé a casa abatido y, nada más entrar, me encontré con una tremenda sorpresa. Vi a Yelena sentada en el sofá, con la cabeza caída sobre el pecho, como si estuviera sumida en sus reflexiones. Ni siquiera me miró; parecía ausente. Me acerqué a ella; estaba musitando algo. «¿No estará delirando?», pensé.

—Yelena, querida, ¿qué te pasa? —le pregunté, sentándome a su lado y cogiéndola de la mano.

—Quiero irme de aquí... Sería mejor que me fuera a su casa —dijo sin levantar la cabeza.

—¿Adónde? ¿A casa de quién? —le pregunté asombrado.

—A casa de Búbnova. Siempre está diciendo que le debo mucho dinero, que ella pagó el entierro de mamá... No quiero que siga hablando mal de mamá; quiero trabajar en su casa, y devolverle lo que le debo... Entonces, yo misma me iré. Pero ahora tengo que volver allí.

—Cálmate, Yelena, no puedes volver a su casa —le dije—. Te haría sufrir, te arruinaría la vida...

—Pues que me haga sufrir, que me arruine la vida... —Yelena repitió mis palabras con vehemencia—. Yo no soy la primera; otras mejores que yo también sufren mucho. Una pedigüeña me lo dijo en la calle. Yo soy pobre, y quiero ser pobre. Toda la vida seré pobre; es lo que me dijo mamá al morir. Tendré que trabajar... No quiero llevar este vestido...

—Mañana mismo te compro otro. También te traeré tus libros. Vas a vivir aquí conmigo. No te voy a entregar a nadie si tú no quieres; cálmate...

—Buscaré un empleo.

—¡Muy bien, muy bien! Pero cálmate. Acuéstate, duérmete.

Pero la pobre niña lloraba a mares. Poco a poco las lágrimas dejaron paso a los sollozos. No sabía qué hacer con ella; le llevé agua, le humedecí las sienes, la cabeza. Por fin se tendió en el sofá, completamente exhausta, y sufrió nuevos escalofríos debidos a la fiebre. La arropé con lo primero que encontré, y se quedó dormida, aunque con un sueño intranquilo, entre constantes temblores, despertándose cada dos por tres. Aunque ese día yo apenas había andado, estaba agotado y decidí acostarme yo también cuanto antes. Terribles inquietudes bullían en mi cabeza. Presentía que aquella chiquilla me iba a traer muchísimos problemas. Pero aún me inquietaba más la situación de Natasha. Según lo recuerdo ahora, pocas veces me había sentido yo más abrumado que aquella noche aciaga, en el momento de dormirme.

## IX

Me desperté enfermo, bastante tarde, a eso de las diez de la mañana. Me dolía la cabeza, y todo me daba vueltas. Miré a la cama de Yelena: estaba vacía. En ese momento, desde la parte derecha del cuarto me llegaron unos ruidos, como si alguien estuviera barriendo. Me acerqué a mirar. Yelena, con la escoba en una mano, mientras se sujetaba con la otra su elegante vestido —aún no se lo había cambiado desde que había llegado—, barría el suelo. Había apilado en un rincón la leña para la estufa; la mesa estaba limpia, la tetera fregada; en definitiva, Yelena estaba haciendo las tareas de la casa.

—Escucha, Yelena —le grité—, ¿quién te ha mandado barrer? No me parece bien que lo hagas, estás mala; no estás aquí para trabajar.

—Y ¿quién va a barrer aquí los suelos si no? —replicó, poniéndose recta y mirándome a la cara—. Yo ya no estoy mala.

—Pero no te he traído para que trabajes, Yelena. ¿No será que tienes miedo de que te eche en cara, como la Búbnova, que estás viviendo a mi costa? Y ¿de dónde has sacado esa birria de escoba? Aquí no había ninguna escoba —añadí, mirándola con asombro.

—Esta escoba es mía. La traje yo misma. También a mi abuelo le barría los suelos cuando vivía aquí. Y desde entonces ha estado ahí metida, debajo de la estufa.

Me volví hacia la otra parte del cuarto, pensativo. A lo mejor estaba en un error; pero me dio la impresión de que mi hospitalidad se le hacía difícil de soportar y quería demostrarme, por todos los medios, que no estaba dispuesta a vivir a mi costa. «Si es así, hay que ver qué carácter más duro», pensé. Al cabo de un par de minutos, se acercó y, sin decir nada, se sentó en el sofá, en el mismo sitio del día anterior, mirándome con aire escrutador. Entre tanto, puse la tetera a calentar, preparé té, llené una taza y se la ofrecí, con una rebanada de pan blanco. Lo aceptó en silencio, sin protestar. Llevaba un día entero sin probar apenas bocado.

—Mira, te has manchado ese vestido tan bonito con la escoba —dije, fijándome en una franja sucia en la falda.

Se examinó la falda y, de repente, para mi enorme sorpresa, dejó la taza, sujetó firmemente, con ambas manos, el paño de muselina de la falda y, con aparente calma y sangre fría, dio un fuerte tirón y lo desgarró de arriba abajo. Hecho lo cual, sin decir nada, levantó hacia mí sus brillantes ojos y me miró con obstinación. Estaba pálida.

—¿Se puede saber qué haces, Yelena? —le grité, convencido de que estaba en presencia de una lunática.

—Era un vestido muy feo —afirmó, ahogándose por la excitación—. ¿Por qué ha dicho que era un vestido bonito? No quiero llevarlo —gritó de repente, poniéndose en pie de un salto—. Pienso hacerlo pedazos. Yo no le pedí a esa mujer que me pusiera esa clase de ropa. Fue ella la que me obligó, a la fuerza. Ya he roto un vestido, y pienso romper este otro, ¡lo pienso romper! ¡Lo pienso romper! ¡Lo pienso romper!

Y empezó a destrozar, fuera de sí, su pobre vestidito. En un momento lo dejó hecho pedazos. Cuando terminó, estaba tan pálida que apenas se tenía en pie. Yo había asistido perplejo a aquella exhibición de rabia. Ella, por su parte, me dirigió una mirada retadora, como si, a sus ojos, yo tuviera parte de la culpa. Pero yo ya sabía lo que tenía que hacer.

Me propuse comprarle un vestido nuevo esa misma mañana, sin tardanza. Con una fierecilla salvaje y endurecida como aquélla, era preciso recurrir a la bondad. Su forma de mirar hacía pensar que nunca había conocido a ninguna persona de buen corazón. Si ya en otra ocasión, a pesar del cruel castigo al que se exponía, se había atrevido a hacer pedazos un vestido igual que ése, cabía imaginarse con qué rabia habría mirado este otro ahora, al recordarle aquellos momentos tan espantosos.

En el mercado callejero se podía comprar por muy poco dinero un vestido bonito y sencillo. Lo malo era que, en esos momentos, yo estaba casi sin blanca. Pero la misma víspera, al acostarme, había tomado la decisión de acudir por la mañana a un lugar donde esperaba conseguir algún dinero, y ese sitio quedaba, precisamente, en la misma dirección que el mercado. Cogí el sombrero. Yelena no me quitaba el ojo de encima, como si se oliera algo.

—¿Me piensa dejar otra vez encerrada? —me preguntó al verme coger la llave, con intención de cerrar la puerta al salir, como había hecho los dos últimos días.

—Querida —le dije, acercándome a ella—, no te enfades por eso. Echo la llave pensando en que podría venir alguien. Estás enferma, podrías asustarte. Y sabe Dios quién podría venir; imagínate que se le ocurre venir a la Búbnova...

Lo dije a propósito. Si la encerraba, era porque no me fiaba de ella. Pensaba que a lo mejor le daba por marcharse de casa. Por el momento, había decidido ser precavido. Yelena no replicó, y también esta vez la dejé encerrada.

Conocía a un editor que llevaba ya tres años publicando una enciclopedia en muchos volúmenes. Con cierta frecuencia le había pedido trabajo, cuando necesitaba conseguir algún dinero urgente. Pagaba puntualmente. Fui a verle, y tuve la suerte de recibir veinticinco rublos por anticipado, con el compromiso de presentarle al cabo de una semana un artículo recopilatorio. Aunque esperaba sacar algo de tiempo para mi novela. Esas cosas las hacía a menudo, cuando no tenía más remedio.

Una vez conseguido el dinero, me dirigí al mercado. Allí no tardé en dar con una anciana, conocida mía, que vendía toda clase de ropa. Le expliqué, más o menos, cuál era la talla de Yelena, y en un santiamén me escogió un vestido claro de percal, muy resistente y prácticamente nuevo —no lo habían lavado más de una vez—, baratísimo. De paso, también le compré un pañuelo para el cuello. Mientras pagaba, se me ocurrió que a Yelena también le hacía falta una pelliza, un mantón o algo por el estilo. El tiempo era frío, y no tenía nada de abrigo. Pero dejé esta compra para otra ocasión. Yelena era tan orgullosa, tan suspicaz. A saber cómo recibía el vestido nuevo, y eso que había elegido, a propósito, uno de lo más sencillo y discreto, algo de lo más corriente que se podía encontrar. De todos modos, le compré dos pares de

medias de hilo y otro par de lana. Podía regalárselos con el pretexto de que ella estaba enferma, y la casa era fría. También necesitaba ropa interior. Pero todo eso lo aplacé para cuando la conociera un poco mejor. No obstante, compré unas viejas cortinas para separar la cama: era algo imprescindible, y podía poner muy contenta a Yelena.

Cargado con todo aquello, regresé a casa a la una de la tarde. Prácticamente no hice ningún ruido al abrir con la llave, de modo que Yelena tardó en darse cuenta de que había llegado. Advertí que estaba al lado de mi escritorio, de pie, hojeando mis libros y mis papeles. Cuando por fin me oyó, cerró de golpe el libro que estaba leyendo y se retiró del escritorio, colorada como un tomate. Eché un vistazo al libro: se trataba de mi primera novela, en su edición como libro independiente, en cuya portada figuraba mi nombre.

—Ha llamado alguien mientras usted estaba fuera —me dijo en un tono que dejaba entrever un reproche por haberla dejado encerrada.

—¿No sería el doctor? —le dije—. ¿Tú no respondiste, Yelena?

—No.

Sin replicar, deshice el paquete y saqué el vestido recién comprado.

—Mira, Yelena, querida —dije, acercándome a ella—, no puedes seguir llevando esos trapos. Te he comprado un vestido, uno muy sencillo, baratísimo, no tienes por qué preocuparte: sólo cuesta un rublo con veinte kópeks. Disfrútalo.

Puse el vestido al alcance de su mano. Se ruborizó y me miró unos instantes con los ojos a cuadros.

Estaba atónita, y además me dio la sensación de que estaba muerta de vergüenza. Pero algo suave, tierno, brilló en sus ojos. Viendo que no decía nada, me fui para mi mesa. Mi comportamiento, evidentemente, la había sorprendido. Pero se sobrepuso, haciendo un gran esfuerzo, y se quedó sentada con la mirada gacha.

La cabeza me dolía, y cada vez estaba más mareado. El aire fresco no me había aliviado en absoluto. A todo esto, tenía que ir a casa de Natasha. Mi preocupación por ella no había disminuido desde la víspera; al contrario, iba en aumento. De pronto me pareció que Yelena me llamaba. Me volví hacia ella.

—No me deje encerrada cuando vaya a salir —dijo, desviando la mirada y pellizcando el borde del sofá, como si estuviera concentrada en esa tarea—. Nunca me voy a alejar de su lado.

—Muy bien, Yelena, estoy de acuerdo. Pero ¿y si viene algún extraño? Cualquiera sabe quién podría venir.

—Pues, entonces, déjeme a mí la llave, y yo ya cierro por dentro; si llama alguien, diré que no está usted en casa. —Me miró con ojos pícaros, como diciendo: «¡Ya ve usted qué fácil!». De repente, antes de que me hubiera dado tiempo a replicar, me preguntó—: ¿Quién le lava a usted la ropa?

—Una mujer de aquí, de la casa.

—Yo puedo hacer la colada. Y ¿de dónde trajo usted ayer la comida?

—De una fonda.

—También sé guisar. Ya le prepararé yo la comida.

—Ya es suficiente, Yelena; ¿qué sabes tú de cocina? No digas tonterías...

Yelena se calló y bajó la cabeza. Evidentemente, le había sentado mal mi comentario. Pasaron no menos de diez minutos; los dos estábamos callados.

—Sopa —dijo de repente, sin alzar la cabeza.

—¿Qué pasa con la sopa? ¿De qué sopa me hablas? —le pregunté sorprendido.

—Que sé preparar sopa. Yo se la preparaba a mamá cuando estaba enferma. También hacía yo la compra.

—¿Lo ves, Yelena, lo ves? Pero ¡qué orgullosa eres! —dije, acercándome a ella y sentándome a su lado en el sofá—. Yo actúo contigo como me dicta el corazón. Tú ahora estás sola en el mundo, sin parientes, pasándolo mal. Yo puedo ayudarte. Igual que tú me ayudarías a mí si estuviera en apuros. Pero te niegas a aceptarlo, por eso te cuesta tanto aceptar cualquier regalo mío, por modesto que sea. En seguida te empeñas en pagar por él, en trabajar a cambio, como si yo fuera la Búbnova y te echara algo en cara. Si eso es así, debería darte vergüenza, Yelena.

No me replicó. Los labios le temblaban. Daba la sensación de que quería decirme algo, pero se resistía y se cerraba en banda. Me levanté para ir a visitar a Natasha. En esta ocasión le dejé la llave a Yelena, con el encargo de que, si venía alguien y llamaba a la puerta, respondiera y le preguntara quién era. Estaba convencido de que algo le iba mal, muy mal, a Natasha, y de que por el momento prefería ocultármelo, tal y como ya había ocurrido entre nosotros en otros casos. Sea como fuere, decidí no estar más que un minuto en su casa, no fuera a molestarla con tanta insistencia.

Así fue. Volvió a recibirme de mala gana, con una mirada poco amigable. Debería haberme marchado de inmediato, pero las piernas me temblaban.

—Sólo un minuto, Natasha —aclaré—, para pedirte consejo. ¿Qué crees que debo hacer con mi huésped? —Y empecé a comentarle, a grandes rasgos, la situación con Yelena. Natasha me escuchaba en silencio.

—No sé qué consejo darte, Vania —me respondió—. Todo indica que se trata de una criatura de lo más extraña. Posiblemente, la habrán tratado muy mal y ahora está muy asustada. Deja, por lo menos, que recobre la salud. ¿Estabas pensado en llevarla a casa de mis padres?

—Ella no para de repetir que no está dispuesta a irse a ningún sitio. Y sabe Dios cómo encajaría allí, así que no sé qué hacer. Bueno, querida mía, ¿cómo estás tú? ¡Ayer no parecías estar muy bien! —le pregunté con timidez.

—Sí... también hoy me duele un poco la cabeza —respondió distraída—. ¿Has ido a ver a los míos?

—No. Mañana iré. Ya sabes que mañana es sábado...

—¿Y qué?

—Por la tarde vendrá el príncipe...

—¿Qué pasa con eso? No me había olvidado...

—No, era sólo...

Se quedó justo delante de mí, y estuvo un buen rato mirándome fijamente a los ojos. Su mirada estaba llena de determinación, de tozudez; parecía una mirada febril, delirante.

—Mira, Vania —dijo—, hazme el favor de marcharte de aquí, tu presencia me incomoda...

Me levanté de mi asiento y la miré con un asombro indescriptible.

—¡Natasha, amiga mía! ¿Qué te ocurre? ¿Qué ha pasado? —grité alarmado.

—¡No ha pasado nada! Mañana lo sabrás todo, todo; pero ahora quiero estar sola. Ya me has oído, Vania: márchate ahora mismo. ¡Me resulta muy duro, muy duro, mirarte!

—Pero dime al menos...

—¡De todo te enterarás mañana! ¡De todo! ¡Oh, Dios mío! ¿Te vas de una vez?

Me fui de allí. Estaba tan estupefacto que no me daba ni cuenta de lo que hacía. Mavra me abordó en el vestíbulo.

—¿Qué, está enfadada? —me preguntó—. Miedo me da acercarme a ella.

—¿Qué es lo que le pasa?

—¡Pues que a *nuestro amigo* llevamos ya tres días sin verle el pelo!

—¿Cómo que tres días? —pregunté desconcertado—. Pero si ayer me dijo que él había estado aquí por la mañana, y que además tenía intención de venir por la tarde...

—¿Por la tarde? Pero ¡si tampoco había venido por la mañana! Ya te digo: tres días lleva sin aparecer. ¿Estás seguro de que ella te dijo que había venido por la mañana?

—Seguro, ella misma me lo dijo.

—Bueno —dijo Mavra pensativa—, entonces, la cosa tiene que ser seria cuando no ha querido admitir que el otro no había venido por aquí. ¡Ay, madre!

—Pero ¿qué está pasando aquí? —grité.

—Pues lo que está pasando es que ya no sé qué hacer con ella —dijo Mavra, con grandes aspavientos—. Ayer estuvo a punto dos veces de mandarme a su casa, pero las dos veces se arrepintió en el último momento. Y hoy ya no quiere ni hablar conmigo. Si tú pudieras ir a hablar con él... Yo no me atrevo a moverme de aquí.

Eché a correr escaleras abajo.

—¿Vendrás esta tarde? —me preguntó Mavra a gritos, según me alejaba.

—Ya veremos —contesté sobre la marcha—. A lo mejor subo sólo un momento a preguntarte cómo va todo. Si es que sigo vivo.

Realmente me sentía como si algo me hubiera acertado de lleno en el corazón.

## X

Me fui directamente a buscar a Aliosha. Vivía con su padre, en la calle Málaia Morskaia. El príncipe tenía un piso bastante grande, a pesar de que vivía solo. Aliosha disponía de dos cuartos estupendos en ese piso. Yo había estado allí muy pocas veces; creo que era la segunda vez que iba. Él, en cambio, solía venir a mi casa a menudo, sobre todo al principio, cuando empezó su relación con Natasha.

No lo encontré en casa. Pasé directamente a sus habitaciones y le escribí la siguiente nota:

Aliosha:

Cualquiera diría que se ha vuelto usted loco. Dado que el martes por la noche su padre acudió en persona a pedirle a Natasha que le hiciera a usted el honor de convertirse en su esposa, y teniendo en cuenta que usted aprobó entusiasmado su decisión, algo de lo que yo mismo fui testigo, habrá usted de convenir en que su conducta es bastante extraña. ¿Se da usted cuenta de lo que está haciendo con Natasha? Sea como fuere, con esta nota mía pretendo hacerle ver que su comportamiento con su futura mujer resulta extremadamente indigno y frívolo. De sobra sé que no tengo ningún derecho a darle lecciones, pero eso es algo que me importa muy poco.

P.S. Ella no sabe nada de esta carta, y ni siquiera ha sido ella la que me ha hablado de usted.

Sellé la nota y se la dejé encima de la mesa. A una pregunta mía, el criado me informó de que Aliosha Petróvich apenas paraba en casa y últimamente regresaba siempre muy tarde, casi de madrugada.

Me costó llegar a casa. La cabeza me daba vueltas, las piernas, temblorosas, me sostenían con dificultad. La puerta de mi apartamento estaba abierta. Nikolái Sergueich Ijménev me estaba esperando dentro. Estaba sentado a la mesa, callado, mirando con asombro a Yelena. Ésta, a su vez, lo observaba no menos asombrada, mientras guardaba un silencio obstinado. «Seguro —pensé yo— que él la encuentra muy rara».

—Bueno, hermano, llevo una hora aquí aguardando, y reconozco que lo último que me esperaba era encontrarte... en esta situación —dijo, echando un vistazo al cuarto y haciéndome un gesto con la mirada, casi imperceptible, dirigido a Yelena. En sus ojos se reflejaba su desconcierto. Pero, fijándome más de cerca, detecté en ellos inquietud y pesar. Tenía la cara más pálida que de costumbre—. Pero siéntate; vamos, siéntate de una vez —prosiguió en un tono preocupado y ansioso—; he venido corriendo, tengo que comentarte un asunto. Pero ¿qué te ocurre? Tienes muy mala cara.

—No me encuentro bien. Llevo todo el día mareado.

—Vaya, ten cuidado, esas cosas hay que vigilarlas. ¿No te habrás enfriado?

—No, es un simple ataque de nervios. Me pasa a veces. Y usted ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, no me pasa nada. Es la excitación. Tengo que contarte una cosa. Siéntate.

Acerqué una silla y me senté a la mesa, enfrente de él. El anciano se inclinó ligeramente hacia mí y empezó, bajando la voz:

—Procura no mirarla y haz como si estuviéramos hablando de otra cosa. ¿Qué clase de invitada tienes aquí?

—Luego se lo explico, Nikolái Sergueich. Es una pobre huérfana, que no tiene a nadie en el mundo. Es la nieta de aquel Smith que vivió en esta casa y murió en una confitería.

—¡Ah, así que tenía hasta una nieta! ¡Vaya, hermano, pues mira que es rara! Te lo digo claramente: si llegas a tardar cinco minutos más, me habría ido. No quería abrirme, y en todo este tiempo no ha dicho ni pío; da miedo estar con ella, no parece un ser humano. ¿Cómo ha venido a parar aquí? Ah, ya entiendo, seguro que vino a ver a su abuelo, sin saber que había muerto.

—Sí. Ha sido muy desgraciada. El viejo, en el momento de su muerte, se acordó de ella.

—¡Hum! Parece que ha salido a su abuelo. Luego me cuentas toda esta historia. A lo mejor hay algún modo de ayudarla, en vista de que lo ha pasado tan mal... Muy bien, pero ahora, hermano, ¿no podrías decirle que se fuera? Tengo que comentarte un asunto muy serio.

—Pero si no tiene adónde ir. Vive aquí.

Le expliqué lo que pude, en dos palabras, y añadí que podía hablar en su presencia, que no era más que una chiquilla.

—Sí, bueno... claro, una chiquilla. La verdad, hermano, me has dejado perplejo. Así que vive contigo. ¡Santo Dios!

Y el hombre volvió a mirarla, estupefacto. Yelena, consciente de que estábamos hablando de ella, estaba sentada en silencio, con la cabeza gacha, dando pellizcos con sus finos dedos en el borde del sofá. Ya había tenido ocasión de ponerse el vestidito nuevo, que le quedaba perfecto. Se había cepillado el pelo con más esmero de lo habitual, tal vez, con motivo del estreno del vestido. Lo cierto es que, de no ser por aquel extraño salvajismo de su mirada, sería una niña preciosa.

—Seré breve y claro, hermano —empezó de nuevo el anciano—. Es un asunto muy importante. Es largo de contar...

Tenía la mirada clavada en el suelo, y un aire serio y meditativo. A pesar de sus prisas y de su anuncio de que iba a ser «breve y claro», no encontraba las palabras con que iniciar su discurso. «¿Qué vendrá ahora?», me preguntaba yo.

—Mira, Vania, he venido a pedirte un favor inmenso. Pero antes... ahora mismo caigo en la cuenta de que tendría que ponerte al corriente de determinadas

circunstancias... Unas circunstancias extraordinariamente delicadas...

Se aclaró la garganta y me miró fugazmente; fue mirarme y ruborizarse, y al ruborizarse se enfadó consigo mismo por su escaso ingenio; se enfadó, pero por fin se animó:

—¡Vaya, no hay nada que explicar! Tú mismo lo vas a entender. En pocas palabras, voy a retar a duelo al príncipe, y te quiero pedir que te encargues de los preparativos y seas mi padrino.

Me eché para atrás en la silla y le miré estupefacto.

—Bueno, ¡no me mires así! Ni que me hubiera vuelto loco.

—Pero, disculpe, Nikolái Sergueich. ¿Con qué pretexto? ¿Con qué objetivo? Y, sobre todo, cómo es posible que...

—¡Pretexto! ¡Objetivo! —gritó el anciano—. ¡Mira qué bonito!

—Muy bien, muy bien; ya sé lo que me va a decir. Pero ¿de qué va servir su actuación? ¿Qué va a solucionar con un duelo? Le confieso que no entiendo nada.

—Ya me imaginaba yo que no ibas a entender nada. Escucha: nuestro pleito ha concluido (o, más bien, concluirá en breve; sólo restan algunas formalidades sin importancia); he perdido. Voy a tener que pagar diez mil rublos; ésa ha sido la sentencia. La hacienda de Ijménevka garantiza el pago. En consecuencia, ahora este canalla tiene asegurado su dinero, y yo, hipotecando Ijménevka, ya he pagado y tengo las manos libres. Ahora puedo decirle al príncipe, con la cabeza bien alta: «Muy bien, noble príncipe, lleva usted insultándome dos años, ha mancillado mi nombre y el honor de mi familia, ¡y he tenido que aguantar todo eso! Antes no habría podido retarle a duelo. Me habría dicho usted, con todo descaro: “Ah, pero qué pícaro, pretendes matarme para no tener que pagarme, porque ya te vas dando cuenta de que, tarde o temprano, te van a condenar a indemnizarme. No, vamos a ver primero cómo se resuelve el pleito, y luego ya me podrás retar”. Ahora, noble príncipe, el proceso ha concluido, su dinero está a salvo, y no hay ningún impedimento; así que, ¿tendría usted la gentileza de encontrarse conmigo en el campo de honor?». Esto es lo que hay. ¡No me digas que no tengo derecho a vengarme de una vez por todas! ¡De vengarme por mí, por todo, por todo!

Los ojos le brillaban. Estuve largo tiempo mirándole en silencio. Quería penetrar en sus secretos más ocultos.

—Escúcheme, Nikolái Sergueich —dije al fin, dispuesto a pronunciar la palabra clave, sin la cual no llegaríamos a entendernos—. ¿Puede usted ser conmigo completamente sincero?

—Sí, sí puedo —respondió con firmeza.

—Dígame claramente: ¿sólo es el afán de venganza lo que le lleva a desafiarle o tiene usted algún otro propósito?

—Vania —respondió—, tú sabes que yo no le permito a nadie que haga alusión a determinadas cuestiones cuando habla conmigo; pero en esta ocasión haré una excepción, porque tú, tan perspicaz como siempre, te has dado cuenta en seguida que

es imposible eludir esa cuestión. Sí: tengo, además, otro propósito. Me propongo salvar a mi hija descarriada, rescatarla del camino de perdición al que se ve empujada, dadas las últimas circunstancias.

—Y ¿cómo piensa salvarla con ese duelo? Ésa es la cuestión.

—Estorbando todo lo que ahora mismo se está tramando. Escucha: no vayas a pensar que estoy hablando movido por la ternura paterna o alguna debilidad semejante. ¡Eso son tonterías! Las interioridades de mi corazón no las exhibo ante nadie. Ya lo sabes. Mi hija me dejó, se marchó de casa con su amante, yo me la arranqué del corazón, para siempre, aquella misma tarde, ¿recuerdas? Si me has visto sollozando sobre su retrato, eso no significa que tenga intención de perdonarla. Tampoco entonces la perdoné. Lloré por la felicidad perdida, por mis sueños estériles, pero no por *ella* tal como es ahora. Puede que llore con frecuencia; no me da vergüenza reconocerlo, igual que tampoco me da vergüenza reconocer que antes quería a mi niña más que a nada en el mundo. Todo eso está en aparente contradicción con mi conducta de ahora. Podrías decirme: si es así, si le da igual el destino de ésa a la que ya no considera hija suya, entonces ¿por qué se inmiscuye en lo que se está tramando? Te respondo: en primer lugar, porque no estoy dispuesto a permitir que triunfe ese hombre pérfido y vil; en segundo lugar, por un elemental sentimiento de humanidad. Aunque ya no sea mi hija, sigue siendo una criatura débil, indefensa y engañada, a la que seguirán engañando hasta acabar por perderla del todo. Yo no puedo intervenir directamente en este asunto, pero sí puedo hacerlo de forma indirecta, por medio del duelo. Si me matan o derraman mi sangre, ¿cómo va a pasar ella por encima de la línea divisoria en el campo de honor, tal vez incluso por encima de mi cadáver, y unirse en matrimonio con el hijo de mi asesino, como hizo la hija de aquel rey (acuérdate, venía en aquel libro con el que aprendiste a leer) que pasó con su carroza por encima del cadáver de su padre? Y, en definitiva, si el duelo llega a celebrarse, nuestros propios príncipes serán los primeros en no querer que haya boda. En resumen, no deseo ese matrimonio y haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo. ¿Me comprendes ahora?

—No. Si usted le desea lo mejor a Natasha, ¿cómo ha decidido estorbar su matrimonio, o sea, precisamente aquello que puede devolverle el buen nombre? Tiene una larga vida por delante; es muy importante para ella tener un buen nombre.

—Escupir sobre las opiniones de la gente: ¡eso es lo que tendría que hacer! Debería darse cuenta de que la mayor vergüenza para ella reside en ese matrimonio, en relacionarse con esa gente tan despreciable, con ese mundo tan mezquino. Un noble orgullo; ésa debería ser su respuesta a la sociedad. Tal vez entonces yo estaría dispuesto a ofrecerle mi mano, ¡y entonces veríamos quién se atrevía a difamar a mi niña!

Aquel desesperado idealismo me dejó perplejo. Pero no tardé en darme cuenta de que estaba fuera de sí y hablaba como un exaltado.

—Eso es demasiado idealista —respondí—, y, por tanto, cruel. Exige usted de

ella una fuerza que, posiblemente, no le diera usted al nacer. ¿Cree usted que ella ha aceptado casarse para ser princesa? Pero si está enamorada: lo suyo es pasión, es la fuerza del destino. Y, en fin, le exige que desprecie la opinión pública, cuando es usted el primero en inclinarse ante ella. El príncipe le ofendió, insinuando públicamente que usted, dejándose llevar por sus bajos impulsos, había tramado un artero plan para ligarse a su familia principesca, así que usted ha llegado a la siguiente conclusión: si fuera ella la que les rechazara, después de una proposición formal por parte de la familia del príncipe, eso, naturalmente, constituiría una refutación completa y evidente de la vieja calumnia. Eso es lo que consigue: usted se inclina ante la opinión del príncipe, y al mismo tiempo está luchando para que reconozca su error. Lo que usted desea es reírse de él, vengarse de él, y para eso sacrifica usted la dicha de su propia hija. ¿Acaso no es eso egoísmo?

El anciano, muy serio, con el ceño fruncido, guardó un largo silencio.

—Eres injusto conmigo, Vania —dijo por fin, y una lágrima brilló en sus pestañas—; te lo juro, eres injusto. ¡Pero dejemos eso! No puedo desnudar mi corazón delante de ti —prosiguió, mientras se levantaba y cogía el sombrero—; sólo te diré una cosa: acabas de hablar de la felicidad de mi hija. No creo en absoluto, de ningún modo, en esa felicidad. Aparte de que, incluso aunque yo no intervenga, esa boda jamás llegará a celebrarse.

—¡Cómo! ¿Qué le hace pensar así? ¿Acaso está usted al corriente de algo? —exclamé intrigado.

—No, no sé nada especial. Pero es imposible que ese maldito zorro haya tomado una decisión como ésa. Todo esto es un disparate, un burdo engaño. Estoy convencido, y acuérdate de lo que te digo, de que así serán las cosas. Y, en todo caso, si la boda llegara a celebrarse, o sea, si se diera el caso de que ese canalla tuviera alguna razón personal, oculta, exclusiva, por la cual la boda le beneficiara, algún interés que yo no alcanzo a comprender, entonces, juzga tú mismo, pregúntale a tu propio corazón: ¿sería ella dichosa con semejante matrimonio? Los reproches, las humillaciones, ser la compañera de un niño malcriado que ya ahora está cansado de su amor y que, en cuanto se casen, empezará a faltarle al respeto, a insultarla, a despreciarla; la fuerza de su pasión creciendo a medida que él se muestra cada vez más frío; los celos, los tormentos, el infierno, la separación, hasta llegar, quién sabe, al crimen... ¡No, Vania! Si es eso lo que estáis tramando, y tú, para colmo, les ayudas, tendrás que responder ante Dios. ¡Te lo advierto, aunque ya será tarde! ¡Adiós!

Le detuve.

—Escuche, Nikolái Sergueich, ¿y si decidimos esperar un poco más? Le aseguro que hay más de un par de ojos pendientes de este asunto, y es posible que se resuelva por sí solo de la mejor manera, sin soluciones violentas y artificiales, como ese duelo, por ejemplo. ¡El tiempo todo lo resuelve! Y, por último, permítame decirle que todo su proyecto es completamente imposible. ¿De verdad se ha creído usted, por un

momento, que el príncipe va a aceptar el desafío?

—¿Cómo no iba a aceptarlo? ¡Qué cosas tienes!

—Se lo juro: no lo aceptaré. Y, créame, encontrará alguna excusa totalmente convincente; hará todo eso con pedante solemnidad, y usted, en cambio, será objeto de burlas...

—¡Qué me dices, hermano, qué me dices! ¡Me dejas de piedra! ¿Cómo no va a aceptar el desafío? No, Vania, tú eres un poeta; ¡eso es lo que eres! ¿Acaso hay algo indigno, en tu opinión, en batirse en duelo conmigo? Yo no soy peor que él. Soy un anciano, un padre ofendido; tú, un literato ruso y, por lo tanto, una persona digna de respeto, puedes ser mi padrino y... y... No alcanzo a comprender qué más necesitas...

—Mire. Alegará tal pretexto que usted será el primero en admitir que resulta completamente imposible batirse con él.

—Hum... Muy bien, amigo mío, ¡sigamos tu consejo! Esperaré... un tiempo prudencial, naturalmente. Ya veremos lo que hace el tiempo. Pero, eso sí: dame tu palabra de honor de que no vas a decirle nada a nadie de esta conversación, ni allí, ni a Anna Andréievna.

—Le doy mi palabra.

—Y lo segundo, Vania, hazme el favor de no volver a hablar conmigo de todo esto.

—Muy bien, tiene mi palabra.

—Y, por último, otra petición: ya sé yo, querido amigo, que a lo mejor te aburres con nosotros, pero ven a vernos más a menudo, siempre que puedas. Mi pobre Anna Andréievna te tiene tanto cariño y... y... te echa mucho de menos... ¿Lo entiendes, Vania?

Me estrechó la mano con fuerza. Yo se lo prometí de todo corazón.

—Y ahora, Vania, la última cuestión delicada: ¿tienes dinero?

—¡Dinero! —repetí asombrado.

—Sí —el anciano se ruborizó y bajó los ojos—; ya veo, hermano, dónde vives... en qué condiciones... y, como pienso que pueden surgirme gastos imprevistos, si es que no te han surgido ya, pues... yo, hermano, ciento cincuenta rublos, de momento...

—Ciento cincuenta, y además *de momento*, pero ¡si acaba usted de perder ese pleito!

—Vania, veo que no me has comprendido en absoluto. Puede haber *necesidades extraordinarias*, entiéndelo. En ciertos casos el dinero permite mantener una posición independiente, una decisión independiente. Tal vez ahora no te haga falta, pero ¿y si lo necesitas más adelante? En cualquier caso, aquí te los dejo. Es todo cuanto he podido reunir. Si no lo gastas, siempre lo puedes devolver. Y ahora, ¡adiós! ¡Dios mío, estás pálido! Sí que estás enfermo...

Cogí el dinero sin rechistar. Estaba muy claro por qué me lo dejaba.

—Apenas si me tengo en pie —le respondí.

—Tienes que cuidarte, Vania, querido, ¡tienes que cuidarte! Hoy no salgas a ninguna parte. Ya le diré yo a Anna Andréievna en qué estado te encuentras. ¿No debería verte un médico? Mañana te haré una visita; al menos, lo intentaré con todas mis fuerzas, siempre que las piernas me respondan. Y ahora deberías acostarte... Bueno, adiós... Adiós, niña. ¡Me ha dado la espalda! ¡Escucha, amigo mío! Aquí tienes otros cinco rublos; son para la chiquilla. Pero no le vayas a decir que se los he dado yo, tú límitate a comprarle alguna cosa, no sé, unos zapatos, o algo de ropa interior... ¡Seguro que necesita de todo! Adiós, amigo mío...

Le acompañé hasta el portal. Tenía que pedirle al portero que fuera a traer algo de comida. Yelena todavía no había probado bocado...

## XI

Pero, en cuanto volví al apartamento, empezó a darme vueltas la cabeza y caí redondo al suelo en mitad del apartamento. Sólo recuerdo el grito de Yelena: juntó las manos, asustada, y acudió corriendo a sujetarme. Ése es el último instante que conservo en mi memoria...

Cuando recobré la conciencia, ya estaba acostado. Yelena me contó todo lo que había ocurrido entre tanto: con ayuda del portero, que acababa de presentarse con la comida, me había trasladado al sofá. Me desperté varias veces, y siempre veía, inclinado sobre mí, el rostro conmovido y preocupado de Yelena. Pero todo eso lo recuerdo como en sueños, en una neblina, y la dulce imagen de la pobre chica se me aparecía en medio del sopor, como una visión, como una pintura; me daba de beber, me arreglaba la ropa o se quedaba sentada delante de mí, apesadumbrada, asustada, y me acariciaba el pelo con sus finos dedos. En una ocasión recuerdo su beso sereno en mi cara. En cierto momento me desperté de pronto en plena noche y, a la luz mortecina de una vela que tenía enfrente de mí, en la mesita arrimada al sofá, vi que Yelena dormía agitada, con el rostro sobre mi almohada, con la pálida boca entreabierta y la tibia mejilla descansando en su mano. Pero no me desperté del todo hasta la mañana siguiente. La vela ya se había consumido; la aurora despuntaba, y un rayo de viva luz rosada jugueteaba en la pared. Yelena estaba sentada en una silla, junto a la mesita, con la cabeza apoyada en el brazo izquierdo, que reposaba sobre la mesa, profundamente dormida. Recuerdo haber mirado detenidamente su carita de niña, que incluso en el sueño tenía una expresión de tristeza nada infantil y una rara, enfermiza belleza: pálida, con largas pestañas sobre las delgadas mejillas, enmarcada en unos cabellos negros como el carbón, espesos y gruesos, mal recogidos, que le caían hacia un lado. Su otra mano yacía sobre mi almohada. Besé con mucho cuidado esa flaca mano, pero la pobre criatura no se despertó, tan sólo una especie de sonrisa se insinuó por un instante en sus labios descoloridos. Seguí mirándola y mirándola hasta que me quedé dormido plácidamente, con un sueño tranquilo y reparador. Esta vez dormí casi hasta mediodía. Al despertarme, me sentía prácticamente restablecido. El único testimonio de mi reciente enfermedad era la debilidad y la pesadez en todos mis miembros. No era la primera vez que sufría esa clase de ataques nerviosos repentinos; los conocía muy bien. Por lo general, la crisis quedaba totalmente superada en veinticuatro horas, pero en ese tiempo se manifestaba con gran intensidad y dureza.

Ya era casi mediodía. Lo primero que vi fueron las cortinas que había comprado el día anterior. Estaban extendidas en un rincón, colgando de una cuerda. Había sido cosa de Yelena, que había delimitado de ese modo un rincón propio en el cuarto. Estaba sentada delante de la estufa, calentando la tetera. Al darse cuenta de que me había despertado, sonrió contenta y vino hacia mí de inmediato.

—Querida mía —le dije, cogiéndole la mano—, has estado toda la noche

pendiente de mí. No sabía que fueras tan buena.

—¿Y cómo sabe que he estado pendiente de usted? A lo mejor he estado durmiendo toda la noche —replicó, mirándome con malicia bondadosa y tímida, al tiempo que se ruborizaba, avergonzándose de sus propias palabras.

—Me desperté y lo vi todo. No te quedaste dormida hasta la madrugada.

—¿Le apetece un té? —me interrumpió, sintiéndose molesta con la conversación, como les ocurre a todos los corazones pudorosos y de una honradez insobornable cada vez que son objeto de halagos.

—Sí —respondí—. Pero ¿comiste ayer?

—No, no comí, pero sí cené. El portero trajo algo. Por cierto, en vez de hablar, tendría usted que reposar tranquilamente: aún no está bien del todo —añadió, trayéndome un té y sentándose en mi cama.

—¡Reposar! Bueno, me quedaré en la cama hasta la caída de la tarde. Después tengo que salir. No tengo más remedio, Lénochka<sup>[45]</sup>.

—¿Si usted lo dice! ¿A quién va a visitar? ¿No irá a casa de ese señor que estuvo aquí ayer?

—No, no voy a su casa.

—Más vale que así sea. Ayer le alteró a usted mucho. Entonces, ¿a casa de su hija?

—¿Y qué sabes tú de su hija?

—Ayer lo escuché todo —contestó, bajando los ojos. Puso cara muy seria y frunció el ceño—. Es un viejo estúpido —añadió después.

—¿Acaso le conoces? Todo lo contrario, es un hombre muy bueno.

—No, no; es un malvado; pude oír lo que decía —replicó con convicción.

—Pero ¿qué es lo que oíste?

—No quiere perdonar a su hija...

—Pero la quiere. Ella se ha portado mal con él, y él se preocupa por ella, lo pasa muy mal.

—¿Y por qué no la perdona? Ahora ya, aunque la perdonara, su hija no volvería a su lado.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué no?

—Porque no se merece que su hija le quiera —contestó con pasión—. Mejor que lo abandone para siempre y se ponga a pedir, y que él la vea mendigando y sufra por ello.

Sus ojos despedían chispas, las mejillas le ardían. «Sin duda, no lo dice por decir», pensé.

—¿Es ésa la gente con la que usted me quería enviar? —añadió, después de un largo silencio.

—Sí, Yelena.

—No. Yo prefiero entrar a servir como criada.

—Ay, no sabes lo que dices, Lénochka. Además, eso es absurdo: ¿quién te iba a

contratar?

—Cualquier campesino —contestó impaciente, cada vez más enfadada y más huraña. Era muy susceptible.

—Pero si los campesinos no necesitan a nadie como tú —dije riéndome.

—Bueno, pues algunos señores.

—¿Unos señores? ¿Con tu carácter?

—Pues sí, con mi carácter. —Cuanto más se irritaba, más abruptas eran sus respuestas.

—No aguantarías.

—Sí aguantaría. Que me regañan, pues me quedo callada, a propósito. Que me pegan, me quedo callada, siempre callada. Ya me pueden pegar, que por nada del mundo pienso echarme a llorar. Se pondrán más rabiosos de ver que no lloro.

—¡Ay, Yelena! ¡Cuánta amargura hay en ti! ¡Y qué orgullosa eres! Has tenido que ver tantas desgracias...

Me levanté y me acerqué a la mesa grande. Yelena se quedó sentada, mirando al suelo pensativa, pellizcando el borde del sofá. No decía nada. «¿Se habrá enfadado por lo que he dicho?», pensaba yo.

De pie junto a la mesa, empecé a hojear maquinalmente los libros que había recogido la víspera para escribir mi artículo recopilatorio y poco a poco me absorbió su lectura. Eso es algo que me ocurre a menudo: cojo un libro, lo abro un momento para consultar algo y luego resulta que sigo leyéndolo hasta que me olvido de todo.

—¿Qué es eso que está escribiendo? —preguntó Yelena con una sonrisa tímida, acercándose discretamente a la mesa.

—Nada, Lénochka, de todo un poco. Me pagan por eso.

—¿Son peticiones?

—No, no son peticiones. —Y le expliqué lo mejor que pude que escribía todo tipo de historias sobre todo tipo de gente: de ahí salían los libros que llaman narraciones y novelas. Ella me escuchaba con mucha curiosidad.

—¿Y todo eso que usted cuenta es verdad?

—No, me lo invento.

—Y ¿por qué escribe cosas que no son verdad?

—Prueba a leerlas y lo verás; mira este libro: ya te habías fijado antes en él. Porque tú sabes leer, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues ya lo verás. Este librito lo he escrito yo.

—¿Usted? Lo leeré...

Ardía en deseos de decirme algo, pero evidentemente le costaba y estaba muy nerviosa. Algo se escondía debajo de sus preguntas.

—Y ¿le pagan mucho por eso? —preguntó al fin.

—Depende. Unas veces mucho, y otras veces nada, porque las cosas no marchan. Es un trabajo duro, Lénochka.

—¿Así que no es usted rico?

—No, no soy rico.

—Entonces, me pondré a trabajar y así podré ayudarle...

Me dirigió una rápida mirada, se puso colorada, bajó los ojos y, dando dos pasos hacia mí, de pronto me rodeó con sus brazos y apretó con fuerza su cara contra mi pecho. Yo la miraba perplejo.

—Yo le quiero a usted... Yo no soy orgullosa —empezó a decir—. Ayer ya me dijo que soy orgullosa. No, no... yo no soy así... Yo le quiero. Usted es la única persona que me quiere.

Pero las lágrimas ya la estaban sofocando. Poco después, empezaron a brotarle del pecho con tanta fuerza como el día anterior, durante el ataque. Cayó de rodillas ante mí, me besaba las manos, los pies...

—¡Usted es el único que me quiere! —repitió—. ¡El único, el único!

Me abrazaba las rodillas entre convulsiones. Todos sus sentimientos, reprimidos durante mucho tiempo, estallaron de golpe en un arrebato incontrolable, y yo pude comprender la extraña tozudez de aquel corazón que se había mantenido pudorosamente oculto hasta ese momento, con una terquedad y un rigor crecientes a medida que la necesidad de expresarse, de dar rienda suelta a sus afectos se iba haciendo más fuerte, hasta que se produjo la inevitable explosión, y se rindió súbitamente, con todo su ser, sin reserva alguna, a esa exigencia de amor, de gratitud, de cariño, de llanto...

Sus sollozos fueron en aumento, hasta desembocar en un ataque histérico. Haciendo un esfuerzo, me libré de sus brazos, que seguían rodeándome. Seguí sollozando largo rato, con la cara escondida en la almohada, como si le diera vergüenza mirarme. Pero no dejaba de apretarme con fuerza la mano, manteniéndola firmemente pegada a su corazón.

Poco a poco se fue calmando, pero aún no se atrevía a mirarme a la cara. En dos ocasiones sus ojos recorrieron fugazmente mi rostro, y había en ellos mucha dulzura, y una especie de emoción temerosa y, una vez más, huidiza. Finalmente, me sonrió ruborizada.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté—. ¡Ay, mi sensible Lénochka, mi pobre niña!

—No, Lénochka no... —susurró, ocultando aún la cara.

—¿Lénochka no? Y, entonces, ¿cómo te llamo?

—Nellie.

—¿Nellie? ¿Y por qué tiene que ser Nellie? Bueno, es un nombre muy bonito. Así te llamaré si es eso lo que quieres.

—Así me llamaba mamá... Ninguna otra persona me llamó nunca así, sólo ella... Y yo tampoco quería que me llamara nadie así, aparte de ella... Pero usted llámeme así; me gustaría... Yo a usted le voy a querer siempre, siempre...

«Un corazón cariñoso y altivo —pensé—; hay que ver cuánto me ha costado

ganarme el derecho a llamarte... Nellie.» Pero ya sabía que me había dado su corazón para siempre.

—Escucha, Nellie —le dije, en cuanto se hubo calmado—. Acabas de decir que sólo te quería tu madre, y nadie más que ella. Pero ¿es que tu abuelo no te quería?

—No, no me quería...

—Pero si tú estuviste aquí llorando por él, acuérdate, en las escaleras...

Estuvo unos instantes pensativa.

—No, no me quería... Era malo. —Y un sentimiento doloroso se dibujó en su rostro.

—Pero no hay que ser muy severos con él, Nellie. No parecía estar en sus cabales. Al morir, tenía la cabeza perdida. Ya te he contado cómo murió.

—Sí, pero fue sólo en el último mes cuando empezó a olvidar las cosas. Se quedaba aquí metido todo el santo día y, como no viniera yo a verle, podía estarse aquí dos o tres días seguidos sin comer ni beber. Pero antes estaba mucho mejor.

—¿Antes de qué?

—Antes de que muriera mamá.

—O sea, que tú le traías de comer y de beber...

—Sí, yo se lo traía.

—Y ¿dónde lo cogías? ¿En casa de Búbnova?

—No, yo nunca le cogí nada a la Búbnova —se apresuró a decir, con un temblor en la voz.

—Y, entonces, ¿de dónde lo sacabas si tú no tenías nada?

Nellie se quedó callada y se puso muy pálida; después me dirigió una mirada larga, muy larga.

—Pedía limosna por las calles... Cuando reunía cinco kópeks le compraba un poco de pan y de rapé...

—¡Y él lo consentía! ¡Nellie! ¡Nellie!

—Al principio iba yo por mi cuenta y no le decía nada. Pero, cuando se enteró, él mismo empezó a mandarme a mendigar. Solía ponerme en un puente, y pedía a la gente que pasaba; él, mientras tanto, se dedicaba a pasear cerca del puente, a la espera; y, en cuanto veía que me daban algo, se acercaba corriendo y me quitaba el dinero, como si yo quisiera ocultárselo y no estuviera pidiendo para él. —Contaba todo esto con una sonrisa amarga, mordaz—. Todo eso ocurrió cuando murió mamá —añadió—. Justo por entonces perdió la cabeza.

—Entonces, tenía que querer mucho a tu madre... ¿Cómo es que no vivía con ella?

—No, no la quería... Era un hombre malo, y no la quiso perdonar... como ese odioso anciano de ayer —dijo en voz baja, casi en un susurro, y cada vez más pálida.

Yo me estremecí. El nudo de toda aquella historia me vino de pronto a la cabeza. Aquella pobre mujer muriendo en un sótano, en un taller de ataúdes; su huérfana, yendo de vez en cuando a visitar a su abuelo, que había renegado de su hija; el abuelo

chiflado, con la cabeza perdida, muriendo en una confitería después de la muerte de su perro...

—Pues Azorka, antes, había sido de mamá —dijo de pronto Yelena, sonriendo al acordarse de algo—. Antes, el abuelo quería mucho a mamá, y, cuando ella se marchó, Azorka se quedó con él. Por eso el abuelo lo quería tanto... No perdonó a mamá, pero, cuando murió el perro, él también se murió —añadió Nellie secamente, y la sonrisa se le borró de la cara.

—Nellie, ¿qué había sido tu abuelo en otros tiempos? —pregunté, después de una breve pausa.

—En otros tiempos fue rico... No sé lo que era —respondió—. Tenía alguna clase de fábrica... Eso me dijo mamá. Al principio pensaba que yo era demasiado pequeña y no me lo contaba todo. Me cubría de besos, diciéndome: «Ya te enterarás; a su debido tiempo, ya te enterarás de todo, ¡pobrecita mía!». Y no hacía más que llamarme pobrecita y desdichada. Y por las noches, cuando creía que yo estaba dormida (aunque, en realidad, yo sólo hacía como que dormía), se ponía a llorar sobre mí, besándome y diciendo: «¡Ay, pobrecita mía, qué desdichada!».

—¿De qué murió tu madre?

—De tisis; va a hacer ahora seis semanas.

—¿Y tú te acuerdas de cuando tu abuelo era rico?

—Yo no había nacido todavía. Mamá se había ido de casa del abuelo antes de nacer yo.

—¿Con quién se fue?

—No lo sé —respondió Nellie tranquilamente, como si estuviera pensando la respuesta—. Se marchó al extranjero, y allí nació yo.

—¿En el extranjero? ¿Y dónde?

—En Suiza. Yo he estado en muchos sitios: he estado en Italia, y también en París.

Me quedé sorprendido.

—¿Y tú te acuerdas, Nellie?

—Me acuerdo de muchas cosas.

—¿Y cómo es que hablas tan bien el ruso, Nellie?

—Mamá me enseñaba a hablar en ruso, también estando allí. Ella era rusa, porque su madre era rusa, pero el abuelo era inglés, aunque también era igual que un ruso. Y, cuando mamá y yo nos volvimos aquí hace un año y medio, yo aprendí a hablarlo ya del todo. Mamá ya estaba enferma por entonces. Aquí nos fuimos haciendo cada vez más pobres. Mamá no paraba de llorar. Al principio, estuvo mucho tiempo buscando al abuelo, aquí en San Petersburgo, y no hacía más que decir que se había portado mal con él, y se ponía a llorar... ¡Cuánto lloraba! Y, cuando se enteró de que el abuelo era pobre, lloró todavía más. Ella le escribía muchas cartas, pero él nunca contestaba.

—Y ¿por qué volvió aquí tu madre? ¿Sólo para buscar al abuelo?

—No sé. Pero allí vivíamos muy bien. —Los ojos de Nellie brillaron—. Mamá vivía sola, conmigo. Ella tenía un amigo, un hombre bueno, como usted... Lo había conocido cuando aún vivía aquí. Pero, cuando murió, mamá decidió regresar...

—¿De modo que tu madre se marchó con ese hombre cuando se alejó del abuelo?

—No, no se marchó con él. Mamá se marchó con otro, pero ése luego la dejó...

—¿Con quién, Nellie?

Nellie me dirigió una mirada y no contestó. Sin duda, sabía con quién se había fugado su madre y sabía que ese hombre, muy probablemente, era su padre. Se le hacía muy duro pronunciar su nombre, incluso delante de mí.

Yo no quería atosigarla con preguntas. Era el suyo un carácter extraño, cambiante e impetuoso, aunque reprimía sus impulsos; también era cariñosa, aunque se ocultaba detrás de una barrera de orgullo y de inaccesibilidad. Desde el día en que la conocí, a pesar de que me quería de todo corazón, con un afecto claro y luminoso —casi tan profundo como el que había sentido por su difunta madre, de la que no podía acordarse sin sufrir—, muy pocas veces se sinceró conmigo y, salvo aquel día, raramente sintió la necesidad de hablarme de su pasado; al contrario, más bien se mostraba reservada y distante conmigo. Pero aquel día, a lo largo de varias horas, entre lamentos y sollozos espasmódicos que interrumpían su relato, me contó todo lo que más la angustiaba y atormentaba en sus recuerdos, y yo nunca olvidaré esa historia terrible. Aunque lo fundamental de su historia queda para más adelante...

Era una historia sobrecogedora; era la historia de una mujer abandonada, que había sobrevivido a la adversidad, enferma, exhausta y olvidada por todos, rechazada por la última persona en la que podía depositar sus esperanzas: su propio padre. Ella le había ofendido en otros tiempos, y más tarde los sufrimientos insoportables y las humillaciones habían acabado por hacerle perder a él la razón. Era la historia de una mujer arrastrada a la desesperación, vagando con su hija, a la que todavía consideraba una criatura, por las frías y sucias calles de San Petersburgo, pidiendo limosna; una mujer que estuvo después meses agonizando en un húmedo sótano, y a quien su padre se negó a concederle su perdón hasta el último minuto de su vida. Sólo en el último momento, tras recapacitar, corrió a perdonarla, pero entonces se encontró con un cadáver helado, en lugar de con la hija a la que había amado más que a nada en el mundo. Era el extraño relato de las misteriosas relaciones, muy difíciles de entender, entre un viejo chiflado y su pequeña nieta, que ya era capaz de comprenderle, que comprendía ya, a pesar de su corta edad, muchas cosas que otros no alcanzan a comprender a lo largo de toda una vida tranquila, sin sobresaltos. Era una historia sombría, una de esas historias sombrías y penosas que con tanta frecuencia y de forma inadvertida, casi misteriosa, se desarrollan bajo el pesado cielo de San Petersburgo, en los oscuros y secretos callejones de la enorme ciudad, entre el delirante bullir de la vida, el obtuso egoísmo, los intereses encontrados, la lúgubre depravación, los crímenes encubiertos; en medio del abyecto infierno de una vida absurda y anormal...

Pero más adelante habrá que volver a esta historia...

## Tercera parte

## Capítulo I

Ya hacía rato que había oscurecido y había caído la noche cuando desperté de una tétrica pesadilla y volví a la realidad.

—Nellie —dije—, ya sé que estás enferma y muy alterada, pero tengo que dejarte aquí sola, intranquila y llorando. Perdóname, tesoro, pero ten presente que hay otro ser querido al que tampoco han perdonado, una mujer que se siente infeliz, ofendida y abandonada. Me está esperando. Estoy tan impresionado después de haber oído tu historia que me siento incapaz de aguantar sin ir a verla ahora mismo, inmediatamente...

No sé si Nellie comprendió todo lo que le dije. Me sentía agitado a raíz del relato y de la reciente enfermedad, pero corrí a ver a Natasha. Era ya tarde cuando llegué allí, a eso de las nueve.

En la calle, junto al portal, advertí la presencia de un coche, que me pareció que era el del príncipe. Se accedía a la vivienda de Natasha a través de un patio. En cuanto empecé a subir las escaleras, oí por delante de mí, un tramo más arriba, a alguien que avanzaba a tientas, con cuidado: evidentemente, no estaba familiarizado con el lugar. Me figuré que sería el príncipe, pero en seguida cambié de parecer. A medida que subía, el desconocido iba refunfuñando y maldiciendo, en un tono tanto más fuerte y enérgico cuanto más ascendía. Cierto que la escalera era estrecha, mugrienta y empinada, y a ratos carecía de iluminación; pero las imprecaciones, que comenzaron en el tercer piso, parecían impropias del príncipe: el individuo que subía blasfemaba como un carretero. A partir del cuarto piso ya había luz; la puerta de Natasha estaba iluminada por un farolillo. Justo delante de la puerta alcancé al desconocido, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer en él al príncipe. Me dio la impresión de que le resultaba sumamente desagradable toparse conmigo tan de sopetón. En el primer momento no me reconoció, pero no tardó en mudar el semblante. La maligna mirada de odio que inicialmente me había lanzado se volvió de pronto amable y alegre, y me tendió ambas manos con inusitado alborozo.

—¡Ah, es usted! ¡Estaba a punto de hincarme de rodillas e implorarle a Dios que salvara mi vida! ¿Me ha oído usted blasfemar? —Y se echó a reír a carcajadas de la manera más cándida. Pero, de pronto, su rostro adoptó una expresión seria y preocupada—. ¡Y que Aliosha haya podido alojar a Natalia Nikoláievna en semejante apartamento! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. Estas *menudencias*, como algunos las llaman, son las que definen a un hombre. Temo por este muchacho. Es bueno y tiene un corazón noble, pero ya ve usted: está locamente enamorado e instala a su amada en un cuchitril como éste. Hasta he oído decir que a veces le ha faltado el pan —añadió cuchicheando, mientras buscaba el cordel de la campanilla—. Me supone un quebradero de cabeza pensar en su porvenir, pero sobre todo en el porvenir de *Anna Nikoláievna*, cuando sea su mujer...

Sin darse cuenta, se equivocó de nombre, visiblemente malhumorado por no dar

con la campanilla. Pero es que ni siquiera había campanilla. Tiré del picaporte y en seguida nos abrió Mavra, que nos recibió muy atareada. En la cocina, que estaba separada del minúsculo recibidor por un tabique de madera, se podían apreciar algunos preparativos a través de la puerta abierta: todo se veía más limpio y reluciente que de costumbre; la estufa estaba encendida; en la mesa había una vajilla nueva. Era evidente que nos esperaban. Mavra se apresuró a quitarnos los abrigos.

—¿Está aquí Aliosha? —le pregunté.

—No ha venido —me susurró de manera algo enigmática.

Entramos en la habitación de Natasha. En ella no había ningún preparativo especial; todo estaba como de costumbre. Por otra parte, lo tenía todo siempre tan limpio y primoroso que no era necesario arreglar nada. Natasha nos recibió de pie, delante de la puerta. Me dejó estupefacto la enfermiza delgadez y la extraordinaria palidez de su rostro, aunque el rubor asomó por un instante a sus demacradas mejillas. Tenía ojos febriles. Sin pronunciar palabra, tendió apresuradamente la mano al príncipe; estaba visiblemente alterada, trastornada. A mí ni siquiera me miró. Aguardé en silencio.

—¡Aquí me tiene! —dijo el príncipe en tono amistoso y alegre—. Sólo hace unas horas que he regresado. En todo este tiempo no la he olvidado un instante —le besó afectuosamente la mano—, ¡y no sabe cuánto... cuánto he pensado en usted! Tengo tantas cosas que decirle, que contarle... ¡Bueno, ya hablaremos largo y tendido! Por lo que veo, el veleta de mi hijo aún no está aquí...

—Con su permiso, príncipe —le interrumpió Natasha, ruborizada y turbada—, he de decirle un par de cosas a Iván Petróvich. Ven, Vania... dos palabras...

Me cogió de la mano y me llevó detrás del biombo.

—Vania —me dijo entre susurros, conduciéndome al rincón más oscuro—, ¿vas a perdonarme o no?

—Déjalo, Natasha, ¿a qué viene eso?

—No, no, Vania, me has perdonado con demasiada frecuencia y demasiadas veces, pero toda paciencia tiene un límite. Ya sé que nunca vas a dejar de quererme, pero dirás de mí que soy una desagradecida, porque tanto ayer como anteayer me he portado contigo de forma ingrata, egoísta, cruel...

De pronto se echó a llorar y apoyó su cara en mi hombro...

—Basta, Natasha —dije de inmediato, tratando de hacerla cambiar de parecer—. He estado toda la noche muy enfermo: ahora mismo apenas me tengo en pie; por eso no vine anoche ni he venido hoy en todo el día, y tú crees que estoy enfadado... Mi querida amiga, ¿piensas que no me doy cuenta de lo que ocurre en tu alma en estos momentos?

—Bueno, está bien... Entonces me has perdonado como siempre —dijo sonriendo entre lágrimas y apretándome la mano hasta hacerme daño—. Lo demás queda para luego. Tengo muchas cosas que contarte, Vania. Ahora vayamos con él...

—Rápido, Natasha; le hemos dejado solo así, de pronto...

—Ya verás, ya verás lo que va a pasar —me susurró a toda prisa—. Ahora lo sé todo; lo había adivinado todo. *Él* tiene la culpa de todo. ¡Esta noche se van a decidir muchas cosas! ¡Vamos!

No la entendí, pero tampoco había tiempo para preguntar. Con rostro sereno, Natasha se acercó al príncipe. Éste seguía de pie con el sombrero en las manos. Ella se disculpó en tono alegre, tomó su sombrero, le arrimó una silla y nos sentamos los tres en torno a la mesa.

—Le preguntaba antes por el veleta de mi hijo —dijo el príncipe, retomando la conversación—; le he visto tan sólo un momento, y ya en la calle, cuando estaba montando en el coche para dirigirse a casa de la condesa Zinaída Fiódorovna. Tenía muchísima prisa y, figúrense, ni siquiera ha querido bajarse para entrar en casa conmigo tras cuatro días de separación. Pero creo que tengo yo la culpa, Natalia Nikoláievna, de que en estos momentos no esté aquí, y de haber llegado antes que él; como hoy yo no podía ir personalmente a ver a la condesa, he aprovechado la ocasión para hacerle a él un encargo. Pero vendrá en seguida.

—¿Seguro que le ha prometido a usted que vendría hoy? —preguntó Natasha, mirando al príncipe con la mayor ingenuidad.

—¡Ay, Señor, sólo faltaba que no viniera! ¿Cómo me lo pregunta usted? —exclamó el príncipe sorprendido, escrutándola con la mirada—. Aunque puedo entenderlo: usted está enfadada con él. Efectivamente, está mal por su parte llegar el último. Pero le repito que la culpa es mía. No se enfade con él. Es frívolo y atolondrado; no le estoy defendiendo, pero algunas circunstancias particulares exigen no sólo que no abandone ahora la casa de la condesa y el trato con algunos amigos, sino que, por el contrario, vaya allí con la mayor frecuencia posible. Y, como me imagino que últimamente se pasará el día entero en esta casa, alejado de todo el mundo, le suplico que no se enfade si le retengo de cuando en cuando, un par de horas a lo sumo, para mis encargos. Estoy seguro de que aún no ha vuelto ni una vez a casa de la princesa K. desde aquella noche, y me fastidia no haber tenido tiempo antes para preguntárselo...

Miré a Natasha, que estaba escuchando al príncipe con una sonrisa medio burlona. Hablaba con tanta franqueza, con tanta naturalidad, que no parecía que hubiera motivos para sospechar de él.

—¿De veras ignora usted que no ha aparecido por esta casa ni una sola vez en todos estos días? —preguntó Natasha con voz tranquila y serena, como si hablara de la cosa más natural del mundo.

—¡Cómo! ¿Que no ha estado aquí ni una sola vez? Pero ¡qué me dice usted! —replicó el príncipe, al parecer, muy sorprendido.

—Usted estuvo en mi casa el martes por la noche, ya tarde; a la mañana siguiente Aliosha pasó media hora conmigo, y desde entonces no le he vuelto a ver.

—Pero ¡eso es increíble! —El príncipe se mostraba cada vez más sorprendido—. Y yo que pensaba, justamente, que no salía de aquí. Perdóneme, es tan extraño... es

sencillamente increíble.

—Y, sin embargo, es cierto. Es una lástima: yo confiaba en que usted, precisamente, me habría informado de su paradero.

—¡Ay, Dios mío! De todos modos, no tardará en llegar. Lo que me acaba de decir me ha dejado estupefacto... Confieso que esperaba de él cualquier cosa, pero eso... ¡eso!

—¡Pues sí que está usted sorprendido! Y yo que pensaba que no sólo no se iba a sorprender, sino que incluso estaría enterado de antemano de lo ocurrido.

—¡Enterado! ¿Yo? Le aseguro, Natalia Nikoláievna, que hoy le he visto apenas un instante y que no he preguntado a nadie más por él. Y me extraña que usted parezca dudar de mí —añadió, mirándonos a ambos.

—¡Dios me libre! —intervino Natasha—. Estoy completamente convencida de que ha dicho usted la verdad.

Y volvió a reírse en la cara del príncipe, que pareció incomodarse.

—Explíquese —dijo turbado.

—No hay nada que explicar. He sido muy clara. Usted sabe lo atolondrado y olvidadizo que es. Pues bien, como ahora disfruta de plena libertad, se ha dejado llevar por sus impulsos.

—Pero es imposible que se haya dejado llevar así por sus impulsos: ahí tiene que haber algo más y, en cuanto venga, le voy a obligar a que explique lo ocurrido. Lo más asombroso es que usted parece culparme también de eso, cuando yo ni siquiera estaba en la ciudad. Por otra parte, Natalia Nikoláievna, veo que está usted muy enfadada con él, ¡y eso es algo muy comprensible! Está usted en su derecho y... y... naturalmente, yo soy el principal culpable, aunque no sea más que por haber llegado el primero, ¿no es cierto? —prosiguió, dirigiéndose a mí con una sonrisa irritante.

Natasha se ruborizó.

—Permítame, Natalia Nikoláievna —prosiguió muy digno—; admito que soy culpable, pero únicamente de haberme marchado al día siguiente de conocerla, de modo que usted, en vista de la suspicacia que advierto en su carácter, habrá tenido ocasión de cambiar de opinión sobre mí, y ese cambio se ha visto favorecido por las circunstancias. De no haberme marchado, usted me habría conocido mejor y Aliosha, sometido a mi vigilancia, no se habría descarriado. Hoy mismo va a tener usted ocasión de oír lo que voy decirle a mi hijo.

—O sea, que va a hacer usted que Aliosha empiece a considerarme una carga para él. Con su inteligencia, es imposible que piense usted en serio que va a ayudarme de ese modo.

—¿Acaso insinúa que estoy buscando deliberadamente que él la vea como una carga? Me ofende, Natalia Nikoláievna.

—Procuro evitar toda insinuación, hable con quien hable —replicó Natasha—. Trato siempre, al contrario, de ser lo más sincera que puedo; tal vez se convenza usted hoy de ello. No pretendo ofenderle ni tengo motivos para hacerlo, aunque sólo

sea porque usted no se va a sentir ofendido con mis palabras, diga yo lo que diga. De eso estoy muy segura, ya que me doy perfecta cuenta de cómo son nuestras relaciones: usted es incapaz de tomárselas en serio, ¿no es cierto? Pero, si de verdad le he ofendido, estoy dispuesta a pedirle perdón, a fin de cumplir con usted todas las obligaciones de la... hospitalidad.

A pesar del tono suave, incluso jocoso, con que Natasha pronunció esta frase, y de la sonrisa que había en sus labios, nunca la había visto tan irritada. Hasta entonces no había sido consciente del dolor tan profundo que había sufrido en aquellos tres días. Sus enigmáticas palabras, asegurando que ya lo sabía todo, que lo había adivinado todo, me asustaban; se referían directamente al príncipe. Había cambiado de opinión sobre él y le veía como a su enemigo... Eso era evidente. Aparentemente, atribuía su fracaso con Aliosha a su influencia, y tal vez no le faltase razón. Yo temía que, en cualquier momento, pudiera haber una escena entre ellos. El tono burlón de Natasha era demasiado manifiesto, demasiado evidente. Sus últimas palabras al príncipe, acusándole de ser incapaz de tomarse en serio sus relaciones; la frase relativa a las obligaciones de la hospitalidad; su promesa, que más bien parecía una amenaza, de demostrarle aquella misma noche que ella sabía hablar con franqueza: todo aquello resultaba tan mordaz, tan explícito, que era impensable que el príncipe no lo entendiera. Vi cómo a éste le mudaba el semblante, aunque supo dominarse. En seguida hizo como si no hubiera reparado en esas palabras, como si no hubiera captado su auténtico sentido y, naturalmente, se las tomó a broma.

—¡Dios me libre de exigirle excusas! —exclamó riéndose—. En absoluto era eso lo que pretendía, va contra mis principios exigirle excusas a una mujer. Ya en nuestro primer encuentro le previne de mi carácter; por eso, no creo que se enfade conmigo si le hago una observación, sobre todo porque se refiere a todas las mujeres en general; probablemente, usted también esté de acuerdo con esa observación —prosiguió, dirigiéndose a mí amablemente—. He advertido, precisamente, que uno de los rasgos del carácter femenino consiste en que, si una mujer es culpable de algo, prefiere reparar después su culpa con mil caricias que reconocer su falta en el instante de cometerla y pedir entonces perdón. De modo que, aun suponiendo que me hubiera ofendido usted, ahora mismo no desearía sus disculpas. Me resultaría más ventajoso que reconociera usted su falta más tarde y quisiera repararla... con mil caricias. Y siendo usted tan buena, tan pura, tan espontánea, tan sincera, presiento que el momento de su arrepentimiento resultaría delicioso. Ahora, en vez de disculparse, preferiría que me dijera si puedo hacer algo para demostrarle que me comporto con usted con mucha más sinceridad y franqueza de lo que cree.

Natasha se ruborizó. También a mí me dio la impresión de que en la respuesta del príncipe había un tono demasiado frívolo, casi despectivo, una especie de jocosidad impúdica.

—¿Quiere demostrarme usted que es franco y sincero conmigo? —preguntó Natasha, mirándole con aire desafiante.

—Sí.

—En ese caso, haga lo que le voy a pedir.

—Tiene mi palabra de antemano.

—Se trata de lo siguiente: no haga, ni con palabras, ni con alusiones referentes a mí, que Aliosha se sienta incómodo, ni hoy ni mañana. Nada de reproches por haberse olvidado de mí, nada de sermones. Quiero recibirle como si no hubiera pasado nada entre usted y yo, para que no pueda darse cuenta de nada. Eso es lo que quiero. ¿Me da usted su palabra?

—Con muchísimo gusto —respondió el príncipe—. Y permítame añadir, de todo corazón, que pocas veces he encontrado a nadie con un criterio más claro y más sensato en relación con esos asuntos... Pero me parece que ahí viene Aliosha.

En efecto, se oyó ruido en el recibidor. Natasha se estremeció, parecía estarse preparando para algo. El príncipe seguía sentado con gesto serio, pendiente de lo que pudiera suceder; no apartaba los ojos de Natasha. Entonces se abrió la puerta y Aliosha entró en la habitación.

## II

Irrumpió en la habitación gozoso y contento, con la cara radiante. Se notaba que había pasado aquellos cuatro días alegre y feliz. En su rostro traía escrito que quería comunicarnos una noticia.

—¡Aquí estoy! —proclamó ante todos los presentes—. El que debía haber llegado el primero. Pero ¡en seguida lo sabréis todo, todo, todo! Esta mañana, papá, apenas hemos podido cambiar un par de palabras, y yo tenía tanto que decirte. Sólo cuando está de buenas me permite que le trate de *tú* —añadió, dirigiéndose a mí—, el resto del tiempo me lo tiene prohibido, créame. Y menuda táctica emplea: él mismo empieza a tratarme de *usted*. Pero ¡a partir de hoy quiero que esté siempre de buen humor, y lo voy a conseguir! He cambiado por completo en estos cuatro días, he cambiado de pies a cabeza; ahora os lo cuento. Dentro de un rato. Lo más importante, ahora mismo, es que ella está aquí. ¡Aquí! ¡Otra vez! Natasha, cariño, ¿cómo estás, ángel mío? —dijo, sentándose a su lado y besándole la mano ansiosamente—. ¡Cuánto te he echado de menos estos días! Pero así son las cosas. ¡No he podido evitarlo! ¡No dependía de mí! ¡Querida mía! Parece que has adelgazado un poco, estás más pálida...

Extasiado, le cubría las manos de besos y la contemplaba ávidamente con sus hermosos ojos, como si no pudiera apartar de ella la mirada. Yo me fijé en Natasha y pude adivinar, por la expresión de su rostro, que los dos pensábamos lo mismo: Aliosha era una criatura completamente inocente. Pero, entonces, ¿cómo podía ese *inocente* haberse convertido en culpable? Un intenso rubor tiñó súbitamente las mejillas de Natasha, como si toda la sangre se le hubiera concentrado en el corazón y le afluyera de pronto a la cara. Sus ojos comenzaron a centellear, y miró orgullosa al príncipe.

—Pero ¿dónde... dónde has estado... todos estos días? —preguntó con voz contenida y entrecortada. Su respiración era trabajosa e irregular. ¡Dios mío, cuánto le amaba!

—El caso es que, de hecho, parezco culpable ante ti... Pero qué digo *parezco*, por supuesto que soy culpable, lo sé, y aun sabiéndolo he venido. Katia me decía, ayer y hoy, que no hay mujer capaz de perdonar semejante desprecio (porque ella está al corriente de todo lo que ocurrió aquí el martes; se lo conté todo al día siguiente). He discutido con ella, tratando de demostrarle que sí existe esa mujer, y se llama *Natasha*, y que probablemente sólo haya otra igual en el mundo, y ésa es Katia; y me he presentado aquí sabiendo, naturalmente, que tenía la partida ganada. ¿Acaso un ángel como tú podría negarme su perdón? «Si no ha venido, será porque algo se lo ha impedido; no porque haya dejado de quererme»: ¡eso es lo que pensará mi Natasha! ¿Cómo iba a haber dejado yo de quererte? ¿Acaso eso es posible? Mi corazón sufría por ti. Pero, de todos modos, ¡soy culpable! No obstante, cuando sepas todo lo ocurrido, serás la primera en disculparme. Ahora mismo os lo cuento todo, necesito

abriros mi corazón; por eso estoy aquí. Quería haber venido antes (tenía medio minuto libre) a darte un beso apresurado, pero no ha podido ser: Katia me llamó urgentemente para tratar unos asuntos de suma importancia. Eso fue antes de que me vieras en el coche, papá; ésa era la segunda vez que iba a casa de Katia, después de haber recibido su segunda nota. Últimamente los mensajeros se pasan todo el día yendo y viniendo de una casa a la otra con nuestras notas. Su nota, Iván Petróvich, no pude leerla hasta anoche, y tiene usted razón en todo lo que me dice. Pero ¿qué iba a hacer yo? ¡Me era físicamente imposible! Así que pensé: mañana por la noche podré justificarme; porque esta noche ya me resultaba imposible no venir a verte, Natasha.

—¿Qué nota era ésa? —preguntó Natasha.

—Fue a mi casa, no me encontró, como es natural, y me dejó una nota en la que me reprendía enérgicamente por no venir a verte. Y tiene toda la razón. Eso ocurrió ayer.

Natasha me miró.

—Pero, en vista de que has tenido tiempo para pasarte de la mañana a la noche en casa de Katerina Fiódorovna... —empezó a decir el príncipe.

—Ya sé lo que me vas a decir, ya lo sé —le interrumpió Aliosha—: «Si podías estar con Katia, el doble de motivos tenías para venir aquí». Estoy completamente de acuerdo contigo, e incluso añadiré por mi parte: no sólo tenía el doble de motivos, ¡sino un millón más de motivos! Pero es que en la vida suceden cosas extrañas e inesperadas que todo lo trastocan y lo ponen patas arriba. Pues bien, a mí me han ocurrido tales cosas. Ya digo que estos días he experimentado un cambio radical, de pies a cabeza; conqué ¡ya tenían que ser serios esos asuntos!

—¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué es lo que te ha ocurrido? ¡Te ruego que no nos tengas en ascuas! —exclamó Natasha, sonriendo ante la vehemencia de Aliosha.

En verdad, resultaba un tanto ridículo: se atropellaba; le salían las palabras apresuradamente, a borbotones, sin orden ni concierto, en una auténtica algarabía. Todo su afán era hablar y hablar. Y, mientras tanto, no soltaba las manos de Natasha y se las llevaba a los labios a cada instante, como si no pudiera dejar de besarlas.

—Pues vais a ver lo que me ha ocurrido —siguió diciendo Aliosha—. ¡Oh, amigos míos! ¡Lo que he visto, lo que he hecho, la gente que he conocido! En primer lugar, Katia: ¡es la perfección! Hasta ahora no la conocía en absoluto. Cuando el martes te hablaba de ella, ¿recuerdas, Natasha?, ya hablaba entusiasmado; entonces, sin embargo, apenas la conocía. Ha estado oculta a mis ojos hasta hace nada. Pero ahora nos conocemos perfectamente. Ya nos tratamos de *tú*. Pero empezaré por el principio: en primer lugar, Natasha, si hubieras podido oír, simplemente, lo que me dijo de ti cuando al día siguiente, el miércoles, le conté lo que había ocurrido aquí entre nosotros... A propósito, me acuerdo de lo estúpido que estuve contigo cuando vine a verte el miércoles por la mañana. Me recibiste entusiasmada, estabas asimilando nuestra nueva situación, querías hablar conmigo de todo eso; estabas triste, pero al mismo tiempo bromeabas y jugueteabas conmigo, y yo tratando de

mostrarme serio. ¡Ah, qué estúpido! ¡Qué estúpido! Ciertamente, tenía ganas de presumir, de alardear de que pronto iba a convertirme en un hombre casado, en una persona seria. Y ¿ante quién fui a jactarme? ¡Ante ti! ¡Ah, cómo debiste de reírte entonces de mí y qué merecido me lo tenía!

El príncipe guardaba silencio y miraba a Aliosha con una sonrisa de ironía triunfal. Parecía alegrarse de que su hijo se mostrara tan frívolo, tan ridículo incluso. Durante toda la velada le estuve observando atentamente y acabé de convencerme de que no amaba en absoluto a su hijo, por mucho que la gente hablara de su apasionado amor paterno.

—Después de estar contigo, me fui a ver a Katia —continuó Aliosha—. Ya he dicho que hasta esa mañana no llegamos a conocernos bien, y aquello sucedió de un modo un tanto extraño... Ni siquiera lo recuerdo... Algunas palabras calurosas, algunos sentimientos e ideas expuestos con franqueza, y nos hicimos amigos íntimos para toda la vida. ¡Tienes que conocerla, Natasha, tienes que conocerla! ¡Cómo me habló de ti, cómo hizo que te viera! ¡Cómo me explicó que tú eres un tesoro para mí! Poco a poco me expuso sus ideas y su forma de ver la vida; ¡es una muchacha tan seria, tan entusiasta! Me hablaba del deber, de nuestra misión, de que todos debemos servir a la humanidad; al cabo de cinco o seis horas de conversación, como estábamos de acuerdo en todo, acabamos por jurarnos amistad eterna y decidimos colaborar durante toda la vida.

—¿Colaborar en qué? —preguntó sorprendido el príncipe.

—He cambiado tanto, padre, que todo esto, como es natural, debe de sorprenderte; hasta adivino de antemano todas tus objeciones —respondió Aliosha con solemnidad—. Todos vosotros sois personas prácticas, os regís por reglas antiguas, serias, estrictas; todo lo nuevo, todo lo joven y fresco lo miráis con recelo, hostilidad y sarcasmo. Pero yo ya no soy el mismo que tú conocías hace sólo unos días. ¡Soy otro! Miro con audacia a los ojos a todo y a todos. Si estoy convencido de que algo es justo, lo persigo hasta las últimas consecuencias; si no me aparto del camino, seré un hombre honrado. Pero basta de hablar de mí. Podéis decir lo que os plazca, pero yo estoy seguro de mí mismo.

—¡Caramba! —dijo el príncipe en tono burlón.

Natasha nos miraba preocupada. Temía por Aliosha. A menudo se dejaba llevar por la conversación —algo que no le beneficiaba—, y ella lo sabía. No quería que Aliosha se pusiera en ridículo delante nosotros y, sobre todo, delante su padre.

—¡Qué dices, Aliosha! Eso ya es pura filosofía —dijo Natasha—. Seguro que alguien te la ha inculcado... Deberías contarnos lo que te ha ocurrido.

—Pero ¡si os lo estoy contando! —exclamó Aliosha—. Mira, Katia tiene dos parientes lejanos, unos primos o algo así, Lióvenka y Bórenka; uno es estudiante y el otro es un joven, sin más. Tiene trato con ellos, y son unas personas sencillamente extraordinarias. Apenas visitan a la condesa, por una cuestión de principios. Cuando Katia y yo estábamos charlando sobre la misión del hombre, su vocación y todo eso,

me habló de ellos y en seguida me entregó una carta de presentación; fui corriendo a conocerlos. Esa misma noche nos hicimos amigos. Había allí una docena de individuos de muy diversa condición: estudiantes, oficiales, artistas; había un escritor... Todos le conocen a usted, Iván Petróvich, es decir, han leído sus obras y esperan mucho de usted en el futuro. Me lo dijeron ellos mismos. Les comenté que le conocía y les prometí presentárselo. Todos me acogieron como hermanos, con los brazos abiertos. Desde el primer momento les dije que pronto me convertiría en un hombre casado, y ya me trataban como tal. Viven en un quinto piso, en una buhardilla; se reúnen en casa de Lióvenka y Bórenka con la mayor frecuencia posible, preferentemente los miércoles. Son todos unos jóvenes muy despiertos, que aman fervientemente a la humanidad; estuvimos hablando de nuestro presente, del porvenir, de ciencia, de literatura, y hablamos tan a gusto, con tanta franqueza y sinceridad... También suele ir allí un estudiante de gimnasio. ¡Cómo se tratan entre sí! ¡Cuánta nobleza! ¡Hasta ese momento nunca había visto nada igual! ¿Dónde había estado metido hasta ahora? ¿Qué había visto? ¿Sobre qué fundamentos me había educado? Sólo tú, Natasha, me habías hablado de algo parecido. Ah, Natasha, tienes que conocerlos sin falta; Katia ya los conoce. Hablan de ella casi con veneración, y Katia ya les ha dicho a Lióvenka y Bórenka que, cuando disponga legalmente de su fortuna, donará de inmediato un millón de rublos para el bien común.

—Y supongo que los administradores de ese millón serán Lióvenka, Bórenka y toda su camarilla, ¿no? —preguntó el príncipe.

—Mentira, mentira. ¡Es una vergüenza que digas esas cosas, padre! —exclamó con vehemencia Aliosha—. ¡Ya me figuro qué es lo que te pasa por la cabeza! Lo cierto es que estuvimos hablando largo y tendido de ese millón, para decidir cómo se iba a emplear. Al final resolvimos que había que destinarlo, ante todo, a la instrucción pública...

—Efectivamente, veo que hasta ahora no había conocido del todo a Katerina Fiódorovna —observó el príncipe, como hablando para sí, siempre con la misma sonrisa maliciosa—. Es más, esperaba muchas cosas de ella, pero ese...

—¿Ese qué? —le interrumpió Aliosha—. ¿Qué es lo que te extraña tanto? ¿Que todo eso se aparte un poco de vuestro orden? ¿Que nadie haya donado un millón hasta ahora y ella sí vaya a hacerlo? ¿Es eso, no? ¿Y qué pasa si ella no quiere vivir a expensas de otros? Porque vivir de esos millones significa vivir a costa ajena (yo acabo de descubrirlo). Ella quiere ser útil a la patria y a todos, aportando su óbolo al bien común. De ese óbolo nos hablan las Sagradas Escrituras, pero si ese óbolo asciende a un millón, ¿entonces ya no vale? ¿En qué se basa toda esa dichosa cordura en la que yo tanto creía? ¿Por qué me miras así, padre? ¡Cualquiera diría que tienes delante a un bufón, a un necio! ¿Y qué si soy un necio? Tendrías que haber escuchado, Natasha, lo que decía Katia al respecto: «Lo más importante no es la inteligencia, sino aquello que la guía: la naturaleza, el corazón, las nobles cualidades, el progreso». Y, sobre todo, una cosa genial que le oí decir a Bezmyguin en ese

sentido. Este Bezmyguin es un amigo de Lióvenka y Bórenka y, por cierto, es un cerebro, ¡un auténtico cerebro! Ayer, sin ir más lejos, dijo en mitad de una conversación: «¡El necio que reconoce que es un necio ya no es un necio!». ¡Qué gran verdad! Pronuncia sentencias de ese tipo a cada momento. Va sembrando verdades.

—¡Ciertamente genial! —observó el príncipe.

—Siempre te estás burlando. Pero el caso es que a ti jamás te he escuchado nada semejante, ni tampoco a nadie de tu círculo. Entre vosotros, por el contrario, todo se oculta, todo se rebaja, para que todas las estaturas, todas las narices se ajusten indefectiblemente a unas determinadas medidas, a unas determinadas reglas... ¡Como si eso fuera posible! Como si eso no fuera mil veces más imposible que lo que nosotros decimos y pensamos. ¡Y encima nos llaman utópicos! Si hubieras oído lo que me decían ayer...

—Pero ¿de qué habláis y en qué cosas pensáis? Cuéntalo, Aliosha, que hasta ahora no he acabado de entenderlo —dijo Natasha.

—En general, de todo lo que conduce al progreso, al humanitarismo, al amor; hablamos de todo ello a propósito de las cuestiones actuales. Hablamos de la apertura, de las reformas que empiezan a introducirse, del amor a la humanidad, de las grandes personalidades contemporáneas, a las que analizamos y leemos. Pero lo fundamental es que nos hemos prometido ser totalmente sinceros y hablar con franqueza de nosotros mismos, sin reparos. Sólo con sinceridad y franqueza se puede alcanzar el objetivo. Bezmyguin hace especial hincapié en ello. Se lo he contado a Katia y coincide totalmente con él. Luego, bajo la dirección de Bezmyguin, nos hemos comprometido a actuar con honradez y rectitud toda la vida, a no cohibirnos por nada, digan lo que digan o piensen lo que piensen de nosotros, a no avergonzarnos de nuestro entusiasmo, de nuestras pasiones, de nuestros errores, a ir siempre de frente. Si quieres que te respeten, debes empezar por respetarte a ti mismo; sólo así, sólo mostrándote consideración a ti mismo harás que los demás te respeten. Eso dice Bezmyguin, y Katia está completamente de acuerdo con él. En estos momentos estamos discutiendo nuestras convicciones en general y hemos decidido que cada cual se instruya por su cuenta y que luego todos juntos intercambiamos nuestras opiniones...

—¡Menudo galimatías! —exclamó agitado el príncipe—. ¿Y quién es ese tal Bezmyguin? No, esto no puede quedar así...

—¿Qué es lo que no puede quedar así? —replicó Aliosha—. ¿Sabes, padre, por qué estoy diciendo ahora todo esto delante de ti? Pues porque deseo y espero introducirte a ti también en nuestro círculo. Ya he comprometido mi palabra por ti. Te ríes, ¡sabía yo que ibas a reírte! Pero escucha. Tú eres bueno, noble; pronto lo entenderás. No conoces a esas personas, no las has visto nunca ni las has escuchado. Aun suponiendo que hayas oído hablar de todas estas cosas, que las hayas estudiado, pues eres un hombre muy culto, a ellos ni los conoces personalmente ni has estado en

su compañía. ¿Cómo puedes entonces juzgarlos debidamente? Sólo te imaginas que los conoces. No: visítalos, escúchalos y, luego, ¡te aseguro que serás uno de los nuestros! Por encima de todo, deseo emplear cualquier medio a mi alcance para salvarte de la perdición en esos círculos sociales a los que te sientes tan ligado, para salvarte de tus convicciones.

El príncipe escuchó en silencio, con la más páfida de sus sonrisas, toda aquella perorata; la maldad se reflejaba en su semblante. Natasha le observaba con manifiesta repulsión. Él lo notaba, pero fingía no darse cuenta. En cuanto Aliosha acabó, el príncipe rompió a reír. Hasta se recostó en el respaldo de la silla, como si no tuviera fuerzas para contenerse. No obstante, era una risa indudablemente forzada. Resultaba demasiado evidente que sólo se reía para agraviar y humillar lo más posible a su hijo. Aliosha, efectivamente, se sintió herido; su semblante reflejaba una extraordinaria tristeza. Pero aguardó pacientemente a que cesara la hilaridad de su padre.

—Padre —empezó con pena—, ¿por qué te ríes de mí? Me he dirigido a ti con toda sinceridad y franqueza. Si, a tu juicio, no estoy diciendo más que bobadas, hazme entrar en razón, pero no te rías de mí. Y ¿de qué te ríes? ¿De aquello que para mí es ahora sagrado y noble? Muy bien, supongamos que estoy equivocado, que todo eso es falso y erróneo, que yo soy un imbécil, como ya me has llamado en más de una ocasión; pero, si me equivoco, lo hago de un modo sincero y honrado; no he perdido mi dignidad. Me entusiasmo con ideas elevadas. Aunque sean erróneas, su fundamento es sagrado. Como ya te he dicho, ni tú ni los tuyos me habéis ofrecido nunca nada que me pudiera servir de guía, nada que me atrajera. Refuta a esa gente, dime algo mejor que lo que dicen ellos y te seguiré, pero no te rías de mí, porque eso me duele mucho...

Aliosha pronunció estas palabras con extraordinaria nobleza y grave dignidad. Natasha le observaba con simpatía. El príncipe escuchó asombrado a su hijo e inmediatamente cambió de tono.

—En absoluto pretendía ofenderte, querido —contestó—; al contrario, siento lástima de ti. Te dispones a dar un paso muy importante en la vida, y ya es hora de que dejes de comportarte como un chiquillo atolondrado. Eso es lo que creo. Me he reído sin querer y en modo alguno pretendía ofenderte.

—Entonces, ¿por qué me ha dado a mí esa impresión? —replicó Aliosha, con una sensación de amargura—. ¿Por qué desde hace mucho me parece que me miras con hostilidad, con una expresión de frío sarcasmo y no como un padre a un hijo? ¿Por qué tengo la sensación de que, si yo estuviera en tu lugar, no me habría atrevido a ofender a mi hijo como tú lo acabas de hacer? Escucha: hablemos con franqueza, de una vez por todas, para que no quede ningún resquicio de duda. Y... puestos a decir toda la verdad: me ha parecido que mi entrada aquí ha despertado cierta perplejidad; no pensaba encontraros aquí juntos en tal actitud. ¿Es así o no? Si es así, ¿no sería mejor que cada uno manifestara sus sentimientos? ¡Cuántos males pueden evitarse con la franqueza!

—¡Habla, habla, Aliosha! —dijo el príncipe—. Lo que propones me parece muy sensato. A lo mejor, debíamos haber empezado por ahí —añadió, mirando a Natasha.

—No te enfades por mi absoluta franqueza —comenzó Aliosha—, tú mismo la deseas, tú mismo la reclamas. Escucha, pues. Has dado tu consentimiento para que me case con Natasha, me has proporcionado esa alegría, y para ello has tenido que vencerte a ti mismo. Has sido magnánimo y todos hemos apreciado tu noble proceder. Pero ¿por qué te complaces ahora en insinuar constantemente que sigo siendo un chiquillo y que no valgo en absoluto para marido? Y, por si eso fuera poco, ¿por qué parece como si quisieras dejarme en ridículo, humillarme e incluso denigrarme a los ojos de Natasha? Siempre te ha gustado tomarte mis cosas a risa; no es algo de lo que me haya dado cuenta ahora, sino hace mucho. Es como si estuvieras tratando, por alguna razón, de demostrarnos que nuestro matrimonio es algo ridículo, absurdo, y que no hacemos buena pareja. Sí, como si tú mismo no creyeras en aquello a lo que nos destinas, como si no vieras en todo esto más que una broma, una divertida ocurrencia, un gracioso vodevil... Y eso no lo deduzco tan sólo de las palabras que acabas de pronunciar. El martes por la noche, cuando después de estar aquí fui para tu casa, te oí decir cosas extrañas, que me sorprendieron y hasta me hirieron. Y el miércoles, al marcharte, hiciste también unas cuantas insinuaciones sobre nuestra situación actual; hablaste también de Natasha, no de una forma ofensiva, ni mucho menos, pero tampoco como me habría gustado oírte, sino con demasiada ligereza, sin afecto, sin respeto a ella... Es difícil de explicar, pero el tono estaba claro; el corazón lo percibe. Dime que estoy equivocado. Hazme cambiar de parecer, reconfórtame y... también a ella, puesto que también a ella la has herido. Al entrar aquí, lo he adivinado de un solo vistazo...

Aliosha dijo esto con ardor y firmeza. Natasha le escuchaba con cierta solemnidad, muy emocionada, con el rostro encendido, y durante el discurso repitió un par de veces para sí: «¡Eso, eso, así es!». El príncipe se alteró.

—Amigo mío —contestó—, no puedo recordar todo lo que te he dicho, claro está; pero me extraña que hayas interpretado mis palabras en ese sentido. Estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para aclarártelo. Y, si me he reído, también es algo comprensible. Te diré que con mi risa trataba de disimular mi amargura. Cuando pienso que vas a casarte en breve, se me antoja ahora mismo que es algo completamente irrealizable, disparatado y, perdona que te lo diga, hasta ridículo. Me echas en cara que me ría, pero te diré que tú tienes la culpa. Admito que yo también soy culpable: es posible que te haya prestado poca atención últimamente y, por eso, hasta esta misma noche no me había dado cuenta de lo que eres capaz. Me estremezco al pensar en tu porvenir con Natalia Nikoláievna: me he precipitado; ahora veo que sois muy distintos. Todo amor pasa, pero las diferencias permanecen para siempre. Y no hablo ya de tu destino: date cuenta de que, por muy buenas intenciones que tengas, vas a arruinar la vida de Natasha, además de la tuya, ¡irremisiblemente! Te has pasado una hora entera hablando del amor a la humanidad,

de la nobleza de las convicciones, de las ilustres personas que has conocido; pero pregúntale a Iván Petróvich lo que le he dicho hace un rato, al llegar a este cuarto piso, tras subir por esa horrible escalera y pararnos delante de la puerta, dándole gracias a Dios por haber salvado nuestras vidas y nuestras piernas. ¿Sabes qué idea me vino inmediatamente a la cabeza? Me asombró que, pese a tu amor por Natalia Nikoláievna, puedas tolerar que viva en semejante piso. ¿Cómo no se te ha ocurrido que, si no dispones de medios ni eres capaz de cumplir con tus obligaciones, tampoco tienes derecho a casarte ni a asumir compromiso alguno? El amor por sí solo no basta; hay que demostrarlo con hechos; pero tu idea es: «Vive conmigo, aunque sufras conmigo». ¡Pues eso no es humano, no es noble! Hablar de amor universal, entusiasmarse con las cuestiones que afectan a toda la humanidad y, al mismo tiempo, atentar contra el amor y no darse cuenta... ¡es algo incomprensible! No me interrumpa, Natalia Nikoláievna, déjeme terminar; todo esto me resulta demasiado amargo y necesito desahogarme. Decías, Aliosha, que estos días te has quedado prendado de todo lo que es noble, hermoso y honrado, y me has recriminado que en nuestro círculo social no existen tales pasiones, sino únicamente la fría prudencia. Pero date cuenta: te entusiasmas con todo lo elevado y hermoso y luego, después de lo ocurrido aquí el martes, desatienes durante cuatro días a aquella que, aparentemente, tendría que ser para ti lo máspreciado en el mundo... Has reconocido incluso que discutiste con Katerina Fiódorovna a propósito de lo mucho que te quiere Natalia Nikoláievna: tan generosa es, a tu juicio, que está siempre dispuesta a perdonarte tu proceder. Pero ¿qué derecho tienes a contar de antemano con su perdón y a apostar por ello? ¿Es que no te has parado a pensar ni una vez en todos los amargos pensamientos, en todas las dudas y sospechas que habrás despertado estos días en Natalia Nikoláievna? ¿O es que, por mucho que hayas andado por ahí, cautivado por esas ideas nuevas, tenías derecho a desatender la más primordial de tus obligaciones? Perdóneme, Natalia Nikoláievna, que haya faltado a mi palabra. Pero el asunto que ahora nos ocupa es más importante que esa promesa: usted misma lo comprenderá... ¿No sabes, Aliosha, que he encontrado a Natalia Nikoláievna tan desesperada que he comprendido en seguida qué clase de infierno han sido para ella estos cuatro días que, contrariamente, tendrían que haber sido los mejores de su vida? Por una parte, esa clase de conducta; por la otra, palabras, palabras y palabras... ¿O acaso no tengo razón? ¿Y, después de eso, me acusas a mí, siendo tú enteramente culpable?

El príncipe concluyó. Se había dejado llevar por su propia elocuencia y no podía disimular el goce del triunfo. Cuando Aliosha oyó hablar de los sufrimientos de Natasha, le dirigió una mirada llena de dolorosa tristeza, pero Natasha ya había tomado una decisión.

—Basta, Aliosha, no estés triste —dijo—, que otros son más culpables que tú. Siéntate y escucha lo que voy a decirle a tu padre. ¡Ya va siendo hora de acabar!

—Explíquese, Natalia Nikoláievna —dijo el príncipe—. ¡Se lo ruego

encarecidamente! Llevo ya dos horas escuchando insinuaciones. Esto se hace insoportable, le confieso que no esperaba un recibimiento así.

—Tal vez porque pensaba fascinarnos con sus palabras, para que así no advirtiéramos sus secretas intenciones. ¡No hay nada que explicarle! Usted lo sabe todo y lo comprende todo. Aliosha tiene razón. Lo que usted más desea, por encima de cualquier otra cosa, es separarnos. Después de lo ocurrido la noche del martes, usted ya sabía perfectamente todo lo que iba a pasar hoy aquí; lo tenía todo calculado al detalle. Ya le he dicho que usted no me tomaba en serio, ni a mí ni el matrimonio que usted mismo ha maquinado. Se burla de nosotros; está jugando y persigue un fin que sólo usted conoce. Juega con ventaja. Aliosha tenía razón cuando le reprochaba que usted ve todo esto como un vodevil. Debería alegrarse, en vez de echarle nada en cara a Aliosha, porque éste, sin saberlo, ha llevado a cabo todo lo que usted esperaba de él; puede que incluso más.

Me quedé estupefacto. Esperaba que aquella noche se produjera alguna catástrofe. Pero la franqueza excesivamente brusca de Natasha y el tono marcadamente despectivo de sus palabras me dejaron totalmente pasmado. «Entonces, ella tiene necesariamente que saber algo —pensé—, y ha decidido romper de inmediato.» Tal vez hubiera estado aguardando al príncipe con impaciencia para, de una vez por todas, decírselo todo a la cara. El príncipe palideció ligeramente. El rostro de Aliosha reflejaba un ingenuo terror y una angustiosa expectación.

—¡No sé si se da cuenta de la gravedad de sus acusaciones! —exclamó el príncipe—. Mida un poco sus palabras... No entiendo nada.

—¡Ah! Será que no quiere usted entender —dijo Natasha—. Porque hasta él, hasta Aliosha, le ha entendido a usted igual que le he entendido yo, y no nos hemos puesto de acuerdo, porque ni siquiera nos habíamos visto. También a él le ha dado la impresión de que está usted jugando con nosotros a un juego indigno y ofensivo, y eso a pesar de que él le quiere y cree en usted como en un dios. No se ha tomado la molestia de tener más cautela con él, más astucia; contaba con que no se daría cuenta. Y, sin embargo, él tiene un corazón sensible, tierno e impresionable, y las palabras que usted ha pronunciado, su *tono*, como él dice, se le han quedado grabadas en el corazón...

—¡No entiendo nada! ¡Nada! —repitió el príncipe, dirigiéndose a mí con cara de absoluto asombro, como poniéndome por testigo. Estaba furioso, exasperado—. Es usted muy suspicaz, y está alarmada —prosiguió, dirigiéndose a Natasha—; sencillamente, siente celos de Katerina Fiódorovna y por eso no tiene reparos en acusar a todo el mundo, y a mí el primero, y... permítame ya decírselo todo: uno se puede formar una extraña opinión de su carácter... No estoy acostumbrado a esta clase de escenas; después de lo ocurrido, no me quedaría aquí ni un minuto más si no fuera por los intereses de mi hijo... Aún sigo esperando, ¿no va a tener usted la bondad de explicarse?

—Así que usted se empeña en no entender lo que le acabo de decir en dos

palabras, a pesar de que usted se lo sabe al dedillo. ¿Pretende usted que se lo diga a las claras?

—No pretendo otra cosa.

—Muy bien, pues escuche —dijo Natasha a voz en grito, mientras los ojos le centelleaban de rabia—. ¡Voy a decírselo todo, todo!

### III

Natasha se levantó y comenzó a hablar de pie, sin darse ni cuenta, de lo alterada que estaba. El príncipe la escuchaba atentamente y también él se levantó de su asiento. Toda aquella escena se estaba volviendo demasiado solemne.

—Recuerde las palabras que pronunció usted el martes —empezó a decir Natasha—. Dijo que necesitaba dinero, que deseaba transitar por caminos trillados y tener importancia en nuestra sociedad, ¿lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues para conseguir ese dinero, para alcanzar todos esos éxitos que se le escapaban de las manos, se presentó usted aquí el martes y maquinó esa boda, considerando que esa farsa le ayudaría a atrapar aquello que se le estaba escapando.

—¡Natasha —exclamé—, piénsate bien lo que dices!

—¡Una farsa! ¡Una maquinación! —repetía el príncipe, como si hubiera ofendido gravemente su dignidad.

Aliosha estaba roto de dolor y observaba la escena sin comprender apenas nada.

—Sí, sí, no me interrumpa, me he jurado a mí misma que se lo diría todo —replicó Natasha, irritada—. Como recordará, Aliosha había dejado de obedecerle. Durante medio año se ha afanado en separarlo de mí. Él no cedía. De pronto, en cierto momento el tiempo empezó a apremiar. Si perdía a su hijo, también se le escapaban de las manos la prometida y el dinero, sobre todo el dinero: los tres millones de la dote. Sólo quedaba un recurso: que Aliosha se enamorara de aquella que usted le había escogido como prometida; creía que, si se enamoraba de ella, a lo mejor me dejaba...

—¡Natasha! ¡Natasha! —grito Aliosha afligido—. ¿Qué estás diciendo?

—Y eso fue lo que hizo —continuó ella, sin prestar atención al grito de Aliosha—, pero ¡volvió a repetirse la misma historia! ¡Cuando todo parecía arreglarse, otra vez era yo la que le estorbaba! Sólo había una cosa que podía infundirle esperanza: usted, como hombre experimentado y astuto que es, tal vez hubiera advertido ya que Aliosha, en ocasiones, parecía cansado de su antigua relación. Usted, por fuerza, ha tenido que notar que empezaba a desatenderme, a aburrirse, que no venía a verme en cinco días. «A lo mejor se cansa del todo y la abandona», pensaría usted; de pronto, el martes, la conducta tan resuelta de Aliosha le dejó estupefacto. ¿Qué podía hacer?

—Perdone —gritó el príncipe—, pero es justo al revés; ese hecho...

—Estoy hablando yo —le interrumpió Natasha con firmeza—. Aquella noche se preguntó qué podía hacer, y decidió darle su consentimiento para casarse conmigo, pero no lo hizo convencido, sino tan sólo *de boquilla*, para tranquilizarle. La fecha de una boda, pensaba usted, siempre puede aplazarse tanto como se quiera; y, mientras tanto, estaba naciendo un nuevo amor: usted ya se había percatado. Y en el nacimiento de ese nuevo amor cifraba usted todas sus esperanzas.

—Novelas, novelas —dijo el príncipe a media voz, como si hablara para sí—.

¡Todo eso es fruto de la soledad, de las ensoñaciones, de la lectura de novelas!

—Sí, en ese nuevo amor cifraba usted todas sus esperanzas —repitió Natasha, sin escuchar ni prestar atención a las palabras del príncipe, dominada por un ardor febril, cada vez más exaltada—. ¡Y cuántas oportunidades había de que floreciera ese nuevo amor! ¡Si había comenzado antes incluso de que su hijo conociera todas las virtudes de aquella muchacha! Aquella misma noche, en el preciso instante en que él le confesó a la joven que no podía amarla porque el deber, y la existencia de otro amor, se lo impedían, ella mostró tanta nobleza, tanta comprensión con él y con su rival, tanta generosidad que sólo en ese momento, aunque anteriormente ya se había fijado en su belleza, reparó Aliosha en lo encantadora que era. Justo a continuación vino aquí a verme, y estuvo todo el tiempo hablándome de ella: hasta tal punto le había impresionado. Sí, y al día siguiente tuvo que sentir la imperiosa necesidad de volver a ver a aquella maravillosa criatura, aunque sólo fuera por gratitud. Bien mirado, ¿por qué no iba a ir a verla? Si, total, la otra, la primera, ya no tenía motivos para sufrir, su destino ya estaba resuelto, dado que iba a consagrarle toda su vida a ella. En cambio, a ésta apenas iba a dedicarle un minuto de su tiempo... ¡Qué ingrata habría sido Natasha si se hubiera puesto celosa por un minuto de nada! Y así, imperceptiblemente, el minuto que le robaba a Natasha se fue convirtiendo en un día, en dos días, en tres. Y, entre tanto, la otra joven le mostraba un rostro totalmente nuevo e inesperado; es una chiquilla muy noble, es entusiasta y, al mismo tiempo, ingenua: en ese sentido, son los dos tan parecidos... Se prometen mutua amistad y fraternidad, deciden no separarse en toda la vida. Al cabo de *cinco o seis horas de conversación* el alma de Aliosha se abre a nuevas sensaciones y su corazón se rinde por completo... Así que usted debió pensar: «Tarde o temprano llegará un momento en que se ponga a comparar su viejo amor con esas nuevas sensaciones: con ese viejo amor todo suena ya a conocido, todo resulta rutinario y serio; todo son exigencias, todo son celos, reprimendas, lágrimas... Incluso, aunque les dé por jugar y hacer diabluras, a él no le tratan como a un igual, sino como a un niño... Pero, sobre todo, resulta todo tan cansino, tan trillado»... —A pesar de las lágrimas y del amargo espasmo que la ahogaba, Natasha pudo dominarse y siguió hablando—: ¿Y después qué? Después el tiempo se encargará de todo; para la boda con Natasha no se ha fijado ninguna fecha próxima; hay mucho tiempo por delante y todo puede cambiar... Y aquí es donde entran en escena sus palabras, sus insinuaciones, sus comentarios, su elocuencia... Puede uno calumniar a esa fastidiosa Natasha; puede uno mostrarla a una luz desfavorable y... ya se verá cómo, pero ¡la victoria es suya! ¡Aliosha! ¡No me culpes, cariño! No digas que no comprendo tu amor y que lo tengo en poco. Sé que todavía me quieres y que es muy posible que no entiendas mis quejas en estos momentos. Sé que he hecho muy mal diciendo todo esto. Pero ¡qué puedo hacer yo si, dándome cuenta de todo esto, te quiero cada vez más... para siempre... con locura!

Se cubrió el rostro con las manos, se desplomó sobre el asiento y empezó a

sollozar como una chiquilla. Aliosha, dando un grito, se lanzó hacia ella. Era incapaz de contemplar sus lágrimas sin llorar también él.

Sus sollozos, en mi opinión, le vinieron muy bien al príncipe: toda la vehemencia de Natasha en su larga exposición; la dureza de sus ataques contra él, ante los cuales no tuvo más remedio que darse por ofendido, aunque no fuera más que por decoro; todo eso, evidentemente, podía achacarse ahora a un desmesurado ataque de celos, al despecho, a la enfermedad incluso. Y hasta procedía mostrarse compasivo...

—Cálmese, Natalia Nikoláievna, no se ponga así —la consolaba el príncipe—; todo eso es producto de la exaltación, la fantasía, la soledad... Estaba usted tan irritada por el comportamiento irreflexivo de Aliosha... Pero tenga en cuenta que ha sido una mera imprudencia por su parte. El hecho más importante, en el que usted ha hecho tanto hincapié, lo ocurrido el martes, debería más bien demostrarle el inmenso afecto que mi hijo siente por usted, y, en cambio, usted se ha creído que...

—¡No, no me hable, no me torture, por lo menos ahora! —le interrumpió Natalia, llorando amargamente—. ¡Todo esto ya me lo decía mi corazón hace tiempo! ¿Acaso cree usted que no soy consciente de que el amor de su hijo ya se ha desvanecido? Aquí sola, en esta habitación... cada vez que me dejaba, que me abandonaba... Ya he pasado por todo eso... Le he dado vueltas a todo... ¿Qué iba a hacer yo? A ti no te culpo, Aliosha... Pero ¿por qué queréis engañarme? ¿O acaso no creéis que yo ya he intentado engañarme a mí misma? ¡Ay, cuántas veces, cuántas veces! ¿Acaso no he prestado atención a cada inflexión de su voz? ¿Acaso no he aprendido a leer en su semblante, en su mirada? Todo, todo está perdido y enterrado... ¡Ay, qué desgraciada soy!

Aliosha lloraba arrodillado ante ella.

—¡No, no, yo soy el culpable! ¡Toda la culpa es mía!... —repetía entre sollozos.

—No, Aliosha... Los culpables son otros... son nuestros enemigos. Ellos tienen la culpa... ¡ellos!

—Pero dígame de una vez —intervino el príncipe con cierta impaciencia—, ¿en qué se basa para atribuirme todos esos... crímenes? Son meras suposiciones tuyas, carentes de pruebas...

—¡Pruebas! —exclamó Natasha, levantándose rápidamente del asiento—. ¡Así que quiere pruebas! ¡Qué astuto es usted! ¡No podía haber hecho nada mejor cuando se presentó aquí con su propuesta! Tenía que calmar a su hijo, apaciguar sus remordimientos, para que pudiera entregarse a Katia sin reservas, sintiéndose libre y tranquilo; de lo contrario, se habría estado acordando de mí continuamente y no se habría plegado a sus deseos. Y usted ya estaba harto de esperar. ¿No es cierto?

—Confieso —respondió el príncipe con una sonrisa sarcástica— que, si hubiese querido engañarla, efectivamente habría procedido así; es usted muy... aguda, pero para lanzar semejantes reproches es preciso demostrarlo todo...

—¡Demostrarlo! ¿Y qué me dice de toda su conducta anterior, cuando trataba usted de separarlo de mí? Quien enseña a su hijo a desentenderse de sus obligaciones

y a tomárselas a broma para obtener ventajas materiales y dinero, le está corrompiendo. ¿Qué es lo que decía hace un momento de la escalera y de este horrible piso? ¿No ha sido usted el que le ha retirado la asignación que solía pasarle para lograr que el hambre y la necesidad acaben por separarnos? ¡Por culpa suya tenemos este piso y esta escalera, y aún tiene usted el valor de reprochárselo! ¡Es usted un hipócrita! ¿Y de dónde sacó aquella noche ese entusiasmo, esas nuevas convicciones, insólitas en usted? ¿Por qué le hacía yo tanta falta? No he parado quieta en estos cuatro días; le he dado vueltas a todo, lo he ponderado todo, cada palabra suya, cada expresión en su cara, y he llegado a la conclusión de que todo era fingido, no era más que una farsa, una comedia ofensiva, ruin e indigna... ¡Le conozco a usted, hace ya tiempo que le conozco! Cada vez que Aliosha venía a verme después de estar con usted, podía adivinar por su semblante todo lo que le había dicho, todo lo que le había inculcado. ¡He descubierto cuánta influencia ejerce sobre él! ¡No, usted a mí no me engaña! Es posible que tenga nuevos planes, es posible que lo que acabo de decir no sea lo más importante, pero qué más da. ¡Lo fundamental es que usted pretendía engañarme! ¡Eso es lo que tenía que decirle a la cara!

—¿Y ya está? ¿Ésas son todas las pruebas? Pero ¡qué exaltada es usted! Dese cuenta de que con esa farsa (como llama usted a mi proposición del martes) yo me comprometía en exceso. Habría sido una enorme imprudencia por mi parte.

—¿En qué se comprometía, en qué? ¿Qué significa para usted engañarme? ¿Y qué supone insultar a una joven como yo? ¡Pero si no es más que una miserable que se ha escapado de casa y a quien su propio padre ha rechazado, una pobre indefensa, una inmoral que se ha deshonrado a sí misma! ¿Vale la pena tener miramientos con ella si esa comedia puede reportarnos algún beneficio, por pequeño que sea?

—¡Piense en qué situación se coloca usted, Natalia Nikoláievna! Insiste una y otra vez en que la he ofendido. Pero se trata de una ofensa tan grave, tan humillante, que no entiendo cómo se le ha podido ocurrir siquiera, y mucho menos cómo sigue insistiendo en la cuestión. No quiero saber a qué estará usted acostumbrada cuando se permite sugerir esas cosas tan a la ligera, perdone que le diga. Tengo derecho a echárselo en cara, en vista de que está tratando de poner a mi hijo en mi contra: no ha llegado a enfrentarse a mí por defenderla, pero en el fondo me detesta...

—¡No, padre, no! —exclamó Aliosha—. Si no me he sublevado contra ti ha sido porque no me creo que hayas podido ofenderla. ¡Y me niego a creer que haya nadie capaz de ofender de ese modo!

—¿Lo oye? —gritó el príncipe.

—Natasha, toda la culpa es mía, no le culpes a él. ¡Cometerías un terrible pecado!

—¿Lo oyes, Vania? ¡Ya se ha vuelto contra mí! —gritó Natasha.

—¡Basta! —dijo el príncipe—. Hay que poner fin a esta penosa escena. Ese ciego y salvaje ataque de celos, que supera cualquier límite, me permite contemplar su carácter a una nueva luz. Quedo prevenido. Nos hemos precipitado, qué duda cabe, nos hemos precipitado. Usted ni siquiera se da cuenta de cómo me ha ofendido; eso,

para usted, no tiene la menor importancia. Nos hemos precipitado... Nos hemos precipitado... Como es natural, mi palabra debería ser sagrada, pero... yo soy padre y deseo la felicidad de mi hijo...

—Se retracta usted —gritó Natasha, fuera de sí—. ¡Se alegra de lo ocurrido! Pues sepa que yo misma, hace ya dos días, aquí sola, decidí exonerar a Aliosha de su promesa, y ahora lo ratifico delante de todos. ¡Renuncio al matrimonio!

—Seguramente, lo que usted pretende es reavivar en él sus viejas inquietudes, el sentido del deber, toda esa angustia por sus obligaciones (como usted misma decía hace un rato), para volver a atarle a usted. Eso es lo que se desprende de su propia teoría, por eso me permito decirlo. Pero ya basta, el tiempo lo decidirá. Esperaré a un momento más tranquilo para aclararlo todo con usted. Confío en que no rompamos definitivamente nuestras relaciones. Y confío también en que aprenda a valorarme mejor. Hoy mismo quería haberle expuesto mis planes con respecto a sus padres, y usted habría podido ver que... pero ¡basta! Iván Petróvich —añadió, dirigiéndose a mí—, ahora más que nunca me agradecería conocerle mejor, algo que deseaba hace ya tiempo. Espero que me entienda. Dentro de unos días iré a visitarle, si usted me lo permite.

Incliné la cabeza. Tuve la sensación de que en lo sucesivo me resultaría imposible rehuir su trato. Me estrechó la mano, se inclinó en silencio ante Natasha y salió con aire de dignidad ultrajada.

## IV

Estuvimos unos minutos sin pronunciar una palabra. Natasha estaba pensativa, triste y abatida. Toda su energía la había abandonado de pronto. Miraba al frente sin ver nada, como ausente, sosteniendo la mano de Aliosha en la suya. Éste lloraba en silencio sus penas y, de cuando en cuando, la miraba con temerosa curiosidad.

Por fin, empezó tímidamente a consolarla, suplicándole que no se enfadase y echándose a sí mismo la culpa; era evidente que quería disculpar a su padre a toda costa y que le pesaba en el alma lo ocurrido. En varias ocasiones trató de abordar el asunto, pero no se atrevió a explicarse con claridad por temor a despertar nuevamente la ira de Natasha. Le juró que la amaba con amor eterno e inmutable, mientras trataba de justificar vehementemente sus vínculos con Katia; no hacía más que repetir que sólo la quería como a una hermana, una hermana buena y adorada a la que no podía abandonar de ningún modo, pues habría resultado brutal y cruel por su parte. No hacía más que repetir que, si se conocieran, Natasha y Katia se harían amigas de inmediato, se volverían inseparables y se acabarían los malentendidos. Esa idea le gustaba especialmente. El pobrecillo era totalmente sincero. No entendía los celos de Natasha, y tampoco había entendido del todo lo que acababa de decirle a su padre. Lo único que entendía era que se habían peleado, y eso era lo que más le pesaba.

—¿Me reprochas lo ocurrido con tu padre? —le preguntó Natasha.

—¿Cómo voy a reprocharte nada —replicó con amargura—, siendo yo el causante y el culpable de todo? He sido yo el que te ha puesto furiosa, hasta que tú, llevada por la ira, le has acusado a él por disculparme a mí; tú siempre me disculpas, y yo no me lo merezco. Tenías que encontrar un culpable, y decidiste que fuera él. Pero ¡te aseguro que mi padre no tiene la culpa de nada! —gritó Aliosha, animándose—. ¡Cómo iba a venir aquí con esa idea en la cabeza! ¡Cómo iba a esperarse esa reacción! —Viendo la mirada de disgusto de Natasha y su gesto de reproche, inmediatamente se asustó—. Perdóname, no se va a repetir, no se va a repetir —dijo—. ¡Yo soy el causante de todo!

—Sí, Aliosha —comentó Natasha pesarosa—. Tu padre se ha interpuesto entre nosotros y ha acabado para siempre con nuestra tranquilidad. Tú siempre habías tenido más fe en mí que en nadie; pero ahora ha sembrado el recelo y la desconfianza en tu alma, y empiezas a acusarme; él se me ha llevado la mitad de tu corazón. Se ha cruzado un gato negro en nuestro camino.

—No digas esas cosas, Natasha. ¿A qué viene eso del gato negro? —dijo, molesto con aquella expresión.

—Te ha cautivado con su falsa bondad, con su fingida generosidad —continuó Natasha—, y ahora cada vez te irá poniendo más y más en mi contra.

—¡Te juro que no! —gritó Aliosha, con más vehemencia aún—. Estaba muy alterado cuando repetía que nos habíamos precipitado; ya verás cómo mañana mismo o en un par de días recapacita; en todo caso, si, efectivamente, se hubiera enfadado

hasta el extremo de oponerse a nuestro matrimonio, te juro que no le pienso obedecer. Creo que no me faltará valor para eso... Y ¿sabes quién va a ayudarnos? —gritó de pronto, entusiasmado con su idea—. ¡Katia va a ayudarnos! ¡Ya verás, ya verás qué criatura tan maravillosa! ¡Y podrás comprobar si lo que busca es ser rival tuya y separarnos! ¡Qué injusta has sido cuando decías que yo soy de esos hombres que pueden dejar de querer al día siguiente de la boda! ¡Cómo me ha dolido oírlo! No, yo no soy de éstos, y si he ido a menudo a ver a Katia...

—Ya está bien, Aliosha; puedes ir a verla siempre que quieras. No me refería a eso. No me has entendido bien. Sé feliz con quien quieras. Yo no puedo exigirle a tu corazón más de lo que puede darme...

Entró Mavra.

—Bueno, ¿sirvo ya el té o no? El samovar lleva dos horas hirviendo, se dice pronto; ya son las once.

Lo preguntó en un tono de rudeza y enfado; se notaba que estaba de muy mal humor y molesta con Natasha. Y es que llevaba unos días, desde el martes, entusiasmada con la idea de que su señorita (a la que adoraba) fuera a casarse, y ya había tenido tiempo de contarlo por toda la casa, en el vecindario, en la tienda, al portero. Decía muy ufana, con gran solemnidad, que el príncipe, que era un hombre importante, un general enormemente rico, había venido en persona a solicitar el consentimiento de su señorita, y que ella, Mavra, lo había escuchado con sus propios oídos. De pronto, todo eso había quedado en agua de borrajas. El príncipe se había marchado indignado, no se había servido el té y la culpa de todo, naturalmente, era de la señorita. Mavra la había oído dirigirse al príncipe sin el menor respeto.

—Bueno... sirve el té —respondió Natasha.

—¿Saco también los aperitivos?

—Bueno, sácalos también —dijo Natasha, confusa.

—¡Tanto preparar, tanto preparar para qué! —siguió diciendo Mavra—. No he parado desde ayer. He tenido que ir corriendo a la avenida Nevski, a traer vino, y ahora... —Y salió dando un portazo, enfadada.

Natasha se puso colorada y me miró de un modo algo extraño. El té, entre tanto, se sirvió, acompañado de los aperitivos; había algo de caza y de pescado, y dos botellas de un vino excelente, traído de Yeliséiev. «¿Para qué habrán preparado todo esto?», pensé.

—Ya ves, Vania, cómo soy —dijo Natasha, acercándose a la mesa; hasta mi presencia la hacía turbarse—. Tenía el presentimiento de que todo esto iba a terminar como ha terminado y, al mismo tiempo, albergaba la vaga esperanza de que no fuera así. Pensaba que vendría Aliosha, que procuraría que hiciéramos las paces, y acabaríamos por reconciliarnos; confiaba en que todas mis sospechas resultaran finalmente infundadas, en que me hicieran cambiar de parecer... en fin, que, por si acaso, preparé algo de comer. Pensé que la conversación se alargaría, que nos íbamos a entretener...

¡Pobre Natasha! Cómo se ruborizó al decir aquello. Aliosha estaba entusiasmado.

—¡Lo ves, Natasha! —exclamó—. Ni tú misma te lo creías; hace apenas dos horas no dabas crédito a tus sospechas. Nada, esto hay que arreglarlo; toda la culpa es mía, yo soy el causante de todo y lo voy a arreglar. ¡Natasha, permíteme que vaya ahora mismo a casa de mi padre! Tengo que verle; se siente ultrajado, ofendido, necesita consuelo; puedo explicárselo todo, hablando en mi nombre, únicamente en mi nombre; tú no te vas a ver involucrada. Y voy a arreglarlo todo... No te enfades conmigo porque esté deseando ir a verle, aunque tenga que dejarte a ti. No es eso, es que me da lástima de él; ya verás cómo acaba pidiéndote disculpas... Mañana, en cuanto amanezca, estaré aquí de vuelta y me pasaré todo el día contigo; no pienso ir a casa de Katia...

Natasha no le retuvo, incluso ella misma le aconsejó que fuera. Tenía un miedo espantoso a que Aliosha se sintiera obligado a pasarse los días a su lado y terminara aburriéndose de ella. Únicamente le pidió que no le dijera nada en su nombre, y trató de ponerle la más alegre de sus sonrisas al despedirse de él. Ya estaba a punto de marcharse cuando Aliosha, de pronto, se acercó a ella, le tomó ambas manos y se sentó a su lado. La miraba con una ternura indescriptible.

—Natasha, amor mío, ángel mío, no te enfades conmigo, no quiero que riñamos jamás. Prométeme que vas a confiar siempre en mí, y yo haré lo mismo contigo. Escucha, ángel mío, voy a contarte una cosa: una vez habíamos discutido, no recuerdo por qué; yo tenía la culpa. No nos hablábamos. Yo no quería ser el primero en pedir perdón, pero estaba muy triste. Deambulaba por toda la ciudad, yendo de acá para allá, iba a ver a los amigos, pero sentía una terrible angustia en mi corazón... Y entonces se me ocurrió pensar en lo que podía pasar si, por ejemplo, te ponías enferma y morías. Al imaginarlo, me sentí desesperado, como si de verdad te hubiera perdido para siempre. Mis pensamientos eran cada vez más negros, más espantosos. Y así, poco a poco, llegué a imaginarme que me acercaba hasta tu tumba, que caía desmayado sobre ella, que la abrazaba, muerto de pena. Me veía a mí mismo besando esa tumba, llamándote para que salieses de ella, aunque sólo fuera por un momento, y rogándole a Dios que hiciera el milagro de resucitarte, por un instante al menos, para mí; me arrojaba en tus brazos, te estrechaba con fuerza, te besaba, y sentía que habría muerto de dicha si hubiese podido volver a abrazarte, aunque sólo fuera un instante. Y entonces caí en la cuenta de que habría tenido que implorar a Dios que me concediera unos segundos contigo, mientras que en los seis meses que llevábamos juntos habíamos discutido no sé cuántas veces, ¡y habíamos estado muchos días sin hablarnos! Días enteros enfadados, sin hacer caso de nuestra dicha, y allí estaba yo, llamándote para que abandonaras un minuto la tumba, ¡dispuesto a pagar ese minuto con la vida! Al pensar en todo eso, no pude contenerme y corrí de inmediato a buscarte; vine hasta aquí, y tú ya estabas esperándome; nos reconciliamos con un abrazo, y recuerdo que te estreché con tanta fuerza como si temiera perderte. ¡Natasha! ¡No quiero que discutamos nunca! ¡Se me hace siempre tan duro! ¡Por

Dios, cómo puedes pensar siquiera que soy capaz de dejarte!

Natasha lloraba. Se abrazaron con fuerza y Aliosha volvió a jurarle que jamás la abandonaría. A continuación, corrió a ver a su padre. Estaba firmemente convencido de que podía arreglarlo todo, solucionarlo todo.

—¡Todo ha terminado! ¡Todo está perdido! —dijo Natasha, apretándome la mano convulsivamente—. Me quiere, y nunca dejará de quererme; pero también quiere a Katia, y pronto la querrá más que a mí. Y entonces el príncipe, que, como una víbora, siempre está al acecho...

—¡Natasha! Yo tampoco creo que el príncipe actúe con honradez, pero...

—¡Tú no te has creído todo lo que le he dicho! Lo he advertido en tu semblante. Pero espera y verás si tengo o no tengo razón. Hasta ahora sólo he hablado en términos muy generales, pero sabe Dios qué otras ideas le rondarán la cabeza. ¡Es un hombre terrible! Me he pasado estos cuatro días dando vueltas por la habitación y he caído en la cuenta de todo. Lo que él necesitaba era que Aliosha se sintiera libre de la angustia que no le dejaba vivir y de las obligaciones que le imponía su amor por mí. Se le ocurrió la idea de la boda para poder interponerse entre nosotros, para ejercer mejor su influencia y ganarse a Aliosha con su nobleza y generosidad. ¡Ésa es la verdad, Vania, ésa es la verdad! Aliosha tiene ese carácter, ni más ni menos. Se quedaría tranquilo con respecto a mí, ya no tendría motivos de inquietud. Pensaría: «Bueno, ésta ya es mi mujer, a ésta ya la tengo para siempre», y, sin darse ni cuenta, le prestaría más atención a Katia. El príncipe, evidentemente, ha analizado a Katia y se ha dado cuenta de que es una buena pareja para su hijo y puede atraerlo con más fuerza que yo. ¡Oh, Vania! Todas mis esperanzas se cifran ahora en ti: por la razón que sea, quiere conocerte mejor, tratarte más de cerca. Tú no te opongas y, por el amor de Dios, intenta ir lo antes posible a casa de la condesa. Procura tener trato con esa Katia, obsérvala bien y dime cómo es. Necesito que me des tu opinión. Nadie me conoce como tú, y tú comprenderás lo que necesito. Averigua, además, hasta dónde llega su amistad, qué hay entre ellos, de qué temas hablan; pero, sobre todo, fíjate bien en Katia... ¡Demuéstrame una vez más, queridísimo Vania, tu amistad! ¡En ti y sólo en ti están depositadas ahora mis esperanzas!

Pasaba la media noche cuando volvía a casa. Nellie me abrió con cara soñolienta. Me sonrió y me miró con alegría. La pobrecilla se sentía molesta por haberse quedado dormida. Siempre quería esperarme despierta. Me dijo que había venido alguien preguntando por mí, que había estado un rato esperando y me había dejado una nota sobre la mesa. La nota era de Maslobóiev. Me citaba en su casa al día siguiente, de doce a una. Me habría gustado hacerle algunas preguntas a Nellie, pero lo dejé para el día siguiente, e insistí firmemente en que se fuese a dormir; bastante cansada estaba ya la pobre de haber estado esperándome: no se había quedado dormida hasta media hora antes de que yo llegara.

## V

A la mañana siguiente, Nellie me contó algunas cosas bastante raras relacionadas con la visita de la víspera. Ya era bastante extraño de por sí que a Maslobóiev se le hubiera ocurrido ir a verme aquella noche: sabía de fijo que yo no me encontraba en casa; yo mismo se lo había advertido en nuestro último encuentro, me acordaba perfectamente. Nellie me dijo que al principio no quería abrir, porque tenía miedo: eran ya las ocho de la tarde. Pero él insistió a través de la puerta, asegurando que, si no me dejaba una nota en ese momento, al día siguiente, por no sé qué motivo, yo me vería en graves apuros. Cuando le dejó entrar, escribió en seguida la nota; después se acercó a ella y se sentó a su lado en el sofá.

—Yo me levanté y no quise darle conversación —me contaba Nellie—, le tenía mucho miedo; se puso a hablar de la señora Búbnova, dijo que está enfadada, pero que ya no se atreve a venir a buscarme, y luego empezó a alabarle a usted; aseguró que era muy amigo suyo y que le conocía desde la infancia. Entonces empecé a hablar con él. Sacó unos caramelos y me dijo que cogiera; yo no quería. Me aseguró que era buena persona, que sabía cantar y bailar; se levantó de un salto y se puso a bailar. Aquello me dio risa. Después dijo que iba a esperarle un ratito más. «Aguardaré a Vania, por si vuelve», dijo, y me rogó que no tuviera miedo de él y me sentara a su lado. Yo me senté, pero no quise hablar con él. Entonces me dijo que había conocido a mi madre y a mi abuelo y... me decidí a hablar. Se quedó un buen rato.

—¿Y de qué hablasteis?

—De mamá... de la Búbnova... del abuelo. Estuvo aquí dos horas.

Parecía como si Nellie no quisiera contarme de qué habían hablado. No le hice más preguntas, confiando en enterarme de todo por Maslobóiev. Me dio la sensación de que Maslobóiev había pasado por mi casa a propósito en mi ausencia para encontrar a Nellie sola. «¿Por qué lo habrá hecho?», pensé.

Me enseñó tres caramelos que le había dado. Eran unos pirulís que venían envueltos en unos papelitos verdes y rojos, malísimos; seguramente los había comprado en una frutería. Nellie se echó a reír al enseñármelos.

—¿Por qué no te los has comido? —pregunté.

—No los quiero —respondió, poniéndose seria y frunciendo el ceño—. Yo no se los cogí, los dejó él en el sofá...

Como aquel día me aguardaban muchas idas y venidas, me dispuse a despedirme de Nellie.

—¿Te aburres aquí sola? —le pregunté cuando ya iba a salir.

—Sí y no. Me aburro porque está usted mucho tiempo fuera.

Y me miró con mucho afecto al decirlo. Toda la mañana me estuvo observando con la misma tierna mirada y parecía muy alegre y cariñosa; al mismo tiempo, se la notaba algo reservada, incluso tímida, como si temiera contrariarme en algo y perder

mi amistad... Como si temiera... hablar de más, como si le diera vergüenza.

—¿Y qué haces para no aburrirte? Como me has respondido: «Sí y no»... — pregunté, sin poder evitar una sonrisa; le había cogido ya tanto cariño, tanta simpatía.

—Eso es cosa mía —replicó sonriente, un tanto avergonzada una vez más. Estábamos hablando en el umbral, con la puerta abierta. Nellie estaba de pie delante de mí, con la vista gacha; tenía una mano apoyada en mi hombro y con la otra pellizcaba la manga de mi levita.

—¿De qué se trata? ¿Es un secreto? —pregunté.

—No... nada... es que... he empezado a leer su libro cuando usted no está —dijo a media voz y, levantando hacia mí su tierna y penetrante mirada, se puso toda colorada.

—¿Ah, sí? ¿Y te gusta? —Yo estaba turbado, como cualquier autor al que elogian a la cara, pero sólo Dios sabe lo que hubiera dado por besarla en ese instante. Sin embargo, no era lo más oportuno. Nellie guardaba silencio.

—¿Por qué, por qué muere? —me preguntó con profunda tristeza y, tras dirigirme una fugaz mirada, bajó de nuevo los ojos.

—¿Quién?

—Pues aquel joven tuberculoso... el del libro<sup>[46]</sup>.

—¿Qué querías que le hiciera? Era necesario, Nellie.

—No lo era en absoluto —replicó casi en un susurro y, súbitamente, de manera abrupta, casi con enojo, se puso de morros y clavó la vista en el suelo, con mayor obstinación aún.

Transcurrieron unos instantes.

—Y ella... bueno, ellos... la muchacha y el viejecito<sup>[47]</sup> —susurró, pellizcándome la manga con más fuerza aún—, ¿acaban viviendo juntos y dejan de ser pobres?

—No, Nellie; ella se marcha lejos, se casa con un terrateniente y él se queda solo —respondí con sumo pesar, lamentando realmente no poder decirle nada más consolador.

—¡Ah! Vaya... ¡Menuda historia! ¡Cómo es usted!... ¡Pues entonces ya no quiero seguir leyéndolo!

Y soltó mi mano, enfadada, se apartó de mí bruscamente, se fue hacia la mesa y se puso de cara al rincón, con los ojos fijos en el suelo. Estaba toda colorada y su respiración era irregular, como si sintiera una profunda aflicción.

—Basta, Nellie, ¡ya te has enfadado! —le dije, acercándome a ella—. Pero si todo lo que he escrito es mentira, es pura invención. ¿Por qué te enfadas? ¡Qué sensible eres!

—No me enfado —replicó tímidamente, alzando hacia mí una mirada llena de luz y de afecto; luego, de pronto, cogió mi mano, apretó su rostro contra mi pecho y rompió a llorar.

Pero en ese mismo instante también se echó a reír, y lloraba y reía, todo al mismo

tiempo. A mí también me dieron ganas de reír, y me sentía un poco... enternecido. Sin embargo, la muchacha por nada del mundo quería levantar la cabeza y, cuando intenté separar su carita de mi hombro, se apretó con más fuerza aún, y se reía cada vez con más ganas.

Por fin concluyó aquella escena sentimental. Nos despedimos; yo llevaba prisa. Nellie, toda ruborizada, como si estuviera aún avergonzada, con los ojos resplandecientes como estrellas, se asomó a la escalera detrás de mí y me pidió que regresara pronto. Le prometí que sin falta volvería para comer y, si me era posible, antes.

Me dirigí primero a casa de los Ijménev. Los dos se encontraban enfermos. Anna Andréievna era la que estaba peor; Nikolái Sergueich se hallaba en su despacho. Me había oído llegar, pero yo sabía que, según su costumbre, no saldría de allí antes de un cuarto de hora, para dejarnos hablar. No quería causar un gran pesar a Anna Andréievna, y por eso suavicé en la medida de lo posible mi relato sobre lo ocurrido la noche anterior, pero le dije la verdad; para gran sorpresa mía, la anciana, aunque se apenó, no pareció asombrarse demasiado de la noticia de la posible ruptura.

—Bueno, *bátiushka*, eso es lo que yo me figuraba —dijo—. Cuando usted se fue, me quedé pensando un buen rato y llegué a la conclusión de que ese asunto no prosperaría. No lo hemos merecido a los ojos de Dios. Además ese hombre es un granuja, ¿se puede esperar de él algo bueno? Se dice pronto: nos quita diez mil rublos en balde, porque él sabe que lo hace en balde, y, sin embargo, nos los quita. Nos quita hasta el último pedazo de pan; tendremos que vender Ijménevka. Pero Natáshechka, que es una muchacha cabal y sensata, ha hecho bien en no creerle. Y ¿sabe otra cosa, *bátiushka*? —siguió en voz baja—. ¡Mi marido, mi propio marido se opone rotundamente a que se celebre ese matrimonio! Se le escapó: «¡No, no quiero!», decía. Al principio, creí que se trataba de un desvarío; pero no, lo dice en serio. ¿Y qué va a ser de ella, de mi palomita? Porque, entonces, su padre la va a maldecir para siempre. Bueno, y el otro, Aliosha, ¿qué dice?

Y siguió haciéndome preguntas durante un buen rato y, como de costumbre, suspiraba y se lamentaba a cada respuesta mía. En general, venía observando que en los últimos tiempos parecía completamente trastornada. Cualquier noticia la conmovía. El pesar por Natasha estaba acabando con su corazón y su salud.

Entró el viejo en bata y pantuflas; se quejaba de fiebre, pero estuvo muy cariñoso con su mujer y en todo el tiempo que estuve con ellos cuidó de ella como una enfermera; la miraba a los ojos e incluso se sentía intimidado ante ella. Cuánta ternura había en sus miradas. Estaba asustado por su enfermedad; sabía que, si la perdía, lo perdería todo en la vida.

Estuve con ellos cerca de una hora. Al despedirnos, me acompañó hasta el recibidor y se puso a hablar de Nellie. Tenía el firme propósito de acogerla en su casa para que ocupara el lugar de su hija. Me pidió consejo sobre cómo convencer a Anna Andréievna. Con especial curiosidad, me preguntó sobre Nellie; quería saber si había

averiguado algo nuevo sobre ella. Se lo conté a toda prisa. Mi relato le impresionó.

—Ya volveremos a hablar de eso —dijo resueltamente—. Pero mientras tanto... Por lo demás, yo mismo iré a verte en cuanto me restablezca un poco. Y entonces decidiremos.

A las doce en punto llegué a casa de Maslobóiev. Para sorpresa mía, la primera persona con la que me topé al entrar fue el príncipe. Estaba en el recibidor poniéndose el abrigo; Maslobóiev le ayudó servicial y luego le entregó su bastón. Aunque ya me había mencionado que conocía al príncipe, aquel encuentro me sorprendió extraordinariamente.

El príncipe pareció turbarse al verme.

—¡Ah, es usted! —exclamó con exagerada vehemencia—. ¡Qué encuentro tan inesperado! Por cierto, acabo de enterarme por el señor Maslobóiev de que se conocen ustedes. Cuánto me alegro de saludarle, cuánto me alegro; precisamente estaba deseando verle y espero pasarme a hacerle una visita lo antes posible, si usted me lo permite. He de pedirle un favor: ayúdame a resolver nuestra situación actual. Como supondrá, me refiero a lo sucedido ayer... Es usted un buen amigo de la casa, está al tanto de la marcha que ha seguido el asunto, tiene influencia... Siento enormemente no poder hablar ahora mismo con usted... ¡Los negocios! Pero dentro de unos días, tal vez antes, tendré el placer de visitarle. Ahora...

Me estrechó la mano, también con exagerada fuerza, cambió una mirada con Maslobóiev y salió.

—Dime, por el amor de Dios... —le dije al entrar en la habitación.

—No voy a decirte nada de nada —me atajó, cogiendo a toda prisa la gorra y dirigiéndose al recibidor—. ¡Los negocios! ¡No puedo entretenerme, hermano, llego tarde!

—Pero si fuiste tú quien me escribió para que viniera a las doce.

—¿Y eso qué más da? Ayer te escribí a ti, pero hoy me han escrito a mí. ¡Menudo quebradero de cabeza! ¡Así son las cosas! Me están esperando. Perdona, Vania. Lo único que puedo ofrecerte en compensación es que me des una tunda por haberte molestado inútilmente. Si quieres desquitarte, pégame, pero rápido, ¡por Dios! No me entretengas, que tengo asuntos que atender y me están esperando...

—Pero ¿para qué voy a pegarte? Si tienes asuntos que atender, corre, a cualquiera se le puede presentar un imprevisto. Tan sólo...

—No; ya te diré lo de ese *tan sólo* —me interrumpió, saliendo al recibidor y poniéndose el capote; lo mismo hice yo—. También tengo que tratar un asunto contigo, un asunto muy importante; por eso te había llamado; te concierne directamente a ti y a tus intereses. Pero, como es imposible contártelo ahora en un minuto, dame tu palabra, por el amor de Dios, de que vendrás hoy a las siete en punto, ni antes ni después. Estaré en casa.

—¿Hoy? —dije vacilante—. Pero si esta tarde, hermano, quería pasarme por...

—Pues ve ahora, querido, a donde querías ir por la tarde y esta tarde te vienes a

mi casa. Porque no puedes ni imaginar, Vania, las cosas que voy a contarte.

—Está bien, está bien, ¿de qué se trata? Confieso que has despertado mi curiosidad.

Entre tanto, habíamos salido del portal y nos encontrábamos ya en la acera.

—Entonces, ¿vendrás? —volvió a insistir.

—Ya te he dicho que sí.

—No, dame tu palabra de honor.

—¡Hay que ver cómo eres! Muy bien, te doy mi palabra de honor.

—Estupendo, te lo agradezco. ¿Hacia dónde vas?

—Hacia allá —respondí, señalando hacia la derecha.

—Pues yo hacía allá —dijo, indicando hacia la izquierda—. ¡Adiós, Vania! A las siete, no lo olvides.

«¡Qué extraño!», pensé, mientras le veía alejarse.

Por la noche quería visitar a Natasha, pero, como le había dado mi palabra a Maslobóiev, decidí ir a su casa en ese momento. Estaba convencido de que encontraría allí a Aliosha. Efectivamente, allí estaba él y se alegró muchísimo al verme entrar.

Estaba muy simpático, extraordinariamente cariñoso con Natasha, y mi llegada incluso le produjo gran alborozo. Natasha trataba de mostrarse alegre, pero resultaba evidente que era la suya una alegría forzada. Tenía una cara lastimosa y pálida; había dormido mal aquella noche. Con Aliosha estaba especialmente dulce.

Éste no paraba de hablar y de contar cosas, deseoso, al parecer, de alegrarla y de arrancar una sonrisa de sus labios, los cuales exhibían, involuntariamente, un gesto serio; era evidente, sin embargo, que evitaba hablar de Katia y de su padre. Sin duda, su intento de reconciliación del día anterior había fracasado.

—¿Sabes una cosa? Está deseando marcharse —me susurró Natasha apresuradamente, una vez que Aliosha salió un momento a decirle algo a Mavra—, pero no se atreve. Yo tampoco me atrevo a sugerirle que se vaya, porque en ese caso podría quedarse a la fuerza, y si hay algo que me da miedo es que se aburra y que, por esa razón, el amor que aún siente por mí acabe por enfriarse del todo. ¿Qué puedo hacer?

—¡Dios mío, cómo os complicáis la vida! ¡Qué suspicaces sois, cómo os vigiláis el uno al otro! Basta con que os deis las explicaciones pertinentes y asunto concluido. De lo contrario, es probable que esta situación acabe, en efecto, por aburrirle.

—Pero ¿qué hago? —exclamó asustada.

—Deja, ya me encargo yo... —Y fui a la cocina con el pretexto de pedirle a Mavra que limpiara uno de mis chanclos, que se había manchado de barro.

—¡Ten cuidado, Vania! —gritó Natasha a mis espaldas.

En cuanto entré a ver a Mavra, Aliosha vino hacia mí como si me estuviera esperando:

—Iván Petróvich, querido amigo, ¿qué cree usted que debo hacer? Aconséjeme:

ayer di mi palabra de que hoy iría, precisamente a esta hora, a casa de Katia. ¡No puedo faltar! Amo a Natasha con locura, estoy dispuesto a dar la vida por ella, pero comprenderá usted que abandonar todo aquello definitivamente es imposible...

—Muy bien, pues vaya usted...

—¿Y qué va a pasar con Natasha? Voy a darle un disgusto, Iván Petróvich; tiene usted que ayudarme de algún modo...

—A mi juicio, lo mejor es que se marche usted. Usted sabe de sobra cómo le quiere Natasha; si se queda, le dará la impresión de que se aburre usted con ella y de que está aquí contra su voluntad. Es preferible actuar con toda libertad. Vamos, yo le ayudaré.

—¡Mi querido Iván Petróvich! ¡Qué bueno es usted!

Entramos; unos instantes después le dije:

—Acabo de ver a su padre.

—¿Dónde? —gritó sobresaltado.

—En la calle, por casualidad. Se detuvo un momento a hablar conmigo y volvió a decirme que le gustaría conocerme mejor. Me preguntó si sabía dónde estaba usted en estos momentos. Por cierto, quería verle para decirle alguna cosa.

—¡Ay, Aliosha, anda, vete a verle! —intervino Natasha, que había comprendido mi maniobra.

—Pero... ¿dónde podría encontrarle ahora? ¿Estará en casa?

—No, recuerdo que me dijo que iba a ver a la condesa.

—Bueno, entonces... —dijo Aliosha ingenuamente, mirando con pesar a Natasha.

—¡Ay, Aliosha! Entonces, ¿qué? —dijo—. ¿No querrás renunciar a esa amistad sólo por tenerme tranquila? Eso sería infantil. En primer lugar, no cabe esa posibilidad; y, en segundo lugar, quedarías como un ingrato con Katia. Sois amigos; no se pueden romper unas relaciones tan bruscamente. Además, me ofendes si me crees tan celosa. ¡Vete, vete en seguida, te lo ruego! Así también se quedará más tranquilo tu padre.

—Natasha, eres un ángel, ¡no te llevo a la suela del zapato! —exclamó Aliosha, tan entusiasmado como arrepentido—. Eres tan buena, y yo, en cambio... yo... ¡Bueno, prefiero que sepas la verdad! Hace un momento, en la cocina, le he pedido a Iván Petróvich que me ayudara a marcharme de aquí. Y él se ha inventado esta historia. Pero ¡no me juzgues mal, Natasha, ángel mío! Yo no soy culpable, porque te amo mil veces más que a nada en el mundo, y por eso se me ha ocurrido una nueva idea: contárselo todo a Katia y explicarle sin demora cuál es la situación actual y todo lo que pasó ayer. Ya pensará ella algo que pueda salvarnos, está entregada a nosotros de todo corazón...

—Está bien, vete —respondió Natasha, sonriendo—. Sólo una cosa más, amor mío: me encantaría conocer en persona a Katia. ¿Cómo podríamos arreglar eso?

El éxtasis de Aliosha no tenía límites. En seguida se puso a cavilar cómo podrían

conocerse. Según él, era muy fácil: Katia ya pensaría cómo. Aliosha seguía dándole vueltas a la idea con entusiasmo, con pasión. Prometió traer la respuesta ese mismo día, al cabo de dos horas, y pasar la velada con Natasha.

—¿Seguro que vas a venir? —preguntó Natasha, al despedirle.

—¿Acaso lo dudas? ¡Adiós, Natasha, adiós, amada mía... mi eterno amor! ¡Adiós, Vania! Ay, Dios mío, sin querer le he llamado a usted Vania. Oiga, Iván Petróvich, le tengo a usted mucho aprecio: ¿por qué no nos tratamos de *tú*? Vamos a tutearnos.

—De acuerdo, tuteémonos.

—¡Gracias a Dios! Se me ha pasado cientos de veces la cabeza, pero nunca me he atrevido a proponérselo. Fíjese, ya vuelvo a tratarle de *usted*. Cuesta mucho acostumbrarse al tuteo. Creo que Tolstói, en alguna parte<sup>[48]</sup>, lo expresa muy bien: dos personas acuerdan tutearse, pero son incapaces de hacerlo, así que evitan continuamente las frases en que haya pronombres. ¡Ay, Natasha! Tenemos que volver a leer alguna vez *Infancia y adolescencia*, es una obra tan hermosa...

—Anda, márchate ya —dijo Natasha, riéndose—. La alegría le ha soltado la lengua...

—¡Adiós! ¡Hasta dentro de dos horas!

Le besó la mano y salió a toda prisa.

—¿Lo ves, Vania, lo ves? —dijo Natasha, y se deshizo en lágrimas.

Me quedé con ella cerca de dos horas, la estuve consolando y logré convencerla. Naturalmente, ella tenía razón en todo y todos sus recelos estaban justificados. Se me encogía el corazón pensando en su situación; temía por ella, pero ¿qué podía hacer?

Aliosha también me resultaba extraño: la quería tanto como antes, puede que incluso con más fuerza y pasión, por arrepentimiento y gratitud. Pero, al mismo tiempo, el nuevo amor estaba calando profundamente en su corazón. Era imposible prever cómo acabaría todo. Yo mismo sentía una gran curiosidad por ver a Katia. Volví a prometerle a Natasha que haría todo lo posible por conocerla.

Al final de mi visita, pareció alegrarse un poco. Entre otras cosas, le conté todo lo relativo a Nellie, Maslobóiev y Búbnova, y le hablé de mi encuentro, ese mismo día, con el príncipe en casa de Maslobóiev y la cita que tenía concertada para las siete. Todo le interesó muchísimo. De sus padres apenas hablamos, y preferí no decirle nada por el momento de la visita de su padre: su idea de retar al príncipe podía alarmarla. También a Natasha le pareció muy extraña la relación del príncipe con Maslobóiev y su enorme deseo de trabar amistad conmigo, aunque las nuevas circunstancias parecían explicar todo eso en buena medida...

Hacia las tres regresé a casa. Nellie me recibió con su carita radiante...

## VI

A las siete en punto de la tarde me presenté en casa de Maslobóiev. Me recibió con los brazos abiertos, profiriendo grandes exclamaciones. Ni que decir tiene que estaba medio borracho. Pero lo que más me asombró fueron los extraordinarios preparativos que habían realizado para mi visita. Era evidente que me estaban esperando. Un hermoso samovar de *tombac*<sup>[49]</sup> hervía sobre una mesita redonda cubierta con un bello ypreciado mantel. El servicio de té resplandecía con su cristal, plata y porcelana. En otra mesa, cubierta por un mantel de distinto tipo, aunque no menos valioso, había platos con magníficos bombones, mermeladas y frutas escarchadas de Kiev, pasta de fruta, jalea, confituras francesas, naranjas, manzanas y tres o cuatro tipos de frutos secos... En una palabra: una frutería entera. En una tercera mesa, cubierta con un mantel blanco como la nieve, había aperitivos variados: caviar, queso, paté, embutidos, jamón, pescado y una hilera de excelentes botellas de cristal con vodka de numerosas clases y vistosos colores: verde, rubí, marrón, dorado. Finalmente, en una pequeña mesita, dispuesta a un lado, cubierta también por un mantel blanco, había dos cubetas en las que se refrescaba el champán. En la mesa que se hallaba frente al diván destacaban tres botellas, de Sauternes, Lafitte y coñac, carísimos ejemplares procedentes de la bodega de Yeliséiev. A la mesita de té estaba sentada Aleksandra Semiónovna, arreglada y vestida de forma sencilla, aunque evidentemente refinada, estudiada y apropiada. Era consciente de lo bien que le sentaba su indumentaria y no podía disimular su orgullo; al recibirme, se levantó con cierta solemnidad. El gozo y la alegría resplandecían en su lozano rostro. Maslobóiev llevaba unas bellas pantuflas chinas, un batín caro, que dejaba ver una elegante y fresca ropa blanca. Su camisa lucía, en todos los sitios donde había algo que abrochar, modernos botones y gemelos. Iba peinado a la moda, con el cabello untado de pomada y raya a un lado.

Estaba tan perplejo que me quedé parado en medio de la habitación, mirando boquiabierto, ya a Maslobóiev, ya a Aleksandra Semiónovna, cuya satisfacción rayaba en el éxtasis.

—¿Qué significa todo esto, Maslobóiev? ¿Es que celebras hoy una fiesta de gala?  
—exclamé al fin, intranquilo.

—No, sólo te esperamos a ti —respondió solemnemente.

—¿Y todo esto? —dije, señalando los aperitivos—. Ahí hay para dar de comer a todo un regimiento.

—Y de beber también; olvidas lo fundamental: ¡para darle de beber! —añadió Maslobóiev.

—¿Y todo esto es para mí solo?

—Y para Aleksandra Semiónovna. Ha sido ella la que ha deseado prepararlo así.

—¡Ya ha tenido que salir eso! ¡Ya me lo sabía yo! —exclamó Aleksandra

Semiónovna, ruborizándose, pero sin perder en absoluto su aire satisfecho—. ¡No puede recibir una como es debido a un invitado, porque en seguida se lo reprochan!

—Desde por la mañana, figúrate, desde por la mañana, en cuanto se ha enterado de que venías esta noche, lleva trajinando; no ha parado...

—No es cierto: no ha sido desde esta mañana, sino desde ayer por la noche. Anoche, nada más regresar, me dijiste que vendrían unos invitados a pasar hoy la velada...

—Eso es que oiría usted mal.

—De eso nada, lo oí perfectamente. Jamás miento. ¿Por qué no íbamos a recibir invitados? Vivimos sin darnos cuenta de cómo pasa el tiempo y nadie viene a vernos, y, sin embargo, tenemos de todo. Que se entere la gente de que nosotros también sabemos vivir.

—Y que se enteren, sobre todo, de que es usted una magnífica anfitriona y administradora —añadió Maslobóiev—. Figúrate, amigo mío, que hasta yo he caído. Me ha hecho ponerme una camisa de holanda, gemelos, pantuflas, un batín chino, y ella misma me ha peinado y me ha dado pomada en el pelo: bergamota; quería perfumarme con *crème brûlée*, pero por ahí ya no he pasado y me he rebelado, haciendo valer mi autoridad como marido...

—Eso no es bergamota, sino la mejor pomada francesa, una que venden en tarritos de porcelana pintada —intervino Aleksandra Semiónovna, sonrojándose—. Juzgue usted mismo, Iván Petróvich: no me lleva nunca ni al teatro ni a un baile, sólo me regala vestidos; ¿y qué voy a hacer con tanto vestido? Tendré que ponérmelos y dedicarme a dar vueltas yo sola por la habitación. El otro día, después de mucho suplicarle, nos disponíamos a ir al teatro; en cuanto me di media vuelta para ponerme un broche, se acercó al armarito, y se bebió una copa tras otra, hasta emborracharse. Así que tuvimos que quedarnos. No viene nadie a visitarnos, absolutamente nadie; sólo por las mañanas aparecen algunas personas por cuestión de negocios, y a mí me hacen salir. Y, sin embargo, tenemos samovar, juego de té, buenas tazas... tenemos de todo y todo es regalado. Nos traen también comestibles, prácticamente lo único que compramos es el vino y alguna pomada, o los aperitivos que usted ve: el paté, el jamón y los bombones los hemos comprado para usted... ¡Si al menos alguien viera cómo vivimos! Me he pasado todo el año pensando en que llegaría el día en que tendríamos un invitado, un auténtico invitado, y podríamos mostrarle todo esto y agasjarle; así recibiríamos halagos de la gente, cosa que resultaría muy agradable. Para qué le habré puesto pomada a este bobo si no vale la pena; si por él fuera, iría siempre sucio. Mire el batín que me lleva; es un regalo, pero ¿usted cree que se merece un batín como ése? Él, con empinar el codo, ya tiene suficiente. Ya verá cómo le ofrece vodka antes que té.

—¿Y qué? Pues es verdad: bebamos, Vania, de la dorada y de la plateada, y luego, con nuevos bríos, acometeremos las demás bebidas.

—¡Vaya si lo sabía yo!

—No se preocupe, Sáshenka<sup>[50]</sup>, también tomaremos té, con coñac, a su salud.

—¡Ya estamos! —exclamó Aleksandra Semiónovna, levantando las manos—. Un té digno de un jan, a seis rublos, que anteayer nos regaló un comerciante, y él pretende tomarlo con coñac. No le haga caso, Iván Petróvich, ahora mismo le sirvo... ¡Ya verá usted qué té!

Y se puso a trajinar con el samovar.

Era evidente que contaban con retenerme allí toda la velada. Aleksandra Semiónovna llevaba un año entero esperando un invitado y ahora se disponía a despacharse a gusto conmigo. Pero aquello no entraba en mis cálculos.

—Escucha, Maslobóiev —dije, tomando asiento—; yo no he venido de visita, sino para tratar unos asuntos; tú mismo me habías llamado para comunicarme algo...

—Bueno, lo primero es lo primero; ya habrá tiempo luego para una charla amistosa.

—No, amigo mío, no te hagas ilusiones. A las ocho y media me despido. A esa hora tengo un compromiso...

—No te creo capaz de hacernos semejante desaire, a mí... y sobre todo a Aleksandra Semiónovna. Mírala: la has dejado de piedra. ¿Para qué me ha puesto pomada entonces? ¡Si me ha echado bergamota, figúrate!

—Tú todo te lo tomas a broma, Maslobóiev. Yo le juro, Aleksandra Semiónovna, que la semana que viene, el viernes, por ejemplo, vendré a comer con ustedes; pero ahora, hermano, he prometido... o, mejor dicho, necesito ir a un sitio. Lo mejor será que me expliques qué es eso que querías comunicarme.

—Pero ¿cómo es posible que se quede usted sólo hasta las ocho y media? —exclamó Aleksandra Semiónovna con voz vacilante y lastimera, casi llorando, mientras me servía una taza del excelente té.

—No se apure, Sáshenka; todo eso son bobadas —intervino Maslobóiev—. Se quedará; no lo decía en serio. Por cierto, será mejor que me cuentes, Vania, adónde vas continuamente. ¿Se puede saber qué clase de asuntos te traes entre manos? Porque todos los días andas corriendo de acá para allá, y no trabajas...

—¿Para qué quieres saberlo? Si acaso te lo cuento luego. Mejor explícame tú: ¿por qué fuiste ayer a verme cuando yo mismo te había dicho que no estaría en casa? ¿Recuerdas?

—Más tarde me acordé, pero en ese momento se me había olvidado. Es cierto que quería hablar contigo de un asunto, pero, ante todo, pretendía contentar a Aleksandra Semiónovna, que me había dicho: «Ahí tienes a uno que resulta ser tu amigo; ¿por qué no le invitas?». Y lleva ya cuatro días, hermano, atosigándome por tu culpa. Claro que, por haberme puesto la bergamota, me perdonarán en el otro mundo cuarenta pecados. Total, que me dije: ¿por qué no pasar una velada agradable con un amigo? Y recurrí a la estratagema de escribirte una nota diciendo que había un asunto de tal gravedad que, si no venías, se hundirían todas nuestras naves.

Yo le rogué que en lo sucesivo no hiciera esas cosas, sino que me hablara con

toda franqueza. El caso es que aquella explicación no acababa de convencerme.

—Muy bien, pero esta mañana ¿por qué huiste de mí? —pregunté.

—Esta mañana es verdad que tenía que atender un asunto; no llego a tal grado mintiendo.

—¿Tal vez con el príncipe?

—¿Le gusta nuestro té? —me preguntó Aleksandra Semiónovna con voz melosa.

Llevaba cinco minutos esperando que elogiase su té y no me había dado cuenta.

—¡Excelente, Aleksandra Semiónovna, magnífico! Jamás había probado un té así.

Aleksandra Semiónovna se puso colorada de satisfacción y se apresuró a servirme más.

—¡El príncipe! —exclamó Maslobóiev—. Ese príncipe, hermano, es un auténtico granuja, un sinvergüenza... ¡Menudo es! Te voy a decir una cosa, escucha: aunque yo también soy un bribón, aunque no fuera más que por pudor, no me gustaría estar en su pellejo. Pero ya basta, sobre esto ¡ni palabra! Es lo único que puedo decirte de él.

—Pues precisamente he venido, entre otras cosas, para preguntarte por él. Pero eso luego. Dime: ¿por qué ayer, en mi ausencia, le diste unos caramelos a Yelena y te pusiste a bailar delante de ella? ¿De qué pudisteis hablar durante hora y media?

—Yelena es una niña pequeña, tendrá once o doce años, que en estos momentos está viviendo en casa de Iván Petróvich —le explicó Maslobóiev a Aleksandra Semiónovna—. Mira, Vania, mira —añadió, señalándola con el dedo—, se ha puesto toda colorada al escuchar que le he llevado caramelos a una muchacha desconocida; se ha sonrojado y se ha puesto a temblar, como si de pronto hubiera oído un disparo... Fíjate: esos ojitos echan chispas como brasas ardientes. Pero ¡si no hay nada que ocultar, Aleksandra Semiónovna, nada! Estás celosa. Si no hubiera aclarado que se trata de una niña de once años, me habría agarrado del pelo. ¡No me habría salvado ni la bergamota!

—¡Tampoco ahora te va a salvar!

Dicho lo cual, Aleksandra Semiónovna saltó hacia nosotros desde la mesita de té y, antes de que Maslobóiev tuviera tiempo de protegerse la cabeza, le agarró un mechón de pelo y le dio unos cuantos tirones.

—¡Toma, toma! ¿Cómo te atreves a decir delante de un invitado que yo soy celosa? ¿Cómo te atreves, eh? ¿Cómo te atreves?

Aleksandra Semiónovna llegó a sofocarse y, aunque fuera entre risas, a Maslobóiev le cayó una buena.

—¡Siempre está diciendo cosas para abochornarme! —añadió muy seria, dirigiéndose a mí.

—¡Ya ves, Vania, qué vida la mía! ¡Ésa es la razón por la que me hace tanta falta el vodka! —concluyó Maslobóiev, arreglándose el pelo y corriendo a toda prisa a buscar la botella. Pero Aleksandra Semiónovna se le adelantó: de un salto se plantó en la mesa, se lo sirvió ella misma, se lo ofreció y hasta le acarició cariñosa las

mejillas. Maslobóiev, orgulloso, me guiñó un ojo, chasqueó la lengua y apuró solemnemente su copa.

—Lo de los caramelos es más complicado de explicar —dijo, sentándose a mi lado en el diván—. Anteayer, estando bebido, los compré en una frutería, no sé ni para qué. A lo mejor lo hice para apoyar el comercio y la industria patrios, qué sé yo; lo único que recuerdo es que en ese momento iba borracho por la calle, me caí en el barro, y luego empecé a mesarme los cabellos y a lamentarme de que no valgo para nada. Naturalmente, me olvidé de los caramelos, que se quedaron en mi bolsillo hasta ayer, cuando me senté encima de ellos en tu sofá. En cuanto al baile, también se debió a mi estado de embriaguez: ayer estaba yo bastante bebido, y en esas condiciones me pongo contento y a veces me da por bailar. Eso es todo; tan sólo añadiré que esa huérfana me dio lástima; además, se negaba a hablar conmigo, como si estuviera enfadada. Así que, para alegrarla, me puse a bailar y le di los caramelos.

—¿Y no estarías intentando sobornarla para que te contara alguna cosa? Dime sinceramente: ¿fuiste a propósito a mi casa, sabiendo que yo no estaba, para hablar con ella a solas y sonsacarle algo? Sé que estuviste con ella cerca de hora y media, que le dijiste que habías conocido a su madre y que estuviste haciéndole preguntas.

Maslobóiev entornó los ojos y sonrió socarronamente.

—Bueno, no habría sido mala idea —dijo—. Pero no, Vania, no fue así. Desde luego, nunca está de más preguntar si se presenta la ocasión, pero no se trataba de eso. Escucha, viejo amigo, aunque ahora, como de costumbre, esté bastante borracho, has de saber que tu Filipp jamás te va a engañar con *mala intención*; con *mala intención*, nunca.

—Muy bien, ¿y sin mala intención?

—Pues... sin mala intención tampoco. Pero ¡al cuerno con todo esto! ¡Bebamos, y al grano! La cuestión es muy sencilla —prosiguió después de beber—. Esa Búbnova no tenía ningún derecho a retener a la niña; me he informado de todo. No había habido adopción ni nada parecido. La madre le debía dinero y ella se quedó con la niña. Búbnova, por muy pícara y malvada que sea, es tan tonta como todas las mujeres. La difunta tenía el pasaporte en regla; por tanto, todo es correcto. Yelena puede vivir en tu casa, aunque sería preferible que alguna familia respetable la adoptase definitivamente y la educara. Pero, por ahora, que se quede contigo. Eso no importa; ya me encargaré yo de resolverlo todo. Búbnova no se atreverá a mover un dedo. De la difunta madre de la chica apenas he podido averiguar nada concreto. Era la viuda de alguien, se apellidaba Salzmán.

—Eso me ha dicho Nellie.

—Bueno, pues asunto concluido. Ahora, Vania —dijo con cierta solemnidad—, tengo que pedirte algo, y te ruego que accedas. Cuéntame con todo lujo de detalles a qué te dedicas, adónde vas, dónde te pasas los días enteros. Aunque en parte ya estoy al corriente y conozco los pormenores, necesito más datos.

Tanta solemnidad me sorprendió y hasta llegó a inquietarme.

—¿Y eso? ¿Para qué necesitas saberlo? Lo preguntas tan serio...

—Mira, Vania, no le demos más vueltas: quiero hacerte un favor. Ya ves, amigo mío, que, si hubiera empleado contigo la astucia, habría sido capaz de tirarte de la lengua sin tanta ceremonia. Pero tú sospechas que me ando con tretas contigo: me he dado cuenta hace un instante, cuando has mencionado lo de los caramelos. Sin embargo, si hablo en tono tan grave, no lo hago por mí, sino por ti. Así que déjate de dudas y dime claramente la verdad, la pura verdad...

—Pero ¿qué favor es ése? Escucha, Maslobóiev, ¿por qué no quieres decirme nada del príncipe? Eso es lo que necesito. Me harías un gran favor.

—¡Decirte algo del príncipe! ¡Hum! Bueno, sea, te lo diré sin más rodeos: precisamente, de quien te estaba preguntado ahora mismo es del príncipe.

—¿Cómo?

—Pues mira: me he dado cuenta, amigo mío, de que se ha inmiscuido en cierto modo en tus asuntos; además, me ha hecho preguntas sobre ti. En cuanto a cómo se ha enterado de que somos amigos, eso no es asunto tuyo. Lo único importante es lo siguiente: ándate con cuidado con ese príncipe. Es un Judas traicionero, peor incluso. Por eso, al ver que se estaba entrometiendo en tus cosas, me eché a temblar por ti. Pero, por lo demás, yo no sé nada y por eso te pido que me cuentes, para poder juzgar... Ése ha sido el motivo por el que te pedí que vinieras hoy a verme. Ése era el asunto tan importante, te lo digo con franqueza.

—Dime algo por lo menos, aunque no sea más que el motivo por el que debo temer al príncipe.

—Muy bien, de acuerdo; yo a veces me dedico a ciertos asuntos, hermano. Como comprenderás, la gente tiene confianza en mí porque no soy un charlatán. ¿Cómo te iba a contar nada? Así pues, no te ofendas si hablo de una manera general, demasiado general, únicamente para mostrarte qué clase de canalla es. Pero empieza tú primero con lo tuyo.

Pensé que no había nada en mis asuntos que tuviera que ocultar a Maslobóiev. Lo de Natasha no era ningún secreto; además, me pareció que podía obtener alguna ventaja para ella gracias a Maslobóiev. Naturalmente, eludí, en la medida de lo posible, ciertos puntos en mi relato. Maslobóiev escuchaba con especial atención todo lo referente al príncipe; en muchos pasajes me interrumpía y volvía a preguntar, de modo que le proporcioné bastantes detalles. Mi relato duró media hora.

—¡Hum! ¡Tiene buena cabeza esa muchacha! —comentó Maslobóiev—. Aunque tal vez no haya acertado del todo con respecto al príncipe, ya es bastante que desde el primer momento comprendiera con quién se la estaba jugando y rompiera toda relación con él. ¡Bravo, Natalia Nikoláievna! ¡A su salud! —Y bebió—. No sólo hacía falta cerebro, también hacía falta corazón para no dejarse engañar. Y el corazón no la ha traicionado. Naturalmente, su caso está perdido: el príncipe se saldrá con la suya y Aliosha la dejará. El único que me da lástima es Ijménev, ¡tener que pagarle diez mil rublos a esa sabandija! Pero ¿quién le ha llevado el caso, quién se ha

encargado de las gestiones? ¡Seguramente él mismo! ¡Ay, toda esa gente tan fogosa y tan noble! ¡Esa gente no va a ninguna parte! Con el príncipe hay que actuar de otra manera. Yo le habría conseguido un abogado a Ijménev que... ¡ay! —Y, de la rabia, descargó un puñetazo en la mesa.

—Bueno, y ahora ¿qué me dices del príncipe?

—Tú dale con el príncipe. ¿Qué quieres que te cuente? Ya me pesa haberme ofrecido. Yo lo único que quería, Vania, era prevenirte contra ese granuja para, por así decir, protegerte de su influencia. Todo el que tiene algún trato con él corre peligro. Así que ponte en guardia; nada más. Y tú pensabas que yo iba a revelarte a saber qué misterios de París. ¡Cómo se nota que eres novelista! Bueno, ¿qué se puede decir de ese canalla?... porque es un auténtico canalla... Mira, voy a contarte, por ejemplo, uno de sus asuntillos, naturalmente sin especificar lugares, ciudades ni personas, quiero decir, sin la precisión de un calendario. Ya sabes que en su juventud, cuando tenía que vivir de su sueldo de funcionario, se casó con la hija de un rico comerciante. Bueno, pues con ella no se portó nada bien, y aunque éste no es el caso que nos ocupa, quiero dejar constancia, amigo Vania, de que al príncipe siempre le ha gustado buscarse la vida de ese modo. Aquí tienes otro ejemplo: una vez viajó al extranjero. Allí...

—Espera, Maslobóiev, ¿de qué viaje estás hablando? ¿En qué año fue?

—Hace exactamente noventa y nueve años y tres meses. Bueno, pues allí engatusó a la hija de cierto hombre y se la llevó a París. ¡Fíjate en lo que hizo! El padre era dueño de una fábrica, socio de una empresa o algo por el estilo. No lo sé muy bien. Ten en cuenta que lo que te estoy contando lo he deducido por mi cuenta, basándome en ciertos datos. El caso es que el príncipe embaucó a aquel hombre y se hizo un hueco en su empresa. A base de engaños, le fue sacando los cuartos. Naturalmente, el anciano poseía ciertos documentos que acreditaban la procedencia del dinero. Pero, claro, el príncipe pretendía apropiarse del dinero de tal manera que no tuviese que devolverlo; hablando en plata, se lo quería robar. El viejo tenía una hija, una auténtica belleza, de la que estaba enamorado el hombre ideal, un hermano de Schiller, poeta a la vez que comerciante, un joven soñador; en una palabra: un perfecto alemán, un tal Pfefferkuchen.

—¿Quieres decir que se apellidaba Pfefferkuchen?

—Bueno, puede que no fuera Pfefferkuchen, diantres, eso da igual. Lo único que importa es que el príncipe cortejó a la muchacha, con tanto éxito que ésta se enamoró locamente de él. El príncipe se proponía dos cosas a un tiempo: dominar a la hija, en primer lugar, y hacerse con los recibos del dinero que le había prestado el viejo, en segundo lugar. Las llaves de todos los cajones del viejo las tenía la hija. El viejo amaba a su hija con locura, hasta el punto de no querer casarla con nadie. En serio. Estaba celoso de todos sus pretendientes y no admitía la posibilidad de separarse de ella; había despachado a Pfefferkuchen, a un excéntrico inglés...

—¿A un inglés? Pero ¿dónde ocurrió todo esto?

—Lo del inglés lo he dicho por decir, por poner un ejemplo; tú todo te lo tomas al pie de la letra. Esto ocurrió en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, o quizá en Cracovia, aunque lo más probable es que fuera en el principado de Nassau, ese nombre que aparece escrito en las botellas de agua de Seltz; eso, en Nassau; ¿satisfecho? Bueno, pues el príncipe engatusó a la muchacha, se la quitó al padre y, a instancias del príncipe, la muchacha se llevó consigo ciertos documentos. ¡Y es que existe esa clase de amor, Vania! ¡Ay, Dios mío, pero si era una muchacha decente, noble, distinguida! A decir verdad, es posible que no entendiera gran cosa de papeles. Sólo le preocupaba una cosa: que su padre pudiera maldecirla. Para salir del apuro, el príncipe se comprometió legal y formalmente a casarse con ella. De este modo logró convencerla de que sólo estarían fuera una temporada, pasándoselo bien, y, cuando la cólera del viejo se apaciguara, regresarían ya casados para vivir los tres juntos toda la vida y amasar una fortuna, y así hasta el infinito. La hija se fugó, su padre la maldijo y para colmo se declaró en quiebra. Entonces Frauenmilch, que estaba perdidamente enamorado de la joven, lo dejó todo, incluido su negocio, y se marchó a París detrás de ella.

—¡Alto, alto! ¿Quién es ese Frauenmilch?

—¡Pues ése, como se llame! Feuerbach... caray, maldita sea: ¡Pfefferkuchen! Pues bien, el príncipe, como es natural, no podía casarse. ¿Qué iba a decir la condesa Jlestova<sup>[51]</sup>? ¿Cómo iba a reaccionar el barón Pomoikin? Era preciso, pues, recurrir al engaño. Aunque lo hizo con excesiva desfachatez. En primer lugar, poco le faltó para pegarle; en segundo lugar, invitó a su casa, con toda intención, a Pfefferkuchen. Éste empezó a frecuentarles e intimó con ella; gimoteaban los dos juntos, pasaban solos veladas enteras, lloraban sus desgracias y él la consolaba: unos benditos, ya se sabe. Así lo había tramado el príncipe. Una noche, ya tarde, los sorprendió juntos y aseguró que estaban teniendo relaciones íntimas: dijo que lo había visto con sus propios ojos. Con ese pretexto, los echó de su casa y se marchó a Londres por una temporada. Pero la joven se hallaba ya en avanzado estado de gestación; al poco de verse en la calle, dio a luz a una hija... quiero decir, a una hija no, sino a un hijo; eso es, a un hijito. Lo bautizaron con el nombre de Volodka. Pfefferkuchen fue el padrino. Y ella se marchó con Pfefferkuchen, que tenía algún dinerillo. Recorrieron Suiza, Italia... estuvieron en todas esas tierras poéticas, como es debido. Ella no paraba de llorar ni Pfefferkuchen de gemir, y así pasaron muchos años, mientras la niña iba creciendo. Todo le habría ido bien al príncipe de no haberle fallado un detalle: no pudo hacerse con el documento en el que se comprometía a casarse y que tenía ella en su poder. «Eres un canalla», le dijo ella al despedirse. «Me has robado, me has deshonrado, y ahora me abandonas. ¡Adiós! Pero el documento con el compromiso matrimonial no te lo pienso devolver. No porque quiera casarme algún día contigo, sino porque le tienes miedo a ese papel. Así que estará siempre en mi poder.» En resumen, que estaba muy enfadada, pero la verdad es que el príncipe se quedó tan tranquilo. Generalmente, los canallas como él saben muy bien cómo sacar provecho cuando

tienen que vérselas con las llamadas almas nobles. Es tal su nobleza que resulta muy sencillo engañarlas, y además se limitan a exhibir un altivo desdén, en vez de actuar de un modo práctico y acudir a los tribunales, cuando es posible. Pues bien, así procedió esta madre: se refugió en su orgulloso desprecio y, pese a que aquel documento obraba en su poder, el príncipe sabía que ella se ahorcaría antes que hacer uso de él y pudo estar tranquilo mucho tiempo. Ella, en cambio, por mucho que le hubiera escupido a la cara a ese miserable, se quedó a cargo de Volodka, sin saber qué sería del niño cuando ella muriese. Pero no pensaba en eso. Brüderschaft la confortaba y tampoco pensaba en ese asunto; leían a Schiller. Finalmente, Brüderschaft enfermó y murió.

—Querrá decir, Pfefferkuchen.

—Sí, claro, ¡diantres! Pero ella...

—¡Un momento! ¿Cuántos años estuvieron viajando?

—Doscientos exactamente. Bueno, entonces ella volvió a Cracovia. Su padre se negó a acogerla en su casa y la maldijo. La mujer murió y el príncipe se santiguó, loco de alegría. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado... ¡Bebamos, hermano, Vania!

—Tengo la sospecha de que te estás ocupando de este caso, Maslobóiev.

—¿De verdad te interesa?

—Lo que no comprendo es cuál es tu papel en este asunto.

—Pues mira, cuando ella regresó a Madrid tras diez años de ausencia, con una identidad falsa, hubo que investigar todo lo concerniente a Brüderschaft, al viejo, al crío; hubo que averiguar si ella, efectivamente, había regresado, si había muerto, si existían los documentos, y así hasta el infinito. E incluso algunos otros detalles. Es un hombre totalmente detestable, ten mucho cuidado con él, Vania. Pero, en lo tocante a Maslobóiev, ten siempre esto presente: ¡nunca se te ocurra llamarle canalla, por nada del mundo! Aunque sea un canalla (a mi juicio no hay nadie que no sea un canalla), nunca irá contra ti. Estoy como una cuba, pero escucha: si alguna vez, de cerca o de lejos, ahora mismo o el año que viene, tienes la impresión de que Maslobóiev está recurriendo a la astucia contigo (y por favor, no olvides esta palabra, *astucia*), has de saber que lo hace sin mala intención. Maslobóiev vela por ti. Así que no te fíes de tus sospechas; mejor ven aquí y habla sinceramente, como un hermano, con Maslobóiev. Bueno, y ahora ¿quieres beber?

—No.

—¿Un aperitivo?

—No, hermano, disculpa...

—Está bien, puedes irte, son las nueve menos cuarto, y tú no das tu brazo a torcer. Ya es hora de que te largues.

—¿Cómo? ¿Será posible? ¡No ha parado de beber y ahora echa a su invitado! ¡Siempre igual! ¡Ay, qué poca vergüenza! —exclamó Aleksandra Semiónovna, a punto de echarse a llorar.

—¡Cada cual a lo suyo! Aleksandra Semiónovna, nos quedamos solos para adorarnos mutuamente. Pero ¡aquí tienes a un general! No, Vania, te he mentado: ¡tú no eres un general, pero yo sí soy un canalla! Ya ves lo que parezco ahora. ¿Qué soy yo a tu lado? Perdóname, Vania, no me juzgues, déjame desahogarme...

Me dio un abrazo y se deshizo en lágrimas. Me dispuse a salir.

—¡Ah, Dios mío! Y yo que había preparado la cena —decía Aleksandra Semiónovna, consternada—. Pero vendrá usted el viernes, ¿no?

—Claro que sí, Aleksandra Semiónovna, palabra de honor.

—Puede que a usted le desagrade, viéndole así tan... borracho. No le desprecie, Iván Petróvich; tiene buen corazón, muy buen corazón, y ¡cómo le quiere a usted! Me habla de usted día y noche, sin parar. Me ha comprado expresamente sus libros; yo aún no los he leído, mañana empezaré. ¡Qué alegría va a darme usted cuando venga! No veo a nadie, no tenemos visitas. No nos falta de nada, pero estamos solos. He estado todo el rato ahí sentada, y no dejaba de escuchar todo lo que decían, y la verdad es que me ha encantado... Entonces, hasta el viernes...

## VII

Me apresuré a volver a casa: las palabras de Maslobóiev me habían afectado mucho. Sabe Dios lo que se me pasó por la cabeza... Pero en casa, como hecho a propósito, me esperaba algo que me sacudió como la descarga de un aparato eléctrico.

Justo enfrente del portal del edificio donde residía había una farola. Acababa yo de llegar al portal, cuando de pronto se abalanzó sobre mí desde esa farola una extraña figura, que me hizo soltar un grito. Era una criatura asustada, temblorosa, trastornada que, dando un chillido, me agarró de los brazos. Me llevé un susto de muerte. ¡Era Nellie!

—¡Nellie! ¿Qué ocurre? —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

—Arriba... Ha venido... Está en casa...

—¿Quién? Vamos, ven conmigo.

—¡No quiero! ¡No quiero! Esperaré a que se vaya... en el rellano... No quiero.

Subí a casa con un extraño presentimiento, abrí la puerta y vi allí al príncipe. Estaba sentado a la mesa leyendo una novela. Al menos, tenía delante un libro abierto.

—¡Iván Petróvich! —gritó entusiasmado—. No sabe cuánto me alegro de que por fin haya vuelto. En este momento me disponía a marcharme. Llevo más de una hora esperándole. Hoy le había dado mi palabra a la condesa, en vista de que me lo había pedido con tanta insistencia, de que iríamos juntos a verla. ¡Tiene tantas ganas de conocerle! Y, dado que usted me lo había prometido, he tomado la decisión de presentarme aquí, antes de que le diera tiempo a ir a ningún otro sitio, para invitarle a venir conmigo. Imagínese mi disgusto cuando llego y su sirvienta me comunica que no está usted en casa. ¡A ver qué hacía yo! Y el caso es que había dado mi palabra de honor de presentarme con usted. Total, que me he sentado a esperarle, decidido a aguantar un cuarto de hora. Pero justo al cuarto de hora he cogido su novela y me he enfrascado en la lectura. ¡Iván Petróvich! Pero ¡si es una maravilla! ¿Cómo es posible que no le valoren habiendo escrito eso? Ha hecho usted que se me salten las lágrimas. Y yo no soy de los que lloran a menudo...

—¿Dice usted que le acompañe? Le confieso que, en este momento... No es que tenga nada en contra, pero...

—¡Venga conmigo, se lo ruego! ¡No me hará usted ese feo! ¡Si llevo una hora y media esperándole! Además, necesito, necesito sin falta hablar con usted, ya sabe de qué. Usted conoce todo este asunto mejor que yo... Es posible que decidamos algo, que lleguemos a alguna conclusión. ¡Tenga eso presente! No se niegue, por el amor de Dios.

Comprendí que, tarde o temprano, tendría que ir. Aun en el caso de que Natasha estuviera sola en ese momento y me necesitara, no podía olvidar, a fin de cuentas, que ella misma me había encomendado que conociera a Katia cuanto antes. Además, posiblemente Aliosha también estaría allí... Sabía que Natasha no se quedaría

tranquila hasta que le llevara noticias de Katia, de modo que decidí ir. Pero estaba preocupado por Nellie.

—Espere un momento —le dije al príncipe y salí a la escalera. Allí estaba Nellie, en un oscuro rincón.

—¿Por qué no quieres entrar, Nellie? ¿Qué te ha hecho ese hombre? ¿De qué habéis hablado?

—No pasa nada... No quiero, no quiero... —insistía—. Me da miedo...

Por más que insistí, no sirvió de nada. Quedamos en que, tan pronto como yo saliera con el príncipe, ella entraría y cerraría con llave.

—Y no dejes pasar a nadie, Nellie, por mucho que te rueguen.

—Pero ¿usted se va con él?

—Sí.

Se estremeció y me agarró del brazo, como suplicándome que no me marchara, pero no dijo una palabra. Decidí interrogarla con más detenimiento al día siguiente.

Le pedí disculpas al príncipe y fui a cambiarme. Me aseguró que, para ir allí, no tenía que ponerme nada especial:

—¡Cualquier prenda ligera! —añadió, mientras me recorría inquisitivamente, de pies a cabeza, con la mirada—. Ya conoce usted los prejuicios sociales... No hay forma de librarse totalmente de ellos. Pasará mucho tiempo antes de que encontremos la perfección en este mundo —concluyó, comprobando satisfecho que tenía un frac.

Salimos. Pero le dejé solo en la escalera, regresé a mi apartamento —Nellie ya había entrado discretamente— y volví a despedirme de ella. La encontré terriblemente alterada. Tenía la cara lívida. Estaba muy preocupado por ella y me pesaba tener que dejarla.

—Tiene usted una sirvienta muy rara —me dijo el príncipe mientras bajábamos las escaleras—. Porque esa chiquilla será su sirvienta, ¿no?

—No... bueno... Está viviendo temporalmente en casa.

—Una chiquilla muy rara. Estoy seguro de que está loca. Imagínese: al principio me ha contestado con toda corrección, pero después, cuando se ha fijado mejor en mí, se me ha echado encima, se ha puesto a gritar, a temblar, me ha agarrado... Quería decirme algo pero era incapaz. Le confieso que me he asustado, que he querido salir huyendo, pero ha sido ella, gracias a Dios, la que se ha alejado de mí. Me he quedado perplejo. ¿Cómo puede usted vivir con ella?

—Padece del mal caduco —respondí.

—¡Ah, se trata de eso! Bueno, entonces no es tan sorprendente... si le dan ataques.

De pronto caí en la cuenta de una cosa: la visita de Maslobóiev de la víspera, sabiendo que yo no estaba en casa, y mi visita a Maslobóiev aquella misma mañana; la historia que Maslobóiev me había contado a regañadientes, y en estado de embriaguez; la invitación para que fuera a verle a las siete; su insistencia en negar que estuviera recurriendo a la astucia conmigo; y, por último, el hecho de que el

príncipe me hubiera esperado hora y media, sabiendo, probablemente, que yo estaba en casa de Maslobóiev, mientras Nellie se marchaba a la calle huyendo de él... Todos esos sucesos tenían que guardar alguna relación. Daba que pensar.

Su coche nos aguardaba junto al portal. Nos montamos y partimos.

## VIII

El trayecto no era largo, nos dirigíamos a la altura del puente Torgovy. Al principio guardamos silencio. No paraba de preguntarme cómo iba a abordar el tema el príncipe. Tenía la sensación de que me pondría a prueba, de que me tantearía, de que intentaría sonsacarme. Pero inició la conversación sin recurrir a treta alguna y fue directo al grano.

—En este momento hay una circunstancia que me preocupa especialmente, Iván Petróvich —comenzó—. Antes de nada, quiero hablar con usted sobre ese asunto y pedirle su consejo. Hace tiempo que decidí renunciar al dinero que gané en el proceso y cederle a Ijménev los diez mil rublos en litigio. ¿Cómo podría hacerlo?

«Es imposible que no sepas cómo —se me pasó por la cabeza—. ¿No me estarás tomando el pelo?»

—No lo sé, príncipe —respondí de la forma más ingenua posible—. En lo que respecta a Natalia Nikoláievna, estoy dispuesto a poner en su conocimiento toda la información que necesite, pero sobre lo otro está claro que usted sabe más que yo.

—No, no, sé mucho menos. Usted los conoce y puede que incluso la propia Natalia Nikoláievna le haya contado en alguna ocasión lo que piensa al respecto, y eso es lo que mejor podría guiarme. Puede usted serme de gran ayuda; el asunto es extremadamente complejo. Estoy dispuesto a ceder y he tomado la firme decisión de hacerlo, independientemente de cómo terminen las demás historias. ¿Comprende? Pero la pregunta es cómo llevar a cabo dicha cesión. El viejo es orgulloso y terco; puede que hasta me insulte por mi benevolencia y me tire el dinero a la cara.

—Pero discúlpeme, ¿usted considera que el dinero es suyo o de Ijménev?

—El proceso lo he ganado yo; por tanto, es mío.

—¿Y en conciencia?

—Lo considero mío, naturalmente —respondió, un tanto sorprendido por mi falta de tacto—. Por lo que veo, usted no parece conocer el fondo de la cuestión. Yo no acuso al viejo de haberme engañado intencionadamente, y le aseguro que nunca lo he hecho. Fue él quien, libremente, se dio por ofendido. Es culpable de negligencia, de falta de atención en los asuntos que se le habían encomendado, y, según nuestro acuerdo previo, debería responder de algunos de sus actos. Pero ha de saber usted que tampoco se trata de eso: todo parte de nuestra disputa, de las ofensas mutuas que nos dirigimos entonces; en una palabra, del amor propio recíprocamente herido. Posiblemente, ni siquiera le habría dado importancia a esos malditos diez mil rublos; pero ya sabe usted cómo y por qué empezó toda esta historia. He sido desconfiado, de acuerdo; probablemente he sido injusto (o, mejor dicho, lo fui entonces), pero no me di cuenta y, presa del resentimiento, ofendido por sus vejaciones, no quise dejarlo correr e inicié el proceso. Es probable que todo esto no le parezca noble por mi parte. No me estoy justificando, simplemente quiero hacerle ver que la ira y, sobre todo, el pundonor, no implican falta de nobleza, sino que son algo natural, humano. Pero le

repito que entonces apenas conocía a Ijménev y creí a pies juntillas todos los rumores que circulaban sobre Aliosha y su hija y, por lo tanto, también estaba dispuesto a creer que hubiera robado intencionadamente aquel dinero... Pero dejemos esto a un lado. Lo importante es saber qué debo hacer ahora. Renunciar al dinero, sí; pero, si digo al mismo tiempo que considero justa mi demanda, eso significa que se lo estoy regalando. Si a eso le añadimos la delicada situación en que se encuentra Natalia Nikoláievna... Seguro que me tira el dinero a la cara.

—Fíjese, usted lo ha dicho: seguro que se lo tira a la cara; por tanto, le considera un hombre honrado y, por eso mismo, también puede estar completamente seguro de que no le robó su dinero. Entonces, ¿por qué no va a verle y le dice sin más que considera injusta su demanda? Sería un gesto noble, y puede que entonces a Ijménev no le resultara embarazoso aceptar su dinero.

—Hum... *su* dinero; de eso se trata. ¿No ve en qué situación me pone? Que vaya a verle y que le diga que considero injusta mi demanda... Ya estoy oyendo a todo el mundo diciéndome a la cara: «¿Cómo se te ha ocurrido interponer una demanda sabiendo que era injusta?». Pues eso no me lo merezco, porque mi demanda era legal; yo nunca he declarado, ni de palabra ni por escrito, que el viejo me hubiera robado; pero siempre he estado convencido, y aún lo sigo estando, de su desidia, de su negligencia, de su incapacidad para los negocios. Ese dinero es mío y sólo mío, y me dolería mucho tener que declararme falsamente culpable. Además, le repito que fue el propio Ijménev el que se dio por ofendido, y usted pretende que yo le pida perdón por esa ofensa; eso es muy duro.

—A mí me parece que, si dos personas quieren reconciliarse, entonces...

—¿Cree usted que es tan fácil?

—Sí.

—No; en ocasiones puede ser muy difícil, especialmente...

—Especialmente cuando entran otros factores en juego. En eso estoy de acuerdo con usted, príncipe. Tiene usted que resolver la cuestión de Natalia Nikoláievna y de su hijo en todos aquellos aspectos que dependen de usted, y tiene que resolverla de un modo plenamente satisfactorio para los Ijménev. Sólo entonces podrán abordar ustedes la cuestión del proceso con toda franqueza. Pero ahora, cuando todo está por resolver, sólo tiene un camino: debe reconocer que su demanda era injusta; reconocerlo abiertamente y, si fuera preciso, también públicamente. Ésa es mi opinión. Se lo digo claramente, ya que usted me ha pedido mi opinión, y no creo que quiera que le engañe. En vista de lo cual, me atrevo a preguntarle: ¿por qué se toma la molestia de devolverle ese dinero a Ijménev? Si está usted convencido de que le asiste la razón, ¿por qué tiene que dárselo? Disculpe mi curiosidad, pero eso está estrechamente relacionado con otras circunstancias...

—¿Y usted qué piensa? —preguntó de repente, como si no hubiera escuchado mi pregunta—. ¿Está usted convencido de que el viejo Ijménev rechazaría los diez mil si le entregara el dinero sin más explicaciones y... y... sin tantos miramientos?

—¡Pues claro que los rechazaría!

Era tal mi indignación que me puse colorado y empecé a temblar. Aquella pregunta, de un escepticismo tan descarado, me produjo la misma sensación que si el príncipe me hubiera escupido a la cara. Mi indignación se vio agravada por la forma grosera, típicamente aristocrática, con la que él, sin contestar a mi pregunta, haciendo como si no la hubiera oído, la interrumpió con otra, dándome tal vez a entender que me había propasado al atreverme a hacerle semejantes preguntas. Detestaba esas tretas aristocráticas, y en el pasado había intentado por todos los medios que Aliosha renunciara a ellas.

—Hum... es usted demasiado impulsivo, y en este mundo hay cosas que no se hacen del modo que usted cree —comentó tranquilamente el príncipe al oír mi exclamación—. Creo, por otra parte, que la decisión podría depender en parte de Natalia Nikoláievna; hágaselo saber de mi parte. Tal vez podría darnos algún consejo.

—En absoluto —respondí con rudeza—. No ha tenido usted la deferencia de escuchar lo que acabo de decirle, y me ha interrumpido. Si le devuelve el dinero de una forma hipócrita y, como dice usted, sin *miramientos*, Natalia Nikoláievna entenderá que usted le está pagando a su padre por perder a su hija, y a ella por quedarse sin Aliosha; en una palabra, pensará que les está compensando con dinero...

—Hum... así es como me entiende usted, mi buen Iván Petróvich. —El príncipe se echó a reír. ¿A qué venía esa risa?—. A todo esto —continuó—, hay aún tantas cosas de las que tenemos que hablar. Pero otra vez será. Sólo le pido que se dé cuenta de *una* cosa: este asunto afecta directamente a Natalia Nikoláievna y a su futuro, y todo eso depende en parte de lo que nosotros decidamos, y de cómo enfoquemos la cuestión. Como puede ver, es usted imprescindible. Por eso, si todavía siente afecto por Natalia Nikoláievna, no podrá usted negarse a darme una explicación, por muy poca simpatía que me tenga. Pero ya hemos llegado... *À bientôt*.

## IX

La condesa vivía muy bien. En las estancias imperaban la comodidad y el buen gusto, pero sin ostentación. No obstante, todo tenía un carácter provisional; era una vivienda acondicionada sólo para una temporada, no como residencia permanente de una familia rica, con toda la amplitud y todos los caprichos que la nobleza considera imprescindibles. Se rumoreaba que la condesa pasaría el verano en su hacienda (en ruinas y con varias hipotecas) en la provincia de Simbirsk, en compañía del príncipe. Yo ya lo había oído, y me inquietaba la posible reacción de Aliosha cuando Katia se marchara con la condesa. Todavía no había hablado de eso con Natasha, no me atrevía; pero algunos indicios me hacían pensar que acaso a ella también le hubiera llegado el rumor. No obstante, ella callaba y sufría en silencio.

Fui muy bien recibido por la condesa, que me tendió afectuosamente la mano y me aseguró que hacía tiempo que quería conocerme. Sirvió ella misma el té de un magnífico samovar de plata en torno al cual nos sentamos el príncipe y yo, así como un aristócrata entrado en años con una condecoración, un tanto emperifollado y con modales de diplomático. Al parecer, sentían un gran respeto por dicho invitado. La condesa, al volver del extranjero, aún no había tenido tiempo ese invierno de entablar muchas relaciones en San Petersburgo y dotarse de la posición que deseaba y esperaba. Aparte de ese invitado, no apareció nadie más en toda la tarde. Yo buscaba con los ojos a Katerina Fiódorovna; se encontraba en otra habitación con Aliosha, pero, al oír que habíamos llegado, vino inmediatamente a vernos. El príncipe besó cortés su mano, y la condesa le indicó que se acercara hasta mí. Entonces el príncipe nos presentó. La observé con atenta impaciencia: era una muchachita rubia y dulce, vestida de blanco, no muy alta, de rostro apacible y sereno, de ojos muy azules, como decía Aliosha; tenía la hermosura de la juventud, y nada más. Esperaba haberme encontrado con la perfección de la belleza, pero no había tal belleza. Su rostro era suavemente ovalado, de rasgos bastante armoniosos; su cabello era espeso, realmente precioso, y lo llevaba recogido de un modo sencillito; su mirada era serena y atenta. Si la hubiera visto en cualquier otro sitio, habría pasado de largo sin prestarle especial atención. Pero se trataba sólo de una primera impresión; después tuve tiempo de observarla con más detenimiento a lo largo de la velada. Me sorprendió la extraña forma en que me tendió la mano y la ingenua atención con que continuó mirándome a los ojos sin decir una palabra, y, por alguna razón, no pude evitar sonreírle. Sin duda, yo había sentido de inmediato que estaba en presencia de una criatura de corazón puro. La condesa seguía atenta cada uno de sus movimientos. Tras estrecharme la mano, Katia se alejó de mí con cierta premura y se sentó al otro lado de la habitación, junto a Aliosha. Mientras me saludaba, Aliosha me susurró: «Me quedo sólo un minuto y en seguida voy para *allá*».

El «diplomático» —como no conozco su apellido, le llamaré así por referirme a él de algún modo— hablaba con sosiego y grandilocuencia, desarrollando sus tesis. La

condesa le escuchaba con atención. El príncipe le miraba con una lisonjera sonrisa de aprobación; el orador se dirigía a él con frecuencia, probablemente como señal de que lo consideraba un oyente digno. Me sirvieron el té y me dejaron tranquilo, cosa que agradecí. Mientras tanto, me dedicaba a observar a la condesa. A primera vista me gustó, a mi pesar. Puede que ya no fuera joven, pero no me parecía que tuviera más de veintiocho años. Su rostro aún se conservaba lozano, y en su primera juventud debió de ser muy bello. Sus cabellos, de color rubio oscuro, aún eran abundantes. Tenía una mirada extraordinariamente bondadosa, pero un tanto inconstante y burlona, que por alguna razón parecía contener en aquellos momentos. Esa mirada reflejaba también mucha inteligencia, pero sobre todo bondad y alegría. Me dio la sensación de que entre sus características más señaladas había cierta frivolidad, anhelo de placer y una especie de egoísmo benévolo; tal vez más egoísmo de lo que aparentaba. Estaba a las órdenes del príncipe, que ejercía sobre ella una enorme influencia. Sabía que tenían una relación; también había oído que, durante su estancia en el extranjero, él no había sido precisamente un amante celoso; pero me parecía —y me sigue pareciendo— que más allá de las relaciones pasadas los unía algo diferente, y en parte enigmático, una especie de compromiso basado en la mutua conveniencia... en fin, algo así debía de haber. También sabía que el príncipe, por entonces, estaba cansado de ella, pero que aún no habían roto las relaciones. Tal vez fueran las esperanzas depositadas en Katia lo que los unía aún, aunque la iniciativa, en ese sentido, debía de haber partido del príncipe. Sobre esa base, había podido librarse del matrimonio con la condesa —algo que ésta, de hecho, le había exigido—, al convencerla de que colaborara en el casamiento de Aliosha con su hijastra. Eso, al menos, era lo que yo había podido deducir de las inocentes historias que previamente me había contado Aliosha, que de algunas cosas sí se enteraba. También tenía la impresión —gracias, en parte, a tales historias— de que al príncipe, pese a que la condesa le obedecía ciegamente, no le faltaban razones para temerla. Hasta Aliosha se había dado cuenta. Más tarde descubrí que el príncipe estaba deseando que la condesa se casara con quien fuera y que con ese objetivo, entre otras cosas, la mandaba a Simbirsk, con la esperanza de encontrarle un marido adecuado en provincias.

Yo estaba allí sentado escuchando, sin saber qué hacer para hablar cuanto antes a solas con Katerina Fiódorovna. El diplomático respondía a alguna pregunta de la condesa sobre la situación contemporánea, sobre las incipientes reformas y sobre si había que tenerles miedo. Hablaba sin parar, con mucha calma, como si fuera una autoridad en la materia. Desarrollaba su tesis con sutileza e inteligencia, aunque fuera la suya una tesis detestable. Insistía en que todo ese espíritu de reformas y mejoras daría pronto los frutos previsibles; al ver los resultados, la sociedad entraría en razón (naturalmente, cierta parte de ella), y no sólo no se abriría al nuevo espíritu, sino que aprendería de sus errores y, con redoblada energía, volvería a dar su apoyo a la tradición. Que la experiencia, por muy dolorosa que fuera, resultaría muy beneficiosa,

al enseñarnos la necesidad de defender la antigüedad salvadora, suministrando nuevos argumentos para ello; en consecuencia, habría que desear incluso que se alcanzara cuanto antes el grado máximo de incompetencia. «Nada es posible sin nosotros —concluyó—; sin nosotros, ninguna sociedad se ha mantenido nunca en pie. No vamos a perder nada; al contrario, vamos a triunfar; saldremos a flote, saldremos a flote, por eso nuestro lema en este momento debería ser: *Pire ça va, mieux ça est*<sup>[52]</sup>». El príncipe le sonrió con repugnante complicidad. El orador estaba plenamente satisfecho de sí mismo. Yo estuve a punto de cometer la necedad de replicar, pues me hervía la sangre. Pero una ponzoñosa mirada del príncipe me detuvo: me miró fugazmente y me dio la impresión de que estaba esperando, justamente, alguna salida extemporánea y pueril por mi parte; es posible, incluso, que lo estuviera deseando para deleitarse al verme quedar mal. Por otra parte, yo estaba firmemente convencido de que el diplomático no habría reparado en mi objeción, puede que ni siquiera en mi persona. Empecé a sentirme incómodo entre aquella gente, pero Aliosha acudió en mi ayuda.

Se acercó a mí en silencio, me tocó en el hombro y me comentó que tenía que decirme un par de cosas. Supuse que lo había enviado Katia, y no me equivoqué. Un minuto después estaba ya sentado junto a ella. Al principio me examinó atentamente, como diciendo para sí: «Vaya, éste eres tú». En un primer momento, ninguno de los dos encontraba palabras para iniciar la conversación. Aunque no me cabía ninguna duda de que, una vez que se lanzara, ella sería capaz de seguir hasta la mañana siguiente. Recordé las «cinco o seis horas de conversación» de las que nos había hablado Aliosha. Éste estaba sentado con nosotros y aguardaba impaciente a que rompiéramos el hielo.

—¿Por qué no decís nada? —preguntó, mirándonos con una sonrisa—. Ahora que por fin os conocéis, os quedáis callados.

—Ay, Aliosha, qué cosas dices... En seguida empezamos —replicó Katia—. Tenemos tantas cosas de que hablar, Iván Petróvich, que no sé por dónde empezar. Hemos tardado demasiado en conocernos; tendríamos que haber coincidido antes, aunque yo a usted hace ya mucho que le conozco. Tenía tantas ganas de verle. Hasta pensé escribirle una carta...

—¿Sobre qué? —pregunté, sin poder evitar una sonrisa.

—Como si no hubiera asuntos que tratar —respondió muy seria—. Aunque sólo fuera para saber si es cierto lo que Aliosha cuenta de Natalia Nikoláievna, diciendo que no se ofende cuando la deja sola en momentos como éste. ¿Cómo se puede actuar así? Bueno, Aliosha, haz el favor de explicarme qué haces aquí todavía.

—Ay, Dios mío, ahora mismo me voy. He dicho que sólo iba a quedarme un ratito, viendo cómo charlabais, y que luego me iría.

—Pues ya lo ves, aquí estamos los dos juntos, sentados. Siempre hace lo mismo —añadió, ruborizándose levemente, mientras me lo señalaba con el dedo—. Dice: «Un minuto, un minuto», y cuando te quieres dar cuenta ya es medianoche y se ha

hecho tarde. «Si ella no se enfada, si es muy buena», dice. ¡Así es como razona! Pero ¿eso está bien? ¿Es un comportamiento noble?

—Bueno, me voy —repuso Aliosha, lastimero—; aunque me encantaría quedarme...

—¿Y a ti qué se te ha perdido aquí? Nosotros, en cambio, tenemos que hablar a solas de muchas cosas. Pero no te enfades; es imprescindible, tienes que entenderlo.

—Pues, si es imprescindible, ahora mismo... No hay por qué enfadarse. Me paso un momento a ver a Lióvenka y en seguida me voy a casa de ella. Por cierto, Iván Petróvich —añadió, mientras cogía su sombrero—, sabrá usted que mi padre quiere renunciar al dinero que ha ganado en el pleito con Ijménev.

—Sí, ya lo sabía, él mismo me lo ha dicho.

—¡Es un gesto tan noble! Pero Katia no se cree que esté actuando con nobleza. Háblele de ese asunto. Adiós, Katia y, por favor, no pongas en duda que quiero a Natasha. ¿Por qué me imponéis todas esas condiciones, me hacéis tantos reproches y me seguís a todas partes, como si estuviera sometido a vigilancia? Ella sabe lo mucho que la quiero y confía plenamente en mí, y yo no tengo ninguna duda. La quiero por encima de todo, al margen de cualquier circunstancia. No sé cómo la quiero. Sencillamente, la quiero. Y no tenéis por qué interrogarme como si yo fuera culpable. Pregúntale a Iván Petróvich, ahora que está aquí, y él te podrá confirmar que Natasha es celosa y que, a pesar de lo mucho que me quiere, hay en su amor mucho egoísmo, pues se niega a sacrificar nada por mí.

—¿A qué se refiere? —pregunté estupefacto, sin dar crédito a lo que oía.

—Pero ¿qué estás diciendo, Aliosha? —preguntó Katia, casi gritando, al tiempo que levantaba las manos.

—Pues sí; ¿qué tiene eso de particular? Iván Petróvich lo sabe. Me exige constantemente que esté con ella. Bueno; no lo exige, pero es evidente que lo desea.

—Pero ¿no te da vergüenza decir eso, no te da vergüenza? —exclamó Katia, roja de indignación.

—¿Vergüenza de qué? ¡Hay que ver cómo eres, Katia! La quiero más de lo que ella cree y, si ella me quisiera de verdad, como yo a ella, seguramente se sacrificaría gustosa por mí. Cierto que ella misma es la que me da permiso para irme, pero noto en su semblante que se le hace muy duro, así que para mí es como si no me dejara marchar.

—¡No, eso no ha podido salir de él! —gritó Katia, dirigiéndose a mí con los ojos centelleantes de ira—. Confiésalo, Aliosha, confiesa ahora mismo que todo eso te lo ha inculcado tu padre. ¿Ha sido cosa suya? Y, por favor, no pretendas engañarme: ¡me doy cuenta en seguida! ¿Sí o no?

—Sí, me lo ha dicho él —respondió Aliosha, turbado—. ¿Y qué? Hoy ha estado hablando conmigo en un tono afable y cordial, y no dejaba de elogiarla, cosa que me dejó maravillado: después de que ella le ha ofendido, él todavía la elogia.

—Y usted le ha creído, precisamente usted —dije yo—; usted, a quien ella ha

entregado todo lo que podía entregar. Pero si hoy mismo, hace apenas un rato, toda su preocupación consistía en que usted no se aburriese y en no privarle, bajo ningún concepto, de ver a Katerina Fiódorovna. Ella misma me lo ha dicho. ¡Y vea lo que ha tardado usted en dar crédito a esas falacias! ¿No le da vergüenza?

—¡Es un ingrato! ¡Nunca se avergüenza de nada! —dijo Katia, dando a entender con un gesto que era un caso completamente perdido.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —replicó Aliosha con voz lastimera—. ¡Siempre igual, Katia! Siempre estás sospechando de mí... ¡Y de Iván Petróvich mejor no hablar! Usted está convencido de que no amo a Natasha. Yo no he dicho que sea una egoísta. Lo que he querido decir es que ella me quiere con locura, que su amor rebasa cualquier límite, y por eso lo pasamos tan mal los dos. Y a mí mi padre jamás me engañaría, aun suponiendo que se lo propusiera; yo no me iba a dejar. Él no ha dicho en ningún momento que ella sea una egoísta, en un mal sentido; yo he entendido muy bien qué ha querido decir. Lo que ha dicho, literalmente, punto por punto, es lo que yo acabo de repetir: que ese amor que ella siente por mí es tan excesivo, tan extremo, que acaba rayando en el puro egoísmo, y que por eso sufrimos tanto, lo mismo ella que yo, y que de aquí en adelante a mí me va a tocar pasarlo aún peor. No ha dicho más que la pura verdad, de todo corazón, lo cual no significa en absoluto que haya ofendido a Natasha; al contrario: ha visto la inmensa fuerza de su amor, un amor sin límites, increíble...

Pero Katia le interrumpió y no le dejó acabar. Empezó a criticarle con vehemencia, haciéndole ver que, si su padre había elogiado a Natasha, lo había hecho sólo para engatusarle con su falsa bondad, y que lo único que pretendía era que rompiera su relación, para lo cual trataba de ponerle en contra de ella de un modo solapado, casi imperceptible. Le expuso, con elocuencia y buen sentido, lo mucho que le quería Natasha, diciéndole que no había amor que pudiera perdonar las faenas que él le hacía y que allí el único egoísta era él. Poco a poco, Katia le llevó a un estado de pesar absoluto y pleno arrepentimiento; estaba sentado a nuestro lado, mirando al suelo, sin replicar, completamente hundido, con una expresión de profundo sufrimiento. Pero Katia era inflexible. Yo la observaba con suma curiosidad. Estaba deseando conocer lo antes posible a aquella extraña muchacha. No era más que una chiquilla, pero bastante poco común, *con convicciones*, con firmes principios y una pasión innata por el bien y la justicia. Si es que de verdad era una niña, habría que incluirla en la clase de niños *pensantes*, que tanto abundan en nuestras familias. Saltaba a la vista que había meditado ya muchas cuestiones. Habría sido interesante echar una ojeada dentro de aquella cabecita tan juiciosa y observar cómo se mezclaban allí ideas y conceptos típicamente infantiles con algunas impresiones que se le habían quedado profundamente grabadas y con ciertas observaciones nacidas de la experiencia (porque Katia ya había vivido), con el añadido de una serie de ideas aún no maduras ni experimentadas, pero que la habían impresionado de una forma abstracta, libresca; tenía acumuladas ya muchas

de esas ideas y, probablemente, se creería que las había adquirido de su propia experiencia. En el curso de la velada, y en los días que siguieron, creo que llegué a analizarla bastante a fondo. Tenía un corazón impetuoso y sensible. En ciertas ocasiones, no parecía preocuparse por dominarse a sí misma y ponía la autenticidad por encima de todo, considerando cualquier freno a nuestros impulsos un prejuicio trivial, y se diría que se jactaba de esta convicción, como suele pasarles a muchas personas impetuosas, incluso cuando ya no son tan jóvenes. Pero eso mismo, justamente, le daba un encanto especial. Le fascinaba pensar y buscar la verdad; sin embargo, como no caía en la pedantería y tenía salidas tan infantiles, tan pueriles, a uno desde el primer momento le resultaban simpáticas todas sus rarezas y las aceptaba. Me acordé de Lióvenka y de Bórenka, y entendí que todo aquello formaba parte del orden natural de las cosas. Y, curiosamente, el rostro de Katia, que a primera vista no había encontrado particularmente hermoso, aquella misma noche me fue pareciendo paulatinamente más bello y atractivo. Aquel ingenuo desdoblamiento que había en ella, entre la niña y la mujer juiciosa; aquella sed infantil y extremadamente genuina de verdad y justicia; aquella fe inquebrantable en sus aspiraciones: todo eso iluminaba su rostro con un hermoso halo de sinceridad, confiriéndole una belleza suprema, espiritual; en esos momentos, uno empezaba a darse cuenta de que no era posible captar de inmediato todo el significado de aquella belleza, una belleza que no se entregaba toda de golpe a cualquier mirada vulgar e indiferente. Y comprendí que Aliosha no tenía más remedio que sentirse apasionadamente ligado a ella. Como él no era capaz de pensar y razonar por sí mismo, amaba, precisamente, a quienes pensaban e incluso deseaban por él, y Katia lo había tomado ya bajo su tutela. Aliosha tenía un corazón inmensamente generoso, que se sometía al instante a todo lo que fuera honrado y bello, y Katia ya se había manifestado en muchas ocasiones delante de él con toda su sinceridad infantil y su simpatía. Él carecía por completo de voluntad propia; ella, en cambio, poseía una voluntad firme, vigorosa y ardiente, y Aliosha sólo podía tener apego a quien fuera capaz de dominarle y de someterle. Por eso, entre otras cosas, Natasha había logrado atraerle al comienzo de sus relaciones; Katia, no obstante, le sacaba una gran ventaja: era todavía una chiquilla y, aparentemente, seguiría siéndolo mucho tiempo. Su carácter infantil, su deslumbrante inteligencia y, al mismo tiempo, cierta carencia de juicio la acercaban más a Aliosha. Éste lo notaba, y por eso Katia le atraía cada vez con más fuerza. Estoy seguro de que, cuando charlaban a solas, en medio de las serias disertaciones «propagandísticas» de Katia, se pondrían en cualquier momento a hablar de juguetes. Y, aunque seguramente Katia le regañaba con mucha frecuencia y lo tenía ya en sus garras, saltaba a la vista que se hallaba más a gusto con ella que con Natasha. Hacían mejor *pareja*, y eso era decisivo.

—Basta, Katia, basta, ya está bien; tú siempre tienes razón y yo nunca. Eso se debe a que tu corazón es más puro que el mío —dijo Aliosha levantándose y dándole la mano para despedirse—. Ahora mismo me voy a casa de Natasha; no voy a

pasarme a ver a Lióvenka...

—Es que no se te ha perdido nada en casa de Lióvenka; pero eres muy gentil haciéndome caso y marchándote.

—Tú sí que eres mil veces más gentil que nadie —respondió triste Aliosha—. Iván Petróvich, tengo que decirle un par de cosas.

Nos apartamos unos pasos.

—Hoy me he comportado de un modo vergonzoso —me susurró—, me he comportado de una manera ruin; estoy en falta con todo el mundo y especialmente con ellas dos. Hoy, después de comer, mi padre me ha presentado a Alexandrine, una francesa, una mujer encantadora. Yo... me he dejado llevar y... bueno, qué le voy a decir, no soy digno de estar con ellas... ¡Adiós, Iván Petróvich!

—Es tan bueno y tan noble —se apresuró a comentar Katia cuando volví a sentarme junto a ella—; pero después ya hablaremos de él largo y tendido; ahora, ante todo, es necesario que aclaremos un punto: ¿qué opinión le merece a usted el príncipe?

—Es una persona abyecta.

—Yo también lo pienso. En eso estamos de acuerdo y, por lo tanto, nos resultará más fácil tomar una decisión. Y ahora, Natalia Nikoláievna... Como puede imaginarse, Iván Petróvich, me hallo en estos momentos como en tinieblas y le esperaba a usted como a la luz del día. Tiene que explicármelo todo, porque en la cuestión más importante sólo puedo juzgar por conjeturas basadas en lo que cuenta Aliosha. No había nadie más que me pudiera informar. Dígame, en primer lugar (esto es lo esencial), si a su juicio Aliosha y Natasha van a ser felices juntos o no. Eso es lo primero que necesito conocer para tomar una decisión definitiva y para saber cómo actuar.

—Y eso ¿cómo se puede saber con certeza?

—No, claro, con certeza no —me interrumpió—, pero ¿a usted qué le parece? Porque usted es un hombre muy inteligente.

—Yo creo que no pueden ser felices.

—¿Por qué?

—Porque no hacen buena pareja.

—¡Eso mismo pensaba yo! —Y cruzó los brazos como si estuviera muy apenada—. Cuénteme con más detalle. Mire: ardo en deseos de conocer a Natasha, porque tengo muchas cosas que tratar con ella, y me parece que entre las dos podemos resolverlo todo. No hago más que imaginármela: debe de ser muy inteligente, seria, sincera y hermosa, ¿no es así?

—Así es.

—Estaba segura. Pero, siendo así, ¿cómo ha podido enamorarse de un chiquillo como Aliosha? Explíquemelo; no dejo de preguntármelo.

—No puedo darle una explicación, Katerina Fiódorovna; es difícil imaginarse cómo y por qué se enamora una persona. Y tiene razón, Aliosha es un niño. Pero ya

sabe usted cómo puede amarse a un niño. —Mi corazón se enterneció mirándola a los ojos, clavados fijamente en mí con una atención profunda, seria e impaciente—. Y, en la medida en que Natasha no parece una niña, en la medida en que es más seria —continué—, habrá podido enamorarse de él más rápidamente. Aliosha es franco, sincero, tremendamente ingenuo; a veces, incluso, encantadoramente ingenuo. Tal vez le quiera... ¿cómo le diría?, por lástima. Un corazón generoso puede enamorarse por lástima... Comprendo que no le estoy aclarando nada; no obstante, permítame hacerle a mi vez una pregunta: ¿le ama usted?

Le planteé abiertamente aquella cuestión, y me di cuenta de que la precipitación de la pregunta no había podido turbar la infinita pureza infantil de aquel espíritu sereno.

—Le aseguro que aún no lo sé —repuso en voz baja, mirándome radiante a los ojos—, pero creo que le quiero mucho...

—Bueno, pues ya lo ve. Y ¿puede explicarme por qué le quiere?

—No hay en él dobleces —contestó después de pensárselo—, y me gusta mucho cuando me dice algo mirándome fijamente a los ojos... Escuche, Iván Petróvich, ya ve que estoy hablando de todo esto con usted, pero yo soy una muchacha y usted un hombre; no sé si hago bien.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues ahí está la cosa. Naturalmente, ¿qué tiene que ver? Pero esos de allí —dijo, indicando con los ojos al grupo que estaba sentado junto al samovar— seguro que hubieran respondido que está mal. ¿Tienen razón?

—¡No! Si no siente en su corazón que esté obrando mal...

—Eso es lo que hago siempre —me interrumpió, evidentemente acuciada por el deseo de hablar conmigo el mayor tiempo posible— que estoy confusa: consulto a mi corazón y, si está tranquilo, yo también me quedo tranquila. Así es como hay que proceder siempre. Por eso estoy hablando con usted con tanta franqueza como si estuviera hablando conmigo misma: en primer lugar, porque es usted muy buena persona y conozco su historia con Natasha, antes de que apareciese Aliosha, y he llorado al escucharla.

—¿Quién se la ha contado?

—El propio Aliosha, naturalmente, y me la contó con lágrimas en los ojos; eso estuvo muy bien por su parte y me gustó mucho. Me parece que él le aprecia a usted más que usted a él, Iván Petróvich. Esa clase de detalles es lo que más me atrae de él. Bueno, y en segundo lugar, si le hablo con absoluta franqueza, como si me estuviera hablando a mí misma, es porque es usted un hombre muy inteligente y puede darme muchos consejos y ayudarme a comprender muchas cosas.

—¿Y cómo sabe que soy tan inteligente y que puedo ayudarla a comprender algo?

—¡Vaya una pregunta! —Y se quedó pensativa—. Era sólo un comentario; hablemos de lo fundamental. Aconséjeme, Iván Petróvich: me doy cuenta de que en estos momentos soy la rival de Natasha y, sabiéndolo como lo sé, ¿cómo cree que

debería proceder? Por eso le he preguntado si serán felices. Pienso en esa cuestión noche y día. La situación de Natasha es terrible, ¡terrible! Pues él ya ha dejado de amarla, y a mí me quiere cada vez más. ¿No es así?

—Eso parece.

—Y no es que Aliosha la esté engañando. Él mismo ignora que ha dejado de quererla, pero sin duda ella sí que lo sabe. ¡Cuánto debe de sufrir!

—¿Y qué quiere hacer usted, Katerina Fiódorovna?

—Tengo muchos proyectos —respondió seriamente—, pero entretanto estoy hecha un lío. Por eso le esperaba con tanta impaciencia, para que me lo resolviera todo. Usted conoce todo eso bastante mejor que yo. Para mí, en estos momentos, es usted una especie de dios. Mire, yo al principio pensaba: «Si se aman, tienen que ser felices, y mi deber consiste en sacrificarme y ayudarles». ¡Y eso fue lo que hice!

—Ya sé que usted se ha sacrificado.

—Sí, me he sacrificado, pero después, cuando empezó a venir a verme y a cogerme cada vez más cariño, empecé a preguntarme si debía o no sacrificarme. Eso está mal, ¿verdad?

—Es algo natural —respondí—, así tiene que ser... La culpa no es de usted.

—No estoy de acuerdo; es muy amable al decirme eso. Yo creo que eso obedece a que mi corazón no es del todo puro. Si fuera puro, sabría qué decisión tomar. Pero ¡dejemos eso! Después, he ido sabiendo más de sus relaciones, a través del príncipe, de *maman* y del propio Aliosha, y me he dado cuenta de que son muy diferentes; acaba usted de confirmármelo. Y no dejo de darle vueltas a mi situación. Porque, si van a ser desgraciados, es mejor que se separen. Finalmente, tomé la decisión de preguntarle a usted toda clase de detalles, y de ir en persona a ver a Natasha y resolver el asunto con ella.

—Sí, pero la cuestión es: ¿cómo piensa resolverlo?

—Diciéndole: «Usted le ama más que a nada en el mundo; por eso mismo, tiene que desear su felicidad por encima de todo. En consecuencia, debe usted separarse de él».

—Sí, pero ¿cómo reaccionará ella? Y, suponiendo que esté de acuerdo con usted, ¿tendrá fuerzas para hacerlo?

—Eso mismo me pregunto día y noche y... y...

De pronto rompió a llorar.

—No se imagina la pena que me da Natasha —murmuró con los labios temblorosos por el llanto.

No había nada que añadir. Yo me quedé callado, y también sentí deseos de llorar, viéndola en ese estado por culpa del amor. ¡Qué encanto de chiquilla! No me decidí a preguntarle por qué se consideraba capaz de hacer feliz a Aliosha.

—¿Le gusta a usted la música? —preguntó, un poco más calmada, aún retraída tras las recientes lágrimas.

—Sí, claro —respondí, un tanto perplejo.

—Si hubiera tiempo le tocaría el tercer concierto de Beethoven. Es lo que ahora estoy tocando. Plasma los mismos sentimientos... que estoy experimentando ahora mismo. O al menos eso creo. Habrá que dejarlo para otra ocasión, ahora tenemos que hablar.

Empezamos a considerar cómo podría verse con Natasha y cómo habría que arreglarlo todo. Katia me comentó que la tenían vigilada y que, por más que su madrastra era cariñosa y la quería, por nada del mundo le iba a permitir conocer a Natalia Nikoláievna; por eso había decidido recurrir a un ardid. Por las mañanas solía salir a pasear, casi siempre en compañía de la condesa. Algunas veces la condesa no iba con ella, pero hacía que la acompañara una francesa, que justo entonces estaba enferma. Eso pasaba cada vez que a la condesa le dolía la cabeza; por tanto, había que esperar a que se presentara una de esas ocasiones. Mientras tanto, Katia se encargaría de persuadir a la francesa (una especie de dama de compañía, una anciana), que era muy bondadosa. En resumidas cuentas, era imposible fijar de antemano la fecha de su visita a Natasha.

—Ya verá cómo no se arrepiente de conocer a Natasha —dije—. Ella también está deseando conocerla, lo necesita aunque sólo sea para saber en manos de quién se queda Aliosha. No se preocupe demasiado por esa cuestión. El tiempo lo arreglará, sin necesidad de que usted se inquiete. Tengo entendido que se marcha usted a la aldea, ¿no es así?

—Sí, muy pronto, quizá dentro de un mes —contestó—; sé, además, que el príncipe insiste mucho en ello.

—¿Cree que Aliosha irá con usted?

—Le he dado muchas vueltas a eso —aseguró, mirándome fijamente—. Creo que vendrá.

—Sin duda.

—Dios mío, no sé cómo acabará todo esto. Óigame, Iván Petróvich. Le escribiré a usted contándole todo, le escribiré largas cartas, con mucha frecuencia. Ya estoy empezando a martirizarle. ¿Nos visitará usted a menudo?

—No lo sé, Katerina Fiódorovna: eso depende de las circunstancias. Quizá no vaya nunca.

—¿Por qué?

—Eso dependerá de diversos factores, pero fundamentalmente de mis relaciones con el príncipe.

—No es un hombre honrado —dijo Katia categóricamente—. ¿Y si fuera yo a verle a usted, Iván Petróvich? ¿Eso estaría bien o mal?

—¿Usted qué cree?

—Yo creo que estaría bien. Así podría tenerle informado... —añadió con una sonrisa—. Lo digo porque, además de respetarle, le aprecio mucho... Y además se puede aprender mucho de usted. Yo le aprecio... No es ninguna vergüenza que le diga esto, ¿verdad?

—¿Por qué iba a serlo? Yo también la aprecio ya como a alguien de mi familia.

—Entonces, ¿quiere ser amigo mío?

—¡Oh, sí, desde luego! —contesté.

—Pues ellos seguro que habrían dicho que es una vergüenza y que no está nada bien que una jovencita se comporte de esa manera —observó, señalando de nuevo a los contertulios sentados a la mesa de té.

Debo decir que, al parecer, el príncipe nos había dejado solos a propósito, para que pudiéramos hablar a nuestras anchas.

—De sobra sé —añadió Katia— que el príncipe codicia mi dinero. Piensan que no soy más que una niña, y hasta me lo dicen a la cara. Yo no estoy de acuerdo. Ya no soy ninguna niña. ¡Qué personas tan extrañas! Ellos sí que parecen niños; ya ve usted cómo se afanan.

—Katerina Fiódorovna, se me olvidaba preguntarle quiénes son esos Lióvenka y Bórenka, a los que Aliosha visita con tanta frecuencia.

—Unos parientes lejanos míos. Son muy inteligentes y respetables, pero hablan demasiado... Los conozco bien...

Se sonrió.

—¿Es verdad que tiene intención de donarles un millón de rublos?

—Bueno, verá usted, aunque fuera un millón, hablan tanto de eso que ya resulta insoportable. Naturalmente, estaré encantada de contribuir a cualquier cosa que sea de provecho, ¿para qué quiero, si no, tanto dinero? ¿No cree? No obstante, aún no sé cuándo podré disponer de ese dinero, y ellos ya se lo están repartiendo, y deliberan, gritan y discuten cómo conviene gastarlo; hasta se pelean por ese motivo, algo que resulta bastante extraño. Se están precipitando. Pero, a pesar de todo, son tan sinceros... tan inteligentes. Son estudiantes. Eso siempre es mejor que vivir como lo hacen otros. ¿No le parece?

Y seguimos hablando un buen rato. Me contó casi toda su vida y escuchaba mis historias con avidez. Insistía continuamente en que le contara más cosas de Natasha y de Aliosha. Eran ya las doce cuando el príncipe se acercó a mí para comunicarme que ya era hora de retirarnos. Me despedí. Katia me estrechó la mano calurosamente y me dirigió una efusiva mirada. La condesa me invitó a que los visitara; el príncipe y yo nos marchamos juntos.

No puedo callarme un peculiar comentario, que tal vez no guarde la menor relación con este asunto. A raíz de mis tres horas de conversación con Katia llegué, entre otras cosas, al extraño pero a la vez profundo convencimiento de que ella era aún una niña y no tenía ni idea del secreto de las relaciones entre el hombre y la mujer. Esto añadía una singular comicidad a algunos de sus razonamientos y, en general, al tono serio con que hablaba de muchas cosas importantes...

## X

—¿Sabe? —me dijo el príncipe, acomodándose a mi lado en el coche—, ¿qué le parece si vamos a cenar? ¿Qué me dice?

—La verdad, príncipe, no sé... —le respondí indeciso—. Yo es que nunca ceno...

—Bueno, naturalmente, también hay cosas de que *hablar* durante la cena —añadió, mirándome fijamente a los ojos, con una expresión maliciosa.

¡No había ninguna duda! «Quiere explicarse —pensé—, y eso es justo lo que necesito». Acepté su propuesta.

—Hecho. A la Bolshaia Morskaia, al restaurante B.

—¿A un restaurante? —pregunté, algo turbado.

—Sí. ¿Qué problema hay? Raras veces ceno en casa. Confío en que me permita invitarle.

—Pero ya le he dicho que nunca ceno.

—Por una vez, qué más da. Además, soy yo quien invita...

O sea, que yo pago por ti: estoy convencido de que añadió eso con toda la intención del mundo. Accedí a que me llevara hasta allí, pero decidí pagar lo mío en el restaurante. Una vez allí, el príncipe pidió un reservado y escogió dos o tres platos, con buen gusto y conocimiento. Se trataba de platos caros, igual que la botella del delicado vino de mesa que mandó traer. Nada de aquello estaba al alcance de mi bolsillo. Examiné la carta y me pedí media ortega y una copa de Lafitte. El príncipe se sublevó.

—¡Usted se niega a cenar conmigo! Es ridículo. *Pardon, mon ami*, pero eso son... unos escrúpulos incalificables. No es más que vanidad de la peor especie. Ahí entran también, probablemente, sentimientos clasistas, me apostaría lo que fuera a que se trata de eso. Me ofende usted, se lo aseguro.

Pero yo no quise dar mi brazo a torcer.

—Allá usted, como quiera —concluyó—. No insisto... Dígame, Iván Petróvich, ¿puedo hablarle como un amigo?

—Se lo ruego.

—Muy bien. En mi opinión, esos escrúpulos le perjudican. Le perjudican a usted y a todos los que son como usted. Usted es escritor, debería conocer el mundo, pero se mantiene al margen de todo. No me refiero ahora a la ortega, sino al hecho de que está usted dispuesto a rechazar todo contacto con nuestro círculo, y eso le perjudica claramente. Aparte de lo mucho que se pierde usted... en definitiva, renuncia usted a hacer carrera... aparte de eso, aunque sólo fuera porque debería conocer aquello de lo que escribe, y en las novelas aparecen condes y príncipes y tocadores... Pero ¡qué digo! Si ahora a ustedes lo que les preocupa son los pobretones, los capotes perdidos, los inspectores, los oficiales pendencieros, los funcionarios, los viejos tiempos, el modo de vida de los cismáticos... ya lo sé, ya lo sé.

—Está usted equivocado, príncipe; si no me interesa ingresar en lo que ustedes

llaman las «altas esferas», eso obedece, en primer lugar, a que me resulta aburrido, y, en segundo lugar, a que no tengo nada que hacer ahí. Aunque, después de todo, en ocasiones sí que...

—Sí, ya sé: una vez al año, en casa del príncipe R.; ya le he visto a usted por allí. Pero el resto del año se encierran ustedes en su soberbia democrática y languidecen en sus buhardillas. Aunque no todos actúan igual. También están los que buscan aventuras, y algunos de éstos me ponen enfermo...

—Le pediría, príncipe, que cambiara de tema y se olvidara de nuestras buhardillas.

—Ay, Dios mío, ahora va y se me ofende. Y eso que me ha dado usted permiso para que le hablara como un amigo. Le pido disculpas: yo no he hecho nada aún para ganarme su amistad. Este vino no está nada mal. Pruebe. —Me sirvió media copa de su botella—. Mire usted, mi querido Iván Petróvich, me doy perfecta cuenta de que no está muy bien visto eso de ponerse pesado para que otros acepten nuestra amistad. Pero nosotros no somos todos tan zafios y descarados como usted se imagina; bueno, también soy consciente de que, si está usted aquí compartiendo la mesa conmigo, no lo hace porque me tenga simpatía, sino porque le he prometido que íbamos a tener una charla. ¿No es cierto? —Se echó a reír—. Y, dado que defiende los intereses de cierta persona, deseará usted escuchar lo que le tengo que decir. ¿Verdad? —añadió, con una sonrisa siniestra.

—No se equivoca —intervine impaciente. Me daba cuenta de que se trataba de una de esas personas que, cuando ven que tienen a alguien en sus garras, aunque sea mínimamente, en seguida se lo hacen sentir. Yo estaba en su poder: no podía marcharme sin haber escuchado todo lo que tenía intención de decirme, y él era plenamente consciente de eso. Su tono había cambiado de repente: cada vez era más descaradamente familiar y jocosos—. No se equivoca, príncipe; precisamente, por eso he venido; si no, no estaría aquí... a estas horas.

Me habría gustado decir: «Si no, por nada del mundo estaría aquí en su compañía». Pero no lo dije y terminé mi frase de otro modo, no por miedo, sino por culpa de mi maldita debilidad y delicadeza. Pero ¿cómo iba a largarle semejante grosería en la cara, por mucho que aquel tipo se la mereciera y yo estuviera deseando soltársela? Creo que el príncipe me lo notó en los ojos y me miró con aire burlón mientras terminaba mi frase, como regodeándose de mi pusilanimidad. Era como si me retara con aquella mirada: «¿Qué? ¿No te atreves? ¡Estás como una cabra, hermano!». Eso debió de pensar, porque, cuando acabé mi frase, se echó a reír a carcajadas y, con aire protector, me dio una palmadita cariñosa en la rodilla.

«¡Qué risa me das, hermano!», leí en su mirada. «¡Espera un poco!», me dije.

—¡Hoy me siento muy animado! —exclamó—. Y, la verdad, no sé por qué. ¡Sí, sí, amigo mío, así es! Precisamente de eso le quería hablar. Hay que dejar las cosas claras, llegar a algún acuerdo, y tengo la esperanza de que en esta ocasión me va a entender usted perfectamente. Antes le hablaba de ese dinero y de ese carcamal de

padre, de ese chiquillo de sesenta años... ¡Bah! No vale la pena insistir. ¡Sólo era una forma de hablar! Ja, ja, ja. Usted es escritor, tendría que haberlo adivinado. —Yo le miraba perplejo; no me parecía que estuviera borracho—. Bueno, en cuanto a esa muchacha, debo decir que la respeto, incluso la aprecio, se lo aseguro; un tanto caprichosa, pero «no hay rosa sin espinas», como decían hace cincuenta años, y decían bien: las espinas pinchan. Pero eso es lo más atractivo y, aunque mi Alekséi es un botarate, en parte ya le he perdonado... gracias a su buen gusto. En resumen, a mí esas jovencitas me gustan, e incluso tengo —contrajo los labios de un modo muy expresivo— mi propia opinión al respecto... Pero, bueno, luego hablaremos de eso...

—¡Príncipe! ¡Escúcheme, príncipe! —exclamé—. No entiendo a qué viene este giro tan repentino, pero... ¡haga el favor de cambiar de tema!

—¡Ya vuelve usted a acalorarse! Muy bien... ya cambio de tema, ya cambio. Sólo quería preguntarle una cosa, mi buen amigo: ¿usted siente un gran respeto por ella?

—Claro —respondí con una impaciencia grosera.

—Ya; ¿y la ama usted? —continuó, mostrando los dientes de un modo repulsivo y entornando los ojos.

—¡Está usted propasándose! —grité.

—¡No, no! ¡No era ésa mi intención! ¡Tranquilo! Hoy estoy de un humor excelente. Hacía mucho que no estaba tan animado. ¿Y si bebemos un poco de champán? ¿Qué me dice, poeta?

—¡Yo no voy a beber! ¡No quiero!

—¡No me diga esas cosas! Tiene usted que acompañarme esta noche. Me encuentro divinamente, y como mi bondad raya en el sentimentalismo, soy incapaz de sentirme dichoso si no es en compañía. Quién sabe, a lo mejor acabamos brindando como dos buenos camaradas. ¡Ja, ja, ja! ¡No, mi joven amigo, usted no me conoce todavía! Estoy convencido de que acabará apreciándome. Quiero que comparta esta noche conmigo las alegrías y las penas, la risa y el llanto, aunque, eso sí, espero no echarme a llorar, al menos yo. ¿Qué dice, Iván Petróvich? Dese usted cuenta de que, si no se cumplen mis deseos, toda mi inspiración se desvanecerá, se la llevará el viento, y usted se quedará sin oírme. Y usted está aquí únicamente para oír lo que tengo que decirle. ¿A que sí? —añadió, con un nuevo guiño insolente—. Usted elige.

La amenaza iba en serio. Así que accedí. «¿No será que quiere emborracharme?», pensé. Por cierto, aquí podría venir a cuento cierto rumor sobre el príncipe que hace ya tiempo llegó a mis oídos. Contaban de él —que siempre destacaba en sociedad por sus buenos modales, por su finura— que algunas noches le daba por emborracharse; en tales ocasiones se agarraba unas curdas tremendas y se entregaba en secreto a toda clase de excesos, a vicios repulsivos y ocultos... Oí cosas terribles sobre el príncipe... Decían que Aliosha era consciente de que su padre bebía en ocasiones, y que intentaba por todos los medios que los demás no se enteraran, sobre todo Natasha. En cierta ocasión me hizo alguna insinuación, pero inmediatamente cambió

de tema y no respondió a mis preguntas. Lo cierto es que tales rumores no me llegaron a través de él, y debo confesar que en un principio yo no les había dado crédito. En aquellos momentos, estaba expectante.

Nos trajeron el champán; el príncipe se sirvió una copa y me sirvió otra a mí.

—Es una muchacha encantadora, ¡y eso que me puso verde! —prosiguió, paladeando el vino—. Aunque las criaturas más encantadoras están especialmente encantadoras en momentos así... Aquella noche, no sé si lo recuerda, seguro que pensaba que me estaba dejando en ridículo. Se quedó convencida de que me había hecho morder el polvo. ¡Ja, ja, ja! ¡Y hay que ver lo guapa que se pone cuando se ruboriza! ¿Entiende usted de mujeres? A veces, un rubor repentino queda divinamente en unas mejillas pálidas, ¿se había fijado usted? ¡Ay, Dios mío! Me parece que se está enfadando otra vez.

—Pues sí, ¡me estoy enfadando! —exclamé, incapaz de contenerme—. No quiero que siga usted hablando de Natalia Nikoláievna... es decir, que siga hablando en ese tono. Yo... ¡no se lo consiento!

—¡Caray! Muy bien, como usted guste, cambiaré de tema. Soy blando y maleable como masa de pan. Hablemos de usted. Le tengo mucha estima, Iván Petróvich. Si supiera hasta qué punto es genuino y cordial el interés que siento por usted...

—Príncipe, ¿no sería mejor que fuéramos al grano? —le interrumpí.

—Vamos, que quiere usted que hablemos de *nuestro asunto*. Me basta media palabra para entenderle, *mon ami*, pero no se imagina usted lo cerca que estaremos de la cuestión si hablamos ahora de usted. Siempre que no me interrumpa, claro está. Así pues, continúo: lo que quería decirle, mi inestimable Iván Petróvich, es que vivir así, como usted vive, equivale a arruinar su vida. Permítame que toque este tema tan delicado; le hablo como un amigo. Es usted pobre: tiene que andar pidiéndole anticipos a su editor para pagar sus deudas; con lo que le queda, sobrevive usted medio año a base de té y tiritas en su buhardilla, a la espera de escribir su novela para que salga en la revista de su editor; ¿no es así?

—Aunque así fuera, en todo caso...

—Es más honrado que robar, que adular, que aceptar sobornos, que intrigar y etcétera etcétera. Ya sé, ya sé lo que me quiere decir; todo eso ya se ha publicado hace mucho.

—Y, por tanto, no tiene usted por qué hablar de mis asuntos. No me diga que voy a tener que enseñarle buenos modales, príncipe.

—No, claro, no hace falta. Pero ¿qué le vamos a hacer si, justamente, hay que pulsar una cuerda tan delicada? No hay forma de eludir la cuestión. Pero, bueno, vamos a dejar en paz las buhardillas. No les tengo mucha afición, salvo en determinadas circunstancias. —Soltó una carcajada repulsiva—. Pero lo que me sorprende es que insista usted en desempeñar un papel secundario. Es cierto que uno de los suyos, un literato, ha escrito por ahí, si no recuerdo mal, que la mayor hazaña que puede realizar un hombre es la de saber conformarse con un papel secundario en

la vida<sup>[53]</sup>... ¡Algo así, me parece! También he escuchado alguna conversación en ese sentido... Bueno, el caso es que Aliosha le ha quitado a usted la novia, también de eso estoy enterado, y usted, como un Schiller cualquiera, está dispuesto a sacrificarse por ellos; es usted su leal servidor, casi diría yo su recadero... Discúlpeme, querido, pero se trata de un espectáculo repugnante revestido de nobles sentimientos... ¡Debería estar harto, la verdad! Resulta vergonzoso. Yo, en su lugar, me moriría de rabia; pero, sobre todo, ¡es una vergüenza, una vergüenza!

—¡Príncipe! ¡Sin duda me ha traído usted aquí con la sola intención de insultarme! —exclamé, incapaz de dominar mi indignación.

—Oh, no, amigo mío, qué va. En estos momentos yo no soy más que un hombre práctico, y sólo busco su felicidad. Lo que pretendo, en definitiva, es arreglar las cosas. Pero dejemos de momento *todo ese asunto*, y escúcheme hasta el final; procure no acalorarse, aunque sólo sea un minuto. Bueno, ¿qué piensa usted de la posibilidad de casarse? Como ve, ahora mismo estoy hablando de cuestiones completamente ajenas al caso. ¿Por qué me mira con esa cara de asombro?

—Estoy esperando a que termine —contesté; efectivamente, le estaba mirando con cara de asombro.

—Pues no hay nada más que añadir. Lo único que quería saber era lo que diría usted si alguno de sus amigos, alguien que le desea una felicidad sólida y genuina, no una alegría efímera, viniera a usted a ofrecerle una muchacha joven y hermosa, pero... con cierta experiencia; lo digo en un sentido alegórico, pero usted ya me entiende... Vaya, alguien como Natalia Nikoláievna; además de la debida compensación, se entiende... (Dese usted cuenta, le estoy hablando de cuestiones ajenas al caso, no del asunto *nuestro*). Pues bien, ¿usted qué diría?

—Lo que le digo es que está usted mal de la cabeza.

—¡Ja, ja, ja! ¡Bah! Se diría que está usted a punto de pegarme.

Efectivamente, estaba dispuesto a lanzarme sobre él. Ya no podía contenerme. Me daba la sensación de que tenía delante una especie de reptil o una araña monstruosa, y ardía en deseos de aplastarla. Se recreaba en sus burlas; estaba jugando conmigo como un gato con un ratón, convencido de que me tenía en sus garras. Tuve la impresión (y era algo que podía entender) de que encontraba alguna clase de satisfacción, alguna clase de placer voluptuoso, en su bajeza, en su desfachatez, en aquel cinismo con el que, por fin, se estaba arrancando la careta. Quería disfrutar de mi estupor, de mi miedo. Su desprecio era auténtico y se estaba riendo de mí.

Desde el principio había sentido que todo estaba preparado de antemano y obedecía a algún plan; pero en mi situación me veía obligado a toda costa a escucharle hasta el final. En interés de Natasha, tenía que estar dispuesto a afrontar cualquier cosa, a resistir, porque cabía la posibilidad de que en cualquier momento se decidiera todo. Pero ¿cómo podía uno escuchar esas cínicas y zafias ocurrencias a costa de ella, cómo aguantar todo aquello sin perder la calma? Y, para colmo, el príncipe era muy consciente de que yo no podía dejar de escucharle, y eso le llevaba a

redoblar su ofensiva. «No obstante, él también me necesita», pensé, y a partir de entonces empecé a replicarle en tono áspero y duro. No tardó en darse cuenta.

—Muy bien, mi joven amigo —empezó, mirándome muy serio—, así no podemos seguir, más valdrá que intentemos llegar a un acuerdo. Ya ve, lo único que pretendía era expresarle claramente mi opinión, y contaba con que usted tendría la gentileza de escucharme, dijera lo que dijera. Tengo el propósito de hablar como me apetezca, de la manera que a mí más me guste. En este caso, además, resulta imprescindible. Entonces, buen amigo, ¿va usted a ser paciente?

Yo me dominé y guardé silencio, a pesar de que me estaba dirigiendo una mirada tan mordaz, tan burlona, que parecía una invitación a protestar airadamente. Pero ya se había dado cuenta de que yo había accedido a quedarme, y prosiguió:

—No se enfade conmigo, amigo mío. ¿Cuál ha sido la causa de su irritación? Cuestión de forma, únicamente. ¿A que sí? Usted, en el fondo, no se esperaba otra cosa de mí; le hubiera hablado como le hubiera hablado, con exquisita cortesía o como le estoy hablando ahora, el sentido de mis palabras no habría variado un ápice. Usted me desprecia, ¿verdad? Ya ve usted cuánta candidez hay en mí, cuánta franqueza y *bonhomie*. Lo admito todo, hasta mis caprichos infantiles. Sí, *mon cher*, un poco más de *bonhomie* de su parte y podríamos llevarnos bien, llegaríamos a un acuerdo completo y acabaríamos por entendernos. No sé de qué se asombra: no sabe usted hasta qué punto me ha hartado toda esa inocencia, todo ese bucolismo de Aliosha, todo ese dramatismo schilleriano, toda esa elevación en su maldita relación con Natasha (una preciosidad, por cierto). De manera que estoy encantado de disfrutar de la oportunidad de reírme de todo eso. Y ahora se me presenta esa oportunidad. Aparte de eso, estoy deseando abrirle a usted mi corazón. ¡Ja, ja, ja!

—Me deja usted de piedra, príncipe; no le reconozco. Se está poniendo usted a la altura de Polichinela; tantas confidencias imprevistas...

—¡Ja, ja, ja! ¡No le falta a usted razón! ¡Una comparación deliciosa! ¡Ja, ja, ja! No sabe cómo me divierto, amigo mío; estoy encantado, estoy feliz. Y usted, poeta, tendría que mostrarse más indulgente conmigo. Pero mejor bebamos —concluyó, rellenando su copa, perfectamente satisfecho consigo mismo—. Déjeme que le diga una cosa, amigo mío: ¿recuerda aquella estúpida velada en casa de Natasha? Casi acaba conmigo. Reconozco que ella estaba encantadora, pero yo salí de ahí muy disgustado, y no pienso olvidarme de ese asunto. Y tampoco lo voy a pasar por alto. Naturalmente, pronto nos tocará a nosotros: de hecho, ese momento cada vez está más próximo. Pero dejemos eso por ahora. Quería comentarle, entre otras cosas, que hay una faceta de mi personalidad que usted desconocía hasta ahora: se trata de mi odio a todas esas vulgares puerilidades, a todo ese bucolismo estéril, y una de mis mayores debilidades ha consistido siempre en fingir de entrada que comulgo con ese espíritu, adoptando ese tono, confortando y alentando a alguno de esos discípulos de Schiller, perpetuamente jóvenes, hasta que, de repente, le dejo desconcertado; de buenas a primeras me quito la máscara y transformo mi gesto extasiado en una

mueca, sacándole la lengua por sorpresa, justo cuando menos se lo espera. ¿Qué me dice? Me imagino que usted no lo comprenderá, que le parecerá abyecto, disparatado, innoble, ¿no es así?

—Naturalmente.

—Qué sincero es usted. Pero qué quiere que le haga, ¡a mí también me hacen sufrir! También yo soy sincero, estúpidamente sincero; cuestión de carácter. Por cierto, me gustaría darle algunas pinceladas de mi vida. Eso le ayudará a entenderme mejor, y le resultará muy interesante. Sí, tiene usted razón, hoy me parezco a Polichinela; y Polichinela también es sincero, ¿verdad?

—Escuche, príncipe, ya es tarde, y realmente...

—¿Qué? ¡Qué impaciencia, Dios mío! ¿A qué viene tanta prisa? Si estamos tan a gusto, charlando amigablemente, con toda franqueza, con una copa de vino, como buenos amigos. Piensa usted que estoy borracho: no pasa nada, mejor así. ¡Ja, ja, ja! Lo cierto es que estas reuniones entre amigos quedan después grabadas en la memoria, y las recordamos con nostalgia. No tiene usted buen carácter, Iván Petróvich. Carece usted de sentimentalismo, de sensibilidad. ¿Qué le supone perder una horita de nada con un amigo como yo? Aparte de que todo esto también viene al caso... ¿O es que no se da cuenta? Y encima un escritor: tendría que estar usted agradecido por disfrutar de esta ocasión. Puede crear un personaje basado en mí, ¡Ja, ja, ja! ¡Dios mío, qué ingenuo, qué cándido estoy hoy!

Estaba bebido, sin duda. La cara le había cambiado, y tenía una expresión maliciosa. Buscaba la manera de herir, de pinchar, de morder, de denigrar. «Por una parte, es mejor que esté bebido —pensé—, así se irá de la lengua». Pero no perdía la lucidez.

—Amigo mío —empezó de nuevo, con evidente regocijo—, acabo de hacerle una confidencia, acaso extemporánea: le he dicho que, en determinadas circunstancias, siento un deseo irresistible de sacarle la lengua a la gente. Por esa ingenua e inocente confesión me ha comparado usted con Polichinela, algo que, sinceramente, me divierte. Pero, si le llama la atención y le parece censurable que haya adoptado con usted un tono grosero e incluso indecoroso, más propio de un aldeano, si cree, en definitiva, que he cambiado abruptamente de tono con usted, debo decir, en ese caso, que es usted injusto conmigo. En primer lugar, ese tono me va; en segundo lugar, no estoy en casa, sino aquí, *en su compañía*... me refiero a que nos estamos divirtiendo, como buenos amigos... En tercer lugar, yo soy tremendamente caprichoso. ¿Sabía usted que en cierta ocasión tuve incluso el capricho de ser metafísico y filántropo, y coqueteé con las mismas ideas que usted? Aunque eso fue hace ya mucho tiempo, en los dorados días de la juventud. Recuerdo que acababa de llegar a la aldea, cargado de proyectos humanitarios, y, naturalmente, a punto estuve de morir allí de aburrimiento. Y no se va a creer usted lo que me ocurrió entonces. En mi aburrimiento, empecé a tratar a algunas bellas jovencitas... ¿Ya empieza usted a ponerme mala cara? ¡Ay, mi joven amigo! Pero si no es más que una charla informal.

¡De vez en cuando hay que divertirse, hay que dejarse llevar! Yo tengo un temperamento ruso, típicamente ruso, soy un patriota, y me gusta dar rienda suelta a mis impulsos. Además, hay que atrapar el momento y disfrutar de la vida. Total, ya me llegará la hora. Bueno, el caso es que me dio por ir detrás de las mujeres. Recuerdo que una de aquellas pastorcillas estaba casada con un joven campesino, muy buen mozo. Hice que lo azotaran, y decidí mandarlo de soldado (¡pecadillos de juventud, señor poeta!), aunque al final no se alistó. Murió en el hospital... Teníamos un hospital en la aldea, con doce camas, magníficamente dotado: todo muy limpio, con suelos de *parquet*... El caso es que hace ya mucho que lo mandé cerrar, pero en aquellos tiempos estaba muy orgulloso de él; yo era un filántropo; en cuanto a aquel aldeano, puede decirse que lo maté a palos por culpa de su mujer... Vaya, ya está otra vez torciendo el gesto. ¿Le repugna escuchar estas cosas? ¿Atenta contra sus nobles sentimientos? ¡Bueno, bueno, cálmese usted! Todo eso forma parte del pasado. Esas cosas las hice cuando tenía inclinaciones románticas, cuando quería ser un benefactor del género humano, fundar una sociedad filantrópica... Ése era entonces mi camino. Y en esa época recurría a los azotes. Ya no lo hago; ahora la gente tuerce el gesto, todos torcemos el gesto... es el signo de los tiempos... Aunque el que más gracia me hace es ese idiota de Ijménev. Estoy seguro de que él se enteró de ese episodio con el campesino... ¿y qué diría usted que hizo? Como hay tanta bondad en su alma, que debe de estar hecha de almíbar, y, como por entonces estaba prendado de mí y no se cansaba de ponerme por las nubes, decidió no creer una palabra y cerró los ojos a la evidencia, y durante doce años me estuvo defendiendo a todo trance, hasta que le tocó pagar a él. ¡Ja, ja, ja! Pero ¡todo esto son sandeces! Bebamos, mi joven amigo. Dígame una cosa: ¿a usted le gustan las mujeres?

No le respondí. Me limitaba a escuchar. El príncipe empezó la segunda botella.

—Pues a mí me gusta hablar de mujeres en la cena. Después de cenar, podría presentarle a una tal *mademoiselle Phileberte*, ¿eh? ¿Qué me dice? No quiere usted ni mirarme... ¡hum! —Se quedó pensativo. Pero de pronto levantó la cabeza, me dirigió una mirada que parecía querer decir algo y prosiguió—: Verá, poeta mío, quiero revelarles un secreto de la naturaleza que usted, al parecer, desconoce por completo. Estoy convencido de que en estos momentos usted me considera un pecador, tal vez un canalla, un monstruo del vicio y la depravación. Pues ¡escuche lo que le voy a decir! Si fuera posible (aunque es algo que jamás ocurrirá, dada la naturaleza humana), si fuera posible que cada uno de nosotros revelara sus secretos más íntimos, sin miedo a confesar no sólo aquello que le da miedo decir y que jamás admitiría en público, no sólo aquello que no se atreve a manifestar ante sus mejores amigos, sino incluso aquello que ni siquiera se atreve a confesarse a sí mismo, entonces se extendería tal hedor que el mundo se volvería irrespirable. De ahí, dicho sea de paso, la conveniencia de las reglas de urbanidad y del decoro. Tienen un profundo sentido, no diré para la moral, pero sí para nuestra preservación y bienestar. Lo cual, desde luego, es preferible, porque en el fondo la moral equivale al bienestar; quiero decir

que la moral se ha inventado únicamente para contribuir al bienestar. Pero ya hablaremos del decoro, ahora me estoy apartando del tema; no deje de recordármelo más tarde. En conclusión: usted me considera un depravado, un vicioso, un inmoral, pero la verdad es que, si soy culpable de algo, es de ser *más sincero* que los demás, eso es todo... Soy culpable de no disimular lo que los demás ocultan y se niegan a mirar, como ya le he dicho... Tal vez sea algo horrible, pero ahora mismo eso es lo que deseo. No se preocupe —añadió con una sonrisa burlona—, he hablado de culpas, pero no pienso pedir perdón. Fíjese en otra cosa: no trato de ponerle en un aprieto, no le estoy preguntando si tiene usted sus propios secretos que ocultar, para poder así justificarme... Prefiero actuar con nobleza y decencia. Yo siempre me porto como un caballero...

—Habla usted por hablar —dije, mirándole con desprecio.

—Que hablo por hablar, ¡ja, ja, ja! ¿Quiere que le diga en qué está pensando ahora? Se está preguntando para qué le he traído a este sitio y por qué me ha dado de pronto, sin venir a cuento, por sincerarme con usted. ¿A que sí?

—Sí.

—Bueno, pues después se lo diré.

—¿Y no será, sencillamente, que se ha bebido usted dos botellas y está... un tanto achispado?

—Querrá decir borracho. Podría ser. «¡Achispado!» Resulta más suave que «borracho». Pero ¡qué delicado es usted! Vaya... ya estamos discutiendo otra vez, ahora que habíamos tocado un tema tan interesante. Sí, poeta, si hay algo dulce y hermoso en este mundo, son las mujeres.

—¿Sabe, príncipe? No acabo de entender cómo se le ha ocurrido escogerme a mí, precisamente a mí, como confidente de sus secretos y sus... inclinaciones amorosas.

—Hum... ya le he dicho que más tarde lo sabrá. No se preocupe; de todos modos, aunque no hubiera ninguna razón especial, usted es poeta y siempre sabrá comprenderme, ya hemos hablado antes de eso. Hay un placer muy peculiar en el acto de arrancarse la máscara de forma repentina, en ese cinismo con el que un hombre, de buenas a primeras, se exhibe delante de otro, y lo hace de tal manera que ni siquiera es digno de producir vergüenza. Le contaré una anécdota: había en París un funcionario que estaba mal de la cabeza; más tarde acabó en un manicomio, cuando por fin se dieron cuenta de que estaba loco. El caso es que, cuando perdió la cabeza, su mayor diversión consistía en quedarse completamente desnudo, como Adán, únicamente con los zapatos puestos; después se echaba por encima una capa muy amplia que le llegaba hasta los pies, y así, envuelto en esa capa, salía a la calle con un aspecto grave y majestuoso. Claro, a primera vista parecía un hombre corriente, paseándose tan contento con aquella capa. Pero, cuando se encontraba con alguien a solas, en un lugar apartado, se acercaba en silencio a ese individuo y, con aire completamente serio y circunspecto, se detenía delante de él, se abría la capa y se mostraba en toda su... pureza. Aquello duraba un minuto, tras lo cual volvía a

cubrirse y, sin alterársele un solo músculo de la cara, pasaba en silencio al lado del espectador, que se había quedado mudo de asombro, grave y ligero como el espectro de Hamlet. Así procedía con todo el mundo, con varones, mujeres y niños, y ése era su único placer. Pues mire: al menos una fracción de ese placer se puede experimentar aturullando a uno de esos schillerianos y sacándole la lengua cuando menos se lo espera. «Aturullando», menuda palabreja. La he leído por ahí, en alguna de esas obras modernas.

—Bueno, ese tipo estaba loco, pero usted...

—¿Yo estoy cuerdo?

—Sí.

El príncipe se echó a reír a carcajadas.

—Tiene usted mucha razón, querido amigo —añadió, con una expresión de infinita insolencia en su cara.

—Príncipe —dije, exasperado por su desvergüenza—, usted nos odia, y a mí el primero, y en mí se está vengando de todo y de todos. Todo esto obedece a su mezquina vanidad. Es usted un malvado, y un malvado de poca monta. Le hemos sacado de sus casillas; me parece que está usted especialmente enfadado por lo que pasó la otra noche. Sin duda, no se le podía haber ocurrido mejor forma de desquitarse conmigo que con esta muestra absoluta de desprecio: usted prescinde hasta de las más elementales y comunes normas de respeto a las que todos nos debemos. Pretende hacerme ver a las claras que usted no considera siquiera que tenga que avergonzarse ante mí al arrancarse de esa manera tan repentina y tan descarada su repugnante máscara, exhibiéndose de un modo tan cínico...

—¿Por qué me dice todo eso? —me preguntó, mirándome de una manera grosera y maliciosa—. ¿Para demostrarse lo perspicaz que es usted?

—Para demostrarle que le entiendo y dejárselo claro.

—*Quelle idée, mon cher* —continuó, volviendo de pronto al tono desenfadado y locuaz de antes—. Lo único que ha conseguido usted es apartarme del tema. *Buvons, mon ami*, permita que le llene la copa. Yo sólo quería contarle una historia deliciosa y extraordinariamente amena. A grandes rasgos. En cierta ocasión conocí yo a una dama; no estaba en su primera juventud, tendría ya veintisiete o veintiocho años, y era una auténtica belleza: ¡qué busto, qué porte, qué andares! Tenía una mirada penetrante, como la de un águila, pero siempre estricta y severa; era una mujer majestuosa e inaccesible. Tenía fama de ser fría como el más crudo invierno, y a todo el mundo le asustaba su virtud intachable y amenazante. Amenazante, eso es. No había en todo su círculo un juez más riguroso que ella. No sólo condenaba el vicio en las otras mujeres, sino también la más pequeña debilidad, y la condenaba irremisiblemente, sin posible apelación. Gozaba de un enorme prestigio en su entorno. Las ancianas que más presumían de su virtud, las más temibles, la respetaban y hasta la adulaban. Ella miraba a todo el mundo con idéntica severidad, como la abadesa de un convento medieval. Las jóvenes temblaban ante sus miradas y

sus juicios. Un solo comentario suyo, una observación, podía dar al traste con cualquier reputación; tal era su peso en la sociedad. Hasta los hombres la temían. Finalmente, se volcó en una especie de misticismo contemplativo, no menos sereno e imponente... Pues bien, no había libertina más depravada que esa mujer. Yo tuve la suerte de ganarme plenamente su confianza: en una palabra, yo fui su amante secreto y misterioso. Arreglábamos nuestras citas con tanta destreza, con tanta maestría, que ninguno de sus criados llegó a sospechar nunca nada; únicamente una de sus doncellas, una francesa preciosa, había sido iniciada en sus secretos, pero de esa muchacha podíamos fiarnos por completo: también ella tomaba parte en el juego. ¿De qué modo? Ahora no viene al caso. La voluptuosidad de mi dama llegaba a tal extremo que podría haberle dado lecciones al mismísimo marqués de Sade. Pero lo más llamativo, lo más intenso y estremecedor de su sensualidad, era la hipocresía y desvergüenza con que perpetraba sus engaños. La condesa se burlaba de todo lo que predicaba en público, de todo lo que, según ella, era elevado, inaccesible e intocable; se reía satánicamente de las cosas más sagradas y pisoteaba a sabiendas lo que nadie se atrevería a pisotear. Y hacía todo eso sin reservas, sin miramientos, de una manera tan extrema que ni la imaginación más calenturienta podría siquiera concebirlo. Pues ése era, por encima de todos los demás, el rasgo más llamativo de su sensualidad. Sí, se trataba del diablo encarnado, pero su encanto no tenía igual. No puedo recordarla sin sentirme extasiado. En mitad de los más intensos placeres, de pronto se echaba a reír como una posesa, y yo entendía aquella risa, la entendía perfectamente, y también yo estallaba en una carcajada... Aún suspiro al recordarlo, a pesar del tiempo transcurrido. En el curso de un año, esa mujer me cambió por completo. Si yo hubiera querido, podría haberle hecho mucho daño. Pero ¿quién me habría creído? ¡Una persona como ella! ¿Qué tiene usted que decir, joven amigo?

—¡Cuánta bajeza! —respondí, después de haber escuchado su confesión con repugnancia.

—No sería usted quien es si hubiera respondido de otro modo. Sabía que iba a decir eso. ¡Ja, ja, ja! Espere un poco, *mon ami*, viva usted más y acabará por comprenderlo. Pero todavía está demasiado verde. No, usted no es ningún poeta, por lo que veo: esa mujer entendía la vida y sabía sacarle partido.

—Pero ¿qué necesidad había de llegar a esos extremos de bestialidad?

—¿A qué bestialidad se refiere?

—A la de esa mujer, y a la de usted con ella.

—Ah, a eso lo llama usted bestialidad; señal de que aún está aprendiendo a dar sus primeros pasos. Admito, desde luego, que la independencia puede manifestarse de muy distintas formas, pero... Seamos más claros, *mon ami*... Estará usted de acuerdo conmigo en que todo esto no son más que tonterías.

—¿Qué es lo que son tonterías?

—Lo que no es ninguna tontería es la personalidad: la mía, en concreto. Todo existe para mí, el mundo entero ha sido creado para mí. Escuche, amigo mío, yo sigo

convencido de que todavía se puede vivir bien en este mundo. Y ésa es la mejor fe, porque sin ella no se puede vivir, ni siquiera de mala manera: lo único que nos queda en ese caso es recurrir al veneno. Por lo visto, eso fue lo que hizo algún imbécil. Tanto filosofó que acabó con todo, con todo, incluso con la legitimidad de todos los deberes normales y naturales del hombre, y al final no le quedó nada; el balance, en definitiva, equivalía a cero, así que proclamó que lo mejor que había en la vida era el ácido prúsico. Dirá usted: eso es Hamlet, es la desesperación más terrible, algo tan grandioso que jamás habríamos soñado. Pero usted es poeta, y yo no soy más que un simple mortal: por eso le digo que hay que considerar este asunto desde un punto de vista eminentemente práctico y sencillo. Yo, por ejemplo, hace ya tiempo que me he liberado de toda suerte de ataduras y obligaciones. Sólo me considero obligado a hacer algo cuando eso me reporta algún beneficio. Usted, naturalmente, es incapaz de ver así las cosas; está atado de pies y manos y tiene el gusto estragado. Añora el ideal y la virtud. Muy bien, querido amigo, estoy dispuesto a admitir cualquier cosa que me diga, pero ¿qué le voy a hacer si estoy convencido de que el más profundo egoísmo subyace a todas las virtudes humanas? Y, cuanto más virtuosa parece una empresa, más egoísmo encierra. Ámate a ti mismo: ésa es la única regla que acato. La vida es una transacción comercial: no conviene tirar el dinero, pero hay que pagar cuando uno queda satisfecho; ésa es la única obligación que tenemos con el vecino. Ésa es mi moral, por si quiere saberlo, aunque le confieso que, en mi opinión, es preferible no pagar al vecino, e ingeniárnoslas para que nos sirva de balde. No tengo ideales ni quiero tenerlos; nunca los he echado de menos. Uno puede llevar una vida estupenda, una vida maravillosa, sin necesidad de ideales... y, *en somme*, estoy encantado de poder prescindir del ácido prúsico. En cambio, de haber sido más virtuoso, puede que lo hubiera necesitado, como aquel estúpido filósofo (seguro que era alemán). ¡No! Hay muchas cosas buenas en la vida. Me gusta ser alguien en esta sociedad, me gustan los rangos, una buena mansión, apostar fuerte a las cartas (adoro las cartas). Pero, sobre todo, me gustan las mujeres... las mujeres en todos los sentidos; me gustan los vicios secretos y oscuros, un tanto extraños y originales, algo sucios incluso, para evitar la monotonía... ¡Ja, ja, ja! ¡Hay que ver con qué cara de desprecio me está mirando!

—Tiene usted razón —contesté.

—Bueno, admitamos que usted también tenga razón; en todo caso, siempre será mejor un poco de suciedad que el ácido prúsico. ¿No le parece?

—No, el ácido prúsico es preferible.

—Le he pedido su opinión para poder así disfrutar de su respuesta, aunque ya la conocía de antemano. No, amigo mío: si de verdad ama usted al género humano, deséales a todas las personas inteligentes un gusto como el mío, aunque sea algo sucio; si no, la gente inteligente no tendrá nada que hacer en este mundo y sólo quedarán los simples. Menuda suerte para ellos. Existe un dicho al respecto: todos los tontos tienen suerte. No sé si sabe que no hay nada más agradable que vivir rodeado

de tontos y darles coba: ¡es algo muy rentable! No me mire usted así por respetar los prejuicios, atenerme a ciertas normas o afanarme por alcanzar notoriedad; ya sé que vivo en una sociedad estéril; pero, por ahora, estoy a gusto en ella, y yo le doy mi apoyo y demuestro que soy su más firme defensor, si bien, llegado el caso, también seré el primero en abandonarla. Estoy al corriente de todas esas ideas modernas, aunque nunca me he preocupado por ellas, ni tenía por qué. No sé lo que son los remordimientos de conciencia. Estoy de acuerdo con todo siempre que me vaya bien; somos legión los que pensamos así, y lo cierto es que nos va de maravilla. Todo es perecedero en este mundo, pero nosotros jamás pereceremos. Existimos desde la noche de los tiempos. Ya puede hundirse el mundo entero, que nosotros saldremos a flote. Fíjese en una cosa, por cierto: las personas como yo estamos llenas de vida. Tenemos una vitalidad admirable, extraordinaria; ¿no le había llamado nunca la atención? Así que hasta la naturaleza nos protege, ¡je, je, je! Yo quiero vivir, a toda costa, hasta los noventa años. No me gusta nada la muerte, y le tengo miedo. ¡Sólo el diablo sabe cómo me tocará morir! Pero ¡no hablemos de esto! Ha sido ese filósofo suicida el que me ha sacado de mis casillas. ¡Al cuerno la filosofía! *Buvons, mon cher!* ¡Vamos a hablar de las lindas muchachitas... ¿Adónde va usted?

—Me voy, ya va siendo hora; también para usted...

—¡Basta, basta! Yo le he abierto, por así decir, mi corazón, y usted es incapaz de apreciar una prueba de amistad tan evidente. ¡Je, je, je! ¡Qué poco amor hay en usted, poeta! Aguarde un poco, quiero pedir otra botella.

—¿La tercera?

—La tercera. En cuanto a la virtud, mi joven discípulo (permita que le dé este dulce nombre; quién sabe, tal vez mis enseñanzas le sean provechosas algún día)... en cuanto a la virtud, mi joven discípulo, ya le he dicho que, cuanto más virtuosa es la virtud, más egoísmo encierra. Me gustaría contarle a este respecto una anécdota preciosa: en cierta ocasión amé a una muchacha, y fue aquél un amor casi sincero. Ella sacrificó tantas cosas por mí...

—¿No sería aquélla a la que robó? —le pregunté con rudeza, sin ganas ya de contenerme.

El príncipe se estremeció, le cambió la cara y me clavó los ojos hinchados; había sorpresa y furia en esos ojos.

—Un momento —dijo, como si estuviera meditando en voz alta—, un momento; déjeme pensar. La verdad es que estoy borracho y me cuesta...

Se calló y me miró con aire inquisitivo, con aquella mirada furibunda; me tenía cogido de una mano, como si temiera que me fuera a marchar. No me cabe ninguna duda de que en ese momento estaba haciendo memoria, tratando de descubrir dónde podía haber oído yo aquella historia que muy poca gente conocía, y pensando si representaba algún peligro para él. Eso duró cosa de un minuto; súbitamente, la cara le volvió a cambiar y sus ojos recuperaron la expresión burlona y jovial de antes. Se echó a reír a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Todo un Talleyrand<sup>[54]</sup>! Pues sí, la verdad es que me quedé de piedra cuando aquella mujer me soltó en toda la cara que le había robado. ¡Cómo se desgañitaba! ¡Qué forma de insultarme! Estaba rabiosa, completamente desatada. Pero, juzgue usted mismo; lo primero, no tiene usted razón, yo no le robé nada a aquella mujer. Había sido ella la que me había regalado su dinero, así que ya era mío. Pongamos por caso que usted me regala, no sé, su mejor frac —diciendo esto, echó un vistazo a mi único frac, bastante deslucido, confeccionado tres años antes por un sastre llamado Iván Skorniaguin—, yo le quedo muy agradecido y empiezo a ponérmelo; de pronto, al cabo de un año nos peleamos y me exige que se lo devuelva, después de haberlo usado todo ese tiempo. Eso sería una bajeza: ¡no habérmelo regalado! Aparte de eso, y prescindiendo del hecho de que aquel dinero era mío, yo se lo habría devuelto de todas maneras, pero dígame usted: ¿dónde iba yo a reunir aquella suma de buenas a primeras? Y, sobre todo, como ya le he dicho, no puedo soportar los idilios ni los dramas schillerianos, y de ahí vino todo. No se imagina usted cómo se puso conmigo aquella mujer, proclamando a voz en grito que me iba a dar el dinero (un dinero que, por cierto, ya era mío). Acabó poniéndome nervioso, y de pronto fui capaz de verlo todo con total claridad, porque la verdad es que yo nunca pierdo la presencia de ánimo: pensé que, probablemente, si le devolvía el dinero, podía hacerla infeliz. La habría privado del placer de ser infeliz exclusivamente *por culpa mía* y de poder maldecirme el resto de su vida. Créame, amigo mío, hay una especie de éxtasis supremo en ese género de desdichas, que consiste en sentirse absolutamente justo y magnánimo, y en tener todo el derecho del mundo a considerar un miserable a nuestro oponente. Ni que decir tiene que ese éxtasis rencoroso se da en los temperamentos schillerianos. Es posible que después de lo ocurrido aquella mujer no tuviera ni para comer, pero estoy seguro de que sería feliz. No quise arrebatarle esa felicidad y no le devolví el dinero. De ese modo quedó demostrada mi regla, según la cual, cuanto más llamativa y aparatosa es la generosidad de alguien, más repugnante es el egoísmo que encierra... ¿No le parece evidente? Pero... Y usted que quería cogerme en un renuncio, ¡ja, ja, ja! Venga, confiéselo... ¡Oh, Talleyrand!

—¡Adiós! —dije, levantándome de la mesa.

—¡Un minuto! Sólo un par de cosas más —exclamó, dejando de repente su tono repulsivo y poniéndose serio—. Escuche bien esto último: de todo lo que le he dicho se desprende claramente, sin sombra de duda (me imagino que ya se habrá dado cuenta), que jamás pienso renunciar, por ningún concepto, a mi propio beneficio. Me gusta el dinero, y lo necesito. Katerina Fiódorovna tiene dinero a espuestas; durante diez años su padre obtuvo grandes beneficios del monopolio del vodka. Tiene tres millones de rublos, y esos tres millones me vendrían muy bien. Aliosha y Katia hacen muy buena pareja: son dos tontos de remate; es justo lo que necesito. De ahí mi deseo y mi firme propósito de que su matrimonio se celebre cuanto antes. En dos o tres semanas la condesa y Katia se marcharán a la aldea. Aliosha tiene que acompañarlas. Advierta a Natalia Nikoláievna de que no debe haber escenas bucólicas, ni dramones

schillerianos, ni intentos de alzarse contra mí. Soy vengativo y malvado, no doy mi brazo a torcer. No le tengo miedo a esa joven; todo se hará como yo diga, de eso no me cabe ninguna duda, y si la prevengo ahora, más bien, es en su beneficio. Así que procure usted que no haga ninguna tontería y actúe con sensatez. Si no, lo va a pasar mal, muy mal. Tendría que estarle agradecida por no haber actuado contra ella como se merecía, descargando sobre ella el peso de la ley. Sepa usted, mi querido poeta, que las leyes protegen la paz familiar y le garantizan al padre la obediencia del hijo; aquellas personas que impiden que los hijos cumplan sus sagradas obligaciones con sus progenitores no gozan de amparo legal. Tenga presente, por último, que yo tengo mis vínculos, y ella ninguno y... ¿Se da usted cuenta de lo que podría haber hecho con ella? Si no he hecho nada ha sido porque hasta ahora ha procedido con mucha sensatez. No se preocupe: en los últimos seis meses, sin descanso, no han dado un solo paso que no haya sido celosamente vigilado; yo he estado al corriente de todo, hasta del más pequeño detalle. Por eso, he aguardado tranquilamente a que el propio Aliosha la dejara, y eso ya ha empezado; entre tanto ha disfrutado de una distracción deliciosa. Él a mí me ha visto como a un padre comprensivo, y yo necesito que él tenga esa idea de mí. ¡Ja, ja, ja! Cuando recuerdo que la otra noche estuve poco menos que alabando la generosidad y el desinterés de esa joven, por no haber pretendido casarse con él. ¡Que me digan a mí cómo se pensaban casar! Por lo que respecta a mi aparición en su casa, obedecía únicamente a que ya iba siendo hora de poner fin a su relación. Y necesitaba verificarlo todo con mis propios ojos, comprobarlo personalmente... Bueno, ¿tiene usted suficiente? O a lo mejor quiere saber más cosas: para qué le he traído a este lugar, a qué ha venido todo esto, por qué me he sincerado así con usted cuando todo podía haberse dicho sin tanta crudeza, ¿verdad?

—Sí. —Me controlé y seguí escuchando con avidez. Ya no tenía por qué contestarle.

—Pues únicamente, amigo mío, porque he visto en usted algo más de sentido común y de perspicacia que en esos dos bobalicones. Podría haber sabido antes qué clase de persona soy, haber tratado de adivinar, haberse hecho toda clase de conjeturas sobre mí, pero yo he preferido ahorrarle esa molestia y he decidido mostrarle claramente con quién está tratando. Nada mejor que el efecto de la inmediatez. Entiéndame, *mon ami*. Ya sabe usted a quién tiene delante, usted quiere a esa muchacha, y por eso confío en que usted ejerza su influencia (porque, al fin y al cabo, usted tiene influencia sobre ella) para evitarle *determinadas molestias*. De otro modo, va a tener problemas, y le aseguro, le aseguro a usted que no van a ser ninguna broma. Bueno, por último, la tercera razón para haber sido tan franco con usted (seguro que ya lo ha adivinado, mi querido amigo)... sí, es que tenía verdaderas ganas de escupir mi desprecio sobre toda esta historia, y de escupirlo, precisamente, ante sus ojos...

—Pues ha logrado usted su objetivo —dije, temblando de la excitación—. Estoy

de acuerdo: no había mejor modo de exhibir ante mí toda su rabia y todo su desprecio que con toda esta franqueza. No sólo no le preocupaba que su sinceridad pudiera comprometerle ante mí, sino que ni siquiera ha sentido usted la menor vergüenza... Efectivamente, me ha recordado usted al loco aquel de la capa. No me considera un hombre.

—Ha acertado, mi joven amigo —dijo, levantándose de la mesa—; usted siempre acierta: no en vano es escritor. Confío en que nos separemos de una forma amistosa. ¿Una última copa de despedida?

—Está usted borracho, y si no fuera porque no quiero contestarle como se merece...

—¡Otra vez la reticencia! Así que no me ha dicho usted todo lo que me debería haber dicho, ¡ja, ja, ja! Supongo que no me dejará que le invite.

—No se preocupe, ya pago yo lo mío.

—Sí, claro, sin duda. ¿Quiere que le acerque a alguna parte?

—No voy a ir con usted.

—Adiós, poeta mío. Espero que me haya comprendido...

Se alejó con paso inseguro y sin volverse hacia mí. Su lacayo le ayudó a subir al coche. Yo seguí mi camino. Ya eran más de las dos. Llovía, era una noche oscura...

## Cuarta parte

## Capítulo I

No voy a describir mi indignación. Aunque debería habérmelo esperado, estaba estupefacto: era como si aquel hombre me hubiera desvelado, súbitamente, toda su monstruosidad. Pero recuerdo que mis sensaciones eran confusas: como si me hubieran derribado de un golpe y me estuvieran aplastando, y la más negra angustia me oprimiera el corazón. Estaba asustado por Natasha. Presentía que la esperaban muchos sufrimientos y empecé a inquietarme, pensando en cómo sortearlos, cómo hacerle más llevaderos esos momentos finales previos al desenlace de todo aquel asunto. Pues no cabía duda de que el desenlace estaba ya muy próximo. Se estaba acercando, y era imposible no darse cuenta de qué clase de desenlace sería.

Ni siquiera reparé en cómo había llegado hasta casa, a pesar de que la lluvia me fue calando hasta los huesos por el camino. Ya eran las tres de la madrugada. No tuve tiempo de llamar a la puerta de mi apartamento cuando se oyó un gemido y la puerta se abrió de inmediato: era como si Nellie, en lugar de acostarse, hubiera estado esperándome, pegada a la puerta. Había una lamparilla encendida. Me fijé en la cara de Nellie y me asusté. Estaba completamente alterada; los ojos le ardían, como si estuviera delirando, y tenía una mirada salvaje: no parecía reconocerme. Le había subido mucho la fiebre.

—Nellie, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma? —le pregunté, inclinándome hacia ella y estrechándola entre mis brazos.

Se apretó contra mí, temblorosa, como si estuviera asustada, pronunció unas palabras entrecortadas, a toda prisa: parecía que hubiera estado esperando mi llegada únicamente para contarme aquello. Pero sus palabras resultaron extrañas e incoherentes; yo no entendí nada, estaba delirando.

Rápidamente la llevé a la cama. Pero ella no hacía más que echarse encima de mí y abrazarme con fuerza, presa del pánico, como si quisiera pedirme que la protegiera de alguien, y, cuando por fin se tumbó en la cama, siguió aferrándose a mi mano, sujetándola con fuerza, temerosa de que me pudiera marchar nuevamente. Yo estaba tan emocionado y tenía los nervios tan alterados que, viéndola en ese estado, me eché a llorar. También yo estaba enfermo. Al ver mis lágrimas, me dirigió una larga mirada inmóvil, examinándome con redoblada intensidad, como tratando de comprender alguna cosa. Se notaba que le estaba costando un tremendo esfuerzo. Por fin, algo parecido a una idea se dibujó en su rostro; por lo general, después de cada ataque epiléptico violento, durante un tiempo era incapaz de aclarar sus ideas y de articular con claridad. Como en esta ocasión: tras haber realizado un esfuerzo colosal, con ánimo de decirme algo, y dándose cuenta de que yo no la había entendido, extendió hacia mí su frágil mano y empezó a enjugarme las lágrimas; después me rodeó el cuello con los brazos, me atrajo y me besó.

Estaba claro: había sufrido un ataque en mi ausencia, un ataque que le había sobrevenido estando justo al lado de la puerta. Una vez superado, seguramente habría

tardado mucho en recuperarse. En esos momentos, la realidad y el delirio se confunden, y ella debió de imaginarse algo espantoso, alguna clase de horror. Al mismo tiempo, sería vagamente consciente de que yo podía volver en cualquier instante, y de que no tendría más remedio que llamar a la puerta; de ese modo, se había tendido en el suelo, al lado de la puerta, donde estuvo esperando ansiosa mi regreso y se levantó al oír mi primer golpe.

«Pero ¿qué estaba haciendo precisamente ahí, al lado de la puerta?», me pregunté, y de pronto advertí con sorpresa que llevaba puesta la pelliza (se la acababa de comprar a una anciana ropavejera, conocida mía, que de vez en cuando se pasaba por mi casa y me dejaba alguna prenda a crédito); por tanto, se disponía a salir a la calle, y es posible que ya hubiera abierto la puerta cuando le sobrevino el ataque epiléptico. ¿Adónde iría? ¿No estaría ya entonces delirando?

A todo esto, la fiebre no remitía, y en seguida volvió a caer en el delirio y la inconsciencia. Ya había sufrido otros dos ataques desde que vivía allí conmigo, pero siempre se había recuperado bien. Esta vez, sin embargo, tenía fiebre muy alta. Tras una media hora sentado a su lado, acerqué una silla al sofá y me tumbé, tal como estaba, vestido, muy cerca de ella, para despertarme sin demora si me llamaba. Ni siquiera apagué la lámpara. La miré muchas veces antes de acabar por dormirme. Estaba pálida; tenía los labios resecaos por la calentura y con restos de sangre, probablemente como consecuencia de la caída; la expresión de terror no se le borraba del rostro, donde también podía verse una profunda angustia que, al parecer, no la abandonaba ni durante el sueño. Decidí que, a la mañana siguiente, si no mejoraba, lo primero que haría sería ir a llamar al médico. Tenía miedo de que aquello desembocara en un verdadero delirio.

«¡Ha sido el príncipe quien la ha asustado!», pensé con un escalofrío, y recordé lo que me había contado sobre aquella mujer que le había arrojado el dinero a la cara.

## II

Habían pasado dos semanas; Nellie se iba recuperando. No había vuelto a tener fiebre alta, aunque seguía muy delicada. Se levantó de la cama ya a finales de abril, un día claro y luminoso. Estábamos en Semana Santa.

¡Pobre criatura! No puedo mantener el orden de antes en mi relato. Ha transcurrido mucho tiempo hasta llegar hasta este momento en el que estoy anotando aquel pasado, pero aún sigo sintiendo la misma pena aguda y lacerante cada vez que recuerdo su carita delgada y las largas y penetrantes miradas de sus ojos negros cuando nos quedábamos a solas: me observaba detenidamente desde la cama, y no paraba de mirarme, como si me retara a adivinar lo que estaba pensando, hasta que, viendo que no lo adivinaba y seguía igual de desconcertado que antes, sonreía en silencio, como para sí, y me tendía cariñosamente su menuda mano cálida, con sus dedos finos, resecos. Ahora todo eso ha pasado, todos esos hechos son ya bien conocidos, pero yo no he acabado de comprender los secretos de aquel pequeño corazón, enfermo, maltratado y ofendido.

Me doy cuenta de que me aparto del curso del relato, pero en estos momentos únicamente quiero pensar en Nellie. Es extraño: ahora mismo, acostado en la cama de un hospital, abandonado por todos aquéllos a los que quise tanto, tan intensamente, ocurre en ocasiones que algún detalle insignificante de aquellos tiempos, que con frecuencia pasaba desapercibido y caía rápidamente en el olvido, de pronto me viene a la memoria, y mi mente en seguida le atribuye un significado completamente distinto, que explica cabalmente algo que hasta ahora había sido incapaz de comprender.

Durante los cuatro primeros días de su enfermedad, tanto el médico como yo estuvimos enormemente preocupados por ella, pero al quinto día el doctor me llevó aparte y me dijo que no había de qué preocuparse, que indudablemente se iba a recuperar. Se trataba del mismo doctor —aquel conocido mío, solterón, bonachón y excéntrico— al que había llamado la primera vez que Nellie cayó enferma y que tanto la había impresionado con su enorme cruz de San Estanislao colgada al cuello.

—¡Así que no hay de qué preocuparse! —dije, con gran alivio.

—Sí; por esta vez se va a recuperar, aunque después no tardará en morir.

—¿Que se va a morir? Pero ¿por qué? —grité, desconcertado ante su sentencia.

—Sí, inevitablemente morirá muy pronto. La paciente tiene una afección orgánica en el corazón, y la menor circunstancia desfavorable la hará recaer. Tal vez vuelva a salir adelante, pero más tarde sufrirá una nueva recaída, y acabará por morir.

—Pero ¿de verdad no hay forma de salvarla? ¡No, eso es imposible!

—Pues es lo que se espera que ocurra. Con todo, si se la preservara de circunstancias adversas, llevando una vida tranquila y relajada, una vida más grata, la paciente aún podría eludir la muerte, y a veces se dan casos... imprevistos... anómalos y extraños... en una palabra, la paciente podría llegar a salvarse si

concurrieran numerosos factores favorables, pero curarse radicalmente... eso jamás.

—¡Dios mío! Entonces, ¿qué habría que hacer?

—Seguir mis recomendaciones, llevar una vida tranquila y tomar los polvos con regularidad. He observado que se trata de una chiquilla caprichosa, inestable y dada a las burlas; no le hace ninguna gracia tener que tomarse su medicina a la hora debida, y hace un momento se ha negado en redondo a tomársela.

—Sí, doctor. Efectivamente, se está comportando de forma extraña, pero yo lo achaco a sus nervios. Ayer estuvo muy obediente; hoy, en cambio, al ir a suministrarle la medicina, le ha dado un manotazo a la cucharilla, aparentemente sin querer, y se ha caído toda. Cuando he intentado volver a preparársela, me ha quitado de golpe la caja de los polvos y la ha tirado al suelo, y después se ha echado a llorar... Pero no creo que fuera por intentar obligarla a que se tomara la medicina —añadí, tras una breve reflexión.

—¡Vaya! Irritación. Con lo mal que lo ha pasado —yo le había contado al doctor, con toda franqueza, muchos detalles de la historia de Nellie, y mi relato le había impresionado—, no es extraño que haya caído enferma. De momento, la única solución es tomarse los polvos, y eso es lo que tiene que hacer. Voy a ver si consigo convencerla de que siga las recomendaciones médicas y... o sea, en definitiva... de que se tome los polvos.

Salimos de la cocina (donde había tenido lugar nuestra entrevista) y el doctor se aproximó al lecho de la enferma. Sin embargo, Nellie, al parecer, nos había estado escuchando; en cualquier caso, había levantado la cabeza de la almohada y, volviéndose hacia donde estábamos, había intentado seguir la conversación. Yo lo había advertido a través de la rendija de la puerta entreabierta; pero, cuando nos acercamos a ella, la muy pícara volvió a meterse bajo las sábanas y nos miró con una sonrisa burlona. La pobrecilla había adelgazado mucho en esos cuatro días de enfermedad: tenía los ojos hundidos, aún tenía fiebre. De modo que aquel aire travieso y aquellas radiantes miradas provocativas que tanto sorprendían al doctor —el más bondadoso de los alemanes de San Petersburgo— desentonaban por completo en su rostro. Con toda seriedad, aunque esforzándose por suavizar su voz, el médico le expuso en un tono amable y cariñoso que aquellos polvos resultaban imprescindibles para su salvación y que, en consecuencia, estaba obligada a tomarlos. Nellie empezó a levantar la cabeza, pero, de repente, con un movimiento aparentemente accidental del brazo, golpeó la cuchara, y toda la medicina volvió a caerse al suelo. Estoy convencido de que lo hizo a propósito.

—Ha sido un descuido muy molesto —dijo tranquilamente el médico—, y sospecho que lo ha hecho usted aposta, lo cual es algo muy censurable. Pero... la cosa tiene remedio y podemos preparar otra vez la medicina.

Nellie se rió sin disimulo delante de él.

El doctor sacudió metódicamente la cabeza.

—Eso está muy feo —dijo, diluyendo de nuevo los polvos en agua—; es algo

muy, muy censurable.

—No se enfade conmigo —respondió Nellie, intentando en vano no volver a reírse—; me lo tomaré sin falta... Pero ¿usted me quiere?

—Si se porta usted como es debido, la querré mucho.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Y ahora no me quiere?

—Ahora también la quiero.

—¿Y me dará un beso si se lo pido?

—Sí, si se lo merece usted.

En ese momento Nellie fue incapaz de contenerse y se echó a reír otra vez.

—La paciente tiene un carácter muy alegre, pero todo esto no son más que nervios y caprichos —me susurró el doctor con cara muy seria.

—Muy bien, me tomaré los polvos —gritó de pronto Nellie con su débil vocecilla—. Pero, cuando crezca y sea mayor, ¿se casará usted conmigo?

Aquella nueva chiquillada debió de parecerle muy graciosa: se le encendieron los ojos y contrajo los labios en una sonrisa, a la espera de la respuesta del doctor, un tanto perplejo.

—Sí, claro —contestó, sonriendo de mala gana ante ese nuevo capricho—; sí, claro, si es usted una niña buena, una niña bien educada, y es obediente y...

—¿Y tomo la medicina? —le secundó Nellie.

—¡Eso es! Si toma la medicina. Es una buena chica —volvió a susurrarme—; hay en ella muchas... muchas cosas buenas y es muy lista, pero... eso de casarse... qué capricho más raro...

Y volvió a ofrecerle la medicina. Pero en esta ocasión ella se dejó de triquiñuelas y sencillamente le dio un manotazo a la cuchara, y toda la medicina fue a parar a la pechera y la cara del pobre viejo. Nellie se rió a carcajadas: ya no era la suya la misma risa inocente y alegre de antes. Una sombra cruel y maliciosa cruzó fugazmente su rostro. Todo ese rato me dio la sensación de que estaba tratando de evitar mi mirada: únicamente estaba pendiente del doctor y, con un gesto de burla —en el que, a pesar de todo, también se advertía su impaciencia—, se quedó esperando la reacción del «gracioso» viejecillo.

—¡Caramba! Otra vez... ¡Qué desgracia! Pero... aún puedo volver a prepararlo —dijo el anciano, limpiándose la cara y la pechera con el pañuelo.

Eso dejó descolocada a Nellie. Ella contaba con nuestro enojo, pensaba que empezábamos a regañarla, a reprenderla, y es muy posible que fuera eso lo que estuviera deseando, inconscientemente, en aquel momento; de ese modo, habría tenido un pretexto para ponerse a llorar, a sollozar histéricamente, para volver a tirar los polvos, como acababa de hacer, e incluso para romper algo, despechada, y apaciguar así su pobre corazón, caprichoso y maltratado. Esa clase de caprichos no son exclusivos de la gente enferma, no son exclusivos de Nellie. Cuántas veces me

habré dedicado a dar vueltas por mi habitación, apremiado por el deseo inconsciente de que alguien me ofendiera o me dijera algo que yo pudiera considerar ofensivo, para así tener en quién proyectar mi rabia. Las mujeres, cuando necesitan desahogarse de ese modo, empiezan a llorar, derramando las lágrimas más sinceras, y las más sensibles entre ellas llegan a sufrir ataques de histeria. Se trata de una experiencia completamente sencilla y cotidiana, que es más frecuente cuando otro pesar, muchas veces oculto, nos abrumba el corazón: un pesar que desearíamos confiar a alguien, pero no tenemos a quién.

Pero de pronto, desarmada por la bondad angelical del anciano al que no había dejado de humillar, y por la paciencia con la que éste se había puesto, por tercera vez, a prepararle la medicina, sin hacerle el menor reproche, Nellie se apaciguó. La sonrisa burlona se le borró de los labios, se le subieron los colores, los ojos se le humedecieron; me dirigió una rápida mirada y acto seguido volvió la cabeza. El doctor le ofreció la medicina. Ella se la tomó tranquilamente, con timidez, agarrando la mano colorada y rolliza del médico, y le miró despacio a los ojos.

—Usted... se enfada conmigo... porque soy mala —empezó a decir, pero, sin acabar de hablar, se zambulló entre las sábanas, se cubrió la cabeza y empezó a sollozar histéricamente.

—¡Oh, niña mía, no llore! No tiene importancia... Son los nervios; beba un poco de agua. —Nellie no le escuchaba—. Anímese... No esté triste —insistió, a punto de ponerse a gimotear, porque era un hombre muy sensible—; estoy dispuesto a perdonarla, y a casarme con usted, si se porta como una niña bien educada y acepta...

—¡Tomar la medicina! —se oyó una voz por debajo de las sábanas, acompañada de una risa nerviosa, que tintineaba como una campanilla, interrumpida por los sollozos. Esa risa me resultaba muy familiar.

—¡Qué chiquilla más buena, qué agradecida es! —dijo el doctor solemnemente, casi con lágrimas en los ojos—. ¡Pobrecilla!

Y a partir de ese instante dio comienzo entre Nellie y él una extraña, una asombrosa amistad. Conmigo, en cambio, Nellie se mostraba cada vez más taciturna, más nerviosa e irritable. No sabía yo a qué achacarlo, y estaba muy sorprendido, sobre todo porque aquel cambio había sobrevenido de forma repentina. En los primeros días de su enfermedad, ella había estado especialmente tierna y cariñosa conmigo; parecía que no se cansaba de verme, no consentía que me alejara de ella, me cogía con su mano febril y me hacía sentarme a su lado y, como me viera triste y preocupado, hacía todo lo posible por alegrarme, bromeaba, jugaba conmigo y me sonreía, haciendo un esfuerzo evidente para sobreponerse a sus propios sufrimientos. No quería que trabajara de noche o que me quedara en vela, pendiente de ella, y se entristecía si veía que no la obedecía. En ocasiones, la notaba preocupada; entonces, ella empezaba a interrogarme, a preguntarme por qué estaba triste, en qué estaba pensando; pero, curiosamente, cada vez que el nombre de Natasha salía a relucir, ella se callaba de inmediato o cambiaba rápidamente de tema. Daba la sensación de que

no quería hablar de ella, cosa que me sorprendió. Cuando volvía a casa, se ponía muy contenta. En cambio, cuando cogía el sombrero, me miraba con aire abatido, y me seguía con los ojos de forma un tanto extraña, como si tuviera algo que echarme en cara.

El cuarto día de su enfermedad, me pasé toda la tarde en casa de Natasha, y me quedé allí hasta bien pasada la medianoche. Tuvimos que discutir largamente un asunto. Sin embargo, al salir de casa, le había dicho a mi enferma que iba a volver en seguida, algo de lo que yo también estaba convencido en esos momentos. De todos modos, aunque me quedé en casa de Natasha más tiempo del previsto, yo no estaba preocupado por Nellie: no la había dejado sola. La acompañaba Aleksandra Semiónovna, que se había enterado por Maslobóiev, que había pasado por casa un minuto, de que Nellie se encontraba enferma, y sabía que yo andaba muy atareado y no tenía quien me echara una mano. ¡Dios mío, cuántas molestias se tomó la buena de Aleksandra Semiónovna!

—Y, claro, ¡ahora ya no va a venir a comer con nosotros! ¡Ay, Dios mío! Y el pobre está más solo que la una. Ahora es cuando toca mostrarle toda nuestra simpatía. No hay que dejar pasar esta ocasión.

De manera que se presentó en casa a las primeras de cambio, bien provista de suministros. Tras anunciar, de entrada, que no pensaba marcharse de allí y que había venido a ayudarme, deshizo su paquete. Traía dulces en almíbar y confituras para la enferma, unos pollos y una gallina por si empezaba a recuperarse, manzanas para asar, naranjas, frutas escarchadas de Kiev (en caso de que el médico lo autorizara) y, por último, ropa blanca, sábanas, servilletas, camisones, vendas, compresas... Había para montar un hospital de campaña.

—Nosotros tenemos de todo —me decía, articulando cada palabra muy deprisa, como si llegara tarde a algún sitio—, pero usted, ya lo ve, vive como un soltero. Así que no tiene casi nada de esto. De modo que permítame... además, son órdenes de Filipp Filíppich. Bueno, y ahora... ¡deprisa, deprisa! ¿Qué es lo primero que hay que hacer? ¿Cómo está? ¿Está consciente? Huy, así no está nada cómoda, habría que colocarle la almohada para que la cabeza le quede más baja. Pero, fíjese... ¿no estaría mejor con un cojín de piel? La piel es más fresca. ¡Ay, pero qué tonta soy! ¿Cómo no se me habrá ocurrido traer uno? Ya iré luego a buscarlo... ¿No convendría encender el fuego? Le voy a mandar a una señora mayor que conozco. Porque veo que no hay aquí ninguna sirvienta... Bueno, ¿por dónde empezamos? ¿Esto qué es? Estas hierbas... ¿se las ha mandado el doctor? Alguna infusión para el pecho, me imagino. Voy a encender el fuego.

Pero la tranquilicé, y ella se sorprendió, y hasta se sintió apesadumbrada, viendo que tampoco había tanto que hacer. Aunque eso no la desalentó del todo. Desde el primer momento hizo buenas migas con Nellie y me ayudó mucho durante toda su enfermedad. Nos visitaba casi a diario, y llegaba poniendo una cara como si algo se hubiera malogrado o anduviera por ahí perdido y hubiera que agarrarlo cuanto antes.

Nunca se olvidaba de añadir que se lo había mandado Filipp Filíppich. Nellie le tenía mucho cariño. Se llevaban muy bien, como dos hermanas, y creo que, en muchos sentidos, Aleksandra Semiónovna era tan niña como Nellie. Le contaba toda clase de historias y la hacía reír, y Nellie después se aburría mucho cuando Aleksandra Semiónovna se marchaba a su casa.

Su primera aparición cogió por sorpresa a mi enferma, aunque ésta no tardó en adivinar qué hacía allí aquella invitada indeseada y, siguiendo su costumbre, frunció el ceño, se cerró en banda y se mostró antipática.

—¿A qué ha venido? —preguntó Nellie, con cara de disgusto, una vez que Aleksandra Semiónovna se hubo marchado.

—A ayudarte, Nellie, y a cuidarte.

—¿Y eso por qué? Yo nunca he hecho nada parecido por ella.

—Las buenas personas no esperan nada de eso, Nellie. Les gusta ayudar a quien lo necesita. Hay mucha gente así, Nellie; el mundo está lleno de gente buena. Lo que pasa es tú has tenido mala suerte, y no has encontrado a esa clase de gente, sobre todo cuando más falta te habría hecho.

Nellie se quedó callada; yo me retiré de su lado. Pero un cuarto de hora más tarde ella misma me llamó con su débil voz y, cuando ya me iba a pedir de beber, de pronto me abrazó con fuerza, se apretó contra mi pecho y no me soltó en un buen rato. Al día siguiente, cuando llegó Aleksandra Semiónovna, Nellie la recibió con una alegre sonrisa, aunque con cierta timidez aún.

### III

Precisamente ése fue el día en que pasé toda la tarde con Natasha y regresé después de medianoche. Nellie estaba dormida. Aleksandra Semiónovna también tenía sueño, pero estaba velando a la enferma, esperando a que yo llegase. Sin perder un minuto, con un susurro apresurado, empezó a contarme que al principio Nellie había estado muy contenta, que incluso se había reído con ganas, pero que después se había puesto tristonza y, viendo que yo no volvía, se había quedado callada y pensativa.

—Y después empezó a quejarse de que le dolía la cabeza, y le dio por llorar y sollozar de tal modo que yo ya no sabía qué hacer con ella —añadió Aleksandra Semiónovna—. Empezó a preguntarme cosas de Natalia Nikoláievna, pero yo no tenía nada que contarle. Entonces dejó de interrogarme, y otra vez empezó a llorar, hasta que se quedó dormida entre llantos. Bueno, me voy, Iván Petróvich, el caso es que he podido darme cuenta de que ya está mejor, y yo ya tengo que volver a casa. Filipp Filíppich me dijo que no llegara tarde. Le confieso que esta vez sólo me ha dado permiso para estar fuera un par de horas, y ya ve todo el tiempo que me he quedado. No, no, no pasa nada, no se preocupe por mí, qué se va a enfadar... Lo único es que... ¡Ay, Señor! Iván Petróvich, querido mío, la verdad es que no sé qué hacer: ¡no hay día que no llegue bebido a casa! Está muy atareado con no sé qué asunto, se le ve triste, tiene algo muy importante metido en la cabeza; yo ya me doy cuenta de todo eso, pero el caso es que todas las noches llega borracho... Así es que no hago más que darle vueltas a una cosa: si llega a casa y no estoy yo, ¿quién le va a meter en la cama? Bueno, me voy, me voy. Adiós, Iván Petróvich. He estado echando un vistazo a sus libros: hay que ver cuántos libros tiene usted, y seguro que están todos llenos de sabiduría; yo, en cambio, soy una ignorante y no he leído un libro en mi vida... Bueno, hasta mañana...

Pero a la mañana siguiente Nellie se despertó triste y malhumorada, y respondía a mis preguntas de mala gana. Ella no se dirigía a mí, parecía enfadada conmigo. Me di cuenta, eso sí, de que me lanzaba algunas miradas de soslayo, casi a hurtadillas; había mucho dolor íntimo escondido en esas miradas, pero también se transparentaba en ellas una ternura que estaba ausente cuando me miraba directamente. Fue ese mismo día cuando se produjo la escena de la medicina con el doctor. Yo ya no sabía qué pensar.

Pero Nellie había cambiado por completo. Sus rarezas, sus caprichos, el odio que en ocasiones casi parecía profesarme, todo eso se prolongó hasta el mismo día en que dejó de vivir conmigo, hasta el momento de la catástrofe que supuso el final de nuestra historia. Pero ya hablaremos de eso más tarde.

Había ratos, no obstante, en que de repente volvía a mostrarme el mismo cariño de antes. En esos momentos su afecto parecía mayor que nunca; en tales ocasiones, solía llorar amargamente. Pero pronto pasaban esas horas, y volvía a hundirse en su melancolía habitual, y de nuevo me miraba con hostilidad o se ponía ñoña, como

había hecho con el doctor, o, advirtiéndole que me había molestado alguna nueva travesura suya, empezaba a reír a carcajadas y casi siempre acababa llorando.

Llegó a pelearse incluso con Aleksandra Semiónovna: le dijo que no quería nada de ella. Pero, cuando empecé a regañarla, delante de la propia Aleksandra Semiónovna, se acaloró y reaccionó con un estallido de rencor acumulado, aunque de pronto se calló y se pasó dos días enteros sin dirigirme la palabra, negándose a tomar las medicinas, e incluso a comer y a beber. Sólo el viejo doctor fue capaz de convencerla y hacerla entrar en razón.

Ya he dicho que entre el médico y ella, a partir del momento en que aceptó tomar la medicina, surgió una sorprendente simpatía. Nellie le quería mucho y siempre le recibía con una sonrisa alegre, por muy triste que estuviera antes de que él llegara. El anciano, por su parte, empezó a visitarnos a diario, y había días en que venía un par de veces, incluso cuando Nellie se levantó de la cama y mejoró sensiblemente. Se diría que lo había embrujado de tal manera que no podía pasarse un día sin oír su risa y sus chanzas, que a menudo resultaban muy divertidas. Empezó a traerle libros ilustrados, siempre de carácter edificante. Uno de ellos lo había comprado expresamente para ella. Después empezó a traerle dulces y caramelos en unas cajas preciosas. En tales ocasiones, solía entrar con aire triunfal, como si fuera su cumpleaños, y Nellie en seguida adivinaba que le traía algún regalo. Pero no se lo enseñaba, sino que empezaba a reírse astutamente, y se sentaba a su lado, anunciando que, en caso de que cierta joven damisela hubiera sabido comportarse debidamente y se hubiera hecho acreedora a los elogios en su ausencia, dicha joven sería merecedora de un buen premio. Mientras tanto, le dirigía una mirada tan ingenua y benévola que Nellie, aunque no podía evitar reírse de él abiertamente, le mostraba a la vez en sus radiantes ojillos un apego y un cariño completamente sinceros. Finalmente, el anciano se levantaba solemnemente de la silla, sacaba la caja de los caramelos y, dándosela a Nellie, añadía indefectiblemente: «A mi futura y amada esposa». En esos momentos él era, seguramente, más dichoso que Nellie.

A continuación empezaban las charlas, y cada vez la animaba, de un modo tan serio como persuasivo, a que cuidara su salud y le daba algunos consejos médicos muy convincentes.

—No hay nada más importante que cuidar la salud —decía en tono dogmático—; en primer lugar, y ante todo, para seguir vivos; y, en segundo lugar, para estar siempre sanos y poder, de ese modo, alcanzar la felicidad en la vida. Si tiene usted, querida niña, algún pesar, debería olvidarlo o, mejor aún, tratar de no pensar en él. Y, si no sufre ningún pesar, entonces... también es conveniente no pensar en eso, e intentar pensar en cosas agradables... en algo alegre, divertido...

—Y ¿en qué voy a pensar que sea alegre y divertido? —preguntó Nellie.

Y el doctor ya no sabía por dónde salir.

—Bueno, sí... en algún juego inocente, adecuado a su edad; o, no sé... bueno, algo así como...

—Yo no quiero jugar; no me gustan los juegos —decía Nellie—. Me gustan más los vestidos nuevos.

—¡Los vestidos nuevos! Hum. Bueno, eso ya no está tan bien. Debemos conformarnos en todos los aspectos con la vida sencilla que nos ha tocado en suerte. Aunque, por otra parte... quién sabe... tampoco pasa nada porque le gusten los vestidos nuevos.

—Y ¿encargará usted muchos vestidos para mí cuando nos casemos?

—¡Vaya una idea! —decía el doctor, frunciendo el ceño sin querer. Nellie sonreía pícaramente, e incluso una vez, sin darse cuenta, me dedicó también a mí una sonrisa—. De todos modos... le encargaré un vestido si se lo gana usted con su conducta —prosiguió el doctor.

—Y, cuando me case con usted, ¿tendré que seguir tomando esos polvos todos los días?

—Bueno, entonces puede que no sea necesario tomarlos siempre. —Y el doctor empezaba a sonreír.

Nellie interrumpía la conversación con sus risas. El buen anciano la secundaba y observaba su alegría con deleite.

—¡Un espíritu juguetón! —decía entonces, volviéndose hacia mí—. Pero aún le quedan signos de su carácter caprichoso, todavía se muestra algo antojadiza e irritable.

Estaba en lo cierto. Yo no tenía la menor idea de lo que le estaba pasando. Daba la sensación de que no estaba dispuesta a dirigirme la palabra, como si la hubiera faltado en algo. Y eso me dolía mucho. Yo también acababa por enfurruñarme, y en cierta ocasión estuve todo un día sin hablarle, pero al día siguiente me sentí avergonzado. A menudo le daba por llorar, y yo no sabía qué hacer para consolarla. Una vez, no obstante, rompió su silencio.

Aquel día regresé a casa a media tarde, y sorprendí a Nellie escondiendo a toda prisa un libro debajo de la almohada. Era mi novela: la había cogido de la mesa y la estaba leyendo en mi ausencia. ¿Por qué me lo ocultaría? «Se conoce que le da vergüenza», pensé, pero no le hice ver que me había dado cuenta. Un cuarto de hora más tarde, aprovechando que entré un minuto en la cocina, saltó rápidamente de la cama y depositó la novela donde antes: al volver, la vi otra vez encima de la mesa. Muy poco después, me llamó; se notaba cierta emoción en su voz. En los últimos cuatro días prácticamente no se había dirigido a mí.

—¿Va a ir usted... hoy... a casa de Natasha? —me preguntó, con la voz entrecortada.

—Sí, Nellie; necesito ir a verla sin falta.

Nellie no decía nada.

—Y... ¿la quiere usted mucho? —volvió a preguntar, con su débil voz.

—Sí, Nellie, la quiero mucho.

—Yo también la quiero —añadió en voz baja. Después se hizo un nuevo silencio

—. Quiero irme a vivir con ella —empezó otra vez, mirándome tímidamente.

—Eso es imposible, Nellie —repliqué, un tanto sorprendido—. ¿Tan mal estás aquí conmigo?

—Y ¿por qué es imposible? —Se sonrojó—. Quería usted convencerme de que me fuera a vivir a la casa del padre; pero yo ahí no quiero ir. ¿Natasha tiene criada?

—Sí.

—Bueno, pues que eche a su criada, yo la serviré. Haré todo lo que necesite, sin que me pague nada. La voy a querer mucho, y le prepararé la comida. Dígaselo hoy mismo.

—¿Para qué? ¿Qué disparate es ése, Nellie? Pero ¿qué opinión tienes de ella? ¿Cómo puedes pensar que te iba a coger como cocinera? Si fueras a vivir a su casa, serías igual que ella, como una hermana pequeña.

—No, no quiero ser igual que ella; así no quiero ir.

—¿Por qué?

Nellie no respondió. Los labios se le contrajeron: tenía ganas de llorar.

—Entonces, ese hombre al que quiere ¿la va a abandonar y la va a dejar sola? —preguntó al fin. Yo me quedé sorprendido.

—¿Y cómo sabes eso, Nellie?

—Usted ya me había hablado de eso, y hace dos días, cuando el marido de Aleksandra Semiónovna estuvo aquí por la mañana, se lo pregunté; me lo contó todo.

—O sea, ¿que Maslobóiev vino aquí por la mañana?

—Sí, aquí estuvo —contestó, agachando la vista.

—Y ¿por qué no me dijiste que había estado?

—Pues...

Me quedé pensativo. A saber en qué andaría metido Maslobóiev, con aquella afición suya a los misterios. ¿Qué se traería entre manos? Tendría que ir a verlo sin falta.

—Bueno, ¿y a ti qué más te da, Nellie, si él la deja?

—Pues que usted la quiere mucho —contestó Nellie, sin levantar la vista—. Y, ya que la quiere, tendría que casarse con ella cuando el otro se marche.

—No, Nellie, ella a mí no me quiere de la misma manera que yo a ella, y además yo... No, Nellie, eso no va a pasar.

—Pues yo podría servirlos a ustedes dos, como criada, y ustedes vivirían felices —dijo, con un hilo de voz, sin mirarme.

«¿Qué le pasará?, ¿qué le pasará?», pensé, y algo se removió en mi interior. Nellie se quedó callada y ya no volvió a decir nada en toda la tarde. Sin embargo, cuando me marché, se echó a llorar, y estuvo llorando sin cesar, según me dijo después Aleksandra Semiónovna, hasta que se quedó dormida entre lágrimas. Aquella noche, incluso, lloró en sueños, y dijo algo, como si estuviera delirando.

Pero, a partir de ese día se volvió aún más taciturna y callada y ya no hablaba conmigo en ningún momento. Es cierto que pude captar dos o tres miradas suyas, de

soslayo, y ¡había tanta ternura en ellas! Pero todo eso quedó atrás, al igual que los momentos que habían despertado en ella esa repentina ternura; y, como oponiéndose a ese impulso, con cada hora que pasaba se iba haciendo más huraña, incluso con el doctor, que estaba sorprendido con semejante transformación de su carácter. A todo esto, ya casi estaba restablecida, y el médico autorizó finalmente que diera algunos paseos, aunque muy cortos, al aire libre. El tiempo era estable, con días despejados y tibios. Estábamos en Semana Santa, que aquel año caía en fechas muy tardías. Aquella mañana había salido de casa. Tenía que ir sin falta a ver a Natasha, pero decidí pasar primero por casa, para llevar a Nellie a dar un paseo. Entre tanto, la había dejado sola.

No soy capaz de describir el golpe tan terrible que me esperaba en casa. Llevaba prisa. Al llegar, me encontré la llave metida en la cerradura, por fuera. Entré: no había nadie dentro. El corazón me dio un vuelco. Miré: había un pedazo de papel en la mesa, y en él había algo escrito a lápiz, con letra gruesa y desigual:

Me he marchado y no pienso volver nunca más a esta casa. Pero le quiero mucho.

Su fiel

NELLIE

Di un grito de terror y salí corriendo del apartamento.

## IV

No me había dado tiempo a salir a la calle, no me había dado tiempo a pensar qué hacer a continuación, cuando de pronto vi que un coche se detenía delante del portal y que de ese coche se bajaba Aleksandra Semiónovna, llevando a Nellie de la mano. Fui rápidamente a su encuentro.

—¡Nellie, qué te ha pasado! —grité—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué te habías ido?

—Tranquilo, no se precipite; vamos a su casa, rápido. Ahí se enterará de todo —gorjeó Aleksandra Semiónovna—. No sabe qué novedades le traigo, Iván Petróvich —iba susurrando, a toda prisa, por las escaleras—. Me he quedado de piedra... Venga, vamos, ahora le cuento.

Se le notaba en la cara que las noticias que traía eran de una importancia excepcional.

—Vamos, Nellie, no te quedes ahí parada; ve a echarte un rato —dijo nada más entrar en la habitación—, tienes que estar muy cansada. No es ninguna broma el paseo que te has dado, sobre todo recién salida de una enfermedad tan grave. Anda, tesoro, acuéstate... Y nosotros vamos a retirarnos un rato; no hay que molestarla, tiene que dormir... —Y me hizo una señal para que la siguiera a la cocina.

Pero Nellie no se echó: se quedó sentada en el sofá, y se tapó la cara con las manos.

Salimos del cuarto, y Aleksandra Semiónovna me contó brevemente lo que había sucedido. Más tarde me enteré de más detalles. Esto fue lo que pasó.

Tras marcharse de casa, dos horas antes de mi regreso y después de dejarme aquella nota, Nellie se dirigió, en primer lugar, a casa del anciano médico. Con anterioridad, se las había arreglado para hacerse con su dirección. El doctor me contó que se había quedado atónito al verla allí, y en todo el tiempo que estuvo en su casa no había dado «crédito a sus ojos». «Y todavía sigo sin creérmelo —añadió, una vez concluido su relato—, y no me lo voy a creer en la vida.» Y, sin embargo, Nellie había estado realmente en su casa. Él estaba tan tranquilo en su despacho, sentado en un sillón, con su batín, tomándose un café, cuando ella irrumpió en la habitación y se le echó al cuello, sin darle tiempo a reaccionar. Venía llorando, y empezó a abrazarle y a besarle: le besaba la mano, mientras le pedía, con toda vehemencia aunque de un modo incoherente, que le dejara quedarse a vivir allí. Decía que ya no quería ni podía seguir viviendo conmigo, y que por eso se había escapado de casa; que lo estaba pasando muy mal; que ya no iba a volver a reírse de él, ni a hablar de vestidos nuevos, y que se iba a portar bien y a estudiar; que aprendería a «coser y planchar las pecheras» (seguramente, habría ido pensando por el camino lo que le iba a decir, si es que no se lo había preparado antes); y, por último, que sería obediente y se tomaría a diario todas las medicinas que hiciera falta. Y que lo que le había dicho el otro día de que quería casarse con él se lo había dicho en broma, que no se le había pasado por la

cabeza. El viejo alemán estaba tan perplejo que no se movió del sitio, y estuvo todo el rato con la boca abierta y con la mano en la que sostenía el cigarro suspendida en el aire, hasta que el cigarro se le apagó.

—*Mademoiselle* —dijo al fin, recuperando la facultad del habla—, *mademoiselle*, si la he entendido bien, me está usted pidiendo que la coloque aquí, en mi casa. Pero ¡eso es imposible! El caso es que estoy bastante apurado y mis ingresos son escasos... Y, por otra parte, así, de repente, sin haberlo pensado... ¡Es terrible! Y, por otra parte, por lo que veo, se ha escapado usted de casa. Eso no está nada bien, no debería usted... Y, por otra parte, yo sólo la había autorizado a pasear un rato, siempre y cuando hiciera buen tiempo, bajo la vigilancia de su benefactor, y usted resulta que lo abandona y viene corriendo a mi casa, cuando debería usted estar cuidándose y... y... tomando sus medicinas. Y, por otra parte... por otra parte, yo no acabo de entender...

Nellie no le dejó terminar. Volvió a echarse a llorar, a implorar, pero de nada le sirvió. El anciano estaba cada vez más perplejo y cada vez entendía menos. Finalmente Nellie lo dejó por imposible y, exclamando: «¡Ay, Dios mío!», salió corriendo de la habitación. «Estuve malo todo el día —añadió el doctor, a modo de conclusión—, y aquella noche tuve que tomar una decocción».

Nellie, mientras tanto, se dirigió a toda prisa a casa de Maslobóiev. También se había hecho con su dirección, y consiguió dar con la casa, aunque le costó. Maslobóiev estaba en casa. Aleksandra Semiónovna juntó las manos, asombrada, al oír cómo Nellie les pedía que la acogieran en su casa. Cuando le preguntó a qué venía tanto empeño y por qué estaba tan a disgusto conmigo, Nellie no contestó y se desplomó en una silla, entre sollozos. «Qué forma de sollozar —me contaba Aleksandra Semiónovna—, creí que se moría». Imploraba que la cogieran de lo que fuera, de doncella, de cocinera, le daba igual; decía que barrería los suelos y aprendería a hacer la colada. (Tenía depositadas sus mayores esperanzas en la colada; por alguna razón, creía que ésa era la oferta más seductora que podía hacer para que la aceptaran). Aleksandra Semiónovna era partidaria de acogerla en su casa hasta que se aclarase el asunto, comunicándome entretanto lo sucedido. Pero Filipp Filíppich se opuso resueltamente y mandó traerme de inmediato a la fugitiva. De camino, Aleksandra Semiónovna empezó a abrazarla y a besarla, lo cual hizo que Nellie se echara a llorar nuevamente, esta vez con más ganas aún. Al verla, también Aleksandra Semiónovna rompió a llorar. De modo que no pararon de llorar en todo el recorrido.

—Pero ¿por qué, Nellie? ¿Por qué no quieres vivir con él? ¿Es que te trata mal? —preguntaba Aleksandra Semiónovna, hecha un mar de lágrimas.

—No, no me trata mal.

—Y, entonces, ¿por qué?

—Pues porque no quiero vivir con él... no puedo... Yo me porto tan mal con él... y él es tan bueno... Pero con ustedes no voy a portarme mal, voy a trabajar —decía

entre sollozos, como si sufriera un ataque de histeria.

—¿Y por qué te portas tan mal con él, Nellie?

—Porque sí...

—Y ese «porque sí» fue lo único que le pude sacar —concluyó su relato Aleksandra Semiónovna, enjugándose las lágrimas—. ¿Por qué será tan desdichada? ¿Será cosa de las convulsiones? ¿Usted qué cree, Iván Petróvich?

Entramos a ver a Nellie; estaba tumbada, con la cara hundida en unos cojines, llorando. Yo me puse de rodillas a su lado, le tomé las manos y empecé a besárselas. Ella las retiró bruscamente y se puso a sollozar aún con más fuerza. Yo no sabía qué decir. En ese momento se presentó el viejo Ijménev.

—¡Buenos días, Iván! Venía a tratar cierto asunto contigo —dijo, mirándonos a todos, y sorprendiéndose al verme de rodillas. En los últimos tiempos había estado enfermo, y se le notaba pálido y demacrado; no obstante, había adoptado una actitud desafiante y no se tomaba en serio su enfermedad: no hacía caso de las admoniciones de Anna Andréievna, se negaba a guardar cama y seguía saliendo cotidianamente a ocuparse de sus asuntos.

—Hasta luego —dijo Aleksandra Semiónovna, mirando fijamente al viejo—. Filipp Filíppich me mandó regresar cuanto antes. Estamos ocupados. Pero vuelvo luego, a la caída de la tarde, para quedarme un par de horas.

—¿Y quién es ésa? —me susurró el viejo, pensando sin duda en otra cosa.

Se lo expliqué.

—¡Hum! Mira, venía por lo siguiente, Iván...

Ya sabía yo a lo que venía, y no me sorprendió su visita. Había venido a hablar con Nellie y conmigo, con la intención de pedir que se fuera a vivir con ellos. Anna Andréievna había accedido finalmente a acoger en su casa a la huérfana. Ése fue el resultado de nuestras conversaciones secretas: había conseguido convencer a Anna Andréievna, haciéndole ver que la presencia de aquella huérfana, cuya madre también había sido objeto de la maldición paterna, podría ablandar el corazón de nuestro anciano y hacerle cambiar de parecer. Le expuse mi plan con tanta claridad que ella misma empezó a importunar a su marido, insistiendo en que la acogiesen. El viejo se sumó encantado al proyecto: en primer lugar, para contentar a Anna Andréievna, y, en segundo lugar, porque él también tenía sus propias razones... Pero todo eso ya lo aclararé más adelante...

Ya he contado que Nellie, desde aquella primera visita, no le tenía aprecio al anciano. Después pude advertir que en su rostro se traslucía incluso cierto odio cada vez que pronunciaba en su presencia el nombre de Ijménev. Éste fue directamente al grano, sin más preámbulos. Se acercó a Nellie, que seguía tumbada en el sofá con la cara escondida en los cojines, le tomó una mano y le preguntó si quería ir a vivir a su casa, a ocupar el puesto de su hija.

—Yo tenía una hija, la quería más que a mí mismo —concluyó el viejo—, pero ahora ya no está conmigo. Ha muerto. ¿Querías ocupar su lugar en mi hogar y... en

mi corazón?

Y en sus ojos, secos e inflamados por la fiebre, brilló una lágrima.

—No, no quiero —respondió Nellie sin levantar la cabeza.

—Pero ¿por qué no, mi niña? Tú no tienes a nadie en el mundo. Iván no puede tenerte aquí eternamente, y conmigo estarías como en tu propia casa.

—No quiero, porque es usted malo. Sí, malo, malo —insistió; entonces alzó la cabeza, se incorporó y miró de frente al anciano—. Yo también soy mala, peor que nadie, pero ¡usted es aún peor! —Al decir esto, Nellie se puso pálida, los ojos le brillaron; hasta los labios temblorosos palidecieron y se le contrajeron, movidos por un intenso sentimiento. El viejo la miró perpleja—. Sí, es usted peor que yo, porque no quiere perdonar a su hija; pretende usted olvidarla para siempre y para eso quiere llevar a su casa a otra niña. Pero ¿cómo se puede olvidar a una hija? ¿Cómo me va a querer a mí? En cuanto me mire, se acordará de que yo soy una extraña y de que usted tenía una hija, a la que ha decidido olvidar porque es usted un hombre cruel. Y yo no quiero vivir con un hombre cruel, ¡no quiero, no quiero! —Nellie dejó escapar un sollozo y me miró fugazmente—. Pasado mañana es domingo de Resurrección, todo el mundo se besa y se abraza, todo el mundo se desea la paz, todas las culpas se perdonan... Lo sé... Pero usted... sólo usted... ¡Bah! ¡Cruel! ¡Aléjese de mí!

Se deshizo en llanto. Sin duda, tenía preparado ese discurso desde hacía tiempo y se lo había aprendido por si Ijménev volvía a ofrecerle su casa. El viejo se quedó petrificado y palideció. Un sentimiento de dolor se reflejó en su rostro.

—Pero ¿por qué, por qué todo el mundo se preocupa tanto por mí? ¡No quiero, no quiero! —exclamó de pronto Nellie, fuera de sí—. ¡Pienso ir a pedir en la calle!

—Nellie, ¿qué te pasa? ¡Nellie, cariño! —grité, sin poder contenerme. Pero mis exclamaciones sólo empeoraron las cosas.

—Sí, prefiero estar en la calle pidiendo limosna, aquí no me pienso quedar —proclamaba entre sollozos—. También mi madre tuvo que mendigar y, al morir, me decía: «Cuando se es pobre, más vale pedir que...». No es ninguna vergüenza tener que pedir: yo no le pido sólo a una persona, sino que le pido a todo el mundo; pedir a una sola persona sí es una vergüenza, pero pedir a todas no; eso es lo que me dijo una mendiga. Soy pequeña, no tengo otra forma de ganarme la vida. Así que le pido limosna a todo el mundo. Pero aquí no quiero estar, no quiero, no quiero, soy mala, soy peor que nadie... ¡Para que vean lo mala que soy! —De pronto Nellie agarró inesperadamente una taza de la mesa y la estampó contra el suelo—. Ahora está rota —afirmó, mirándome con aire triunfal y desafiante—. Sólo había dos tazas —añadió—; voy a romper también la otra... Y entonces ¿cómo piensa tomar el té?

Estaba enfurecida, y parecía recrearse en su propia furia, como si fuera consciente de que aquello era censurable, de que estaba muy feo, y a la vez se sintiera espoleada para cometer nuevas fechorías.

—Está enferma, Vania, eso es lo que le pasa —dijo el anciano—, si no... si no, yo ya no entiendo a esta chiquilla. ¡Adiós!

Cogió su gorra y me estrechó la mano. Estaba hundido; Nellie le había ofendido profundamente. Yo estaba totalmente desconcertado.

—¡No has tenido piedad de él, Nellie! —grité cuando nos dejó solos—. ¿No te da vergüenza? ¡No, no tienes corazón, mira que eres mala! —Y así, tal como estaba, sin sombrero, salí corriendo detrás del viejo. Quería acompañarlo hasta el portal y decirle al menos un par de palabras de consuelo. Mientras bajaba por las escaleras, me parecía estar viendo la cara de Nellie, que se había quedado blanca como una pared al oír mis reproches.

En seguida di alcance al anciano.

—Esa pobre niña ha sufrido mucho; hazme caso, Iván: bastante tiene ya con lo suyo, para que venga yo a hablarle de mis penas —dijo con una sonrisa amarga—. He enconado su herida. Dicen que un saciado no comprende a un hambriento; pero yo, Vania, añadiría que un hambriento no siempre comprende a otro hambriento. Bueno, ¡adiós!

Tenía intención de comentarle otro asunto, pero el anciano me disuadió con un gesto.

—No necesito más consuelos; más te vale estar atento, porque esa niña puede escapársete en cualquier momento; esa sensación da —añadió irritado y se alejó a buen paso, haciendo molinetes con el bastón y dando golpes en la acera.

No contaba él con que iba a resultar profético.

¡Cómo me quedé cuando, al volver a mi apartamento, descubrí con espanto que Nellie había vuelto a marcharse! Salí corriendo al descansillo, la busqué en las escaleras, la llamé, llegué a preguntar a los vecinos si sabían algo de ella: no podía, no quería creer que se hubiera escapado de nuevo. ¿Y cómo podía haberlo hecho? Sólo hay un portal en la casa; tendría que haber pasado por delante de nosotros mientras yo estaba hablando con el viejo. Pero en seguida caí en la cuenta, para mi desesperación, de que podía haberse escondido en cualquier rincón en las escaleras y haber esperado a que yo entrara en casa, y escaparse entonces, evitando así que yo la viera. En todo caso, no podía haber ido muy lejos.

En un estado de profunda ansiedad, corrí en su busca una vez más, dejando abierto, por si acaso, mi apartamento.

En primer lugar fui a casa de Maslobóiev. No estaba en casa; tampoco Aleksandra Semiónovna. Les dejé una nota en la que les informaba de la nueva desgracia y les pedía que, en caso de que Nellie se presentara en su casa, me avisaran de inmediato. De ahí me fui a casa del doctor; tampoco lo encontré; la criada me hizo saber que, aparte de la visita de la víspera, no había ido nadie por allí. ¿Qué podía hacer? Me dirigí a casa de la Búbnova, y allí me explicó el fabricante de ataúdes, al que ya conocía de aquella otra ocasión, que la señora llevaba en comisaría desde el día anterior, detenida por algún asunto, y que a Nellie no la habían vuelto a ver por allí *desde entonces*. Agotado, exhausto, volví a toda prisa a casa de los Maslobóiev; idéntico resultado: no había aparecido nadie, tampoco ellos habían vuelto. Ahí seguía

mi nota, encima de la mesa. ¿Qué podía hacer?

Mortalmente abatido, regresé a casa, bastante tarde ya. Tendría que haber ido esa tarde a casa de Natasha; ella misma me había escrito, pidiéndome que fuera, por la mañana. Pero no había probado bocado en todo el día; estaba muy alterado, pensando en Nellie. «¿Qué es lo que le pasa? —pensaba yo—. ¿No será alguna extraña consecuencia de su enfermedad? ¿No se habrá vuelto loca o estará a punto de perder el juicio? Pero ¿dónde se habrá metido, Dios mío? ¿Adónde podría ir a buscarla?»

En ese preciso instante, vi de pronto a Nellie a tan sólo unos pasos de distancia, en el puente V. Estaba al pie de una farola y no me había visto. Quise echar a correr hacia ella, pero me detuve. «¿Qué estará haciendo aquí?», me pregunté perplejo y, convencido de que ya no la iba a perder de vista, decidí quedarme a la espera, vigilándola. Transcurrieron unos diez minutos, y ella seguía allí parada, pendiente de los transeúntes. Por fin pasó un hombre mayor, bien vestido, y Nellie se le acercó: el hombre, sin detenerse, sacó algo del bolsillo y se lo dio. Ella se inclinó agradecida. No tengo palabras para expresar lo que sentí en aquel momento. Sentí un dolor atroz en mi interior, como si algo precioso para mí, algo que había querido, cuidado y mimado, hubiera sido denigrado y escupido delante de mi vista en aquel preciso instante. De inmediato, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Sí, vertía mis lágrimas por la pobre Nellie, aunque sentía al mismo tiempo una profunda indignación: no pedía limosna por necesidad; nadie la había desterrado de su lado, nadie la había abandonado a su suerte; no huía de unos crueles opresores, sino de gente amiga que la quería y se ocupaba de ella. Era como si deseara sorprender o alarmar a alguien con sus hazañas, o como si estuviera jactándose de algo. Pero algo oculto había madurado en su alma... Sí, mi viejo amigo tenía razón; había sido maltratada, su herida no acababa de cicatrizar y parecía dispuesta a enconar deliberadamente su daño con aquel comportamiento enigmático, con aquella actitud recelosa; se diría que se recreaba en el dolor, en el *egoísmo del sufrimiento*, si se me permite la expresión. Yo podía llegar a entender aquel enconamiento del dolor, aquel regodeo: era el deleite de tantos humillados y ofendidos, de tanta gente que había sido aplastada por el destino y había sentido en carne propia su iniquidad. Pero ¿de qué podía quejarse Nellie? ¿Qué clase de injusticia habíamos cometido con ella? Era como si quisiera sorprendernos y asustarnos con sus caprichos y sus chiquilladas, como si estuviera exhibiéndose delante de nosotros... Pero ¡tampoco! En aquellos momentos estaba sola, ninguno de nosotros la estaba mirando mientras pedía limosna. ¿Sería posible que lo hiciera exclusivamente por su propio placer? ¿Para qué necesitaba la caridad? ¿Para qué quería el dinero?

Tras recibir aquella limosna, dejó el puente y se acercó al exterior de un comercio, bien iluminado. Aquí se dedicó a contar sus ganancias; yo me quedé a diez pasos de ella. Tenía bastantes monedas en la mano; se notaba que llevaba pidiendo desde por la mañana. Con el dinero bien cogido en la mano, cruzó la calle y entró en un tenducho. Yo me aproximé de inmediato a la puerta de la tienda, abierta de par en

par, para ver qué hacía ahí dentro.

Vi cómo depositaba el dinero en el mostrador y le daban a cambio una taza, una sencilla taza de té, muy parecida a la taza que había roto horas antes, para demostrarnos a Ijménev y a mí lo mala que era. Esa taza podía costar unos quince kópeks, tal vez algo menos. El comerciante la envolvió con un papel, ató el paquete y se lo entregó a Nellie, que a continuación abandonó la tienda con aire satisfecho.

—¡Nellie! —grité cuando pasó cerca de mí—. ¡Nellie!

Se estremeció, volvió la vista hacia mí, la taza se le escapó de las manos, cayó al pavimento y se hizo añicos. Nellie estaba pálida, pero, al fijarse en mí, convencida de que me había enterado de todo, se ruborizó; su rubor delataba una vergüenza atroz, insoportable. La cogí de la mano y la llevé a casa; no estábamos lejos. No dijimos una sola palabra en todo el camino. Al llegar a casa, me senté; Nellie se quedó de pie, delante de mí, pensativa, turbada, otra vez pálida, con los ojos clavados en el suelo. No se atrevía a mirarme.

—Nellie, ¿has estado pidiendo limosna?

—¡Sí! —susurró y bajó aún más la mirada.

—¿Querías reunir dinero para comprar una taza como la que rompiste esta mañana?

—Sí...

—Pero ¿acaso te lo he echado en cara, acaso te he regañado por esa taza? ¿No te das cuenta, Nellie, de toda la soberbia, de toda la arrogancia que hay en tu comportamiento? ¿Te parece bonito? ¿No te da vergüenza? Seguro que...

—Me da vergüenza... —susurró con voz apenas audible, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—Te da vergüenza... —me hice eco de sus palabras—. Nellie, cariño, si no me he portado bien contigo, te pido que me perdones y que hagamos las paces.

Me miró, empezó a llorar a lágrima viva y se me arrojó al pecho.

En ese mismo instante entró corriendo Aleksandra Semiónovna.

—¡Vaya! ¿Ya está aquí? ¿Otra vez? Ay, Nellie, Nellie, ¿qué es lo que te ocurre? Bueno, menos mal que, por lo menos, ya estás en casa... ¿Dónde la ha encontrado, Iván Petróvich?

Le hice una seña a Aleksandra Semiónovna para que no hiciera más preguntas, y ella captó el mensaje. Yo me despedí cariñosamente de Nellie, que seguía llorando amargamente, y le pedí a la buena de Aleksandra Semiónovna que le hiciera compañía hasta mi regreso, y me fui corriendo a ver a Natasha. Llegaba tarde y llevaba mucha prisa.

Aquella noche se estaba decidiendo nuestro destino: Natasha y yo teníamos mucho de que hablar, pero eso no me impidió decirle un par de palabritas sobre Nellie, y le conté lo sucedido con todo detalle. Mi relato le resultó muy interesante y le causó una profunda impresión.

—¿Sabes, Vania? —me dijo, después de meditarlo—. Tengo la impresión de que

está enamorada de ti.

—¿Qué dices?... ¿Cómo es posible? —pregunté con asombro.

—Sí, se trata del comienzo del amor, de un amor de mujer...

—¡Basta, Natasha, qué cosas tienes! Pero ¡si no es más que una cría!

—Que pronto cumplirá catorce años. Esa exasperación obedece a que tú no comprendes su amor, como también es posible que ella misma no comprenda lo que le ocurre; es una exasperación que tiene mucho de infantil, pero no por ello deja de ser seria y tormentosa. Ante todo, Nellie está celosa de mí. Tú me quieres tanto que, muy probablemente, cuando estás en casa, no paras de preocuparte por mí, de acordarte de mí, de hablarle de mí, y, en consecuencia, a ella no le prestas suficiente atención. Ella se ha dado cuenta y se ha sentido herida. Es posible que desee hablar contigo, que sienta la necesidad de abrirte su corazón, pero no sabe cómo hacerlo, se avergüenza y no entiende lo que le pasa; tal vez está esperando a que se presente la ocasión, y tú, en lugar de proporcionarle esa ocasión, te alejas de ella, vienes aquí a las primeras de cambio e incluso cuando ha estado enferma la has dejado sola todo el santo día. Y eso es lo que lamenta: te echa en falta, y lo que más le duele es que tú ni siquiera te das cuenta. Ahora mismo, en un momento como éste, la has dejado sola para venir a verme. Y en consecuencia mañana estará enferma. ¿Y cómo has podido dejarla? Vuélvete con ella cuanto antes...

—Yo no la habría dejado, pero...

—Ya lo sé. Te he pedido yo que vinieras. Pero ahora vete.

—Ya me voy, pero, por descontado, no me creo una sola palabra de todo esto.

—Porque su caso es muy distinto al de los demás. No te olvides de toda su historia, tenla presente y lo creerás. Esa niña no se ha criado como tú y como yo...

A pesar de todo, ya era muy tarde cuando volví a casa. Aleksandra Semiónovna me contó que Nellie, al igual que en aquella otra ocasión, había llorado mucho y se había quedado dormida «entre lágrimas», como entonces.

—Bueno, me voy, Iván Petróvich, como me dijo Filipp Filíppich. El pobre me estará esperando.

Le di las gracias y me senté a la cabecera de la cama de Nellie. Me pesaba mucho haberla dejado en aquellas circunstancias. Me quedé mucho rato a su lado, hasta bien entrada la noche, sumido en mis reflexiones... Era un momento decisivo.

Pero tengo que contar lo ocurrido durante aquellas dos semanas.

## V

Después de la memorable velada que tuve con el príncipe en el restaurante B., estuve algunos días muy asustado por Natasha. «¿Con qué la habrá amenazado ese maldito príncipe y cómo querrá exactamente vengarse de ella?», me preguntaba a cada paso, y me perdía en toda clase de hipótesis. Finalmente llegué a la conclusión de que tales amenazas no eran ninguna broma, no eran mera fanfarronería, y concluí que, mientras Natasha siguiera unida a Aliosha, el príncipe realmente podía causarle muchos disgustos. «Es un hombre mezquino, vengativo, malvado y calculador», pensaba yo. Difícilmente iba a olvidar un ultraje, y no dejaría de aprovechar cualquier ocasión que se le presentara para vengarse. En cualquier caso, había hecho referencia a un punto decisivo en este asunto y había sido muy claro: exigía a toda costa que Aliosha rompiera con Natasha y esperaba que yo la preparara para la inminente separación, evitando todo tipo de «escenas, cuadros bucólicos o dramas dignos de Schiller». Naturalmente, lo que más le preocupaba era que Aliosha estuviera conforme con él y siguiera considerándolo un padre cariñoso; eso era fundamental para, más tarde, poder ejercer fácilmente el control sobre el dinero de Katia. De modo que mi misión consistía en preparar a Natasha para la ruptura que se avecinaba. Pero yo había advertido un cambio importante en ella: nada quedaba de su antigua franqueza conmigo; más aún, se diría que ya no se fiaba de mí. Mis esfuerzos por consolarla la disgustaban; mis preguntas cada vez la molestaban más y llegaban a enojarla. En ocasiones, me sentaba a su lado, mirándola. Ella se ponía a dar vueltas por la habitación, con los brazos cruzados, yendo de un lado para otro, muy seria, pálida, abstraída, como si no se acordara de que yo estaba ahí. Cuando, por casualidad, me miraba (aunque ella incluso rehuía mi mirada), de pronto brotaba en su rostro un gesto impaciente de fastidio y rápidamente se volvía. Yo me daba cuenta de que probablemente estaría trazando su propio plan para la inminente ruptura, y sabía que era imposible que pensara en esas cuestiones sin experimentar dolor y amargura. Y, al mismo tiempo, no me cabía ninguna duda de que estaba decidida a romper. Pero, en cualquier caso, su lóbrega desesperación me hacía mucho daño. En algunos momentos, para colmo, no me atrevía a hablar con ella, a decirle unas palabras de consuelo, y me limitaba a esperar aterrado la resolución del conflicto.

Por lo que respecta a su actitud severa y distante conmigo, aunque me preocupaba y me dolía, no impedía que, en el fondo de mi corazón, siguiera confiando en Natasha: era consciente de lo mal que lo estaba pasando y veía que estaba muy apenada. Cualquier intromisión aumentaba su disgusto y su enojo. En tales circunstancias, la intervención de los amigos cercanos que conocen nuestros secretos sólo contribuye a empeorar nuestro humor. Pero yo sabía muy bien que en el último minuto Natasha volvería a acudir a mí, buscando alivio en mi corazón.

Naturalmente, no le dije una palabra de mi conversación con el príncipe: sólo habría servido para inquietarla y soliviantarla aún más. Tan sólo le mencioné, sin

darle mayor importancia, que había coincidido con el príncipe en casa de la condesa y que estaba convencido de que era un completo canalla. Pero ella tampoco me preguntó por él, lo cual me alegró mucho; en cambio, escuchó con avidez todo lo que le conté de mi charla con Katia. Tras escucharme, no hizo ningún comentario sobre ella, pero su cara, siempre tan pálida, se tiñó de rubor, y estuvo casi todo el día particularmente agitada. No le oculté nada de Katia, y le confesé abiertamente que a mí también me había causado una magnífica impresión. Además, ¿para qué iba a ocultárselo? Natasha lo habría adivinado y se habría enfadado conmigo por ese mismo motivo. Por eso, le conté todo con sumo detalle, tratando de anticiparme a sus preguntas, habida cuenta de que, en su situación, le habría costado formularme muchas de ellas: ¿cómo le iba a resultar fácil, aparentando indiferencia, interesarse por las virtudes de su rival?

Yo creía que ella aún no estaba informada de que Aliosha, acatando una decisión irrevocable del príncipe, se disponía a acompañar a la condesa y a Katia a la aldea, y no sabía de qué modo comunicárselo para amortiguar el golpe en la medida de lo posible. Cuál no sería mi sorpresa al ver que Natasha, en cuanto me oyó mencionar el asunto, me interrumpió diciéndome que no me tomara la molestia de intentar *consolarla*, porque ya hacía cinco días que estaba enterada.

—¡Dios mío! —exclamé—. Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Aliosha.

—¿Cómo? ¿Ya te lo ha contado?

—Sí, y yo ya he tomado mis propias decisiones, Vania —añadió, y me dirigió una mirada con la que me advertía de un modo claro y terminante que dejara el tema.

Aliosha iba a ver a Natasha con bastante frecuencia, pero se trataba de unas visitas muy breves; sólo en una ocasión se quedó varias horas seguidas con ella; aunque aquella vez no estaba yo presente. Solía llegar con aire triste, y miraba a Natasha tímidamente, con ternura; pero ella lo recibía con tanto cariño, con tanto afecto que inmediatamente se olvidaba de todo y se animaba. También había empezado a visitarme a mí a menudo, casi a diario. La verdad es que lo estaba pasando muy mal, y era incapaz de quedarse un minuto a solas con su pesar, por lo que continuamente acudía a mí en busca de consuelo.

¿Qué podía decirle? Me acusaba de ser frío, indiferente, y hasta de quererle mal; se deprimía, lloraba, y entonces se marchaba a casa de Natasha y allí se reconfortaba.

El mismo día en que Natasha me dijo que estaba al corriente de su próxima partida (eso fue una semana después de mi conversación con el príncipe), Aliosha se presentó de repente en mi casa, desesperado, me abrazó, hundió la cabeza en mi pecho y se puso a sollozar como un niño. Yo me quedé callado, esperando a que dijera algo.

—Soy un canalla, soy un miserable, Vania —empezó a decirme—; tienes que salvarme de mí mismo. No lloro por ser un canalla y un miserable, sino porque Natasha va a ser una desgraciada por mi culpa. La condeno a la infelicidad... Vania,

amigo mío, dímelo tú, decide por mí, ¿a cuál de las dos quiero más: a Katia o a Natasha?

—Eso no lo puedo decidir yo, Aliosha —respondí—; tú deberías saberlo mejor que yo...

—No, Vania, no se trata de eso; no soy tan estúpido como para hacer esa clase de preguntas; lo que ocurre es que ni yo mismo conozco la respuesta. Me lo pregunto y no soy capaz de contestar. Pero tú lo miras desde fuera, y a lo mejor lo ves con más claridad que yo... En fin, aunque no lo sepas, dime al menos cuál es tu impresión.

—A mí me parece que quieres más a Katia.

—¡Eso es lo que crees! ¡No, no, en absoluto! Estás muy confundido. Amo a Natasha por encima de todas las cosas. Jamás podría dejarla, por nada del mundo; se lo he dicho a Katia, y ella está completamente de acuerdo conmigo. ¿Por qué no dices nada? He visto cómo te sonreías. Ay, Vania, tú nunca me consuelas cuando más lo necesito, como ahora... ¡Adiós!

Se marchó a toda prisa, dejando profundamente impresionada y perpleja a Nellie, que había estado escuchando en silencio nuestra conversación. Aún estaba enferma, guardaba cama y tomaba su medicina. Aliosha nunca le dirigía la palabra y apenas le prestaba atención cuando venía a verme.

Al cabo de dos horas volvió a aparecer, y me sorprendió ver la cara tan alegre que traía. Nuevamente se me colgó del cuello y me estrechó entre sus brazos.

—¡Asunto concluido! —exclamó—. Se han aclarado todos los malentendidos. De aquí me fui directamente a ver a Natasha: estaba hundido, no puedo vivir sin ella. Al entrar, me arrodillé ante ella y le besé los pies: lo necesitaba, estaba deseando hacer eso; si no, me habría muerto de pena. Ella me abrazó en silencio y se echó a llorar. Entonces le dije, directamente, que quiero a Katia más que a ella...

—¿Y ella qué ha dicho?

—Ella no ha respondido; se ha limitado a acariciarme y confortarme. ¡Después de lo que le había dicho! Me he desahogado con ella, se lo he confesado todo. Le he dicho claramente que amo a Katia, pero que, por mucho que quiera a Katia, por mucho que quiera a nadie, yo no puedo prescindir de ella y moriría sin ella. Sí, Vania, yo no podría vivir sin Natasha, así es como lo siento. Por eso, hemos decidido casarnos cuanto antes; aunque antes de mi marcha no va a poder ser, porque ahora estamos en Cuaresma y en estas fechas no se celebran bodas, así que tendremos que casarnos a mi regreso, que tendrá lugar a principios de junio. Mi padre nos dará su bendición, de eso no me cabe ninguna duda. Por lo que respecta a Katia, ¡qué se le va a hacer! Si es que no puedo vivir sin Natasha... Cuando nos casemos, iremos allí los dos, a donde está Katia...

¡Pobre Natasha! Lo que tenía que haberle costado consolar a aquel crío, estar pendiente de él, escuchar su confesión e inventar para aquel ingenuo egoísta, para su tranquilidad, el cuento de la inminente boda. Aliosha, de hecho, estuvo unos días más calmado. Solía acudir a ella, en el fondo, porque su débil corazón no tenía fuerzas

para soportar la tristeza en solitario. De todos modos, al acercarse el momento de la separación, volvieron los nervios y las lágrimas, y otra vez le dio por buscar mi compañía para desahogarse conmigo. En los últimos tiempos tenía tal apego a Natasha que no era capaz de estar un solo día sin ella, no digamos ya un mes y medio. Con todo, hasta el último minuto estuvo totalmente convencido de que se alejaba de ella sólo por una temporada y de que a su regreso se celebraría la boda. Por lo que respecta a Natasha, era plenamente consciente de que su destino estaba cambiando radicalmente, de que Aliosha ya nunca volvería a su lado y de que así era como debía ser.

Llegó el día de la separación. Natasha estaba mala: pálida, con la mirada febril, los labios cuarteados. De vez en cuando, hablaba sola; otras veces, me dirigía una rápida mirada inquisitiva. No lloraba, no contestaba a mis preguntas y se puso a temblar como una hoja cuando se oyó la sonora voz de Aliosha al entrar. Se sonrojó vivamente y salió corriendo a recibirlo; lo abrazó espasmódicamente, lo besó, se reía... Aliosha la miraba atentamente, le preguntaba inquieto, cada cierto tiempo, si se encontraba bien, la consolaba diciéndole que no iba a estar mucho tiempo fuera, que después se iban a casar. Natasha, a costa de un esfuerzo evidente, se dominó y reprimió las lágrimas. No lloró en su presencia.

En cierto momento, Aliosha le comentó que necesitaría dinero para todo el tiempo que él iba a estar fuera, y le dijo que no se preocupara, porque su padre le había prometido dinero en abundancia para el viaje. Natasha frunció el ceño. Después, cuando nos quedamos los dos solos, le comuniqué que yo disponía de *ciento cincuenta rublos* para ella, por lo que pudiera pasar. No me preguntó de dónde había salido ese dinero. Todo esto ocurrió dos días antes de la partida de Aliosha y la víspera del primer y último encuentro entre Natasha y Katia. Katia le había mandado una nota con Aliosha en la que rogaba a Natasha que le permitiera hacerle una visita al día siguiente; también me escribió a mí, pidiéndole que estuviera presente en la entrevista.

Yo me hice a la idea de que tenía que estar a las doce (la hora señalada por Katia) en casa de Natasha, por muchos impedimentos que me pudieran surgir. Y los problemas y los impedimentos abundaban. En los últimos tiempos los Ijménev me daban muchos quebraderos de cabeza. Por no hablar de Nellie.

Los quebraderos de cabeza se habían presentado la semana anterior. Una mañana, Anna Andréievna me había mandado un aviso, pidiéndome que dejara todo lo que tuviera entre manos y fuera corriendo a su casa, por un asunto urgente que no admitía demora. Cuando llegué, estaba sola, dando vueltas por la habitación, en un estado febril, fruto del temor y la inquietud, aguardando temblorosa el regreso de Nikolái Sergueich. Como de costumbre, tardé un buen rato en conseguir que me explicara qué ocurría y por qué estaba tan asustada, y resultaba evidente que, entre tanto, cada minuto era precioso. Por fin, después de una serie de vehementes reproches que no venían al caso —me echaba en cara que no fuera a verlos y los dejara solos con su

desgracia, como a unos huérfanos desamparados, y se preguntaba qué habría pasado en mi ausencia—, me comunicó que Nikolái Sergueich llevaba tres días en un estado tal de nerviosismo que no había «palabras para describirlo».

—Parece otra persona —me decía—; por las noches, en su delirio, se arrodilla ante el icono y se pone a rezar sin que yo me entere; habla en sueños, y de día parece como si se hubiera vuelto medio loco: ayer íbamos a tomar *shchi*<sup>[55]</sup> y él era incapaz de encontrar la cuchara, a pesar de que la tenía justo al lado; le preguntas una cosa y te responde otra bien distinta. Ahora le ha dado por salir de casa cada dos por tres: «Voy a ocuparme de unos asuntos —dice—; necesito ver a un abogado». En fin, esta mañana se ha encerrado en su despacho, diciendo: «Tengo que redactar un escrito en relación con el pleito». Ya me dirás tú qué escrito va a redactar alguien que no es capaz de encontrar una cuchara, teniéndola a su lado. El caso es que me he puesto a mirar por el ojo de la cerradura: estaba sentado, escribiendo, y al mismo tiempo lloraba amargamente. «¿Qué clase de documento oficial está escribiendo? —pensé—. ¿No estará lamentándose por nuestra hacienda de Ijménevka? Entonces, ¡la hemos perdido definitivamente!» En esto, de repente, se levantó de un salto, arrojó la pluma sobre la mesa, se le subieron los colores, le centellearon los ojos, cogió su gorra y salió del despacho diciendo: «En seguida vuelvo, Anna Andréievna». Nada más salir, lo primero que hice fue acercarme a su escritorio; tiene ahí un montón de papeles relativos al pleito, a mí no me deja ni tocarlos. Cuántas veces le habré pedido: «Anda, déjame que aparte un momento estos papeles, para pasar el polvo». «¡Ni se te ocurra!», me dice entre aspavientos; y es que desde que estamos en San Petersburgo se ha vuelto un impaciente y un cascarrabias. Total, que me he acercado a la mesa y me he puesto a buscar ese papel que acababa de escribir. Porque estaba segura de que no se lo había llevado, sino que, al levantarse de la mesa, lo había metido entre los otros papeles. Bueno, pues aquí tiene, *bátiushka* Iván Petróvich, lo que he encontrado, mire.

Y me tendió una cuartilla a medio escribir, con tantos borrones que algunos pasajes eran ilegibles.

¡Pobre anciano! Desde las primeras líneas se adivinaba a quién había escrito. Era una carta a Natasha, a su adorada Natasha. Empezaba en un tono vehemente y afectuoso: le ofrecía su perdón y le pedía que volviera a su lado. Era difícil entenderlo todo, la carta estaba escrita de un modo confuso e incoherente, con infinidad de tachaduras. Lo que sí quedaba claro era que muy pronto la intensa emoción que le había impulsado a tomar la pluma y escribir aquellas primeras líneas tan sentidas había dejado paso a otra actitud: el anciano empezaba a reprender a su hija, describiendo con los colores más vivos su crimen, le reprochaba amargamente su obstinación, acusándola de ser insensible, ya que, posiblemente, no se habría acordado ni una sola vez de lo mal que se había portado con su padre y con su madre. En pago a su soberbia, la amenazó con castigos y maldiciones, y terminaba exigiendo su vuelta inmediata y sumisa a casa, y entonces, y sólo entonces, después de una

nueva vida de obediencia ejemplar «en el seno familiar», tal vez se decidieran a perdonarla. Resultaba evidente que aquel sentimiento magnánimo que inspiraba las primeras líneas lo había percibido luego como una señal de debilidad, se había avergonzado y, finalmente, sintiendo las punzadas del orgullo herido, concluía con un estallido de furia y amenazas. La anciana estaba parada delante de mí, de brazos cruzados, esperando asustada lo que pudiera decirle después de leer la carta.

Le expuse claramente mi parecer. En concreto, que su marido ya no tenía fuerzas para seguir viviendo sin Natasha y que podía hablarse, con toda certeza, de una pronta reconciliación; pero que, en cualquier caso, todo dependía de las circunstancias. De paso, le planteé mis propias conjeturas: por una parte, era muy probable que el desenlace adverso del proceso hubiera turbado y conmocionado profundamente a Nikolái Sergueich, por no hablar ya del daño que habría recibido su amor propio al verse derrotado por el príncipe y de su indignación por la forma en que se había resuelto el pleito. En esos momentos el alma necesita sentirse acompañada, y habría añorado, con mayor pasión aún, a aquélla a la que siempre había querido más que a nada en el mundo. Por último, también era posible que hubiera oído (dado que estaba pendiente de su hija y lo sabía todo sobre ella) que Aliosha iba a abandonarla en breve. Sería consciente de lo mal que lo estaría pasando y de lo mucho que iba a necesitar que la consolaran. Pero, a pesar de todo, no había sido capaz de dominarse: su sentimiento de haber sido humillado y ofendido por su hija era más fuerte. Seguramente estaba convencido de que su hija no iba a dar el primer paso para reconciliarse, que quizá ella ni siquiera pensaba en sus padres y no sentía ninguna necesidad de volver con ellos. Eso era lo que debía de pensar, dije, a modo de conclusión; por eso no había llegado a terminar la carta, y siempre podían surgir nuevas desavenencias, más dolorosas incluso que las anteriores, que retrasasen aún más la reconciliación...

La anciana lloraba mientras me escuchaba. Finalmente, cuando le dije que tenía que ir sin falta a casa de Natasha y que ya llegaba tarde, se estremeció y me dijo que se le había olvidado contarme *lo más importante*. En el momento de ir a coger la carta entre los restantes papeles, por un descuido, había volcado encima el tintero. Efectivamente, una de las esquinas de la hoja estaba toda manchada de tinta, y Anna Andréievna estaba muy preocupada pensando que su marido podía descubrir por esa mancha que ella había aprovechado su ausencia para fisgar entre sus papeles y que había leído la carta a Natasha. Sus temores no carecían de fundamento: bastaba con que descubriera que estábamos al tanto de su secreto para que, movido por la vergüenza y el enojo, prolongara su inquina y, presa de la soberbia, se resistiera a perdonar.

Sin embargo, mientras consideraba el asunto, intentaba convencer a mi amiga de que no se inquietara. Su marido había interrumpido la redacción de la carta en un estado tal de agitación que a lo mejor ya no se acordaba de todos los pequeños detalles, y podía pensar que él mismo había manchado la carta y luego se le había

olvidado. Tras consolar de ese modo a Anna Andréievna, volvimos a colocar la carta en su sitio con mucho cuidado, y a mí se me ocurrió que, antes de marcharme, tenía que hablar con ella seriamente sobre Nellie. Me parecía que la pobre huérfana abandonada, cuya madre también había sufrido la maldición de su propio padre, podría conmover al viejo Ijménev con el relato lamentable, trágico, de su vida anterior y del fallecimiento de su madre, inspirándole sentimientos magnánimos. Todo estaba listo, todo había madurado en su corazón; la añoranza de su hija empezaba a imponerse sobre el orgullo y el amor propio lastimado. Faltaba un último empujón, una situación propicia, y esa ocasión podía proporcionárnosla Nellie. La anciana me escuchó con una atención insólita: el rostro se le iluminó entusiasmado, lleno de esperanza. De inmediato, empezó a reprenderme por no habérselo dicho antes y a interrogarme acerca de Nellie, y finalmente me prometió solemnemente que iba a pedirle a su marido que acogieran a la huérfana en su casa. Ya estaba empezando a querer a Nellie de todo corazón, lamentaba que estuviera enferma, quería saber más sobre ella, me obligó a que le llevara un tarro de mermelada que trajo corriendo de la despensa; me entregó cinco rublos, convencida de que yo no tenía dinero para pagar a un médico, y, como me negué a aceptárselos, no hubo forma de que se quedara tranquila, aunque se consoló pensando que Nellie andaría escasa de vestidos y de ropa interior, y ahí sí podía ella echar una mano, de manera que se puso a revisar los baúles donde guardaba sus vestidos y fue seleccionando aquellas cosas que podía regalar a la «huerfanita».

De allí me fui a casa de Natasha. Mientras subía el último tramo de la escalera — que, como ya he dicho en otras ocasiones, era de caracol—, me di cuenta de que había un individuo delante de su puerta. Se disponía a llamar, pero, al escuchar mis pasos, se detuvo. Por fin, tras ciertos titubeos, renunció a su propósito y empezó a bajar. Nos cruzamos a la altura del descansillo, y me quedé de piedra al ver que se trataba de Ijménev. La escalera estaba siempre muy oscura, incluso en pleno día. Se había arrimado a la pared, cediéndome el paso, y recuerdo aquel extraño brillo en sus ojos mientras me miraba con mucha atención. Me dio la sensación de que se ponía colorado como un tomate; en cualquier caso, estaba terriblemente turbado y no sabía cómo reaccionar.

—¡Caramba, Vania, si eres tú! —dijo con voz vacilante—. He venido a ver a un individuo... a un escribano... Gestiones, como siempre... Se ha mudado hace poco... por aquí cerca... pero al parecer no es en esta casa. Me he confundido. Adiós.

Y siguió bajando las escaleras a toda prisa.

Decidí no mencionarle al principio el encuentro a Natasha, y esperar a que se marchara Aliosha y se quedara sola para decírselo. En aquellos momentos ella estaba tan abatida que, aunque hubiera podido entender y juzgar toda la trascendencia del hecho, no habría sido capaz de aceptarlo y sentirlo como lo habría hecho más tarde, en el instante supremo de la tristeza avasalladora y de la desesperación. Todavía no había llegado el momento.

Aquel día podría haber vuelto a casa de los Ijménev, y me entraron verdaderas ganas de hacerlo, pero al final no fui. Tenía la impresión de que para Nikolái Sergueich habría sido duro tener que verme; podría pensar incluso que, después de nuestro encuentro, había ido aposta. Fui a visitarlos al cabo de dos días; el viejo estaba deprimido, pero me recibió con toda naturalidad y estuvo todo el tiempo hablándome de sus asuntos.

—Por cierto, ¿a quién ibas a ver en aquel piso, cuando nos encontramos el otro día?... ¿Cuándo fue aquello?... Hará un par de días, si no me equivoco —preguntó de pronto, como si tal cosa, aunque, de todos modos, desvió la mirada.

—Un amigo mío vive ahí —respondí, apartando la mirada a mi vez.

—¡Ah! Pues yo andaba buscando a mi escribiente, un tal Astáfiev; me habían dicho que era en esa casa... pero el caso es que estaba equivocado... Bueno, como te iba diciendo, con respecto al pleito: en el Senado<sup>[56]</sup> han decidido... —Y siguió en ese plan.

Hasta se ruborizó al empezar a hablar del pleito.

Ese mismo día se lo conté todo a Anna Andréievna, con intención de animarla, y de paso le rogué, por ejemplo, que no mirara a su marido con aire inquisitivo, que no suspirara, que no hiciera insinuaciones; en definitiva, que no diera a entender, de ningún modo, que estaba al corriente de la última extravagancia de su marido. La vieja estaba tan sorprendida y tan contenta que al principio no quería creerme. Por su parte, me comentó que ya le había hecho alguna insinuación a Nikolái Sergueich en relación con la huérfana, pero que él no había dicho ni palabra, cuando antes siempre era él el que insistía en que acogieran en casa a la chiquilla. Acordamos que al día siguiente ella misma se lo pediría directamente, sin más preámbulos ni insinuaciones. Pero al día siguiente los dos estábamos muy asustados e inquietos.

Lo que había ocurrido, entre tanto, había sido que Ijménev se había visto aquella misma mañana con el funcionario que llevaba su pleito, y éste le había comunicado que se había entrevistado con el príncipe, el cual, aun reteniendo la propiedad de Ijménevka, había decidido compensar al anciano, haciéndole entrega de diez mil rublos, «en virtud de determinadas circunstancias familiares». Después de hablar con el funcionario, lo primero que hizo el viejo fue venir a verme, completamente alterado; los ojos le echaban chispas de rabia. Me pidió que saliéramos del apartamento, no sé muy bien por qué, y me exigió imperiosamente en las escaleras que fuera de inmediato a ver al príncipe y le retara a un duelo en su nombre. Yo estaba tan estupefacto que durante un buen rato fui incapaz de pensar en nada. Intenté hacerle entrar en razón. Pero el anciano había llegado en un estado tal de excitación que se puso malo. Fui corriendo a buscarle un vaso de agua y, al volver, ya no encontré a Ijménev en las escaleras.

Al día siguiente fui a verle a casa, pero ya había salido; estuvo tres días desaparecido.

Al tercer día nos enteramos de todo lo ocurrido. Después de estar conmigo, se

había ido directamente a casa del príncipe; como no le encontró, le dejó una nota. En ella le decía que estaba al tanto de las palabras que le había transmitido al funcionario, que las consideraba una ofensa mortal y tenía al príncipe por un miserable, en vista de todo lo cual le desafiaba a un duelo, advirtiéndole de que sería objeto de pública deshonra si osaba eludir ese duelo.

Anna Andréievna me contó que había regresado a casa en un estado tal de excitación y turbación que había tenido que meterse en la cama. Estuvo muy cariñoso con ella, aunque respondió a todas sus preguntas con absoluto laconismo, y era evidente que estaba esperando algo con impaciencia febril. A la mañana siguiente llegó una carta por el correo; al leerla, se puso a dar gritos, llevándose las manos a la cabeza. Anna Andréievna estaba muerta de miedo. Pero en seguida su marido cogió el sombrero y el bastón y se marchó a la calle.

La carta era del príncipe. En un tono seco, conciso y cortés hacía saber a Ijménev que no consideraba que tuviera obligación de responder por las palabras que había pronunciado ante aquel funcionario. Que, por más que compadecía profundamente a Ijménev por haber perdido el proceso, no encontraba justo, en ningún sentido, que el derrotado en un pleito tuviese derecho, movido por un afán de venganza, a retar a duelo a la parte contraria. En lo tocante a la «pública deshonra» con la que le amenazaba, el príncipe le rogaba a Ijménev que no se preocupara por eso, pues no habría, ni podría haber, ninguna deshonra pública; que su carta iría a parar, sin demora, a donde correspondía y que la policía, debidamente prevenida, sin duda estaría en condiciones de adoptar las medidas pertinentes para garantizar el orden y la tranquilidad.

Ijménev, con la carta en la mano, se lanzó sin demora a buscar al príncipe. Una vez más, el príncipe no estaba en casa, pero el anciano pudo averiguar por el lacayo que en aquellos momentos el príncipe seguramente estaría en casa del conde N. Sin pensárselo dos veces, fue corriendo al domicilio del conde. El portero del conde le cerró el paso cuando ya se disponía a subir por las escaleras. El anciano, fuera de sí, le golpeó con el bastón. Fue detenido de inmediato; lo sacaron al zaguán y lo pusieron en manos de unos agentes de policía, que lo trasladaron a la comisaría. El conde fue informado. Pero, cuando el príncipe, allí presente, le explicó al voluptuoso anciano que se trataba de Ijménev, el padre, precisamente, de esa tal Natalia Nikoláievna (y el príncipe, en más de una ocasión, había prestado sus servicios al conde en *asuntos de esa índole*), aquel ilustre señor se limitó a reírse y la furia dejó paso a la benevolencia, y se dio orden de dejar en libertad a Ijménev. Sin embargo, tardaron dos días en soltarlo, y para colmo le comunicaron al anciano (seguramente, a instancias del príncipe) que había sido el propio príncipe quien había rogado al conde que le perdonara.

Ijménev volvió a casa en un estado de enajenación, se echó en la cama y estuvo una hora inmóvil; por fin se incorporó y, para espanto de Anna Andréievna, proclamó solemnemente que maldecía a su hija *por los siglos de los siglos* y la privaba de su

bendición paterna.

Anna Andréievna estaba aterrorizada, pero no tenía más remedio que auxiliar a su anciano marido, de modo que, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se pasó todo el día y gran parte de la noche atendiéndole, humedeciéndole la cabeza con vinagre y aplicándole hielo. Tenía fiebre y deliraba. Yo estuve haciéndoles compañía hasta pasadas las dos de la madrugada. Sin embargo, a la mañana siguiente Ijménev se levantó de la cama y ese mismo día vino a verme, con el propósito de llevarse de una vez a Nellie a su casa. Ya he contado la escena que tuvo con Nellie; esa escena acabó de hundirle definitivamente. De vuelta a casa, se metió en la cama. Todo esto ocurrió el Viernes Santo, el día en que estaba previsto el encuentro entre Katia y Natasha, la víspera de la partida de Aliosha y Katia de San Petersburgo. Yo estuve presente en aquel encuentro: tuvo lugar a primera hora de la mañana, antes de la visita del viejo Ijménev y de la primera fuga de Nellie.

## VI

Aliosha había llegado una hora antes del encuentro para preparar a Natasha. Yo, por mi parte, me presenté justo en el momento en que el coche de Katia se detenía junto al portal. Con ella venía una vieja dama francesa, la cual, tras interminables ruegos y titubeos, accedió incluso a que subiera sola a casa de Natasha, con la condición de que Aliosha la acompañara; ella, mientras tanto, se quedaría esperando en el coche. Katia me llamó y, sin bajarse del vehículo, me pidió que fuera a avisar a Aliosha. A Natasha me la encontré deshecha en lágrimas; tanto Aliosha como ella estaban llorando. Al oír que Katia ya había llegado, Natasha se levantó de la silla, se enjugó las lágrimas y se dirigió a la puerta, muy inquieta. Aquella mañana iba vestida toda de blanco. Llevaba lisos los cabellos castaños, recogidos por detrás en un grueso moño. Me gustaba mucho con ese peinado. Viendo que me iba a quedar con ella, me pidió que saliera a recibir a los invitados.

—Hasta ahora nunca había podido venir —me dijo Katia, subiendo las escaleras—. Me espían de una forma atroz; me he pasado dos semanas tratando de convencer a *madame* Albert, hasta que por fin ha accedido. Y usted, usted, Iván Petróvich, ¿no ha venido ni una vez a verme! Yo tampoco he podido escribirle, y la verdad es que tampoco me apetecía, porque una carta no aclara nada. Pero no sabe cómo necesitaba verle... Dios mío, cómo me palpita el corazón...

—La escalera es empinada —contesté.

—Bueno, sí... la escalera... Pero dígame: ¿no irá a enfadarse Natasha conmigo?

—No, ¿por qué?

—Sí, claro... es verdad, ¿por qué? Ahora voy a comprobarlo yo misma; ¿qué falta hacía preguntar?

Le ofrecí la mano. Estaba pálida, parecía muy asustada. Se detuvo en el último descansillo para tomar aire, pero me miró y siguió subiendo con decisión.

Volvió a detenerse justo delante de la puerta, y me susurró:

—Sencillamente, voy a entrar a decirle que tengo plena confianza en ella y por eso he venido sin temor... Pero ¿qué estoy diciendo? Estoy convencida de que Natasha es la criatura más noble que hay. ¿No es verdad?

Entró tímidamente, como si se sintiera culpable de algo, y miró atentamente a Natasha, la cual le sonrió de inmediato. Entonces Katia fue rápidamente hasta ella, le cogió las manos y acercó sus pequeños labios carnosos a los labios de Natasha. A continuación, sin decirle una palabra a Natasha, se volvió hacia Aliosha con aire serio e incluso severo y le pidió que nos dejara media hora a solas.

—No te enfades, Aliosha —añadió—, es que necesito hablar con Natasha sobre un asunto muy importante y muy serio, y tú no debes oír lo que decimos. Así que sé razonable y márchate. Pero usted, Iván Petróvich, quédese. Tiene usted que ser testigo de toda nuestra conversación.

—Vamos a sentarnos —le propuso a Natasha tras la salida de Aliosha—. Yo aquí,

enfrente de usted. Primero quiero mirarla.

Se sentó prácticamente enfrente de Natasha y estuvo unos momentos mirándola fijamente. Natasha le respondió con una sonrisa involuntaria.

—Ya había visto una fotografía de usted —dijo Katia—, me la mostró Aliosha.

—¿Y bien? ¿Me parezco a mi retrato?

—Usted es más guapa —respondió Katia con decisión y seriedad—. Es lo que yo pensaba, que usted sería más guapa.

—¿De verdad? Pues yo no me canso de mirarla. ¡Es usted una preciosidad!

—¡Qué dice usted! ¡Qué cosas tiene! Es usted un encanto, un ángel —añadió, y cogió la mano de Natasha con su mano temblorosa; ambas volvieron a quedarse calladas, mirándose detenidamente—. Mire —Katia rompió el silencio—, sólo disponemos de media hora para estar juntas; *madame* Albert ha consentido a regañadientes, y tenemos tantas cosas de que hablar... Lo que quiero... necesito... bueno, se lo preguntaré sin más: ¿ama usted a Aliosha?

—Sí, mucho.

—En tal caso... si ama usted tanto a Aliosha... entonces... debe usted querer que sea feliz —añadió tímidamente, en un susurro.

—Sí, quiero que sea feliz...

—Siendo así... pero la cuestión es la siguiente: ¿voy a hacerle yo feliz? Si me creo con derecho a hablar así es porque le estoy apartando de su lado. Si usted cree, y llegamos ahora a esa conclusión, que va a ser más feliz con usted, entonces... entonces...

—Eso ya está decidido, querida Katia; usted misma puede verlo, todo está decidido —replicó tranquilamente Natasha y agachó la cabeza. Saltaba a la vista que le resultaba muy duro seguir con la conversación.

Katia se había preparado, al parecer, para una larga discusión en torno a la cuestión de quién podía hacer feliz a Aliosha y cuál de las dos debería ceder. Pero, tras la respuesta de Natasha, comprendió de inmediato que todo estaba decidido hacía ya tiempo y que no había más que hablar. Con sus hermosos labios medio cerrados, contemplaba con tristeza e incredulidad a Natasha, sin soltarle la mano.

—¿Y usted le quiere mucho? —preguntó de repente Natasha.

—Sí; pero hay otra cosa que también quería preguntarle, y he venido precisamente por eso. Dígame: exactamente, ¿por qué le quiere usted?

—No lo sé —respondió Natasha, y en su respuesta pareció vibrar una nota de amarga impaciencia.

—¿Y qué piensa de él? ¿Diría que es inteligente? —preguntó Katia.

—No, yo le quiero, nada más.

—Y yo también. Yo siempre siento lástima de él.

—Igual que yo —contestó Natasha.

—¡Qué se le va a hacer! ¡Lo que no entiendo es cómo ha podido dejarla a usted por mí! —exclamó Katia—. ¡Ahora que la he visto a usted no lo puedo entender! —

Natasha no contestaba, y miraba al suelo. Katia hizo una breve pausa y de pronto, levantándose de su asiento, la abrazó con calma. Se fundieron en un abrazo, llorando. Katia se sentó en el brazo del sillón de Natasha, sin dejar de abrazarla, y empezó a besarle las manos.

—¡Si usted supiera lo mucho que la quiero! —dijo llorando—. Seremos como hermanas, nos escribiremos continuamente... y yo siempre la voy a querer... La voy a querer tanto, tanto...

—¿Le ha hablado a usted de nuestra boda, en el mes de junio? —preguntó Natasha.

—Sí, sí, me ha hablado. Me dijo que usted estaba de acuerdo. Me imagino que todo eso lo diría usted por decir, para consolarle, ¿no es así?

—Sí, claro.

—Así lo entendí yo. Voy a quererlo mucho, Natasha, y a usted le escribiré contándoselo todo. Parece que pronto será mi marido, todo apunta en esa dirección. Y todo el mundo habla de eso. Querida Natáshechka, supongo que ahora volverá usted a... a su casa, ¿no?

Natasha no respondió a su pregunta, sino que la besó en silencio, afectuosamente.

—¡Que sean ustedes felices! —dijo.

—Lo mismo... lo mismo le... deseo —dijo Katia.

En ese momento se abrió la puerta y entró Aliosha. No había sido capaz, no había tenido fuerza de voluntad para aguantar la media hora de espera hasta el final y, viendo a Natasha y a Katia fundidas en un abrazo y deshechas en llanto, cayó ante ellas de rodillas, rendido y atormentado.

—¿Por qué lloras así? —le dijo Natasha—. ¿Porque vas a separarte de mí? Pero si va a ser por poco tiempo. ¿No vas a estar de vuelta en junio?

—Y entonces celebraréis vuestra boda —se apresuró a decir Katia, entre lágrimas, tratando de consolar a Aliosha.

—Pero yo no puedo, no puedo dejarte un solo día, Natasha. Sin ti me moriré... ¡No sabes cuánto te necesito ahora! ¡Sobre todo ahora!

—Mira, entonces puedes hacer una cosa —propuso Natasha, animándose de pronto—; porque la condesa se quedará algún tiempo en Moscú... ¿no es así?

—Sí, casi una semana —aclaró Katia.

—¡Una semana! Mejor todavía: mañana vas con ellas a Moscú, eso te llevará sólo un día y podrás regresar de inmediato. Cuando vayan a dejar Moscú, nos despedimos finalmente para un mes y tú te vuelves a Moscú para acompañarlas y quedarte ya con ellas.

—Sí, sí, eso es... Así, de todos modos, dispondrán ustedes de otros cuatro días para estar juntos —exclamó Katia, encantada, intercambiando con Natasha una mirada muy significativa.

No puedo describir el entusiasmo de Aliosha ante los nuevos planes. De pronto se sintió totalmente reconfortado; su rostro estaba radiante de alegría, abrazó a Natasha,

le besó la mano a Katia, me abrazó a mí. Natasha le miró con una sonrisa triste, pero Katia fue incapaz de soportarlo. Me dirigió una mirada febril, relampagueante, abrazó a Natasha y se levantó de su asiento, decidida a marcharse. Muy oportunamente, en ese instante la francesa mandó a un criado exigiendo que pusieran fin a la entrevista cuanto antes, pues la media hora estipulada ya había transcurrido.

Natasha se levantó. Se quedaron las dos de pie, la una enfrente de la otra, cogidas de la mano, intentando expresar con la mirada todo lo que se agolpaba en sus almas.

—Me imagino que nunca volveremos a vernos —dijo Katia.

—Nunca, Katia —respondió Natasha.

—Entonces, hay que despedirse.

Se abrazaron.

—No me maldiga —susurró Katia apresuradamente—. Yo... siempre... puede estar segura... Él va a ser feliz... ¡Vamos, Aliosha, acompáñame! —dijo deprisa, tomándolo de la mano.

—¡Vania! —me dijo Natasha, emocionada y exhausta, cuando ya habían salido—. Vete detrás de ellos y... y luego ya no vuelvas. Aliosha pasará la tarde conmigo, hasta las ocho; más tarde ya no puede quedarse, se va de viaje. Me deja sola... Ven a verme a las nueve. ¡Te lo ruego!

Esa misma noche, a las nueve, dejé a Nellie (tras el incidente de la taza rota) al cuidado de Aleksandra Semiónovna y me presenté en casa de Natasha. Ya estaba sola y me esperaba con impaciencia. Mavra nos trajo el samovar; Natasha me sirvió el té, se acomodó en el sofá y me pidió que me sentara a su lado.

—Pues sí, ya todo ha terminado —dijo, mirándome fijamente; nunca olvidaré esa mirada—. Y también nuestro amor ha terminado. ¡Medio año de vida! Y ha terminado para siempre —añadió, apretándome la mano.

Le ardía la mano. Intenté convencerla de que se abrigara y se fuera a la cama.

—En seguida, Vania, en seguida, mi buen amigo. Déjame hablar un poco, recordar algunas cosas... Ahora mismo estoy destrozada... Mañana, a las diez, le veré por última vez... ¡por última vez!

—Natasha, tienes fiebre, te van a dar escalofríos; tienes que cuidarte...

—Mira, Vania, he estado esperándote media hora, desde que él se ha ido, y ¿en qué dirías que he estado pensando? ¿Qué crees que me he estado preguntando? Pues me he estado preguntando si le he querido o no le he querido y qué clase de amor ha sido el nuestro. Te parecerá ridículo que no me lo haya preguntado hasta ahora...

—No te excites, Natasha...

—Pues ya ves, Vania, he llegado a la conclusión de que no le he amado como a un igual, del modo en que una mujer suele amar a un hombre. Le he amado como... casi como una madre. Tengo la sensación de que realmente no se da en este mundo esa clase de amor, en el que dos personas se quieren como iguales. ¿Qué piensas tú?

Yo la miraba intranquilo, temiendo que estuviera sufriendo un ataque febril. Parecía sentirse transportada, como si tuviera una necesidad imperiosa de hablar;

algunas de las cosas que decía resultaban incoherentes, a veces ni siquiera pronunciaba las palabras con claridad. Me asusté mucho.

—Era mío —seguía diciendo—. Prácticamente desde la primera vez que le vi, nació en mí un deseo incontenible de que fuera *mío*, lo antes posible, de que no mirase a nadie más, de que no conociese a nadie más, sólo a mí, únicamente a mí... Esta misma mañana Katia lo ha explicado muy bien: yo le he querido, precisamente, como si todo el rato estuviera sintiendo lástima de él... Nunca he dejado de experimentar un deseo irresistible, que se convertía en un verdadero tormento cuando me quedaba sola, de que él fuera feliz, terriblemente feliz, perpetuamente feliz. Yo era incapaz de mirarle tranquilamente a la cara (tú ya conoces su expresión, Vania): nunca he visto una expresión como la suya y, cada vez que se reía, me quedaba helada y me estremecía... ¡Palabra!

—Escucha, Natasha...

—Hay quien dice —me interrumpió—, y tú también lo has dicho, por cierto, que le falta carácter, y que tampoco le sobra... inteligencia, que es como un niño. Bien, pues eso era lo que más me gustaba de él... ¿te lo quieres creer? Aunque tampoco sé si me gustaba precisamente por eso: el caso es me gustaba tal como era y, si hubiera sido distinto en algún sentido, con más carácter o más inteligente, posiblemente no me habría gustado. Mira, Vania, tengo que confesarte una cosa: te acordarás de que hace tres meses tuvimos una discusión cuando él estuvo viendo a esa... cómo se llamaba... a esa tal Minna... Yo me enteré del asunto, hice mis pesquisas y, aunque no te lo creas, lo cierto es que sufrí enormemente, pero al mismo tiempo casi me resultó agradable... Tampoco sé por qué... Pensar que también él, como un *adulto* más, en compañía de otros *adultos*, anduviera detrás de las chicas bonitas, ¡que también él fuera a ver a esa Minna! Yo... Cómo disfruté con esa discusión; y poder perdonarle después... ¡Ay, qué adorable!

Me miró a la cara y se rió de un modo extraño. A continuación se quedó pensativa, como si estuviera haciendo memoria de todo aquello. Estuvo así un buen rato, con una sonrisa en los labios, evocando el pasado.

—Me encantaba perdonarle, Vania —prosiguió—. Sabes, cada vez que me dejaba sola, yo me ponía a dar vueltas por el cuarto, sufriendo, llorando, pero a veces me daba por pensar: «Cuanto más culpable se sienta ante mí, mejor»... ¡Sí! Y, date cuenta, siempre me lo imaginaba como un chiquillo: me veía sentada, y él apoyaba la cabeza en mis rodillas, se quedaba dormido, y yo le pasaba la mano muy despacio, acariciándole... Siempre que no estaba a mi lado, me lo imaginaba de esa manera... Escucha, Vania —añadió de pronto—, ¡Katia es un encanto!

Me dio la sensación de que estaba hurgándose en la herida a propósito, impelida por una especie de necesidad: necesidad de desesperación, de sufrimiento... ¡Es tan frecuente en los corazones que han sufrido una pérdida grave!

—Katia, a mi juicio, puede hacerle feliz —continuó—. Tiene carácter, y habla con tanta convicción, y con él es muy seria, muy sensata; siempre le habla de cosas

importantes, como si fuera una persona mayor. Cuando, en realidad, no es más que una criatura. ¡Qué simpática es! ¡Ah! ¡Ojalá sean felices! ¡Ojalá, ojalá!

Y súbitamente las lágrimas, los sollozos, brotaron en tropel de su corazón. Durante media hora fue incapaz de dominarse, de calmarse mínimamente.

¡Querido ángel mío, Natasha! Aquella misma noche, al notarla más serena o, mejor dicho, más cansada, y pensando que así podría distraerla, le hablé de Nellie, y ella todavía fue capaz, a pesar de su tristeza, de interesarse por lo que me preocupaba... Nos separamos tarde; yo estuve esperando hasta que se quedó dormida y, al salir, le pedí a Mavra que no se apartara de su desdichada señora en toda la noche.

—¡Ay, que acabe cuanto antes, cuanto antes! —exclamé de camino a casa—. ¡Que acabe muy pronto tanto sufrimiento! ¡Que acabe como sea, de la forma que sea, pero que acabe lo antes posible!

A la mañana siguiente, a las diez en punto, ya estaba en su casa. Aliosha llegó justo a la vez... Venía a despedirse. No voy a hablar de esa escena, no quiero recordarla. Natasha parecía haberse prometido a sí misma ser fuerte, aparentar alegría, indiferencia, pero fue incapaz. Abrazó a Aliosha con todas sus fuerzas, de un modo convulsivo. Apenas habló con él, pero estuvo mucho tiempo observándole con una mirada fija, atormentada, propia de una persona perturbada. Estaba pendiente, con enorme ansiedad, de todas y cada una de sus palabras, y daba la impresión de no entender nada de lo que le decía. Recuerdo que Aliosha le pidió que le perdonara, que le perdonara aquel amor y todas las ofensas recibidas en ese tiempo, que le perdonara sus infidelidades, su amor a Katia, su partida... Hablaba de un modo incoherente, ahogado por las lágrimas. De vez en cuando le daba por consolarla, diciendo que sólo iba a estar fuera un mes o, a lo sumo, cinco semanas, que en verano estaría de vuelta y que entonces se casarían, que su padre también daría su consentimiento y, sobre todo, que en dos días habría regresado de Moscú y entonces dispondrían de cuatro días enteros para pasarlos juntos, de modo que apenas iban a estar un día separados...

¡Era algo extraño! Estaba totalmente convencido de que decía la verdad, pensaba que en un par de días, sin falta, estaría de vuelta de Moscú... ¿Por qué, entonces, lloraba y sufría de ese modo?

Al fin dieron las once en el reloj. A duras penas, le convencí de que se fuera. El tren de Moscú partía a las doce en punto. Sólo faltaba una hora. Más tarde Natasha me contó que no se acordaba de cómo le había mirado por última vez. Recuerdo que le persignó, le besó y, cubriéndose el rostro con las manos, se metió de nuevo en la habitación. Yo tuve que acompañar a Aliosha y dejarlo montado en el coche, porque si no habría regresado indefectiblemente y jamás habría llegado a salir a la calle.

—Eres nuestra única esperanza —me decía mientras bajábamos las escaleras—. ¡Vania, amigo mío! Soy culpable ante ti, y nunca seré digno de tu estima, pero te pido que seas mi hermano hasta el final: sigue queriéndola, no la dejes sola, y escríbeme contándomelo todo por extenso, detenidamente, sin omitir un solo detalle. Pasado

mañana estaré aquí de vuelta, ¡sin falta, sin falta! Pero después, cuando vuelva a marcharme, ¡escribe! —Le ayudé a montarse en el coche—. ¡Hasta pasado mañana! —me gritó al ponerse en marcha—. ¡Sin falta!

Subí de vuelta a casa de Natasha con el corazón helado. Estaba de pie en medio de la habitación, con los brazos cruzados, y me miró distraída, como si no me reconociera. Tenía los cabellos caídos hacia un lado, la mirada turbia y errática. Mavra, desconcertada, estaba junto a la puerta, mirándola aterrada.

De repente, los ojos de Natasha centellearon:

—¡Ah! ¡Eres tú! ¡Tú! —me gritó—. Ahora te has quedado solo. ¡Le odiabas! Nunca has podido perdonarle que le haya amado... Aquí estás otra vez, ¡a mi lado! ¿Y bien? Otra vez has venido a *consolarme*, a intentar convencerme de que regrese con mi padre, que me desprecia y me maldice. ¡Ayer mismo lo he vuelto a saber, después de dos meses! ¡No quiero, no quiero! ¡Yo también los maldigo! ¡Vete de aquí, no puedo ni verte! ¡Fuera de mi vista, fuera!

Me daba cuenta de que estaba fuera de sí y mi presencia la ponía enferma; también me daba cuenta de que era algo de lo más natural, así que juzgué preferible marcharme. Salí y me senté en el primer escalón a esperar. De vez en cuando me levantaba, abría la puerta, llamaba a Mavra y le preguntaba. Mavra no paraba de llorar.

Así pasó una hora y media. No soy capaz de describir cuál fue mi estado durante ese tiempo. Tenía el corazón en un puño, y sufría de una forma atroz. De pronto la puerta se abrió y Natasha salió precipitadamente, con capa y sombrero. Parecía ausente, y ella misma me confesó después que en esos momentos no sabía adónde iba con tanta prisa ni qué se proponía hacer.

Antes de que me diera tiempo a esconderme en alguna parte, me vio y se quedó estupefacta. Se detuvo a mi lado, petrificada. «De pronto caí en la cuenta —me contó después— de que en mi ofuscación, en mi locura, había llegado a echarte de mi lado; a ti, ¡a mi amigo, mi hermano, mi salvador! Y cuando te vi ahí sentado en la escalera, esperando, a pesar de la ofensa, a que volviera a llamarte... ¡Dios mío! Si supieras, Vania, cómo me sentí. Fue como si me hubieran atravesado el corazón...»

—¡Vania! ¡Vania! —gritó, tendiendo las manos hacia mí—. ¡Estás aquí!

Y cayó en mis brazos.

Yo la sujeté y la lleve dentro. ¡Se había desmayado! «¿Qué hago ahora? —pensé—. ¡Seguro que sufre un ataque febril!»

Decidí ir en seguida en busca de un médico; había que atajar la enfermedad. En coche no tardaría mucho. Hasta las dos, mi viejo amigo, el doctor alemán, solía estar en casa. Salí corriendo para allá, tras suplicarle a Mavra que no dejara ni un minuto, ni un segundo, sola a Natasha, y que no le permitiera salir bajo ningún concepto. Dios me ayudó: si hubiera llegado un poco más tarde, no habría encontrado al anciano en casa. Cuando me presenté, ya estaba en la calle, listo para marcharse. En un santiamén, le acomodé en mi coche, sin darle tiempo a sorprenderse, y volvimos

rápida para casa de Natasha.

¡Sí, Dios me ayudó! Durante la media hora que estuve fuera, le ocurrió a Natasha algo que podría haber acabado con su vida de no haber llegado yo a tiempo con el doctor. No había pasado ni un cuarto de hora desde que me había marchado cuando se presentó el príncipe. Venía directamente de despedir a los suyos en la estación de ferrocarril. Seguramente, esa visita la tenía ya pensada y decidida hacía tiempo. La propia Natasha me contó después que al principio ni siquiera le había sorprendido la presencia del príncipe. «Estaba muy confusa», me dijo.

Se sentó enfrente de ella, mirándola con ojos cariñosos, compasivos.

—Querida mía —dijo, con un suspiro—, me hago cargo de su tristeza, sabía que estos instantes serían muy duros para usted, y he considerado que era mi deber venir a visitarla. Consuélese, en la medida de lo posible, con la idea de que, renunciando a Aliosha, va a permitir que sea feliz. Pero usted lo sabe mejor que yo, puesto que ha decidido dar ese paso tan generoso...

«Yo estaba sentada, escuchándole —me contó Natasha—, y la verdad es que al principio no entendía muy bien lo que quería decir. Recuerdo únicamente que le miraba fijamente, no dejaba de mirarle. Me tomó de la mano y empezó a apretármela. Eso parecía resultarle muy agradable. Yo estaba tan fuera de mí que ni siquiera pensé en retirarla».

—Se ha dado usted cuenta —siguió diciendo el príncipe— de que, convirtiéndose en la mujer de Aliosha, podía haber conseguido que él acabara odiándola, pero hay en usted suficiente noble orgullo para reconocerlo y tomar una decisión... Pero el caso es que no he venido aquí a alabarla. Tan sólo quería proclamar ante usted que nunca, y en ninguna parte, encontrará usted a un amigo mejor que yo. La compadezco y lo siento por usted. Me he visto forzado a intervenir, de mala gana, en todo este asunto, pero he cumplido con mi deber. Su hermoso corazón sabrá comprenderlo y se reconciliará con el mío... ¡A mí se me ha hecho más duro que a usted, créame!

—Ya es suficiente, príncipe —dijo Natasha—. Déjeme en paz.

—Desde luego —respondió—. En seguida me marchó. Pero la quiero como a una hija, y tiene que dejarme que la visite. Debe ver en mí a un padre y permitirme que le sirva de ayuda.

—No necesito nada, déjeme —le replicó de nuevo Natasha.

—Ya sé que es usted orgullosa... Pero le estoy hablando sinceramente, de todo corazón. ¿Qué se propone hacer ahora? ¿Reconciliarse con sus padres? Sería algo muy bueno, pero su padre es un hombre injusto, soberbio y despótico; perdone que se lo diga, pero ésa es la verdad. En casa de sus padres sólo le esperan reproches y nuevos padecimientos... Pero tiene usted que ser independiente, y mi obligación, mi deber sagrado, consiste en ocuparme de usted y prestarle mi ayuda. Aliosha me ha rogado que no la abandone y que le brinde mi amistad. Además, aparte de mí, hay otras personas dispuestas a ser sus devotos servidores. Espero que me permita presentarle al conde N. Es un hombre de gran corazón; es pariente nuestro y,

podríamos decir, es el benefactor de toda la familia. Ha hecho mucho por Aliosha. Aliosha siempre le ha respetado y le ha tenido una gran estima. Es un hombre poderoso, muy influyente, entrado en años; una joven como usted bien podría recibirle. Yo ya le he hablado de usted. Puede buscarle una colocación y, si usted lo desea, conseguirle un magnífico puesto... en casa de unos parientes. Hace ya un tiempo le expuse, con absoluta claridad, todo lo concerniente a *nuestro* asunto y él, animado por la nobleza y bondad de sus sentimientos, se interesó tanto por la cuestión que ahora es él el que insiste continuamente en que les presente cuanto antes... Es un hombre con una gran sensibilidad para todo lo bello, créame... Es un anciano generoso, respetado, que sabe valorar los méritos y que incluso, hace poco, mostró una gran generosidad con su padre a raíz de cierto incidente.

Natasha se levantó como si la hubieran pinchado. Por fin le había entendido.

—¡Váyase! ¡Váyase ahora mismo! —gritó.

—Pero tenga presente, amiga mía, que el conde también puede servirle de ayuda a su padre...

—Mi padre nunca aceptará nada que venga de usted. ¡Déjeme de una vez! —volvió a gritar Natasha.

—¡Ay Dios, qué impaciente y qué desconfiada es usted! No me merezco este trato... —exclamó el príncipe, mirando en torno suyo con cierta inquietud—. En cualquier caso, permítame —prosiguió, sacándose un paquete del bolsillo— que le deje esta prueba de mi afecto y, en particular, del afecto del conde N., que ha sido quien me lo ha sugerido. Hay aquí diez mil rublos. Aguarde, amiga mía —se apresuró a añadir, viendo que Natasha se levantaba de su sitio, hecha una furia—, escuche con paciencia lo que le voy a decir: como usted sabe, su padre ha perdido el pleito que había entablado contra mí, y estos diez mil rublos pueden servir como compensación, la cual...

—¡Fuera! —gritó Natasha—. ¡Aparte ese dinero de mi vista! Ya veo yo lo que pretende... ¡Miserable, miserable, miserable!

El príncipe se levantó de su asiento, pálido de rabia.

Seguramente, se había presentado allí con la intención de preparar el terreno y analizar la situación; sin duda, contaba con el efecto que esos diez mil rublos podrían tener en Natasha, abandonada por todos y abocada a la miseria. Vil y mezquino, más de una vez le había prestado servicios de esa naturaleza al conde N., un anciano libidinoso. Pero odiaba a Natasha y, viendo que su empresa no iba por el buen camino, cambió en seguida de tono y se apresuró a insultarla con perversa satisfacción, *para no irse, al menos, de vacío*.

—No está bien, querida mía, que se sulfure usted de ese modo —dijo con voz algo temblorosa, impaciente por disfrutar cuanto antes del efecto de sus insultos—; no está nada bien. Le ofrecen protección y hace usted un mohín de desprecio... Pues sepa que debería estarme agradecida: hace ya tiempo que podía haber hecho que la encerraran, como padre de un joven al que usted ha pervertido y ha desvalijado, pero

no he querido... ¡je, je, je!

Justo en ese momento llegábamos nosotros. Al entrar en la cocina oímos unas voces; le dije al doctor que esperara un segundo, y así pude escuchar la última frase del príncipe. A continuación estalló su repulsiva risotada y el grito desesperado de Natasha: «¡Ah, Dios mío!». En ese instante abrí la puerta y arremetí contra el príncipe.

Le escupí en la cara y le abofeteé con todas mis fuerzas. Intentó revolverse contra mí, pero al ver que éramos dos optó por escapar, no sin antes coger de la mesa el paquete del dinero. Sí, eso fue lo que hizo, yo mismo fui testigo. Le tiré por la espalda un rodillo que cogí en la mesa de la cocina... Al volver corriendo al cuarto, vi al doctor intentando sostener a Natasha, que se contraía y se le escapaba de los brazos, víctima de un ataque. Tardamos mucho en apaciguarla, hasta que finalmente pudimos acostarla. Parecía que estaba delirando.

—¿Qué es lo que tiene, doctor? —pregunté muerto de miedo.

—Espere —me contestó—, hay que observar más detenidamente los síntomas para llegar a alguna conclusión... Pero, en términos generales, su estado es muy grave. Puede desembocar incluso en un ataque febril... En todo caso, habrá que tomar medidas...

Pero yo ya tenía otra cosa en la cabeza. Rogué al doctor que se quedase con Natasha otras dos o tres horas, y le pedí que me diera su palabra de que no se iba a apartar de ella ni un minuto. Contando con su palabra, me fui corriendo a casa.

Nellie estaba en un rincón, abatida y asustada, y me miró de una forma rara. Sin duda, yo debía de tener un aspecto muy extraño.

La tomé de la mano, me acomodé en el sofá, la senté en mis rodillas y la besé con calor. Se puso colorada.

—¡Nellie, ángel mío! —dije—. ¿Quieres ser nuestra salvación? ¿Quieres salvarnos a todos? —Me miró con incredulidad—. ¡Nellie! ¡Eres nuestra única esperanza! Se trata de ese padre al que ya has visto en otras ocasiones; ese que maldijo a su hija y que vino ayer a pedirte que ocuparas en su hogar el lugar que ha dejado esa hija. Ahora la hija, Natasha (¡recuerda que dijiste una vez que la querías!), ha sido abandonada por el hombre al que amaba, el mismo que fue el causante de que se marchara de casa de sus padres. Es el hijo de ese príncipe que vino a verme una noche, ¿te acuerdas?, y que te encontró aquí sola... Tú te escapaste de él y luego te pusiste enferma... ¿Sabes de quién te hablo, verdad? ¡Es un malvado!

—Sí, ya sé —contestó Nellie, estremeciéndose y poniéndose pálida.

—Pues sí, es un malvado. Odia a Natasha porque su hijo, Aliosha, quería casarse con ella. Hoy Aliosha se ha ido, y una hora más tarde su padre se ha presentado en casa de Natasha y se ha puesto a insultarla, luego ha amenazado con meterla en la cárcel y se ha burlado de ella. ¿Entiendes lo que te quiero decir, Nellie?

Sus negros ojos centellearon, pero en seguida bajó la mirada.

—Sí, lo entiendo —dijo en susurro apenas audible.

—Ahora mismo Natasha está sola y enferma; la he dejado en manos de nuestro doctor, mientras yo venía aquí a verte. Escucha, Nellie: vamos a ir a casa del padre de Natasha; a ti no te gusta ese hombre, tú no querías marcharte con él, pero ahora vamos a ir los dos juntos a su casa. Cuando lleguemos, le voy a decir que tú ahora sí quieres vivir con ellos, ocupando el lugar de su hija, de su Natasha. El viejo está enfermo, porque ha renegado de Natasha y porque el padre de Aliosha le ofendió de un modo horrible hace unos días. Ahora mismo no quiere ni oír hablar de su hija, pero la quiere, Nellie, la quiere y desea reconciliarse con ella; ¡lo sé, lo sé de sobra! ¡Es así! ¿Oyes, Nellie?

—Sí —dijo en un susurro, igual que antes.

Yo le hablaba entre lágrimas. Nellie me miraba apocada.

—¿Te fías de mí?

—Sí.

—Entonces, iremos juntos, yo les diré que estás dispuesta a quedarte en su casa y ellos te acogerán con todo el cariño del mundo y empezarán a hacerte preguntas. Yo ya me las arreglaré para que, en el curso de la conversación, te pregunten por tu vida anterior, por tu madre y por tu abuelo. Cuéntaselo todo, Nellie, tal y como me lo contaste a mí. Todo, absolutamente todo, sin ocultarles nada. Cuéntales que a tu madre la abandonó un hombre malvado, cuéntales cómo murió en aquel sótano, en casa de Búbnova, cómo teníais que andar por las calles pidiendo limosna; cuéntales lo que te dijo y lo que te pidió en el momento de morir... Háblales también de tu abuelo, diles que no quiso perdonar a tu madre; cuéntales que ella te mandó a buscarle en la hora de la muerte para pedirle que fuera a verla y a concederle su perdón, pero que él se negó... y cuéntales cómo murió. ¡Todo, cuéntaselo todo! Y, cuando se lo cuentes, el viejo sentirá todo eso en el fondo de su corazón. Porque él también sabe que Aliosha ha abandonado hoy a su hija, y que ésta se ha quedado, humillada y vejada, sin ayuda y sin amparo, sometida al desdén de su enemigo. Todo eso ya lo sabe... ¡Nellie! ¡Salva a Natasha! ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —contestó, haciendo un esfuerzo para cobrar aliento y dirigiéndome una mirada extraña, una mirada fija y prolongada; había algo que parecía un reproche en aquella mirada, y yo lo sentí en mi interior.

Pero no pensé en cambiar de idea. Confiaba plenamente en ella. Cogí a Nellie de la mano y salimos de casa. Eran ya más de las dos de la tarde. Se estaba preparando una tormenta. Últimamente había hecho un tiempo caluroso y sofocante, pero en esos momentos se oyó a lo lejos el primer trueno de la temprana primavera. El viento se levantó en las calles polvorientas.

Cogimos un coche. Nellie fue todo el camino callada, sólo muy de vez en cuando me dirigía aquella mirada suya, extraña y enigmática. Estaba muy agitada y, mientras la sostenía en el coche, pude notar en la palma de la mano cómo latía con fuerza su pequeño corazón, que parecía como si quisiera salirse del pecho.

## VII

El camino se me hizo interminable. Al fin llegamos, y entré en casa de mis amigos con el corazón en un puño. No sabía cuándo iba a salir de allí, pero sí sabía que, costara lo que costase, tenía que salir de allí habiendo conseguido el perdón y la reconciliación.

Eran más de las tres. Los viejos estaban solos, como de costumbre. Nikolái Sergueich se encontraba muy abatido y enfermo, y estaba medio echado en un confortable sillón, pálido y exhausto, con la cabeza envuelta en un pañuelo. Anna Andréievna, sentada a su lado, le humedecía de vez en cuando las sienes con vinagre. Cada dos por tres, con aire inquieto y compungido, le miraba a la cara, algo que parecía preocupar a su marido, e incluso llegaba a molestarle. Él guardaba un silencio obstinado, y ella no se atrevía a abrir la boca. Nuestra llegada repentina los sorprendió mucho a los dos. Anna Andréievna, por alguna razón, se asustó al verme con Nellie, y al principio nos estuvo mirando como si, de buenas a primeras, se hubiera sentido en falta.

—Vengo a traerles a mi Nellie —dije, nada más entrar—. Se lo ha pensado mejor y ahora desea vivir aquí. Acójanla con todo su cariño...

El viejo me miró receloso, y sólo por aquella mirada se podía adivinar que ya estaba al corriente de todo, es decir, que sabía que Natasha se había quedado sola, abandonada, olvidada y acaso ultrajada. Estaba deseoso de penetrar en el secreto de nuestra aparición, y nos miraba con aire inquisitivo tanto a Nellie como a mí. Nellie temblaba y me agarraba con fuerza la mano; miraba al suelo y sólo de vez en cuando echaba un vistazo acobardado a su alrededor, como un animalillo atrapado. Pero Anna Andréievna no tardó en reaccionar y comprendió lo que ocurría: se acercó a Nellie, la besó, la acarició, le dio incluso por llorar y la sentó a su lado, con mucho cariño, sin soltarle la mano en ningún momento. Nellie la miraba de reojo, con curiosidad y con cierto asombro.

Pero, después de mimar a Nellie y sentarla a su lado, la vieja ya no sabía qué más podía hacer, y empezó a mirarme con unas expectativas ingenuas. El viejo torció el gesto, como si estuviera cerca de adivinar con qué fin les había llevado a Nellie. Al darse cuenta de que yo me había fijado en su expresión insatisfecha y en su ceño fruncido, se llevó una mano a la cabeza y me dijo con voz entrecortada:

—Me duele la cabeza, Vania.

Todos seguíamos callados; yo no sabía cómo empezar. La habitación estaba a oscuras; un negro nubarrón iba cubriendo el cielo, y volvió a oírse el lejano retumbar de un trueno.

—Pronto empezamos con las tormentas esta primavera —dijo el viejo—. Aunque recuerdo que el año 37 en nuestra tierra empezaron antes aún.

Anna Andréievna suspiró.

—¿Saco el samovar? —preguntó tímidamente; pero nadie le respondió, y volvió a

dirigirse a Nellie—. ¿Cómo quieres que te llamemos, tesoro?

Nellie, con voz muy débil, pronunció su nombre y bajó aún más la vista. El viejo la miraba fijamente.

—Eso es lo mismo que Yelena, ¿no? —prosiguió la anciana, más animada.

—Sí —contestó Nellie, y siguió otro breve silencio.

—La hermana pequeña de Praskovia Andréievna tenía una sobrina que se llamaba Yelena —terció Nikolái Sergueich—; también la llamaban Nellie. Me acuerdo.

—¿Y no tienes familia, tesoro? ¿No tienes padre ni madre? —preguntó de nuevo Anna Andréievna.

—No —respondió Nellie, con un tímido susurro.

—Sí, sí, es lo que había oído. Y tu madre ¿hace mucho que murió?

—No mucho.

—Ay, pobre criatura, pobre huérfana —siguió diciendo la anciana, mirándola con compasión.

Nicolái Sergueich tamborileaba impaciente en la mesa.

—Y tu madre era extranjera, ¿verdad? Eso nos contó usted, Iván Petróvich, ¿no es así? —apuntó la vieja tímidamente, siguiendo con sus preguntas.

Nellie me dirigió una mirada fugaz con sus ojos negros, como pidiéndome ayuda. Su respiración era pesada e irregular.

—Su madre, Anna Andréievna —le expliqué—, era hija de un inglés y una rusa, pero tenía más de rusa. Nellie, en cambio, nació en el extranjero.

—Entonces, ¿su madre se fue al extranjero estando ya casada?

Nellie, de repente, se puso toda colorada. La vieja se dio cuenta en seguida de que había dicho algo inconveniente y se estremeció ante la mirada furibunda de su marido. Éste la miró con severidad y se volvió hacia la ventana.

—A su madre la engañó un malvado, un canalla —afirmó, dirigiéndose repentinamente a Anna Andréievna—. Se escapó de casa para irse con él y puso en manos de su amante el dinero de su padre. Luego ese hombre la engañó y la dejó en la miseria: se fue con ella al extranjero, donde la desvalijó antes de abandonarla. Pero un buen amigo se mantuvo fiel y la ayudó hasta el final. Cuando murió, hace ahora dos años, ella decidió regresar a Rusia y volver con su padre. ¿No fue eso lo que nos contaste, Vania? —me preguntó con cierta brusquedad.

Nellie, enormemente inquieta, se levantó del asiento e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Ven aquí, Nellie —dijo el anciano, tendiéndole por fin la mano—. Siéntate aquí, a mi lado; mira ven... siéntate. —Se inclinó hacia ella, le dio un beso en la frente y empezó a acariciarle despacio la cabeza. Nellie temblaba como una hoja... pero logró controlarse.

Anna Andréievna, conmovida y esperanzada, veía satisfecha cómo su Nikolái Sergueich arrullaba por fin a la huérfana.

—Yo sé, Nellie, que un hombre malvado, sin principios, le trajo la desgracia a tu

madre, pero también sé que ella amaba y respetaba a su padre —declaró con emoción el viejo, mientras seguía acariciándole la cabeza a Nellie. Había sido incapaz, en un momento como ése, de resistirse a lanzarnos ese reto. Un ligero rubor tiñó sus pálidas mejillas; procuraba no mirarnos.

—Quería más mamá al abuelo que el abuelo a mamá —afirmó Nellie tímidamente, pero con rotundidad; también ella se esforzaba por no mirar a nadie.

—¿Y cómo sabes tú eso? —saltó el viejo, sin poder aguantarse, como un niño pequeño; pareció avergonzarse de su propia impaciencia.

—Lo sé —contestó Nellie bruscamente—. Se negaba a ver a mamá y... siempre la echaba de su lado...

Me di cuenta de que Nikolái Sergueich tenía ganas de decir algo, de replicar. Habría afirmado, por ejemplo, que al padre no le faltarían motivos para negarse a ver a su hija, pero nos miró y se quedó callado.

—Y ¿qué hicisteis entonces, adónde os fuisteis a vivir, en vista de que tu abuelo no quería saber nada de vosotras? —preguntó Anna Andréievna, que de pronto estaba empeñada en seguir con el tema.

—Al llegar aquí, estuvimos mucho tiempo buscando al abuelo —contestó Nellie —, pero no había manera de dar con él. Mamá me dijo entonces que el abuelo antes había sido muy rico y había tenido el proyecto de construir una fábrica, pero que luego lo había perdido todo, porque el hombre que se había fugado con mamá se había quedado con todo el dinero del abuelo y no se lo había devuelto. Todo eso me lo contó mamá.

—Hum... —respondió el viejo.

—Y también me contó otra cosa —prosiguió Nellie, cada vez más animada, como si tuviera ganas de replicar a Nikolái Sergueich, por más que se estuviera dirigiendo a Anna Andréievna—. Me dijo que el abuelo estaba muy enfadado con ella, y que ella se había portado muy mal con él, y que no tenía a nadie más en el mundo, aparte del abuelo. Y todas esas cosas me las contaba llorando... «A mí nunca me va a perdonar —me dijo al poco de llegar nosotras aquí—. Pero es posible que a ti sí te acepte y te quiera, y que, gracias a ti, acabe por perdonarme también a mí». Mamá me quería mucho y, cuando me decía esas cosas, no paraba de besarme, pero no se atrevía a ir a ver al abuelo. Me enseñó a pedir a Dios por el abuelo, y ella también rezaba, y también me contó muchas otras cosas, de cómo había vivido antes con el abuelo, y de cuánto la quería el abuelo, más que a nada en el mundo. Ella tocaba el piano y leía libros por las tardes, y el abuelo le daba besos y le regalaba muchas cosas... Le regalaba de todo, y una vez incluso riñeron, en un santo de mamá, porque el abuelo se creía que mamá no sabía lo que le iba a regalar, pero mamá ya lo sabía hacía tiempo. Mamá quería unos pendientes, y el abuelo intentaba engañarla diciendo que no le iba a regalar unos pendientes, sino un broche; así que, cuando le dio los pendientes y vio que mamá ya lo sabía, se enfadó por eso, y estuvo casi todo el día sin hablarle, pero luego él se acercó a darle un beso y a pedirle perdón...

Según iba contando la historia, Nellie se dejaba llevar por su entusiasmo, y el rubor iba tiñendo sus pálidas mejillas de enferma.

Era evidente que la madre, en el rincón del sótano, abrazando y besando a su hija (la única alegría que le quedaba en la vida), llorando sobre ella, le había hablado muchas veces de aquellos días felices, sin sospechar siquiera la huella tan viva que tales relatos dejarían en la sensibilidad enfermiza de la débil criatura y en sus precoces afectos.

Pero Nellie, de pronto, pareció caer en la cuenta de que se había emocionado en exceso: miró recelosa a su alrededor y se quedó callada. El viejo frunció el ceño y volvió a tamborilear en la mesa; a Anna Andréievna se le escapó una lágrima, y se la enjugó con el pañuelo sin decir nada.

—Mamá vino muy enferma —añadió Nellie en voz baja—, le dolía mucho el pecho. Estuvimos mucho tiempo buscando al abuelo, sin encontrarle, y tuvimos que meternos en un rincón en aquel sótano.

—¡En un rincón! ¡Y encima estando enferma! —exclamó Anna Andréievna.

—Sí... en un rincón... —respondió Nellie—. Mamá era pobre. Mamá solía decirme —añadió, más animada— que ser pobre no es ningún pecado, que lo que es un pecado es ser rico y ofender a los demás... y que eso Dios lo castiga.

—Eso fue en Vasílievski, ¿no? ¿En casa de Búbnova? —preguntó el viejo, dirigiéndose a mí, en un tono que pretendía aparentar indiferencia. Como si sólo interviniera porque le resultaba incómodo estar callado.

—No, allí no... al principio vivimos en la calle Meshchánskaia —contestó Nellie—. Allí estuvimos en un sitio muy oscuro y muy húmedo —siguió, tras una breve pausa—, y mamá se puso peor, aunque por entonces todavía salía. Yo le hacía la colada, y ella lloraba. También vivía allí una señora mayor, viuda de un capitán, y un funcionario retirado, que siempre venía borracho, y se pasaba las noches gritando y armando escándalo. Yo le tenía mucho miedo. Mamá me metía en la cama con ella y me abrazaba, y no paraba de temblar, mientras el funcionario se dedicaba a dar voces y blasfemar. Una vez quiso pegar a la capitana, que era una señora muy anciana y usaba bastón. A mamá le dio pena de ella y salió en su defensa; total, que el funcionario pegó a mamá, y yo le pegué a él...

Nellie se calló. Los recuerdos la habían excitado; los ojos le centelleaban.

—¡Cielo santo! —exclamó Anna Andréievna, interesadísima en el relato; no apartaba la mirada de Nellie, que casi todo el tiempo había estado dirigiéndose a ella.

—Entonces mamá se marchó —continuó Nellie—, y me llevó consigo. Estuvimos todo el día dando vueltas por las calles hasta que se hizo de noche, y mamá no paraba de llorar, y me llevaba de la mano. Yo estaba muy cansada; no habíamos comido en todo el día. Mamá estaba todo el rato hablando sola, y a mí me decía: «Sé pobre, Nellie, y, cuando yo muera, no hagas caso a nada ni a nadie. No vayas a vivir con nadie; sé independiente, pobre y trabaja; y, si no encuentras trabajo, pide limosna, pero no te vayas *con él*». Cuando ya anochecía, estábamos atravesando

una calle importante y, de repente, mamá gritó: «¡Azorka! ¡Azorka!». De pronto, un perro grande, al que se le había caído el pelo, corrió hacia mamá dando aullidos y se echó encima de ella; mamá se asustó, se puso muy pálida, dio un grito y cayó de rodillas delante de un anciano alto que caminaba con bastón, mirando al suelo. Resulta que aquel hombre alto era mi abuelo; era muy flaco e iba muy mal vestido. Aquélla fue la primera vez que le vi. Él también se asustó mucho y palideció; en cuanto vio a mamá tirada delante de él, abrazada a sus pies, la apartó de un empujón, dio un golpe con su bastón en el empedrado y se alejó a toda prisa. Azorka se quedó atrás, no dejaba de aullar y de darle lametazos a mamá; después echó a correr hacia el abuelo, le enganchó del faldón del abrigo y tiró de él hacia atrás. El abuelo lo golpeó con el bastón. Azorka quería volver con nosotros, pero el abuelo lo llamó, así que corrió hacia él, sin dejar de aullar. Y mamá estaba tendida en el suelo como muerta, la gente se agolpaba, llegó la policía. Yo no hacía más que chillar e intentaba levantar a mamá del suelo. Por fin se puso de pie, miró a su alrededor y me siguió. Yo la llevé a casa. La gente nos estuvo mirando un buen rato, sacudiendo la cabeza...

Nellie se calló un momento, para tomar aliento y cobrar fuerzas. Estaba muy pálida, pero sus ojos brillaban con determinación. Estaba claro que, finalmente, estaba dispuesta a contarlo *todo*. Había en ella, incluso, algo desafiante en esos momentos.

—Bueno —dijo titubeante Nikolái Sergueich, con cierta brusquedad debida a la irritación—; bueno, tu madre había ofendido a su padre, y él tenía motivos para repudiarla...

—Eso mismo me dijo mamá —le interrumpió Nellie—; de camino a casa me lo contó todo: «Ese hombre es tu abuelo —me dijo—. Yo me porté muy mal con él, así que me maldijo, y por eso Dios ahora me ha castigado». Toda aquella noche y los días siguientes me estuvo repitiendo lo mismo. Y me hablaba como si no se diera cuenta de lo que decía...

El viejo se quedó callado.

—Y, más tarde, ¿cómo es que os trasladasteis a ese otro cuarto? —preguntó Anna Andréievna, que seguía llorando en silencio.

—Aquella misma noche mamá cayó enferma, y la capitana encontró aquel cuarto en casa de la Búbnova, y dos días después nos mudamos, y la capitana vino con nosotras; nada más mudarnos, mamá se puso peor y estuvo tres semanas guardando cama, y yo tuve que ocuparme de ella. No nos quedaba dinero, y nos ayudaban la capitana e Iván Aleksándrich.

—El fabricante de ataúdes, su casero —aclaré.

—Cuando mamá se levantó de la cama y volvió a hacer vida normal, me habló de Azorka.

Nellie hizo una pausa. El viejo pareció aliviado al ver que la conversación iba a girar en torno al perro.

—Y ¿qué es lo que te contó de Azorka? —preguntó, cada vez más encorvado en

su asiento, como si quisiera a toda costa esconder el rostro y dirigir la mirada al suelo.

—Mamá nunca dejaba de hablarme del abuelo —contestó Nellie—, incluso estando mala, y también hablaba de él cuando deliraba. Cuando empezó a recuperarse, volvió a contarme cosas de su vida pasada... En una de éstas, me habló de Azorka, y me dijo que, en cierta ocasión, estando ella a la orilla del río, en las afueras, vio a unos chiquillos tirando de un perro que llevaban atado a una cuerda; querían ahogarlo en el río, pero mamá les dio dinero y les compró a Azorka. Cuando vio a Azorka, el abuelo empezó a reírse de él. Entonces, Azorka se escapó. Mamá se echó a llorar; el abuelo se asustó y prometió dar cien rublos a quien lo encontrara. Al cabo de dos días se lo llevaron; el abuelo dio los cien rublos y a partir de entonces le cogió mucho cariño al perro. Pero mamá quería tanto a Azorka que incluso se lo metía en la cama. Me contó que antes Azorka había andado por las calles con unos comediantes, actuando con ellos: paseaba un mono a cuestas, sabía usar un fusil, y hacía muchas más cosas... Y, cuando mamá se fue de casa del abuelo, Azorka se quedó con él, y el abuelo iba con el perro a todas partes; por eso, en cuanto vio a Azorka aquella vez, mamá adivinó en seguida que el abuelo tenía que estar muy cerca...

Evidentemente, el anciano no se esperaba que la historia de Azorka tomase esos derroteros, y cada vez estaba más enfurruñado. Ya no volvió a hacer más preguntas.

—Pero, entonces, ¿ya no volvisteis a ver a tu abuelo? —preguntó Anna Andréievna.

—Bueno, cuando mamá ya estaba un poco mejor, yo volví a encontrarme con el abuelo. Había ido a la tienda a comprar pan; de pronto vi a un hombre con Azorka, lo miré y me di cuenta de que era el abuelo. Me aparté y me quedé pegada a la pared. El abuelo me miró, estuvo mirándome un buen rato, y daba tanto miedo que me asusté mucho y seguí mi camino; pero Azorka se acordaba de mí y se puso a dar saltos a mi lado y a darme lametazos en las manos. Yo me fui a casa corriendo, aunque miré hacia atrás y vi que el abuelo entraba en la tienda. «Seguro que pregunta», pensé, así que me asusté todavía más, y al llegar a casa no le dije nada a mamá, no fuera a ponerse mala otra vez. Al día siguiente no quise ir a la tienda; dije que me dolía la cabeza. Volví a los dos días y no vi a nadie, pero me entró un miedo horrible y salí corriendo. Un día después iba yo para allá cuando de pronto, al volver una esquina, vi delante de mí al abuelo con Azorka. Eché a correr, torcí por otra calle y fui a la tienda por otro camino, pero volví a encontrarme con él de cara y me asusté tanto que me quedé paralizada, sin poder dar un paso. El abuelo estaba parado delante de mí, y otra vez me estuvo mirando fijamente, pero después me acarició la cabeza, me tomó de la mano y me llevó con él, y Azorka iba detrás, meneando el rabo. Entonces me di cuenta de que el abuelo no andaba derecho y tenía que ayudarse con el bastón, y las manos le temblaban sin parar. Me llevó a un puestecillo en una esquina, donde vendían *priániki*<sup>[57]</sup> y manzanas. El abuelo me compró un *priánik* con forma de gallo

y un caramelo y una manzana y, al ir a sacar dinero de un monedero de piel, las manos le temblaban tanto que se le cayó un *piatak*<sup>[58]</sup>, y yo se lo recogí. Me regaló la moneda, me dio el *priánik* y me acarició la cabeza, pero tampoco esta vez dijo nada, y se fue a su casa.

»Entonces fui a contarle a mamá lo que me había pasado con el abuelo, le dije que primero había tenido miedo y me había escondido de él. Al principio mamá no me creía, pero después se puso tan contenta que estuvo toda la tarde haciéndome preguntas, dándome besos y llorando, y, cuando ya se lo conté todo, me mandó, en primer lugar, que no tuviera miedo del abuelo, que seguro que él me quería, en vista de que se había acercado a propósito. Y también me mandó que fuera cariñosa con el abuelo y hablara con él. Y al día siguiente estuvo toda la mañana mandándome a hacer recados, y eso que yo le había dicho que el abuelo solía aparecer por la tarde. Mamá vino una vez detrás de mí, siguiéndome de lejos, y se escondió detrás de una esquina, y lo mismo hizo al día siguiente, pero el abuelo no apareció; además, llovió mucho aquellos días, y mamá se agarró un resfriado muy fuerte, porque todo el rato estaba saliendo a la calle conmigo, y otra vez tuvo que guardar cama.

»El caso es que el abuelo se presentó al cabo de una semana, y otra vez me compró un *priánik* con forma de pez y una manzana, pero tampoco esta vez me dijo nada. Cuando se marchó, yo le seguí sin que se diera cuenta; se me había ocurrido hacer eso para averiguar dónde vivía y decírselo después a mamá. Le seguí de lejos, yendo por la otra acera para que no me viera. Vivía muy lejos, no en esa casa donde después murió, sino en Gorójovaia, también en una casa grande, en un cuarto piso. Descubrí todo eso y volví a casa ya tarde. Mamá estaba muy asustada, porque no sabía dónde me había metido. Pero, cuando se lo conté, se alegró mucho y dijo que quería ir a ver al abuelo lo antes posible, al día siguiente; pero después se lo pensó mejor y se asustó; y así se pasó tres días, y al final no fue a verlo. Después me llamó y me dijo: “Mira, Nellie, yo ahora estoy mala y no puedo ir, pero le he escrito una carta a tu abuelo; ve tú a verle y llévasela. Y, cuando la lea, fíjate bien en lo que dice y en lo que hace después; tú ponte de rodillas, Nellie, bésale y pídele que perdone a tu madre”... Y mamá lloró mucho, no hacía más que cubrirme de besos, y me persignó para el camino, y estuvo rezándole a Dios, y me hizo arrodillarme a su lado, delante del icono. Aunque estaba enferma, salió a despedirme al portal y, cuando volví la vista, ahí estaba ella, mirando cómo me alejaba...

»Llegué a casa del abuelo y abrí la puerta, que no tenía pestillo. El abuelo estaba sentado a la mesa, comiendo pan y patatas, y Azorka estaba delante de él, mirándole comer y meneando el rabo. También las ventanas de aquella casa eran bajas y oscuras, y no había más que una mesa y una silla. Al entrar, el abuelo se asustó tanto que se quedó todo pálido y se puso a temblar. Yo también me asusté y no dije nada; únicamente me aproximé a la mesa y dejé encima la carta. El abuelo, en cuanto vio la carta, se enfadó tanto que se puso en pie de un brinco, cogió su bastón y me amenazó con él, pero no me pegó: lo único que hizo fue sacarme al zaguán y darme un

empujón. No había tenido tiempo de bajar el primer tramo de escaleras cuando el abuelo volvió a abrir la puerta y me tiró la carta de mamá, sin abrir. Yo me fui a casa y se lo conté todo a mi madre. Y otra vez tuvo que guardar cama...

## VIII

En ese momento se oyó un trueno muy fuerte, se puso a diluviar y las gotas de lluvia empezaron a golpear los cristales; la habitación se quedó a oscuras. La vieja pareció asustarse y se santiguó. De repente, todos nos quedamos callados.

—En seguida escampa —dijo el viejo, mirando por la ventana; después se levantó y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro.

Nellie le miraba de reojo. Se hallaba en un estado extremo, anómalo, de agitación. Yo me daba cuenta, a pesar de que ella evitaba mi mirada.

—Bueno, ¿y qué pasó después? —preguntó el anciano tras sentarse nuevamente en su asiento. Nellie, asustada, miraba a su alrededor—. ¿Ya no volviste a verlo?

—Sí, sí que le vi...

—¡Venga, venga, cuenta! Cuéntanoslo, preciosa —intervino Anna Andréievna.

—Estuve tres semanas sin verle —dijo Nellie—; hasta el invierno. Ya era pleno invierno, había nevado. Cuando volví a encontrar al abuelo, en el mismo sitio de antes, me puse muy contenta... porque mamá estaba muy triste al ver que no venía. En cuanto lo vi, crucé corriendo a la otra acera; lo hice aposta para que se diera cuenta de que estaba huyendo de él. En cierto momento me di la vuelta y vi cómo el abuelo, que venía andando a buen paso detrás de mí, echaba a correr tratando de darme alcance y me gritaba: «¡Nellie, Nellie!». Y Azorka corría a su lado. Me dio pena de ellos y me detuve. El abuelo se acercó, me cogió de la mano y me llevó consigo, pero, cuando se dio cuenta de que estaba llorando, se paró, me miró, se inclinó y me dio un beso. En ese momento se fijó en que llevaba unos zapatitos muy viejos y me preguntó si no tenía otros. Entonces le dije sin dudar que mamá no tenía dinero y que nuestros caseros nos daban de comer por pura caridad. El abuelo no dijo nada, pero me condujo al mercado y me compró unos zapatos, y me mandó que me los pusiera en seguida, y después me llevó a su casa, en Gorójoavaia. Antes entró en una tienda y me compró un *pirog*<sup>[59]</sup> y dos caramelos y, cuando llegamos a su casa, me dijo que me comiera el *pirog*, y me estuvo mirando mientras me lo comía, y luego me dio los caramelos. Azorka puso las patas encima de la mesa, pidiendo también su parte de *pirog*, y yo le di un poco, y el abuelo se echó a reír. Después me cogió, me colocó a su lado y empezó a acariciarme la cabeza y a preguntarme si había estudiado y qué cosas sabía. Le respondí, y él me mandó que, siempre que pudiera, daba igual el día que fuese, fuera a su casa a las tres, que él me daría clases. Después me pidió que me diera la vuelta y me pusiera de cara a la ventana, y que me quedara así hasta que él me mandara que me diera la vuelta otra vez. Así lo hice, pero me volví sin que se diera cuenta y le vi descoser la esquina de abajo de su almohada y sacar cuatro rublos. Cuando ya los había sacado, me los ofreció diciendo: «Son para ti sola». Yo ya iba a cogerlos, pero me lo pensé mejor y dije: «Si son para mí sola, no los quiero». El abuelo se enfadó de repente y me dijo: «Muy bien, tú verás; ahora vete». Me

marché, y el abuelo ni siquiera me dio un beso.

»De vuelta a casa, se lo conté todo a mamá. Mamá cada vez estaba peor. Había un estudiante que solía visitar al fabricante de ataúdes; él atendió a mamá y le mandó tomar unas medicinas.

»Yo iba a menudo a casa del abuelo; era mamá la que me lo ordenaba. El abuelo había comprado un Nuevo Testamento y un libro de geografía y había empezado a darme clases; a veces me explicaba qué tierras hay en el mundo y qué pueblos viven en ellas, y cuáles son los mares, y qué pasó en otros tiempos, y me decía que Cristo nos había perdonado a todos. Cuando yo le preguntaba algo, se ponía muy contento; por eso cada vez le hacía más preguntas, y él me contestaba a todo y me hablaba mucho de Dios. A veces, en vez de dar clase, jugábamos con Azorka; el perro me había cogido mucho cariño, y yo le enseñaba a saltar por encima de un palo, y el abuelo se reía y no paraba de acariciarme la cabeza. Pero el abuelo casi nunca se reía. A veces estaba muy hablador, y de pronto se callaba y se quedaba quieto, como si estuviera dormido, aunque con los ojos abiertos. Podía estarse así hasta que anochecía, y cuando llegaba la noche tenía un aspecto terrible, parecía tan viejo... A veces, cuando yo llegaba a su casa, me lo encontraba sentado en su silla, pensativo, sin enterarse de nada, con Azorka tumbado a su lado. Yo esperaba y esperaba, y se me escapaba una tos, pero el abuelo seguía sin mirar. Hasta que me marchaba. En casa, acostada, siempre me esperaba mamá. Yo se lo contaba todo, todo, y entre tanto se hacía de noche, y ella no se cansaba de oírme hablar del abuelo: qué había hecho ese día y qué me había contado, qué clase de historias, y qué lección me había enseñado. Y, cuando empezaba a contarle cosas de Azorka, cómo le había mandado saltar por encima de un palo, y cómo se había reído el abuelo, ella también se echaba a reír y a veces estaba mucho rato riéndose y se ponía muy contenta y me hacía repetírselo otra vez, y luego empezaba a rezar. Yo me preguntaba por qué quería tanto mamá al abuelo, pero el abuelo, en cambio, no la quería a ella, y, cuando iba a verle, le hablaba a posta de mamá, y le decía que mamá le quería mucho. El abuelo me escuchaba muy enfadado, sólo escuchaba y no decía palabra; entonces le preguntaba por qué le quería tanto mamá, por qué siempre estaba preguntando por él, y él nunca preguntaba por mamá. El abuelo se enfadaba y me hacía salir; yo me quedaba un rato detrás de la puerta, hasta que de pronto él volvía a abrir y me decía que entrara otra vez, pero seguía enfadado y no decía nada. Y más tarde, cuando empezamos a leer el Nuevo Testamento, volví a preguntarle por qué, si Jesucristo había dicho que nos amáramos los unos a los otros y perdonáramos las ofensas, él no quería perdonar a mamá. Entonces saltó y me gritó que había sido mamá la que me había mandado que le dijera eso, me echó otra vez a la fuerza y me dijo que no se me ocurriera volver nunca más a su casa. Le dije que la primera que no pensaba volver era yo, y me fui... Y al día siguiente el abuelo se mudó a otra casa...

—Ya os había dicho yo que en seguida iba a escampar; pues ya lo veis: ha dejado de llover y ha vuelto a salir el sol... Mira, Vania —dijo Nikolái Sergueich, vuelto

hacia la ventana.

Anna Andréievna le miró completamente estupefacta, y la indignación se reflejó de inmediato en los ojos de la anciana, que hasta entonces se había mostrado acobardada y sumisa. Sin decir nada, cogió a Nellie de la mano y se la sentó en las rodillas.

—Cuéntame, ángel mío —dijo—, que yo te escucho. Y deja que los que tienen el corazón de piedra...

No pudo acabar la frase y se echó a llorar. Nellie me miró inquisitiva, parecía indecisa y asustada. El viejo me miró; parecía que iba a encogerse de hombros, pero en seguida se dio la vuelta.

—Sigue, Nellie —dije.

—Estuve tres días sin ir a ver al abuelo —Nellie reanudó su relato—, y en ese tiempo mamá empeoró. Se nos había acabado el dinero, no teníamos con qué comprar medicinas y ni siquiera teníamos para comer, porque los caseros tampoco disponían de nada y empezaron a quejarse de que vivíamos a sus expensas. Entonces, al tercer día, me levanté por la mañana y empecé a vestirme. Mamá me preguntó adónde iba. Le dije que iba a ver al abuelo, a pedirle dinero, y ella se alegró, porque yo ya le había contado a mamá cómo me había echado de su casa el abuelo, y que no pensaba volver a ir a verle por mucho que ella llorara y tratara de convencerme. Fui a su casa, y allí me enteré de que se había mudado, y fui a buscarle en su nueva dirección. En cuanto me vio llegar a su nueva casa, se levantó de un salto, se me acercó corriendo y empezó a patalear, pero yo le dije en seguida que mamá estaba muy mala y necesitábamos dinero para medicinas, cincuenta kópeks, y no teníamos nada. Él se puso a gritar y me sacó a empujones a las escaleras, y cerró después con pestillo. Pero, mientras me empujaba, le dije que pensaba quedarme sentada en las escaleras, sin moverme, mientras no me diera el dinero. Así que me senté en las escaleras. Al poco tiempo abrió la puerta y se fijó en que yo seguía ahí sentada, y volvió a cerrar. Pasó otro rato largo, y volvió a abrir, volvió a verme allí y volvió a cerrar. Y así muchas veces, abriendo y mirando. Por fin salió con Azorka, cerró la puerta y pasó por mi lado sin decir ni palabra. Tampoco yo dije nada, y me quedé ahí sentada hasta que se hizo de noche.

—Ay, pobrecita mía —exclamó Anna Andréievna—, ¡vaya un frío en aquellas escaleras!

—Llevaba puesto una zamarra —replicó Nellie.

—Una zamarra, vaya una cosa... ¡Pobrecilla, por lo que has tenido que pasar! ¿Y qué hizo entonces tu abuelo?

A Nellie empezaron a temblarle los labios, pero hizo un esfuerzo extraordinario para controlarse.

—Volvió cuando ya había caído la noche y, al entrar, se tropezó conmigo y gritó: «¿Quién hay aquí?». Le respondí: «Soy yo». Seguro que pensaba que ya me habría ido hacía rato y, al verme allí, se quedó muy sorprendido y estuvo mucho tiempo

parado delante de mí. De repente dio unos golpes con el bastón en los escalones, siguió para delante a toda prisa, abrió su puerta y al cabo de un minuto me trajo unas monedas de cobre, de cinco kópeks, y me las tiró a las escaleras. «Toma, cógelas; es todo lo que tengo. Y dile a tu madre que la maldigo», me gritó. Y cerró de un portazo. Las monedas rodaron por las escaleras. Empecé a recogerlas a oscuras, pero el abuelo debió de caer en la cuenta de que había arrojado las monedas, y de que a oscuras no había quién las recogiera, porque abrió la puerta y salió con una vela, y a la luz de la vela no tardé en encontrarlas. Y hasta el abuelo me ayudó, y me dijo que en total tenía que haber siete *grivny*<sup>[60]</sup>, y luego se fue para dentro. Cuando volví a casa, le di el dinero a mamá y le conté todo lo que había pasado, y mamá se puso peor, y yo también estuve mala toda la noche, y me pasé el día siguiente con fiebre, dándole vueltas siempre a lo mismo, y es que estaba enfadada con el abuelo. En cierto momento, estando mamá dormida, salí a la calle y me fui a casa del abuelo. Pero, antes de llegar, me paré en un puente. En ese momento, pasaba ése por allí...

—Es ese Arjípov —dije— del que le hablé, Nikolái Sergueich; el que estaba con un comerciante en casa de la Búbnova y se llevó una paliza. Era la primera vez que Nellie le veía... Sigue, Nellie.

—Le paré y le pedí dinero, un rublo de plata<sup>[61]</sup>. Él me miró y me preguntó: «¿Un rublo de plata?». Entonces se echó a reír y me dijo: «Vente conmigo». Yo no sabía si ir o no; de pronto de acercó un hombre mayor, con gafas doradas... Me había oído pedir el rublo... Se inclinó sobre mí y me preguntó para qué necesitaba yo tanto dinero. Le dije que mamá estaba enferma y que ese dinero nos hacía falta para las medicinas. Quiso saber mi dirección, y la anotó, y me dio un billete, por valor de un rublo de plata. El otro, al ver acercarse al anciano con gafas, se alejó y no volvió a insistir en que le acompañara. Yo entré en una tienda y cambié el rublo por monedas de cobre; aparté treinta kópeks para mamá y los envolví en un trozo de papel, pero las siete *grivny* restantes las dejé sin envolver y las cogí en la mano aposta y me fui a casa del abuelo. Al llegar, abrí la puerta, me quedé plantada en el umbral y tiré de golpe todo el dinero, y las monedas rodaron por el suelo. «¡Ahí tiene su dinero! —le dije—. Mamá no necesita nada de usted, sabiendo que usted la maldice». Entonces cerré de un portazo y me marché corriendo.

A Nellie le centellearon los ojos y, con una expresión ingenuamente retadora, miró al viejo Ijménev.

—Muy bien hecho —dijo Anna Andréievna, estrujando a Nellie, sin querer mirar a Nikolái Sergueich—; pero que muy bien hecho. Tu abuelo era un hombre malvado y cruel.

—¡Hum! —reaccionó Nikolái Sergueich.

—Bueno, ¿y luego qué? ¿Luego qué? —preguntó con impaciencia Anna Andréievna.

—Yo dejé de ir a ver al abuelo, y él dejó de venir a buscarme —contestó Nellie.

—Y, entonces, ¿cómo te las arreglaste con tu madre? ¡Ay, pobres, pobres!

—Mamá cada vez estaba peor, ya casi no se levantaba de la cama —continuó Nellie, con voz temblorosa y entrecortada—. Como no teníamos dinero, empecé a salir con la capitana. La capitana iba por las casas pidiendo, y también paraba a la gente por la calle, y así vivía. Me decía que no era una pordiosera, que tenía papeles que indicaban cuál era su rango, y donde también se decía que era pobre. Ella mostraba esos papeles, y de ese modo le daban dinero. Solía decirme que pedir a todo el mundo no es ninguna vergüenza. Yo la acompañaba, y vivíamos de lo que sacaba. Mamá lo sabía, porque los otros inquilinos empezaron a meterse con ella, llamándola mendiga. La propia Búbnova vino a ver a mamá y le dijo que sería mejor que me pusiera en sus manos, en vez de andar por ahí pidiendo limosna. Ya había venido otras veces a traerle dinero a mamá, y una vez que mamá no se lo cogió, ella le reprochó que fuera tan orgullosa, y le mandó algo de comer. Pero, cuando le dijo eso de mí, mamá se echó a llorar y se asustó, y la Búbnova, que había bebido, empezó a regañarla, diciendo que, de todos modos, yo era una pordiosera que iba por ahí pidiendo con la capitana, y esa misma noche echó a la capitana de la casa. Al oír todo aquello, mamá empezó a llorar, pero de pronto se levantó de la cama, se vistió, me cogió de la mano y me llevó consigo. Iván Aleksándrich trató de detenerla, pero ella no hizo caso y nos fuimos. Mamá apenas podía andar, y cada dos por tres tenía que sentarse en plena calle, y yo la ayudaba. No paraba de decir que quería ir a ver al abuelo, que la llevara a su casa, aunque ya hacía rato que se había hecho de noche. De repente llegamos a una calle importante; allí mismo, delante de una casa, se iban deteniendo los coches, y mucha gente se bajaba de ellos, y todas las ventanas estaban iluminadas, y se oía la música sonar. Mamá se quedó parada, me agarró con fuerza y en ese momento me dijo: «Nellie, nunca en la vida dejes de ser pobre, no te vayas con esa gente, da igual quién te llame, quién venga a buscarte. Tú también podrías estar ahí, siendo rica, con un buen vestido, pero yo no quiero que sea así. Esa gente es malvada y cruel, así que éste es mi mandato: no dejes de ser pobre, trabaja y pide limosna, y, si alguien viene a buscarte, ¡dile que no quieres irte con él!». Eso fue lo que me dijo mamá, estando enferma, y yo la voy a obedecer toda la vida —añadió Nellie, temblando de la emoción, con la cara encendida—, y siempre voy a servir y a trabajar, y he venido a su casa también para servir y trabajar, no quiero ser su hija...

—¡Calma, calma, tesoro, calma! —exclamó la anciana, estrechando a Nellie entre sus brazos—. Ten en cuenta que tu madre estaba enferma cuando te decía esas cosas.

—Estaba trastornada —comentó bruscamente el viejo.

—¡Y qué! —replicó Nellie, dirigiéndose a él con firmeza—. Aunque estuviera trastornada, eso fue lo que me mandó, y yo voy a obedecerla toda la vida. Además, cuando me dijo eso, cayó al suelo desmayada.

—¡Santo Dios! —exclamó Anna Andréievna—. Así, enferma, en plena calle, en invierno...

—Querían llamar a la policía, pero un señor intervino, me preguntó dónde vivíamos, me dio diez rublos y dio orden de trasladar a mamá a casa en su coche.

Después de eso mamá ya no volvió a levantarse, y murió a las tres semanas...

—¿Y su padre? ¿No la perdonó? —gritó Anna Andréievna.

—¡No la perdonó! —contestó Nellie, haciendo un enorme esfuerzo—. Una semana antes de morir, mamá me llamó y me dijo: «Nellie, tienes que ir a ver al abuelo, por última vez, y pedirle que venga a verme, a darme su perdón; dile que me voy a morir dentro de unos días y te dejo sola en el mundo. Y dile también que se me hace muy duro morir»... Fui para allá, llamé a la puerta del abuelo, él vino a abrir y, al verme, quiso cerrarme la puerta en las narices, pero yo la agarré con las dos manos y le grité: «Mamá se está muriendo y le llama; ¡vaya usted!». Pero me apartó y cerró de un portazo. Yo volví con mamá, me acosté a su lado, la abracé y no le dije nada... Mamá también me abrazó y no preguntó nada...

Entonces Nikolái Sergueich apoyó las manos con fuerza en la mesa y se puso de pie, pero, tras dirigirnos una mirada extraña y turbia, se desplomó impotente en su asiento. Anna Andréievna ya no le miraba, sino que abrazaba a Nellie entre sollozos...

—El último día, antes de morir, a la caída de la tarde, mamá me llamó, me cogió la mano y me dijo: «Me muero hoy mismo, Nellie». Quiso añadir algo más, pero ya no fue capaz. Yo la miraba, pero ella era como si no me viera, únicamente me sujetaba con fuerza la mano entre las suyas. Yo la retiré con mucho cuidado y me marché corriendo, y no paré de correr en todo el camino hasta que llegué a casa del abuelo. Cuando me vio, se puso de pie de un salto y se quedó mirándome, y se asustó tanto que se puso todo blanco y empezó a temblar. Le cogí de la mano y dije una sola cosa: «¡Ahora se está muriendo!». Súbitamente pareció reaccionar, cogió su bastón y salimos de allí a toda prisa; hasta se le olvidaba el sombrero, y eso que hacía frío. Yo lo cogí y se lo puse, y nos fuimos juntos corriendo. Yo le metía prisa y le decía que cogiéramos un coche, porque mamá se iba a morir en cualquier momento, pero el abuelo sólo llevaba siete kópeks encima. Paró a algunos cocheros y trató de regatear, pero ellos se reían de él, y también se reían de Azorka, que venía a nuestro lado, así que seguimos corriendo sin descanso. El abuelo se cansaba y se le hacía difícil respirar, pero no aflojaba el paso. De pronto se cayó, y su sombrero salió volando. Le ayudé a levantarse, le puse otra vez el sombrero y a partir de ahí le llevé de la mano, así que cuando llegamos a casa ya era casi de noche... Pero mamá yacía muerta. Cuando el abuelo la vio, levantó los brazos, se puso a temblar y se quedó parado delante de ella, sin decir nada. Entonces me acerqué a mamá, agarré al abuelo de la mano y le grité: «Ahí la tienes, hombre malvado y cruel. ¡Mírala! ¡Mírala!». En ese momento el abuelo soltó un grito y cayó desplomado al suelo, como muerto.

Nellie dio un salto, se liberó del abrazo de Anna Andréievna y se quedó en medio de los tres, pálida, exhausta y asustada. Pero Anna Andréievna se echó encima de ella, volvió a estrecharla entre sus brazos y exclamó, en un estado de inspiración:

—Yo ahora voy a ser tu madre, Nellie, ¡y tú serás mi hija! ¡Sí, Nellie, vamos allá, sin hacer caso de toda esa gente malvada y cruel! Allá ellos si se burlan de la gente:

Dios se lo tendrá en cuenta... ¡Vamos, Nellie, vámonos de aquí, vámonos!

Nunca en la vida, ni antes ni después, la he visto en ese estado, y nunca antes había pensado que pudiera llegar a estar tan excitada. Nikolái Sergueich se incorporó en el asiento, se puso de pie y preguntó con voz entrecortada:

—¿Adónde vas, Anna Andréievna?

—¡A su casa, a casa de nuestra hija, a casa de Natasha! —proclamó, arrastrando a Nellie consigo hacia la puerta.

—¡Alto, alto! ¡Espera!

—¡No hay nada que esperar, hombre malvado y cruel! Ya he esperado mucho, y ella también ha esperado mucho; y ahora, ¡adiós!

Dicho esto, la anciana se dio la vuelta, miró a su marido y se quedó petrificada: Nikolái Sergueich estaba delante de ella, había cogido el sombrero y, con manos temblorosas y débiles, se estaba poniendo el abrigo.

—¡Tú también!... ¡Ven tú también conmigo! —exclamó, juntando las manos suplicante y mirándole escéptica, como si no se atreviera a dar crédito a tanta felicidad.

—¡Natasha! ¿Y mi Natasha? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija? —Por fin las palabras le brotaron del pecho—. ¡Devolvedme a mi Natasha! ¿Dónde, dónde está? —Cogió el bastón que yo le estaba ofreciendo y salió disparado hacia la puerta.

—¡La has perdonado! ¡La has perdonado! —exclamó Anna Andréievna.

Pero el anciano no llegó hasta el umbral. La puerta se abrió repentinamente, y Natasha, pálida, con los ojos centelleantes, como con fiebre, irrumpió en el cuarto. Llevaba el vestido todo arrugado y empapado por la lluvia. El pañuelo con el que se cubría la cabeza se le había resbalado hacia la nuca, y en los desordenados mechones de espeso cabello brillaban gruesas gotas de lluvia. Entró a la carrera, vio a su padre y, soltando un grito, cayó de rodillas a sus pies, tendiendo las manos hacia él.

## IX

Pero ¡él ya la estaba sujetando en sus brazos!

La agarró y, levantándola como a una criatura, la llevó hasta su asiento, la sentó y se arrodilló delante de ella. Le besaba las manos, los pies; le faltaba tiempo para besarla, le faltaba tiempo para contemplarla, como si fuera incapaz de creer todavía que ella estaba otra vez a su lado, que la estaba viendo y oyendo de nuevo, ¡a ella, a su hija, a su Natasha! Anna Andréievna, sollozando, estrechó contra su pecho la cabeza de su hija, y se quedó extasiada en ese abrazo, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Mi amor!... ¡Mi vida!... ¡Mi alegría!... —exclamaba el anciano de forma incoherente, cogiéndole las manos a Natasha, y contemplando, como un enamorado, su adorable cara, pálida y demacrada, y sus ojos, donde resplandecían las lágrimas—. ¡Mi alegría! ¡Mi niña! —repetía una y otra vez, para volver a callarse, mirándola extasiado, con absoluta veneración—. ¿Eras tú el que decía que estaba más delgada? —preguntaba atropelladamente, volviéndose hacia mí con una sonrisa casi infantil, aún arrodillado delante de ella—. Es verdad que está algo más delgada, y algo más pálida, pero mírala bien: ¡está guapísima! Más guapa aún que antes, ¡más guapa aún! —añadió, con la voz quebrada por ese dolor íntimo, por ese gozoso dolor que parece romper el alma en dos.

—¡Levante, padre! Póngase de pie —decía Natasha—, a mí también me apetece darle un beso...

—¡Ah, querida! ¿La has oído, Ánnushka? ¿La has oído? Qué cosas tan bonitas dice. —Y la abrazó convulsivamente—. No, Natasha, tengo que quedarme aquí, a tus pies, hasta que mi corazón te oiga decir que me has perdonado, porque yo nunca, nunca, voy a poder ganarme tu perdón. Renegué de ti, te maldije... ¿Lo estás oyendo, Natasha? ¡Hasta de maldecirte he sido capaz! Y tú, Natasha, ¿cómo pudiste llegar a creer que yo era capaz de maldecirte? Pero lo creíste, vaya si lo creíste. ¡Y no tendrías que haberlo creído! ¡No, no, claro que no! ¡Qué corazón tan duro! ¿Por qué no viniste a mí? ¡Sabías que te habría acogido!... Seguro que recuerdas, Natasha, cómo te quería antes: bueno, pues durante todo este tiempo ¡te he querido dos veces más, te he querido mil veces más que antes! ¡Te quería con toda mi sangre! ¡Me habría arrancado el alma, me habría abierto el corazón y lo habría arrojado a tus pies! ¡Oh, mi alegría!

—Pero ¡béseme de una vez, hombre cruel! ¡Béseme en los labios, béseme en la cara, como hace mamá! —exclamó Natasha con una voz enfermiza, débil, llena de lágrimas dichosas.

—¡Y en los ojos también! ¡Y en los ojos! Como antes, ¿te acuerdas? —repitió el anciano después de fundirse en un prolongado y dulce abrazo con su hija—. ¡Oh, Natasha! ¿Has soñado alguna vez con nosotros? Yo he soñado contigo casi todas las noches, casi todas las noches venías a mí en sueños, y lloraba sobre ti. Una vez soñé

contigo tal y como eras de niña. ¿Te acuerdas de cuando sólo tenías diez años y estabas empezando a tocar el piano? Pues soñé que llevabas un vestidito corto y unos zapatitos preciosos, y traías las manos coloradas... Entonces solía tener las manos coloradas, ¿te acuerdas, Ánnushka?... Pues viniste a mí, te pusiste de rodillas y me abrazaste... Y tú... ¡ay, tú, malvada!... ¿cómo has podido pensar que yo había sido capaz de maldecirte y que no te iba a aceptar si venías a mí? Si yo... escucha, Natasha: si yo he ido muchas veces a tu casa, sin que tu madre se enterara, sin que nadie lo supiera; a veces me plantaba debajo de tu ventana, otras veces me quedaba esperando: una vez estuve medio día esperando, en plena calle, cerca de tu portal. ¡Esperando a que salieras para poder mirarte, aunque fuera de lejos! Muchas tardes ardía una vela en tu ventana; cuántas veces me habré acercado a tu casa, Natasha, sólo para contemplar la luz de esa vela, sólo para contemplar tu sombra en la ventana y bendecirte y desearte buenas noches. Y tú ¿me deseabas buenas noches? ¿Pensabas en mí? ¿Oía tu corazón que yo estaba ahí cerca, debajo de tu ventana? Y ¿sabes cuántas veces, en invierno, en plena noche, habré subido las escaleras de tu casa y me habré quedado en tu puerta, a oscuras, con la esperanza de oír tu voz? ¿Te ríes? ¿Maldecirte yo? Pero si anoche mismo estuve en tu casa, dispuesto a perdonarte, y me di la vuelta en la misma puerta... ¡Oh, Natasha! —Se puso de pie, la levantó del asiento y la estrechó con fuerza, con mucha fuerza contra su corazón—. ¡Aquí está de nuevo, junto a mi corazón! —exclamó—. ¡Gracias te doy, Dios mío, por todos tus dones, por tu ira y por tu compasión! ¡Y por tu sol, que acaba de brillar sobre nosotros, después de la tormenta! ¡Por todo este minuto te doy las gracias! ¡Oh! ¡Aunque hayamos sido humillados, aunque hayamos sido ofendidos, otra vez estamos juntos, y ya pueden volver a triunfar los soberbios, los altivos que nos han humillado y nos han ofendido! ¡Que nos arrojen piedras! No tengas miedo, Natasha... Iremos de la mano, y yo les diré: «¡Ésta es mi querida, mi amada hija, mi hija inocente a la que he ofendido y he humillado, pero a la que amo y bendigo por los siglos de los siglos!».

—¡Vania! ¡Vania! —dijo Natasha con voz débil, liberando una mano del abrazo de su padre y tendiéndola hacia mí.

¡Ah! ¡Jamás olvidaré que en ese momento se acordó de mí y me llamó!

—¿Dónde está Nellie? —preguntó el viejo, mirando a su alrededor.

—¡Ay! ¿Dónde se habrá metido? —exclamó la anciana—. ¡Mi tesoro! ¡Nos habíamos olvidado de ella!

Pero no estaba en la habitación; sin que nos diéramos cuenta, se había ido al dormitorio. Todos fuimos para allá. Nellie estaba escondida en un rincón, detrás de una puerta, asustada.

—¿Qué te pasa, Nellie, hija mía? —exclamó el anciano, deseoso de abrazarla. Pero ella estuvo mucho tiempo sin apartar la mirada de él...

—¿Mamá? ¿Y mamá? —dijo como en un trance—. ¿Dónde está mi mamá? —volvió a preguntar, tendiéndonos las manos temblorosas, y de pronto un grito

pavoroso, un grito aterrador se escapó de su pecho; su rostro se contrajo espasmódicamente y cayó desplomada, víctima de un ataque espantoso...

## Epílogo

### Últimos recuerdos

Mediados de junio. Un día caluroso y sofocante; no hay quien pare en la ciudad: el polvo, la cal, las obras, la piedra recalentada, el aire viciado por los efluvios... Pero ¡oh alegría!, de pronto se oye un trueno; el cielo se va cubriendo poco a poco; se levanta el viento, arrastrando las nubes de polvo ciudadano. Algunas gotas gruesas caen con fuerza al suelo, y después todo el cielo parece venirse abajo y verdaderos ríos de agua se vierten sobre la ciudad. Media hora más tarde, cuando de nuevo brillaba el sol, abrí la ventana de mi buhardilla y con ansiedad, con el pecho fatigado, pude respirar aire fresco. Extasiado, poco me faltó en ese momento para arrojar la pluma, olvidarme de todos mis trabajos, y hasta de mi editor, y salir corriendo a reunirme con *los míos* a la isla Vasílievski. Pero, aunque la tentación fue muy poderosa, conseguí sobreponerme y volver, no sin rabia, a mis papeles: ¡había que acabar a toda costa! Órdenes del editor: de otro modo, no estaba dispuesto a soltar el dinero. Sabía que *allí* me estaban esperando; de todas maneras, esa misma noche estaría libre, completamente libre, como el viento, y podría tomarme la revancha por aquellos dos últimos días y aquellas dos noches, tiempo en el que había escrito tres cuadernillos y medio.

Finalmente, concluí el trabajo; arrojé la pluma y me levanté de la mesa, con el pecho y la espalda doloridos y con pesadez en la cabeza. Me daba cuenta de que en esos momentos tenía los nervios completamente alterados, y me parecía estar oyendo las recientes palabras del viejo doctor: «No, no hay salud que resista semejante tensión; ¡es imposible!». Y, sin embargo, ¡de momento había sido posible! La cabeza me daba vueltas y apenas podía tenerme en pie, pero la alegría, una alegría infinita, me llenaba el alma. Mi novela ya estaba terminada, y, aunque le debía bastante dinero, estaba seguro de que mi editor me iba a dar algo, por poco que fuera, viendo el resultado en sus manos. Aunque no fueran más que cincuenta rublos. Y hacía mucho tiempo que no tenía yo tanto dinero en el bolsillo. ¡Libertad y dinero! Cogí el sombrero, entusiasmado, y con el manuscrito bajo el brazo me lancé a la carrera, con la esperanza de encontrar en casa a nuestro queridísimo Aleksandr Petróvich.

Le encontré, aunque ya estaba listo para salir. Él, por su parte, también acababa de rematar, no una obra literaria, sino un negocio muy ventajoso, y, tras despedir a un judío de tez morena con el que se había pasado dos horas encerrado en su despacho, me recibió con un apretón de manos, y con su suave y agradable voz de bajo me preguntó por mi salud. Se trataba de un hombre de muy buen corazón y yo, bromas aparte, estaba en deuda con él. ¿Qué culpa tenía él si, en literatura, no había pasado de editor? Se había dado cuenta de que la literatura necesita editores, y se había dado

cuenta a tiempo: honor y gloria —gloria literaria, se entiende— a Aleksandr Petróvich.

Acogió con una sonrisa de satisfacción la noticia de que la novela ya estaba terminada y, en consecuencia, no habría problemas con la sección principal del número siguiente de la revista. Se declaró sorprendido por el hecho de que yo hubiera sido capaz de *acabar* algo, lo que fuera, e hizo un chiste muy gracioso al respecto. Después se dirigió a la caja fuerte para darme los cincuenta rublos prometidos, y entre tanto me tendió una revista de la competencia, bastante gruesa, donde me indicó algunas líneas en la sección de crítica. En ellas se decían un par de cosas sobre mi última novela.

Le eché un vistazo: el artículo lo firmaba «Un copista<sup>[62]</sup>». La verdad es que ni se metía conmigo ni me elogiaba, y a mí me pareció bien. Pero el «copista» decía, entre otras cosas, que mis trabajos «huelen a sudor»; vamos, que sudaba al escribirlos, que me afanaba en exceso, escribiéndolos y rescribiéndolos tanto que acababan empalagando.

Mi editor y yo soltamos una carcajada. Le comenté que mi anterior narración la había escrito en dos noches, y que acababa de redactar tres cuadernillos y medio en dos días y dos noches: ¡si se hubiera llegado a enterar ese «copista» que me criticaba por ser excesivamente premioso y por la penosa lentitud de mi trabajo!

—Aunque la culpa es suya, Iván Petróvich. ¿Cómo es que se retrasa usted tanto que luego no tiene más remedio que trabajar por las noches?

Aleksandr Petróvich era, sin duda alguna, un hombre encantador, aunque tenía una particular debilidad: le gustaba alardear de su criterio literario justo en presencia de aquellas personas que, como él mismo sospechaba, más calado le tenían. No obstante, como no me apetecía discutir con él de literatura, me limité a recibir el dinero y coger el sombrero. Aleksandr Petróvich se marchaba a su dacha, en las islas y, al enterarse de que yo iba a Vasílievski, se ofreció amablemente a llevarme en su coche.

—Tengo un coche nuevo; ¿no lo ha visto? Es una maravilla.

Bajamos a la calle. El coche, efectivamente, era una preciosidad, y en los primeros días que siguieron a su adquisición Aleksandr Petróvich experimentaba un extraordinario placer y hasta cierta necesidad espiritual de pasear en él a los conocidos.

Una vez en el coche, Aleksandr Petróvich volvió a entregarse en varios momentos a los comentarios sobre literatura contemporánea. Conmigo se sentía a sus anchas, y me repitió con toda tranquilidad una serie de ideas ajenas que había oído recientemente en boca de alguno de los literatos en los que confiaba y cuyas opiniones respetaba. La verdad es que a veces le daba por respetar unas cosas asombrosas. También podía ocurrir que malinterpretase alguna opinión ajena o que la sacase a colación sin venir a cuento, con un resultado grotesco. Yo le iba escuchando en silencio, sorprendido por la diversidad y extravagancia de las pasiones humanas.

«Hay que ver este hombre —pensaba yo—, podría haber hecho una verdadera fortuna; pero no, ¡también necesita la gloria, la gloria literaria, la gloria del editor reputado, del crítico!»

En cierto momento se esforzó en exponerme detalladamente una teoría literaria que me había oído a mí hacía tres días, y que me había rebatido, y me la presentó como si fuera de su propia cosecha. Pero esos despistes eran continuos en Aleksandr Petróvich, y ese defecto inocuo era bien conocido entre todos sus amigos. ¡Iba tan feliz, tan a gusto, disertando en su coche; estaba tan satisfecho con el destino! Estaba teniendo una sesuda conversación literaria, y hasta su suave y decorosa voz grave sonaba a erudición. Poco a poco fue derivando hacia el liberalismo, para acabar exponiendo su convicción, moderadamente escéptica, de que en nuestra literatura, como en cualquier literatura en general, nadie puede presumir de honradez ni de modestia, y todo se reduce a «darse en los morros los unos a los otros», sobre todo desde que se estila firmar los artículos. Yo tenía la impresión de que Aleksandr Petróvich se inclinaba por considerar a todo escritor honrado y sincero, si no un idiota, sí al menos un simplón, precisamente por ser honrado y sincero. Naturalmente, tal juicio era consecuencia directa de su extraordinaria ingenuidad.

Pronto me cansé de escucharle. Aleksandr Petróvich me dejó en la isla Vasílievski y fui corriendo a ver a los míos. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba en la Decimotercera Línea, justo delante de su casita. Al verme, Anna Andréievna, me amenazó con el dedo, hizo un gesto con la mano y me chistó para que no hiciese ruido.

—Nellie se acaba de dormir. ¡Pobrecilla! —se apresuró a susurrarme—. ¡No vaya a despertarla, por el amor de Dios! Esa criaturita está tan débil. Estamos muy preocupados por ella. El doctor dice que, de momento, no es grave. Pero ¡cualquiera le saca nada a ese bendito doctor suyo! ¿Le parece bonito, Iván Petróvich? Le esperábamos a comer... ¡Dos días enteros sin verle!

—Pero si se lo dije, hace tres días, que no iba a poder venir —le susurré a Anna Andréievna—. Tenía que acabar el trabajo...

—Pero ¡prometió venir hoy a comer! ¿Por qué no ha venido? Nellie se levantó de la cama a propósito, angelito mío; la sentamos en su silla y la llevamos así a la mesa: «Quiero que esperemos todos juntos a Vania», decía. Y nuestro Vania sin venir. ¡Ya son casi las seis! ¿Dónde se había metido? Pero ¡qué descastado es usted! Se ha puesto tan nerviosa, por su culpa, que yo ya no sabía qué hacer para calmarla... Menos mal que se ha dormido, ¡pobre criatura! Y encima Nikolái Sergueich ha ido a la ciudad; ¡volverá para el té! Y yo aquí sola no paro de devanarme los sesos... Parece que le ha salido un trabajo, Iván Petróvich; pero, cada vez que pienso que es en Perm, me quedo helada...

—Y ¿dónde está Natasha?

—¡En el jardín, mi palomita, en el jardín! Vaya a verla... Algo le pasa a esa hija mía... No me hago una idea... ¡Ay, Iván Petróvich, qué preocupación! Ella me

tranquiliza, me dice que está contenta, que todo va bien, pero yo no me acabo de fiar... Ande, vaya a verla, Vania, y luego me dice al oído lo que le pasa... ¿Me oye?

Pero yo ya no escuchaba a Anna Andréievna, sino que me marché corriendo al jardín. El jardincito formaba parte de la casa; medía unos veinticinco pasos de largo y otros tantos de ancho, y estaba lleno de plantas. Había tres viejos árboles, altos y frondosos, algunos abedules jóvenes y unos cuantos arbustos de lila y madreselva; en un rinconcillo cultivaban frambuesas, había dos bancales con fresas y dos senderos sinuosos y estrechos que recorrían y cruzaban el recinto. El viejo aseguraba entusiasmado que pronto en ellos saldrían setas. Pero lo más importante era que Nellie adoraba ese jardín y que a menudo la sacaban en su silla y la llevaban allí. Y Nellie era el ídolo de la casa. Allí estaba Natasha: me recibió muy contenta, tendiéndome la mano. ¡Qué delgada estaba! ¡Qué pálida! Ella también acababa de salir de una enfermedad.

—¿Ya has acabado del todo, Vania? —me preguntó.

—¡Del todo, del todo! Tengo toda la tarde libre.

—Bueno, ¡gracias a Dios! ¿Te has dado mucha prisa? ¿La has estropeado?

—¡Qué le vamos a hacer! Pero no pasa nada. Cuando trabajo sometido a esa tensión, alcanzo una especial excitación nerviosa; pienso con más claridad, mis sentimientos son más vivos y profundos, y hasta controlo mejor el estilo; así que, cuando trabajo bajo presión, las cosas me salen mejor. Todo va bien.

—¡Ay, Vania, Vania!

Me había dado cuenta de que Natasha, en los últimos tiempos, estaba muy pendiente de mis éxitos literarios, de mi fama. Se había leído a fondo todo lo que había publicado ese año, continuamente me estaba preguntando por mis planes, estaba atenta a todas las críticas que se escribían sobre mí, algunas de las cuales la sacaban de quicio, y estaba empeñada en que llegara muy alto en literatura. Sus deseos se manifestaban de un modo tan fuerte e insistente que a mí me sorprendía la actitud que había adoptado recientemente.

—Te vas a quedar seco de tanto escribir, Vania —me dijo—; te vas a agotar, se te van a acabar las ideas; y, aparte de eso, te vas a arruinar la salud. Mira a S., que en dos años sólo ha escrito dos obras, o a N., que sólo ha escrito una novela en diez años. Pero ¡qué obras tan bien trabajadas, tan perfectas! No hay en ellas el menor descuido.

—Sí, pero éstos tienen la vida resuelta y no tienen que escribir a plazo fijo; yo, en cambio, ¡parezco un caballo de postas! Pero, bueno, ¡todo esto no son más que bobadas! Vamos a dejarlo, querida. Cuéntame, ¿alguna novedad?

—Muchas. Lo primero, ha habido carta *suya*.

—¿Otra vez?

—Otra vez. —Y me tendió una carta de Aliosha. Era ya la tercera después de la ruptura. La primera se la había escrito desde Moscú, y parecía fruto de un arrebato. Le comunicaba que, por una serie de circunstancias, le resultaba imposible volver de

Moscú a San Petersburgo como habían proyectado al despedirse. En su segunda carta anunciaba urgentemente que iba a venir en cuestión de días para acelerar el casamiento con Natasha, que la decisión estaba tomada y no había fuerza humana que pudiera impedirlo. Sin embargo, por el tono de la carta quedaba claro que estaba desesperado, que cada vez estaba más sometido a la influencia de terceros y que había perdido la confianza en sí mismo. Mencionaba, entre otras cosas, que Katia era su único amparo, que sólo ella le consolaba y apoyaba. Abrí con ansiedad aquella tercera carta suya.

Eran dos hojas inconexas, incoherentes, escritas de forma apresurada, indescifrables, plagadas de borrones y lágrimas. Aliosha empezaba renunciando a Natasha y le pedía que se olvidara de él. Intentaba demostrar que su unión era imposible, que ciertas influencias ajenas y hostiles eran más fuertes que él y, en definitiva, que así debía ser: juntos, Natasha y él habrían sido desdichados, porque no eran iguales. Pero se veía que no había sido capaz de resistirse y, de buenas a primeras, dejándose de argumentos y de consideraciones, allí mismo, directamente, sin romper ni descartar la primera mitad de la carta, reconocía que había actuado como un canalla con Natasha, que era un hombre muerto, sin energía para oponerse a los deseos de su padre, que se había presentado en la aldea. Decía que no se sentía con fuerzas para describir sus sufrimientos; admitía, entre otras cosas, que era plenamente consciente de que podría haber hecho feliz a Natasha, pretendía demostrar, de pronto, que estaban hechos el uno para el otro; enrabiado, se obstinaba en desmentir las razones de su padre; desesperado, dibujaba el cuadro de felicidad perdurable que les habría aguardado a los dos, a Natasha y a él, si se hubieran casado, se maldecía por su apocamiento y... ¡decía adiós para siempre! Era una carta escrita con dolor; se notaba que estaba fuera de sí mientras la escribía... Se me saltaron las lágrimas... Natasha me entregó otra carta, de Katia. Venía en el mismo sobre que la carta de Aliosha, pero estaba sellada independientemente. Katia, con brevedad, en unas pocas líneas, informaba de que Aliosha, en efecto, estaba muy triste y no paraba de llorar; parecía desesperado y hasta algo enfermo, pero *ella* estaba a su lado y él sería feliz. Entre otras cosas, Katia trataba de dejarle claro a Natasha que no era de esperar que Aliosha superara pronto su abatimiento, porque la herida era profunda. «Jamás la olvidará —añadía—; jamás podrá olvidarla, porque así es su corazón; la ama a usted sin medida y siempre la amará; de modo que, si alguna vez dejara de amarla, si alguna vez dejara de sufrir al acordarse de usted, yo sería la primera en dejar de quererle de inmediato...»

Le devolví ambas cartas a Natasha; cambiamos una mirada, pero no dijimos una palabra. Lo mismo había ocurrido al llegar las dos primeras cartas. En general, evitábamos hablar del pasado, como si así lo hubiéramos acordado. Yo era consciente de que Natasha sufría de un modo insoportable, pero ella no quería darlo a entender, ni siquiera ante mí. Tras regresar a casa de sus padres, estuvo tres semanas enferma, con accesos de fiebre, y apenas se había repuesto. Tampoco solíamos comentar el

nuevo cambio que se avecinaba, aunque sabía que su padre había conseguido un empleo y que pronto tendríamos que separarnos. A pesar de todo, se mostraba muy cariñosa y atenta conmigo, y ponía mucho interés en todo lo que tuviera que ver conmigo últimamente; escuchaba con tanta atención, con tanto empeño, con tanta tenacidad, todo lo que yo le contaba que al principio llegaba a molestarme: me daba la impresión de que quería compensarme por el pasado. Pero aquel malestar no duró mucho: no tardé en darme cuenta de que a ella la movían otros sentimientos; sencillamente, me quería, me quería inmensamente, no podía vivir sin mí ni podía dejar de interesarse por todo lo que me afectaba. Yo pensaba que ninguna hermana había querido tanto a su hermano como Natasha me quería a mí. Yo sabía muy bien que la separación que nos aguardaba le pesaba en el alma, que Natasha sufría; ella también sabía que yo era incapaz de vivir sin ella. Pero evitábamos hablar de eso, aunque sí hablábamos con todo detalle de otros acontecimientos que nos esperaban...

Pregunté por Nikolái Sergueich.

—Supongo que no tardará —respondió Natasha—; prometió estar de vuelta para el té.

—¿Sigue detrás de ese puesto?

—Sí; el caso es que eso ya parece resuelto, así que no creo que hoy le hiciera falta salir —comentó pensativa—. Podía haberlo dejado para mañana.

—Y entonces ¿por qué ha salido?

—Pues porque he recibido esta carta... Sufre tanto por mí —añadió Natasha, tras una pausa— que yo lo paso fatal, Vania. Parece que sólo sueña conmigo. Estoy segura de que no tiene más que una cosa en la cabeza: qué me ocurre, cómo vivo, en qué pienso. Todos mis pesares se reflejan en él. A veces, veo que intenta sobreponerse, sin demasiado éxito, y trata de aparentar que no está preocupado por mí, se finge animado y procura reírse y hacer que nos riamos. En esos momentos mamá también está fuera de sí, y no se deja engañar por esas risas, y suspira... Es tan torpe la pobre... ¡Tiene un espíritu tan recto! —dijo riéndose—. Así que hoy, como me ha llegado la carta, a mi padre le ha parecido oportuno marcharse corriendo para no tener que encontrarse con mi mirada... Yo a él le quiero más que a mí misma, más que a nada en el mundo, Vania —añadió bajando la cabeza y cogiéndome con fuerza de la mano—; incluso más que a ti...

Recorrimos dos veces el jardín antes de que se animara a hablar de nuevo.

—Hoy ha venido Maslobóiev, y ayer también estuvo aquí —dijo.

—Sí, últimamente os visita muy a menudo.

—Y ¿sabes a qué ha venido? Mamá tiene una confianza ciega en él. Cree que sabe tanto de esas cuestiones (de leyes y demás) que puede arreglar cualquier cosa. No te imaginas lo que tiene ahora en la cabeza mamá. A ella, en el fondo de su alma, le da mucha pena que yo no me haya convertido en princesa. Esa idea no le deja vivir y, por lo visto, se la ha comentado a Maslobóiev. A mi padre no se atreve ni a mencionárselo, y por eso habrá pensado que a lo mejor Maslobóiev podía ayudarla y

le habrá preguntado si se puede hacer algo de forma legal. Maslobóiev, aparentemente, no la desmiente, y ella le agasaja con vino —añadió Natasha con una sonrisa.

—Ese granuja no necesita más. Y tú ¿cómo lo sabes?

—Bueno, la verdad es que mamá me lo ha dado a entender... Con alusiones...

—¿Y Nellie? ¿Cómo está? —pregunté.

—Me tienes asombrada, Vania: ¡todo este tiempo sin preguntar por ella! —me reprochó Natasha.

Nellie era el ídolo de toda la casa. Natasha le tenía un cariño inmenso, y Nellie había acabado por rendirse ante ella de todo corazón. ¡Pobre criatura! Jamás habría esperado encontrarse a una gente como aquélla, ni recibir tanto amor, y pude ver con alegría cómo se ablandaba su corazón encallecido y cómo nos abría su alma. Con un calor enfermizo respondía a todo el amor que la rodeaba, en contraste con todo su pasado, que había hecho surgir en ella la desconfianza, la rabia y la obstinación. Es verdad que a Nellie le había costado dar su brazo a torcer, y había estado ocultándonos mucho tiempo las lágrimas de reconciliación que se agolpaban en su interior, hasta que había acabado por rendirse definitivamente. Le cogió mucho cariño a Natasha, y a continuación al viejo. En cuanto a mí, estaba tan habituada a mi presencia que, si me pasaba una temporada sin ir a verla, su enfermedad se agravaba. La última vez había estado dos días sin aparecer, para acabar por fin un trabajo que tenía abandonado, y luego tuve que esforzarme mucho para hacerla entrar en razón... a base de rodeos, claro. Y es que a Nellie todavía le daba vergüenza manifestar abiertamente, sin reservas, sus sentimientos...

Nos tenía a todos muy preocupados. De forma tácita, sin necesidad de decir nada, se había decidido que se quedaría indefinidamente en casa de Nikolái Sergueich, pero entre tanto el momento de la partida se iba acercando y su salud no hacía más que empeorar. Había caído enferma el mismo día en que nos presentamos, ella y yo, en casa de los ancianos, el día en que éstos se reconciliaron con Natasha. Pero ¿qué digo? Nellie siempre había estado enferma. La enfermedad llevaba mucho tiempo desarrollándose paulatinamente en su organismo, pero en los últimos tiempos se había agravado con una celeridad extraordinaria. Yo no entiendo de eso, y no sería capaz de definir con exactitud la naturaleza de su enfermedad. Indudablemente, los ataques se repetían con una frecuencia creciente; pero lo peor de todo era la extenuación, la absoluta falta de fuerzas, el continuo estado de fiebre y tensión que había acabado en los últimos días por obligarla a guardar cama. Lo curioso era que, a medida que la enfermedad la había ido rindiendo, Nellie se había ido volviendo más dulce, más cariñosa, más abierta. Tres días antes me había cogido la mano al pasar junto a su lecho y me había atraído hacia sí. No había nadie en la habitación. La cara le ardía (estaba flaquísima), los ojos despedían fuego. Se pegó a mí de forma convulsiva y, cuando me incliné hacia ella, me agarró del cuello con sus frágiles manos morenas y me besó con fuerza, y a continuación pidió con insistencia que

acudiera Natasha. Fui a llamarla; Nellie se empeñó en que Natasha se sentara a su lado en la cama y se quedó mirándola...

—Me han entrado deseos de mirarla —le dijo—. Anoche soñé con usted, y esta noche volveré a soñar... Sueño a menudo con usted... Todas las noches...

Evidentemente, quería decir algo, los sentimientos la embargaban; pero no comprendía sus propios sentimientos y no sabía cómo expresarlos...

Quería a Nikolái Sergueich casi más que a nadie, aparte de a mí. Hay que decir que el propio Nikolái Sergueich la quería casi tanto como a Natasha. Tenía una asombrosa capacidad para animar y hacer reír a Nellie. En cuanto aparecía en su cuarto, empezaban las risas y el alborozo. La enferma se alegraba como una niña pequeña, coqueteaba con el viejo, le tomaba el pelo, le contaba sus sueños y siempre estaba inventándose algo, obligándole a que él también le contara algo, y el anciano se ponía tan contento, estaba tan feliz viendo «a su Nellie, a su hija pequeña», que cada día crecía su entusiasmo.

—Dios nos la ha mandado para compensarnos por todo lo que hemos sufrido —me dijo una vez, saliendo del cuarto de Nellie, después de haberla persignado antes de dormirse, como solía hacer.

Muchas tardes, estando todos reunidos (Maslobóiev también solía venir casi a diario), se presentaba el viejo doctor, que se había hecho íntimo de los Ijménev; también traíamos a Nellie en su silla y la sentábamos a la mesa camilla, para que nos hiciera compañía. Dejábamos abierta la puerta que daba al balcón. El jardín, con todo su verdor, iluminado por el sol poniente, quedaba a la vista. Olía a hierba fresca y a lilas recién florecidas. Nellie estaba ahí sentada, mirándonos a todos con ternura, pendiente de nuestra charla. De vez en cuando se animaba y, sin que nos diéramos cuenta, empezaba a contar alguna cosa... Pero en esos momentos todos la escuchábamos con cierta inquietud, porque surgían en sus recuerdos algunos temas que no convenía tocar. Todos, tanto los Ijménev y Natasha como yo, nos sentíamos culpables y reconocíamos nuestro error de aquel día, cuando Nellie, temblorosa y exhausta, no tuvo más remedio que contarnos su historia. El doctor era especialmente reacio a semejantes evocaciones y, por lo general, procurábamos cambiar de tema. En tales ocasiones Nellie hacía como si no se hubiera dado cuenta de nuestros desvelos y empezaba a reírse con el doctor o con Nikolái Sergueich...

Pero, a pesar de todo, cada vez estaba peor. Se había vuelto extraordinariamente impresionable. Su corazón no latía con regularidad. El doctor llegó a decirme que era posible que muriera muy pronto.

No se lo dije a los Ijménev, para no alarmarlos. Nikolái Sergueich estaba convencido de que la niña saldría adelante.

—Mira, ya ha vuelto papá —dijo Natasha, oyendo su voz—. Vamos, Vania.

Como solía hacer cada vez que ponía el pie en casa, Nikolái Sergueich empezaba a hablar a voces. Anna Andréievna rápidamente le hizo un gesto con las manos. Inmediatamente el viejo bajó el tono y, con aire ajetreado, empezó a contarnos en un

susurro el resultado de su expedición: el puesto que andaba persiguiendo ya era suyo, estaba muy contento.

—En un par de semanas ya podremos viajar —dijo, frotándose las manos, al tiempo que miraba de reojo, con cierta ansiedad, a Natasha.

Pero Natasha le respondió con una sonrisa y le abrazó de tal manera que todas sus dudas se disiparon al instante.

—¡Nos vamos, nos vamos, amigos, nos vamos! —dijo entusiasmado—. Ya lo ves, Vania, lo triste es que vamos a tener que separarnos... —Debo hacer notar que en ningún momento me propuso que me fuera con ellos, algo que, dado su carácter, sin duda habría hecho... en otras circunstancias, esto es, si no hubiera sabido que yo estaba enamorado de Natasha—. Bueno, ¡qué se le va a hacer! ¡Qué se le va a hacer! Lo siento en el alma, Vania; pero el cambio de aires nos va a dar nueva vida... Cambiar de residencia implica... ¡cambiarlo *todo*! —añadió, mirando una vez más a su hija.

Creía en lo que decía, y estaba contento de creer en ello.

—¿Y Nellie? —dijo Anna Andréievna.

—¿Nellie? Pues... claro, la pobrecilla no está bien, pero seguro que para entonces ya se ha puesto buena. Ya va estando mejor; ¿no te parece, Vania? —dijo, un tanto asustado, y me miró preocupado, como si yo tuviera la obligación de resolver sus dudas—. ¿Cómo está? ¿Qué tal ha dormido? ¿Le ha pasado algo? ¿Está despierta? ¿Sabes lo que te digo, Anna Andréievna? Vamos a sacar la mesita a la terraza, traemos el samovar y, cuando vengan todos, nos instalamos ahí. Y que Nellie salga también... Verás qué bien va a estar. Entonces, ¿ya se ha despertado? Voy a verla. Sólo voy a asomarme... No pienso despertarla, ¡tranquila! —aseguró, viendo que Anna Andréievna volvía a hacerle gestos con las manos.

Pero Nellie ya estaba despierta. Un cuarto de hora más tarde, como de costumbre, ya estábamos sentados alrededor de la mesa, disfrutando del samovar de la tarde.

Trajimos a Nellie en su silla. Vino el doctor, vino también Maslobóiev. Le traía a Nellie un gran ramo de lilas. Pero se le veía preocupado y malhumorado.

Maslobóiev, por cierto, venía casi a diario. Ya he dicho que todos, pero sobre todo Anna Andréievna, le tenían mucho aprecio, pero nunca se decía allí una palabra sobre Aleksandra Semiónovna; el primero que no la mencionaba era Maslobóiev. Anna Andréievna, enterada por mí de que Aleksandra Semiónovna aún no había podido convertirse en su *legítima* esposa, había decidido por su cuenta que no sólo no era posible recibirla, sino ni tan siquiera hablar de ella en su casa. Aquella decisión, tan característica de Anna Andréievna, se venía respetando. El caso es que, de no haber estado Natasha con ella y, sobre todo, de no haber pasado lo que había pasado, seguramente no sería la buena anciana tan escrupulosa.

Nellie estaba especialmente triste aquella tarde, e incluso parecía preocupada. Como si hubiera tenido un mal sueño y estuviera dándole vueltas. Pero el regalo de Maslobóiev la puso muy contenta, y se recreaba en la contemplación de las flores,

que habían colocado en un vaso, delante de ella.

—Así que te gustan mucho las flores, ¿verdad, Nellie? —le dijo el viejo—. Pues ¡preparate! —añadió animado—. Mañana mismo... bueno, ¡ya lo verás!

—Sí, claro que me gustan —respondió Nellie—; me acuerdo de una vez que le preparamos a mamá un recibimiento a base de flores. Cuando todavía vivíamos *allá* —«allá» quería decir «en el extranjero»—, en cierta ocasión mamá se pasó enferma un mes entero. Heinrich y yo nos pusimos de acuerdo en que, cuando mamá se levantara de la cama y saliera por primera vez del dormitorio, de donde llevaba un mes sin salir, adornaríamos con flores toda la casa. Y así lo hicimos. Mamá llevaba diciendo desde la víspera que al día siguiente pensaba levantarse sin falta y acompañarnos en el desayuno. Nos levantamos muy, muy temprano. Heinrich había traído montones de flores y lo llenamos todo de hojas verdes y guirnaldas. Había hiedra y unas hojas muy anchas (no sé cómo se llaman), y luego esas otras hojas que se agarran por todas partes, y unas flores blancas muy grandes; también había narcisos, que son mis flores preferidas, y había rosas, unas rosas maravillosas, y había montones de flores. Hicimos con ellas guirnaldas, y también las pusimos en macetas, y había unas flores que parecían árboles, metidas en grandes tinajas; pusimos flores por todos los rincones, y también junto al sillón de mamá, y, cuando mamá salió de su cuarto, se sorprendió mucho y se quedó encantada, y Heinrich estaba muy contento... Ahora lo recuerdo...

Aquella tarde Nellie estaba especialmente débil y nerviosa. El doctor la miraba con inquietud. Pero ella tenía muchas ganas de hablar. Y estuvo mucho tiempo, hasta el ocaso, hablando de su vida anterior, *allá*; no la quisimos interrumpir. Había viajado mucho, con su madre y con Heinrich, y los recuerdos de aquel tiempo se le habían quedado grabados en la memoria. Habló con emoción de los cielos azules, de las altas cumbres cubiertas de nieve y hielo que había visto y había recorrido, de las cascadas en las montañas; después nos habló de los lagos y valles de Italia, de las flores y árboles, de los aldeanos, de sus vestimentas, de sus rostros morenos y sus ojos negros; nos contó una serie de encuentros y peripecias que les habían ocurrido. Nos habló también de grandes ciudades y palacios, de las altas iglesias con sus cúpulas, que de pronto se iluminaban con luces multicolores; y de una calurosa ciudad meridional, con un cielo azul y un mar azul... Nunca nos había transmitido Nellie con tanto detalle sus recuerdos. Estábamos todos concentrados en su relato. Hasta entonces sólo conocíamos sus otros recuerdos: los que tenían como escenario una ciudad lúgubre y triste, con una atmósfera opresiva y embrutecedora, con un aire miasmático, con lujosos palacios perpetuamente embarrados; con un sol pálido y débil y unos habitantes malvados y medio perturbados, que tanto las habían hecho sufrir, a ella y a su madre. Y en ese momento me imaginé a las dos, en aquel sucio sótano, en un atardecer húmedo y triste, abrazadas en su pobre lecho, rememorando los días del pasado, hablando del difunto Heinrich, de los prodigios de esas otras tierras... Y también me imaginé a Nellie, rememorando todo eso sola, ya sin la

compañía de su madre, cuando la Búbnova, haciendo gala de una crueldad brutal, trataba de quebrar su ánimo a base de palizas para llevarla por el mal camino...

Pero Nellie, finalmente, se sintió mal, y la llevamos dentro. El viejo se quedó muy preocupado, y disgustado por haber permitido que hablara tanto rato. Había sufrido una especie de ataque, tenía el pulso muy débil. No era la primera vez que le ocurría. Una vez recuperada, Nellie pidió insistentemente que fuera a verla. Necesitaba decirme algo a solas. Tanto insistió que hasta el doctor accedió, por esta vez, a satisfacer sus deseos, y todos los demás salieron de la habitación.

—Mira, Vania —dijo Nellie cuando nos quedamos a solas—, yo sé que están convencidos de que me voy a ir con ellos; pero no voy a ir, me es imposible; así que de momento me voy a quedar contigo. Eso es lo que te quería decir...

Traté de disuadirla; empecé a decirle que los Ijménev la querían tanto que para ellos era ya como una hija. Que se pondrían muy tristes si no iba con ellos. Y que conmigo, por el contrario, se le haría muy difícil vivir, de modo que, aunque yo la quería muchísimo, no había otro remedio: teníamos que separarnos.

—¡No, no puede ser! —replicó testaruda—. Yo sueño muchas veces con mamá, y ella me dice que no me vaya con ellos, que me quede aquí; me dice que me he portado muy mal dejando solo al abuelo, y no para de llorar mientras me dice eso. Quiero quedarme aquí y cuidar del abuelo, Vania.

—Pero si tu abuelo ya murió, Nellie —dije, asombrado de lo que acababa de oír. Se quedó pensativa, mirándome fijamente.

—Vania, cuéntame otra vez cómo murió el abuelo —me dijo—. Cuéntamelo todo, sin olvidarte de un solo detalle.

Me quedé desconcertado al oír su petición; no obstante, empecé a contárselo con todo detalle. Me dio la sensación de que Nellie estaba delirando o, como mínimo, de que después del ataque no tenía muy claras las ideas.

Escuchó atentamente mi relato, y me acuerdo del brillo febril, enfermizo, de sus ojos negros, que no se apartaron de mí un solo instante. La habitación, entre tanto, se había ido quedando a oscuras.

—¡No, Vania, no está muerto! —aseguró muy decidida, después de escuchar toda mi historia y de volver a meditar—. Mamá me habla a menudo del abuelo, y ayer se enfadó mucho cuando le dije: «Pero si el abuelo ha muerto». Se echó a llorar y me dijo que no podía ser, que me habían dicho eso para engañarme, que ahora se dedica a ir por las calles pidiendo limosna. «Igual que hacíamos antes tú y yo —me decía mamá—, y suele estar en el mismo sitio donde nos lo encontramos la primera vez, cuando yo me arrojé a sus pies y Azorka me reconoció...»

—Se trata de un sueño, Nellie, un sueño enfermizo, porque tú ahora estás enferma —le dije.

—Yo también pensaba que no era más que un sueño —dijo Nellie—, y no se lo había dicho a nadie. Pero hoy, cuando me quedé dormida después de ver que no venías, también he visto en sueños al abuelo. Estaba en su casa esperándome, daba

miedo verle de lo flaco que estaba y me dijo que llevaba dos días sin probar bocado, lo mismo que Azorka. Estaba muy enfadado conmigo y no hacía más que regañarme. También me dijo que no tenía rapé, y que sin su tabaco no podía vivir. Lo cierto, Vania, es que ya me había dicho eso mismo en otra ocasión, una vez que fui a verle después de la muerte de mamá. Entonces estaba muy enfermo y no se enteraba de casi nada. De modo que hoy, nada más oírle esas palabras, he pensado: «Tengo que ir y ponerme en el puente a pedir limosna; con lo que saque le compraré un poco de pan, unas patatas cocidas y tabaco». Total, que me fui para allá, y mientras estaba pidiendo vi al abuelo que pasaba por allí cerca; entonces se paró, vino hacia mí, miró lo que había sacado y se lo guardó. «Esto es para pan —me dice—, ahora tienes que sacar para tabaco». Yo seguí pidiendo, y él volvió a acercarse y se quedó con lo que había. Le dije que, de todos modos, pensaba dárselo, que no iba a sisarle nada. «No —me dice—, tú me robas; la Búbnova me ha dicho que eres una ladrona, por eso no pienso llevarte nunca a vivir conmigo. ¿Dónde está ese *piatak* que falta?» Yo me eché a llorar al ver que no me creía, pero él no me hacía caso y no paraba de gritarme: «¡Me has robado un *piatak*!». Y se puso a pegarme, allí mismo, en el puente, y me pegaba fuerte. Yo lloraba mucho... Por eso he pensado luego que tiene que estar vivo, y andará por ahí, esperando a que yo vaya a buscarle...

Empecé otra vez a disuadirla y a tratar de convencerla, hasta que, finalmente, pareció quedarse conforme. Me contestó que le daba miedo dormirse, porque iba a soñar con el abuelo. Por fin me abrazó con fuerza...

—Pero, de todos modos, ¡yo no puedo dejarte, Vania! —me dijo, apretando su rostro contra el mío—. Aunque no esté el abuelo, yo no quiero separarme de ti.

En la casa todo el mundo estaba asustado por el ataque de Nellie. Yo le comenté discretamente al doctor qué clase de sueños había tenido la niña y le pedí que me dijera, con claridad, qué pensaba de su enfermedad.

—Todavía no hay nada seguro —contestó pensativo—. Por ahora, todo son conjeturas, suposiciones, basadas en mis observaciones, pero... no hay nada seguro. En principio, es imposible que salga adelante. Se va a morir. Yo a ellos no les he dicho nada, porque usted me lo ha pedido, pero me da mucha pena, y me gustaría consultarlo mañana mismo. Es posible que la enfermedad tome otro curso después de esa consulta. Pero a mí me da mucha pena la chiquilla, la quiero como a una hija... ¡Es una niña tan simpática! ¡Y tan juguetona!

Nicolái Sergueich estaba especialmente agitado.

—Mira, Vania, se me ha ocurrido una cosa —me dijo—; a ella le gustan mucho las flores. Pues ¿sabes lo que podríamos hacer? Mañana, cuando se despierte, podríamos darle una sorpresa, llenándolo todo de flores, como hizo con ese Heinrich para su madre, como nos ha contado hace un rato... Lo contaba con tanta emoción...

—Pues sí, con mucha emoción —contesté—. Pero ahora mismo no está para grandes emociones...

—Sí, pero las emociones agradables ya son otra cosa. Hazme caso, querido

amigo, confía en mi experiencia; las emociones agradables no hacen ningún daño, pueden curar incluso, contribuir a la salud...

En definitiva, el viejo estaba encantado con su idea, completamente extasiado. No había forma de disuadirle. Se lo consulté al doctor, pero, antes de que éste tuviera tiempo de pensárselo, el viejo ya había cogido su gorra y había salido corriendo a ocuparse de los preparativos.

—Verás, es que aquí cerca —me dijo al salir— hay un invernadero, uno estupendo. Los jardineros venden flores, es fácil conseguirlas, ¡y muy baratas! ¡No te puedes imaginar qué baratas! Déjaselo claro a Anna Andréievna, no vaya a enfadarse por el dispendio... Bueno, pues eso... ¡Ah, sí! Otra cosa, amigo: ¿tienes que ir ahora algún sitio? Ya estás libre, ya has acabado el trabajo, ¿qué necesidad tienes de irte en seguida a casa? Quédate esta noche con nosotros, puedes dormir arriba, en la buhardilla; acuérdate, donde solías dormir. Ahí tienes tu cama y tu colchón: todo sigue en el mismo sitio de siempre y nadie ha tocado nada. Vas a dormir como un rey de Francia. ¿Eh? Venga, quédate. Mañana nos levantamos temprano, nos traen las flores y a eso de las ocho adornamos todo el cuarto. Y Natasha nos ayuda: ella tiene más gusto que nosotros dos juntos... ¿Qué? ¿Estás de acuerdo? ¿Te quedas?

Decidieron que me quedara a pasar la noche. Nikolái Sergueich se ocupó de todo. El doctor y Maslobóiev se despidieron y se marcharon. Los Ijménev se acostaban temprano, a las once. Al salir, Maslobóiev parecía pensativo y quiso decirme algo, pero lo dejó para otra ocasión. Sin embargo, cuando subí a la buhardilla, tras despedirme de los viejos, para mi sorpresa me lo encontré allí. Estaba esperándome, sentado a una mesa, hojeando un libro.

—Me di la vuelta, porque es preferible que te lo cuente ahora, Vania. Siéntate. Mira, es un asunto bastante estúpido, e incluso bastante molesto...

—¿De qué se trata?

—Resulta que el muy sinvergüenza del príncipe, hace dos semanas, ha vuelto a ponerme furioso; tanto que aún sigo furioso.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? No me digas que todavía tienes trato con el príncipe...

—Ya estás preguntando qué es lo que ha pasado, como si hubiera tenido que pasar Dios sabe qué. Tú, hermano Vania, eres igualito que mi Aleksandra Semiónovna y, en general, que todas esas hembras insufribles... ¡No las puedo soportar! Que grazna un cuervo, ya están preguntando qué ha pasado...

—No te enfades.

—Yo no me enfado, pero hay que mirar las cosas con calma, sin alharacas... Eso es todo.

Estuvo un rato callado, como si siguiera enfadado conmigo. Yo no le quise interrumpir.

—Mira, hermano —empezó de nuevo—, he dado con una pista... Me refiero a que, en realidad, no es que haya dado con ninguna pista, pero sí ha habido algo que

me ha llamado la atención... Quiero decir, que dándole vueltas he llegado a la conclusión de que Nellie... a lo mejor... Bueno, en una palabra, que Nellie es hija legítima del príncipe.

—¡Qué dices!

—¿Lo ves? ¡Ya estás gritando y diciendo que qué digo! ¡Con esta gente no se puede hablar! —gritó, haciendo grandes aspavientos—. ¿O es que te he dicho algo definitivo, cabeza de chorlito? ¿Te he dicho acaso que esté *probado* que es la hija legítima del príncipe? ¿Te lo he dicho o no te lo he dicho?

—Escucha, mi querido amigo —le interrumpí, muy agitado—, por el amor de Dios, no grites y explícamelo todo, de manera clara y concisa. Te juro que te voy a entender. Date cuenta de hasta qué punto se trata de un asunto importante, y de qué consecuencias...

—Consecuencias ¿de qué? ¿Dónde están las pruebas? Así no se hacen las cosas, y lo que voy a contarte es un secreto. Y, si quieres saber por qué me he decidido a hablar ahora de esto contigo, ya te lo explicaré más tarde. Naturalmente, ha de haber una razón. Tú cállate y escucha, y ya sabes que es un secreto...

»Mira, las cosas fueron así. Este invierno, antes de que Smith muriera, el príncipe, recién llegado de Varsovia, empezó a ocuparse de este asunto. Bueno, en realidad había empezado bastante antes, el año pasado. Pero entonces buscaba una cosa, y ahora buscaba otra distinta. Lo más importante es que había perdido el hilo. Trece años hacía que había roto con la hija de Smith en París y la había abandonado, pero durante esos trece años le había seguido la pista sin descanso; sabía que vivía con ese Heinrich del que se ha hablado hoy; sabía que había tenido a Nellie; sabía que ella estaba enferma; en una palabra, lo sabía todo, sólo que de repente perdió el hilo. Al parecer, lo perdió poco después de la muerte de Heinrich, cuando la hija de Smith se disponía a venir a San Petersburgo. Aquí, naturalmente, no habría tardado en dar con ella, cualquiera que fuera el nombre que usara a su regreso a Rusia; pero lo que pasó fue que sus agentes en el extranjero le proporcionaron una información falsa: le hicieron creer que la mujer vivía en una localidad perdida en el sur de Alemania; se habían equivocado por un descuido: la confundieron con otra mujer. Así pasó un año, tal vez más. Transcurrido un año, el príncipe empezó a tener sus dudas; ya antes, ciertos hechos le habían hecho pensar que aquélla no era la mujer que andaba buscando. Se planteaba entonces la pregunta: ¿dónde se había metido la verdadera? Y al príncipe se le ocurrió (sin basarse en nada concreto) que podía estar en San Petersburgo. Sin abandonar sus pesquisas en el extranjero, emprendió aquí otra investigación; pero, evidentemente, no quería hacer uso de los canales oficiales y se puso en contacto conmigo. Alguien le aconsejó que recurriera a mis servicios: le dijeron esto y lo otro, que si yo me ocupaba de ciertas tareas, como aficionado, y etcétera etcétera...

»Bueno, el caso es que me expuso el asunto; pero, eso sí, de un modo muy confuso: el muy ladino me lo explicó todo de una manera muy confusa y ambigua.

Cometió numerosos errores, se repitió varias veces, los mismos hechos te los presentaba simultáneamente desde distintos puntos de vista... Bueno, ya se sabe que, por mucho que nos empeñemos, siempre queda algún cabo suelto... Yo, naturalmente, me puse manos a la obra con humildad e inocencia... En fin, con la lealtad de un esclavo. Sin embargo, siguiendo una regla tajante que me había impuesto, y acatando, al mismo tiempo, una ley natural (pues se trata de una ley natural), me pregunté, en primer lugar, si me habría dicho lo que quería decirme. Y, en segundo lugar, si, por debajo de lo que había tenido a bien decirme, no se escondería alguna otra cosa que no me había querido decir. Porque, en el segundo caso, como probablemente hasta tú, hijo mío, habrás podido comprender con tu cabeza de poeta, me estaba robando: y es que, si un servicio, pongamos, cuesta un rublo, el otro cuesta cuatro veces más; y yo sería un idiota si le diera por un rublo algo que vale cuatro. Empecé a darle vueltas y a hacer mis conjeturas, y poco a poco empecé a atar cabos; alguna cosa se la sonsaqué al príncipe, de alguna más me enteré por otras vías, otras las deduje yo por mi cuenta. Querrás saber cómo se me ocurrió todo eso. Pues te diré que, simplemente, porque al príncipe se le veía demasiado preocupado, como si estuviera asustado. Y, al fin y al cabo, ¿de qué podía tener miedo? Había apartado a su amante de su padre, luego la había dejado embarazada y había acabado abandonándola. ¿Qué tenía de raro? Una bonita calaverada, nada más. Un hombre como el príncipe no se iba a amilanar por tan poca cosa. Y, sin embargo, se le notaba asustado. Eso fue lo que me hizo dudar. Entonces, hermano, di con algunas pistas de lo más interesantes, entre otras cosas, a través de Heinrich. Evidentemente, Heinrich había fallecido, pero por una de sus primas (ahora vive aquí, en San Petersburgo, casada con un panadero), que había estado muy enamorada de él en otros tiempos y que le había seguido queriendo durante quince años, sin preocuparse por el grueso panadero, ese buen *Vater* al que, como quien no quiere la cosa, había dado ocho hijos; a través de esa prima, te decía, he podido averiguar, recurriendo a tal efecto a toda clase de complicadas maniobras, algo muy importante: Heinrich, siguiendo una costumbre alemana, solía escribirle cartas y diarios, y poco antes de su muerte le hizo llegar ciertos papeles. La muy bruta no había sido capaz de comprender lo que había de importante en esos papeles; lo único que entendía eran los pasajes donde se habla de la luna, de *mein lieber Augustin* y también de Wieland<sup>[63]</sup>, me parece. Pero yo obtuve los datos necesarios, y a partir de esas cartas di con un nuevo rastro. Me enteré, por ejemplo, del asunto del señor Smith, del capital, de su hija desvalijada, de cómo el príncipe se había apoderado del dinero; por último, entre toda clase de exclamaciones, circunloquios y alegorías, las cartas me permitieron adivinar el quid de la cuestión. Pero entiéndeme bien, Vania, ¡no hay nada concluyente! El bobo de Heinrich lo ocultaba deliberadamente, y sólo había vagas alusiones, pero, gracias a esas alusiones, tomadas en conjunto, empecé a vislumbrar la armonía celeste: ¡el príncipe se había casado con la hija de Smith! ¿Dónde se habían casado, cómo, exactamente cuándo, aquí o en el extranjero, dónde

estaban los documentos? Ni idea. Me tiraba de los pelos, de la rabia, y no hacía otra cosa que indagar e indagar. Noches y días buscando sin parar.

»Por fin consigo dar con Smith, pero justo entonces va y se muere. Ni siquiera llegué a verlo con vida. Entonces, por pura casualidad, me entero de repente de que acaba de fallecer en la isla Vasílievski una mujer que ya anteriormente había despertado mis sospechas. Hago mis pesquisas y doy con la pista. Voy corriendo a Vasílievski y entonces, acuérdate, me encuentro contigo. En aquel momento saqué mucho en limpio. En resumen, Nellie fue una ayuda decisiva...

—Escucha —le interrumpí—, no me irás a decir que Nellie sabe...

—¿Qué?

—Que es hija del príncipe...

—Bueno, tú también sabes que es hija del príncipe —me contestó, con una suerte de reproche malicioso en la mirada—; ¿a qué tantas preguntas ociosas, hombre vano? Lo más importante es que no sólo sabe que es hija del príncipe, sino que es hija *legítima* suya. ¿Comprendes?

—¡Es imposible! —exclamé.

—Al principio yo también me decía que era imposible y, en ciertas ocasiones, todavía me lo sigo diciendo. Pero el caso es que *es posible* y, con toda probabilidad, *es*.

—No, Maslobóiev, no puede ser, te lo estás inventando —le grité—. No es sólo ya que ella no sepa nada de esto; es que Nellie, de hecho, tiene que ser hija ilegítima. De haber obrado en su poder alguna clase de documento, ¿cómo iba su madre a soportar una existencia tan miserable como la que tuvo que soportar aquí en San Petersburgo y, sobre todo, cómo iba a condenar a su hija a semejante orfandad? ¡Déjalo ya! ¡Es imposible!

—Eso mismo pensaba yo, y es algo que a día de hoy sigo sin poder explicarme. Pero hay que tener en cuenta que la hija de Smith era la mujer más alocada y estrafalaria del mundo. Era una mujer fuera de lo corriente; tienes que tener presentes todas las circunstancias: aquel romanticismo, aquella bobaliconería cósmica, de unas dimensiones salvajes, demenciales. Un ejemplo: desde el primer momento, siempre soñó con una especie de cielo en la tierra, rodeada de ángeles; amaba sin reservas, confiaba ciegamente, y estoy convencido de que, más tarde, la causa de su locura no fue la traición y el abandono del príncipe, sino su propio desengaño al comprobar que él *había sido capaz* de engañarla y dejarla: su ángel, arrastrándose por el lodo, la había vejado y humillado. Su arrebatada alma romántica no pudo soportar semejante metamorfosis. Pero, ante todo, se sintió insultada; tú date cuenta: ¡la había insultado! Presa de pánico y, más aún, víctima de su orgullo, se alejó de él, con un despecho absoluto. Rompió todos sus vínculos, se deshizo de todos los documentos; no quiso saber nada del dinero, sin tener presente que ni siquiera era suyo, sino de su padre, y renunció a su fortuna como si se tratara de algo sucio, como si fuera polvo, para aplastar a su seductor con su grandeza espiritual, para poder ver en él a un ladrón y

tener derecho a despreciarle toda la vida. Y, seguramente, también diría entonces que consideraba una deshonra llamarse su esposa. Aquí no hay divorcio, pero, *de facto*, estaban separados; ¡era inconcebible que, después de todo lo ocurrido, ella fuera a pedirle ayuda! Acuérdate de lo que la pobre loca le decía a Nellie en su lecho de muerte: no te vayas con nadie, trabaja, perece, pero no te vayas con nadie, te llame quien te llame. O sea, que aún entonces seguía soñando con que irían a reclamarle a su hija; de ese modo, se le presentaría una nueva ocasión para vengarse, aplastando con su desprecio a quien la reclamara; en resumen, no se alimentaba de pan, sino de un sueño rencoroso. A Nellie le he sacado muchas cosas, hermano; a veces todavía le saco algo. Naturalmente, su madre estaba enferma, padecía de tisis, y esta enfermedad pone al paciente de muy mal humor y lo vuelve especialmente irritable; pero, de todos modos, sé de muy buena tinta, por lo que me ha contado una de esas comadres que vive en casa de la Búbnova, que aquella mujer llegó a escribir al príncipe... al príncipe, sí, al mismísimo príncipe...

—¡Que le escribió! ¿Y le llegó la carta? —pregunté a gritos, impaciente.

—Ahí está la cuestión; no sé si le llegó o no. En cierta ocasión la hija de Smith se puso de acuerdo con esa comadre (¿te acuerdas de aquella fulana tan pintarrajeada, en casa de Búbnova?; ahora está en prisión); bueno, el caso es que a través de esa mujer le mandó la carta que había escrito, pero al final no pudo entregarla y se la devolvió; eso ocurrió tres semanas antes de su muerte... Pero es un hecho significativo: una vez que se había decidido a mandarle la carta, poco importa que se la devolvieran; pudo haberlo intentado en otra ocasión. En definitiva, no sé si mandó o no mandó esa carta, pero hay un motivo para suponer que no la mandó, y es que el príncipe sólo llegó a saber con toda certeza que esa mujer había estado en San Petersburgo y dónde había vivido exactamente después de su muerte. Por cierto, ¡seguro que se alegró al saberlo!

—Sí, recuerdo que Aliosha nos habló de una carta que había puesto muy contento a su padre; aunque no hace tanto de eso, a lo sumo un par de meses. Bueno, ¿qué más? ¿Qué más? ¿Qué pasó luego con el príncipe?

—¿Qué pasó luego? Date cuenta: yo tenía la convicción moral más firme, pero ni una sola prueba concreta, *ni una sola*, a pesar de todos mis desvelos. ¡La situación era crítica! Habrían hecho falta informes del extranjero, pero ¿de dónde concretamente? Yo era consciente, por descontado, de que me esperaba una dura pelea, de que en el mejor de los casos podría asustarlo a base de insinuaciones, hacerle creer que sabía más de lo que sabía...

—Muy bien, ¿y qué?

—No cayó en la trampa, aunque sí se asustó; tanto que aún sigue asustado. Nos encontramos varias veces; ¡no hacía más que quejarse de su suerte! En cierta ocasión, en prueba de su amistad, le dio por sincerarse conmigo. Estaba convencido de que yo ya lo sabía *todo*. Me lo contó muy bien, sin tapujos, con mucho sentimiento; ni que decir tiene que me mintió como un bellaco. Fue entonces cuando pude calibrar hasta

qué punto me tenía miedo. Esa vez me hice el tonto, fingiendo, precisamente, que intentaba dármelas de listo. Le asusté burdamente, con una torpeza estudiada. Me dirigí a él con muy malos modales, a propósito, y cerca estuve de amenazarle. Todo eso para que me tomara por un simple y al final se fuera de la lengua. ¡Me caló bien calado, el canalla! En otra ocasión me hice el borracho, pero tampoco funcionó, ¡se las sabe todas! Date cuenta, Vania: necesitaba averiguar hasta qué punto recelaba de mí y, al mismo tiempo, darle a entender que yo sabía más de lo que sabía realmente...

—Muy bien, ¿y al final qué?

—Al final no salió nada. Necesitaba pruebas, hechos, y no tenía nada de eso. Eso sí, él era consciente de una cosa: al fin y al cabo, yo siempre podía montar un escándalo. Y, claro, el escándalo era lo único que le asustaba, sobre todo desde que había empezado a entablar relaciones aquí. Supongo que sabrás que va a casarse...

—No...

—¡El año que viene! Le echó el ojo a la novia el año pasado; entonces sólo tenía catorce años; ahora tiene quince, me parece, y aún lleva delantal, la pobrecilla. ¡Y los padres encantados! Puedes imaginarte qué ganas tenía el príncipe de que muriera su mujer. Se trata de la hija de un general, y tiene dinero, ¡un montón de dinero! Ni tú ni yo, hermano, nos vamos a casar nunca así... Pero hay una cosa que no me voy a perdonar en toda la vida —gritó Maslobóiev, dando un puñetazo en la mesa—, y es que... hace dos semanas me la pegó... ¡el muy sinvergüenza!

—¿Y eso?

—Pues mira, pasó esto. Veía que él había comprendido que yo no disponía de nada *concreto*, y sentía que, cuanto más se alargara el asunto, más cuenta se daría de mi indefensión. Total que acepté dos mil rublos que me ofreció.

—¡Aceptaste dos mil rublos!

—Rublos de plata, Vania; haciendo de tripas corazón, cogí ese dinero. ¡Como si aquello no valiera más! Me sentí humillado. Fue igual que si me hubiera escupido. Me dijo: «Aún no le he pagado nada, Maslobóiev, por los trabajos anteriores». (Y el caso es que ya hacía tiempo que me había pagado ciento cincuenta rublos, como habíamos acordado). «Bueno, me marcho de viaje; aquí tiene dos mil rublos, y espero que todo este asunto quede definitivamente zanjado». Total, que respondí: «Definitivamente zanjado, príncipe». No me atrevía a mirarle a la cara, pensaba que ahí pondría: «¿Qué, te parece mucho? Pues nada, se lo estoy dando a un idiota por pura bondad». No recuerdo ni cómo salí de allí.

—Pero ¡eso fue una ruindad, Maslobóiev! —exclamé—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a Nellie?

—No sólo fue una vileza, sino un crimen, fue algo repugnante... Fue... fue... ¡no hay palabras para expresarlo!

—¡Dios mío! ¡Al menos debería ocuparse de que a Nellie no le faltara de nada!

—Claro que debería. Pero ¿quién le va a obligar? ¿Quién le va a meter miedo? Te aseguro que no hay quien le asuste, por eso cogí el dinero. Fue como admitir que todo

lo que podía temer de mí valía dos mil rublos de plata; ¡yo mismo me puse ese precio! Ahora, ¿con qué se le puede asustar?

—Pero, entonces... ¿entonces Nellie lo tiene todo perdido? —grité, casi con desesperación.

—¡De ningún modo! —exclamó con ardor Maslobóiev, cobrando nuevos ánimos—. No, ¡no estoy dispuesto a consentirlo! Volveré a empezar desde el principio, Vania. ¡Ya está decidido! ¿Y qué si cogí esos dos mil rublos? ¡Al cuerno! Fue en pago por la ofensa recibida, porque el muy bribón me la pegó; seguro que estuvo riéndose de mí. ¡Además de engañarme, se mofó! No, no voy a permitir que se rían de mí... Ahora, Vania, lo que tengo que hacer es empezar por la propia Nellie. Por ciertas cosas que he podido advertir, estoy convencido de que ella tiene la clave de todo este asunto. Ella lo sabe *todo, todo*... Seguro que su madre se lo contó. Se lo pudo contar en sus delirios, o en algún momento de depresión... No tenía con quién desahogarse. Sólo Nellie estaba a mano, así que se lo tuvo que contar. Y hasta puede que encontremos algún documento —añadió, extasiado, frotándose las manos—. ¿Entiendes ahora, Vania, qué hago viniendo tanto por aquí? En primer lugar, porque somos amigos, eso por descontado; pero, sobre todo, para estar pendiente de Nellie; y por último, Vania, porque tienes que ayudarme, lo quieras o no: ¡tú tienes influencia sobre Nellie!

—¡Claro que sí, te lo juro! —exclamé—. Y, sobre todo, espero, Maslobóiev, que hagas todo lo que esté en tu mano por ayudar a Nellie, a esa pobre huérfana ofendida, y que no vayas a actuar únicamente movido por tu propio interés...

—¿Y a ti qué más te da, alma de cántaro, que yo me preocupe por mi interés? Con tal de que haga lo que tenga que hacer... ¡Eso es lo importante! Naturalmente, lo hago ante todo por esa huérfana, es una cuestión de humanidad. Pero tú, Vania, no me condenes irrevocablemente si me preocupo por lo mío. Soy un hombre pobre, y no tendría que haberse atrevido a ofender a los pobres. No sólo me quita lo mío, sino que para colmo se burla, el muy canalla. Así que, en tu opinión, ¿debería mirarle el diente a ese ratero? *Morgen früh*<sup>[64]</sup>!

A la mañana siguiente, nos quedamos sin la fiesta de las flores. Nellie se puso peor, y ni siquiera pudo salir de su cuarto.

Y ya nunca más volvería a salir de ese cuarto.

Murió a las dos semanas. En esas dos semanas de agonía no pudo en ningún momento recobrar plenamente la conciencia ni librarse de sus extrañas fantasías. Parecía muy confusa. Hasta la hora de su muerte estuvo firmemente convencida de que su abuelo la estaba llamando, y estaba enfadado con ella porque no le obedecía; daba golpes en el suelo con el bastón, metiéndole prisa, y le mandaba ir a pedir limosna, para tener con qué comprar pan y tabaco. A menudo, empezaba a llorar en sueños, y al despertarse nos contaba que había soñado con su madre.

Sólo muy de vez en cuando parecía recuperar el juicio. En cierta ocasión nos quedamos los dos a solas: ella se volvió hacia mí y agarró mi mano con su débil

manecita, que le ardía por la fiebre.

—Vania —me dijo—, cuando yo me muera, ¡cásate con Natasha!

Al parecer, no se quitaba esa idea de la cabeza desde hacía mucho. Yo le sonreí en silencio. Viendo mi sonrisa, ella también sonrió; con aire juguetón, me amenazó con su dedo delgado y en seguida empezó a besarme.

Tres días antes de su muerte, una maravillosa tarde de verano, me pidió que corriera las cortinas y abriera la ventana de su dormitorio. La ventana daba al jardín; estuvo mirando un buen rato el espeso verdor y la puesta de sol, y de pronto pidió que nos dejaran a solas.

—Vania —dijo con voz apenas audible, pues ya estaba muy débil—, pronto voy a morir. Muy pronto, y quiero pedirte que te acuerdes de mí. Quiero dejarte esto como recuerdo —y me mostró un escapulario bastante grande que le colgaba del pecho, junto con una cruz—. Mamá me lo dejó al morir. Así que, cuando muera, quítame este escapulario, quédatelo y lee lo que pone dentro. Hoy voy a decirles a todos que este escapulario es sólo para ti. Y, cuando leas lo que pone, vete a verle y dile que he muerto, y que no le he perdonado. Dile también que no hace mucho que he leído el Evangelio. Y el Evangelio dice: perdona a todos tus enemigos. Bueno, pues aunque lo he leído, yo a él no le he querido perdonar, porque mamá, antes de morir, cuando aún podía hablar, lo último que dijo fue: «Yo le maldigo». Por eso, yo también le maldigo, no en mi propio nombre, sino en nombre de mamá... Cuéntale también cómo murió mamá y cómo me quedé sola en casa de la Búbnova; cuéntale cómo me viste allí; todo, cuéntaselo todo, y no te olvides de decirle que yo prefería estar con la Búbnova antes que ir a buscarle...

Mientras decía esto, Nellie fue palideciendo, los ojos le centelleaban y el corazón le empezó a latir con tanta fuerza que se dejó caer sobre la almohada y durante un par de minutos fue incapaz de articular palabra.

—Llámalos, Vania —dijo al fin con voz muy débil—; quiero despedirme de todos. ¡Adiós, Vania!

Me abrazó con mucha fuerza, por última vez. Entraron todos los nuestros. El anciano Ijménev era incapaz de darse cuenta de que se estaba muriendo; no podía admitir la idea. Hasta el último momento discutió con todos los demás, asegurando que iba a salir adelante. La ansiedad le había dejado en los huesos, se pasaba los días y las noches sentado junto a la cama de Nellie. Las últimas noches no durmió un minuto. Procuraba anticiparse al mínimo capricho, al mínimo deseo de Nellie, y, cada vez que salía de su cuarto, lloraba amargamente, pero un minuto más tarde recuperaba la esperanza e intentaba convencernos de que se iba a poner bien. Le llenaba el cuarto de flores. Un día le compró un ramo enorme de unas rosas maravillosas, blancas y rojas: tuvo que ir muy lejos a buscarlas para traérselas a su Nélichka... Todo eso a ella la excitaba mucho. No podía dejar de responder de todo corazón a tanto amor como la rodeaba. Aquella tarde, la tarde de nuestra despedida, el anciano se resistía a decirle adiós para siempre. Nellie le sonreía y se pasó toda la

tarde procurando parecer alegre; bromeó con él, incluso se rió... Cuando nos retiramos, estábamos casi esperanzados, pero a la mañana siguiente Nellie ya no podía ni hablar. Murió dos días después.

Me acuerdo del anciano engalanando su ataúd con flores, mientras contemplaba desesperado su carita demacrada, con aquella sonrisa muerta, y sus manos cruzadas sobre el pecho. Lloró sobre ella como si se tratara de su propia hija. Natasha, yo y todos los demás tratábamos de consolarle, pero nada podía consolarle y, después del entierro de Nellie, cayó gravemente enfermo.

La propia Anna Andréievna me entregó el escapulario, después de retirarlo del pecho de Nellie. En el escapulario, había una carta de la madre de Nellie, dirigida al príncipe. La leí el mismo día de la muerte de la niña. Le expresaba su maldición al príncipe; le decía que no podía perdonarle, le describía la última etapa de su vida y todos los horrores que esperaban a Nellie, y le rogaba que hiciera algo, lo que fuera, por la pequeña. «Esta criatura es suya —decía la carta—; esta niña es su hija, y usted sabe muy bien que verdaderamente es hija suya. Le he encomendado que, cuando yo muera, vaya a entregarle esta carta. Si usted no la repudia, puede que yo le perdone en la otra vida, y el día del juicio estaré delante del trono divino, implorando al Juez que le perdone sus pecados. Nellie conoce el contenido de esta carta; yo se la he leído; se lo he explicado todo, está enterada de todo, de todo...»

Pero Nellie no cumplió aquella orden: estaba enterada de todo, pero no quiso acudir al príncipe y murió sin haberle dado su perdón.

Cuando regresábamos del entierro de Nellie, Natasha y yo nos dirigimos al jardín. Era un día caluroso y soleado. Faltaba una semana para su partida. Natasha me dirigió una larga y extraña mirada.

—Vania —me dijo—. ¡Vania, todo esto ha sido un sueño!

—¿Qué es lo que ha sido un sueño? —pregunté.

—Todo, todo —me respondió—, todo lo que ha pasado en este último año. Vania, ¿por qué habré destruido tu felicidad?

Y en sus ojos leí: «¡Juntos podríamos haber sido eternamente felices!».